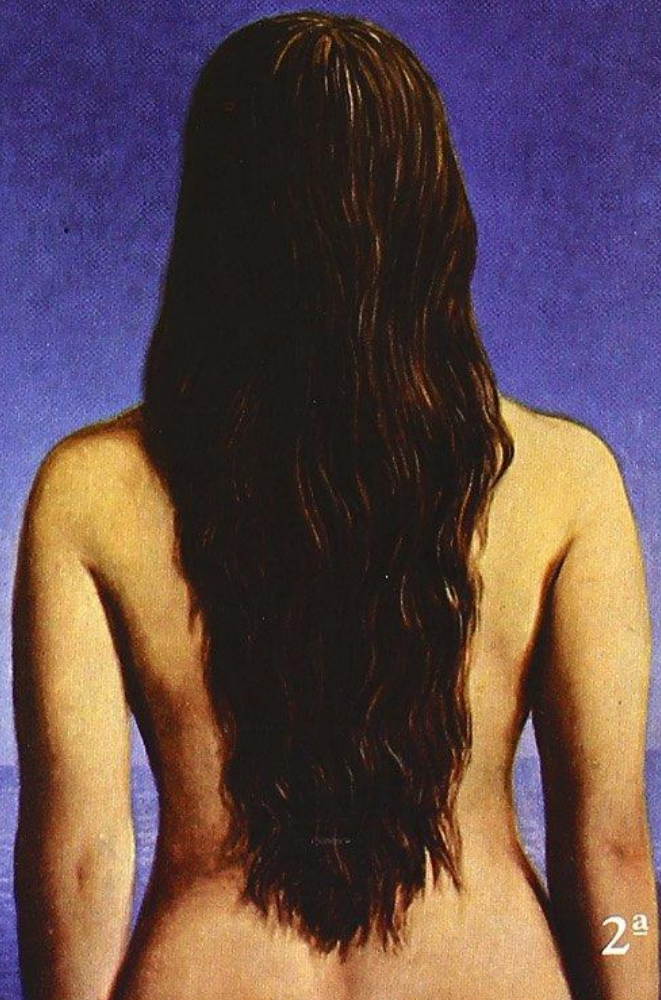


# Germaine Greer

## LA MUJER COMPLETA



Kairós

2ª Edición



# LA MUJER COMPLETA

Germaine Greer

LA MUJER  
COMPLETA

Traducción de Mireia Bofill Abelló  
y Heide Braun

editorial **K**airós

Título original: THE WHOLE WOMAN

© 1996 by Germaine Greer  
© de la versión castellana:  
2000 by Editorial Kairós, S.A.  
Numancia, 117-121. 08029 Barcelona. España  
www.editorialkairos.com

Primera edición: Mayo 2000  
Segunda edición: Junio 2001

I.S.B.N.: 84-7245-465-7  
Depósito legal: B-27.317/2001

Fotocomposición: Beluga y Mleka, s.c.p., Córcega 267, 08008 Barcelona  
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls, S.A., Verdaguer 1, 08786 Capellades

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total ni parcial de este libro, ni la recopilación en un sistema informático, ni la transmisión por medios electrónicos, mecánicos, por fotocopias, por registro o por otros métodos, salvo de breves extractos a efectos de reseña, sin la autorización previa y por escrito del editor o el propietario del copyright.

*Dedico este libro con todo el cariño y respeto a FLO que me enseñó la sabiduría de la calle y alimentó mi espíritu, que ha visto más de lo que yo jamás llegaré a ver y comprendido más de lo que yo jamás podré comprender, y que ha sido tachada de loca justamente por las personas que más necesitan saber lo que ella les cuenta como un chiste: duras realidades que el ingenio vivo de Flo vuelve sencillas y memorables, mientras mendiga entonando sus súplicas cargadas de dinamita.*

*A BETH cuya vida es la quintaesencia de la fusión de amor y trabajo, con una creatividad y un saber reconocidos por cientos de miles de personas, aunque no por una clase dirigente que se sigue interesando sólo por los monumentos, objetos duros aislados e inmutables, mientras que ella trabaja con materiales vivos, con el tiempo y la tierra, el aire y el agua, Beth la del corazón inquebrantable y las hábiles manos hacendosas.*

*A JANET que ha soportado todos los insultos y desprecios profesionales imaginables de hombres con menos talento que ella y que, a pesar de que a veces despótica memorablemente contra ellos, sigue adelante, haciendo lo que ella sabe hacer bien, viviendo y trabajando, aprendiendo y riendo, siempre elegante, jamás acobardada.*

*A MIRIAM que nació sin ninguno de los atributos de una Barbie y que, sin dejarse amilantar jamás por ello, ha llegado a convertirse en la encarnación de las mujeres auténticas, de una galaxia de personajes femeninos, siempre excéntricos y siempre seductores, que nos muestran que la gama de alter-*

*La mujer completa*

*nativas para las que son y no se arrepienten de ser quien son es infinitamente más amplia de lo que jamás puedan llegar a soñar las que intentan aparentar lo que no son.*

*A BEATRIX que con el paso de los años se vuelve cada día más bella, para quien la felicidad es velar por la dicha de las y los demás, que mantiene intacta la fe de su juventud y su pasión por la justicia social, sin dejarse abrumar por los ismos de moda, como si no tuviese la menor duda de que, con el tiempo, una amable pero firme persuasión acabará liberando de sus prejuicios hasta a los más recalcitrantes.*

## DEDICATORIA

Esta continuación de *La mujer eunuco (The Female Eunuch)* es el libro que afirmé que nunca escribiría. Estaba convencida de que cada generación debía expresar sus problemas y prioridades, y no creía tener ninguna autoridad particular para hablar en nombre de otras mujeres salvo las de mi misma edad, clase, orígenes y formación, ni tampoco la vocación de hacerlo. Durante treinta años he procurado defender todos los estilos de feminismo que salieron a la palestra pública, porque quería dejar claro que el lesbianismo de “boquitas pintadas” (*lipstick lesbianism*), el sindicato de prostitutas, la Liga de la Leche, la Liga de Mujeres por la Paz y la Libertad, y las presiones a favor de la ordenación religiosa de las mujeres eran aspectos de la misma lucha por tomar conciencia de la opresión y vencerla. Aunque no estaba de acuerdo con algunas de las estrategias y me inquietaban, con razón, algunos de los conflictos más fundamentales, sólo empecé a sentir que se me revolvían las tripas cuando feministas de mi propia generación comenzaron a afirmar, aparentemente en serio, que las feministas se habían “pasado”. Cuando las feministas de salón añadieron que el feminismo ya había hecho cuanto debía, habiéndoles otorgado el derecho a “tenerlo todo”, o sea, dinero, sexo y estilo, hubiese sido imperdonable continuar callada.

En 1970, el movimiento se llamaba “Movimiento de Liberación de la Mujer” o, despectivamente, “Women’s Lib”. Todas suspiramos aliviadas cuando el apelativo “libbers” fue sustituido por “feministas”. Lo que ninguna de nosotras advirtió fue que el ideal de la liberación se estaba desvaneciendo junto con el nombre. Empezábamos a conformarnos con la igualdad. Las luchas por la liberación no buscan la asimilación sino afirmar la diferencia, dignificarla y darle prestigio, y reivindicarla como una condición para la autodefinición y la autodeterminación. El objetivo del movimiento de liberación de la mujer es conseguir para las personas de sexo femenino lo mismo que se ha conseguido para las naciones colonizadas. El movimiento de liberación de la mujer no consideraba el potencial femenino en función de la realidad masculina; las feministas visionarias de finales de los sesenta y principios de los setenta sabían que las mujeres jamás conseguirían la libertad accediendo a vivir una vida de hombres no libres. Las que perseguían la igualdad clamaban pidiendo la admisión en los antros masculinos cargados de humo. Las liberacionistas escudriñaban el mundo intentando averiguar cómo podría ser la vida de las mujeres si éstas pudiesen definir libremente sus propios valores, establecer sus propias prioridades y decidir sobre su destino.

*La mujer eunuco* es un texto feminista que no aboga por la igualdad. En un debate celebrado en Oxford, un tal William J. Clinton, me oyó argumentar que la legislación igualitaria no podría concederme el derecho a tener las caderas anchas o las piernas peludas, a sentirme cómoda en mi cuerpo de mujer. Pasados treinta años, la feminidad continúa siendo obligatoria para las mujeres y se ha convertido en una opción para los hombres, mientras la verdadera “mujeridad” (*femaleness*) se sigue considerando grotesca hasta rayar en lo obsceno. Mientras tanto, el precio de los pequeños progresos conseguidos en el camino hacia la igualdad sexual ha sido la negación de la mujeridad como un rasgo distintivo. Si el hecho de ser mujer

no se puede interpretar ya como inferioridad, entonces no ha de significar nada en absoluto. Incluso la distinción entre la vagina, que sólo tienen las mujeres, y el recto, que tiene todo el mundo, se ha declarado inconstitucional, por decirlo así. La penetración anal no consentida, que se puede infligir a ambos sexos, se ha renombrado absurdamente como “violación masculina”. En junio de 1998, la Cámara de los Comunes británica reconoció por abrumadora mayoría el derecho de los hombres homosexuales mayores de dieciséis años a “tener relaciones sexuales”, con lo cual querían decir al parecer, pues nadie lo aclaró, el derecho a penetrar y ser penetrados analmente. Los diputados consideraban que con ello estaban concediendo a los hombres homosexuales los mismos derechos que a las personas heterosexuales. Para ellos, al menos, el recto y la vagina eran equivalentes; en muchas culturas (y cada vez más en la nuestra), la vagina más deseable es tan estrecha y apretada como un recto. Los postmodernos se enorgullecen y se congratulan de que el género de una persona justifique actualmente menos presunciones sobre ella que en ninguna otra época, pero para las mujeres que continúan forcejeando con las mismas realidades físicas, este nuevo silencio sobre sus experiencias viscerales sigue evocando la mano del violador que les tapa la boca. Las mujeres de verdad están quedando desfasadas; el primer paso: persuadirlas para que nieguen su propia existencia, ya casi se ha completado.

---

Invariablemente son las personas más “hetero” quienes protestan contra la reducción de la edad de consentimiento, con lo cual sugieren, y he aquí la paradoja, que la sodomía es tan increíblemente placentera para un joven que basta probarla una vez para quedarse “enganchado” y considerar en adelante a las mujeres como un plato mucho menos apetecible.

---

JULIE BURCHILL<sup>1</sup>

Las mujeres hemos recorrido un largo, larguísimo camino en los últimos treinta años; nuestras vidas son ahora más nobles y más ricas que antes, pero también endiabladamente difíciles. Las feministas fueron conscientes desde el primer momento de que las causas del sufrimiento femenino pueden englobarse bajo el título de “expectativas contradictorias”. Las contradicciones con las que se enfrentan las mujeres jamás habían sido tan dolorosas como ahora. La mujer de carrera no sabe si debe hacer su trabajo como un hombre o a su manera. ¿Tiene que transformar su organización o dejar que ésta le aplaste? ¿Debe soportar el acoso o defenderse a punta-piés y hacerse acreedora de algún apodo? ¿La maternidad es un privilegio o un castigo? Aunque fuese auténtica, la igualdad sería un pobre sucedáneo de la liberación; la falsa igualdad está encerrando a las mujeres en una doble trampa. La retórica de la igualdad se utiliza, en nombre de la corrección política, para encubrir el maltrato que están sufriendo las mujeres. Cuando escribí *La mujer eunuco*, nuestras hijas no se autolesionaban ni se mataban de hambre. Por todas partes, mujeres enmudecidas soportan infinidad de dificultades, sufrimiento y dolor en un sistema mundial que crea miles de millones de perdedoras por cada puñado de ganadoras.

Ha llegado el momento de recuperar la indignación.

## CALENTAMIENTO

El problema de la mujer ya está resuelto. Ahora se da por sentado que las mujeres pueden hacer todo lo que hacen los hombres. Cualquiera que intente impedirselo estará infringiendo la ley. Hasta el Presidente de los Estados Unidos, la persona más poderosa del mundo, puede ser llamado a capítulo por una doña nadie que le acusa de pedirle que le hiciera una felación. ¡Sí, eso es poder! El futuro es mujer, nos dicen. El feminismo ha cumplido su cometido y ahora debería hacer mutis. El feminismo eran largas melenas, pantalones anchos y pendientes colgantes; el postfeminismo son los trajes de ejecutiva, cabellos moldeados y labios pintados; el post-postfeminismo es la ordinariez ostentosa y una conducta desordenada. Todas y todos estamos de acuerdo en que las mujeres deben recibir igual salario por el mismo trabajo, deben ser iguales ante la ley, no realizar más trabajo doméstico que los hombres y no dedicar más tiempo a las niñas y niños que ellos, ¿o no es así? Si el futuro es la convivencia de hombres y mujeres convertidos en su mutuo reflejo en un mundo que no ha cambiado en nada, ese futuro es una pesadilla.

---

Nada te hace sentir tan poderosa como mirar de arriba abajo a tu novio y a tu jefe encaramada en unos zapatos que pueden cumplir la doble función de arma ofensiva. Los tacones de aguja –y no los pan-



talones de faena o los *piercing* en la lengua— son la verdadera fuente del poder de las chicas.

LESLEY THOMAS, *Express*, febrero 1998

En *La mujer eunuco* yo argumenté que toda niña es concebida como una mujer completa, pero luego se la va incapacitando progresivamente desde que nace hasta su muerte. La primera obligación de una mujer para consigo misma es sobrevivir a este proceso, luego reconocerlo y a continuación adoptar medidas para defenderse. Después de escribir el libro, viajé durante muchos años por el mundo para intentar localizar a una mujer completa aún sobreviviente. Sería una mujer que no existiría para dar cuerpo a las fantasías sexuales masculinas ni esperaría que un hombre la dotase de identidad y estatus social, una mujer que no estaría obligada a ser bella, que podría ser inteligente, que adquiriría autoridad con la edad. Observé a las mujeres en las sociedades segregadas y las vi más fuertes en muchos aspectos que esas mujeres que jamás irían al teatro o a un restaurante sin la compañía de un hombre. Obreras agrícolas, mendigas y mujeres tribales me enseñaron que el trabajo de las mujeres no tiene límites. Mujeres infibuladas me dieron lecciones de placer sexual, grandes damas cuyas manos jamás habían hecho un trabajo duro y abuelas trabajadoras quemadas por el sol me hablaron de la diosa. Mujeres osage en Oklahoma, mujeres anmatyerre y pitjantjatara en Australia Central, me enseñaron el arte de la supervivencia.

[A los tíos] les gusta que lleves tacones muy altos; o sea que ni se te ocurra quejarte de agujetas en las pantorrillas o de que te deforman los dedos de los pies.

*Sun Woman*, febrero 1998

Apenas había alcanzado a vislumbrar a la mujer completa cuando la promoción comercial occidental se abalanzó sobre

ella con todo su despliegue de efectos espectaculares, proclamando el seductor evangelio de la salvación según Barbie, la muñeca sin caderas, sin útero y de tetas duras. Mis mujeres fuertes embutieron sus pies musculosos en zapatos de tacón y aprendieron a dar pasitos; enfundaron sus pechos útiles en sostenes y en vez de amamantar a sus hijos empezaron a alimentarlos con preparados comerciales diluidos en agua no potable; se gastaron sus escasas reservas de dinero en lápiz de labios y esmalte de uñas, y se convirtieron en mujeres modernas. Hasta las laboriosas mujeres chinas comenzaron a rizarse el cabello para demostrar que también eran verdaderas (o sea, falsas) mujeres. Mientras las feministas occidentales luchaban valerosamente para conseguir la llave del lavabo de los directivos, el estereotipo femenino acabó de completar la conquista del mundo.

Este proceso insidioso avanzó impulsado por la mentira de la revolución sexual. Junto con la igualdad espuria y la feminidad casquivana nos vendieron el mito de la “libertad” sexual. La libertad sexual de un hombre es la esclavitud sexual de otro hombre, o de una mujer, una niña o un niño. El primer principio de la libertad sexual es que cualquier conducta extravagante es legítima si el objetivo es el orgasmo. No se debe criticar ni ridiculizar, ni mucho menos humillar o castigar, a los hombres que se clavan mutuamente el prepucio sobre una tabla de cortar el pan. No se debe vilipendiar a un individuo que se excita introduciéndose hámsters vivos en el recto, aunque se le podría juzgar por crueldad contra los animales. La corrección política no me permite identificar a ese parafílico como un varón, pero prometo comerme el hámster si resultase ser de sexo femenino.

La sexualidad que se ha liberado es la sexualidad masculina, que tiene una fijación con la penetración. Penetración es equivalente a dominación en el mundo animal y, por lo tanto también, en el mundo humano irredento que forma parte de

aquél. El individuo penetrado, cualquiera que sea su sexo, no puede dominar, ¿de acuerdo? No en la cárcel, no en el ejército, no en los negocios, no en los barrios. La persona que recibe está... jodida, acabada, estropeada, degradada. No en la realidad, ya me entienden, sino figuradamente hablando, lo cual es lo que cuenta, puesto que el lenguaje actúa como metáfora. Cuando un soldado varón llama "rajita" a una mujer soldado, la está identificando como "follable" y afirmando su predominio sobre ella. La penetración tiene muy poco que ver con el amor y menos todavía con el aprecio. En el último tercio del siglo XX más mujeres fueron penetradas más profundamente y con mayor frecuencia que en cualquier otra época anterior. El resultado, en Gran Bretaña, es una incidencia de carácter epidémico de clamidia, verrugas genitales y herpes, especialmente entre las mujeres de 16-19 años, acompañada de una tasa de embarazos de adolescentes superada sólo por la estadounidense. Lo que no podía conseguir el pene se logró con consoladores de tamaño desmesurado, el puño, el espéculo y la cánula. Si lo importante era la penetración, desde luego se puso en práctica.

---

¿Por qué fingimos que nos gusta mamársela cuando todas sabemos que es una experiencia sexualmente tan excitante como embuertirte una salchicha fría en la boca?

JULIA GAYNOR, en la revista *Company*<sup>1</sup>

---

La legitimación de la búsqueda del orgasmo perfecto ha incrementado enormemente la incidencia y la difusión de la prostitución. Comunidades enteras viven ahora de ingresos inmorales. Estudiantes checas "deciden" abandonar sus estudios y trabajar como prostitutas porque esto les permite ganar en una hora lo que cobran al mes sus madres profesionalmente cualificadas. Cada día se introducen clandestinamente en los países europeos contingentes de mujeres del Tercer Mundo

para ser utilizadas como esclavas sexuales, sin papeles, sin identidad y sin derechos. Una persona que trabaja como prostituta para pagarse la adicción a una droga es la individuo o el individuo menos libre del planeta.

Si la igualdad significa el derecho a participar en igualdad de condiciones de los beneficios de la tiranía económica, dicha igualdad es inconciliable con la liberación. La libertad en un mundo no libre significa meramente una licencia para explotar. El tributo de labios afuera que se rinde al feminismo en los países desarrollados es un cómodo encubrimiento para enmascarar la masculinización del poder y la feminización de la pobreza en las naciones emergentes. Si una cree, como creo yo, que ser feminista significa comprender que el hecho de ser mujer está por encima de la pertenencia a cualquier raza, nacionalidad, religión, partido o familia, entonces no puede dejar de preocuparle el desmoronamiento del prestigio y el poder económico de la mayoría de las mujeres del mundo como consecuencia directa de la hegemonía occidental. Y cuando vemos a mujeres que denuncian el imperialismo cultural —las mujeres que se pusieron el chador y echaron a gritos a los norteamericanos de Irán, por ejemplo—, deberíamos reconocerlos en ellas y reconocer sus luchas como propias.

---

"Tomorrow's Women" (Mujeres del mañana) ofrece a las mujeres que ya han triunfado en su campo, a las madres que trabajan o a las que están empezando su carrera un medio seguro para conocer el futuro que tienen por delante.

Precio de la inscripción (IVA incluido): empresas: 176,25 £; organizaciones sin ánimo de lucro: 129,95 £; tarifa individual: 82,25 £. Incluye acceso a los actos organizados durante todo un día, dossier de documentación incluida una copia del Informe Demos, refrigerio a media mañana y almuerzo.

---

La implosión de los regímenes soviéticos y el consiguiente derrumbe del capitalismo de estado se saldó con enormes sufrimientos para las mujeres. Las mujeres que habían dedicado su vida al duro trabajo en las industrias de propiedad estatal perdieron la asistencia médica gratuita y las viviendas subvencionadas por el Estado justo en el momento en que más las necesitaban. La llamada economía “libre” no es caritativa con esas mujeres que se ven obligadas a vender cualquier cosa comercializable que tengan para poder comprar comida y pagar el alquiler a precios de mercado. El “usuario debe pagar” es un bonito principio, pero no si ese “usuario” es una persona enferma o discapacitada, o menor de edad, o alguien con una o un menor a su cargo. Las mujeres se han dedicado históricamente a cuidar de los y las demás; ¿se puede considerar una liberación que ahora se vean condenadas a no cuidar? ¿O deberían consagrar las feministas el principio femenino del cuidado como un principio político? Hacerlo así sería convertirse en uno de esos seres absurdos y desfasados por antonomasia: una socialista.

Justamente porque el feminismo no es egoísta, su fuerza se ha dispersado en multitud de otras preocupaciones: el movimiento por la paz, el movimiento ecologista, la liberación homosexual, la liberación negra, la lucha contra la pornografía, los derechos de los animales, la ordenación de las mujeres, la lucha contra el VIH y el SIDA. En cualquier manifestación, acción directa, piquete o lo que sea, podemos ver a algunas feministas recibiendo los golpes en primera línea, aunque raras veces se las identificará como portavoces. Las mujeres de Greenham Common eran todas feministas, pero rodearon la base nuclear cogidas de la mano en calidad de pacifistas. En Somalia, hace poco, azotaron públicamente a varias mujeres por atreverse a salir a la calle para protestar contra el envío de sus hombres a las zonas de combate. ¿Debemos aceptar el altruismo como parte integrante de la estructura psicológica de

la mujer completa o deberíamos instarla a que se concentre en la defensa de su interés personal? O ¿no sería preferible politizar, tal vez, el principio del altruismo con el argumento de que no es más que una forma inteligente de defender el interés personal? Vivimos en este mundo en compañía y la manera en que vivimos en compañía repercute sobre como vivimos a solas. Sabemos que el planeta necesita una buena gestión doméstica y que las medidas ecológicas carecen de efecto si no se aplican de manera coordinada por encima de las fronteras regionales, estatales y nacionales; igual que quienes no tenemos hijas ni hijos sabemos que necesitamos que los hijos e hijas de los demás reciban una buena educación para que nuestras vidas merezcan la pena. Raras veces se plantea si las feministas deberían ser socialistas. Las feministas estadounidenses no quieren saber nada de las feministas cubanas que luchan para contrarrestar los efectos paralizantes del bloqueo norteamericano.

---

La amnesia cíclica parece ser una de las características del feminismo.

ANGELA PHILLIPS, 1998<sup>2</sup>

---

Resulta amargamente irónico que el feminismo esté consiguiendo sus mayores éxitos dentro de las fronteras de la superpotencia que corroe la vida de las mujeres del mundo,<sup>3</sup> que guerrea contra ellas y mata de hambre a sus hijas e hijos. La identificación del feminismo con los Estados Unidos lo ha deshonrado en todo el mundo. La mitad de las mujeres soldado del mundo sirven en las fuerzas armadas de los Estados Unidos. Poca credibilidad puede tener el feminismo ante las mujeres iraquíes que vieron a mujeres soldados con las piernas desnudas riéndose con los hombres mientras batallaban contra ellas y ahora ven morir a sus criaturas enfermas por culpa del embargo comercial. Sin embargo, las mujeres que se

ocupan de recaudar fondos para financiar la ayuda médica a Iraq y Palestina y se encargan de organizar los envíos son feministas.

Como entidad política, el feminismo tiene menos peso que el más modesto *lobby*. No ha comprado a políticos ni los ha alistado a favor de su causa. El feminismo existe fuera del ámbito de la instrumentalidad política, como una idea. La conciencia feminista anima ahora todas las relaciones, todos los encuentros sociales y profesionales. Lo cual no significa que motive acciones sociales y políticas; la mayoría de las veces, los cursos de acción que se siguen neutralizan o vacían de contenido las posibles consecuencias de la toma de conciencia feminista. Ya no existe un espacio libre donde poder desarrollar sistemas culturales y sociales alternativos. No someterse a la esclavitud del endeudamiento se considera un delito social. En el mundo “libre”, las autoridades fiscales, los bancos, las sociedades constructoras, las compañías que gestionan las tarjetas de crédito, el servicio de salud y la Seguridad Social ejercen un grado de control sobre los individuos e individuos jamás soñado por los apóstoles de las economías centralizadas. La modificación de los sistemas de seguridad social y de las leyes que los regulan ponen de rodillas a todo el mundo, personas de sexo femenino y masculino, ancianas y jóvenes por un igual. Las estrategias del marketing, que ya no utilizan sólo los fabricantes y proveedores de servicios, sino que también han sido adoptadas por los gobiernos, servicios de comunicación, Iglesias, organizaciones benéficas, escuelas y universidades, confunden el planteamiento de cualquier tema. Su objetivo no es facilitar una decisión informada sino promover la aquiescencia. Dada la incompatibilidad del feminismo con el consumismo, el marketing lo integró como una moda y acto seguido procedió a declararlo desfasado, sólo para volver a recuperarlo más adelante una y otra vez bajo diferentes etiquetas de diseño.

---

Helen Gurley Brown se metamorfoseó para convertirse en Naomi Wolf, juvenil, promiscuamente, de una pieza. Ahora tenemos el feminismo de las niñas monas, que reviste de pretensiones intelectuales un mundo donde el máximo ideal es reconocer a la pelandusca que una lleva dentro.

MAUREEN DOWD, *New York Times*, 7 de julio de 1997

---

En febrero de 1997, un sondeo nacional de opinión, en EE.UU., reveló que «casi siete de cada diez mujeres cree que los partidos políticos no prestan suficiente atención a los temas que preocupan a las mujeres». Seguro que todas esas mujeres no responden a la descripción de feministas, pero si el feminismo es la conciencia de la opresión de las mujeres, lo cierto es que no tuvieron reparo en manifestar dicha conciencia. Tres cuartas partes de *todas* las mujeres de entre 25 y 54 años de edad declararon su insatisfacción con el historial de los políticos en relación con cuestiones como: los servicios de guardería, los salarios bajos, el trabajo a tiempo parcial y la subrepresentación de las mujeres en los puestos de decisión, y un 55% de los hombres se mostraron de acuerdo con ellas. Más de una tercera parte de las mujeres encuestadas no habían decidido por quién iban a votar. Según los analistas electorales, Bill Clinton consiguió ser reelegido para un segundo mandato como presidente de los Estados Unidos gracias al voto de las mujeres. De ahí la expresión de triunfalismo feminista de Naomi Wolf:

El “terremoto” en el terreno del género se inició en Norteamérica con la erupción de la denuncia de acoso sexual presentada por la profesora de Derecho en Oklahoma Anita Hill, se propagó a través de los famosos juicios por violación de 1991-1992, sacó a la luz del día el acoso sexual del senador Bob Packwood contra sus colegas y los abusos sexuales de que fueron objeto en la Convención de Tailhook varias

mujeres enroladas en la Marina de los Estados Unidos, y originó el impulso que llevó a ocupar escaños en el Congreso y el Senado a 52 nuevas legisladoras. A partir de estos primeros pasos y con la elección del presidente profeminista Clinton en los Estados Unidos, la elección por primera vez de una Primera Ministra en Canadá y la reelección –con el voto de las mujeres– del Primer Ministro socialista Paul Keating en Australia, se ha puesto en marcha una cadena de acontecimientos que sólo admite una conclusión: las mujeres se han convertido en la clase política dominante.<sup>4</sup>

¡Wolf desde luego interpreta de una manera curiosa la extraordinaria difusión del acoso y las agresiones sexuales entre la clase dominante norteamericana! *Fire with Fire* (Fuego contra el fuego) se publicó en 1993 y muchas de las valerosas nuevas iniciativas que señala Wolf ya se han marchitado en tan poco tiempo.

En las elecciones de mayo de 1997, en el Reino Unido, se presentaron 160 candidatas por el Partido Laborista; 103 salieron elegidas. Cuando se inauguró el Parlamento había tantas mujeres laboristas en coquetos trajes chaqueta rojos que el Palacio de Westminster parecía un club de vacaciones Butlins, con sus animadoras uniformadas de rojo. Durante la campaña, ninguna de las candidatas había ocupado un lugar destacado en los medios de comunicación que, como norma general, presentaron las elecciones como un encarnizado combate entre dos hombres trajeados. La prensa, que crea las noticias, además de transmitir las, es la verdadera fuente de poder en nuestras pseudodemocracias. El más somero examen, incluso de los órganos de comunicación más progresistas, revela una curiosa incapacidad para reconocer a las mujeres como protagonistas, a menos que sean jóvenes, o estén casadas con un jefe de Estado, o desnudas, o embarazadas gracias a algún triunfo de la tecnología, o sean autoras o víctimas de algún crimen espantoso, o alguna

combinación de lo anterior. Los temas de interés para las mujeres a menudo aparecen disimulados entre los temas de sociedad, cuando no quedan relegados a las páginas femeninas, que sorprendentemente todavía sobreviven. Las imágenes de personas en edad madura son todas masculinas; incluso las pocas mujeres que se considera merecedoras de una necrológica aparecen fotografiadas de jóvenes, como si nada hubiesen hecho en los últimos cuarenta y tantos años de su vida. Si analizan los títulos de crédito de su periódico habitual podrán comprobar que en la redacción, todos los puestos de responsabilidad están ocupados por hombres mayores, apoyados por un enjambre de mujeres jóvenes, las infinitamente sustituibles *hackettes*. El Gobierno británico anuncia dos veces al año una lista de personas condecoradas, tan sexista que da risa. La encabezan los nombres de los nuevos caballeros o *Sir*, que tienen que ser varones por definición y cuyas esposas reciben el título de *Lady*. Los maridos de las pocas damas (generalmente procedentes del mundo del espectáculo) siguen siendo simplemente señores. Las mujeres reciben pocas de las condecoraciones del Imperio Británico (*sic*) salvo el título de MBE (Miembro de la Orden del Imperio Británico), conocido en los corredores del poder como “la condecoración de los secretarios”, en cuyo caso la proporción de mujeres condecoradas se eleva al 40%.

Las mujeres sólo pueden acceder a las instituciones políticas cuando éstas ya las han moldeado según el patrón institucional; cuanto mayor es el número de políticas que puede exhibir un Parlamento, menos probable es que éste se ocupe de los temas que afectan a las mujeres. El primer ministro Blair tiene menos dificultades para mantener un grado de control centralizado sin precedentes debido al gran número de parlamentarias jóvenes e inexpertas que integran el grupo parlamentario laborista. Un diputado laborista las llamó las «esposas de Stepford, con un chip implantado en el cerebro para mantenerlas en sintonía»; la prensa las llama las «chicas

de Blair». Una parlamentaria incluida en el turno semanal de preguntas al Primer Ministro, no consiguió recordar la fórmula de rigor y sus colegas se la tuvieron que soplar tras dos intentos fallidos. Se han modificado muy pocos de los absurdos rituales de la Asamblea y tampoco se ha alterado el horario de las sesiones. Después de un año en la ruidosa cervecería que es la Cámara de los Comunes británica y tras muchas semanas sin ver a su familia, durante unos pocos minutos cada vez, las nuevas diputadas acusaban unos niveles de estrés prácticamente insoportables.

Mientras al Parlamento no le preocupan los temas que afectan a las mujeres, éstos parecen obsesionar, en cambio, a las universidades. Cada año ven la luz millares de publicaciones académicas sobre los roles sexuales, la condición social de las mujeres, la historia del género, las políticas en materia de fecundidad, los derechos reproductivos, las mujeres y el poder, las mujeres y la guerra, las mujeres y la paz, las mujeres y la literatura, las mujeres y el analfabetismo, las mujeres y el Islam, las mujeres y la violencia, la política de la menstruación, la menopausia, la ginecofobia, la guerra de los sexos, la segregación, el poder de las mujeres, la feminización de la pobreza, la victimización, las violaciones, la lucha contra las violaciones, las heroínas, las amazonas, las madres, las hijas, las abuelas, la mala madre, la loca de la buhardilla y la que está suelta, firmadas por viejas feministas, nuevas feministas, feministas radicales, feministas culturales, feministas postmodernas, feministas postestructuralistas, feministas del género, feministas críticas, colectivos feministas, feministas judías, feministas lesbianas, feministas discapacitadas, monjas feministas, trabajadoras sexuales feministas, sociólogas, filósofas, geógrafas, psicólogas. Desde el punto de vista del *establishment* intelectual, sigue existiendo un problema de las mujeres, profundo y ramificado, que todavía no se ha planteado, ni mucho menos se ha resuelto, correctamente.<sup>5</sup>

Susan J. Douglas comenta con amargura a propósito de los progresos conseguidos desde que la conferencia de la Organización Nacional de Mujeres de los Estados Unidos (NOW) adoptó su Plan Nacional de Acción en 1997 en Houston:

Propugnaban la creación de refugios para mujeres maltratadas financiados por el Gobierno; cobertura sanitaria para todos los americanos y americanas, con servicios para las mujeres con necesidades especiales; guarderías financiadas por el Gobierno; programas de prevención de las violaciones y programas para las víctimas de malos tratos contra menores; y la extensión de las prestaciones de la Seguridad Social a las amas de casa. A la vista de que, más de quince años después de redactarse ese texto, Estados Unidos cuenta con tres veces más refugios para animales que refugios para mujeres maltratadas, no dispone de ningún tipo de plan nacional de salud, las guarderías no reciben fondos federales, y la tasa de violaciones es pavorosa, cualquiera de esas medidas podría considerarse revolucionaria.<sup>6</sup>

Las recomendaciones eran, en realidad, una lista de buenos deseos y presuponían un compromiso a favor de la justicia social que no ha caracterizado jamás, en ninguna época, al Gobierno de los Estados Unidos. En cuanto a la legislación británica, su modificación ha sido lenta y vacilante, y el compromiso a favor de la autonomía económica de las mujeres, más aparente que real. En estos momentos, una mujer tiene ligeramente mayores probabilidades de encontrar un empleo que un hombre, pero sólo debido a que el mercado de trabajo se ha reestructurado en un sentido favorable a los empleadores. En palabras de Larry Elliott:

Gran Bretaña no sólo se ha convertido en una economía de servicios, sino también en una economía sirviente. Este

calificativo no se justifica únicamente por el rápido incremento de los trabajadores del servicio doméstico –asistentas, niñeras, limpiacristales, guardacoches, etcétera–, sino que también se puede aplicar a amplios sectores de la fuerza de trabajo que han asistido a una masiva modificación a favor de los empleadores de las relaciones de poder en los mercados de trabajo.<sup>7</sup>

Los “trabajadores” que aceptan un contrato de trabajo de “0 horas”, lo cual significa que sólo les llaman cuando hay trabajo y entonces cobran por horas, que llevan “buscas” y teléfonos móviles y deben estar a disposición del patrón las veinticuatro horas del día, que se llevan trabajo a casa cada noche, que no están cubiertos por un convenio y carecen de protección en el empleo, de garantías de seguridad e higiene y de seguro contra los accidentes de trabajo, son trabajadoras. Ahora que la escasez de empleos ha puesto de rodillas al movimiento sindical y los trabajadores y trabajadoras ya no pueden negociar condiciones de trabajo y salarios dignos, las mujeres comienzan a ocupar un lugar preponderante en un mercado de trabajo escuálido e incierto, sin Seguridad Social, sin protección, sin medidas de seguridad, sin representación, sin contratos. Las mujeres no lo han buscado; han llegado a superar a los hombres en el empleo porque cuando los sindicatos tenían poder, no lo usaron para obtener derechos para las mujeres que trabajaban en sectores degradados. Permitieron la coexistencia paralela de una amplia reserva de mano de obra femenina barata, hasta que ésta acabó derribando a su elite. En pocas palabras, la cosa ha ido así: las mujeres siempre hicieron el trabajo basura; ahora que sólo hay trabajo basura, los hombres están en el paro. Un trabajo que no sea basura se convierte en trabajo basura si empiezan a hacerlo un número significativo de mujeres. Las profesiones han ido perdiendo prestigio y poder con la progresiva incorporación de mujeres. La enseñanza ya ha

tocado fondo; la medicina está perdiendo posiciones rápidamente.

---

El feminismo ginecocéntrico define la opresión de las mujeres como la devaluación y la represión de la experiencia femenina por una cultura masculina que ensalza la violencia y el individualismo.

IRIS MARION YOUNG, *Throwing Like a Girl*<sup>8</sup>

---

A pesar de que su presencia numérica se aproxima a la paridad, el volumen total de ingresos de las mujeres británicas representa sólo el 60% del volumen total de ingresos masculinos; su salario es de 79 peniques/hora por cada libra que ganan los hombres. La Ley de Igualdad de Remuneración (Equal Pay Act) establece la igualdad de salario por un trabajo del mismo valor, como si el trabajo tuviese un valor intrínseco y no valiese simplemente lo que el trabajador o la trabajadora puede conseguir que le pague el empleador o, caso más frecuente en la actualidad, lo que el empleador puede conseguir que acepte el trabajador o la trabajadora. El diferencial entre los salarios femeninos y los masculinos ya ha quedado consagrado. Una mujer que denuncie un caso ante un tribunal laboral tendrá que esperar años antes de que éste dicte sentencia, y una sentencia sobre un caso particular es sólo eso. La legislación británica sobre la igualdad de remuneración está pensada para que no sea eficaz, es deliberadamente ineficaz. En 1990, la Comisión de Igualdad de Oportunidades remitió al Gobierno conservador sus recomendaciones para una aplicación eficaz de la Ley de Igualdad de Remuneración; tuvieron que esperar tres años la respuesta, que negaba la necesidad de ningún cambio importante. Entre tanto, el Gobierno había suprimido los comités salariales (*wage councils*) que antes ofrecían una cierta protección a los trabajadores peor pagados, en su mayoría mujeres. La Comisión de Igualdad de Oportunidades ha apelado ahora a la Comisión

Europea, cuyas recomendaciones, cuando finalmente lleguen, sin duda serán ignoradas.

---

En 1997, más del doble de mujeres que de hombres crearon una nueva empresa en Gran Bretaña; tres de cada cuatro nuevas empresas fracasan, pero de éstas tres sólo una está dirigida por una mujer.

---

Las empresas constructoras discriminan a las mujeres cuando equiparan la baja por maternidad a una baja por larga enfermedad y se niegan a alquilar viviendas a las parejas en las que ambos miembros trabajan cuando la mujer está embarazada. Las mujeres pagan un 50% más en concepto de seguro médico. Las mujeres son el terreno de prácticas de la tecnología médica, rutinariamente examinadas, evaluadas y torturadas sin ninguna finalidad excepto el ejercicio de un control sobre ellas. Como castigo por la adquisición de un mínimo de independencia económica se las obliga a cargar prácticamente con toda la responsabilidad del bienestar de niñas y niños, mientras equipos de profesionales evalúan y registran continuamente sus insuficiencias. La criminalización de la madre ha desplazado a su idealización. «Las mujeres no tienen idea de lo mucho que las odian los hombres» es la frase de *La mujer eunuco* que se ha citado indebidamente con mayor frecuencia. Algunos hombres odian permanentemente a todas las mujeres; todos los hombres odian a algunas mujeres una parte del tiempo. Yo diría que en el año 2000 hay más hombres que odian a más mujeres con mayor resentimiento que en 1970. Nuestra cultura es mucho más masculinista que hace treinta años. Las películas se ocupan de las emociones masculinas. El fútbol es la actividad cultural más significativa en Gran Bretaña. Los ordenadores están entrando en todos los hogares, pero más del 80% de los usuarios de Internet son hombres. Los fabricantes de videojuegos —que en su mayor parte son juegos de guerra de uno u otro tipo— ignoran a las mujeres. La música de consumo está

más dividida que nunca: las consumidoras de *pop* comercial son mujeres; la música *rock* que atrae a los hombres es deliberada, increíble, ofensivamente misógina. Mientras las mujeres luchaban por vivir como adultas dignas y responsables, los hombres se han refugiado en fantasías y conductas extravagantemente machistas.

---

Si estamos sinceramente decididas a acabar con la subordinación de todas las mujeres, las feministas no podemos permitirnos aceptar supuestos indiscutidos, ortodoxias o compromisos dogmáticos con posiciones que pretenden ser “políticamente correctas”.

ALISON JAGGAR, 1994<sup>9</sup>

---

A diario se practican venganzas terribles contra mujeres que han osado hacer uso de sus nuevos privilegios. Las mujeres alistadas en las fuerzas armadas son víctimas de abusos sexuales y acoso; las jóvenes mujeres policía son sometidas a vejaciones degradantes y se ejerce una brutalidad abominable sobre las mujeres, aparentemente por el solo hecho de serlo. La lectura de las descripciones de las torturas que infligen los hombres a las mujeres nos deja desconcertadas por su elaborado refinamiento; los cortes, quemaduras y mutilaciones son el inicio de un *continuum* que culmina con el magnífico perfeccionamiento de la matanza como arte aplicada de la tecnología militar moderna. Actualmente las guerras se libran contra la población civil; el grueso de las bajas militares se contabiliza ahora entre las mujeres, niñas y niños.

Por todas partes vemos mujeres angustiadas, agotadas, mutiladas, solas, culpabilizadas, escarnecidas por el éxito, proclamado en grandes titulares, de una minoría. La realidad de las mujeres es una vida de trabajo, en su mayor parte no remunerado y, lo que es peor aún, no valorado. Cada día tenemos noticia de malos tratos contra las mujeres; cada día tenemos noticia de nuevos tipos de atrocidades perpetradas contra la mente y el



### *Calentamiento*

cuerpo de las mujeres; y, sin embargo, cada día nos dicen que ya no queda nada por lo que luchar. Hemos recorrido un largo camino, pero la senda es cada vez más empinada, pedregosa y arriesgada, y hemos sufrido muchas bajas. Hemos llegado a un punto en el que frente a nosotras parece borrarse la huella. Los antiguos enemigos, no derrotados, han ideado nuevas estrategias; nuevos atacantes nos acechan emboscados. No nos queda otra alternativa que volverles la cara y luchar.

## EL CUERPO

## LA BELLEZA

Toda mujer sabe que, por muchos que sean sus demás méritos, no vale nada si no es guapa. También sabe que cada día que pasa va perdiendo, implacablemente, la belleza, poca o mucha, que posee. Aunque sea extraordinariamente hermosa, como las supermodelos cuyas imágenes se reproducen por todas partes, hasta que llegan a resultarle más familiares que los rasgos de su propia madre, jamás será suficientemente bella. Siempre habrá alguna parte de su cuerpo que no dará la talla: sus rodillas, sus pies, sus nalgas, sus pechos. Aun cuando todo ello sea perfecto e intachable, sabe que en su interior tiene unas tripas repletas de comida en descomposición; tiene una vagina que huele y sangra. Es humana, no una diosa ni un ángel. Cualquiera que sea la cantidad de vello que tenga, siempre será excesiva. Por escaso y bienoliente que sea su sudor, siempre será excesivo. Sin ayuda, seguro que olerá mal. Si su cuerpo es lo bastante delgado, sus senos son esmirriados. Si tiene un pecho abundante, seguro que el culo es demasiado gordo.

---

Descubrí muy pronto que una mujer hermosa no se considera en absoluto bella. A menudo vive atenazada por la inseguridad. Toda mujer tiene algo que no le gusta de su aspecto: si es rubia, quiere ser morena; si es alta, quiere ser baja; si tiene un pecho abundante, quiere tenerlo liso. La lista es infinita.

ED BURNS, 1998

---

Los científicos designan como “trastorno de dismorfia corporal” (TDC) la preocupación anormal por algún supuesto defecto del propio cuerpo. En julio de 1996, David Veale del Royal Free Hospital declaró ante la reunión anual del Real Colegio de Psiquiatría:

Esos individuos [afectados por el TDC] tienen muchas dificultades en su vida social. Presentan una fuerte incidencia de depresiones y un 25% han intentado suicidarse [...] Michael Jackson parece un caso claro de TDC. Se ha sometido a más de 30 operaciones de cirugía cosmética y su ex esposa, Lisa Presley, declaró que jamás se quitaba el maquillaje, ni siquiera para dormir.<sup>1</sup>

Lo que en un hombre se considera una conducta patológica, se le exige a una mujer. Un hombre calvo que use peluca es un personaje ridículo; una mujer calva que se niegue a usar peluca es una dejada y una provocadora. Se espera que las mujeres con “demasiado” vello corporal (o sea, cualquier cantidad, por poca que sea) forcejeen a diario con toda clase de depilatorios para aparentar que tienen la piel lampiña. Las mujeres dedican centenares de horas a la decolorarse el bigotes, depilarse las piernas con cera o arrancarse con pinzas los pelos de las cejas. Se consideraría una obscenidad ambulante a una mujer que se pasease con un biquini por el que asomase una mata de vello púbico. Nadie diría que la mujer que se somete a la dolorosa operación de arrancarse con cera el vello que asoma por el biquini sufre de TDC. Una de mis amigas se palpa continuamente la barbilla con el dorso de los dedos en un esfuerzo inconsciente por detectar la posible aparición de un grano e incluso aparece haciendo ese gesto en el vídeo de la boda de su hija. Esta inseguridad se ha inculcado a las mujeres a lo largo de generaciones y no hemos avanzado nada en la lucha por superarla. Cada número de todas las revistas fe-

meninas explota la preocupación de las mujeres por el “vello no deseado”. No se recomienda a las lectoras que aprendan a amar su vello, sino que usen depilatorios o recurran a la electrolisis, o incluso que comprueben si no sufren de un trastorno tiroideo muy infrecuente que provoca hirsutismo.

---

Nacemos desnudos, el resto es travestismo.

RuPAUL, ilusionista del género<sup>2</sup>

---

La que logra salvarse del exceso de vello, seguro que no escapará a la celulitis. Cuando escribí *La mujer eunuco*, la celulitis era una dolencia francesa. En inglés, la palabra se debería escribir *cellulitis*, pero las empresas farmacéuticas británicas dispuestas a sacar tajada de las campañas de promoción de productos franceses, adoptaron la grafía francesa *cellulite*. La celulitis es pura y simplemente grasa subcutánea. Mantiene el calor corporal y suaviza los contornos del cuerpo femenino y, cuando se acumula, forma hoyuelos. La presencia o no de estos hoyuelos es una cuestión de herencia genética; algunas mujeres tienen un tejido adiposo compacto y liso, y otras lo tienen más blando, flácido y con depresiones, incluso en las rodillas, pero invariablemente en las nalgas. El aspecto característico de “piel de naranja” se puede encontrar hasta en los culitos de bebés que aún no han comido chocolate, ni bebido café ni alcohol, ni tampoco han fumado ni han cometido ninguno de los pecados que tienen como castigo la celulitis. Hubo una época en que tanto los hombres como las mujeres admiraban los hoyuelos que forma el tejido adiposo; el marketing del siglo XX se encargó de transformarlos en algo repulsivo. La mayor parte de lo que se ha escrito sobre “glóbulos de células adiposas”, “drenaje linfático deficiente” y “toxinas solidificadas” son cónicas sandeces. La grasa que forma hoyuelos sólo desaparece a base de dieta; ni los masajes, vibraciones y “amasamiento” la modificarán en absoluto.

Ninguna crema a base de placenta o de cerebros de fetos abortados o de vidrio molido logrará descomponer la celulitis. La celulitis forma parte de una y la acompaña hasta la muerte o la liposucción, que es cara y sumamente dolorosa y a veces tiene efectos más desfigurantes que la misma grasa. Puesto que la distribución del tejido adiposo está regulada por las hormonas, lo más probable es que la grasa se vuelva a acumular después de una liposucción. Como la celulitis no mata y tampoco desaparece es una mina de oro para los médicos, nutricionistas, naturópatas, aromaterapeutas, expertos en *fitness* y organizadores de planes de vida. Los fabricantes de cremas, aparatos de ejercicios, cepillos para la piel y suplementos dietéticos ganan todos un pastón gracias al disgusto, atentamente cultivado, que sienten las mujeres por sus propios cuerpos, aterradas por la posible presencia de “antiestéticas células grasas”. Criminalizar la celulitis es sólo una manera más de demonizar la grasa, toda la grasa, del tipo que sea y dondequiera que se encuentre.

---

El 47% de las mujeres del Reino Unido usan una talla 46 o superior.

Diet Breakers, 1993<sup>3</sup>

---

Se ha inoculado deliberadamente a las mujeres el TDC como un medio para inducirlas a comprar productos inútiles y sin ningún valor. Unas características que “afectan” prácticamente a todas las mujeres se describen como antiestéticas y anómalas, creándoles la impresión de que ciertas partes de sus cuerpos, o quizá sus cuerpos enteros, son defectuosos y es preciso intentar modificarlos o incluso alterarlos quirúrgicamente. La mayoría de las mujeres no están satisfechas con su cabello y se lo tiñen, lo decoloran o se hacen la permanente. La mayoría de las mujeres consideran que no tienen las piernas lo bastante largas, y que sus muslos son demasiado gruesos o

demasiado flácidos. La mayoría de las mujeres no están satisfechas con sus nalgas, que les parecen demasiado lisas, demasiado caídas, demasiado gordas o demasiado anchas. La preocupación por su aspecto contribuye a estropearle una parte del día a toda mujer. Industrias con cifras de negocios multimillonarias en dólares explotan al unísono su necesidad de que alguien apacigüe su inquietud y su necesidad de hacer algo para mejorar su aspecto.

Hace treinta años bastaba con *verse* bien; ahora una mujer tiene que tener un cuerpo prieto y a tono, incluidas las nalgas y los muslos, para que resulte agradable tocarlo, por todas partes. «Recuerda –le dirán– que la belleza empieza por dentro» y, por lo tanto, procurará mantener los intestinos despejados comiendo abundante fibra y los riñones bien enjuagados con grandes dosis de agua pura. Es posible que también tome Perfectil, «sólo [...] una cápsula al día, todos los días, para cuidarte más allá de la superficie de la piel», que le costará 7,95 libras al mes, a pesar de que las cápsulas poco pueden hacer aparte de «garantizar» que reciba su «dosis de elementos esenciales como: magnesio, cinc y el complejo vitamínico B», que cuestan unos pocos peniques como máximo. Si dispone de otras 24 libras puede probar el *Firm Believer Body Toning Treatment* (Tratamiento tónico corporal para mujeres con fe) de Clinique, destinado a eliminar la celulitis «favoreciendo la formación de colágeno y elastina y evitando que la grasa se infiltre en la piel», y transformando así la apariencia de “piel de naranja” en “piel de melocotón”. Estar bella por dentro exige todavía más esfuerzo que aplicarse una capa embellecedora por fuera. Dicen que Demi Moore hace cuatro horas de ejercicio al día, empezando por una sesión de aeróbic cardiovascular, para trabajar luego las piernas y las nalgas con flexiones, balanceos y levantamiento de nalgas, el torso con ejercicios de hombros y de *punching ball*, y acabar con una serie de abdominales. Además, consume exclusivamente ali-

mentos no tratados, sin pesticidas, totalmente vegetarianos. El resultado, unos abdominales tensos, un trasero duro como una roca y una musculatura palpitante, aun así no fue suficiente para salvar su matrimonio.<sup>4</sup>

---

El Dr. Fenton, dermatólogo, recomienda: «No malgaste el dinero comprando cremas caras de la gama alta que ofrecen cantidades insignificantes lujosamente envasadas y empaquetadas».

Algunos productos que vale la pena probar: *Odély's Perfect Care* de Guerlain (29,50 £), *Vérité Moisture Relief Cream* de Estée Lauder (36 £), *Prescriptives All You Need + for Drier Skins* (32 £).

---

Haga lo que haga una mujer, debe evitar aparentar su edad a toda costa. El régimen de mantenimiento se debe mantener toda la vida, junto con la actividad sexual, también de por vida, que actualmente se considera obligatoria. «La abuela de hoy ya no es una anciana de pelo blanco cubierta con una toquilla, sino que seguramente acudirá a hacer de canguro en zapatillas de deporte y chándal, recién salida del gimnasio, o todavía con su traje chaqueta, procedente directamente del despacho.»<sup>5</sup>

La industria de productos de belleza del Reino Unido obtiene cada año 8.900 millones de libras esterlinas de los bolsillos de las mujeres. Revistas financiadas por esta industria inculcan a las niñas la necesidad de usar maquillaje y les enseñan a emplearlo, implantando así su dependencia de por vida de los productos de belleza. No satisfechas con enseñar a las adolescentes el uso de bases de maquillaje, polvos, difuminadores, colorete, sombras de ojo, perfiladores de ojos, perfiladores, lápices y abrillantadores de labios, las revistas también ayudan a detectar problemas de sequedad de piel, descamación, puntos negros, brillo, piel mate, imperfecciones, hinchazón, piel seboosa y espinillas, que las niñas deberán tratar con humidificantes, revitalizantes, mascarillas, compactos, enjuagues, lociones,

cremas limpiadoras, tónicos, exfoliantes, astringentes, ninguno de los cuales les servirá de nada y todos con un precio que las niñas no tienen dinero para pagar. Los cosméticos para preadolescentes son relativamente baratos, pero al cabo de pocos años un marketing más sofisticado conseguirá convencer hasta a la joven más sensata para que despilfarre su dinero en la adquisición de preparados alquímicos que pueden contener cualquier cosa, desde seda hasta cachemira, perlas, proteínas, jalea real, extractos de placenta, “ceramidas”, “biotina”, colágeno, “fitosensores”, “bisabolol”, jojoba, “hidrocaptos”, “serina”, ácidos hidróxidos frutales, “oleosferas”, “corneosferas”, “nanovectores”, glicerol, y cualquier otro componente, real o ficticio, capaz de retrasar su inminente caída en una repulsiva decrepitud.

---

No sé cuántas veces más voy a poder disciplinar esta cara.

CHER, noviembre de 1987<sup>6</sup>

---

Se exhorta a las mujeres a combatir y negar su edad por todos los medios a su alcance. A pesar de que las encuestas entre las consumidoras y consumidores revelan periódicamente que ningún producto aplicado sobre la superficie de la piel puede influir sobre las estructuras subcutáneas ni evitar el envejecimiento, los productos contra los efectos de la edad se siguen vendiendo. Los hospitales depositan a diario placentas en congeladores especiales, que camionetas sin identificar se encargan de recoger una vez a la semana, para venderlas a los fabricantes de cremas faciales. El afán de algunas mujeres por retrasar el envejecimiento es tan desesperado que están dispuestas a dejarse aplicar inyecciones de la toxina botulina para inmovilizar sus músculos faciales y evitar la formación de arrugas.<sup>7</sup> Ha de ser muy triste vivir en un mundo en el que *todas* las madres desean una «piel más joven» como regalo del Día de la Madre. Justamente lo que jamás

podrán tener, aunque soporten todas las penalidades de un es-  
tiramiento de cutis.

---

*LiftActiv* de Vichy, 15 £, es la primera crema contra el envejeci-  
miento que incorpora aminoquina, obtenida a partir de un derivado  
de la proteína de soja, que contribuye a estimular la producción de  
glicanos en la piel.

---

Lo más deprimente del falso albor del feminismo es que, mientras estábamos ocupadas celebrando victorias en gran parte imaginarias, el TDC se ha convertido en una pandemia de alcance mundial. Mujeres que hace treinta años no estaban pendientes de su apariencia y no se maquillaban, que caminaban a un paso normal y trabajaban codo con codo con los hombres en los campos y las fábricas, ahora también se han contagiado. En las ciudades chinas de provincias se pueden ver tablas de madera sobre las puertas de las tiendas que exhiben sostenes rellenos sujetos con chinchetas, para que unas mujeres que por naturaleza tienen los pechos menudos puedan adquirir una “nueva figura”, y bandejas repletas de frascos de esmalte de uñas y lápices de labios baratos bajo el cristal manchado de excrementos de mosca de los mostradores. En los salones de belleza rizan las melenas relucientes, con la caída de la seda, hasta transformarlas en una apretada masa informe de rulos. Los dos mil millones de personas que ven regularmente *Los vigilantes de la playa* en el mundo entero sólo reconocen un único tipo de belleza femenina, hortera, sintética, recortada y rellena, decolorada y depilada. Las chicas de carne y hueso me cuentan que cuando corren por la playa sus compañeros se burlan de sus pechos auténticos que se bambolean, a diferencia de las medias pelotas de tenis rígidas que lucen las muñecas de *esta serie de televisión*. ¿A quién le importa que Pamela Lee Anderson, construida a partir de todas las piezas móviles del fetichismo masculino y femenino,

haya sido víctima de malos tratos a manos de su marido? Lo que aquí se vende es una fantasía. Cuando la supermodelo Claudia Schiffer visitó Argentina, el Presidente le concedió una entrevista de una hora a solas. Dos terceras partes de las jóvenes argentinas quieren ser rubias modelos teutónicas, idénticas a Claudia. Barbie es aria.

Hace un cuarto de siglo, los días de la muñeca Barbie parecían estar contados. Barbie es la descendiente de una muñeca porno alemana en traje de baño, llamada Lilli, una ninfa de doce pulgadas con el pelo oxigenado y una mirada lánguida, diseñada para venderla a los hombres en los estancos. En su debut norteamericano, en la primavera de 1959, Barbie fue el primer juguete que se anunció por televisión los sábados por la mañana, con una publicidad dirigida específicamente a las niñas de tres a once años. Las niñas estadounidenses tienen ahora ocho Barbies por cabeza y las niñas británicas, seis. Con su cuerpo no funcional dotado de un pecho con senos sin pezones, con un contorno superior al doble de la circunferencia de su diminuta cintura, piernas dos veces más largas que el torso y unos pies tan menudos que no pueden sostenerla, es poco probable que Barbie haya sido demasiado eficaz en sus profesiones de astronauta, veterinaria o azafata. A las niñas con aspiraciones realistas se les debería brindar la opción de identificarla como una inválida y venderla acompañada de una silla de ruedas, pero sus fans prefieren promocionarla como una chica profesional sin compromiso, la efigie de la liberación de la mujer. A finales de 1996, el boletín informativo sobre Barbie de la sección británica de Mattel informó que cada dos segundos se vende una muñeca Barbie en algún lugar del mundo. Aunque se ofrece en versión negra, hispánica y oriental, sus proporciones corporales siguen siendo aproximadamente las mismas. Cada año se diseñan 120 conjuntos nuevos para Barbie, incluida una gama de ropa interior sexy, y una nueva carrera. Tiene 36 animales de compañía, además

de una cocina, un baño y un patio. Once mil campesinas chinas se encargan actualmente de ensamblarla en dos fábricas de la provincia de Guangdong; 23 peniques del precio de venta total de una muñeca Barbie corresponden a su salario. El año pasado, las ventas superaron los 1.200 millones de dólares. Desde 1959 se han vendido más de mil millones de Barbies; la muñeca es líder de ventas en cada uno de los 140 países donde se comercializa. «Su pelo procede del Japón, los colores de Estados Unidos y el petróleo del que se obtiene la resina plástica se importa de Taiwan y procede en su mayor parte de Arabia Saudita.»<sup>8</sup>

En 1998 se anunció una transformación; la Barbie del milenio se sostendrá sobre unos pies planos, se reducirá ligeramente el contorno de su pecho y sus caderas, y se ensanchará un poquito su cintura, pero todavía estará muy lejos de ser una mujer de acción. Aun así, un columnista estadounidense se quejó: «Ya puestos, ¿por qué no le ponen bigote, celulitis y varices?». Cuanto más lejos está de la forma femenina natural, más atractiva resulta. Cuanto más se aleja de la forma femenina natural, más femenina es.

---

Kate Shapland, presentadora del espacio de belleza del programa de televisión matutino *The Big Breakfast*, pone la mano en el fuego por *Divinaura* de Guerlain, 39,50 £, un gel destinado a realzar el color de la piel que contiene escamas de oro auténticas.

*New Woman*, febrero de 1997

---

Hace treinta años parecía que los concursos de belleza iban a convertirse muy pronto en cosa del pasado; sin embargo, este año se celebrarán más de dos mil en los Estados Unidos. La BBC transmitió por primera vez el concurso de belleza máximo, el de Miss Mundo, en 1951; en esa ocasión se celebró en el Lyceum Ballroom con el acompañamiento de la Orquesta de Joe Loss, y más adelante se trasladaría al Royal

Albert Hall, donde se organizaron las protestas feministas en 1969. En 1977 y 1984 la transmisión televisada del concurso reunió a 18 millones de espectadores; aun así, ITV dejó de transmitirlo en 1988. El sobrio Reino Unido podía haber declarado pasado de moda el concurso de Miss Mundo, pero el resto del mundo no estuvo de acuerdo. En 1996,<sup>9</sup> el promotor Amitabh Bachchan decidió organizarlo en la ciudad de Bangalore, en el Sur de la India, en un escenario diseñado como una versión hollywoodense de un antiguo templo hindú, con centenares de bailarinas, dos elefantes y 88 concursantes. Los asientos más baratos costaban 2.000 rupias y los más caros, diez veces más. Millares de manifestantes se reunieron para protestar frente a sus puertas y se apostó a diez mil soldados para controlarlos. Un concurso alternativo eligió a Miss Pobreza y Miss Analfabetismo. Se quemó un muñeco con la efigie de Bachchan. Un individuo se prendió fuego en señal de protesta en la vecina ciudad de Madurai. El partido derechista hindú Bharata Janata organizó una huelga de 24 horas y sitió el estadio. Se cerraron los colegios y universidades. Se formó un batallón suicida de mujeres dispuestas a inmolarse si seguía adelante el concurso. Los Tigres Indios reunieron a 400 comandos preparados para atacar el evento, que a pesar de todo siguió adelante.

¿Qué hacer? La organización del concurso de Miss Mundo cuesta seis millones de libras esterlinas; el acontecimiento permite recaudar enormes cantidades de dinero para obras de beneficencia dirigidas a la infancia (según nos dicen) y en él se pone en ridículo a un gran número de muchachas encantadoras obligándolas a responder a las preguntas que les formulan una serie de hombres en un inglés idiomático que no logran entender. Puesto que los cuerpos no están en venta ni son aptos para el consumo humano, el concurso de Miss Mundo no es un mercado de ganado ni de carne, sino algo todavía peor. El concurso de Miss Mundo refuerza los valores anglo-

capitalistas e impone las normas anglocapitalistas al identificar un único tipo físico capaz de aspirar a la belleza. Mattel ha llegado a ejercer un control tan enorme sobre el mercado que su gigante puede arrollar a cualquier juguete que intente competir con Barbie. Ésta ha servido para enseñar a las mujeres de hombros anchos, a las mujeres con las piernas cortas, a las mujeres con el cuerpo grueso, a las mujeres de verdad de todo el mundo, a despreciar sus cuerpos igual que hacemos nosotras, y conseguir que ahora se gasten el dinero que podrían dedicar a adquirir libros u ordenadores o bicicletas en la compra de productos de “belleza” con un bajo coste de producción y un lujoso envoltorio. Las primeras tiendas occidentales que se abrieron en las ciudades ex soviéticas después de la implosión de la URSS fueron franquicias de cadenas de cosméticos; antes de poder comprar una naranja o un plátano, una mujer rusa ya tenía la oportunidad de adquirir un lápiz de labios de Dior o Revlon.

## MUJERES ARTIFICIALES

Las mujeres son ilusionistas. Fingen despreocupación, ingenuidad y orgasmos; también falsifican el rubor de sus mejillas, el espesor, color y rizado de sus cabellos, la esbeltez de sus cinturas, la longitud de sus piernas, y el tamaño y la forma de sus senos. No parecen ser los hombres quienes se lo exigen; diríase más bien que las propias mujeres han decidido emperifollarse en un último intento desesperado por atraer la atención de unos varones, por lo común, indiferentes. Incluso en los países donde las mujeres van desnudas, también han aprovechado sus limitadas oportunidades de transformación fantásica hasta el punto de insertarse discos en el labio inferior, aros en las orejas y la nariz, alargarse el cuello y recubrirse la piel con escarificaciones decorativas. Una mujer desnuda difícilmente puede fingir que sus pechos son distintos de lo que son o alargar sus piernas mediante el uso de tacones altos, pero en cuanto se moderniza y cubre su desnudez, también adopta de inmediato los tacones altos y el sostén, el lápiz de labios y el rímel.

---

Queremos que las mujeres sean hermosas, competentes y capaces de competir con los hombres.

WU QING, Congreso Municipal Popular, Pekín

---



Si bien es cierto que la mujer se puede vestir y pintar, y ponerse pelucas y rellenos sin ayuda, sin embargo, siempre ha estado a la merced de los fabricantes y proveedores de productos de belleza. Siempre ha recibido la información, es decir, la escasa información, que el proveedor ha considerado útil que conociera. Cuando, ignorante, se pintó el rostro con preparados a base de plomo que acababan matándola, fue a la vez autora y víctima de ese crimen. Nadie la obligó a aplicarse el menjunje mortal en la cara; a nadie le importaba que éste fuese peligroso, pues una buena mujer, modesta y discreta, jamás lo habría usado en cualquier caso. Culpar a la víctima del delito es un tipo de injusticia bien conocido para las feministas, que ven como se repite cada vez que a una mujer violada le preguntan cómo iba vestida o qué estaba haciendo en ese sitio y a esa hora cuando un hombre la atacó. Actualmente, la seguridad de los productos de belleza sólo se ha determinado probándolos con animales, lo cual también es culpa de las mujeres, que se ven metidas en una necia búsqueda de productos no experimentados en animales, mientras los fabricantes les ofrecen cínicamente información engañosa, a sabiendas de que, aun cuando ellos mismos no hayan realizado esas pruebas o éstas no se hayan efectuado últimamente, todo lo que venden se ha experimentado antes con animales en algún momento.

En una cultura que se reserva el derecho a humillar a las mujeres consideradas poco atractivas, un desesperado anhelo de belleza va inseparablemente unido al terror de que la belleza, poca o mucha, que cada una posee ya haya empezado a desvanecerse. Una forma de exorcizar este temor y este anhelo es someterse al horrendo ritual de la cirugía plástica. Un número cada vez mayor de mujeres se somete actualmente con creciente frecuencia a operaciones de cirugía estética. En la Gran Bretaña de finales del milenio se realizan 65.000 de estas operaciones al año. Al principio, las intervenciones eran

relativamente sencillas, reconstrucciones de nariz y remodelaciones de senos. Ahora los cirujanos pueden remodelar cuerpos enteros desplazando capas de tejido adiposo. El Surgical Advisory Service (Servicio de Asesoramiento Quirúrgico) anunció en septiembre de 1996 que la intervención más popular era «el aumento de senos, seguida por el levantamiento endoscópico de cejas, el estiramiento de cutis, el alisamiento de la piel con rayos láser, las reconstrucciones de nariz, la liposucción en las piernas y muslos, el levantamiento y corrección de los pezones». El doctor Takowsky de Hollywood extrae grasa de los muslos de las mujeres y luego se la inyecta en la vulva (para darle cuerpo) y la infiltra en las paredes de la vagina (para tensarlas). A juzgar por sus palabras, diríase que el procedimiento fue un invento de las propias mujeres: «Las chicas me cuentan que cuando van al gimnasio se sienten orgullosas de poder lucir la curva bien marcada debajo de sus mallas».<sup>1</sup>

Ninguna de las diferentes versiones de lo natural se considera lo bastante buena hoy en día. Como declaró la cirujana plástica suiza Maja Ruetschi a *Cosmopolitan* en agosto de 1996: «Podemos modelar senos más perfectos que los que crea Dios. No es raro que unas mujeres que han crecido jugando con la muñeca Barbie —sus piernas largas, su cintura minúscula y sus grandes pechos— quieran parecerse a ella». En Estados Unidos, una de cada cuarenta mujeres lleva implantes de silicona en los senos. En noviembre de 1997, el cirujano plástico de Santa Mónica Mark Berman ofreció a los lectores de *Maxim* un método sencillo para identificar los implantes: por su simetría, un «indicio delatador». «Si la mitad superior luce una curva tan redondeada y oronda como la parte inferior, es probable que lleve implantes. Las cicatrices se van decolorando y pasan del encarnado al blanco, pero en las mujeres de piel oscura o morenas por el sol, se pueden observar unas zonas más claras donde la piel ha perdido su pigmentación.» Para evitar

que se les noten las cicatrices, las mujeres pueden restablecer la coloración de la piel mediante un tatuaje. Los senos postizos se mantienen erguidos y prominentes en todo momento. Como señalaba Berman: «Los pechos de verdad se desparan sobre el torso cuando una chica está tumbada de espaldas, aunque sea una Diana Dors». La verdad es que todas tenemos “pechos caídos” a menos que los inflemos artificialmente.

Los implantes pueden causar problemas. Christine Williamson se hizo injertar unos implantes por razones estéticas en 1979. Al cabo de unos años, comenzaron a endurecerse y se tuvo que someter a una serie de intervenciones correctoras. En 1992, su matrimonio se estaba yendo a pique. Su marido decía que ya no era la mujer con la que se había casado. Una operación destinada a ablandar uno de los implantes, lo perforó y desparramó la silicona sobre el tejido mamario. Una cirujana operó en abril de 1993 el pecho perforado, que había quedado infestado de gránulos de silicona y bultos fibrosos, y le amputó el pecho y el músculo situado debajo; un desenlace que nadie le había anunciado a la señora Williamson y para el que no había dado su consentimiento. Obtuvo una indemnización de 20.636 libras esterlinas por los daños sufridos.<sup>2</sup>

---

A una chica se le abrió la blusa que estaba exhibiendo y ni se dio cuenta de que tenía los pechos al aire porque, al llevar implantes, había perdido toda la sensibilidad.

LOWRI TURNER, hablando de las modelos de pasarela, 1993<sup>3</sup>

---

Las mujeres no siempre han deseado exagerar la forma de sus pechos; durante siglos, las mujeres de la elite se los vendaban para aplanar el busto y vivían angustiadas por el temor a un “escote” demasiado abundante, quizá en un intento de diferenciarse de las mujeres de las clases lactantes. Luego se empezaron a levantar y realzar los senos, primero con ayuda

de corsés y rellenos, hasta que un cirujano cayó en la cuenta de que podía levantar la piel sin mayor dificultad y tensarla sobre la masa mamaria para construir un seno con un contorno tan “perfecto” como el del pecho enfundado en un sostén. Pronto se inició una carrera en busca de procedimientos que permitiesen dotar a los senos de una consistencia más neumática que la prevista por la naturaleza. En la década de los cuarenta, se inyectó silicona líquida industrial en los pechos de las prostitutas japonesas al servicio de los militares estadounidenses. Luego, Dow Corning desarrolló los implantes de Silastic®. El Organismo para el Control de Alimentos y Medicamentos de los Estados Unidos los prohibió en 1992.<sup>4</sup> En los dos años siguientes, se presentaron 20.000 demandas judiciales contra Dow Corning, que en 1998, a la vista de que se enfrentaba con 200.000 peticiones de indemnización en todo el mundo, negoció un acuerdo de 3.100 millones de dólares, a repartir entre 170.000 mujeres, para las demandas presentadas en Estados Unidos. Las 60.000 mujeres británicas que dicen sufrir fatiga, cefaleas, pérdida de memoria y náuseas a causa de la infiltración de silicona procedente de implantes perforados seguramente recibirán bastante menos.

En Gran Bretaña continúan insertándose cada año implantes de silastic a ocho mil mujeres. Cuarenta y ocho horas después de haberse anunciado el acuerdo extrajudicial alcanzado por Dow Corning, el Gobierno británico tranquilizó a las mujeres y les aseguró que podían aceptar los implantes de silicona; «es una decisión personal de cada cual, siempre y cuando se le hayan aclarado debidamente los riesgos y ventajas», declaró el profesor David Sturrock, presidente del comité de revisión. Los doctos miembros del comité, exclusivamente masculino, no pusieron en duda la justificación de sus prácticas y se limitaron a aprovechar la ocasión para reprochar a las clínicas comerciales el uso de tácticas «más propias de vendedores de ventanas de doble cristal» y que no contratasen a

cirujanos plásticos. A pesar de que, en palabras del profesor David Sharpe, presidente de la Asociación Británica de Cirujanos Plásticos y Estéticos, «un chimpancé bien adiestrado sería capaz de colocar un implante mamario».

En Estados Unidos, donde se han ganado millones de dólares a expensas de las mujeres que se han hecho retirar o cambiar los implantes, los cirujanos han llegado a conocer bien cómo reaccionan los implantes y el tejido circundante. La lectura de los trabajos publicados sobre el tema provoca la náusea con su descripción de las bacterias detectadas en los implantes, la presencia de silicona en otras partes del cuerpo y lo difícil que resulta separar ciertos tipos de implantes del tejido circundante, en especial aquellos recubiertos de espuma de poliuretano. Los implantes salinos parecen ser aún peores si cabe, con su capacidad para absorber fluidos de los tejidos circundantes e hincharse descomunadamente, por ejemplo, y de incubar una asombrosa gama de bacterias.<sup>5</sup> La campaña mediática contra la silicona permitió ganar enormes cantidades de dinero a cirujanos y abogados, pero el jurado todavía no ha conseguido aclarar la influencia de la silicona sobre las alteraciones del sistema inmunitario, sobre todo porque nadie se ha preocupado en averiguar cuánta silicona ambiental se encuentra ya dispersa en el cuerpo de las mujeres y qué efectos puede tener antes de que se le añada todavía más en forma de ungüentos e implantes.

Resulta difícil encontrar algún consenso en la literatura, que a estas alturas es abundantísima, salvo la sospecha de que la silicona que emigra fuera de los implantes estimula al sistema inmunitario y provoca dolencias coadyuvantes muy diversas en los humanos.<sup>6</sup> También se desconocen los efectos de una posible ingestión de silicona por parte de los bebés amamantados por madres con implantes.<sup>7</sup> Se sabe que un 63% de los implantes no estarán intactos al cabo de doce años, pero se cree que los efectos –inflamación granulomatosa, contracción

capsular e infecciones– son de carácter local y no sistémico. Aun así, muchas autoridades sanitarias de los Estados Unidos y de otros países han adoptado tácitamente la decisión de no utilizar sangre ni órganos donados por personas que hayan recibido implantes de silicona.<sup>8</sup>

---

Tenía un pecho vergonzosamente plano y a los 16 años decidí que si a los 21 no había conseguido tener un busto decente, me haría operar. Así lo hice y no lo lamento. Es asombroso, ¡me siento tan femenina que por primera vez en mi vida he empezado a llevar bolso!

KAREN WATSON, Londres<sup>9</sup>

---

Como de costumbre, la literatura médica presenta a las mujeres simultáneamente como autoras y víctimas del escándalo de la silicona; las mujeres solicitaron implantes, los médicos accedieron a sus peticiones y, ahora, a las mujeres les ha entrado un pánico irracional contra sus implantes y están atosigando a sus médicos, que se ven obligados a retirarlos de nuevo. No es preciso ser feminista para advertir como han sido manipuladas las mujeres, por una cultura sexual que exigía pechos cada vez más grandes y más bien moldeados, primero; luego, por un *establishment* médico que las animó a abrigar expectativas poco realistas; más adelante, por los medios de comunicación que ganaron dinero alentando el pánico femenino; y, finalmente, por los abogados para quienes estos casos son una mina de oro. Las únicas que han salido perdiendo en este tióvivo extremadamente lucrativo han sido ellas.

Hubo un tiempo en que se suponía que las feministas eran contrarias por principio a todos los procedimientos estéticos. Cada vez que una persona famosa aparecía con una cara o un pecho nuevo, se esperaba escuchar los sarcasmos y burlas de las feministas; sin embargo, ninguna feminista que pudiera pagarlo rechazaba el procedimiento cosmético más importan-

te de todos, o sea, la ortodoncia estética. Una nueva dentadura recubierta de fundas dentales relucientes contribuye más a retrasar la transformación del rostro causada por la edad que cualquier manipulación de la piel y los tejidos blandos. Las mujeres con una dentadura cariada y a las que se les parten los dientes y las muelas hasta que finalmente es preciso extraérselos, les cuelgan las mejillas y la punta de su nariz se les encorva en busca de la barbilla en el clásico perfil de bruja. Evidentemente, las feministas pueden alegar, como cualquier otra persona, que necesitamos los dientes y muelas para comer y masticar, y que una dentadura en mal estado es un riesgo para la salud general; pero si las buenas dentaduras fuesen de aluminio, seguro que no estaríamos tan dispuestas a usarlas. El milagroso efecto rejuvenecedor que produce la rehabilitación de las piezas dentales desgastadas se debe en parte a que los dientes nuevos tienen el color traslúcido y sin manchas de la dentadura juvenil y ninguna de nosotras aceptaría que no fuese así. Una vez “arreglados” los dientes, ya se ha avanzado mucho en el procedimiento estético de mejora de la propia apariencia. La eliminación de un par de colgajos es un asunto de poca monta en comparación.

---

Cuesta un montón de dinero tener un aspecto tan vulgar como el mío.

DOLLY PARTON

---

Si quedásemos desfiguradas a causa de un accidente, con cicatrices de quemaduras, por ejemplo, aceptaríamos una intervención de cirugía plástica para minimizar los daños, ¿no es cierto? Los implantes mamarios se usaron inicialmente para corregir anomalías desfigurantes en el desarrollo de los senos, como la falta de desarrollo de un pecho. Nadie se opondría a una rectificación en ese caso, pero los criterios para juzgar lo que se considera insatisfactorio han ido variando pro-

gresivamente hasta que ahora todo el mundo considera unos senos por naturaleza menudos como un defecto. Un memorándum de la Asociación Americana de Cirujanos Plásticos dirigido al Organismo para el Control de Alimentos y Medicamentos declaraba rotundamente: «Existe un *corpus* considerable y creciente de opiniones médicas que consideran que esas deformidades constituyen de hecho una enfermedad». Nadie ha dicho nunca que unos pechos demasiado voluminosos sean una enfermedad, aun cuando las mujeres que tienen que transportarlos y se ven obligadas a levantarlos con la mano cada vez que se dan la vuelta en la cama, se refieren amargamente a los sostenes que se les clavan en los hombros como los “sujetapesos”. Las feministas que se resisten a aceptar que unos senos demasiado grandes o un pecho plano se puedan considerar una enfermedad, deberían tener en cuenta las implicaciones que tiene la negativa de las compañías de seguros estadounidenses a pagar la reconstrucción de los senos, después de una mastectomía o de la extracción de un tumor, con el argumento de que se trata de una operación optativa que no forma parte intrínseca de la intervención necesaria para salvar la vida de la mujer.

Una vez que una mujer ha empezado a mejorar quirúrgicamente su cuerpo ya no tiene por qué dejar de hacerlo. Un cirujano plástico describe así a su madre: «Tiene 75 años, va a nadar todos los días y no quiere llegar a aparentar jamás su edad. Le he hecho liposucciones en la espalda, la cara interna de los muslos, los tríceps y un poco en el abdomen. Ya va por su tercer estiramiento facial».<sup>10</sup> El tiempo y el dinero dedicados a manipular un rostro y un cuerpo ancianos no están disponibles para otros fines, ya sea un viaje alrededor del mundo o un donativo para aliviar los sufrimientos de los pobres. Esta excesiva preocupación por el envoltorio del alma es execrablemente estéril, igual que pasarse la vida delante de un espejo. También lo sería aunque la cirugía estética fuese indolora,

que desde luego no lo es. Cuanto más doloroso es el procedimiento, más motivos tiene la víctima para convencerse de que ha quedado milagrosamente transformada. Para un observador imparcial, la mejor cirugía es aquella que consigue que la diferencia sea menos notoria; los rostros sometidos a un verdadero estiramiento suelen tener un aspecto bastante espantoso, ya que es necesario separar la piel y el tejido conjuntivo de las estructuras subyacentes para estirarlos y tensarlos. El nuevo rostro puede verse bien en el espejo, pero los demás advierten que es mucho menos expresivo y tiene mucha menos movilidad que antes.

Sarah Dunant interpreta el incremento anual en el número de operaciones estéticas como una prueba más del fracaso del feminismo: «¿No viene a ser de algún modo la confirmación del fracaso de otra fuerza cultural destacada de los últimos veinte años, concretamente, del feminismo? En efecto, el feminismo les dijo a las mujeres que no se debían dejar tiranizar por las normas en relación con su aspecto, que debían ser capaces de ser tal como eran sin adaptarse a una noción predefinida de belleza». En realidad, lo que decía el feminismo era que la exigencia de que una mujer deba ser bella era y es una tiranía, no que las mujeres no “debieran” percibirla como tal. Muchas más mujeres pagarían una buena suma de dinero por la agonía de la cirugía estética, y los hematomas, los puntos y las cicatrices, si pudieran permitirselo; algunas mujeres británicas están tan desesperadas que viajan a Polonia en excursiones organizadas a buen precio para conseguir intervenciones más baratas. «Incluso las feministas de la vieja escuela saldrían al *ring* para defender el derecho de una mujer a hacer lo que quiera con su cuerpo», declaró Jan Breslauer, anteriormente profesora de teoría feminista en Yale y ahora famosa post-postfeminista que se ha comprado un magnífico paracaídas.<sup>11</sup> Las mujeres agraciadas con un buen par de balones naturales eran menos conscientes de la sensación de poder

que esto les daba que del hecho de que la mayoría de los hombres estaban tan ocupados contemplando sus pechos que no escuchaban ni una palabra de lo que decían. El poder de las tetas acaba siendo de poca monta a fin de cuentas.

---

Yo uso sostenes de la talla 36D y me sorprende que algunas mujeres se arriesguen a pasar por el quirófano para tener unos pechos de mi talla. Los pechos voluminosos crean problemas: la ropa no te cae bien, son un estorbo para hacer ejercicio y atraen a algunos hombres poco recomendables.

LAURA HORBURY, Somerset<sup>12</sup>

---

Una persona feminista es aquella que no se asombra en absoluto de que prácticamente todas las operaciones estéticas se practiquen a mujeres, ni de que prácticamente todas las personas que se dedican a esculpir a las mujeres para darles una forma aceptable sean hombres. El rostro maltrecho de la artista francesa Orlan después de pasar por el quirófano, con sus labios cosidos e hinchados y los ojos inyectados en sangre, es un icono feminista. Podemos retorcernos las manos ante la idea de que «*il faut souffrir pour être belle*», pero no debemos olvidar que ser fea, que es como en su fuero interno se siente toda mujer, supone otra forma de sufrimiento. Antes de que las mujeres puedan llegar a sentir que su apariencia es característicamente suya y mejor (más real, más auténtica, más interesante) que cualquier otra que puedan comprar para reemplazarla, primero tendrán que sentir al menos la misma seguridad que sienten los hombres. Los hombres tendrán que renunciar a su derecho de juzgar, de otorgar puntuaciones del uno al diez, de recompensar a las extraordinariamente hermosas y humillar a las corrientes, y empezar a escuchar a las mujeres en vez de dedicarse a mirarlas cuando hablan. Las mujeres tendrán que dejar de preocuparse por resultar atractivas a los hombres porque, aunque decidan pintarrajarse, las

### *El cuerpo*

cartas están marcadas en su contra. La violinista que hace dieta, se decolora y moldea el cabello, se inyecta colágeno en los labios y se rellena los pechos, y toca sus conciertos en bikini, sin duda atraerá muchísimo la atención, pero nadie se tomará en serio su interpretación musical.<sup>13</sup> Si la mujer hecha a su propia medida nunca da la talla, la mujer fabricada a la medida de los hombres no es más que un juguete, hecho para pasar el rato, zarandearlo y dejarlo tirado luego.

## EL ÚTERO

Cuando nace una mujer, su sexo se determina por la apariencia externa de sus genitales. Nadie se preocupa de comprobar si el útero y los ovarios están realmente en su sitio. Nuestra cultura prácticamente ignora la existencia del útero como parte intrínseca del cuerpo femenino, por no hablar de los ovarios, que en el momento del nacimiento ya contienen su amplia reserva de instrucciones genéticas. Los hombres tienen que producir infinidad de copias de su dotación genética a diario, cada día de su vida; las mujeres nacen con toda esa información almacenada en el archivo de los ovarios. Ahora que el esencialismo se considera una herejía, no estamos autorizadas a afirmar que este contraste entre los hombres y las mujeres tenga algún –y menos aún un gran– significado. Los genitales masculinos aparecen dibujados en todas las paredes, los femeninos únicamente en las fichas médicas. Mientras que el hombre completo cree tener una prueba visible de su masculinidad, a la mujer completa se le hace creer que tiene una carencia, un agujero interior. Cuando le preguntaron a Courtney Love por qué su grupo se llamaba “Hole” (Agujero), dicen que contestó: «Se refiere al abismo que tenemos dentro».<sup>1</sup>

---

El sexo femenino es obsceno como lo es todo lo que permanece abierto.

JEAN-PAUL SARTRE, *El ser y la nada*

---

No se conoce cuál es el grado de actividad ovárica de la niña, aunque toda madre que haya observado a su pequeña de tres años tumbada en el suelo exhibiendo los labios de la vulva sabe que está respondiendo a un estímulo hormonal y cualquiera que haya bañado a una niña habrá captado su olor femenino. Asimismo cualquiera que haya tenido que recuperar los abalorios y monedas que una niña pequeña ha ocultado en su vagina sabe que ella es consciente de la existencia de ese lugar secreto y está orgullosa de él. Esa niña está predestinada a olvidar muy pronto lo que sabía a los tres años. En un tiempo en el que para creer hay que ver, la anatomía reproductora femenina no visible no puede ser un artículo de fe. Cuando tenga su primera regla, los genitales femeninos internos habrán desaparecido hace tiempo de su conciencia, como parte del proceso por el que la naturaleza de ser mujer queda encubierta bajo la identidad femenina y la modestia extiende su sudario sobre los goces y deseos de las niñas pequeñas.

A pesar de que Freud concede gran importancia a la visibilidad de los genitales del niño y al hecho de que los de la niña no sean visibles, la mera invisibilidad no puede explicar la ausencia de representación del útero en nuestra cultura. El corazón es igualmente invisible y nos referimos continuamente a él. La función del corazón es bombear la sangre a todo el cuerpo, no generar sentimientos, que en realidad son hechos mentales, pero, no obstante, somos intensamente conscientes de su presencia como centro de nuestro ser. Cuando D.H. Lawrence dice en *El amante de lady Chatterley* que Connie siente ciertas cosas «en la matriz», la expresión nos resulta rara, un poco chocante incluso. De la misma manera, cuando una mujer va al médico en busca de alivio para los do-

lores menstruales, no dirá que siente dolor en el útero. Las mujeres no son conscientes de sentir nada en el útero. Éste se encuentra apartado de su vista y de su pensamiento.

---

Debido a la omnipotencia del útero, que engendra la vida y que pertenece a la mujer, el hombre ha intentado controlarlo, e incluso reemplazarlo, y controlar su fruto mediante la medicina, las leyes de propiedad, el matrimonio, la herencia, atacándolo directamente con acusaciones de histeria y a través de los tabúes sobre la menstruación y la sangre. El acto de introducir el útero en el ordenador [...] completa la unión creativa entre la mujer y la máquina...

JÓSEPHA GRIEVE *In my Gash*<sup>2</sup>

---

El útero revela bruscamente su presencia a la niña que empieza a desarrollarse haciéndola sangrar por la vagina. Cuanto más difícil sea el proceso, cuanto más abotargada y descompuesta se sienta, cuanto más debilitante sea el dolor, más negativa será su visión sobre el hecho de tener un útero. Después de haber oído hablar del útero como un espacio interior, como un cuarto vacío que ignoraba poseer, su menstruación se le aparece como un inquilino molesto cuyas huellas tiene que limpiar. A veces incluso le pondrá un nombre. Las chicas italianas le llaman *il marchese* (el marqués) y las alemanas solían llamarle *der rote König* (el rey rojo). Ambos apelativos designan a un tirano, pero rezuman menos resentimiento que la designación inglesa de la menstruación como *the curse* (la maldición). A pesar de que las feministas han argumentado que deberíamos celebrar su llegada como la entrada de la joven en la edad adulta, con una visible elevación de la consideración que recibe, como compensación por las molestias que supone y a fin de evitar que haga lo posible por anular todo el proceso y seguir siendo una niña esmirriada, nada se ha hecho para dotar de atractivo o respeto al ciclo menstrual. Llamamos “compresas sanitarias” a las toallitas que se usan

para absorber el flujo menstrual, como si la sangre fuese algo sucio y también peligroso. Ahora las compresas se anuncian por televisión, no porque las funciones femeninas hayan dejado de considerarse vergonzosas o repulsivas, sino porque los ingresos potenciales son enormes. Los amplios márgenes de beneficios que reportan las compresas que las mujeres están obligadas a comprar sirven para financiar campañas de publicidad de productos de lujo.

Ni las mujeres ni los hombres tienen una actitud positiva hacia la menstruación. En *La mujer eunuco*, escribí: «Si te crees emancipada, intenta probar como sabe tu sangre menstrual; si la idea te repugna, te queda un largo camino por recorrer, nena». La columnista del *Guardian* supuestamente feminista Linda Grant, lo explicaba así en 1997: «Hace treinta años, Germaine Greer les dijo a las mujeres que no podían considerarse feministas hasta que hubiesen probado su sangre menstrual, errando el tiro, como le ocurre tan a menudo, al proponer un ritual cuando lo que necesitamos es una ley». <sup>3</sup> La “ley” que Grant cree que necesitamos es la exención del IVA para las compresas, algo que yo difícilmente podía haber pedido hace treinta años cuando todavía no existía el IVA. Las feministas han venido planteando periódicamente el tema del coste exorbitante de las compresas y tampones; ellas fueron las primeras en señalar el riesgo que suponía la presencia de asbesto en los tampones y el peligro del síndrome de choque tóxico. Lo que yo pretendía resaltar, a diferencia de Grant, es que si las mujeres consideran su propio fluido menstrual como una “porquería”, señal de que estamos muy lejos de sentir el orgullo por nuestra condición femenina que es una condición necesaria para la liberación. Centenares de feministas han probado toda clase de estrategias para insuflar un significado positivo a la idea de la menstruación, pero ésta sigue apareciendo como una excreción, como la licuación de la abyección. La publicidad de compresas no puede mencionar

la sangre, igual que no se puede mencionar la caca en los anuncios de papel higiénico. Cuando identifiquemos el sabor de nuestra sangre menstrual en los labios, el pene o los dedos de un o una amante, quizá comprendamos que no es nauseabundo, ni peligroso ni nada repulsivo. Una de las explicaciones más recientes sobre la verdadera función del proceso exclusivamente humano de la menstruación, afirma que la pérdida de sangre no es una excreción sino un recurso del útero para protegerse de las infecciones mudando su revestimiento.

Las feministas se han esforzado durante treinta años por crear una iconografía positiva del útero y los ovarios. Artistas feministas han pintado, modelado, tejido, torneado, fotografiado, filmado en película y en vídeo, y bordado imágenes suntuosas de los genitales femeninos sin absolutamente ningún resultado. Desde el punto de vista de la cultura convencional, el *cunt-art* (“coñoarte”) no pasa de ser una subrama de la ginecología. A pesar de que gran parte del arte más influyente de la década de los noventa ha estado centrado en el cuerpo como sede del género y de las modalidades de socialización, ninguna chica ha soñado por las noches con sus misteriosas entrañas bajo ninguna forma identificable para ella. A pesar de que las artistas han diseñado miríadas de fabulosos cofres, bolsas forradas de satén y pieles y resplandecientes cuevas sin fondo, una nueva conciencia de sí mismas como un tesoro enterrado ha sido una pobre fuente de consuelo para las mujeres corrientes. Se necesitaría algo más que una excursión a través de la vagina “Hon”, la figura femenina de 27 metros de largo creada por la escultora Niki de Saint Phalle, para despertar la conciencia del útero. Seguramente han resultado más memorables las experiencias artísticas del útero dramatizadas en forma de dolorosos encuentros con la tecnología obstétrica.



Con una enorme lupa para mostrar mi vagina en el momento de la regla (la mitad del vello púbico teñido de azul), en una pantalla de vídeo se veía la nuca del hombre o la mujer que se acercaba a verla, en otra se veían las cabezas de los hombres y las mujeres que estaban mirando, y a la salida se repartía el texto de Freud sobre la cabeza de la Medusa. Decía así: «hasta el diablo huye ante la visión de la vulva».

ORLAN<sup>4</sup>

Quizá era excesivo esperar que las mujeres se sintiesen orgullosas de ser personas con útero. En sus orígenes, la palabra inglesa *womb* (útero) designaba cualquier espacio interior y luego pasó a denominar por extensión el “vientre” o el “abdomen”. Su uso moderno para designar exclusivamente el órgano de gestación revela nuestra incapacidad para concebir el útero como algo más que un receptáculo vacío, una bolsa en el interior de una persona, más que una parte de la persona misma. El cuerpo ideal carece de orificios; el cuerpo provisto de un útero es grotesco y abierto, como un parque de atracciones. El “espacio interior” de las mujeres está asociado a algo negativo, imperfecto, un vacío, un refugio para la alteridad. El término es, sin embargo, engañoso; las mujeres no tienen un vacío interior mayor que los hombres. El útero no preñado no es un espacio, sino que permanece aplastado sobre sí mismo. El útero no es una cavidad ni un saco. La imagen del útero como un espacio vacío que aguarda a ser llenado es una creación que tiene su origen en los miles de millones de diagramas engañosos que representan la fabulosa bioquímica barroca del útero como si éste fuese la bolsa de una mesa de billar. Las artistas han hecho cuanto han podido para contrarrestar esta imagen, introduciendo aparatos de fibra óptica en sus propios cuerpos a fin de mostrar la temblorosa vitalidad del hocico de cachorro del cuello del útero y el palpar ondulante de las trompas de Falopio con sus fimbrias

vibrantes. Muy pocas personas les prestan atención y las que lo hacen no alcanzan a sentir la sacudida de la identificación. La conciencia nace del lenguaje y no tenemos palabras para hablar de esto. Las pichas y los cojones tienen millares de nombres, el útero y los ovarios sólo tienen, en cambio, sus etiquetas médicas.

Hubo un tiempo en el que los seres humanos imaginaban el útero como un ente poderoso, en lugar de concebirlo como un vacío. Hipócrates concebía la fisiología reproductora femenina como un proceso activo y cargado de energía, e imaginaba el útero como una criatura voraz e inquisitiva, capaz de invadir otras partes del cuerpo.<sup>5</sup> La concepción del útero agresivo de Hipócrates pervivió hasta una fecha relativamente reciente. Los estudios de historia de las mujeres se han concentrado en el contenido misógino del concepto de la histeria; es cierto que la galaxia de dolencias cuyo origen se atribuía al útero errante se solían citar como prueba irrefutable de la incapacidad de la mujer para ejercer la autoridad o incluso para la autonomía, pero poco o nada se sabe sobre cómo afectó a las propias mujeres la conciencia de ese hecho. Interpretar la posesión de un útero como una licencia para portarse mal, suficiente para explicar por sí sola una conducta rebelde y destructiva, así como el ensimismamiento sexual, puede ser opresivo y liberador a la vez, igual que ha ocurrido con las versiones actuales del síndrome premenstrual. Si las mujeres del siglo -IV heredaron de las mujeres de milenios anteriores una noción del interior de su cuerpo como algo activo y de su sexo como igualmente agresivo en la búsqueda del placer, el patriarcado en desarrollo no tardó en interpretar negativamente ambas ideas, a fin de criminalizar la libido femenina.

En *La mujer eunuco* yo intenté ofrecer una versión distinta de la receptividad femenina y hablé de la vagina como un órgano activo, que succionaba al pene y lo vaciaba en lugar de limitarse a recibir la eyaculación. Esto fue traducido malévo-

lamente por columnistas a sueldo deseosos de escandalizar, y luego repetido mecánicamente por chicas periodistas de moda, como una exhortación para llevarse a más hombres a la cama más a menudo. El “poder del coño” (*cunt-power*), como yo lo definí, todavía no se ha manifestado; en su lugar, conseguimos todo lo contrario, una manía penetradora, el consolador sobredimensionado y el puño, el mundo abierto de par en par. La vagina y el útero desinfectados, desodorizados, esterilizados, siempre accesibles, se han vuelto más, y no menos, pasivos que en cualquier época anterior. Hay mucha gente, cada día más y más, que considera que el recto tiene más carácter y que la sodomía es algo más íntimo que el coito. Es el recto, no la vagina, lo que conduce hasta el corazón de una persona, hombre o mujer. Recordemos a lady Chatterley y derramemos una lágrima:

---

Antes hubiese dicho que una mujer hubiera muerto de vergüenza al vivir aquello. Pero, por el contrario, era la vergüenza la que había muerto. La persecución fálica del hombre había despertado y expulsado al fin a la vergüenza, que es miedo, la profunda vergüenza orgánica, el antiguo, antiquísimo miedo físico que permanece agazapado en nuestras raíces corporales, de donde sólo el fuego sensual puede ahuyentarlo, y ella había alcanzado el corazón mismo de su jungla interior. Sintió que había llegado hasta la sólida roca que constituía el fondo de su naturaleza y que básicamente carecía de vergüenza... Pero no era fácil llegar hasta el corazón de la jungla física, el último y más profundo refugio de la vergüenza orgánica.<sup>6</sup>

---

El corazón de la jungla del ser íntimo de Connie no es el callejón sin salida en el que concibe, sino el extremo inferior de su tubo digestivo. La sustitución inconsciente de los órganos reproductores de la mujer por su conducto alimentario es tan habitual en el lenguaje corriente que raras veces se nos ocurre verlo como síntoma de un trastorno de somatización.

Después del nacimiento de su segundo hijo, Fiona Shaw cayó en una grave depresión, que describió en un relato titulado *Out of Me* (Fuera de mí),<sup>7</sup> publicado recientemente, en el que se refiere repetidamente a su útero como su estómago: «Durante nueve meses viví con un niño en el estómago», nos cuenta. Cuando su primer hijo empezó a formarse, «sentía sus movimientos en el estómago», declara. Describe su primer parto como «retortijones en el estómago» y su «dolor de estómago». Al cabo de un año volvió a quedar embarazada «sin saberlo». Refiriéndose a su hija, dice: «ella sabía lo que yo llevaba en el estómago, con la claridad con que se saben esas cosas cuando hace sólo un año y medio que una misma estuvo allí». Cuando comienza a sufrir la depresión postparto, le da un vuelco el estómago. No es de extrañar que tenga un historial de desórdenes alimentarios o que en los momentos más graves de la depresión fuese incapaz de comer absolutamente nada. «Diez días antes había empaquetado mi cepillo de dientes, mis camisones, la canastilla del bebé y mis libros, con el estómago tenso de expectación. Ahora, mi estómago estaba flácido, vacío, y tenía que hacer un equipaje muy distinto.» A los pocos días, empezó a hablar de su deseo de tener «muy pronto otro bebé».

En su descripción de la génesis de su dolencia, Shaw empieza hablando de equipajes:

Mi madre me contó que de pequeña siempre tenía la maleta preparada... El mejor regalo que he recibido en mi vida fue una maleta de lona azul con ribetes verdes que me regaló mi papá [...] Aunque desde entonces he cambiado de maletas, el equipaje imaginario que transportan es el mismo.

Shaw usa aquí la palabra equipaje para designar su historia, pero el mecanismo también opera a la inversa. Su historia se expresa a través de sus maletas y bolsas, no en último tér-

mino la bolsa de su “estómago” de la que salen los bebés. ¿Por qué las mujeres siempre llevan bolsos y por qué éstos a menudo pesan tanto? ¿Por qué la mayoría de las mujeres son incapaces de salir de casa sin un bolso cargado de objetos que no les hacen ninguna falta? ¿El bolso es como un útero exterior, la representación externa de la carga innominable? La causa de la dolencia de Shaw no se indica en ningún momento y, sobre todo, ella misma no la identifica. Hacia el final del relato, describe la visión de una mujer a la que acababan de arrebatarle el bolso: el ladrón se alejó corriendo «con andar controlado, silencioso y con escasa sensación de apremio», mientras que la mujer agitaba los brazos «descompuesta», despojada y violada. Sería el colmo de la arrogancia insinuar que el suplicio de Shaw empezó y continuará con la imagen que se ha formado de su cuerpo e incluso de su Yo como sólo estómago, puesto que esta distorsión de la imagen corporal es muy frecuente; claro que también lo son los trastornos menstruales. Si la negación del útero fuese la causa de los trastornos menstruales, éstos se podrían considerar otra expresión del “trastorno de dismorfia corporal” (TDC) que aqueja a todas las mujeres de nuestra cultura. Un aguerrido grupo de feministas se esfuerza por difundir, sin ningún éxito visible, una visión positiva y vitalista de la tensión perimenstrual y las molestias menstruales.<sup>8</sup> Muchísimas más mujeres desean afirmar que son como son a pesar de sus úteros y no a causa de éstos.

El expolio de todo el carácter sagrado y el misterio de los genitales femeninos ha durado tanto como la propia civilización. La mandorla de la iconografía cristiana, que engloba a los santos bajados del cielo en una cápsula de paradisíaca beatitud, es un emblema del útero. El Jardín del Edén se suele representar como un *hortus conclusus*, un jardín cerrado, otra analogía del útero. El carácter del útero se tiene que interpretar de un modo distinto en el contexto de la cultura medieval, cuando

las mujeres adultas por lo común solían estar embarazadas y el útero estaba, por lo tanto, muy presente. La moda femenina de otras épocas ha tendido en algunas ocasiones a imitar un embarazo floreciente más que el liso vientre virginal. En su formidable y erudita historia de los cuerpos de las mujeres, *History of Women's Bodies*, Edward Shorter enumera una serie de ejemplos, tomados de los imponentes estudios alemanes sobre la medicina popular, de las invectivas que proferían las mujeres contra el útero, visto como un extraño dañino instalado en su cuerpo, en un pasado no tan lejano de la cultura popular europea. Las mujeres pronunciaban ensalmos para mantener el útero en su sitio, igual que invocaban a san Mateo, san Marcos, san Lucas y san Juan para que bendijesen la cama donde dormían, en una mezcla de reminiscencias de la cultura de la elite dominante, médica en un caso y clerical en el otro. Aun así, es importante el hecho de que en su somatización, esto es en la identificación de diversos estados de ánimo y de salud con ciertas partes de su cuerpo, las mujeres caracterizasen al útero como fuente de problemas. El temor de los hombres al útero y a la menstruación puede ser problemático, pero las actitudes negativas de las propias mujeres son aún más destructivas.

Una vez más nos enfrentamos con la paradoja esencialista feminista: ¿liberaremos a las mujeres liberándolas de la tiranía del útero o, por el contrario, atacar a «la masa viscosa del útero» equivale a atacar a las mujeres? ¿Una feminista debe rehabilitar al útero o debe argumentar, por el contrario, que es antifeminista considerar a las mujeres como criaturas con útero? No se trata de un dilema meramente académico. Las mujeres sufren en y a causa de sus úteros. Los y las psicoanalistas no se interrogan jamás ni interrogan a sus pacientes sobre su actitud con respecto a su útero, a pesar de haberse marcado como objetivo curar a las mujeres del «vacío y el dolor psíquicos».

La psicoanalista Dinora Pines describe en *A Woman's Unconscious Use of Her Body* (Uso inconsciente del cuerpo en la mujer) la toma de conciencia de una paciente: «Ya no podía seguir negando que su cuerpo contenía un vacío y heces y orina, malas y peligrosas. Había llegado el momento de comenzar el duelo por su pene perdido».<sup>9</sup> La sintaxis parece indicar que, para esa paciente, el psicoanálisis consistió en una presión para obligarla a admitir una falsedad, a saber: que tenía un «vacío» en su interior y que éste formaba parte de una realidad del mismo orden que las heces y la orina. Pines también escribe: «un chico puede dejar preñada a una chica y ésta puede llenar su espacio corporal interno con un feto vivo que se irá desarrollando». Al parecer, en opinión de Pines, una mujer sana tiene que ser consciente de que tiene un vacío en su cuerpo, pero no debe sentir un vacío en su ser, del mismo modo que un hombre con el cuerpo perforado por una bala puede seguir teniendo conciencia de ser una persona entera. Esto sería factible si el “vacío” en el interior del cuerpo femenino fuese una realidad anatómica y no una idea que reside en la mente y, por consiguiente, forma parte de la conciencia de sí. Como cabía esperar, Pines interpreta la sensación de vacío como una causa de los excesos alimentarios crónicos. También nos dice que, después del parto, la madre pasa por un «periodo de adaptación a la sensación de vacío y ausencia en el lugar que antes ocupaba el bebé [...] Antes de que pueda tener lugar la reconciliación con el hecho real del nacimiento y el reconocimiento de la criatura como individuo separado, la imagen corporal de la madre tiene que modificarse de nuevo con objeto de que se pueda sentir entera y no vacía...». Sin embargo, la propia semántica de Pines revela que, tal como ella lo ve, el cuerpo femenino no embarazado está construido en torno a un hueco interno y, por lo tanto, no está entero, sino vacío.

Nuestro lenguaje cotidiano refuerza la concepción del útero como un hueco permanente, un habitáculo vacío a la espe-

ra de un inquilino. Las descripciones de las madres sustitutas a menudo recurren a expresiones como “úteros de alquiler”, como si la mujer que accede a hacer la función de madre sustituta gestionase algo así como una pensión de carne y hueso. Cualquier sociedad capaz de considerar factible y también tolerable la posibilidad de pedirle a una mujer que actúe como madre sustituta y que acceda a dejarse implantar un óvulo fecundado de otra mujer en el útero, donde proseguirá la gestación hasta que nazca la criatura, que entonces será entregada, es una sociedad que por fuerza ha de conceder escasa importancia a dicho proceso y al papel que cumple la madre en el mismo. Se supone que la mujer que considera al producto de su propia concepción como a un extraño que se ha apropiado de su cuerpo sufre un grave trastorno psíquico; pero si nos parece moralmente aceptable preparar un útero para que albergue el embarazo de unos extraños, de algún modo ya debemos haber aceptado la idea de que el útero es un receptáculo impersonal. Si la proximidad física tiene algo que ver con la intimidad, no puede haber relación más íntima que la que mantiene una mujer con la criatura que se está desarrollando dentro de su cuerpo; sin embargo, esperamos que una madre sustituta dé a luz y entregue a la criatura sin sentir ni una punzada de dolor. La contratación comercial de madres sustitutas fue declarada ilegal en Gran Bretaña en 1985 por la Ley de Acuerdos de Maternidad Sustitutiva, pero la escasez de mujeres dispuestas a actuar como madres sustitutas está generando una presión para que se modifique esta norma. La Autoridad de Fecundación Humana y Embriología opina que una madre sustituta no debe recibir más de 10.000 libras esterlinas como compensación por «la pérdida de ingresos y los gastos en ropas maternas, viajes, etcétera».<sup>10</sup> Aceptar la maternidad de alquiler a cualquier precio equivale a negar que existe un vínculo entre una mujer y la criatura que ha llevado en su seno, bajo su corazón, durante nueve meses, tanto si ésta lleva

como si no lleva sus genes. La sangre que corría por sus venas era su sangre, pero si alguien puede exhibir su firma estampada al pie de un documento con valor legal, eso no cuenta para nada.

Las mujeres que utilizan sus cuerpos como si se tratase de un bolso de mano o cualquier otro recipiente útil simplemente hacen suya la actitud de los ginecólogos, en cuyos manuales a menudo se describe el útero como un bien de servicio público. Las mismas mujeres parecen considerar cada vez más sus úteros como una carga que les ha tocado soportar en interés de la supervivencia de la especie. Cada año, un gran número de mujeres se hacen extirpar el útero, a pesar de que la operación es cara, difícil y con un largo periodo de recuperación. La actitud de las mujeres que se niegan a aceptar que el útero no es la causa de sus problemas y remueven cielo y tierra hasta encontrar un médico dispuesto a esterilizarlas, es aún más preocupante que la de los ginecólogos que menosprecian el útero y les dicen a las mujeres que, una vez completada su familia, sus úteros sólo les causarán problemas y que les conviene más extirpárselos. Podemos sobrevivir aunque los hombres huyan de la “mujeridad”, pero si las propias mujeres la tratan como una enfermedad, entonces sí que estamos perdidas.

## LOS PECHOS

Todos los mamíferos tienen pezones. No todos los mamíferos tienen pechos; para tenerlos es preciso ser de sexo femenino y humana. Las hembras humanas se distinguen por el hecho de que los tejidos que rodean las glándulas mamarias permanecen siempre más o menos distendidos como si estuviesen amamantando permanentemente a una criatura. Las explicaciones de esta peculiaridad humana son necesariamente sólo conjeturas; algunos dicen que cuando los humanos sintieron la seguridad suficiente para abandonar la posición del perro y copular cara a cara, el pecho tuvo que imitar la forma de las nalgas que era el estímulo visual originario que incitaba al coito. Este curioso razonamiento plantea más interrogantes que los que responde. Si los seres humanos, como los demás antropoides, se atraían mutuamente por medio de la exhibición del estro –sus traseros adquirirían una intensa coloración roja y azulada y se hinchaban de manera espectacular, pongamos por caso–, ¿por qué dejó de ser así? ¿Por qué el estro humano llegó a ser tan imperceptible que los seres humanos también copulan cuando la pareja no está en una fase fértil? La explicación habitual de esta evolución del *Homo sapiens sapiens* es que con el incremento del tamaño del cerebro y la correspondiente prolongación del periodo de dependencia relativa de las crías humanas, la cópula pasó a ser

primordialmente un mecanismo de vinculación afectiva. La madre humana tenía que continuar manteniendo relaciones sexuales con su pareja masculina para evitar que el hombre se alejara, ya que lo necesitaba para que la protegiera, a ella y a sus criaturas, y, por esto, desarrolló unos pechos que recordaban a las nalgas. La mayoría de las hembras de los mamíferos no aceptan las atenciones del macho cuando no están en celo; las hembras humanas no pueden prescindir de ellas, o eso se dice.

Si esta explicación es cierta, el objetivo principal de los pechos humanos no sería la lactancia infantil sino la atracción y retención de un compañero. Los pezones que dan leche pueden funcionar de manera perfectamente adecuada en el pecho más liso, con escasa o ninguna cobertura adiposa. Los pechos voluminosos a menudo funcionan peor. Si fuese cierto que la función de los senos es servir de juguete a los hombres, cabría esperar que el interés por ellos fuese un rasgo universal del macho humano. En realidad, se sabe muy poco sobre la antropología del fetichismo de los senos. En las razas con un desarrollo mamario raras veces espectacular, como la china y la japonesa, por ejemplo, el pecho no es el centro de la imaginación erótica. Entre las mujeres caucásicas que nunca han dado el pecho es frecuente un pronunciado desarrollo de los senos, a veces, incluso cuando la presencia de grasa subcutánea, en el resto del cuerpo, es inferior a la media. Esta última combinación, sumamente infrecuente, convirtió a Brigitte Bardot en la mujer más admirada de su época. Las supermodelos actuales son mucho más altas y más delgadas de lo que llegó a estar nunca la Bardot y es mucho menos probable que estén dotadas naturalmente con un pecho exuberante.

---

Mi novio es de los que se vuelven locos por los pechos y como yo uso una talla 34E, creía tener mucho que ofrecerle, hasta que vi las fotos de chicas desnudas que tenía colgadas en la pared de su

dormitorio. No puedo competir con mujeres como Pandora Peaks, que tiene unos pechos descomunales. No sé qué me irrita más, si los hombres a los que se les cae la baba por esas titis o las mujeres que alientan sus fantasías.

Laura, Cardiff<sup>1</sup>

---

Toda chica espera desarrollar un día un buen par de pechos, pero ¿qué se considera un buen pecho? La revista *Playboy* inventó en su momento la prueba del lápiz; si se introduce un lápiz debajo del pecho de una mujer cuando está de pie y éste se sostiene, señal de que tiene el pecho caído. Un buen pecho, por definición, no está caído. Un buen pecho tampoco es pequeño. Los pechos no son globos. Un pecho voluminoso que no caiga desafía la ley de la gravedad; el pecho carece de músculos que se puedan trabajar para reafirmarlo. El músculo pectoral, sobredesarrollado en las culturistas, no forma parte del pecho propiamente dicho; éste se encuentra situado encima y se mueve cuando se flexiona el músculo, pero éste no lo sostiene. Una mujer con un buen par de senos es, por consiguiente, la que tiene pechos de tamaño apreciable, que no caigan. Eso solo ya es mucho pedir, pero, además, se supone que un buen par de pechos han de ser del mismo tamaño. La simetría del cuerpo humano es sólo aparente; del mismo modo que los ojos y las orejas muy raras veces son exactamente del mismo tamaño y de forma simétrica, los pechos también suelen ser desiguales. Aproximadamente un 50% de las mujeres tienen el seno izquierdo mayor que el derecho, alrededor de un 45% tienen el seno derecho mayor que el izquierdo y en torno al 5% tienen senos exactamente idénticos. Además, aunque su tamaño sea el mismo, no siempre están situados con la misma inclinación sobre la caja torácica. Todo esto no tiene ninguna importancia, salvo para las mujeres que cuando observan en el espejo que sus pechos no son perfectamente simétricos, se sienten deformes. La camisa de fuerza

del sostén iguala, levanta, rellena y separa los senos para que formen una pareja rígida. La doctora Cathy Read comentó a mediados de 1995:

---

Dos décadas después de que las feministas intentasen destruir su simbolismo quemándolos, los sostenes han vuelto. Como me comentó hace poco en Estados Unidos una portavoz de Wonderbra durante una comida: «El sostén se ha convertido ahora en un accesorio y las mujeres tienen toda una gama de modelos distintos: sostenes para hacer gimnasia, sostenes para ir al trabajo y otros más seductores para las ocasiones especiales».<sup>2</sup>

---

Los sujetadores imponen una norma internacional sobre la asombrosa variedad de formas que presentan los pechos de las hembras humanas en todo el mundo. Algunos tienen una base ancha y aplanada con el pezón pegado al músculo inferior (forma de huevo frito), otros tienen la base estrecha y son relativamente alargados (forma de boniato). Casi ninguno presenta la forma estándar que, según parece, ha de ser un hemisferio perfecto con el pezón situado exactamente en el centro. La proporción entre el tamaño del pezón y el del pecho también varía mucho. Algunos pezones son, de hecho, de mayor tamaño y más prominentes que el montículo del pecho; otros son pequeños y tan planos que parecen estar hundidos. Los antropólogos clasificaron las interesantes protuberancias del torso de las mujeres nativas en globuliformes, cónicas, piriformes, *à tête de brioche*, *en galette*, hemisféricas o alargadas. Observaron que la areola podía ser aplanada, en forma de copa o elevarse sobre el pecho como el cuello de una calabaza, y su color podía variar desde el crema pálido hasta el negro azulado. Los factores determinantes de la configuración natural del seno son en su mayor parte genéticos y, por lo tanto, determinadas formas son más frecuentes en ciertas razas que en otras. El pecho más o menos hemisférico es típicamente ario.

La imposición de una variedad estándar de lo que se considera un “buen” pecho es racista, además de sexista.

---

Mis dos maridos tenían sonrisas grises  
y eran travestis.  
Yo lo encontraba ridículo.  
¿Qué pasa si mis pechos  
son como un par de huevos fritos?  
Ellos ni siquiera tienen pecho.

LELAND BARDWELL, *Husbands*<sup>3</sup>

---

El pecho como juguete desenfadado debe ser lleno y compacto. Generaciones de mujeres se han rociado regularmente los senos con agua fría para estimular la circulación de la sangre, con la idea de que esto los reafirmará. Docenas de cremas han generado miles de millones de dólares de beneficios porque las mujeres pensaron que les ayudarían a reafirmar sus senos, cuando, en realidad, la constitución del pecho sólo puede reproducir la del tejido adiposo del resto del cuerpo, por muchas duchas de agua helada que reciba o cualquiera que sea la cantidad de jalea real o extracto de algas que se le aplique. Después de los genes, la influencia más importante es la del ciclo menstrual; sus efectos sobre los senos pueden ser prácticamente imperceptible o muy marcados. Los pechos de algunas mujeres se hinchan, se les dibujan las venas y se vuelven más sensibles después de la ovulación. Una de las pequeñas ironías de la vida es que el momento en el que los pechos están más llenos y más tensos es cuando su propietaria está embarazada. La mujer que se ha pasado la juventud lamentándose de no tener un pecho un poquitín más exuberante puede empezar a encontrarlos excesivos. Cuando los pezones se ensanchan y se oscurecen, hasta un amante puede encontrar menos atractivos los senos de una mujer y estar menos dispuesto a jugar con ellos, suponiendo que ella pudiera soportarlo.

¿La atracción de los hombres por los pechos empezó cuando eran la fuente de su sustento y una vinculación con la madre, cuando el pezón llenaba su boca y aplastaba su nariz? Hasta ahora, no se ha realizado ningún estudio comparativo sobre el erotismo centrado en el pecho en los individuos alimentados con biberón y los amamantados al pecho. Que sepamos, los pechos en forma de botella no resultan especialmente excitantes para ningún subgrupo de fetichistas. La niña pequeña también se enamoró del pecho. Los pechos tienen al menos la misma importancia e interés para las mujeres que para los hombres. Se puede prescindir y se prescinde con pretextos relativamente nimios del útero y los ovarios; en cambio, los pechos se conservan aun poniendo en peligro la vida de su dueña. Jamás se ha intentado averiguar por qué las mujeres sienten tanto apego por sus pechos o por qué consideran el pecho como la característica sexual femenina determinante. Si resulta difícil explicar la fascinación de los hombres adultos por las tetas, tetorras, pitones, balones, peras, manzanas, melones, etcétera y su inclinación a babosearlas y chupetearlas como si fuesen gigantescos bebés con barba, las reacciones de las mujeres ante el hecho de que los hombres les acaricien los senos son igualmente misteriosas. A unas mujeres les produce un intenso placer, a otras menos y a algunas ninguno. El pezón está formado en parte de tejido eréctil y se puede poner turgente; la estimulación y manipulación del pezón pueden conducir por sí solas al orgasmo. Dicen que la succión del pezón provoca contracciones y acelera el retorno del útero a sus dimensiones previas al embarazo. A pesar del incesante interés por los pezones como desencadenantes de la acción erótica, no se ha realizado ningún estudio sistemático sobre el pecho femenino como zona erógena. E. Helsing y F. Savage King describen con claridad el placer asociado al amamantamiento:

El reflejo de secreción de la leche está estrechamente vinculado a los reflejos sexuales. La estimulación sexual puede promover la secreción de oxitocina en la pituitaria posterior y hacer fluir la leche. La conexión también opera a la inversa y muchas mujeres tienen sensaciones sexuales cuando dan el pecho. A algunas esto les genera sentimientos de culpa y ansiedad, en lugar de aceptar esa sensación como lo que es: el medio que emplea la naturaleza para que la lactancia resulte placentera, y contribuir así a la supervivencia de la especie.<sup>4</sup>

No tenemos la menor idea de los mecanismos que determinan que muchas mujeres encuentren un placer que puede llegar al orgasmo en el acto de dar de mamar; aunque se trata de un fenómeno corriente, es algo que jamás se menciona. Las mujeres que nunca han oído decir que esta respuesta no sólo es posible sino también normal, se sienten culpables y se asustan. A la pregunta de si dar el pecho había sido una experiencia agradable para ella, una mujer respondió: «Sí, disfruté con ello. Es cierto que me daba placer. ¿Será que soy una perversa?». Se sentía tan culpable por el placer que sentía que renunció a dar el pecho al cabo de apenas una semana.<sup>5</sup> No hay nada perverso ni antinatural en las sensaciones eróticas que se experimentan al dar de mamar. Si el amamantamiento no resultase placentero para los mamíferos, las crías de mamífero estarían expuestas permanentemente al riesgo de abandono. La erogeneidad de los pechos tiene un claro valor adaptativo, a pesar de que muchas hembras humanas declaran no sentir placer ni excitación cuando les tocan los pechos. El tabú que prohíbe las relaciones sexuales durante la lactancia, tan frecuente en las sociedades humanas, puede ser un reconocimiento tácito de que la madre está inmersa en una relación placentera con su criatura, que le impide tener otro amante, por así decirlo.



---

Cuando en la oscuridad  
 tras los párpados cerrados percibo  
 el puño ciego cerrado  
 y la boca inquisitiva,  
 anhelante como un beso,  
 que busca el lugar donde sólo ella existe,  
 pienso con infinita compasión  
 en todos los amantes hambrientos  
 de pecho de nuestro mundo que nos desvisten  
 para beber de esta  
 suave copa invertida de dicha maternal  
 con gratitud y sin llegar a  
 ignorar lo que se pierden.

ELIZABETH GARRETT, "Mother, Baby, Lover"<sup>6</sup>

---

Los padres sienten celos del nuevo amante de la madre. A lo largo de toda la historia se pueden encontrar ejemplos de machos humanos que impidieron que sus esposas amamantasen a sus hijos, esfuerzos que culminan con la campaña en gran escala contra la lactancia natural del siglo XX, que las autoridades sanitarias todavía están intentando contrarrestar. En algunos casos, se abandonaba la lactancia porque se suponía que retrasaba la concepción y los padres deseaban tener sin demora más descendencia o descendencia de otro sexo. Sin embargo, en la mayoría, la motivación parece haber sido una combinación de celos ante la intimidad física entre la madre y su criatura y de pura y simple repulsión. Las camareras de los locales de *topless* consiguen mejores propinas gracias a la exhibición de sus pechos; agitar los pechos bajo los ojos de un perfecto desconocido es una manera agradable de ganarse la vida como bailarina de reservado, pero en cambio la lactancia se considera obscena. La prensa británica publica cada semana noticias de mujeres expulsadas de los bancos de los parques o de las galerías comerciales y grandes almacenes, o de

reuniones públicas, por tener la osadía de dar el pecho a sus bebés.

Dado que la forma del pecho depende en gran parte de la presencia de tejido adiposo, es lógico que las mujeres que están a dieta tengan los pechos flácidos; Cher reconoció que conseguía mantener en forma el resto de su cuerpo haciendo ejercicio, pero la única solución para evitar la caída de los pechos fue hacerse un implante. Puesto que su cuerpo forma parte intrínseca del espectáculo que es el negocio de Cher, la operación de sus pechos no pasaba de ser una inversión necesaria para mantener sus activos. Las motivaciones que inducen a hacerse un implante a una mujer cuyos senos no son de acceso público resultan, en cambio, más difíciles de entender. Una mujer casada, que consideraba que los senos se le habían quedado flácidos y vacíos después de amamantar a tres criaturas, decidió "rellenárselos", según sus propias palabras. Su marido, un famoso músico de rock, no se mostró muy satisfecho y declaró que le gustaban tal como estaban. «Pero a mí no me gustaban», terció ella. Es evidente que a algunas mujeres les gusta y les excita realzar sus pechos o de lo contrario el *wonderbra* no hubiese dado ni un duro. En la historia humana, los pechos se han aplastado, alargado, disimulado y vendado, escarificado, levantado, separado, moldeado en forma de "balcones" sin ninguna separación visible y apretado uno contra otro para exagerar la profundidad del escote.

La doctora Cathy Read resume así las vicisitudes por las que ha pasado el pecho en el siglo XX:

Mientras que el negocio de los sostenes ha estado muy atareado levantando, separando y ampliando, los cirujanos plásticos han "realzado" los pechos de millones de mujeres con implantes de silicona. Estéticamente, se ha realizado un trabajo sistemático sobre los pechos modelándolos por dentro y por fuera. Es una lástima que no se haya prestado la

misma atención a su salud. Las estadísticas sobre la incidencia del cáncer de mama son indicativas de cuán mala es la salud de nuestros pechos bajo todo su aparente esplendor.

Un pecho sano puede no ser eróticamente excitante; un pecho se mantiene más sano si ha amamantado antes de los treinta años, poco más o menos, y su salud es proporcional a la duración de la lactancia. Ésta hace perder color a los senos, mientras que los pezones se oscurecen y endurecen, y una vez concluida es frecuente que los pechos queden flácidos y caídos. Por el contrario, un pecho reconstruido raras veces es un pecho sano. La historia de la mamoplastia o reducción mamaria está plagada de casos de mujeres cuyos pechos no cicatrizaron debidamente y se infectaron, con las consiguientes secuelas de cicatrices y deformidades. Tanya Hatherall tenía dieciséis años cuando se hizo reducir quirúrgicamente el pecho: «El cirujano hizo una incisión vertical en cada pecho, desde el pezón hasta la base y retiró el exceso de grasa. Luego separó los pezones y los recolocó sobre los nuevos pechos reducidos. En total me dieron 260 puntos y no podía caminar de dolor».<sup>7</sup> Las fotografías muestran que sus pechos reconstruidos no sólo eran más pequeños sino también menos simétricos que los originales y con visibles cicatrices. Un pecho que ha sufrido una reducción importante, en general, suele quedar inutilizado para la lactancia.

El levantamiento de los pechos caídos es una tarea difícil; hay que operar a la paciente sentada para poder apreciar correctamente la caída del pecho, que se tiene que separar de la caja torácica, luego se recorta el exceso de piel y se vuelve a coser la masa mamaria dentro de la superficie previamente reducida. Con frecuencia, es necesario separar el pezón y volverlo a recolocar en el vértice. La historia de los implantes es igualmente dolorosa; éstos pueden desplazarse o volverse del revés. En una pequeña proporción de casos, cuya mera des-

cripción ya resulta penosa, los implantes han desgastado la piel, perforándola, y ha sido preciso retirarlos. Esta manipulación tan poco galante del tejido mamario contradice las leyendas populares que imaginan que el pecho está formado por un tejido especialmente vulnerable, que no debe sufrir golpes ni magulladuras.

Parece casi innecesario exhortar a las mujeres a que “cuiden sus pechos”;<sup>8</sup> la preocupación por los senos ha ido en aumento hasta empañar la vida de las mujeres. Las que examinan sus pechos en busca de indicios de cáncer, nunca están seguras de haberlo hecho bien; si se someten al suplicio de las mamografías están angustiadas pensando en cuál es el intervalo adecuado entre un examen y el siguiente, aparte de la preocupación por los efectos de la irradiación de los tejidos blandos. Quienes proponen revisiones masivas quitan sistemática y deliberadamente importancia al hecho de que una mamografía es una prueba sumamente molesta. Para empeorar las cosas, la prensa se complace en publicar noticias inquietantes: «Un estudio realizado en Estados Unidos asocia los abortos con el riesgo de cáncer», decía el encabezamiento de una información del *Guardian* sobre los resultados de un estudio realizado por un equipo de investigadores de la Universidad de la Ciudad de Nueva York (CUNY) y publicado en el *Journal of Epidemiology and Public Health* en octubre de 1996.<sup>9</sup> Hace cuarenta años que circulan datos sobre investigaciones que vinculan el aborto con un elevado riesgo de cáncer, cuyos resultados no dejan de ser insatisfactorios, puesto que no se ha podido demostrar ningún tipo de vinculación fisiológica y no se han tomado en consideración otros factores asociados al estilo de vida. No obstante, la mayoría de quienes leyeron el artículo apenas se habrán podido hacer una vaguísima idea de cuál es el incremento real de las probabilidades comparado con la incidencia de otros factores (que no se explican) o habrán llegado a captar que los resultados de la

investigación eran problemáticos (según se desprendía del último par de párrafos). Tres palabras llamativas en un titular contribuyen tanto al impacto de un artículo que a nadie se le ocurriría matizarlas. Cuando un estudio danés demostró, en enero de 1997, que no existe ninguna correlación entre el aborto inducido y un elevado riesgo de cáncer de mama, ni siquiera la prensa sería publicó la noticia.<sup>10</sup>

El autoexamen mamario no despeja debidamente las dudas porque nadie parece saber cómo ha de ser el tacto de un pecho sano. Hasta un 70% de las mujeres tienen pechos fibroquísticos, que no es más que otra manera de decir que tienen fibras y bultos palpables, con tendencia a hincharse y doler cuando se aproxima la menstruación; entre un 40 y un 70% de las mujeres se quejan a su médico o médica de nódulos dolorosos en los pechos en algún momento de sus vidas.<sup>11</sup> Otras mujeres, a pesar de sentir el mismo dolor, no lo consideran un problema médico. Cuando el dolor en los pechos o “mastalgia” se vuelve insoportable, el único tratamiento es la mastectomía. No se conoce su causa, pero se sabe que eliminar el café, el chocolate y las grasas saturadas de la dieta puede aliviar los síntomas.<sup>12</sup> También se recomienda dejar de fumar. Se sospecha, asimismo, una influencia de los estrógenos ambientales y también vale la pena intentar evitar ingerir agua reciclada, leche de vaca y carnes tratadas con esteroides. Algunas investigaciones han observado una vinculación entre las afecciones mamarias benignas y el estreñimiento. El tratamiento más adecuado es el ácido gammalinoleico, contenido en el aceite de *Oenothera*.<sup>13</sup>

Uno de los escasos privilegios del que gozan las mujeres británicas mayores de cincuenta años es la oportunidad de acceder al programa de revisiones mamarias gratuitas. Se les invita a acudir a un hospital —o a un consultorio móvil instalado en el aparcamiento del hospital— para someterse al suplicio de la mamografía, en la que se aprisiona cada pecho entre dos pla-

cas de acero pulido hasta reducirlo al grosor de un sándwich de jamón, o sea, un poco menos de dos centímetros, y se radiografían los tejidos blandos mientras la paciente contiene la respiración con indecible malestar. Si no se observa nada, te dejan ir y no tendrás que volver a someterte a la prueba hasta al cabo de tres años. A pesar de todo, el capital invertido y de las personas que han hecho carrera gracias a la campaña de revisión mamaria masiva, en un 90% de los casos son las propias mujeres quienes detectan la presencia de nódulos en sus pechos. Existen argumentos evidentes a favor de que se mamografie cada pecho en dos posiciones distintas, como se hace en todas partes, pero el programa británico sigue siendo una excepción y sólo incluye una. El incremento del número de nódulos detectados ha determinado un aumento de las exploraciones dolorosas y estresantes. El trauma y la ansiedad globales han aumentado espectacularmente, mientras que la mortalidad por cáncer de mama ha experimentado sólo una ligera reducción. En 1990, se registraron en Gran Bretaña 15.180 fallecimientos por cáncer de mama; en 1995, al cabo de cinco años de revisiones masivas, esa cifra había descendido tan sólo a 14.080, una reducción inferior al 3% anual, mientras que el número de casos diagnosticados se había disparado.<sup>14</sup> Esto no era una novedad; en efecto, ya en 1991, cuando la Oficina General de Cuentas de los Estados Unidos examinó los resultados de la inversión de más de mil millones de dólares en programas de revisión mamaria, constató que la incidencia de la enfermedad estaba aumentando mucho más deprisa que las tasas de supervivencia. El diagnóstico precoz, sobre todo en el caso de una dolencia sin ningún tratamiento fiable, contribuye a aumentar, de hecho, la incidencia registrada de la enfermedad. El diagnóstico precoz supone más tratamientos y también más dolor y más angustia, pero la mujer afectada no vive más tiempo que si no se hubiese diagnosticado su dolencia. Todo esto se traduce en un rápido y fuerte incremento de los costes asociados al cáncer de mama (o sea,

del dinero que se puede ganar con su tratamiento). El coste del tratamiento de un cáncer detectado se cuadruplicó entre 1982 y 1992. La revisión de las mujeres menores de cincuenta años, sin ninguna incidencia observada sobre las cifras de mortalidad, cuesta 3.000 millones de dólares anuales en los Estados Unidos.

El profesor Michael Baum, consultor quirúrgico del Royal Marsden Hospital, dimitió, en 1995, de su puesto de asesor del programa de revisión mamaria del Servicio Nacional de Salud, en medio de una amplia y enconada controversia.<sup>15</sup> Luego intentó explicar que sólo le animaba el propósito de poner en duda la relación coste-eficacia del programa, en función del número de vidas que permitía salvar. En el caso de una dolencia con un ritmo de evolución tan variable como el cáncer de mama, el criterio de las “vidas salvadas” resulta bastante curioso. Una mujer con cáncer de mama probablemente vivirá unos cinco años desde el momento del diagnóstico; es menos probable que llegue a vivir diez años más. La enorme disparidad entre el número de cánceres diagnosticados y la escasa reducción de las tasas de supervivencia, parece indicar que no se están detectando los cánceres que convendría diagnosticar y que se está tratando a mujeres que no corren peligro de muerte, mientras no se llega a tratar a otras expuestas a un riesgo inmediato. El cáncer de mama mismo no mata; lo que mata son las metástasis procedentes del cáncer de mama original que se instalan en otras partes del cuerpo. Es más determinante diagnosticar si un cáncer ha generado metástasis o no, que verificar su presencia en el pecho. En vez de extirpar las mamas o los nódulos, eliminar los ganglios linfáticos y rezar para que todo vaya bien, tendríamos que preocuparnos de desarrollar técnicas de control de los “nódulos centinela” tan eficaces como las que se emplean en el tratamiento del cáncer de testículos, que han permitido mejorar espectacularmente las tasas de supervivencia.

Se aterroriza a las mujeres con la continua evocación del fantasma del cáncer de mama, pero, en cambio, nunca se les dan a conocer los datos reales. El tratamiento periodístico de las pruebas sobre la eficacia del tamoxifén es un ejemplo perfecto de la manera en que se oscurecen deliberadamente los temas significativos para generar una reacción inmediata entre las mujeres atemorizadas. La conclusión de los ensayos con el tamoxifén, en Estados Unidos, a principios de 1998, se anunció de tal modo que las mujeres británicas de todas las edades empezaron a pedirlo; al cabo de pocas semanas, se publicaron resultados de signo opuesto de experiencias británicas mucho más reducidas, lo cual permitió mantener viva la “controversia” durante algunas semanas más. No se intentó aclarar en ningún momento las diferencias entre las poblaciones estudiadas en Estados Unidos y en Gran Bretaña, para que las mujeres pudieran hacerse una idea de cómo debían interpretar la nueva información. El cáncer premenopáusico y postmenopáusico tienen una evolución tan distinta que habría que tratarlos como enfermedades diferenciadas. El cáncer de mama premenopáusico es una enfermedad agresiva, que se desarrolla rápidamente, y es sumamente invasor. Un nuevo estudio sueco realizado sobre 11.000 mujeres de entre 39 y 49 años indicó que las revisiones periódicas de este grupo habían permitido reducir a la mitad la tasa de mortalidad;<sup>16</sup> en Gran Bretaña, el programa gratuito de revisión para la detección del cáncer de mama incluye exclusivamente a las mujeres mayores de 50 y menores de 64 años.<sup>17</sup> Las mujeres premenopáusicas tienen que detectar sus nódulos mediante el autoexamen y pedirle luego a su médico de cabecera que les dé un volante para una mamografía. Para una mujer joven con mamas densas, la mamografía es una tortura refinada. Las mujeres que presentan trazas de lesiones mamarias en la mamografía son examinadas, más tarde, mediante ultrasonidos, en un orden de progresión que parece equivocado. Se han depositado grandes espe-

ranzas en el perfeccionamiento de las técnicas de formación de imágenes por resonancia magnética, pero de momento este método, que sigue siendo escandalosamente caro, genera una proporción inaceptablemente elevada de falsos positivos. Los médicos saben que si no se encuentra un procedimiento de diagnóstico menos molesto para las usuarias, la lucha contra el cáncer de mama seguirá siendo una batalla perdida.<sup>18</sup>

No existe un consenso en cuanto a lo que se debe hacer una vez detectado un cáncer. Las alternativas varían desde la radioterapia sin cirugía, la radioterapia y quimioterapia sin cirugía, la extirpación de los nódulos con o sin radioterapia, o con o sin quimioterapia, la mastectomía simple con o sin radioterapia, o con o sin quimioterapia, la mastectomía bilateral con o sin radioterapia, o con o sin quimioterapia. Cada categoría comprende ulteriores refinamientos, incluidas diversas formas de reconstrucción mamaria, desde la reparación de las depresiones con tejido adiposo importado hasta los cultivos musculares para el posterior implante o la inserción inmediata de prótesis de silicona, que en Inglaterra se sigue considerando la mejor práctica. Las tasas de supervivencia en los casos de cáncer de mama registradas en Gran Bretaña siguen siendo las más bajas de Europa, debido a que muchos de los cánceres detectados no son tratados por especialistas en oncología o cirugía. En julio de 1998, se suspendió de sus funciones a un cirujano británico por no haber realizado los exámenes previos necesarios para verificar la presencia de un tumor maligno antes de proceder a la extirpación de nódulos; otros cirujanos realizan estas mismas intervenciones sobre la base de biopsias que revelan la presencia de células "precancerosas". No existe una vía más segura para obtener resultados óptimos que tratar a las pacientes por un cáncer que no tienen.

A Johanna Johenson le diagnosticaron un cáncer en el pecho izquierdo en 1989. Después de realizarle una mastectomía en un hospital de Rochester, Kent, la remitieron a un radiólogo

para un posible tratamiento postoperatorio, el cual le comunicó que tenía un cáncer de huesos muy extendido, que había pasado desapercibido en un anterior escáner del esqueleto. A continuación se sometió durante cinco meses a un tratamiento intensivo de radioterapia y quimioterapia que le causó tantas molestias que la tuvieron que hospitalizar. Luego, en una consulta en un hospital de Londres le comunicaron que no tenía cáncer de huesos. Al principio, esto la alegró, pero poco después sufrió un fuerte deterioro de la columna vertebral y tuvo que pasar otros cuatro meses y medio hospitalizada. Las autoridades sanitarias reconocieron que el tratamiento postoperatorio había sido inadecuado, pero negaron que éste «fuese la causa de posteriores dolencias». La indemnización por daños que finalmente aceptó Johenson no alcanzó a cubrir los costes de la demanda presentada contra las autoridades sanitarias.<sup>19</sup> En 1998, 127 mujeres intentaron presentar una demanda colectiva contra 60 hospitales británicos por aplicarles dosis excesivas de radiaciones, que les provocaron lesiones en los nervios braquiales acompañadas de pérdida de funcionalidad y dolor, y en algún caso requirieron la amputación. Los hospitales alegaron en su defensa que dicha práctica estaba justificada a la vista del nivel de conocimientos entonces existente sobre los efectos de la radioterapia. Se ofreció a las mujeres, representadas por abogados de oficio, un acuerdo extrajudicial que apenas llegó a cubrir los costes de la demanda.<sup>20</sup>

Era inevitable que el propio programa de detección masiva generase problemas. El Ministro de Sanidad británico anunció, en noviembre de 1997, una revisión general de todas las unidades de diagnóstico de cáncer de mama después de que una supervisión de 1.920 mamografías encargada por el Royal Devon and Exeter National Health Service Trust revelase que 229 mujeres a las que se debería haber convocado para un examen posterior no habían sido avisadas. En enero de 1998, una inspección rutinaria de 16.000 mamografías re-

veló que algunas «no cumplían los requisitos mínimos»; alrededor de un millar de mujeres examinadas entre abril de 1995 y marzo de 1996 fueron convocadas para repetir las mamografías. Mientras tanto, los radiólogos empezaron a abandonar el programa porque les resultaba intolerable tener que infligir tanto sufrimiento a mujeres sanas; la escasez de personal exacerbó el problema, y, en julio de 1998, el programa había entrado en crisis. Sólo a una institución sanitaria que considera el malestar de las mujeres como un factor insignificante, en su afán por reducir la mortalidad, se le podía ocurrir instaurar el diagnóstico masivo basado en las mamografías. La historia del programa de diagnóstico masivo es una historia de prioridades mal definidas y confianza injustificada en una tecnología inadecuada.<sup>21</sup>

Durante años se negó insistentemente la influencia del factor familiar en la susceptibilidad al cáncer de mama, hasta que los argumentos a favor de esta hipótesis resultaron más que evidentes. Actualmente, la revisión masiva de las mujeres postmenopáusicas es injustificada e injustificable, sobre todo cuando se puede identificar a una población de riesgo más joven a la que no se está prestando atención. Mientras tanto, la incidencia del cáncer de mama continúa incrementándose rápidamente en todo el mundo, hasta el extremo de que los investigadores han empezado a hablar de una epidemia;<sup>22</sup> las mujeres norteamericanas tienen actualmente el doble de probabilidades de desarrollar un cáncer de mama que hace treinta años. Las tasas más altas corresponden al mundo industrializado, por motivos que sólo podemos conjeturar. ¿La presencia en el medio ambiente de productos químicos que afectan a los estrógenos, tal vez? ¿Un número excesivo de ciclos menstruales? ¿La escasa práctica de la lactancia materna? Las mujeres siguen muriendo y mueren a edades más jóvenes. En Estados Unidos, la investigación del cáncer de mama recibe fondos por valor de 550 millones de dólares, cuando en 1991

la financiación se elevaba a 91 millones. En Gran Bretaña, el presupuesto de investigación representa apenas entre dos y tres millones de libras esterlinas,<sup>23</sup> lo cual sumado a la no identificación de las mujeres en situación de riesgo y a la ausencia de pautas de tratamiento adecuadas para los casos confirmados, nos muestra la otra cara de la visión de los senos como un juguete. Un juguete que deja de resultar atractivo acaba en el cubo de la basura. Ya va siendo hora de que dejemos de tontear con los pechos y empecemos a tomármolos en serio.

## LA COMIDA

La comida es un tema feminista. Las mujeres son las proveedoras de alimento. Parte del contraste entre un macho y una hembra es que el óvulo que ésta hace madurar es un mecanismo de alimentación completo fabricado a partir de su propia substancia corporal. Si se retira el núcleo de un espermatozoide, no queda nada; si se retira el núcleo de un óvulo, se puede cultivar otro en su lugar. Durante el periodo en el que la criatura se desarrolla dentro del útero de la madre, ésta la alimenta con su propio cuerpo; cuando nace, la amamanta y, si quisiera, podría cubrir una parte significativa de su alimentación durante años. En todo el mundo, la preparación de los alimentos para los hombres y los niños y niñas es un trabajo que realizan las mujeres. No todas las mujeres son buenas cocineras, ni todas desean servir tres comidas al día. Muchas esforzadas campesinas sufren pensando en sus criaturas, que no podrán comer hasta que ellas hayan acabado su jornada de trabajo, y lamentan que tanto esfuerzo no les permita ganar lo suficiente para adquirir alimentos adecuados para sus hijos e hijas. Cuando ven los relucientes y pulcros anuncios de leche Nestlé para bebés, no les cuesta demasiado convencerse de que la que secreta su cuerpo desgastado por el trabajo es de inferior calidad. Las feministas siempre han participado en la lucha contra la promoción de leches en polvo para bebés

entre las mujeres pobres, y también han tenido siempre muy claro que la devaluación de la leche materna, que no tiene precio, forma parte de una devaluación generalizada de la contribución de las mujeres a la alimentación de la raza; una devaluación que está alcanzando su punto más bajo con la alteración de la relación de las propias mujeres con la comida. En marzo de 1997, después de entrevistar a diversas mujeres que reconocían no saber cocinar y que lo hacían raras veces o lo hacían mal, el equipo de un programa de cocina de la BBC resaltó que un rasgo común a todas ellas parecía ser el miedo y la aversión a la comida.

Durante miles de años, los hombres se dedicaron a la caza y las mujeres a la recolección. El alimento que aportaban los hombres era comida ceremonial, para las ocasiones especiales, no la comida habitual de cada día. Los grupos de cazadores-recolectoras sobrevivían de hecho con lo que reunían las mujeres: raíces, semillas, frutos, larvas, crustáceos, reptiles, huevos, miel, además de los pesados litros del agua que tenían que acarrear a diario, destrozándose la espalda, a veces desde kilómetros de distancia. La preparación del alimento que aportaban los hombres era sencilla, se asaba al fuego o a la brasa. Cuando las mujeres no estaban buscando, cavando, recolectando y acarreamo alimentos, se dedicaban a trillar, limpiar, descascarar, pelar, moler, machacar y amasar. Su producción de alimento era intensiva en trabajo y estaba subvalorada; la obtención de alimentos por parte de los hombres era un deporte y una actividad ceremonial. El patrón de devaluación de las aportaciones de las mujeres es tan antiguo como la civilización humana. Los métodos de producción y el consumo de alimentos se han modificado sin duda enormemente con la industrialización, pero la devaluación de la contribución de las mujeres sigue siendo una constante. A pesar de que la industria ha usurpado una porción importante de su intervención en la preparación de los alimentos, se sigue atribuyendo a las

mujeres la responsabilidad de lo que come su familia y ellas mismas también se consideran responsables de su alimentación. En el tema de la nutrición, como les ocurre en tantos otros ámbitos, se enfrentan con el típico dilema femenino de la falta de control combinada con la responsabilidad total. Los medios de comunicación fomentan la sensación de impotencia de las mujeres en su calidad de proveedoras de alimento, al exagerar los riesgos de las infecciones de listeria, salmonella, EEB y *Escherichia coli* 0157. La proveedora de alimento se entera de que los aditivos pueden ser los causantes de la hiperactividad de su hijo, pero nadie le dice qué aditivos contiene cada alimento y qué efectos tiene cada uno. Peor aún, sofisticadas técnicas de marketing inducen a su familia a pedir determinados alimentos industriales y el exceso de azúcares y aromatizantes que contienen genera adicción en las criaturas.

---

Pronto, te llevaré conmigo y te alimentaré  
con mi potaje. Será espeso, marrón rojizo  
y sustancioso como el principio del mundo.

CONNIE BENSLEY, "Cookery"<sup>1</sup>

---

Cuando era obligado que la familia se reuniese para compartir al menos una comida al día y las comidas rápidas eran algo desconocido, la proveedora de alimentos era directamente responsable de la calidad de vida de su familia. Podía demostrar autoridad y pericia y expresar su amor a su familia a través del esfuerzo invertido en los platos que servía en la mesa. Este papel femenino ha desaparecido. No pudo sobrevivir a la aparición de una tienda a la vuelta de la esquina que vende delicias más apetitosas que las que jamás podría preparar la madre. Antes, la norma establecida decía que no era bueno comer entre horas, porque hacía perder el apetito, frustrando así los esfuerzos de la persona que tanto había trabajado para elaborar un bizcocho esponjoso y una salsa apetitosa.

La publicidad acabó muy pronto con esa absurda consideración; las máquinas expendedoras de tentempiés definen como intolerable la más mínima punzada de hambre. En cuanto el "hambre ataca" hay que llevarse algo a la boca. La proveedora de alimentos que compra para su familia ignora si comerán lo que ella ha comprado, ni qué cantidad querrán comer o qué han estado ingiriendo durante todo el día. Prácticamente todos los alimentos que puede encontrar en el supermercado ofrecen algún valor añadido, en el embalaje y la presentación, si no en su preelaboración. Si insiste en comprar cereales y legumbres en vez de platos precocinados, tendrá que pagar un precio exorbitante por ellos. Por consideraciones económicas y también de comodidad, le conviene más comprar una crema de guisantes con jamón precocinada que intentar conseguir un hueso de jamón y guisantes secos. Cada vez son más las mujeres que se ven incapaces de competir con los técnicos en alimentación que elaboran platos precocinados para los supermercados, o con las tiendas de "comidas para llevar", aunque sólo sea porque las personas a las que alimentan ya no aceptan comer todas lo mismo. Los anuncios de televisión se burlan explícitamente de la comida casera; papá le confiesa a su hijo de pocos años que no le importa que la comida que va a servir la abuela sea espantosa porque ya se ha comido un "Big Mac". La cocinera inteligente es la que sirve platos preelaborados como si fuesen producto de su solo esfuerzo.

La comercialización de alimentos preparados no ha liberado a las mujeres de su obsesión por la comida, pues aunque no puedan controlar el contenido de las comidas comerciales ni lo que comen sus familias, sin embargo, se las sigue considerando responsables de que haya comida en la mesa. La nevera y el congelador tienen que estar bien provistos de alimentos que no hayan superado su fecha de caducidad y es preciso conseguir que la familia los consuma. Puesto que la conducta alimentaria se ha vuelto caótica y está guiada por los impul-



sos, se está pidiendo a las mujeres que controlen lo incontrollable. Se considera que las madres son las culpables de la obesidad de sus hijas e hijos. Es tarea suya controlarlos, a pesar de que muchas personas desmesuradamente obesas comen poquísimos en presencia de su familia o de sus amistades, y se reservan los atracones para los momentos de intimidad en su propio cuarto o el anonimato de la calle. La glotonería suele ser muchas veces un vicio solitario, que poco tiene que ver con el disfrute de la comida y mucho más con el impulso de introducir cosas en el cuerpo, en este caso a través de la boca. Los y las psiquiatras están al corriente del uso fetichista de la comida, pero prestan mucha menos atención al modo en que nuestra cultura fomenta diversos tipos de fetichismo alimentario. Los anuncios de barras de chocolate con formas fálicas que inducen a estados próximos al orgasmo son un ejemplo evidente, subrayado por la actual insistencia en los efectos euforizantes del chocolate. En Gran Bretaña, las y los dietistas, aparentemente preocupados por la necesidad de conseguir que los niños y niñas coman verduras, han diseñado guisantes con sabor a judías estofadas y zanahorias que saben a chocolate, lo cual parece un método excelente para crearles a las criaturas una adicción a las judías estofadas y al chocolate de verdad.

---

Lloró por las largas orejas  
suspendidas en la cocina, su piel tiroteada  
con el suave pelo revuelto. La alisó  
antes de destriparla, pero prefería pasar  
por ese mal trago antes que privar a mi padre  
de su paté de liebre.

JEAN EARLE, *Jugged Hare*<sup>2</sup>

---

Los fabricantes que producen comidas de fantasía para hacer más atractivo el momento de sentarse a la mesa también

contribuyen a estimular a las criaturas a jugar con la comida en lugar de consumirla. Si bien los hombres suelen imponer más a menudo que las mujeres toda clase de normas sobre lo que los niños y niñas deben y no deben llevarse a la boca, son ellas quienes viven obsesionadas por sus conductos alimentarios y siguen con la imaginación el recorrido de cada bocado de alimento que ingieren, aguardando ansiosamente su reaparición en forma de excremento. Lo que distingue a las personas afectadas por desórdenes alimentarios es la conciencia de la presencia del alimento en el interior de su cuerpo, su auto-caracterización primaria como seres que comen y defecan. La anorexia se suele interpretar como un desorden de somatización bastante evidente. La anoréxica no come —se dice— porque desea estar tan delgada como una supermodelo y no se da cuenta de que ya está más flaca. Simplemente tiene una falsa imagen de su cuerpo y es necesario reeducarla. Otro tipo de anorexia está asociado a un desorden de somatización distinto, consistente en que la persona afectada se ve como un mero conducto alimentario, una especie de enorme gasterópodo, que continuamente está ingiriendo y expulsando alimento, y se siente obligada a procurar mantener un equilibrio, expulsando la misma cantidad que ingiere. Si lo que expulsa no es suficiente, siente que se está hinchando e intoxicando. Muchas mujeres que se sienten así calman las punzadas de hambre bebiendo agua, con la tranquilizadora convicción de que eso las ayuda a limpiar el sistema y purificarlo. La cultura juvenil les dice que eso es lo que hay que hacer; sus modelos de conducta aparecen siempre, incluso en los estrenos de sus películas, con su botella de agua de plástico de medio litro en la mano. En todos estos casos, más que ante un desorden alimentario, nos encontramos sobre todo ante una protesta contra la ingestión desordenada de alimentos, un intento desesperado de ejercer algún control sobre una situación incontrolable.

---

Ahora hay días en los que apenas pienso en mi peso. Al menos hay algunos días en los que veo claramente cuando me miro en el espejo y me reconozco como lo que soy –una mujer– en vez de verme como un trozo de carne no deseada, siempre al borde del descontrol.

MARYA HORNBACHAR, *Wasted*<sup>6</sup>

---

La mayor parte de las anoréxicas –un 90%– son mujeres jóvenes. Se han propuesto todo tipo de teorías para explicar por qué las mujeres menosprecian la comida. La escuela psicoanalítica afirma que la privación de alimento tiene su origen en una incapacidad para afrontar la crisis evolutiva de la adolescencia, posiblemente a causa de un conflicto edípico no resuelto. Quienes argumentan que la anoréxica rechaza la adultez interpretan como un factor causal la ausencia de la menstruación provocada por la privación de alimento, lo cual parece invertir el orden del proceso. Otras explicaciones lo atribuyen a un trastorno en la relación madre-hija, que se remontaría a la etapa preedípica. Otras postulan un sentimiento de inadecuación como causa inicial del desorden alimentario, a pesar de que las anoréxicas suelen caracterizarse por ser niñas modelos que son motivo de gran orgullo para sus progenitores y superiores... hasta que se descubre su vicio secreto. Otras buscan la causa en la familia e intentan definir a la familia típica de una anoréxica como una familia que no concede suficiente libertad a la hija y no respeta su intimidad. La mayoría optan por el camino habitual de culpar a la madre. Todas las explicaciones citadas dan por sentado que la persona que se está matando de inanición está enferma o trastornada o tiene un comportamiento anormal. A la joven exangüe posiblemente le importará poco lo que puedan pensar; cada vez que abre una revista para jovencitas encuentra la aprobación para su conducta autodestructiva. Una encuesta realizada en 1997 por la Unidad de Educación para la Salud del Servi-

cio Escolar Británico, constató que una de cada cinco colegialas de 14 y 15 años no tomaba nada para desayunar y la misma proporción sólo bebían líquidos. Una de cada siete no almorzaba. Seis de cada diez consideraban que tenían que adelgazar.

Además, existe una cultura juvenil claramente visible de alimentación desordenada, en la que las jóvenes se vanaglorian de sus extravagancias alimentarias, de manera muy parecida a cómo se vanaglorian los chicos de sus excesos hasta extremos grotescos con la bebida. En cualquier grupo de jovencitas se pueden escuchar confesiones del tipo: «una vez me comí todo un pastel de chocolate de una sentada», que otra se apresura a emular: «pues yo me comí un kilo entero de remolacha en vinagre en menos de una hora», y así sucesivamente.<sup>4</sup> La mayoría de estos alardes son falsos y las chicas que los hacen están perfectamente sanas, pero desde luego parecen indicar que la anorexia es una forma de conformismo. La anorexia, como la histeria, es contagiosa.

La anorexia y los trastornos asociados son intrínsecos al tipo de “poder adolescente” que se expresa bajo la forma de una conducta descaradamente incontrolada. Dicho “poder adolescente” presupone “portarse mal”, pero las formas de mal comportamiento al alcance de las chicas adolescentes son limitadas. Sus hazañas comienzan con los gritos y chillidos en lugares públicos y van escalando hasta los hurtos en las tiendas, las riñas, las borracheras, el consumo de drogas, el *piercing*, las agresiones sexuales y –sobre todo en el caso de las que rechazan esas transgresiones propias de marimachos– los hábitos alimentarios extravagantes. Las anoréxicas extremas llegan a quedarse escuálidas por diferentes vías; no existe una única etiología de los trastornos alimentarios. En lo único que todo el mundo estará de acuerdo es en que los trastornos en la alimentación alcanzan dimensiones epidémicas; una de cada veinticinco jóvenes de quince años ya es anoréxica. La unidad

especializada que se creó hace trece años en el Great Ormond Street Hospital para tratar a menores con trastornos alimentarios recibe ahora cuatro nuevos casos cada semana. Algunas de estas niñas están tan enfermas que es preciso hospitalizarlas de inmediato. A algunas las han estado matando de hambre sus madres anoréxicas; en un caso descrito en la prensa médica, una madre anoréxica había comprado dos plátanos para alimentar a su familia durante una semana.

Todos los debates sobre los trastornos alimentarios se centran en la persona que come de manera desordenada más que en el carácter caótico de la alimentación. En ningún momento se ha intentado abordar las propias características de la comida o su representación en nuestra cultura, a pesar de que es evidente que difícilmente se darán trastornos de la alimentación en situaciones en las que los alimentos son escasos y el hambre es algo familiar. Es mucho más probable que éstos se manifiesten cuando existe comida abundante al alcance de la mano, cuando es posible comer hasta atracarse y la falta de apetito y un aspecto desmejorado suscitan preocupación en las personas próximas, mientras se van acumulando las tensiones y el resentimiento. La capacidad de dar y negar alimento es un poderoso mecanismo de control en las relaciones humanas; no se puede reprochar a unas criaturas a las que se recompensa o se intenta apaciguar dándoles comida que pierdan el sentido de la finalidad con la que comemos. Muchas niñas y niños desarrollan hábitos de alimentación desordenada a muy tierna edad, rechazan una amplia gama de alimentos nutritivos y se empeñan en comer exactamente lo mismo en todas las comidas. Se ha escrito mucho sobre el papel de la madre como causante de las dificultades alimentarias, pero se debería prestar mayor atención a lo que siente la niña cuando se niega a comer y obliga a los miembros de la familia a turnarse para meterle la comida en la boca fingiendo que la cuchara es un avión, y el resto de la comedia que prolonga las

comidas durante horas. Rechazar el alimento es una forma de poder, la única que conoce la niña. Mientras permanece sentada en su silla alta, desparramando comida por toda la cocina, es el centro de la atención fascinada de todos. Actualmente ninguna madre se atrevería a volcar el plato de comida en la cabeza de la criatura y dejar que se hartase de chillar. Por el contrario, el drama de la comida va escalando. Cada plato se convierte en un campo de batalla en miniatura; la persona que sostiene la cuchara tiene que reprimir el impulso de hundírsela hasta el fondo de la garganta a la cría, mientras ésta aprieta con fuerza los dientes.

Hace treinta años no se hablaba de los trastornos alimentarios, lo cual no significa que no existiesen, sino que se les prestaba muy poca atención. Ahora que sabemos que las mujeres hacen cosas raras con la comida, podemos ver que la autoprivación del alimento es un problema histórico.<sup>5</sup> Las mujeres parecen haber tenido siempre una tendencia a una conducta distorsionada en materia de ingestión y excreción. La palidez extrema probablemente tenía su origen en una alimentación desordenada, al igual que la “consunción” y el “decaimiento” que mataban a tantas jóvenes a finales del siglo XVIII y principios del XIX. Actualmente consideraríamos anoréxicas a las muchachas que se consumían de amor hasta morir. Elizabeth Barrett Browning explicó su propio proceso de inanición en su novela en verso *Aurora Leigh*.

Las militantes de la Unión Social y Política de Mujeres encarceladas que se resistían a comer esgrimieron en público un arma secreta que las mujeres habían venido empleando durante siglos sin que nadie lo descubriera. La autoprivación de alimento es una agresión tan despiadada contra el propio Yo que parecía inconcebible que ninguna mujer pudiera recurrir a ella. Ante la imposibilidad de reconocer que tuviera motivos legítimos de queja, hubo que interpretar la autoinmolación de la mujer airada como una enfermedad y, por lo tanto, como

algo que nadie podía controlar. Una vez que se hubo hecho un uso político de la huelga de hambre, se hizo difícil recurrir a ella en el ámbito doméstico, y en el siglo XX se volvieron raros los casos de consunción y decaimiento, hasta que las anoréxicas y bulímicas, las ayunadoras y comedoras compulsivas, saltaron a la fama en el último cuarto de siglo. La historia política de la autoprivación de alimento nos ofrece una clave sobre la función de protesta que cumplen los trastornos alimentarios; la protesta de quienes carecen de poder y dependen de la aprobación de otros tiene que adoptar una forma secreta. Dada la visión universal de las mujeres jóvenes como cuerpos y no como personas, es inevitable que su rabia impotente se haya vuelto contra esos cuerpos que ellas destruyen deliberadamente, sin que ello impida que sean los más admirados. Los trastornos alimentarios están estrechamente relacionados con otras prácticas de automutilación y de sangría, también con conductas secretas y que suelen darse entre la misma población exageradamente narcisista y con un rendimiento por encima de la media.<sup>6</sup>

---

Tu cocina bien provista de suave pescado hervido,  
arenques rosados, pepinillos polacos  
envueltos en papel de diario y sobre el fogón  
una gallina de piel erizada borboteando aún para hacer caldo:  
dulce mujer desaliñada, cuánto respeto ahora  
tu inmensa, despreocupada acogida.

ELAINE FEINSTEIN, "Rose"

---

Si la comida es un arma, también es una fuente de poder. Una encuesta realizada por el programa *Good Food* de la BBC, en abril de 1998, llegó a la conclusión nada sorprendente de que las mujeres seguían siendo las encargadas de la cocina en el país: más del 90% de las encuestadas declararon que preparaban cada noche la cena para sus maridos o compañeros.

Esto se interpretó en general como un fracaso del feminismo. La mayoría de esas mujeres ya han realizado una jornada completa de trabajo y seguro que a muchas les molesta tener que ocuparse de servir la comida en la mesa noche tras noche, y las feministas deben apoyarlas cuando reivindican que no quieren tener que seguir asumiendo esta carga. Pero, ¿qué apoyo podemos darles a las mujeres que consideran el acto de alimentar a sus seres queridos como la única parte potencialmente satisfactoria de su jornada? No sabemos qué proporción de ese 90% estaba reivindicando su control sobre el entorno doméstico. Llevar una casa es una tarea compleja que requiere considerables habilidades de gestión; si los hombres se ocupasen de ello, el ámbito doméstico estaría investido de prestigio y valor. El mismo reportaje de *Good Food* nos informó de que el creciente esnobismo gastronómico actual ha socavado la confianza de todas las mujeres que a diario sirven a sus familias platos que no se atreverían a ofrecer a una persona invitada. No todas las feministas contemplan con desdén las habilidades tradicionales de las mujeres; hay feministas que ven en las tareas domésticas una oportunidad creativa, que hornean pan y pasteles, que tejen y cosen, que cultivan frutas y verduras y preparan encurtidos y conservas, con la vana esperanza de que alguien valorará más el trabajo de sus manos que el de las máquinas. Son las feministas "pachamama" (Madre Tierra), figuras de escarnio con sus zapatos planos y sus caderas anchas. La lucha por restituir su prestigio y su valor a los campos de habilidades técnicas femeninas tradicionales es otra causa feminista que se está perdiendo.

## DAMAS DE PANTOMIMA

El único medio que tiene un hombre para desprenderse de unos genitales sanos es declarar que está convencido de que es una mujer. Si es así, otro hombre se los extirpará con mucho gusto. Con el fin de justificar las operaciones de cambio de sexo se ha definido un nuevo trastorno llamado “disforia de género”.<sup>1</sup> La dolencia carece de indicadores biológicos y su presencia se detecta sobre la base de un historial de conductas de género inadecuadas, dificultades sociales y trastornos afectivos. A pesar de que algunas investigaciones establecen una asociación entre la disforia de género y otros trastornos afectivos, los transexuales insisten rotundamente en que no sufren ningún tipo de dolencia mental.

---

Por efecto de la acción tóxica de la tributilina contenida en las pinturas anticorrosivas que se emplean para proteger los cascos de los barcos, las hembras de algunas especies de gasterópodos marinos de la familia *Nassidae* están desarrollando grandes penes que bloquean sus oviductos, hasta que la presión de los óvulos maduros acaba reventándolos.

---

Gobiernos con una escasísima presencia femenina se han apresurado a reconocer la condición de mujeres a unos hombres que creen ser mujeres y que se han hecho castrar para

demostrarlo, porque para ellos las mujeres no son otro sexo sino un no-sexo. Jamás se ha reclamado un trasplante de útero y de ovarios en el contexto de este llamado cambio de sexo; si se declarase obligatorio el trasplante de útero y de ovarios para los aspirantes a ser mujeres, muy pronto no quedaría ninguno. El empeño en conseguir que se acepte como mujeres a unas mujeres artificiales es la expresión institucional de la convicción errónea de que las mujeres son varones defectuosos. Los datos biológicos indican todo lo contrario y todos los biólogos saben que los machos son hembras defectuosas. Aunque los genitales externos son la expresión de este defecto cromosómico, su amputación no altera el dato genético, igual que la amputación de la cola de los cachorros no genera una raza de perros sin cola. Las operaciones de “cambio de sexo” sólo son posibles en el país de Laputa de Swift. Como argumentaron Dwight D. Billings y Robert Urban en 1982:

el transexualismo es un proceso relacional apoyado por la práctica médica y que se publicita a través de testimonios públicos... La legitimación, racionalización y mercantilización de las operaciones de cambio de sexo han construido una categoría identitaria –la de transexual– para un grupo diversificado de personas con desviaciones de la conducta sexual y víctimas de un grave malestar asociado a los roles de género.<sup>2</sup>

Las mujeres que también sufren malestar en relación con su rol de género no pueden dejar de simpatizar con los transexuales, pero una feminista debe argumentar que el tratamiento del malestar asociado al rol de género no ha de ser la mutilación de la persona afectada, sino un cambio radical de dichos roles de género. Las mujeres que no eran capaces de cumplir con sus roles de género asignados han sufrido todo tipo de intervenciones ginecológicas espeluznantes a lo largo

de la historia y, al igual que los transexuales, se han mostrado agradecidas hacia quienes las maltrataban. Las mujeres difícilmente pueden aprobar ahora las elaboradas mutilaciones que se practican a personas de ambos sexos, aunque las víctimas argumenten que tienen derecho a ellas.

La cirugía de cambio de sexo es profundamente conservadora ya que refuerza unos roles de género acusadamente contrastados adecuando a ellos la apariencia de los individuos. No todos los transexuales optan por la mutilación. En España y en América Latina, las prostitutas transexuales, de quienes se espera que exhiban una apariencia espectacularmente femenina y que a la vez sodomizan a sus clientes, se hacen implantes de pecho y se hacen inyectar silicona en las caderas y las nalgas, pero conservan el pene y los testículos. La literatura sobre el transexualismo atenta más bien contra su propia respetabilidad al no distinguir entre transexuales preoperados, transexuales postoperados y travestidos, que simplemente “disimulan su caramelo”. El número muchísimo mayor de hombres que de mujeres que solicitan operaciones de cambio de sexo se ha explicado por el hecho de que los médicos no establecen una criba que separe a los homosexuales afeminados, travestidos y casos de diagnóstico incierto; también podría ser que los propios cirujanos y sus equipos simplemente no hayan comprendido el contexto cultural del transexualismo ni el significado simbólico de las largas y complejas intervenciones.

Los hombres que optan por la alternativa de la mutilación reciben primero fuertes dosis de estrógenos; luego se les extirpan los testículos y se abre y vacía el pene, a fin de poder usar la piel como revestimiento de la cavidad quirúrgicamente construida que hará las veces de vagina. Las primeras vaginas así construidas eran pobres chapuzas; en la vulvovaginoplastia conocida como “bolsa de canguro”, el orificio de la uretra quedaba recubierto en parte por los restos de la bolsa

del escroto. Se han construido pseudovaginas con injertos de piel no genital, injertos de piel del pene, restos de piel del pene e implantes intestinales pediculares. Actualmente, las operaciones más refinadas imitan los labios de la vulva y construyen un orificio vaginoide de 12 centímetros de profundidad con la inclinación adecuada, a partir de la piel invertida del pene, y conservan parte del glande del pene para que haga la función de clítoris.<sup>3</sup> La mujer así fabricada tiene la posibilidad de continuar su remodelación. En este tratamiento, una operación de nariz puede ser tan importante como la penectomía.<sup>4</sup> También puede decidir hacerse reducir el mentón o el hueso de la mandíbula, redondear las mejillas, reducir la amplitud de la frente, rellenar los pechos y modificar la estructura de la laringe para que su voz se vuelva más aguda.<sup>5</sup> Necesitará centenares de sesiones de electrólisis para controlar el vello facial.

Los escasos estudios de seguimiento indican que las tasas de suicidio y de psicosis entre los transexuales no se incrementan después de la operación.<sup>6</sup> La preocupación por el riesgo de cáncer de mama ha desaparecido desde que se racionalizó la administración de estrógenos, pero son frecuentes los casos de tromboembolismo venoso. Dichos estudios revelan de paso que muchos transexuales trabajan en la industria del sexo porque, según declaran, la discriminación les impide acceder a otro empleo. En algunos países, el número de transexuales que trabajan como prostitutas es equivalente al de mujeres; la incidencia del VIH, de la hepatitis B y C y de la sífilis activa tiende a ser superior entre las prostitutas transexuales que entre las mujeres. Se ha apuntado que el elevado coste de las operaciones de cambio de sexo podría ser en sí mismo una causa que induce a los transexuales postoperados a practicar la prostitución; en los años setenta, el coste medio de la operación básica era de unos 10.000 dólares, al cual debe sumarse el coste del estrógeno de mantenimiento

que precisarán durante el resto de su vida. La operación inicial de cambio de sexo a menudo obliga a practicar luego otras intervenciones. Los injertos no arraigan, se produce necrosis del tejido, la pseudovagina se estrecha o se cierra. En 1977, la clínica de género de la Universidad de Stanford hizo público que su procedimiento de cambio de sexo en dos fases requería un promedio de 3,5 operaciones y en la mitad de los casos se producían complicaciones de algún tipo. La persona que acepta someterse a un cambio de sexo por medios quirúrgicos establece una relación de por vida con el *establishment* médico, que dramatiza periódicamente su mutilación; aun cuando exija ser aceptada como una mujer, nunca puede olvidar su condición especial. Si bien exige que las demás personas se abstengan de mencionar la ambigüedad de su condición de género, se reserva en cambio el derecho a resaltarla ella misma. Esta postura ambigua revela bastante más que un asomo de hostilidad hacia las personas intactas.

---

Los travestidos y transexuales no ponen en entredicho la construcción social del género. Su objetivo es ser hombres masculinos y mujeres femeninas.

JUDITH LORBER<sup>7</sup>

---

En Benarés, la ciudad sagrada de la India, se ve con bastante frecuencia hombres con velo y faldas, con el pelo arreglado y el rostro maquillado como si fuesen mujeres. Estos hombres también han perdido sus genitales, pero no hacen ningún esfuerzo para hacerse pasar por mujeres. Su vestido femenino es chillón y paródico, su conducta ruidosa y agresiva, intimidante incluso. Son *hijras*, representantes de la diosa madre, que reciben ofrendas a cambio de bailar en las bodas y bautizos. Han ofrecido a la diosa sus genitales, amputados sangrienta y dolorosamente, a veces por su propia mano. Sus clientes pueden exigir una prueba de que han cumplido el sa-

crificio y palparles por encima de las faldas o pedirles que se las levanten.

En este tipo de relatos, la castración es social (una prueba ante la multitud zahiriente), simbólica (renuncia a la posición del que “lo tiene todo, como es propio de un hombre”) y a menudo también psicológica. La castración es necesariamente física para modificar el género interno. A través de la hemorragia se pierde la masculinidad y se adquiere la feminidad; el resultado es una mezcla. Los *hijras* de Baroda explican [...] que «el cuerpo debe derramar la mayor cantidad posible de sangre durante la ceremonia de la castración...».<sup>8</sup>

Lawrence Cohen, que estudió a los *hijras* de Benarés a finales de los años ochenta y posteriormente en 1993, llegó a la conclusión de que deseaban la violencia de la automutilación y no les importaba que cualquiera conociese su condición. En nuestra cultura, la cirugía de las intervenciones de cambio de sexo también parece ser un fin en sí misma y se presenta como una recompensa por la meticulosa representación de un rol femenino. En la India, donde está admitido el reconocimiento y la creación de un tercer sexo, una persona que nace intersexual no está obligada a inclinarse en uno u otro sentido. Puesto que allí el matrimonio es universal y su finalidad es la procreación, los intersexuales estériles jamás podrían conseguir imitar ni a uno ni a otro sexo. Dado que a la esposa que no ha dado a luz ninguna criatura sólo le aguardan sufrimientos, no tendría ningún sentido que un intersexual se hiciese pasar por una mujer. En nuestra sociedad, en cambio, se tiende a clasificar siempre de un modo u otro como mujeres a las personas genitualmente ambiguas, lo cual parece injusto tanto para las mujeres como para las personas intersexuales.

Actualmente, en Europa y en Norteamérica, las personas transexuales que han pasado del sexo masculino al femenino

(MAF) a veces intentan resaltar su situación particular como parte de la campaña para conseguir el pleno reconocimiento de sus derechos civiles, o sea, que se las acepte como mujeres. Las personas transexuales que se han sometido a una “intervención reconstructiva total” pueden contraer matrimonios válidos con personas de su sexo de origen en Nueva Zelanda, Australia, Suecia, Alemania, Italia, los Países Bajos y algunos Estados federados de Estados Unidos. Nadie les ha preguntado a las mujeres si reconocen como miembros de su sexo a los varones que se han hecho una operación de cambio de sexo, ni tampoco se ha considerado la posibilidad de que verse obligadas a aceptar a las personas transexuales MAF como mujeres pueda atentar de algún modo contra su identidad o su autoestima. En apariencia, a las mujeres no les importa dirigirse en femenino a los hombres que han cambiado de sexo. Quizá hubiese sido necesario oponer resistencia a ello, puesto que forma parte de la definición de la mujer como el “otro”, como sencillamente el “no-hombre”. El ser mujer no es sencillamente la otra mitad de la mancha de Rorschach del ser hombre, sino un sexo con entidad propia, con su propia sexualidad y toda una gama de posibles expresiones, muchas de las cuales pueden no tomar en consideración, en absoluto, la masculinidad. La mujer no está en la tierra para beneficio del hombre, igual que éstos no están aquí para beneficio de las mujeres. Ambos podrían prescindir mutuamente del otro si no fuese por el fastidioso asunto de la reproducción sexual. Hasta ahora, las personas transexuales MAF resaltan el papel que asumen en “el acto sexual”, pero no han demostrado, en cambio, más interés por la reproducción que la mayoría de los hombres

---

Ningún hombre puede tener la historia de haber nacido mujer y haber tenido asignado un lugar de mujer dentro de esta cultura. Puede tener un historial de haber *deseado* ser mujer y haber *actuado*

como tal, pero esta es la experiencia de género de un transexual, no la de una mujer. La cirugía puede conferir a una persona los atributos de los órganos femeninos externos e internos, pero no puede dotarla de la historia de haber nacido mujer en esta sociedad.

JANICE RAYMOND<sup>9</sup>

El uso de la categoría genérica “mujer” para describir a los hombres incompletos no es nuevo. En agosto de 1996, los medios de comunicación británicos alertaron de la existencia de “mujeres” con síndrome de insensibilidad a los andrógenos (SIA). Se designa así a una condición en la cual un feto masculino no responde a los andrógenos y no llega a desarrollar características masculinas; un artículo del *Guardian* describe erróneamente este proceso como “un desarrollo femenino”.<sup>10</sup> De hecho, los bebés con SIA no tienen un desarrollo femenino; sencillamente no desarrollan unos genitales masculinos adecuados ni el patrón masculino de distribución del vello corporal. Nacen con gónadas masculinas que permanecen dentro del cuerpo en lugar de descender para formar los testículos; el grado de desarrollo del pene puede variar desde ser casi imperceptible hasta alcanzar prácticamente el tamaño habitual. En la mayoría de los casos de SIA, se identifica erróneamente a la criatura recién nacida como una niña y se la cría como tal. Cuando el SIA, como ocurre con frecuencia, da lugar a una figura masculina —de hombros anchos, caderas estrechas, sin cintura y con las piernas cortas—, una calvicie progresiva y abundante vello facial, cuesta vislumbrar cuáles pueden ser las ventajas de negar la masculinidad, pero deshacer el error inicial no es fácil, sobre todo, una vez alcanzada la pubertad. «Biológicamente son de sexo masculino; en todos los demás sentidos, son de sexo femenino», decía la entradilla de un artículo de Beverly D’Silva publicado en el *Guardian*. *Cosmopolitan* también contó el caso del SIA como la historia de unas mujeres con genes de hombre. Christine fue operada



a los dos años para extirparle los testículos que no habían descendido. Después de alcanzar la pubertad, descubrió que su vagina sólo medía un centímetro de profundidad; un ginecólogo le dijo: «vuelva cuando quiera casarse y la operaremos. No existe ningún motivo para que no deba considerarse una mujer normal». La operaron cuando estaba en la cuarentena, pero su vagina artificial volvió a cerrarse. Según señalaba Simone Cave en *Cosmopolitan*: «los médicos insisten en que no existe ninguna ambigüedad en cuanto al género de los bebés con SIA; siempre son niñas».

Los médicos no se toman la molestia de determinar el sexo cromosómico de las criaturas recién nacidas, sino que se limitan a observar si los genitales parecen corresponder a un clítoris o a un pene y les asignan arbitrariamente un sexo sobre la base de esta apreciación casual.<sup>11</sup> Sabiendo como sabemos que las madres tratan de un modo muy distinto a un bebé según su sexo, no debe extrañarnos que unos bebés criados como niñas crean ser niñas, tanto si lo son como si no lo son, y se comporten en consecuencia. En otro tiempo, las criaturas cromosómicamente masculinas clasificadas como varones al nacer no podían reinscribirse como mujeres, ni aun en el caso de que posteriormente se hubiese decidido criarlas como niñas. El caso de Joella Holliday sentó un importante precedente cuando en diciembre de 1998 se autorizó la modificación de su registro de nacimiento y un nuevo bautizo. Desde entonces, el sexo cromosómico pasó a ser irrelevante.

---

Podemos alterar quirúrgica y químicamente a las personas hasta extremos tan increíbles que a veces ni sus propias madres las reconocen.

TRACIE O'KEEFE<sup>12</sup>

Helen Mather, a pesar de ser hombre según ese criterio, declaró categóricamente: «sería grotesco suponer que puedo

ser otra cosa salvo una mujer. No sabría ser un hombre». No estaría de más detenerse a considerar la posibilidad de que los hombres ignoren tanto como ella cómo ser hombres; sin embargo, para una feminista resulta más interesante qué entiende Mather por ser un hombre y como sabe que ella está “siendo” una mujer.

Fue una médica quien le dijo a una persona afectada por el SIA: «puede considerarse una mujer si así lo desea». Según la misma fuente, un hombre tan eminente como el profesor de Endocrinología Reproductiva del Hospital de Middlesex Howard Jacobs, le había aclarado antes que «ella» era «completamente mujer» aunque sus «genes fuesen masculinos». «Fue la primera vez que alguien me explicaba mi afección», comentaba la misma persona con gratitud. Encontramos citadas directamente las siguientes palabras del profesor Jacobs: «el camino adecuado es la revelación y no la ocultación. Los eufemismos son cosa del pasado. Ahora se lleva la sinceridad a cara descubierta». La “sinceridad a cara descubierta” (la expresión resulta reveladora) le habría dicho a esa persona que no era una mujer, sino un hombre fallido que podía pasar por mujer e incluso casarse con su novio de muchos años porque al nacer la habían identificado erróneamente como de sexo femenino. Las “mujeres” con SIA no tienen ningún órgano femenino ni una sola célula femenina en sus cuerpos. Deberíamos asegurarnos de que el hecho de que se las clasifique como mujeres no responde a una resistencia de los hombres completos a reconocer a esos hombres dañados como pertenecientes a su sexo. Por cruel y poco comprensivo que pueda parecer, las mujeres no deberían aceptar automáticamente como mujeres *ex gratia* a todas las personas que no desean ser hombres.

El mismo artículo contaba la historia de un bebé con SIA identificado correctamente como varón. Desde los tres años, fue sometido a diversas intervenciones quirúrgicas para aumentar el tamaño de sus genitales externos. Según contaba:

«mis años escolares fueron un infierno. En la escuela primaria era el chico raro con esa cosita diminuta que se quedaba arrinconado. En la secundaria, en las clases de gimnasia y los vestuarios es imposible evitar que te vean desnudo. Y una vez visto, ya nadie lo olvidaba». Los colegiales representaban en este caso de manera ostensible y tribal la misma conducta que los endocrinólogos adultos practican de manera subrepticia y respetable cuando rechazan que un hombre con SIA pueda ser hombre en ningún sentido. Entre los veinte y los treinta años, este paciente acabó aceptando lo inevitable y comenzó a vivir como una mujer. Consultó a un psiquiatra y se operó para arreglarse sus ambiguos atributos, le construyeron una vagina artificial con un trozo de intestino y siguió una “terapia de reposición hormonal”, lo cual supongo que significa que “la” hincharon de estrógenos. La descripción de las manipulaciones a las que se somete a los varones con SIA es espeluznante; no existen dos casos que hayan recibido exactamente el mismo tratamiento. A la mayoría, pero no a todos, se les extirpan las gónadas masculinas, sin ninguna explicación. A la mayoría, pero no a todos, les construyen quirúrgicamente una vagina para que puedan funcionar como mujeres normales, o sea, heterosexuales. Lo cual implica una visión curiosa de las mujeres como meros cuerpos con una cavidad para acomodar a un pene. Aun así, un número creciente de hombres que se han hecho una operación de cambio de sexo, ahora, se sienten capaces de declararse públicamente lesbianas, como ha hecho Tracie O’Keefe. Ésta es una psicoterapeuta de Harley Street que a los veintidós años se hizo una vaginoplastia y una rinoplastia y se aumentó los pechos, y se casó dos veces antes de formar pareja con Katrina Fox. O’Keefe piensa que «tal vez ya ha llegado el momento de rechazar el modelo elitista de comportamiento humano bipolar», a pesar de que resulta difícil vislumbrar qué sentido hubiese tenido su vida sin un modelo bipolar contra el cual poder reaccionar.

---

La cultura *acid*, como sus antecesoras anfetamínicas, el *mod* y el *Northern Soul*, destaca por su asexualidad; la gente baila y se conlonea por el placer narcisista de hacerlo, no para atraer a una posible pareja. Es posible que esta “androginia”, en realidad, responda a un intento inconsciente de usurpar las potencialidades y placeres propios de las mujeres, como una vía para prescindir por completo de las mujeres de verdad.

SIMON REYNOLDS y JOY PRESS, *The Sex Revol*<sup>13</sup>

---

Existen algunos casos de hombres con SIA que parecen haber tomado libremente la decisión de vivir como mujeres. El artículo cita la siguiente declaración de un paciente: «me encuentro a caballo entre el SIA y el transexualismo porque me criaron como varón y luego me convertí en mujer. Pero fue la sociedad, no yo, quien decidió criarme como un varón. Si me hubiesen dejado escoger, yo habría elegido ser mujer». A ningún bebé se le ofrece esa posibilidad de escoger; la “sociedad” asigna un sexo a toda criatura en el momento de nacer. Esta identificación puede resultar errónea. Por un lado, tenemos criaturas intersexuales que no logran ajustarse al rol de género que sus padres eligieron para ellas y vuelven a recuperar su sexo cromosómico, para el deleite de la escuela según la cual “todo viene determinado por los genes”; y, por otro lado, tenemos hombres normales plenamente desarrollados con testículos activos y ningún tipo de insuficiencia de testosterona que deciden que viven prisioneros dentro de un cuerpo equivocado. El caso de la persona identificada simplemente como “W”, un «antiguo peón de unos treinta y cinco años que ha vivido cuatro años como mujer» y que «sufrió un trauma psicológico debido a la convicción de que vivía en un cuerpo equivocado, se volvió alcohólico y tuvo que dejar de trabajar», no habría llegado a publicarse en los periódicos si a nadie le hubiese llamado la atención o le hubiese parecido poco convincente su demanda contra las autoridades sanita-

rias de Gloucestershire por haberle denegado la cobertura de una operación de cambio de sexo. En aquellas fechas, varias autoridades del Servicio Nacional de Salud habían impuesto un veto global a las operaciones de cambio de sexo en Inglaterra; en el caso de W, se argumentó que esta prohibición era «irracional e irrazonable» e infringía la Ley contra la Discriminación Sexual y la legislación comunitaria. La sentencia obligó a la autoridad sanitaria a pagar 7.000 libras esterlinas para cubrir la operación de W. Su abogada, Madeleine Rees, comentó: «la opinión médica informada considera el transexualismo como una dolencia médica. El único tratamiento es la intervención quirúrgica».<sup>14</sup> En Holanda, donde el Hospital Universitario de Amsterdam ha realizado más de un millar de operaciones de cambio de sexo MAF, se considera elegibles para el tratamiento a los jóvenes de apenas 16 años y éstos pueden iniciar una terapia preoperatoria con estrógenos a partir de esa edad.<sup>15</sup>

Los casos de personas transexuales que han cambiado el sexo femenino por el masculino (FAM) son mucho menos frecuentes que los de quienes han pasado del sexo masculino al femenino y llaman mucho menos la atención.<sup>16</sup> La evaluación de las mujeres que solicitan un tratamiento de cambio de sexo revela una serie de afecciones previas que han determinado una masculinización, en particular la hiperplasia adrenal atípica, el síndrome ovárico poliquístico y otros trastornos de hiperandrogenia. En tal caso, esto significaría que las personas transexuales FAM son muy diferentes de sus equivalentes masculinos, que raras veces presentan trastornos endocrinos. También tienen un comportamiento muy distinto; una persona transexual FAM, muchas de las cuales son sexualmente inactivas, no tiene ninguna posibilidad de hacer carrera en la industria del sexo.<sup>17</sup> Los cirujanos plásticos se sienten enormemente atraídos por el reto de fabricar un pene que funcione, pero hasta ahora no lo han conseguido. Sólo a

una reducida minoría, alrededor del 10%, de las personas transexuales FAM se les ha practicado algún tipo de operación de faloplastia, y, en estos casos, es muy posible que les hayan dicho que no volverán a tener nunca más un orgasmo. Para esos remedos de hombre, poder orinar de pie parece ser más importante que la función eréctil; las personas transexuales MAF consideran, en cambio, el goce durante la penetración de la pseudovagina como un aspecto fundamental. Las personas transexuales FAM no tienen oportunidad de practicar el tipo de exhibicionismo al que son aficionadas las transexuales MAF. Ninguna persona transexual FAM ha posado para una fotografía en la escalinata de entrada del Garrick Club, ni en el Marylebone Cricket Club o en unos lavabos de hombres como parte de una heroica campaña contra la discriminación. Un artículo de Louisa Young en el *Guardian*<sup>18</sup> presentaba tres ejemplos: los casos de Gene, Alex y Mark. A los tres les habían practicado mastectomías bilaterales. Gene declaró: «en los papeles sigo siendo una mujer [...]. Hace años que no viajo al extranjero porque en mi pasaporte figuro como Jeanette. Ahora voy a cambiarlo». Gene se practicó una histerectomía después de la mastectomía bilateral. Alex, de cuarenta años, empezó a tomar hormonas masculinas a los diecinueve y se hizo amputar los pechos cuatro años después, pero aun así no aceptaban reconocerle como un hombre. «La gente da por sentado que tenemos los mismos derechos civiles que los hombres y suelen reaccionar con sorpresa cuando se dan cuenta de que no es así. Por ejemplo, no podemos casarnos.» “Mark” es el famoso transexual FAM Mark Rees, cuya autobiografía, *Dear Sir or Madam*, se publicó en 1996.<sup>19</sup> A resultas de ello fue procesado. «El verano pasado los chicos tuvieron una reacción horrible, me tiraban cosas, me gritaban obscenidades.» Aunque Rees no tiene pechos, útero ni ovarios, sigue teniendo vagina. Su clítoris tiene un tamaño desmesurado, pero no lo ha aumentado con ayuda de la cirugía,

una de las opciones disponibles. Los intentos de Rees para modificar sus documentos de identidad y conseguir que se le reconozca el derecho a casarse han fracasado hasta la fecha. En agosto de 1996, una persona transexual FAM acudió al Tribunal de Estrasburgo para solicitar el reconocimiento de su derecho a figurar en el registro civil como el padre legal de los hijos que había tenido su pareja mediante inseminación con el semen de un donante. Su petición fue denegada.

---

Norman Horton disfrutaba tanto con su nueva afición a las clases de bailes típicos del Oeste que decidió acudir dos veces por semana: una con ropas de hombre y la otra con ropas de mujer. Pero ahora ha tenido que volver a guardar sus botas y su sombrero vaqueros porque uno de los profesores se molestó y le prohibió bailar como un hombre.

*Guardian*, 17 de abril de 1998

---

Mientras tanto, las mujeres probablemente continuarán aceptando como mujeres a todas las personas que deseen ser consideradas como tales, incluidos los varones con SIA, los hombres quirúrgicamente modificados, los andróginos XXY y los individuos dotados únicamente de un cromosoma X. Se considera que a una mujer de buen corazón no debería importarle que su sexo se esté convirtiendo en el cajón de sastre para todos los casos de ambigüedad sexual, pero su tolerancia de la feminidad espuria, su aquiescencia a tratarla como equivalente a su identidad de género, debilita su reivindicación de un sexo propio, y refrenda tácitamente el estereotipo freudiano que presenta a las mujeres como seres incompletos definidos por su carencia de pene. Las escasas exigencias de las mujeres en cuanto a quién puede ser llamada mujer refuerza la impresión de que ellas mismas no consideran del todo auténtico su sexo, y sugiere que quizá ellas mismas también se identifican como el no-hombre, el otro, cualquier otro. Sin

embargo, sabemos que a las mujeres les preocupa ser mujeres “de verdad”. Una mujer que tiene que someterse a una mastectomía puede declarar que tiene la impresión de que van a despojarla de su feminidad, que va a quedar desprovista de sexo. Las mujeres menopáusicas se quejan a veces de que al cesar la función ovárica pierden su feminidad. Dicen que hay mujeres irresponsables que se quedan embarazadas únicamente para fortalecer su identidad de género. La reatribución de un género distinto se suele justificar como una manera de hacer coincidir la autoimagen y la imagen de género, como si la armonía entre una y otra fuese un derecho humano. Las mujeres que han nacido tales son muy conscientes de la discordia entre quienes son y lo que exige de ellas su rol de género; algunas también se someten a intervenciones quirúrgicas para adecuarse al estereotipo teutónico de pechos redondos y nariz corta. La identificación de género siempre es sólo aproximada. Todas las mujeres se ven obligadas a asistir al desgaste de sus velos femeninos a medida que envejecen hasta que sólo queda la roca basal de su mujeridad. Los arqueólogos que analicen sus huesos dentro de un millar de años sabrán que fueron mujeres y llegarán a la misma conclusión en el caso de los transexuales FAM.

La persona transexual se identifica como tal únicamente en virtud de su guión personal, que puede ser tan aprendido como cualquier conducta sexual estereotipada y en el que se pueden haber introducido tantas enmiendas como suele ser habitual en las autobiografías. La falta de percepción que suelen revelar las personas transexuales MAF sobre el grado en el que son aceptadas como mujeres debería interpretarse como un indicio de que su conducta es menos racional de lo que parece. Existe un testigo del guión transexual, un testigo al que jamás se consulta. Es la persona que construyó el cuerpo transexual a partir de su propia carne y lo educó como su hijo o su hija, el peor enemigo del/la transexual: su madre.

Cualesquiera que sean sus demás significados, la reatribución de otro género es un exorcismo de la madre. Cuando un hombre decide dedicar su vida a representar el papel de su madre (como Norman Bates en *Psicosis*), es como si la hubiese asesinado impunemente, demostrando de pasada que no era tan importante. Sus intenciones no son más honorables que las de cualquiera que se disfraza de mujer; su logro consiste en amordazar a quienes podrían desenmascarar su engaño. Cuando se introduce a la fuerza en los escasos espacios privados de los que disponen las mujeres, acalla sus objeciones a gritos y acosa con amenazas y cartas insultantes a las que se niegan a aceptarle, se comporta como lo han hecho siempre los violadores.

## MADRES ARTIFICIALES

En épocas anteriores, el único medio del que disponían las autoridades patriarcales para controlar la reproducción humana era poseer e intercambiar mujeres igual que hacían con los demás animales de cría. Incluso así no podían tener la certeza de que las mujeres no les hubiesen engañado y concebido con sus enemigos. La interferencia masculina en la concepción y el parto se remonta al siglo VII como mínimo, cuando los primeros médicos invadieron el reducto femenino privado del paritorio. Mucho antes de haber conseguido desarrollar algún instrumento o técnica útil, el partero recurrió a la calumnia y las malas artes para desplazar a sus rivales femeninas. Sabemos por los estudios históricos que los resultados inmediatos para la salud de la criatura y la madre no solían ser buenos y con frecuencia eran catastróficos. Desde el primer momento, el partero vio a la parturienta como un obstáculo entre él y su objeto, un nuevo bebé mejorado, que sería su producto más que el de ella. Tuvieron que pasar un par de siglos antes de que consiguieran tumbar a la madre de espaldas con las piernas levantadas y reducirla a la total pasividad por medio de la anestesia; un cambio que todo el mundo consideró un gran progreso comparado con los esfuerzos que debía hacer antes en la silla de parir. Las cesáreas se practicaban desde la antigüedad, cuando la madre moría invariablemente. Los tocólogos no consiguieron extraer a las

criaturas mediante una intervención cesárea sin matar a sus madres hasta finales del siglo XIX. Actualmente, se practican más operaciones cesáreas que nunca a las mujeres más sanas que jamás han vivido en la Tierra, no sólo porque tienen dinero para pagarlas o porque una cesárea reduce las probabilidades de que la criatura nazca dañada y las consiguientes demandas por negligencia profesional, sino porque un afán imparable impulsa a la autoridad patriarcal a intentar controlar las incertidumbres del embarazo y el parto.

Los principios máximos del evangelio de la maternidad artificial son, primero, que es preciso gestionar la fecundidad femenina y, segundo, que no se puede confiar su gestión a las propias mujeres. Es necesario que la clase médica se haga cargo de gestionar la fecundidad femenina, que pasa a ser un problema médico. El tratamiento inicial son los anticonceptivos farmacéuticos. La mujer que acepta los anticonceptivos modernos se convierte en una no-madre artificial. Cuando se pudo disponer por primera vez de anticonceptivos farmacéuticos, la autorización de su uso a mujeres que no mantuvieran uniones heterosexuales estables causó bastante revuelo, pero estos escrúpulos se esfumaron al cabo de pocos meses. A finales del milenio, cualquier mujer con una posibilidad aunque sea remota de participar en alguna actividad heterosexual tiene la obligación moral ineludible de dejarse insertar un dispositivo artificial en el útero o de tomar a diario por vía oral un combinado de esteroides sobre el cual carece de toda información y del que incluso ignora su denominación correcta. Una mujer desusadamente descuidada puede insistir en usar condones; aun así debe confiar en el fabricante de condones y en el participante masculino en su actividad sexual. Las mujeres que confían en que la industria farmacéutica les suministre métodos útiles de control de la natalidad serían incapaces de controlar su fecundidad si se modificase la legislación y se prohibiese la venta de dichos productos. Sin embargo, la

fecundidad se controlaba antes de que se dispusiese de productos comerciales destinados a este fin. Los seres humanos no están tan faltos de imaginación que no sean capaces de idear maneras de alcanzar el orgasmo que no incluyan la exposición del cuello del útero al contacto con el esperma; lo que ha ocurrido a finales del siglo XX es que hemos dejado de usarlos. El sexo oral pasó de ser un medio para satisfacer a la esposa a convertirse en un servicio que realizan las mujeres para hombres a quienes apenas conocen, como por ejemplo las becarias para los presidentes de los Estados Unidos.

La mayoría de las no-madres artificiales, más pronto o más tarde deciden ser madres, en la actualidad más tarde que más pronto. En Gran Bretaña, los nacimientos de criaturas de madres mayores de cuarenta años aumentaron de 6.872 en 1983 a 10.525 en 1993. Según declaró lord Robert Winston, Profesor de Estudios sobre la Fecundidad del Hospital de Hammersmith: «a los 42 años al menos un 50% de las mujeres son biológicamente estériles».<sup>1</sup> Incapaz de ser madre por sus propios medios, la mujer de más de cuarenta años sólo puede llegar a serlo gracias al esfuerzo de otros, que asumen el control sobre ella. En los casos de infecundidad imputable al factor masculino, los fabricantes de madres pueden recomendar la inseminación artificial con semen de un donante, en cuyo caso el donante lo seleccionan ellos. La mayoría de las pacientes ignoran que ellas mismas podrían recoger un par de cucharadas de esperma de un hombre conocido y fecundarse con ayuda de uno de esos cuentagotas grandes que se usan para rociar el pavo al horno con su jugo. A las mujeres casi no les queda otra alternativa que acudir humildemente a las clínicas de fecundación y aceptar el desconcierto y las torturas que quieran infligirles los fabricantes de madres. Evidentemente existe un servicio de asesoramiento, pero la paciente está demasiado ansiosa y está demasiado mal informada como para que se le puedan ocurrir motivos para

no someterse al prolongado trauma del tratamiento de fecundación *in vitro* (FIV). Las mujeres que desean acceder a la tecnología de reproducción deben rellenar un cuestionario, pero todas las preguntas se refieren a la criatura que probablemente no tendrán y no están destinadas a averiguar si están preparadas para el duelo y el trauma de un tratamiento fallido o cómo podría verse afectada su relación con su pareja o su bienestar económico.

Todas las personas encargadas del asesoramiento comparten la convicción de que un intenso deseo de tener un bebé acompañado de la incapacidad de tenerlo es una enfermedad que requiere tratamiento urgente. El único tratamiento es recurrir a la tecnología de reproducción. Se podría suprimir el deseo desesperado de tener un bebé por otros medios. La hipnosis sería el medio más barato y seguramente también el más eficaz para aliviar los sufrimientos de la mujer estéril que anhela tener una criatura. Si esta mujer tuviese setenta años, nadie pondría en duda que su deseo de tener un bebé era inadecuado y se adoptarían medidas para acallararlo o anularlo. Si la mujer que desea una criatura ya tuviese tres o cuatro, seguramente intentarían convencerla para que renunciase a querer tener otra, aunque su deseo sin duda debe ser al menos tan auténtico como el de la mujer que no ha dado a luz. Si tenemos en cuenta que ya sabe lo que significa tener una criatura y no necesita demostrar su feminidad a través de su fecundidad, podríamos llegar a la conclusión de que el nacimiento de otra criatura es un desenlace más favorable en su caso que en el de una mujer sin experiencia previa como madre. Si la mujer que busca ayuda es una madre capaz, para quien estar con sus hijas y/o hijos es fuente de gran satisfacción, la infecundidad secundaria que podría impedirle tener el número deseado de hijos o hijas podría significar una gran pérdida para el mundo, habida cuenta de que las criaturas felices son un fenómeno poco frecuente en la actualidad.

A las mujeres que solicitan un tratamiento de fecundación no se las selecciona sobre la base de su capacidad para cumplir el papel de madre durante los dieciséis años siguientes. La evaluación de las clientas de los centros de FIV siempre ha sido arbitraria, impresionista e inadecuada. En realidad, los *nababs* de la fecundación parecen competir entre ellos a ver quién escoge las pacientes menos prometedoras, a fin de poder asombrarnos a todos con la notable hazaña que supone conseguir un bebé perfecto de semejante vejestorio. Al principio, las clínicas imponían sus propias restricciones; las mujeres mayores de 39 años quedaban relegadas al final de la lista de espera; las mayores de 40 no podían recibir más de tres ciclos de tratamiento, etcétera. Ahora se han derogado incluso estas normas autoimpuestas. En 1997, una abuela británica de 60 años, fumadora y con un enfisema, mintió al declarar su edad, fue aceptada para recibir un tratamiento de fecundación y dio a luz un hijo. El engaño sobre la edad se podría haber detectado fácilmente; la presentación de un certificado de nacimiento debería ser un requisito rutinario en cualquier evaluación de un caso para determinar la idoneidad del tratamiento, si a alguien se tomase la molestia de hacerlo. La dura realidad es que cualquiera que tenga o pueda conseguir el dinero para pagarlo puede acceder a un tratamiento de fecundación. Todos éstos son caros, incluida la inseminación artificial con espermatozoides de un donante. La tasa de resultados positivos en los análisis de detección del SIDA declarada por los bancos de espermatozoides de Estados Unidos es de aproximadamente un 19%; para conseguir un embarazo se requieren dos dosis mensuales durante un periodo de entre seis y nueve meses, y el coste es de entre 50 y 100 dólares la dosis.

Alrededor de la cuarta parte de las autoridades sanitarias británicas se niegan a financiar cualquier tipo de tratamiento de fecundación porque no aceptan la descripción de la infecundidad como una enfermedad que propugna el *establish-*

ment de la fecundación ni su definición de la FIV –que en la mayoría de los casos no da resultado– como el tratamiento para dicha enfermedad. Otras autoridades sanitarias financian la FIV, pero sólo durante un número limitado de ciclos para cada mujer. Las propias mujeres pagan directamente la mayor parte de los tratamientos de FIV. El desarrollo acelerado de la tecnología de reproducción no fue una respuesta a las necesidades expresadas por las mujeres; se produjo porque los científicos necesitaban ampliar sus conocimientos sobre la concepción humana y se sintieron impelidos a contrastar sus observaciones intentando reproducir el proceso en el laboratorio. Cuando nació el primer bebé probeta en 1978, Steptoe y Edwards no sabían qué les había permitido conseguir ese buen resultado; en los tres años siguientes se produjeron sólo tres bebés por el mismo método. Los procedimientos de FIV se presentan como un triunfo del ingenio humano y el comienzo de una revolución en la producción de nuevos seres humanos, a pesar de que todavía distan mucho de ser fiables. La madre artificial ya existe; ahora mismo la están construyendo a partir de mujeres vivas, pero sólo es una cuestión de tiempo hasta que en algún lugar del mundo nazca una criatura humana del cuerpo de una cerda o de una incubadora.<sup>2</sup> Nacer *inter faeces et urinam* puede llegar a parecer un día tan bestial como ahora nos parecería comer animales vivos. Para averiguar si estos cambios favorecerán los intereses de las mujeres, es preciso considerar en interés de quién se aplica ahora la tecnología. La tecnología de la reproducción se acepta porque aporta a algunas de las mujeres que sufren sus procedimientos la alegría suprema del nacimiento de una criatura desesperadamente anhelada, pero ¿existe realmente con esa finalidad?

El tratamiento de fecundación depara muchos más sufrimientos que alegrías. La primera parte del mismo consiste en el examen de la infertilidad, con la evaluación del futuro pa-

dre y la futura madre, un procedimiento que puede ser largo, embarazoso y estresante. En las mujeres, la infertilidad se puede deber a la falta de ovulación, a algún problema en las trompas de Falopio que impide que el óvulo llegue al útero o a problemas en el medio uterino. La dificultad para concebir también puede ser totalmente inexplicable. Si una mujer acepta la FIV, se evaluará su condición hormonal y también se le harán análisis para comprobar que esté inmunizada contra la rubéola, y la posible presencia de VIH y de antígenos contra la hepatitis B. También pueden realizarle una exploración laparoscópica. La laparoscopia es un procedimiento invasor; el laparoscopio se introduce a través de una incisión en el abdomen, el cual se hincha mientras se mantiene a la paciente en posición invertida con objeto de poder observar los ovarios sin interferencias. Si se comprueba que éstos no funcionan, la aspirante a madre necesitará un óvulo de otra mujer; si la mujer sufre un problema en las trompas, se retirarán los óvulos, se fecundarán en una caja de Petri y se implantarán en su útero; si la mujer no tiene útero, tendrá que encontrar a otra mujer que esté dispuesta a hacerse cargo de la gestación de un embrión en su lugar. Para fecundar a una mujer por el procedimiento *in vitro* es necesario provocarle una superovulación, a fin de poder extraer varios óvulos de sus ovarios; esto solo ya es un procedimiento arriesgado que puede tener como resultado un embarazo múltiple. La extracción de los óvulos es una intervención invasora y la reimplantación del embrión, otra. Con objeto de conseguir que produzca los óvulos necesarios para la posterior implantación en su propio cuerpo o en el de otra mujer, recibirá una tanda secuencial de inyecciones de un cóctel de medicamentos destinados a estimular el ovario.

---

La hiperestimulación ovárica constituye un síndrome que puede abarcar desde un incremento de la secreción de estradiol y progesterona sin síntomas clínicos, pasando por diversos grados de hiper-



trofia de los ovarios, con las consiguientes molestias, hasta viscosidad de la sangre, desequilibrios electrolíticos y choque hipovolémico en los casos más graves. Una hiperestimulación ovárica excesiva puede causar la muerte.<sup>3</sup>

Una de cada cinco mujeres debe abandonar el tratamiento antes de la fase de recuperación de los oocitos, por muy diversos motivos, incluso por el hecho de que la ovulación haya tenido lugar fuera de las horas de consulta. En el momento de la ovulación, se extraen los óvulos uno a uno por varios procedimientos, incluida la “punción folicular percutánea guiada por ultrasonido” o la introducción de una aguja a través de un transductor ultrasónico que se inserta en la vagina, entre otros. Prácticamente cada mes se diseñan nuevos métodos y se prueban en pacientes ignorantes. Hasta ahora, todos ocasionan cierto malestar, que el personal médico describe como “limitado”. Si fuese ilimitado sería obviamente indescriptible. La literatura sobre la FIV dedica mayor atención al “control de calidad” que a la percepción de las propias pacientes.

En algunas clínicas de fecundación se pregunta a las mujeres menores de 35 años a las que se van a extraer los oocitos si estarían dispuestas a donar algunos para otras pacientes que no pueden producir sus propios óvulos y, a veces, se les ofrece la gratuidad de la operación como incentivo.<sup>4</sup> Si la mujer acepta, puede ocurrir que le administren dosis aún mayores de las hormonas estimuladoras de la ovulación, con lo cual se incrementa el riesgo de hiperestimulación. El director de una clínica británica explicó sus métodos en términos escalofriantemente pragmáticos en unas declaraciones citadas en el *Guardian* en agosto de 1997:

Hacemos todo lo posible para adecuar las dosis de medicamento a las características individuales, pero a fin de poder conseguir esos óvulos, necesitamos que la respuesta sea ade-

cuada. Si una donante produce dos o tres óvulos y una mujer paga entre 2.000 y 3.000 libras esterlinas por el tratamiento, el coste relativo será más alto que si recibe diez óvulos.

La Agencia Británica de Fecundación Humana y Embriología (Human Fertilization and Embryology Agency, HFEA) no ve con buenos ojos esta práctica de “compartir” los óvulos y propone que se prohíba. Los actuales acuerdos de donación de óvulos exigen que la receptora ignore la identidad de la mujer que se los ha suministrado. Una mujer que convenza a una amiga para que done oocitos no los recibirá ella misma. No se permite que la madre genética sepa qué criaturas llevan sus genes por temor a que ello interfiera en el control de la madre “gestadora” sobre la criatura. La tecnología procede a desmembrar así la maternidad. La HFEA sólo autoriza un pago nominal de 15 libras a la donante, aunque acepta que se sufragen sus “gastos”. En estos momentos se están investigando pagos de hasta 10.000 libras en concepto de gastos. En 1998, la escasez de óvulos llegó a ser tan grande en Gran Bretaña que incluso se sugirió que se debería pagar a las mujeres por suministrarlos. Que pudiera llegar a sugerirse esta posibilidad indica cuanto se ha modificado la sensibilidad de la opinión pública con respecto a este tráfico de partes del cuerpo humano desde que nació el primer bebé engendrado por FIV.<sup>5</sup> La idea de la producción de gametos para la venta empieza a parecer menos aberrante a medida que se va perdiendo el respeto al carácter sagrado del cuerpo humano; y éste se considera cada vez menos como un parte inalterable del propio ser, para concebirlo, por el contrario, como una materia prima a partir de la cual se puede construir un ser hecho a medida. Yo sospecho que aunque las clínicas de fecundación ofrezcan cantidades significativas por los oocitos, las mujeres no responderán a la oferta, no sólo porque el cultivo y extracción de oocitos es un procedimiento doloroso y arriesgado, sino por-

que las mujeres no se toman tan a la ligera como los hombres su material reproductor y no aspiran a diseminar sus genes por toda la ecosfera. A largo plazo, podría ser beneficioso para los intereses de las mujeres dejar a la tecnología de la reproducción sin oocitos y acabar así con la explotación de las mujeres que no tienen criaturas.

---

La donación de un óvulo es sólo el principio de la historia. Si éste se consigue implantar con éxito y nace un bebé, una sabe que en algún lugar hay una criatura viva, que respira... Se habla del derecho de toda clase de personas, como la gente soltera y las personas mayores, a tener una criatura. Es posible que tengan ese derecho, pero no con mi óvulo.

MARA LANE, donante de óvulos<sup>6</sup>

---

En 1998, la FIV costaba 2.500 libras esterlinas por ciclo; las probabilidades de conseguir un embarazo se incrementan con cada ciclo hasta estabilizarse a partir del quinto ciclo. Calcular la probabilidad de que un tratamiento de FIV culmine con el nacimiento de una criatura viva es difícilísimo. La tasa de embarazos por trasplante sigue siendo inferior al 20% y se resiste obstinadamente a mejorar; un estudio publicado en *The Lancet* en noviembre de 1996 sobre 37.000 ciclos de FIV realizados entre 1991 y 1994, revela que las mujeres de entre 25 y 30 años tenían un 16% de probabilidades de quedar embarazadas en cada ciclo, mientras que para las mujeres de 40 dicha probabilidad no superaba el 7%. Como ya he señalado, alrededor del 20% de las pacientes abandonan antes de la extracción de los oocitos y sólo unas dos terceras partes del 20% de las que quedan embarazadas, llegan a dar a luz. Más de la mitad de los partos de criaturas engendradas por FIV tienen lugar mediante cesárea. El riesgo de aborto espontáneo, embarazos ectópicos, presentación de nalgas, partos múltiples y alumbramiento de fetos muertos es mucho más elevado en

los casos de FIV. La mortalidad perinatal es entre dos y cuatro veces más alta entre las criaturas engendradas por FIV, los partos prematuros son tres veces más frecuentes y la incidencia del bajo peso al nacer es cinco veces mayor. Estos datos deberían indicar claramente que la FIV no se puede considerar bajo ningún concepto como un sucedáneo del embarazo y el parto naturales, y que las pacientes de la FIV tienen relativamente pocas probabilidades de conseguir el resultado deseado, o sea, el nacimiento natural de una criatura sana. Algunos factores de riesgo están asociados a los procedimientos empleados y otros a las pacientes, en particular el relativo a la edad. Las mujeres mayores de 40 años que aceptan el tratamiento tienen un riesgo del 50% de abortar. Todos los resultados adversos son más frecuentes entre las mujeres de más edad.<sup>7</sup>

Se ha estudiado con mucha atención a los bebés *in vitro*, pero en cambio no se ha estudiado, en absoluto, a las madres y no-madres *in vitro*. Nadie se ha preguntado si dicho tratamiento es bueno para las mujeres. Los magos de la reproducción quieren hacernos creer que la infertilidad es prácticamente intolerable, pero no quieren que preguntemos qué le ocurre a la mujer infértil que se somete a repetidas torturas en un afán desesperado por conseguir un embarazo, para acabar abortando. ¿Se siente mejor o peor que antes de iniciar el tratamiento? En cualquier caso, seguro que ella o la autoridad sanitaria local se han empobrecido mucho. La HFEA no se preocupa un ápice por la suerte de estas mujeres, sin embargo se financia con aportaciones procedentes de las enormes sumas de dinero que éstas pagan por los tratamientos de FIV. Los ciclos de tratamiento suelen realizarse a intervalos de tres meses; la alteración durante varios meses de su vida cotidiana, con un alto grado de sufrimiento y de estrés, a menudo repercuten seriamente sobre la relación de la pareja y, llegado el momento, ésta no se encuentra en unas circunstancias óptimas para iniciar ni siquiera un embarazo sin complicaciones.

Puesto que en general no llega a producirse el embarazo, no podemos dejar de preguntarnos cómo se las arreglan las parejas para recomponer el daño sufrido. A nadie le interesa medir la cantidad de sufrimiento de quienes aceptan un tratamiento de FIV y no consiguen tener una criatura, pero nadie se preocupa tampoco por la suerte de los nuevos progenitores *in vitro*.

A pesar de la retórica sentimental de los magnates de la fecundación, cuya única aspiración declarada es hacer felices a las mujeres, lo que pueda ocurrirles a las que se someten a la estimulación hormonal y la extracción y reimplantación de óvulos parece preocuparles tan poco como la suerte de cualquier otro animal de laboratorio. Cuando los tratamientos de fecundación consistían prácticamente sólo en la inseminación artificial en los casos de infertilidad imputable al factor masculino, no era raro que los médicos saliesen un momento y aportasen una muestra de su propio semen fresco. Los principales donantes de los bancos de esperma eran estudiantes de medicina. Algunos expertos en fecundidad se refieren a los bebés nacidos como resultado del tratamiento de FIV como "sus" criaturas y alardean de haber dejado embarazadas a miles de mujeres (con el esperma de otros hombres, se entiende).<sup>8</sup> El profesor Ian Craft y lord Winston exhiben ambos centenares de fotografías de sus éxitos con la FIV en las paredes de sus consultorios.

Los avances en la tecnología de la reproducción han sucedido de manera tan acelerada que casi no ha habido tiempo para considerar los dilemas éticos que plantean las diversas fases del proceso. En Gran Bretaña, el primer intento de regular la creación y destrucción de la vida humana en los laboratorios fue la Ley de Fecundación Humana y Embriología de 1990, que no imponía ninguna limitación en cuanto al número de embriones que se podían crear en el curso de cada ciclo de tratamiento y permitía congelar y conservar los embriones no utilizados, pero sólo durante un periodo de cinco años. En

Estados Unidos, Canadá, los Países Bajos y Bélgica no se estableció ningún límite temporal. En Alemania se prohibió la conservación de embriones congelados. En Australia Occidental, los embriones se pueden conservar sólo durante tres años. Una enmienda posterior de la ley británica autorizó la conservación de los embriones durante diez años, con la posibilidad de ampliar este plazo hasta que la madre cumpliera 55 años si así lo solicitaban ambos progenitores. Según Ruth Deech, presidenta de la HFEA, desde finales de la década de los ochenta, cuando se empezaron a conservar los embriones, hasta 1996, se crearon unos 300.000. Sólo un ínfimo porcentaje de este enorme número llegaron a convertirse en bebés vivos y sólo unos 9.000 se conservaban en una suspensión de nitrógeno congelado. Si la FIV genera vidas humanas sólo para acabar luego arbitrariamente con la mayor parte de éstas en su afán por conseguir un solo resultado exitoso, es preciso decir que se trata de un procedimiento esencialmente inmoral.

Mientras la tecnología de la reproducción prosigue su precipitada carrera, la madre va perdiendo su carácter esencial en la supervivencia de su criatura para convertirse en un impedimento del control de calidad eficaz, un estorbo que es preferible quitar de en medio. Puesto que ya no debe cumplir ninguna función indispensable, más vale que permanezca totalmente inerte. En Estados Unidos, una mujer dio a luz con éxito después de permanecer cerebralmente muerta durante dos meses. En Roma, Pasquale Bilotta anunció en 1995 el nacimiento de una criatura de una mujer que llevaba dos años muerta. En Gran Bretaña, cuando Karen Battenbough sufrió lesiones cerebrales gravísimas en un accidente de coche estando embarazada, la mantuvieron con vida hasta que fue posible traer al mundo a su hija mediante una intervención cesárea. Karen murió diecinueve meses después, de insuficiencia renal y neumonía, sin llegar a saber que había sido madre. Cuando le acercaban la criatura al pecho no reaccionaba, lo

cual facilita mucho las cosas, comparado con el caso de una madre que tiene sus propias opiniones sobre si desea o no que le hagan una cesárea, si desea o no que corten el cordón umbilical, si desea dar el pecho a su criatura, y si desea amamantarla cada vez que manifieste síntomas de hambre, sin imponerle ningún horario. La presión de los años cincuenta para que todas las parturientas acudiesen al hospital estaba motivada directamente por el temor y la desconfianza hacia la madre, simbolizados por la exigencia de que usase una mascarilla para acercarse a su bebé y de que se lavase el pecho antes y después de cada tetada, y la prohibición de que su criatura permaneciese a su tierno alcance más de veinte minutos seguidos antes de ser trasladada de nuevo a la sala-cuna. La tasa de supervivencia de las criaturas recién nacidas era idéntica a la registrada en los partos domésticos; la importancia de la hospitalización residía en que permitía poner en cintura a las madres y mantenerlas bajo control, afeitarles el pubis y vaciarles los intestinos, y romper manualmente la bolsa de aguas. Fue entonces cuando se empezaron a practicar de manera rutinaria las episiotomías y comenzó a aumentar de manera inexorable el número de cesáreas. El mensaje era –y sigue siendo el mismo después de muchos años de agitación feminista a favor de los derechos de las madres– que las mujeres reales son madres desastrosas y no llegarían muy lejos sin una intervención masiva.

La manera de acabar con un servicio público es denostarlo tan drásticamente que las personas que lo utilizan acaben por detestarlo, para proceder entonces a su desmantelamiento. Una vez despojada la maternidad de todos sus privilegios y su prestigio, se siguió fomentando su deterioro a través del ostracismo y el abandono. El progreso implacable de la tecnología de la reproducción la ha dividido ahora en tres compartimientos: maternidad genética, maternidad gestatoria y maternidad parental. La madre genética aporta el óvulo que se

fecundará. La madre gestatoria es la propietaria y gestora del útero en el que se implanta el embrión y donde éste se desarrolla. La madre parental es la persona que educa y alimenta a la criatura. Cuando la legislación se ha visto obligada a diferenciar los derechos de estas tres categorías de madres sólo ha conseguido enfrentarlas entre sí. En realidad, nadie sabe si una madre genética tiene más derecho a reclamar como suya una criatura que la mujer que la nutrió y la hizo crecer en su útero o la mujer que la cría y la alimenta fuera del útero; cuando las diferentes maternidades entran en conflicto, el *establishment* patriarcal de la reproducción puede dejarse tentar fácilmente por la alternativa de prescindir por completo de todas ellas. Cada vez que se administra un tratamiento de fecundación a una mujer ya mayor o a una persona culpable de maltrato a menores, cada vez que una mujer irresponsable lleva adelante deliberadamente un embarazo múltiple como un medio para hacerse rica y famosa, las mujeres pierden una porción más del control sobre la maternidad. En este momento, las criaturas de la madre genética ya pueden ser desconocidas para ella; la madre gestatoria podría ser sustituida en un futuro por un entorno gestatorio “ideal” controlado y monitorizado electrónicamente; la madre parental puede ser ahora de sexo masculino o femenino. Shulamith Firestone esperaba con optimismo la llegada de un día en el que a las mujeres ya no se las definiría como criaturas con útero, en el que la gestación sería una experiencia extracorporal y el embarazo, una cosa del pasado. Creía que sólo entonces serían verdaderamente libres las mujeres.<sup>9</sup> A mí me parece bastante más probable que si se llega a considerar que las mujeres no son necesarias para la continuidad de la especie, éstas dejen de existir. En 1992-1993 una mujer negra casada con un hombre blanco se sometió a un tratamiento de FIV en Roma con objeto de tener una criatura blanca sin ninguno de sus genes y evitar que sufriese discriminación racial. En Asia, se abortan un

gran número de fetos simplemente porque son de sexo femenino. Si las mujeres llegan a creer que la tecnología puede engendrar criaturas mejores que las que son capaces de engendrar ellas, podrían llegar a acabar con su sexo para que nadie sufra discriminación sexual. Si se pudiesen fabricar criaturas en cabinas de gestación y fetiches femeninos virtuales pudiesen proporcionarles servicios sexuales, los hombres no lamentarían la extinción de las mujeres reales, con su olor, su sangre, su alboroto, su vello.

## EL ABORTO

Se supone que el feminismo apoya el aborto. Hay gente que imagina que hubo un tiempo en el que las feministas se manifestaban al grito de: «¿Qué queremos? ¡Queremos el aborto! ¿Cuándo lo queremos? ¡Lo queremos ya!». Esas mismas personas piensan que, por una vez, las manifestaciones y los gritos dieron resultado. Las autoridades reticentes cedieron ante las voces de las mujeres y permitieron que una oleada de feticidios arrasara el mundo. En realidad no fue esto lo que ocurrió. En Estados Unidos, el factor determinante fue la decisión del Tribunal Supremo en el caso “Roe contra Wade”, que estableció el principio según el cual la ley no debía intervenir en la relación entre una mujer y su médico o médica y, por lo tanto, la intervención del Estado para impedir un aborto constituía un atentado contra la intimidad de la paciente. “Jane Roe” o Norma McCorvey, antigua voceadora en los carnavales y drogadicta embarazada por tercera vez, fue la marioneta escogida por una joven abogada de Texas llamada Sarah Weddington; Harry Blackmun, designado por Nixon como juez del Tribunal Supremo, redactó el veredicto. McCorvey se convirtió posteriormente a la religión evangélica y ahora reniega de su intervención en la decisión que “legalizó” el aborto en Estados Unidos.<sup>1</sup> La decisión sobre el caso “Roe contra Wade” no se preocupó de abordar, ni menos aún de

resolver, los profundos dilemas morales que se plantean en relación con el tema del aborto.<sup>2</sup> Decisiones posteriores, como la prohibición de la financiación del aborto con fondos federales y la retención del pago de más de mil millones de dólares en contribuciones atrasadas a las Naciones Unidas por parte del Senado estadounidense, que alega que el FNUAP financia el aborto, revelan que la cuestión dista mucho de estar resuelta. Bastaría la acción concertada de otras personas que no sean la madre y que tengan un interés particular en el feto para conseguir que se reconociese que el embarazo se distingue de las demás relaciones paciente-médico por el hecho de que en ella intervienen otras dos partes interesadas, el futuro padre y la futura criatura. Cada vez que se reconoce a un feto como parte en un litigio, se está poniendo en peligro la decisión adoptada en el caso “Roe contra Wade”.

Los verdaderos poderes enfrentados en dicho caso fueron el *establishment* médico masculino y el sistema judicial masculino. La legislación sobre el aborto se incumplía de manera masiva; en un momento en el que los progresos tecnológicos estaban transformando un procedimiento antes arriesgado en una intervención sin complicaciones, esto abría la oportunidad de ganar fortunas con la interrupción del embarazo. Antes de la legalización, las clínicas de abortos de Estados Unidos estaban en manos de la delincuencia organizada, que se llevaba una buena tajada en concepto de alquileres y protección, y ésta no renunció al lucrativo negocio del aborto por el mero hecho de que se hubiese legalizado su práctica, sino que conservó la propiedad y buena parte del control de los centros.<sup>3</sup> Muchas clínicas se vieron obligadas a mantener un ritmo acelerado de rotación de pacientes, con la exigencia de un determinado número de intervenciones por operador u operadora y hora, de manera que a menudo no se dejaba un tiempo suficiente para que actuase la anestesia cervical. Peor aún, algunas de las mujeres citadas para un aborto, y que lo pagaron, ni

siquiera estaban embarazadas. Si los ataques contra los centros de abortos y sus clientes se vuelven más frecuentes, la intervención de la delincuencia organizada para proteger la industria del aborto será también cada vez más significativa; se incrementará el precio de las intervenciones y las mujeres sufragarán el coste adicional. Lo que “ganaron” las mujeres fue el “derecho” a someterse a procedimientos invasores para poner término a los embarazos no deseados, no únicamente por ellas sino también por sus progenitores, sus parejas sexuales, los gobiernos que se niegan a apoyar a las madres, los empresarios que se niegan a emplear a las madres, los caseros que no aceptan inquilinas con criaturas, los centros de enseñanza que no aceptan alumnas con hijas o hijos. Históricamente, el único logro de las campañas a favor del aborto fue hacer aparecer como mucho más feminista de lo que realmente era a un *establishment* no liberal.

Todos los abortistas encarcelados por “ayudar a chicas en dificultades” durante la fase de presiones que culminó con la legalización eran hombres. Todos se consideraban defensores de las mujeres y paladines de los derechos de la mujer. Como recompensa recibieron el afecto y la lealtad de las mujeres, agradecidas porque se les concediera el derecho a expiar con sufrimiento y dolor su actividad sexual. La consigna era «cada criatura, una criatura deseada»; también debería haber sido «cada aborto, un aborto deseado», pero ambas posiciones en este falso debate jamás llegaron a dialogar. Cualquier feminista que considerase el aborto como un ataque contra las mujeres y luchase por el derecho consiguiente a tener hijas y/o hijos sin verse condenada a la pobreza, el desánimo y el fracaso aparecía como sospechosa de ser una criptomilitante pro-vida. En 1997, el cardenal Wilding dio un primer paso hacia la creación de una auténtica alternativa al aborto, mediante la oferta de una ayuda, en forma de una cantidad no especificada de dinero, a las mujeres que en otro caso hubiesen

abortado por no poder afrontar el coste económico de tener un bebé.<sup>4</sup> El estallido de indignación fue inmediato; se tachó el dinero ofrecido de soborno destinado a inducir a las mujeres a renunciar a la solución que más les convenía, o sea, no tener hijas ni hijos. A pesar de todo, comenzaron a afluir las donaciones al fondo creado por el cardenal Wilding; en el momento de escribir estas líneas, se han recibido 180.000 libras esterlinas en donativos y ya se ha desembolsado la mitad de esta suma. Doscientas mujeres han solicitado la ayuda, de las cuales 50 ya han tenido criaturas y otras 50 están en camino. El cardenal Wilding confía, sin duda, en que el gobierno acabe asumiendo esta responsabilidad y preste una ayuda por cada criatura concebida. Las feministas deberían compartir esta expectativa, pero los medios de comunicación las han acorralado en una posición que definen como “pro-aborto”. El feminismo está a favor de las mujeres más que del aborto; siempre hemos abogado por la libertad de elección en el ámbito de la reproducción. La elección sólo es posible si existen verdaderas alternativas.

---

Cuidaos angelitos míos, yo os añoro. Las demás son encantadoras. Vosotros también lo habrías sido.

PAMELA PICKTON, Carta a dos criaturas que no llegaron a ser<sup>5</sup>

A medida que se agrava la crisis demográfica y los países altamente desarrollados comienzan a considerar, uno tras otro, con preocupación, el descenso de sus tasas de natalidad, cabe esperar que se restrinja el acceso al aborto. El Parlamento alemán aprobó en 1995 una ley federal sobre el aborto que exige que todas las mujeres que soliciten abortar “reciban asesoramiento”, o sea, que se sometan a un interrogatorio, y obtengan un certificado como requisito previo para la autorización del aborto; 264 de los 1.685 centros que ofrecen asesoramiento y emiten dichos certificados dependen de organi-

zaciones de beneficencia católicas. Una ley aprobada en agosto de 1996 en la católica Baviera exige que las mujeres expongan un motivo para la interrupción del embarazo durante las sesiones de asesoramiento; y prohíbe que más del 25% de los ingresos de los médicos procedan de la realización de abortos.<sup>6</sup> En Gran Bretaña, el *lobby* contra el aborto de la Cámara de los Comunes introduce cada año propuestas legislativas presentadas por diputados o diputadas particulares a iniciativa propia, aparentemente ajeno al hecho de que el *establishment* médico no está dispuesto a permitir de ningún modo que se restrinja lo más mínimo su derecho a disponer a su antojo de los blastocitos, fetos y embriones, cómo y cuándo le parezca conveniente. Las feministas reaccionan con gran preocupación ante cada nuevo ataque contra la accesibilidad del aborto y dedican sus escasos recursos a librar una batalla en favor de las organizaciones más ricas y poderosas del mundo. Las multinacionales farmacéuticas no van a permitir una revisión global del derecho al aborto, por temor a que se pueda poner en entredicho la acción de sus llamados productos anticonceptivos.

---

Las feministas occidentales se han marcado un autogol con la organización de campañas de presión a favor del derecho al aborto, en lugar de presionar a favor de la investigación de nuevos métodos anticonceptivos más seguros y baratos, y de intentar garantizar el acceso a servicios anticonceptivos, incluidos los anticonceptivos de urgencia y su asequibilidad.

Carta a *The Lancet*, agosto de 1996<sup>7</sup>

A pesar de que las mujeres todavía no tienen acceso a la tecnología abortiva como un derecho, a pesar de que una mujer tiene que recurrir al *establishment* médico para conseguir la “píldora del día siguiente”, a pesar de que los gobiernos siguen controlando las estadísticas sobre el aborto y continúan

autorizando el número de camas destinadas a estas intervenciones, lo cual les permite ejercer un control *de facto* sobre el número de las mismas, a pesar de que la delincuencia organizada continúa llevándose una tajada de algunas clínicas de abortos estadounidenses, el *lobby* contra el aborto no cesa en su ofensiva. En las elecciones británicas de 1997, la alianza “pro-vida” esperaba poder presentar 50 candidatos y candidatas, lo cual le permitiría ser considerada como un partido político y acceder a los espacios de propaganda concedidos a los partidos para alertar desde allí a la opinión pública inconsciente sobre los horrores de la interrupción del embarazo, pero se encontraron librando una acción de quinta columna. Un sondeo realizado por el dominical *Mail on Sunday* reveló que incluso después de una serie de escándalos, un 81% de las personas seguían considerando que una mujer tiene derecho a decidir si desea llevar adelante un embarazo o no. La proporción era muy inferior entre los miembros de la Cámara de los Comunes: sólo 298 apoyaban el derecho de la mujer a decidir frente a 254 contrarios al mismo.<sup>8</sup> Otro sondeo realizado por MORI, por encargo del Consejo del Control de la Natalidad (British Birth Control Trust), y el Servicio de Asesoramiento sobre el Embarazo (British Pregnancy Advisory Service) británicos reveló que el aborto ya no era un tema minoritario; un 45% de las personas encuestadas tenían noticia de alguna amiga íntima o una mujer de su familia que se había llevado a cabo un aborto,<sup>9</sup> mientras que en un sondeo análogo realizado en 1980, la proporción resultó ser sólo de un 27%. En 1996, un 64% de las personas respondieron afirmativamente a la pregunta de si se debería facilitar el acceso al aborto a «todas las que lo deseen»; la mitad del 11% de personas católicas incluidas en la muestra se mostraron de acuerdo con lo que treinta años atrás se hubiese considerado una postura extremista. A medida que un número creciente de personas conocen de primera mano las circunstancias y momentos en los

que el aborto es la única solución posible, empiezan a comprender que el único principio factible es el del “derecho de la mujer a decidir”. Esas mismas personas manifestaron un incipiente abandono de la idea del aborto eugenésico ante la sospecha de un posible riesgo de discapacidad psíquica o física, opción que, en 1980, fue apoyada por un 84% de las personas encuestadas, frente a sólo un 66%, en 1997. La mujer parece estar ganando terreno en el enfrentamiento entre el derecho del médico y el derecho de la mujer a decidir si desea traer al mundo una criatura discapacitada.

Es innegable que las mujeres no podrán asumir la gestión de su vida si se les niega el acceso al aborto, pero que éste sea necesario es en sí mismo una consecuencia de la opresión. La mujer completa en edad fértil produce un óvulo al mes, que representa una sola posibilidad de embarazo cada 28 días. Un hombre se encuentra continuamente en proceso de espermatogénesis, cada día y cada noche, a todas horas, y puede liberar 400 millones de espermatozoides en cada eyaculación. Una mujer que maximizase su potencial reproductor no podría traer más de 30 criaturas al mundo si todos sus embarazos llegasen a buen término. Un hombre (joven) que tuviese relaciones sexuales con la mayor frecuencia posible con una mujer fértil distinta en cada ocasión podría engendrar tres o cuatro criaturas diarias. Un hombre que donase su esperma a un banco de esperma con la mayor frecuencia posible podría ser el padre genético de literalmente millares de criaturas. Parece muy poco racional que una mujer que no desea un embarazo exponga el cuello de su útero al contacto con un fluido seminal hiperfértil cuando lo que busca no es quedar preñada sino el placer sexual. El placer de una mujer no depende de la presencia de un pene en la vagina; ni tampoco el del hombre. Por consiguiente, tenemos que preguntarnos por qué la penetración se sigue describiendo, quizá con mayor frecuencia que nunca, como una relación sexual normal o completa. Ahora se



acepta que las lesbianas y los hombres homosexuales que optan por no darse placer de este modo mantienen relaciones sexuales naturales y completas. Sólo a las personas heterosexuales se les pide que realicen el acto sexual de una manera ortodoxa, como si su objetivo fuese imitar a los padres fundadores y poblar la tierra, cuando eso es lo que menos les importa. La explicación parece residir en el carácter simbólico de la relación sexual como un acto de dominación.

---

La mitad de todos los embarazos que se producen en Gran Bretaña no son planificados.

Uno de cada cinco se interrumpirá.

Declaración conjunta de la Asociación de Planificación Familiar, British Birth Control Trust, Brook Advisory Centres y la Autoridad de Educación Sanitaria, 1998

---

Si aceptamos todo aborto provocado como el resultado de un embarazo no deseado y fácilmente evitado, tendremos que preguntarnos por qué siguen exponiéndose las mujeres a este riesgo. Una mujer que es incapaz de proteger el cuello de su útero del contacto con la hiperfecundidad masculina, que no puede pedir que hagan el amor de otra forma o que él use un condón, desde luego no lleva la voz cantante en la relación. Lo más probable es que el hombre haya iniciado el episodio sexual y haya escogido la hora y el lugar; la mujer posiblemente sigue bailando de espaldas. Ella concibe contra su voluntad porque él eyacula en el lugar y el momento en que lo hace. Si engendran una criatura no deseada, por ella, por su pareja o por el padre y/o la madre de ella, a ella le tocará someterse a una intervención invasora y al trauma emocional, y resolver de este modo la situación. El colmo del insulto es que se le haga creer que este calvario constituye en cierto modo un privilegio. Su triste y onerosa obligación se presenta retóricamente como un derecho civil.

Cuando son otras personas quienes deciden que la criatura de una mujer no debe nacer, se la presionará para que cumpla su deber consigo misma, con el feto, con otras personas, con la institución sanitaria, con el Estado, sometándose a un aborto. Su autonomía es la consideración que menos cuenta. En ambos casos, se enfrenta con otras personas que saben mejor que ella lo que le conviene hacer. Se le exigirá que se someta a una serie de pruebas, sin ofrecerle otro tratamiento que la interrupción del embarazo, tanto si la aprueba como si no. Si se somete a una prueba, para la detección del síndrome de Down, por ejemplo, y luego rechaza la interrupción del embarazo, le preguntarán por qué se hizo entonces la prueba. Y probablemente intentarán convencerla para que aborte. Su angustia psicológica se intensifica con la publicación periódica de los resultados de investigaciones destinadas a determinar si los fetos humanos tienen conciencia, sienten dolor y pueden aprender, y a partir de qué momento ocurre esto. En marzo de 1998, se anunció que los fetos prestan atención y pueden aprender a partir de la vigésima semana de gestación, antes de que se haya formado la corteza cerebral. Las pruebas eran poco convincentes, ya que se presentaba como conciencia la presencia de una reacción, pero consiguieron el efecto deseado, que era inquietar a las mujeres. Las feministas han alegado que es inhumano retrasar el aborto, pero las mismas autoridades que presentan regularmente pruebas de la incipiente sensibilidad del feto han bloqueado todas las medidas encaminadas a ofrecer procedimientos de aborto rápido y no traumático, que embriológicamente podrían ser idénticos a lo que se presenta como anticoncepción.

---

No creo que a Jack se le pasaran jamás por la cabeza estos pensamientos. Los hombres son tan despilfarradores, tan descuidados con su semen. A menudo me pregunto qué vida podrían haber tenido esas criaturas

con un poco de suerte.  
El color de sus ojos...

JEAN EARLE, *Menopause*<sup>10</sup>

A ninguna mujer que acuda al *establishment* médico para tener acceso a la tecnología abortiva se la animará a pensar que está ejerciendo un derecho. Si fuese un derecho podría ejercerlo siempre que quisiera. Sin embargo, si desea que el Servicio Nacional de Salud cubra el aborto, probablemente se encontrará con que el hecho de que ella haya decidido que no debe llevar adelante ese embarazo no se considera suficiente; tendrá que convencer de lo acertado de su decisión a otras personas, que no tienen ningún interés en las consecuencias ni deberán responsabilizarse de ellas. En enero de 1997, un estudio sobre 108 autoridades sanitarias de Inglaterra y Gales, realizado por la British Abortion Law Reform Association (Asociación Británica a favor de la Reforma de la Ley del Aborto), reveló que mientras algunas financiaban prácticamente todos los abortos, otras apenas cubrían un 40%. Los médicos de cabecera remitían al sector privado o negaban sin más explicaciones el tratamiento gratuito a las mujeres que en su opinión tenían medios para costearlo.

Cuando a una mujer se le concede el derecho a un aborto gratuito, no se le permite escoger entre los diferentes métodos. El aborto, como la terapia de reposición hormonal o la píldora, se le presenta como una alternativa única cuando, en realidad, existe una asombrosa variedad de alternativas. El aborto puede ser quirúrgico, parcialmente quirúrgico o totalmente no quirúrgico. Hace veinte años o más que es posible provocar el aborto por medios no quirúrgicos, sin la intervención de personas ajenas, pero el *establishment* sanitario controla y racionaliza el acceso a estos métodos.<sup>11</sup> En Estados Unidos no se puede adquirir el RU-486, la llamada “píldora del día siguiente”, fabricado por la empresa francesa Roussel-Uclaf.

En Gran Bretaña, la “píldora del día siguiente” suele consistir en una doble dosis de esteroides “anticonceptivos” y raras veces se ofrece sin endilgarle antes un sermón a la cliente sobre los métodos anticonceptivos fiables. Uno de los secretos mejor guardados de la ginecología es el uso del metotresate y otras sustancias citotóxicas para la inducción no quirúrgica del aborto. En Estados Unidos, el aborto quirúrgico suele consistir en una intervención de diez minutos por aspiración, con anestesia local; en Canadá, se prefiere un engorroso procedimiento en dos fases, que incluye la inserción de un dilatador por imbibición, seguida de la dilatación y legrado con anestesia general al cabo de 24 horas; en Rusia, que tiene la tasa de abortos más alta del mundo, no se usa anestesia; en Gran Bretaña, el procedimiento habitual es la aspiración con anestesia general. Últimamente, el uso de pruebas de detección del embarazo más adecuadas y cánulas más pequeñas permite la extracción quirúrgica del óvulo fecundado a partir de los ocho o diez días de la concepción, cuando no supera el tamaño de una cabeza de alfiler, aproximadamente en el mismo momento en que se desprendería en una mujer que esté tomando píldoras “anticonceptivas” o lleve un dispositivo intrauterino. La posibilidad de que las mujeres tengan acceso a dicho procedimiento dependerá de que las clínicas se doten del equipo necesario para ofrecerlo. En el momento de escribir este libro, sólo alrededor de un 20% de las clínicas afiliadas a la Federación de Planificación Familiar emplean este método y éste se utiliza únicamente en los Estados Unidos.

Quedar embarazada contra la propia voluntad significa empezar a perder el control sobre la propia vida. La tarea más urgente es evitar estrellarse. Si queremos que una mujer sea una persona adulta, esto es incompatible con que su vida a la vez dependa de las decisiones de otras personas. Ser madre sin desearlo equivale a vivir como una esclava o un animal doméstico. Como cualquier persona adulta, una mujer desea

no procrear o procrear en el momento en que lo considere oportuno; sin embargo, le hacen creer que tiene el deber de usar métodos anticonceptivos y que las técnicas disponibles son fáciles de usar y absolutamente eficaces. Si controlase plenamente las modalidades de su actividad sexual, podría exigir que su pareja masculina controlase su fecundidad excesiva en vez de delegar en ella la responsabilidad de inhibir su capacidad fecundadora. La vasectomía, aunque es uno de los métodos disponibles, es culturalmente invisible. Los hombres no se quedan embarazados y, por lo tanto, se despreocupan de la anticoncepción. Los hombres contraen enfermedades de transmisión sexual y por eso usan condones, a veces, aunque no con la frecuencia que deberían ni mucho menos.

---

Parecen existir dos imágenes de las mujeres que abortan: furcias de corazón de piedra que se someten a la intervención con la misma facilidad con que se someterían a una extracción dentaria, y la consideran simplemente como un método anticonceptivo más, o víctimas atormentadas por la depresión, los sentimientos de culpa y el arrepentimiento. La realidad se sitúa en algún punto intermedio. No es una decisión fácil. Es una intervención un poco más compleja que una extracción dentaria. Y la experiencia se supera.

ANNE MARIE, *Girl Frenzy*, nº 6

---

En la actualidad, anticoncepción equivale a aborto, ya que no se ha llegado a demostrar que las píldoras de tercera generación impidan que el esperma fecunde el óvulo. Existe un grupo de presión a favor de que se receten "anticonceptivos" esteroides a jóvenes menores de catorce años, que en cualquier caso no deberían tener relaciones sexuales sin protección. En 1996, una encuesta nacional de opinión encargada por Schering Healthcare indicó que la proporción de mujeres que no utilizan la píldora debido a sus efectos secundarios se había incrementado de una cuarta parte a un tercio del total. Schering, prudentemente, no

preguntó a las mujeres si rechazarían los anticonceptivos si supiesen que son sustancias abortivas. El rechazo contra el aborto en cualquier momento del embarazo no es tan fuerte como para que a alguien se le ocurra organizar piquetes frente a las fábricas que producen píldoras anticonceptivas. Los DIU son claramente abortivos, pero las acciones emprendidas contra ellos no se han presentado al amparo de la Ley de Descripción de Actividades (Trades Description Act), sino siempre sobre la base de sus efectos secundarios; estas acciones han tenido tanto éxito que las mujeres que desean que les coloquen un dispositivo intrauterino con fines "anticonceptivos" tienen que firmar ahora un formulario de exención de responsabilidades que ocupa 20 páginas. El último dispositivo que ha sido objeto de litigio es el 7 de cobre o Graviguard, comercializado en 1972 por G.D. Searle como una alternativa más segura que los esteroides de ingestión oral. Un centenar de mujeres británicas llevan diez años intentando conseguir una indemnización por daños y perjuicios de los fabricantes, una filial del gigantesco conglomerado Monsanto; la preparación del caso, del que finalmente ha renunciado a hacerse cargo el Comité de Asistencia Legal Gratuita (Legal Aid Board), ya ha costado 750.000 libras esterlinas. Diez de las mujeres siguen intentando llevar adelante la demanda. Centenares de mujeres de Australia, Nueva Zelanda y Canadá están a la espera del resultado de una demanda presentada en Australia, y Searle ha tenido que responder a 25 demandas judiciales en Estados Unidos, de las que ha ganado 19 y ha perdido cinco. Otros casos se han resuelto mediante acuerdos extrajudiciales. Los dispositivos intrauterinos, medicinales o no, actúan provocando una inflamación del útero, muchas veces acompañada de una infección; a las mujeres que los aceptan como un método anticonceptivo se les inserta de hecho un instrumento abortivo de uso personal. El resultado ha sido con frecuencia un aborto encubierto, acompañado de fuertes hemorragias e inflamación pelviana, con el alto riesgo concomitante de embarazo extrauterino.

Todo este sufrimiento, todos estos trastornos, son consecuencia directa de la insistencia en mantener accesible el cuello del útero a la eyaculación del pene. Tanto si una piensa que la creación y desecho de tantos embriones es una cuestión preocupante como si no, en cualquier caso es innegable que el cínicco engaño que sufren millones de mujeres a quienes se venden productos abortivos haciéndolos pasar por anticonceptivos es incompatible con el respeto que como seres humanos merecen las mujeres. Como también es un evidente menosprecio esperar que agradezcan que se les conceda la oportunidad de que les inserten instrumentos en el cuerpo para extraer por aspiración y raspado los productos de una concepción evitable. La tecnología falsamente anticonceptiva manipula a las mujeres de un modo que estamos empezando a rechazar cuando se practica con individuos de otras especies. En contra del dicho popular, la ignorancia les hace daño. Basta que nos preguntemos si tenemos alguna esperanza de lograr imponer a los hombres el deber de proteger la fecundidad y la salud de las mujeres, y evitar la infinidad de millones de abortos que tienen lugar a diario, para constatar con cegadora claridad cuán poco libres son las mujeres. Todas las mujeres, desde las más jóvenes hasta las más viejas, son conscientes de que imponer condiciones a la intimidad supondría recibir aún menos de lo que ahora ya se les concede. La mujer que se niegue a entrar en el matadero ginecológico —cuyas ramificaciones se extienden hasta todos los cuartos de baño del país— tiene que estar dispuesta a prescindir de la aprobación y las atenciones masculinas. Sabemos que el uso del condón entre los heterosexuales es ínfimo en relación con lo que debería ser para garantizar la protección de la salud y la fecundidad de las mujeres, pero ellas no se atreven a exigirlo por temor a acelerar todavía más la huida de los hombres de la auténtica compañía e intimidad para refugiarse en el reino del sexo virtual.

## LAS MUTILACIONES

La palabra “mutilación” sugiere costumbres iniciáticas salvajes que todavía perviven en las profundidades de África, como se pudo comprobar, en enero de 1997, cuando la organización femenina secreta Bondo se introdujo en el campamento de personas desplazadas de Grafton, en los suburbios orientales de Freetown, en Sierra Leona, y arrancó el clítoris, sin anestesia ni antisépticos, a 600 mujeres. Según se informó, alrededor de un centenar de niñas de entre 8 y 15 años sufrieron complicaciones graves.<sup>1</sup> La Academia Americana de Pediatría recomienda la extirpación del clítoris si su tamaño supera tres octavos de pulgada (aproximadamente un centímetro) antes de que la niña cumpla 15 meses. En Estados Unidos se realizan diariamente cinco intervenciones de este tipo;<sup>2</sup> esta “cirugía reparadora” no se incluye en las estadísticas mundiales que cifran en unos 120 millones el número de mujeres actualmente vivas que han sufrido una mutilación genital. La Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo, la IV Conferencia Mundial sobre las Mujeres de Pequín, la Organización Mundial de la Salud, la UNICEF y la Autoridad de Planificación Familiar de las Naciones Unidas han condenado la mutilación genital femenina (MGF) como un atentado contra los derechos humanos. La mutilación genital masculina raras veces es objeto de condena. Los hombres

mutilan los genitales de otros hombres y, en general, son mujeres quienes mutilan los genitales de otras mujeres, excepto cuando un profesional masculino se encarga de la intervención. En Inglaterra, se prohibiría el ejercicio de la profesión a cualquier médico o médica si se descubriese que había practicado una circuncisión a una niña o una mujer. No le ocurrirá lo mismo por seccionar un pene para que su dueño pueda insertarse unos aros en la parte anterior y en la base para su gratificación personal y la de sus parejas. No se le prohibirá ejercer la profesión por “arreglar” los genitales ambiguos de criaturas intersexuales recién nacidas,<sup>3</sup> al contrario más bien se le animará a hacerlo, en general extirpando el pene inadecuado para crear un orificio que se hará pasar por una vagina, transformando así a la criatura en una niña, cualquiera que sea su dotación cromosómica real. También se le permitirá mutilar masivamente a hombres y mujeres que aspiren a una reasignación de género. Pero no le está permitido realizar ningún tipo de circuncisión femenina a petición de la paciente o de sus progenitores.

Un cirujano está autorizado a seccionar los genitales femeninos si la operación se considera estética. Una mujer de 39 años escribió al consultorio médico de la revista *Woman* para plantear lo siguiente: «Tengo un problema con mi vagina: los labios internos sobresalen un poco. Mi madre me dice que es normal y mi médico también, pero a mi me preocupa la impresión que puede causar. ¿Existe alguna operación que pueda ayudarme?». La respuesta era tranquilizadora y acababa diciendo: «Existe una sencilla operación ginecológica que permite reducir los labios internos para que no sobresalgan. Sin embargo, puede tener problemas para conseguir que la cubra el Servicio Nacional de Salud y probablemente tendrá que recurrir a la medicina privada. Habitualmente se realiza con anestesia local y el coste es de 200-300 libras esterlinas».<sup>4</sup>

Los seres humanos siempre han modificado de un modo u

otro la apariencia externa de su cuerpo; lo que es un embellecimiento a los ojos de unos, es una mutilación para otros. Cuando se considera la criminalización de la MGF en su contexto global,<sup>5</sup> es posible apreciar su carácter de atentado contra la identidad cultural,<sup>6</sup> como han venido señalando los nacionalistas africanos, empezando por Jomo Kenyatta. Cualquier propuesta de ilegalización de la mutilación genital masculina se interpretaría como un ataque frontal contra la identidad cultural judía y musulmana.<sup>7</sup> Aun así, va ganando terreno progresivamente la opinión de que la circuncisión masculina puede ser perjudicial para los bebés, para las relaciones sexuales y para los hombres. En Dinamarca, sólo un 2% de los hombres que no son judíos ni musulmanes están circuncidados, siempre por razones estrictamente médicas; en Gran Bretaña, la proporción se incrementa hasta un 6-7%, mientras que en Estados Unidos se retira quirúrgicamente el prepucio a entre un 60% y un 70% de los bebés de sexo masculino. Ningún organismo de Naciones Unidas ha adoptado un protocolo en el que se condene la práctica tan extendida de la mutilación genital masculina, que nadie discutirá hasta que muchos de los hombres mutilados en su primera infancia comiencen a demandar judicialmente a la clase médica. El silencio con respecto al tema de la circuncisión masculina constituye una prueba del poder político de las dos comunidades que consideran el pene circuncidado como una señal de identidad esencial y de los y las profesionales que continúan practicándola sin ningún motivo válido. El silencio sobre la práctica de la mutilación masculina en nuestros países se combina con el alboroto sobre la práctica de la mutilación femenina en otros países para reforzar nuestra noción de superioridad cultural.

Es cierto que hay feministas influyentes que están luchando para erradicar la MGF en sus países y debemos apoyar su lucha, pero no hasta el extremo de negarnos a tomar en consideración la diversidad de las normas y prioridades culturales

por las que se rige la vida de otras mujeres. Cuando les expliqué a unas mujeres sudanesas que las mujeres occidentales a veces se hacían quitar o recortar los pechos su reacción de asombro y espanto fue idéntica a la que provoca en nosotras la idea de la circuncisión faraónica y la infibulación. Stephanie Welsh, que en 1996 recibió el Premio Pulitzer por sus fotografías de las ceremonias que rodean la circuncisión femenina en las zonas rurales de Kenya, las describió como «un magnífico ritual que une a la tribu. Muy bello, salvo la parte de la circuncisión en sí». En su reportaje fotográfico premiado, Welsh sigue todo el proceso hasta el ritual culminante: la madre de la muchacha construye primero la casa en la que ésta vivirá cuando sea mujer; luego le afeitan la cabeza a la joven; las mujeres circuncidadas de las aldeas vecinas se reúnen para pintarle el cuerpo con ocre rojo y asegurarle que no sufrirá dolor; luego la sujetan y sofocan sus gritos, mientras su propia madre hace el corte con una hoja de afeitar y le aplica grasa de cabra en la herida.

La mutilación genital masculina se considera trivial; la mutilación genital femenina se considera una experiencia devastadora aunque sólo consista en cortar ligeramente el prepucio del clítoris para provocar una pérdida ritual de sangre. Existen tantas formas distintas de MGF que es poco probable que ésta responda a un fenómeno único con un solo significado cultural. La OMS identifica diversos grados de mutilación, clasificados según su gravedad: en el primero, se retira el capuchón del clítoris y el tejido circundante; en el segundo, se extirpa el clítoris y los labios menores; y el tercero corresponde a la infibulación, muy difundida en Somalia, el norte de Sudán y Djibouti, en la que se extirpa el clítoris y los labios menores, y se erosiona la superficie de los labios mayores, que a continuación se cosen recubriendo la uretra y la mayor parte de la abertura vaginal. La interpretación aceptada del significado de estas prácticas se puede resumir como sigue:

Las creencias y prácticas relativas a la mutilación genital femenina parecen responder a un deseo de controlar la experiencia sexual de las mujeres y reforzar los roles de género establecidos. Resaltan la prioridad de la satisfacción sexual masculina sobre la femenina (a menudo con riesgos para la salud reproductora de las mujeres) y revelan una profunda ambivalencia por parte de los hombres en cuanto a las necesidades e intereses sexuales de las mujeres.<sup>9</sup>

Francoamente, llama la atención esta explicación de algo que las mujeres hacen a otras mujeres, pues parece sugerir que con ello sólo están cumpliendo los deseos de los hombres, aun cuando ellos jamás se los habrán confiado en sus culturas. En Etiopía, la circuncisión es habitual, aunque no universal, tanto entre las mujeres cristianas como entre las musulmanas; cuando les pregunté a hombres etíopes si preferían tener relaciones sexuales con mujeres circuncidadas o no circuncidadas parecían ignorar la respuesta. No podían afirmar con seguridad si las mujeres de su propia familia estaban circuncidadas o no. Las mujeres circuncidadas de Sudán me dijeron que «no es un problema para tener relaciones sexuales», pero «es un problema muy importante en el momento del parto». Manifestaron que quizá no les harían lo mismo a sus hijas, porque empezaba a estar pasado de moda, aunque cuando sus madres se inquietaron y dijeron que entonces sus nietas serían consideradas feas y no casaderas, rectificaron para decir que, afin de cuentas, a lo mejor lo harían. Esas mujeres sudanesas eran muy sensuales y hablaban con toda franqueza de sus intereses eróticos, resulta imposible imaginar que ignoren el placer sexual. Es cierto que en muchas de esas culturas, tanto los hombres como las mujeres valoran mucho la estrechez de la vagina; la vulnerabilidad de las mujeres africanas al VIH y al SIDA se ve incrementada por el uso casi universal de hierbas astringentes para contraer la vagina. La penetración de una vagina estrecha y seca causa

dolor, pero éste puede resultar indistinguible del placer en un estado de fuerte excitación sexual.

También se advierte un marcado elemento estético en el modo en que se refieren las mujeres a su propia circuncisión. Muchas mujeres circuncidadas o infibuladas también se depilan absolutamente todo el vello corporal; los genitales depilados e infibulados se vuelven prácticamente invisibles, igual que aparecían en toda la pintura y la escultura occidentales hasta fecha muy reciente. La MGF entraña, sin duda, un riesgo significativo para la salud, pero también debe tener un considerable valor cultural puesto que ha sobrevivido a cincuenta años de criminalización acompañada de campañas de propaganda. El hecho de que sea a la vez dolorosa y peligrosa incrementa su función innegable como prueba iniciática en el rito de paso de niña a mujer. Las mujeres, como pudieron constatar las agentes sociales de la ONU, en el este de Uganda, sólo se muestran dispuestas a renunciar a la circuncisión femenina si pueden sustituirla por otro procedimiento análogamente significativo.

A pesar de que yo fui una de las feministas que planteamos por primera vez el problema de la MGF en un foro internacional, en 1985, en Ciudad de México, ahora me resisto a pronunciar sobre su significado como fenómeno cultural a la vista de la afición oculta a la automutilación que se puede detectar en nuestra propia cultura. Ésta quizá se pueda explicar en parte como una respuesta airada ante el hecho de ser definidas en función de nuestro cuerpo. La mujer que se causa heridas en el cuerpo está afirmando de manera innegable y rotunda la existencia de un Yo que ejerce un poder sobre ese cuerpo. Las jóvenes que se laceran el cuerpo explican reiteradamente que ver correr su propia sangre les provoca un sentimiento de alivio. Claire Keighley-Bray declaró en la revista *Bliss*: «Ya sé que suena raro, pero cuando me cortaba me sentía mejor. Era como un alivio y me sentía tan anestesiada [...]

conseguir que me saliera sangre era una manera de demostrar que estaba viva».<sup>10</sup> Se estuvo cortando durante dos años, con una frecuencia de hasta cuatro veces por semana. Este tipo de autoagresión no es una petición de ayuda ni una manera de llamar la atención, puesto que se realiza en secreto. Constituye un verdadero ataque del Yo contra el cuerpo, merced al cual el dolor físico ahoga la angustia psíquica. Las autolesiones se remontan a los tiempos anteriores al cristianismo y están contenidas en la idea de contrición, penitencia y expiación, y cargadas de sentimientos de culpa.

Cuando Erica decidió publicar su propio *fanzine* para chicas en 1995-1996, la llamó *Scars and Bruises* (Cicatrices y hematomas); sus lectoras comprendían muy bien su rabia y por qué la descargaba contra sí misma:

Los lamentos, el supuesto afecto.  
Nada de eso significa nada. Y  
yo sigo temiendo perderte aunque  
no estoy seguro de seguir queriéndote  
ya, porque esto duele como  
un demonio, duele demasiado.  
Así que volveré y no diré  
mierda porque puedo dar salida a mi dolor.  
Puedo dar salida a mi dolor. Puedo dar salida  
a mi dolor de otra manera.  
Y me hago daño y me río  
y mi cuerpo es el tuyo.

Habrà quien objete que Erica es la víctima por antonomasia, que perpetúa el género autodestructivo y antifeminista del lamento de la mujer abandonada, pero también es una artista nada desdeñable. Su minúsculo *fanzine* fotocopiado, a 50 peniques el ejemplar, está hecho de capas superpuestas de gritos, mecanografiados, rasgados, fotografiados, ampliados,

reescritos, reducidos, recompuestos, hasta que adquieren la forma reproducida hasta el infinito de la fútil obsesión de las mujeres por unos acontecimientos que no han escogido y que no pueden cambiar.

---

A veces cuando una es incapaz de sentir nada, preferiría sentir dolor antes que nada.

LYDIA LUNCH

---

El *piercing* resulta tan misterioso como los cortes autoinfligidos para quien no lo practica, pero la dinámica implícita es parecida. En *fucktooth 19*, Jen Angel explicó por qué lucía varios *piercing*:

Antes de hacerme un *piercing* había leído mucho sobre hombres y mujeres que lo practicaban como una manera de reapropiarse de su cuerpo, de hacerlo suyo. Siempre me pareció que sonaba un poco perverso. Hasta que un día vi una foto de los *piercing* en los genitales de la mujer de P'Orridge de Genesis. Me pareció que se veía tan bonito y jamás se me había ocurrido pensar que mis genitales pudieran ser bellos. La verdad es que nunca me habían gustado demasiado. Así que mis *piercing* han adquirido ese sentido para mí. Los encuentro preciosos y, de algún modo, es mi manera de darles una bofetada a todos los que alguna vez han hecho que me sintiera como avergonzada de mi cuerpo. Hace muchísimo tiempo que dejé de sentirme así, pero yo también fui una chiquilla y sé lo que era sentir que no sólo mis genitales, sino todo mi cuerpo, eran repulsivos (porque no eran de una perfección modélica) y algo de lo que no debía hablar, y limitarme a ignorarlo de algún modo.

Tal como lo cuenta Jen Angel, el *piercing* genital no es más que un adorno corporal. Jane Shag Stamp, bailarina de

*striptease*, explica su interés por el *piercing* y los tatuajes como un medio para recordar su corporeidad y la existencia de su cuerpo, un elemento que la obliga a darle tiempo para recuperarse, y a olvidar la depresión para concentrarse en el dolor físico.

Reconozco que el dolor inicial me excita. Raras veces una siente un dolor verdaderamente físico tan intenso y transitorio (ésta es la palabra clave). [...] Y llego a mi casa exaltada y me ofrezco el regalo de tomarme un respiro. [...] Algunos parecen pensar que cuando me desnudo estoy ofreciendo mi cuerpo a todos esos hombres y me gusta pensar que los tatuajes y el *piercing* me ayudan a sentir que mi cuerpo es mío.<sup>11</sup>

Tal vez deberíamos considerar la posibilidad de que la MGF tenga un efecto similar, como afirmación del control de cada mujer individual sobre sus genitales y de su capacidad de diseñarlos a su medida, dándoles una apariencia que también puede ser el sello distintivo del grupo y simbolizar su vinculación con el mismo. Si una *punk* de Ohio tiene derecho a hacerse operar los genitales, ¿por qué no se le reconoce el mismo derecho a la mujer somalí? La infibulación y la clitoridectomía podrían ser tan gratificantes para la mujer somalí como lo es para Jen Angel la chatarra que lleva colgada. Jen Angel se pondría furiosa si alguien supusiese que se había incrustado niobio y titanio en las partes pudendas para complacer a un hombre. «Hazlo para ti y para nadie más», insiste. Al menos deberíamos dar cabida a la posibilidad de que la mujer africana se hace una MGF para ella y permitirle tener el mismo acceso a una asistencia profesional al que puede aspirar Jen Angel. En vez de imponer técnicas operatorias más adecuadas y la antisepsis, los gobiernos occidentalizados han criminalizado la MGF y la han relegado a la clandestinidad, lo



cual intensifica enormemente el dolor que acompaña al procedimiento y los riesgos para la salud que conlleva.<sup>12</sup> En nuestra propia cultura, se tiene noticia de chicas demasiado jóvenes para poder acceder al *piercing* profesional que se lo hacen ellas mismas. Durante un tiempo, di clases en un colegio, donde las chicas malas se tatuaban ellas mismas con sus plumillas de acero y la tinta suministrada por el colegio.

Hace treinta años, las madres y los padres no tenían enfrentamientos con sus hijos e hijas por los *piercing* y los tatuajes. Ninguna heroína quinceañera lucía una tachuela ensartada en la lengua como la que lleva la Spice Girl provocativa, que la exhibe ostentosamente sacando la lengua para demostrar que es verdad que la lleva. Se supone que este *piercing* tiene la función erótica de estimular la cara inferior del pene durante la felación. Quién sabe cómo deben interpretarlo las *fans* de ocho años de las Spice Girls. Las madres saben que el empeño de sus hijas en ponerse un pendiente en la nariz o una argolla en el ombligo o lucir un alambre de púas tatuado alrededor del brazo es un acto de hostilidad contra ellas. La niña está afirmando su derecho a modificar de manera irrevocable, y a dañar y destruir incluso, el cuerpo que la madre gestó dentro de su propio cuerpo a partir de su propia substancia. La niña cree estar reivindicando la propiedad sobre su cuerpo y ejerciendo su autonomía; la madre lo interpreta como una conducta tribal insensata, que es más o menos lo mismo que piensa el “primer” mundo de la MGF. La madre quisiera que clausurasen los salones de tatuaje y que el *piercing* fuese declarado ilegal. Hasta ahora, la ley sólo ha accedido a imponer un límite de edad, con lo cual ha conseguido que la mutilación aparezca todavía más como un privilegio, una meta a alcanzar, un signo de adultez, un rito de paso. A pesar de la sospecha de que la niña que cree necesario llevar un aro en la nariz posiblemente tema que su rostro es una página en blanco que es preciso ilustrar, de que su afición al *piercing* y a los tatuajes

se debe a que la vuelven visible a sus propios ojos, no podemos dejar de reconocer que al mismo tiempo no representan más que la continuidad del deseo, incesantemente estimulado en la niña pequeña, de emperifollarse, de cambiar el color de su pelo, de pintarse la cara y las uñas. Todo ello son maneras de hacerse visible. O invisible, según cuál sea su interpretación.

---

Un cambio de cara para los trece años.

El último estilo de maquillaje: sombra de ojos violeta oscuro bordeando las pestañas superiores, rosa sobre los párpados, colorete y lápiz de labios rosas, lápiz marrón para perfilar las cejas.

*Shout*, 13-26 de marzo, 1998

---

La mutilación genital de las mujeres occidentales raras veces es buscada consciente y deliberadamente para su propia gratificación; en general, se la imponen los médicos. Si la episiotomía, las cesáreas y la histerectomía, en verdad, sólo se practicasen en los casos realmente necesarios, no se observarían unas variaciones tan grandes en el número de intervenciones realizadas en países con prácticamente el mismo nivel de vida y de atención sanitaria. Aunque es muy posible que las mujeres sometidas a esas intervenciones las consideren como las medidas mínimas necesarias para proteger su vida y su salud, ningún epidemiólogo o especialista en el análisis del gasto sanitario estará de acuerdo. Los úteros de las mujeres estadounidenses no son cuatro veces menos sanos que los de las suecas y, en cambio, las histerectomías son cuatro veces más frecuentes entre las primeras.

Los y las especialistas en obstetricia y ginecología, un 85% de los cuales son hombres, mutilan a las mujeres sin ninguna justificación razonable, por ejemplo en el caso de las episiotomías,<sup>13</sup> que Sheila Kitzinger describe como «nuestra modalidad occidental de mutilación genital». Las episiotomías se

suelen justificar por motivos como los que señalaba un tal doctor Wetherall (licenciado en Medicina y Cirugía por Manchester en 1978) en una carta al director de *The Independent Magazine* en 1991: «La episiotomía se realiza durante el parto para evitar que la cabeza del bebé desgarré de manera incontrolada el canal natal, con riesgo de lesiones en el esfínter anal de la madre y de incontinencia». Wetherall parece creer que las vaginas tienen una enorme tendencia a desgarrarse de arriba abajo cuando cumplen la función para la que están destinadas y que es preciso anticiparse a operarlas para evitar un desastre. De hecho, los desgarros anovaginales son muy raros y las episiotomías son, en cambio, una práctica habitual. Prácticamente ninguna de las mujeres a quienes se les practica la incisión tenía serias probabilidades de sufrir un desgarro de tercer o cuarto grado que afectase a la vejiga o al ano.

El doctor Wetherall incomprensiblemente no concreta el momento en el que se realiza la incisión y se limita a señalar que se hace «durante el parto». Debía tener presente el famoso altercado que enfrentó en 1981 a los adeptos de la escuela de las tijeras y los viejos seguidores de la doctrina del escalpelo. Según el gran maestro de la escuela del escalpelo, Charles Flood, las tijeras, que sólo «mordisqueaban» el perineo cuando ya estaba dilatado hasta quedar reducido al grosor de un papel y cualquier desgarro en la vagina misma ya se había producido, no servían para nada. Él era partidario de un buen corte al inicio de la segunda fase del parto, *antes* de que la cabeza de la criatura empezase a presionar sobre el perineo, y la posterior aplicación de un generoso número de puntos de sutura densamente apretados. En un artículo en *World Medicine* titulado «The Real Reason for Episiotomy» (La verdadera justificación de la episiotomía), afirmaba que la verdadera finalidad del corte era garantizar la recuperación del tono muscular. Más vale dejar a la imaginación de cada cuál qué medios empleaban esos augustos personajes para medir el tono

muscular, ya que el único fundamento en el que se basaban era la imaginación. Sus hipótesis no resisten la más sumaria consideración anatómica.

Donde dice “un mejor tono muscular” léase “vagina prieta” y los argumentos de Flood empiezan a tener algún sentido. Esta consideración es importante, sobre todo en Estados Unidos, donde una vagina laxa después de un parto podría ser motivo de demanda por negligencia profesional. Si el verdadero objetivo de la episiotomía es el que sugiere Flood, en realidad tanto da que ésta se practique antes o después del parto: varias mujeres que me han escrito quejándose de que sus médicos les convencieron para que se dejaran “arreglar por abajo” estaban convencidas de no haber sufrido ningún daño durante el parto. Una mujer me escribió que el médico le había dicho que la dejaría “bien guapa y ajustadita para su marido”, aunque no estaba casada.

---

A diferencia de la mayoría de los tocólogos, que prefieren practicar una episiotomía aduciendo una serie de racionalizaciones, las comadronas procuran que el perineo se mantenga intacto. Ése es el sello de calidad de una buena comadrona y la verdadera prueba de su paciencia y su ternura.

JOHN A. WALSH<sup>14</sup>

---

Fueron los parteros —que miraban con desdén a las comadronas para quienes un parto culminado con éxito era el que dejaba intacta a la mujeres— quienes introdujeron la práctica de la episiotomía. Los tocólogos se convencieron de que la zona de la incisión, medio-lateral o siguiendo la línea central (¿cómo ponerse de acuerdo sobre un procedimiento irracional de por sí?), era insensible, otra idea que no resiste un examen a la luz incluso de las más elementales nociones sobre la anatomía del sistema nervioso. Como los hombres no se encargaban de la atención postparto, les era indiferente que la herida

se hinchase y el dolor provocado por los puntos impidiese encontrar una postura cómoda a las madres recién paridas. Tal vez sea excesivo esperar que un experto cirujano se preocupe por la calidad de vida de la nueva madre y su capacidad para disfrutar de su bebé, pero aun así tiene la responsabilidad moral de hacer un buen uso de unos recursos limitados, incluido el tiempo de las enfermeras. La práctica rutinaria de la episiotomía se está reconsiderando incluso en Estados Unidos, donde una incisión a tiempo permite ganar dinero y evitar una demanda por negligencia profesional, frente a la cual permitirá alegar que ya se ha hecho todo lo posible. J.M. Thorpe y W.A. Bowes resumieron los argumentos a favor y en contra en un artículo titulado «Episiotomy: can its routine use be defended?» (Episiotomía: ¿es defendible su uso rutinario?), publicado en mayo de 1989 en el *American Journal of Obstetrics and Gynecology*. Un par de años antes, P. Lueckens, R. Lagasse, M. Dramaix y E. Wollast señalaron en su artículo «Episiotomy and third degree tears» (Episiotomía y desgarros de tercer grado), publicado en el *British Medical Journal*, que habían constatado la presencia de desgarros de tercer grado en un 1,4% de los partos con episiotomía y en un 0,9% de los partos sin episiotomía; una vez ponderada la influencia de los demás factores, los autores llegaban a la conclusión de que la episiotomía no evita los daños traumáticos en el esfínter anal o el recto. El estudio sobre la “gestión perineal” en West Berkshire (West Berkshire Perineal Management Trial) cuyos resultados se publicaron en el *British Medical Journal* en 1987, llegó a la conclusión de que la episiotomía tampoco contribuía en absoluto a la prevención de la incontinencia urinaria postparto. Cuando la sospecha de que la episiotomía no sirve para nada se ha convertido en certeza, los estudiosos han comenzado a investigar la posibilidad de que la probabilidad de sufrir desgarros graves sea mayor después de una episiotomía.

---

En una *performance* de una hora, titulada “The Lips of Thomas” (Los labios de Thomas), Abramovic se comió un kilo de miel, se bebió un litro de vino tinto, se talló una estrella de cinco puntas en el vientre con una cuchilla de afeitar, se azotó con un látigo hasta no poder más y luego se tumbó desnuda sobre una cruz de hielo y se quedó ahí, congelándose lentamente, hasta que el público la levantó.<sup>15</sup>

---

En Inglaterra se han creado grupos de apoyo de mujeres que han pasado por la episiotomía para ayudar a aquellas cuyos médicos han tenido la crueldad de recomendarles que se beban una botella de vino antes de tener relaciones sexuales, y adormecer así el dolor que les causan las cicatrices de la episiotomía. Al marido de una de ellas le dieron un pulverizador con un analgésico para «insensibilizar la parte de abajo del cuerpo de [su] mujer», a fin de que pudiera reanudar el contacto sexual. Los datos son deprimentes: un 15% de las mujeres sufren dolores perineales hasta tres años después del parto. Un procedimiento innecesario conduce a otro:

Wendy Cox, profesora de música, sufrió casi un año de tormento debido a la mala cicatrización de una episiotomía realizada con motivo del nacimiento de su primer hijo, que le dejó una cicatriz que le impedía sentarse con comodidad.<sup>16</sup>

Cuando volvió a quedar embarazada por segunda vez, Cox tenía claro que no quería volver a pasar por lo mismo: «Me apresuré a coger al vuelo la oportunidad de que me hicieran una cesárea».

Una manera de evitar la mutilación de una episiotomía es que a una le abran el vientre. Cada vez son más numerosas las mujeres sanas que se han preparado con cuidado para el parto y, finalmente, les anuncian que será necesario hacerles una cesárea. Y a un número creciente les extraen sus criaturas del vientre mientras yacen inertes, a pesar de los ejercicios prena-

tales. Muchas de esas mujeres han optado por un parto activo, sólo para que quienes las asisten acaben convenciéndolas de que el bebé está sufriendo y ellas a fin de cuentas han resultado ser incompetentes. En Brasil, un 38% de las mujeres que dan a luz en hospitales públicos lo hacen mediante cesárea; en las clínicas privadas, la proporción es del 75%. En Italia, la tasa de cesáreas se ha duplicado con creces desde 1980 y ahora representa casi una cuarta parte de todos los partos. En Gran Bretaña, una de cada siete criaturas nacieron mediante intervención cesárea en 1996; hace sólo veinte años, la proporción era de una sobre 28. Los riesgos del parto no han aumentado en estos veinte años. El riesgo de una cesárea sigue siendo aproximadamente cuatro veces superior al de un parto vaginal.

---

Una de cada tres tocólogas optaría por dar a luz mediante una cesárea, aun en el caso de un embarazo absolutamente normal.

*The Lancet*, 1996

---

El incremento imparable de las cesáreas avanza a la par con una epidemia de histerectomías. A una tercera parte de todas las mujeres de los Estados Unidos se les extirpa el útero antes de cumplir los 60 años. A una quinta parte de las mujeres de Inglaterra y Gales se les practica una histerectomía antes de los 65 años. Sólo la mitad de las mujeres que viven actualmente en California serán enterradas con sus úteros. En 1992-9193, se realizaron 73.000 histerectomías en Inglaterra. Dos terceras partes de ellas por motivos tan poco graves como pérdidas menstruales abundantes; los análisis revelaron que el volumen de sangre perdida entraba dentro de los parámetros normales. Existen tratamientos no quirúrgicos para las hemorragias menstruales intensas,<sup>17</sup> pero los médicos y médicas generalistas no parecen conocer el más eficaz: el ácido tranexámico, que reduce entre un 45 y un 60% la pérdida de sangre.

El ácido mefenámico la reduce entre un 30 y un 45%. Los médicos de medicina general recetan en cambio noretistín, que es mucho menos eficaz e incluso puede aumentar las pérdidas. Antes de recurrir a la histerectomía también se puede considerar la alternativa de una ablación endometrial, que es la versión moderna del antiguo procedimiento de la dilatación y legrado para tratar las pérdidas menstruales excesivas. Según los resultados de una encuesta presentados en abril de 1997, una tercera parte de los médicos y médicas generalistas piensan que se debe recomendar la histerectomía como tratamiento rutinario para las pérdidas menstruales abundantes en el caso de mujeres que ya han completado su familia.<sup>18</sup> Más interesante para una feminista que está examinando la predilección femenina por la automutilación es el hecho de que, entre el 30% de mujeres en edad de procrear que se quejan de pérdida menstrual abundante, una de cada siete le pide a su médico o médica de cabecera que le prescriba una histerectomía. Una parte, quizá la mayor parte, de la presión a favor de la extirpación del útero procede de las propias mujeres.

Las histerectomías son básicamente de dos tipos: abdominal, en la que se extrae el útero a través de una incisión en el abdomen, y vaginal, que no deja ninguna cicatriz visible, ya que la incisión se realiza en la pared superior de la vagina. Ninguno de ambos procedimientos está exento de riesgos. La tasa de infecciones postoperatorias es menor en el caso de las histerectomías vaginales (un 36% frente a un 58%), pero en cambio éstas requieren transfusiones con mayor frecuencia (un 15% frente a un 8%) y la incidencia de complicaciones es superior (un 43% frente a un 25%). En Estados Unidos, los seguros médicos Medicare y Medicaid últimamente están intentando reducir el número de histerectomías y exigen un segundo dictamen médico previo; como resultado, se empezaron a desestimar casi la mitad –un 49,3%– de los casos programados. Un estudio suizo constató que la menor tasa de his-

terectomías se daba entre las médicas, mientras que las pacientes más buscadas eran las menos instruidas y con pólizas de seguro más generosas. Las ginecólogas prescriben una histerectomía a un promedio de 18 pacientes anuales; los ginecólogos, a 34. La Campaña contra la Histerectomía y las Operaciones Innecesarias realizadas a las Mujeres afirma que un 90% de las histerectomías recomendadas no son justificables. Entre un 10 y un 13% se realizan para eliminar dolores pelvianos crónicos; la laparoscopia no reveló ninguna anomalía en aproximadamente la mitad de las mujeres que se quejaban de dolores pelvianos, en cuyo caso el dolor podría ser debido a un trastorno de somatización o a alguna otra causa psicológica. En aproximadamente una cuarta parte de las mujeres histerectomizadas por dolor pelviano crónico, se observa una persistencia del dolor después de la intervención, sobre todo cuando ésta se realiza por la vía vaginal. La histerectomía misma es una causa significativa de dolores pelvianos. Aun así, y a pesar de que se trata de una intervención quirúrgica importante, con una tasa significativa de complicaciones y de mortalidad, su popularidad va en aumento. Un destacado ginecólogo británico ha comentado que dentro de poco tiempo se histerectomizará de manera rutinaria a todas las mujeres una vez que hayan completado su familia y se les administrarán estrógenos durante el resto de su vida.

Las episiotomías, cesáreas e histerectomías innecesarias representan en todos los casos un ataque contra las mujeres; unos ataques que resultan particularmente difíciles de identificar como tales debido a la posición de aislamiento y sumisión forzosos que se impone a las pacientes. Algunos médicos exigen como condición para el tratamiento que la mujer abdique de toda su responsabilidad; muchos más pueden prescindir de este requisito porque las mujeres piensan que sus cuerpos son tan misteriosos que sólo una persona con bata blanca será capaz de desentrañar sus enigmas tan defectuosos que era inútil

esperar que pudiesen funcionar debidamente. La obstetricia y la ginecología son las especialidades médicas menos prestigiosas, dada su relativa escasa complejidad; un tocólogo es a un neurólogo como un fontanero a un ingeniero aeronáutico. Si queremos formar a mujeres jóvenes que confíen en sus conocimientos sobre el funcionamiento de su cuerpo y sepan obtener un rendimiento óptimo de él, tendremos que empezar a enseñarles a cuidarlo desde la edad escolar. Si así lo hiciésemos, no tardaríamos en descubrir que no somos capaces de responder a las preguntas más obvias sobre el funcionamiento del cuerpo femenino en las mujeres sanas. Los efectos de tres siglos de intervenciones de los profesionales masculinos sobre los cuerpos de las mujeres, asaeteándolos como si fuesen absesos, no se borran tan fácilmente.

## NUESTROS CUERPOS, NUESTRAS VIDAS

El cuerpo de una mujer es el campo de batalla en el que lucha por su liberación. La opresión actúa a través de su cuerpo, cosificándola, sexualizándola, victimizándola, incapacitándola. Su condición física es un medio sobre el que otros actúan; a ella le corresponde hacer el papel de virrey, ofrecer su cuerpo a sus manipulaciones y aplicarle los tratamientos que le han prescrito. Si no se ofrece, si rechaza los tratamientos, su comportamiento se considerará reprobable. En alguna época futura, seres inteligentes de otra galaxia celebrarán seminarios para discutir posibles explicaciones que permitan aclarar por qué a toda una generación de mujeres terrícolas les abrieron el vientre. Es probable que interpreten el fenómeno como alguna clase de ritual supersticioso, puesto que ninguna de nosotras vivirá ya para contar que nos convencieron a todas, una a una, de que esa alteración masiva de nuestros cuerpos era absolutamente necesaria. Si esos seres tuviesen la capacidad de viajar a través del tiempo, podrían preguntarnos cómo es posible que fuésemos tan imbéciles. Y tendríamos que responderles que nuestra ignorancia nos obligaba a confiar en que la casta médica sacerdotal operaba nuestros cuerpos por nuestro propio bien. Tan necia creduli-

dad seguramente dejaría pasmados a nuestros visitantes interplanetarios.

Las feministas intelectuales han escrito millones de palabras sobre las diferentes maneras en que los hombres han controlado y colonizado a las mujeres, pero el proceso, sin embargo, continúa, con la ayuda de técnicas perfeccionadas de exploración y de análisis y almacenamiento de datos. Mientras las mujeres luchaban por la liberación y la autodeterminación, han ido quedando sometidas progresivamente a un creciente control, contra el cual ni siquiera pueden protestar. Las feministas reivindicábamos el derecho al control sobre nuestros cuerpos y lo que hemos conseguido ha sido la obligación de someter nuestros cuerpos al control de otros. Una gran parte de lo que se les hace a las mujeres en nombre de la salud no tiene más justificación que el control.

---

Censura el cuerpo y censurarás al mismo tiempo la respiración y el habla [...]. Escríbete. Tu cuerpo debe hacerse oír. Sólo entonces aflorarán a un primer plano los inmensos recursos del inconsciente.

HÉLÈNE CIXOUS<sup>1</sup>

---

En cuanto fue posible observar el interior del cuerpo de una mujer encinta, todos los organismos con fondos para pagarlo empezaron a utilizar las ecografías. A pesar de que el mero hecho de observar el producto de la concepción no influye en sí mismo para nada sobre su viabilidad o sobre el desenlace del embarazo, esto se ha convertido ahora en un procedimiento rutinario. Se considera que la mujer embarazada que se niega a acudir a los exámenes periódicos está incumpliendo su deber hacia ella misma y hacia su criatura. Un mayor conocimiento sobre su embarazo debería haber aumentado su capacidad de actuar, pero en realidad ha ocurrido todo lo contrario. Su cuerpo se ha vuelto transparente para los técnicos, no para ella. La madre actual ve, por primera vez, a su

criatura en un monitor de televisión y no logra identificarla. Incluso los más entusiastas observadores de úteros están empezando a sospechar que las ecografías tienen más efectos negativos que positivos. El impacto de la onda ultrasónica sobre el cerebro en desarrollo del feto puede tener efectos destructivos, sobre todo si se emplean técnicas de barrido al azar. Muchos están empezando a sospechar que los ultrasonidos son responsables de un importante incremento de la incidencia de la zurdura acompañada de dislexia. Pero ya es demasiado tarde para dar marcha atrás. Ahora los clientes y clientas están demasiado ansiosos por “ver” a su bebé. La dependencia de la pantalla plateada va en aumento a medida que los seres humanos del mundo desarrollado se vuelven cada vez más incapaces de identificar las señales que emite el cuerpo. Ahora que en Gran Bretaña la mayoría de la gente conoce mejor lo que ocurre en los seriales de televisión que lo que pasa en su propia calle, su bebé sólo les parece real si lo ven en una pantalla de televisión. Los espectadores pueden identificar a los personajes de los seriales no sólo como seres humanos sino también como hombres y mujeres. A la mujer embarazada que contempla el monitor tienen que indicarle qué fragmento corresponde a cada parte de su bebé y no le dirán su sexo a menos que lo pida. Si no lo hace, permitirá que el técnico sepa más cosas que ella sobre su criatura. Renunciará voluntariamente al poder que otorga el conocimiento para permanecer ignorante.<sup>2</sup>

Los profesionales de la salud desean observar el interior del útero simplemente porque tienen la posibilidad de hacerlo. En su afán por evitar los desastres que podrían ocurrir si dejan a la mujer abandonada a sus propios recursos, han llegado a exagerar el diagnóstico de defectos congénitos y han transformado embarazos no problemáticos en una angustiada pesadilla. Para la madre cuyo feto ha muerto en el útero, la ecografía sólo puede servir para confirmar lo que ella ya sabe. No puede decirle lo que necesita saber, esto es, por qué la vida

de su bebé se extinguió antes de llegar a empezar. Los controladores sólo pueden decirle a la mujer cuyo embarazo se está acabando ante su propia vista que ése no es un hecho infrecuente, cuando lo que ella desea saber es: «¿Por qué a mí? ¿Por qué ahora?». Mientras los profesionales están pendientes de todo lo que va bien, cuando de hecho es innecesario, las mujeres suplican que les aclaren por qué las cosas van mal y les niegan una respuesta. Vuelva a intentarlo, le dicen a la mujer frustrada. La situación no está bajo control; la que está controlada es ella.

---

Yo soy una señora con infecciones  
 Vejiga riñón vagina hongos  
 Soy un desastre  
 Síndrome premenstrual dolor de espalda migraña  
 Quistes en los ovarios trompas matriz cuello del útero  
 Terror al cáncer de mama  
 Miedo al Papanicolau

Poema anónimo *Anarcha-feminist hag mag*, nº 4

---

Cuando intenta tener una criatura, una mujer ya está muy acostumbrada a estar “bajo control médico”. Si ha estado tomando anticonceptivos, habrá ingerido obedientemente combinaciones y concentraciones de medicamentos sobre los cuales no sabe nada. Como condición para que se le permita tomarlos, tendrá que mostrarse dispuesta a tumbarse de espaldas en una camilla siempre que se lo pidan y mantener las piernas levantadas sobre unos soportes a fin de que el médico pueda introducir un espéculo en su vagina para mantenerla abierta y contemplar una parte de su cuerpo que ella jamás ha visto. En los primeros tiempos de las cooperativas de salud de mujeres se dedicó un gran esfuerzo a otorgar a las mujeres el derecho a ver tanto como podían ver los médicos, enseñándoles técnicas de autoexamen. «Nuestros cuerpos, nuestras vidas», era el

lema. Los colectivos de salud feministas se esforzaron por desarrollar métodos prácticos que permitieran interrumpir un embarazo sin necesidad de recurrir a la autoridad patriarcal punitiva y consiguieron algunos resultados antes de que los juicios y los escándalos los obligasen a cerrar sus puertas. Al mismo tiempo, un número creciente de mujeres empezaron a estudiar la carrera de medicina y actualmente una minoría ejercen una presión feminista desde el interior de la institución contra las fuerzas institucionales masivamente dedicadas a mantener bajo control a las mujeres durante toda su vida.

El *establishment* de la sanidad pública emplea la retórica del feminismo para justificar las presiones y los tormentos que inflige a las mujeres. Se anunció a bombo y platillo la introducción de las revisiones periódicas para la detección del cáncer cervical como un derecho de las mujeres; las y los contribuyentes aceptaron gustosos el gasto, convencidos de que bastaría hacerles esa prueba insignificante cada cierto tiempo para que las mujeres dejaran de morir de cáncer cervical. Pero no fue así. La mortalidad por cáncer cervical, que ya había empezado a bajar, continuó reduciéndose, a un ritmo de alrededor del 7% anual. Mientras tanto, las mujeres incluidas en la proporción de una de cada seis que debían hacerse nuevas pruebas pasaban por un calvario de miedo e incertidumbre, además de por todo tipo de intervenciones quirúrgicas, desde la colposcopia hasta la histerectomía. Se ensayó en las mujeres un medio de diagnóstico ineficaz porque lo importante no eran ellas, sino el control. Se exageraron los méritos de la prueba, promocionada como una salvaguarda frente al cáncer cervical y de útero, cuando no era tal. Por si alguien piensa que exagero, permítanme que lo aclare.

El actual estado de los conocimientos sobre el cáncer cervical indica que éste es, en su totalidad o en parte, una enfermedad de transmisión sexual, causada por el virus del papiloma humano (VPH) que provoca la formación de verrugas

genitales y es transmitido tanto por los hombres como por las mujeres.<sup>3</sup> Antes de 1976 sólo se identificaba la presencia del VPH cuando se manifestaba en forma de verrugas; en los exámenes para la detección de indicios de un cáncer cervical incipiente, los médicos y médicas se concentraban en la presencia de neoplasia epitelial cervical (NEC), o sea, de alteraciones en la estructura de las células del tejido conectivo. Con el tiempo, se descubrió que algunas de estas alteraciones correspondían de hecho a diferentes tipos de VPH. Entre 1960 y 1980, se triplicó la incidencia del cáncer cervical en las mujeres menores de 35 años y aumentó un 72% el número de muertes causadas por esta enfermedad en dicho grupo de edad. En la década de los noventa, un 15% de los casos correspondían al citado grupo de edad. La enfermedad presenta una progresión lenta y tarda unos diez años en manifestarse, si bien, en general, no se comprende demasiado bien su evolución.

El programa nacional de detección del cáncer cervical se basa en la prueba de Papanicolau, con una incidencia de falsos resultados negativos que en 1979 se estimaba que podía oscilar entre un 25% y un 40%;<sup>4</sup> en el caso del cáncer cervical agresivo, la proporción puede ser de hasta un 50%. Las infecciones comunes también pueden determinar resultados anómalos en el Papanicolau. La presencia de restos de sangre, espermatozoides, cremas y geles anticonceptivos, o enjuagues y desodorantes vaginales en la vagina altera la calidad de la muestra. Las píldoras anticonceptivas y los medicamentos también pueden modificar el aspecto de las células. La fiabilidad de la prueba puede verse alterada si ésta no se realiza entre los 12-16 días después de la menstruación y pasado un mínimo de 48 horas desde el último coito. Dado que las alteraciones supuestamente precancerígenas en la configuración de las células son muy sutiles, la tarea de evaluar las muestras cervicales es terriblemente monótona a la vez que



impone una tensión permanente, incluso sin la constante presión que supone la exigencia de un incremento continuado de la productividad. El *Wall Street Journal* informó, en 1988, de que una gran proporción de las muestras obtenidas en los Estados Unidos se realizaban en laboratorios con un gran volumen de encargos a tarifas reducidas, que a veces pagaban incentivos financieros a los técnicos y técnicas con objeto de incrementar hasta 300 o más el número de muestras examinadas en un día, un volumen cuatro veces superior al máximo recomendado para minimizar la tasa de errores humanos. Algunos laboratorios pagaban este trabajo a destajo, a veces con tarifas de apenas 45 centavos por cada muestra. Las comparaciones entre la incidencia de falsos negativos y falsos positivos en distintos laboratorios revelan grandes diferencias; como norma, los médicos y médicas procuraban “conocer” sus laboratorios y saber en qué sentido solían equivocarse. El programa británico de revisiones cervicales se puso en marcha antes de contar con la necesaria infraestructura de laboratorios, con resultados catastróficos, tanto por lo que respecta al coste y la eficacia del programa como para las mujeres a quienes les complicó la vida.

Bajo la simple dicotomía positivo-negativo adoptada subyacen siete categorías, que abarcan desde alteraciones menores y casi con toda seguridad no significativas de la estructura celular hasta cambios considerados claramente precancerosos y, finalmente, la presencia de un carcinoma *in situ*. Las amplias variaciones entre las distintas regiones en cuanto a la interpretación de las muestras ponen de manifiesto las dificultades que plantea su correcta evaluación. En 1994, la red nacional de coordinación anunció que en la región del noreste del Támesis se habían interpretado como positivas un 7% de las muestras, frente a una proporción del 3,5% en la región vecina del noroeste del Támesis. El Imperial Cancer Research Fund reveló, en noviembre de 1996 en el *British Medical Journal*, que una de cada doce

muestras cervicales resultaba “inadecuada” y era preciso repetirla, con un coste “adicional de 4 millones de libras esterlinas anuales” para el Servicio Nacional de Salud.<sup>5</sup> De los 4-5 millones de muestras obtenidas en 1994-1995, 350.000 resultaron inadecuadas; los 183 laboratorios señalaron tasas que oscilaban entre el 0,002% y el 35,5% de muestras inadecuadas. El promedio se situaba en torno al 8,3%. El dispensario Royal Albert Edward de Wigan explicó que un 35% de sus muestras planteaban dificultades de interpretación debido a la elevada incidencia de infecciones vaginales entre su población de clientas. En Gran Bretaña, se realiza anualmente la prueba de Papanicolau a 5,5 millones de mujeres; un 7% de las muestras se considerarán positivas, lo que representa un total de 385.000. Sin embargo, el número de mujeres que desarrollan un cáncer cervical dentro de un año concreto no supera, de hecho, las 4.500, o sea, que se habrá asustado innecesariamente a 380.500. Por lo común, las células cervicales anómalas, que pueden tener su origen en todo tipo de trastornos, suelen desaparecer de manera espontánea. En 1987, se observaron indicios de NEC en un 58% de un total de 236 mujeres examinadas; sólo 10 de ellas volvieron a dar un resultado positivo cuando se les repitió la prueba al cabo de una media de 4,7 meses. Pocas autoridades sanitarias están dispuestas a quedarse cruzadas de brazos ante un diagnóstico de NEC. Según señalaba un artículo publicado en *The Lancet*, en junio de 1995: «El personal vive bajo el constante temor de que se les acuse de no haber evitado algún caso de cáncer invasor. El deseo de evitar diagnósticos exagerados, que en el pasado reducía los índices de detección, ha quedado desplazado ahora por la necesidad de evitar la responsabilidad de no haber detectado algún caso». El resultado es una epidemia de pánico.

En Bristol, entre 1988 y 1993, se clasificaron como anómalas 15.000 muestras; se remitió a más de 5.500 mujeres

para la realización de nuevas pruebas y para el tratamiento de una enfermedad que no padecían y que no era probable que llegasen a sufrir. Además, como resultado, las mujeres así diagnosticadas «sufren problemas entre los que figura una inquietud permanente por el riesgo de cáncer, dificultades para suscribir un seguro de vida y la preocupación por los efectos del tratamiento sobre su futura capacidad reproductora». <sup>6</sup> La convocatoria para realizar un segundo Papanicolau deja a la mujer enferma de terror. Dada la propaganda exagerada que se ha hecho de la prueba, la mujer está convencida de que le ocurre algo realmente grave. Después de todo, si fuese cierto que las células atípicas suelen desaparecer de manera espontánea, ¿qué sentido tendría pasar por todo el ritual humillante de la prueba, para empezar? La mujer a la que se convoca para una repetición de la prueba puede recibir un resultado negativo y el diagnóstico de que todo está resuelto al cabo de la segunda o tercera citología, pero ¿lo creerá? Si continúan convocándola, cada tres meses o incluso cada mes, es muy probable que procure asegurarse de que no tiene un cáncer cervical optando por una histerectomía y dando pasos para que se la practiquen. Una histerectomía es una intervención importante con un período de recuperación largo. La mujer histerectomizada tendrá que seguir una terapia de reposición hormonal y permanecer “bajo control médico” durante un largo tiempo, quizá durante el resto de su vida.

La mujer cuya muestra se ha clasificado como positiva ya no tendrá la posibilidad de elegir qué va hacer a continuación. Es posible que le propongan una colposcopia, o sea, un examen microscópico del cuello del útero mediante un colposcopio, o una especuloscopia, un examen más moderno en el que se emplean productos químicos luminiscentes. Si se detecta una zona anómala, pueden extraerle una muestra mediante una biopsia por punción. Una biopsia cónica en la que se extrae una cantidad bastante mayor de tejido requiere anestesia

general. El médico o la médica puede sugerir un tratamiento diatérmico —en el que se secciona el tejido anómalo con un aro de metal al rojo— o con rayos láser para destruir las células afectadas; ambas intervenciones requieren anestesia local. La criocirugía, que elimina las células anómalas por congelación, no requiere ningún tipo de anestesia. La cauterización del cuello del útero por electrodiatermia requiere anestesia general y está cayendo en desuso. Todos estos procedimientos se han empleado con una frecuencia excesiva. Después de un desembolso de más de 100 millones de libras esterlinas en el programa de revisiones periódicas, 1.500 mujeres seguirán muriendo cada año de cáncer cervical.

Curiosamente, poco se ha dicho sobre el procedimiento seguido para obtener la muestra. Un estudio realizado en 1980, en los Estados Unidos, reveló que sólo un 16% de los médicos o médicas se preocupaban de asegurarse de que las muestras procedieran del canal endocervical, probablemente porque hurgar en la abertura del cuello del útero hace daño. En noviembre de 1993, estalló una oleada de indignación en Gateshead cuando «se autorizó a un médico que había cometido errores en la obtención de centenares de muestras cervicales a seguir utilizando un método poco ortodoxo gracias al apoyo de un oncólogo de fama mundial», o esa fue la versión que ofreció el diario regional. El doctor Felix Lustman pudo continuar «realizando la prueba con el dedo» sin usar un espéculo. El destacado especialista había declarado que las muestras obtenidas por el doctor Lustman eran «de excelente calidad» y que «su capacidad para identificar anomalías en el cuello del útero y detectar un cáncer merece ser calificada como excelente». El doctor Lustman puede ser uno de esos escasos médicos diestros en el examen pélvico bimanual, que consiguen palpar con las yemas de los dedos más de lo que otros logran observar a través del microscopio, pero un nuevo oprobio se añade a lo anterior a la vista de que el destacado

especialista aclaraba a continuación que Lustman no solía emplear el espéculo porque había constatado que «muchas de sus pacientes, que eran de extracción socioeconómica baja, lo rechazaban». Existen buenos motivos para rechazar el espéculo, que suele estar frío y tener rebordes duros que se clavan, y cuya inserción resulta dolorosa aunque no llegue a pellizcar los tejidos de la cavidad vaginal. El dolor físico también puede ir acompañado de malestar psicológico; es posible que una exploración manual resulte menos traumática para las mujeres cuyo pudor se ve ofendido al verse obligadas a yacer despatarradas y con la vagina abierta a la vista. Lo cierto es que más de 700 pacientes de Lustman fueron convocadas para una segunda prueba; un centenar no acudieron y de las más de 600 a quienes se realizó un segundo examen, siete recibieron un resultado clasificado como positivo y se las citó para nuevas exploraciones.

No existe un consenso en cuanto al procedimiento de examen, la frecuencia con qué debe realizarse y ni siquiera a quién se debería examinar. En Gran Bretaña, la política de los servicios sanitarios es examinar periódicamente “una vez cada cinco años como mínimo” a todas las mujeres de entre 20 y 64 años de edad. En 1988, el Colegio Americano de Obstetricia y Ginecología (ACOG) y la Asociación Americana contra el Cáncer llegaron a la conclusión de que las mujeres deberían realizarse la prueba de Papanicolau tres veces al año a partir de los 18 años o antes si ya habían tenido relaciones sexuales. Si las tres primeras pruebas resultasen negativas, se podría ampliar su frecuencia, si bien el ACOG sigue recomendando un examen anual a las mujeres que han tenido más de una pareja sexual o cuya pareja ha tenido más de una pareja sexual, o que iniciaron la actividad sexual antes de los 18 años, o estuvieron expuestas al dietilestilboestrol *in utero*, o que han tenido verrugas genitales o cualquier otra enfermedad de transmisión sexual; lo cual parece incluir prácticamente a todas.

Según declaró el equipo médico del Nine Wells Hospital de Dundee: «Hace tiempo que sospechábamos que la NEC se desarrolla predominantemente en mujeres jóvenes. Nuestros datos indican que es sumamente raro que se desarrolle *de novo* una NEC en mujeres mayores». <sup>7</sup> Este descubrimiento no era uno de los resultados que se esperaba conseguir con un programa de revisiones periódicas masivas y tal vez sea una de las pocas ventajas claras que acabe reportando. Los beneficios de dicho descubrimiento se evaluaron sobre todo en términos económicos; suprimir las revisiones de las mujeres mayores de 50 permitiría reducir en un 18% la amplitud y los costes del programa de revisiones masivas. El equipo médico de Dundee pensaba que los recursos liberados merced a la exclusión de las mujeres de más de 50 años se podrían destinar a reducir de cinco a tres años el intervalo entre los exámenes o a permitir que los laboratorios dedicasen más tiempo al examen de cada muestra. De hecho, su descubrimiento no parece haber tenido ninguna repercusión y se siguen haciendo revisiones periódicas a las mujeres mayores de 50 años.

El Gobierno británico inició, en abril de 1993, una investigación independiente sobre las serias discrepancias observadas en el programa de exámenes cervicales de Strathclyde. <sup>8</sup> Un muestreo al azar realizado por el Comité sanitario de Argyll y Clyde había reforzado la impresión de que un número excesivo de resultados de las pruebas se clasificaban como negativos; la aparición de un cáncer cervical en una mujer cuya citología se había clasificado como negativa levantó los primeros recelos. Se descubrió que desde 1987 se venían cometiendo sistemáticamente errores en la interpretación de las pruebas. También se detectaron insuficiencias en el sistema de comprobación. Los y las profesionales eran muy conscientes del pánico que podían provocar al convocar a las mujeres para realizar nuevas pruebas. Se cansaron de repetir que los problemas eran de orden técnico y que ya se sabía que la ma-

yoría de las mujeres convocadas para un segundo examen no presentarían ninguna anomalía. La política intentó pescar en río revuelto. El doctor Norman Dogman, diputado de la oposición laborista por Greenock y Port Glasgow reclamó una investigación exhaustiva «dirigida por una jueza, que permita restablecer la confianza en el servicio de citologías cervicales». En junio de ese mismo año, un hospital local de Norfolk anunció el despido de un técnico de laboratorio y que la gerencia había decidido repetir 3.000 pruebas de Papanicolau.

Cada vez que la prensa informa de que una autoridad sanitaria se ha visto obligada a convocar a las mujeres ya examinadas porque un segundo examen de sus citologías ha llegado a conclusiones distintas sobre su clasificación, una oleada de pánico recorre el país. En noviembre de 1997, una verificación al azar de 500 citologías realizadas por la autoridad sanitaria de Warwickshire, entre enero de 1995 y abril de 1997, reveló que se habían clasificado erróneamente como negativas 17 de las muestras; a la vista de ello, se ordenó la revisión de 18.000 pruebas. Como resultado de la revisión de 3.930 muestras examinadas en el Royal Berkshire Hospital entre 1992 y 1994, en diciembre de 1998, se volvió a convocar a seis mujeres para una colposcopia y se recomendó a otras 65 que repitiesen la citología. En enero de 1998, la autoridad sanitaria de Kent anunció que se había repetido la evaluación de 91.000 muestras; 30 mujeres tuvieron que someterse a una histerectomía y ocho habían fallecido de cáncer después de haber recibido un diagnóstico negativo erróneo. Más de un millar de mujeres no se podían considerar libres de toda sospecha; 114 habían cambiado de domicilio y no fue posible localizarlas. Las muestras de siete de éstas últimas revelaban anomalías graves. Una semana después, la autoridad sanitaria de Lincoln también se vio obligada a comunicar que iba a convocar a las mujeres para una repetición de la prueba porque el diagnóstico negativo de 180 muestras, sobre un total de 317, había resultado ser erróneo.

A pesar de que la baronesa Jay, Ministra de Salud laborista, anunció la firme decisión de su Gobierno de «restablecer la confianza de la opinión pública en el proceso de revisiones periódicas masivas», a esas alturas ya era innegable que dicha confianza era inmerecida. La doctora Angela Raffle, asesora sobre temas de salud pública, se atrevió a decir la verdad, esto es, que los exámenes cervicales periódicos son, en realidad, un procedimiento «caro, complejo y relativamente ineficaz. Sólo se detectan un 50% de los casos y los excesos en el diagnóstico y el tratamiento son enormes y se están incrementando». Y luego añadió: «Las revisiones periódicas se han convertido en cierto modo en un símbolo feminista y resulta muy difícil explicar que el cáncer cervical ya era una causa de mortalidad infrecuente y con una incidencia decreciente antes de que se iniciasen las revisiones periódicas masivas».<sup>9</sup> Los gobiernos, dominados por los hombres, se muestran notoriamente indiferentes a los “símbolos feministas” y raras veces, por no decir nunca, invierten enormes cantidades de dinero en ellos. El Gobierno de los Estados Unidos no se gasta 4.500 millones de dólares al año en citologías debido a las presiones de un puñado de feministas vocingleras, sino como respuesta al poder y las prioridades del *establishment* médico.

Los programas de revisiones cervicales masivas continúan proliferando a pesar de los costosos problemas que han generado y el entusiasmo por someter a revisiones periódicas a poblaciones enteras de mujeres no amaina. Los exámenes mamarios plantean casi tantas dificultades como las revisiones cervicales, pero aun así se acaba de proponer que se someta a todas las mujeres británicas a análisis para detectar la posible presencia de la proteína CA125 en la sangre como un medio de detección del cáncer de ovarios. Cada año se diagnostica un cáncer de ovarios a 6.000 mujeres y 4.000 fallecen por esta causa. Si las y los profesionales clínicos consiguen demostrar en un plazo de unos siete años que esta prueba permite salvar

vidas, las mujeres pueden contar con que se las someterá a una tercera serie de revisiones, además de las mamografías y las citologías. Los resultados serán 50 falsos positivos por cada caso real detectado y una ligerísima reducción de la tasa de mortalidad, en el mejor de los casos, dado que la proteína no se encuentra en la sangre hasta que el cáncer ya está bastante avanzado. Lo cual no significa que no se vayan a introducir las revisiones periódicas. Cuando una superviviente de un cáncer de ovario británica compareció en una conferencia de prensa para declarar rotundamente que: «desde luego, se debería examinar a todo el mundo», el Saint Batholomew's Hospital ya había llevado a cabo un programa piloto a escala nacional en cuyo marco se examinó a una muestra de 120.000 mujeres de la población general y a 3.000 procedentes de un colectivo de familias con un alto riesgo.

En la profesión médica no existe ningún grupo de presión que haga campaña a favor del derecho a salvar la vida de los hombres mediante exámenes periódicos de la próstata. De vez en cuando, escuchamos declaraciones de profesionales que lamentan que los hombres sean tan reacios a dejarse explorar, examinar y radiografiar de manera rutinaria, pero hasta el momento han resistido con éxito la tentación de establecer un servicio de revisión periódica masiva para los hombres, por las mismas consideraciones que deberían haber impedido la implantación de programas de revisión para las mujeres. Existe una fuerte sospecha de que los hombres no se van a mostrar más dispuestos a someter sus testículos a la atención oficial que a ponerse bufanda cuando hace frío y procurar no mojarse los pies. El servicio existe para quienes deseen hacer uso de él y se considera que con eso basta. Los hombres tienen derecho a cuidar de su salud, o no, según les parezca más conveniente; las mujeres, en cambio, están obligadas a recibir cuidados, les guste o no. Es mucho más probable que las revisiones periódicas alteren el ánimo de las mujeres que no que

les salven la vida. Se obliga a las mujeres a pasar por las revisiones del sistema sanitario como se conduce a un rebaño de ovejas por una cañada. La enfermedad por la que se las está tratando es su condición de mujeres.

LA MENTE

## EL TRABAJO

Además de realizar todo el trabajo de la reproducción humana, las mujeres también se han ocupado siempre de la mayor parte del trabajo necesario para la supervivencia humana. Mientras el cazador-recolector se paseaba cargado únicamente con su lanza o su palo arrojadizo, su compañera le seguía llevando a cuestas su criatura, su cobijo, su reserva de alimentos y su palo de cavar. Ella recogía la leña para el fuego y acarreaba el agua. Ella cocinaba los alimentos. La universal “división del trabajo” entre los sexos consistía, de hecho, en la asignación de las tareas cotidianas a la mujer, de manera que el hombre pudiera practicar sus aficiones: el deporte, el juego, las fantasías, los rituales, la religión y la expresión artística. Cuando se domesticaron los animales de tiro, el hombre se encargó de conducirlos. Si el animal moría, la mujer tiraba del arado y el hombre la dirigía. Todavía en la actualidad, en muchas familias agricultoras se trata con más consideración a los valiosos animales domésticos que a la mujer, que se puede reemplazar por otra. Por pesado que fuese el trabajo, ello nunca ha eximido a las mujeres de él; al contrario, las mujeres más bien han tenido vedado el acceso a los trabajos que requerían inteligencia o capacidad de gestión, aunque sólo se tratase de conducir a un asno. En algunas partes del mundo, todavía se puede ver al campesino montado en su asno mien-

tras su esposa camina a su lado. El equivalente en el mundo rico es el marido que conduce un coche mientras su mujer va a pie o coge el autobús. En todo el mundo, las mujeres realizan los trabajos pesados, mecánicos, repetitivos. Las mujeres recorren muchos kilómetros para recolectar trabajosamente la leña para el fuego y transportarla hasta su casa cargada a la espalda o sobre la cabeza. Aunque el agua es pesada, no son los hombres quienes se encargan de acarrearla. En cuanto se descubre una fuente de energía capaz de aliviar alguna tarea, los hombres se apropian de ella. Donde las tareas de labranza se ejecutan con la azada, las mujeres se encargan de ellas; cuando aparece el tractor, lo conducen los hombres. Cuando un proyecto de las Naciones Unidas en Asia repartió bicicletas entre las vendedoras que acudían al mercado, los hombres se las apropiaron para su propio uso y sus mujeres siguieron yendo al mercado andando, como habían hecho siempre, cargando su pesada mercancía sobre la cabeza.

---

Todas las estudiosas y estudiosos coinciden en que, incluso en los informes que parecen indicar que los maridos de las mujeres que tienen un empleo colaboran estadísticamente más [en el trabajo doméstico], el incremento en términos absolutos es mínimo y las mujeres casadas que tienen un empleo siguen realizando el grueso del trabajo familiar.

JOSEPH H. PLECK, sociólogo<sup>1</sup>

---

Las mujeres son el sexo trabajador. Las niñas aprenden desde muy pequeñas que su tiempo debe estar dedicado a trabajar. Puesto que una gran parte del esfuerzo que realizan las mujeres ni siquiera se reconoce como trabajo, resulta difícil establecer comparaciones entre su carga de trabajo y la de los hombres. El tiempo que una mujer pasa con sus hijas y/o hijos no se considera trabajo, aunque la madre no lo dedique a leer mientras la criatura corretea entre sus piernas, sino a en-

señarle a hablar, a perfeccionar sus habilidades sociales, a responder a sus preguntas, a atender a sus preocupaciones, a prepararla para la actividad escolar. Una mujer que trae al mundo una criatura lo hace a sabiendas de que durante dieciséis años tendrá ocupado cualquier tiempo libre del que pueda haber disfrutado hasta entonces; sin embargo, si no obtiene ninguna remuneración, en las estadísticas aparecerá como una persona ociosa, económicamente inactiva. Los análisis económicos convencionales, basados en el “producto nacional bruto” o el “producto interior bruto”, sólo pueden tomar en consideración las actividades en las que interviene un flujo monetario. El Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas publicó, en 1995, un Informe sobre el Desarrollo Humano en el que por primera vez se intentaba reflejar la aportación no remunerada de las mujeres, cuyo valor se estimó en 11 billones de dólares en todo el mundo; el trabajo no remunerado de los hombres se evaluaba en 5 billones de dólares, o sea, menos de la mitad. Con los métodos convencionales de recogida de datos, gran parte del trabajo de las mujeres resulta tan invisible como el trabajo de los animales. Los recientes intentos de reunir datos comparados sobre diferentes tipos de actividades en circunstancias económicas muy diversas, como respuesta a las presiones feministas para lograr que se reconozca la contribución de las mujeres, no han resultado del todo satisfactorios.<sup>2</sup> En *Las mujeres en el mundo 1995*, las y los analistas de las Naciones Unidas intentaron reflejar el uso del tiempo de las mujeres más que su participación en la fuerza de trabajo, pero la interpretación de los datos en bruto procedentes de los diferentes países plantea dificultades. Un estudio francés llegó a la curiosa conclusión de que los hombres empleados realizan dos horas diarias de trabajo doméstico durante todo su ciclo de vida, mientras que las mujeres dedican 3,4 horas diarias al trabajo no remunerado, que se elevan hasta 4,5 horas diarias entre los 25 y los 64 años de edad. Igual-



mente desconcertantes resultaron los datos sobre las horas que trabajan semanalmente las mujeres, que aparentemente representaban un número superior que en el caso de los hombres en todos los países desarrollados, excepto en los Estados Unidos. Cuando leemos que el trabajo que realiza semanalmente una mujer española representa 23 horas más que el de un hombre, mientras que en el caso de una mujer británica la diferencia es de sólo seis horas, es inevitable concluir que se están aplicando conceptos distintos de “trabajo semanal”. En todo el mundo, el trabajo no remunerado presenta un fuerte sesgo de género; en el mundo desarrollado, las mujeres realizan tres cuartas partes de todo el trabajo de preparación de los alimentos y de limpieza; en algunos países esta proporción se eleva hasta el 90%. Según un estudio canadiense reciente, un 52% de las mujeres de Canadá empleadas a jornada completa no reciben ninguna ayuda en las tareas domésticas y un 28% asumen la mayor parte de las mismas; sólo un 10% tenían una pareja que asumía su parte alícuota, con un reparto más o menos equitativo.

Todos los estudios revelan que el ocio es un privilegio masculino. Además, se permite que los hombres se apropien de una parte del dinero que ingresa en el hogar para gastarlo en sus actividades de ocio; el coste de sustitución del equipo de pesca de un padre, su amigo y sus hijos, arrastrado por las recientes riadas de Cambridgeshire cuando se encontraban acampados a orillas de un río, se valoró en 7.000 libras esterlinas. Todos los esfuerzos de las compañías discográficas para conseguir que las mujeres inviertan dinero en sus productos fracasan porque, aun suponiendo que se sintiesen autorizadas a gastar tanto en productos de uso personal, las mujeres no tienen tiempo para sentarse a escuchar discos compactos. El contraste entre los patrones de gasto masculinos y femeninos no se observa exclusivamente en el mundo desarrollado. Leena Kirjavainen, directora de la División de Mujeres y Población

de la FAO, señaló en noviembre de 1996 que: «Cuando se entrega el dinero [de la ayuda al desarrollo] a las mujeres, en general lo dedican a mejorar la alimentación, el vestuario y el bienestar de la familia. Cuando se entrega a los hombres, tienden a gastarlo en artículos electrónicos, una bicicleta nueva, a veces, o –para ser realmente sincera– en prostitutas, bebidas alcohólicas y otras formas de consumo que no benefician a la familia».

---

El número de hombres desempleados, excluidos los estudiantes, que no están buscando un empleo aumentó de 800.000 en 1979 a 2,3 millones en 1997.

Employment Policy Institute

---

Los hombres consideran los fines de semana como un tiempo libre, que dedican a la práctica más o menos seria del deporte o a su contemplación, o no, según les apetezca. Las mujeres que tienen un empleo aprovechan los fines de semana para ponerse al día con las tareas domésticas que les han quedado pendientes al cabo de una semana agotadora. Están agradecidas si su compañero se lleva a los críos para que puedan trabajar tranquilas; aunque el paseo nunca suele durar demasiado.

Se ha condicionado a las mujeres para que piensen que el trabajo de los hombres es más duro y más estresante que el suyo, lo cual es un engaño. Más bien parece que a los hombres les molesta trabajar y aspiran claramente a no hacer nada, aspiración que no comparten las mujeres. El amor al ocio es otra característica heredada por el *Homo sapiens* masculino de sus antepasados antropoides; una estudiosa de la conducta animal comentó que «le resultaba sumamente difícil observar a un gorila macho aislado durante ocho horas seguidas porque hace muy pocas cosas». <sup>3</sup> Las hembras, sean gorilas o abejas obreras, son seres naturalmente hacendosos, lo cual apunta

hacia otra posible causa de la irritación de los hombres contra las mujeres que penetran en sus territorios. No quieren que quede desenmascarado el mito de la energía y la intencionalidad de los esfuerzos masculinos. Se podrían ver obligados a trabajar en serio, con la consiguiente pérdida de estatus ante los demás varones de la categoría alfa. En las jerarquías masculinas, el ocio aparece asociado a un mayor estatus. La pesca es el deporte más popular en Gran Bretaña debido a que es una excusa para pasarse días enteros sin hacer absolutamente nada.

Cuando yo era pequeña, las niñas se tenían que quedar en casa para hacer las tareas domésticas mientras a los niños los enviaban a jugar fuera. Medio siglo después, ya no se manda a los niños a jugar fuera de casa porque el exterior es peligroso para los menores de cualquier sexo. Aun así, los niños no participan en las tareas domésticas, sino que permanecen en su cuarto jugando con sus juguetes de chicos (que es lo que explica que dominen el manejo de los ordenadores mucho mejor que las chicas). Puede ocurrir que las madres concienciadas procuren enseñar a sus hijos que no deben esperar que las mujeres hagan su trabajo doméstico, pero con escaso éxito, como es notorio. Cuentan que cuando se admitió por primera vez el ingreso de mujeres en el King's College de Cambridge, un *don* comentó con cinismo: «Ahora los hombres conseguirán que les laven la ropa gratis». Los hombres dicen que no les importa que sus guaridas estén hechas un asco y apesten a ropa sucia; las mujeres que comparten esas guaridas acaban haciendo el trabajo doméstico como una medida de autodefensa. «A mi no me preocupa cómo esté la cocina. Si quieres tenerla limpia, friégala tú», dice el guión masculino. A las niñas pequeñas se les sigue pidiendo que sean ordenadas y que vayan aseadas, y las chicas mayores mantienen la tradición. Gran parte del trabajo no remunerado que realizan las mujeres jóvenes está dedicado a mantener su cuerpo depilado,

desodorizado y en estado de revista. Los chicos no están sujetos a la misma obligación. En marzo de 1998, la revista para niñas *Mizz* publicó un artículo sobre los «Superguarros». El Guarro n.º 1 se pavoneaba: «Yo nunca ordeno mis cosas»; el Guarro n.º 2 alardeaba: «¡Algunos días no me levanto de la cama!» y su «conjunto favorito» era «un chándal que me pongo para ir de pesca, lleno de agujeros y pegotes de pescado. También tengo un par de zapatillas de deporte que apestan». Al Guarro n.º 3 le gustaba «quedarme tumbado en el sofá y pasarme las horas allí tirado con el mando a distancia en la mano, haciendo *zapping*».

Las encuestas internacionales indican que en el mundo desarrollado está aumentando la parte del trabajo no remunerado que realizan los hombres, pero la proporción sigue siendo muy baja, a pesar de que en los cálculos no se hace ninguna distinción entre los trabajos de jardinería y bricolaje, que en ambos casos son *hobbies*, y las ineludibles tareas cotidianas repetitivas, que recaen sobre las mujeres. Las encuestas británicas recientes que indican que un 26% de las mujeres no lavan *nunca* su propia ropa comparadas con un 57% de los hombres, y que un 7% de las mujeres no friegan *nunca* los platos comparadas con un 21% de los hombres, ofrecen una impresión muy distorsionada de la diferente aportación de hombres y mujeres. Estas últimas pueden dedicar hasta 64 horas semanales al trabajo doméstico, mientras que los hombres sólo le dedican una tercera parte de ese tiempo como máximo. A pesar de que en todos los países desarrollados existen leyes sobre la igualdad de salarios, que entraron en vigor hace ya 30 años, las mujeres siguen ganando menos que los hombres porque se atribuye un menor valor a los trabajos que ellas realizan. Además, no sólo cobran salarios más bajos, sino que también están discriminadas en materia de pensiones, prestaciones por enfermedad, condiciones de trabajo, formación en el empleo y oportunidades de promoción. Según los datos de la Nueva Encuesta de

Salarios de 1995, las mujeres constituían el 70% de los perceptores de los salarios más bajos y sólo el 10% de los perceptores de los salarios más altos. El viejísimo espectáculo en el que las mujeres aportan el esfuerzo y los hombres las dirigen es tan claramente visible en las universidades, escuelas y hospitales como entre los Um Sara fotografiados en 1993 para la revista *National Geographic*: mientras ella manejaba los pesados remos de la barca de su marido durante ocho horas diarias, con su criatura dormida bajo el travesaño, él se ocupaba de la tarea mucho más liviana de lanzar su red al Nilo y volver a izarla luego.

En diciembre de 1997, la consultora Towers Perrin comunicó a la Universities and Colleges Employers Association (Asociación de Universidades y Colegios Universitarios en su calidad de Empleadores) –un consorcio de 110 organizaciones que temía estar expuesto a una demanda debido a que la remuneración pagada a las mujeres era invariablemente inferior a la que percibían los hombres– que el 62% de los puestos de trabajo ocupados por mujeres estaban subvalorados sistemáticamente, frente a un 32% de los puestos ocupados por hombres, en todas las categorías de trabajo –académico, administrativo, manual y técnico– en el ámbito de la enseñanza superior. Las habilidades y conocimientos que aplicaban las mujeres en su trabajo, ya fuese como coordinadoras de guardería, secretarías o supervisoras de los servicios de limpieza, estaban menos valorados que las habilidades y conocimientos de los guardias de seguridad, responsables de edificios y mecánicos. Otros estudios han revelado que los ingresos obtenidos por una mujer a lo largo de su vida serán significativamente inferiores a los de los hombres de su misma profesión; por ejemplo, una enfermera acabará ganando 50.000 libras esterlinas menos que un enfermero a lo largo de su vida activa. La diferencia no se debe únicamente a las diferencias salariales, sino también a las restricciones en relación con el trabajo

de horas extra y en materia de promoción. Las mujeres no disponen de tiempo libre para dedicarlo a su empresa. Muchísimas mujeres no duermen lo suficiente. Las mujeres que tienen que afanarse continuamente para atender a todas las tareas del día suelen sentirse angustiadas y culpables, temerosas de no poder abarcarlo todo, obligadas a dejar de lado alguna cosa de vez en cuando o a resolverla a la ligera, sin poder ofrecer la debida atención a una criatura o al marido o a un proyecto.

Las mujeres trasladan su preocupación por la calidad de su aportación a las negociaciones con la empresa, lo cual las coloca en una situación de clara desventaja. Los análisis sobre el empleo revelan que ninguna mujer responde a las ofertas de empleo con un salario de 40.000 libras anuales, pero en cambio muchas se presentan gustosas como candidatas para el mismo puesto cuando el salario ofrecido es de 20.000 libras anuales. Jane Wellesley, una empresaria que ha triunfado, declaró: «Yo creo que a las mujeres les preocupa más la satisfacción en el trabajo que obtener prebendas e ir escalando posiciones. Los hombres, en general, se saben promocionar mejor». ¿Quién aspiraría a un mero salario si puede obtener satisfacción de su trabajo? Muchas mujeres se comportan como si le estuviesen realmente agradecidas a su empleador y parecen encantadas de que cada vez les confíen más tareas, sin pararse a considerar si sus colegas masculinos hacen una cantidad equivalente. Si las propias mujeres valoran menos su aportación que la de los hombres, los jefes de personal lo aprovecharán para situarlas en el lugar más bajo posible de la escala salarial.

---

«Su trabajo es importante, pero no es valioso.»

Pueden encontrar este y otros ejemplos de ensañamiento patronal en: <http://www.disgruntled.com/>  
<http://www.myboss.com/>

---

La valoración de los puestos de trabajo es una tarea delicada, aunque el trabajo carece de un valor intrínseco. El trabajo vale lo que el trabajador o la trabajadora puede conseguir que la empresa le pague por él, ni más ni menos. Los sectores femeninos de empleo nunca han llegado a desarrollar estrategias colectivas eficaces para proteger su remuneración y sus condiciones de empleo, y mucho menos para imponer subidas salariales, lo cual explica la preferencia por incorporar a mujeres antes que a hombres a la fuerza de trabajo deconstruida de los noventa. La valoración de los puestos de trabajo acompañada de acciones legales puede llegar a equiparar el valor percibido de los empleos femeninos y masculinos; mientras tanto, el empleador recurre a toda una serie de estrategias para reducir al mínimo posible la remuneración y el poder de las y los asalariados. Los sindicatos tradicionales impusieron el reconocimiento de elites definidas por ellos mismos dentro de la fuerza de trabajo y sobrevaloraron el trabajo de sus afiliados frente al de las trabajadoras subordinadas de sus propias organizaciones. En la década de los ochenta se procedió a la “castración” de la fuerza de trabajo; en los noventa, continuó la operación de cambio de sexo y ésta pasó a ser femenina en una proporción superior al 50%. Los culpables de que esto pudiera ocurrir fueron los propios sindicatos. Su derrota sólo fue posible porque jamás reconocieron la necesidad de organizar a todas las personas empleadas, incluidas las mujeres, para que luchasen por un salario y unas condiciones de trabajo aceptables, o de defender el derecho de todos los trabajadores y trabajadoras a un salario digno, que permitiera vivir, y a unas condiciones de empleo justas. Las mujeres que protestaron contra el trato inhumano lucharon a veces durante años sin recibir ninguna muestra de solidaridad de la jerarquía sindical. En el caso más reciente, 53 trabajadoras de los servicios de limpieza del hospital de Hillingdon, despedidas por negarse a firmar nuevos contratos por un salario más reducido, re-

cibieron en un primer momento el apoyo de su sindicato; luego éste negoció un acuerdo sin molestarse en obtener su consentimiento. La mayoría de las mujeres lo rechazaron, ya que no incluía su readmisión. El sindicato les retiró su apoyo y las mujeres perdieron el juicio por despido injustificado a resultas de ello. En el momento de escribir estas líneas, todavía mantenían un piquete frente al hospital.

Para comprender el poder masculino es importante tener presente que las oligarquías masculinas no sólo excluyen a todas las mujeres, sino también a la mayoría de los hombres. A las elites masculinas les preocupa tanto mantener su influencia sobre los demás hombres de su organización como la defensa global de la misma. El movimiento obrero, absorto en la “preocupación viril” por los forcejeos por el poder dentro de sus propias organizaciones y por evitar al mismo tiempo cualquier erosión de su condición de elite, dejó sin representación a un gran contingente de trabajadoras y trabajadores. Al capital le bastó resistir los ataques organizados contra su poder intrínseco el tiempo suficiente para socavar los antiguos sistemas de negociación colectiva y proceder a sustituir luego la fuerza de trabajo sindicada por otra más maleable, reclutada en gran parte entre los colectivos poco exigentes de trabajadoras. La inmensa mayoría de las trabajadoras de la industria moderna, empleadas en su mayor parte en el sector de servicios, carecen de seguridad en el empleo, gozan de escasas prebendas y su cobertura social es escasa o nula. En Gran Bretaña, más de seis millones de trabajadoras, la mitad de la fuerza de trabajo femenina, cobran un salario inferior al mínimo que el Consejo de Europa define como el “umbral de la decencia”. El nuevo Gobierno laborista, que en su programa electoral se comprometió a establecer un salario mínimo a escala nacional, lo ha fijado a un nivel inferior a dicho umbral de decencia, aceptando como válido el argumento conservador según el cual los empresarios despedirían a un enorme nú-

mero de trabajadores y trabajadoras si se les obligase a pagar un salario que permita vivir. Treinta años atrás, un trabajador podía mantener a su familia con su sueldo; ahora se necesitan los ingresos de dos personas para que una familia con hijos y/o hijas pueda mantener un nivel de vida aceptable. Es posible que los trabajadores mejor remunerados de Gran Bretaña puedan mantener a su familia con sus solos ingresos, pero la contrapartida es la semana laboral más larga de Europa. Quizá puedan pagar las facturas, pero no les queda tiempo para nada más.

Resulta difícil conciliar la impotencia de la fuerza de trabajo del siglo XXI con el triunfalismo del *lobby* que proclama que el “futuro tiene nombre de mujer”.

Es posible que a las mujeres les vaya mejor en el mundo del trabajo, pero éste ya no es lo que era.<sup>4</sup> El hecho de que un mayor número de hombres que de mujeres presentasen denuncias ante la Comisión de Igualdad de Oportunidades en 1995, más que un reflejo de la incidencia real de la discriminación sexual en el mercado de trabajo, es una muestra de que los hombres están más dispuestos a hacer uso de los instrumentos a su alcance para plantear sus quejas, una expresión de su voluntad de luchar. Las vidas de los hombres siguen estando organizadas de manera que todavía les quedan tiempo y energías para luchar; en general, salvando las excepciones, no suele ocurrir lo mismo con las vidas de las mujeres. En la actualidad, prácticamente la totalidad del medio millón de trabajadores externos de Gran Bretaña, que ahora reciben indistintamente el nombre de trabajadores en el domicilio, son mujeres. Los fabricantes las emplean para que trabajen a destajo en su casa. La trabajadora externa media tiene hijos y/o hijas, trabaja treinta horas a la semana y puede llegar a ganar apenas 56 libras esterlinas por el trabajo de toda una semana. Ahora que los trabajadores y trabajadoras a tiempo parcial tienen garantizados los mismos derechos que los empleados a

jornada completa, es muy probable que la empresa obligue a la trabajadora externa a inscribirse como autónoma, lo cual significa que en vez de usar los bienes de equipo de la fábrica y figurar en nómina, tendrá que arrendar el equipo y cubrir sus gastos antes de empezar a ganar el primer penique.

El crecimiento imparable del paro masculino ha obstaculizado la plena aceptación de la incorporación de las mujeres al empleo. A pesar de que un estudio realizado por un equipo de la Universidad de Cambridge en 1996 constató que la proporción de personas que dicen estar de acuerdo con la afirmación de que es el hombre quien debe llevar el dinero a casa había descendido de un 65% en 1984 a un 43% en 1994, los hombres seguían oponiéndose a que las madres trabajasen fuera de casa. Tanto los hombres como las mujeres opinaban que las responsabilidades familiares, sobre todo cuando hay criaturas pequeñas, deben tener prioridad. Un número relativamente escaso de hombres y de mujeres se mostraron de acuerdo con la afirmación de que la mujer y su familia son más felices cuando ella sale a trabajar fuera.<sup>5</sup> Me pregunto qué responderían si se les preguntase si les haría felices tener que renunciar a la calefacción central, o al vídeo, o a los juegos de ordenador, o a las vacaciones, que el sueldo de la madre contribuye a pagar. Lo que es seguro en cualquier caso es que la madre que trabaja fuera de casa dedicará una parte muy escasa de sus ingresos a sus gastos personales y ninguna a actividades de ocio, del tipo que sean. De hecho, la mayor parte del 45% de madres británicas que realizan un trabajo remunerado no tienen la alternativa de quedarse en casa; están obligadas a salir a ganar dinero para contribuir a pagar las deudas familiares y los intereses. Sus hijas e hijos se ven afectados porque las madres que trabajan no tienen acceso a servicios de atención infantil a un precio asequible. Casi la mitad tienen que recurrir a la ayuda no remunerada de amistades o personas de su familia. Sólo una cuarta parte de las madres británicas que

trabajan fuera de casa pagan por el cuidado, profesional o informal, de sus hijos e hijas. Gran Bretaña, con seis millones de menores de ocho años, sólo cuenta con 700.000 plazas regladas de guardería; el coste de estos servicios es del orden de las 3.000 libras anuales por niño o niña. Sólo un 2% de las plazas para niños y niñas de entre 3 y 5 años y un 5% de las destinadas al grupo de entre 6 y 11 años están financiadas con fondos públicos. Sólo un 2% de los empleadores ofrecen servicio de guardería en el lugar de trabajo; otro 2% ofrecen bonos de guardería. En 1996, cuatro de cada cinco madres declararon en una encuesta del Instituto de Estadística británico que querrían trabajar si pudiesen conseguir servicios de atención infantil adecuados, y una cuarta parte de las madres empleadas a tiempo parcial manifestaron su deseo de trabajar más horas si dispusiesen de esos servicios. El Gobierno laborista ha empezado a ofrecer bonificaciones a las madres empleadas para sufragar la atención de sus hijos y/o hijas, pero por un importe que sólo alcanza a cubrir una parte del coste de un servicio de atención profesional, adecuadamente supervisado, suponiendo que existiesen plazas disponibles.

Una mujer sin otras responsabilidades trabaja en el cuidado de su cuerpo, de su apariencia, durante las horas en que no está ocupada ganándose la vida. Quedarse en casa para lavarse el pelo significa no salir para trabajar en el cuidado de su apariencia. Cuando sale a trabajar fuera, también trabaja. Si tiene que llevar una casa, ese trabajo le ocupará muchas horas. Si tiene una relación de pareja con un hombre dedicará mucho más esfuerzo que él a mantenerla; si tiene una criatura, el trabajo de criarla recaerá sobre ella. Si tiene una persona mayor dependiente en su familia, trabajará para cuidarla. Sólo una ínfima fracción del trabajo que realizan las mujeres genera un ingreso. El resto lo hacen porque alguien tiene que hacerlo para que la vida sea vivible. La laboriosidad de las mujeres no tiene que ser forzosamente sinónima de opresión

si disfrutan con lo que hacen mientras lo están haciendo. El trabajo y el juego son manifestaciones del mismo afán humano de actividad. Muy pocas mujeres son capaces de permanecer sentadas sin alguna tarea entre manos; todos los hombres son capaces de pasarse horas sentados descansando. Las mujeres no saben salir de casa sin llevar algo consigo; los hombres procuran tener las manos libres e ir cargados con el menor número de estorbos posible. Las mujeres son personas atareadas; los hombres son personas ociosas. Los hombres han prescindido de la necesidad de ocuparse de su aspecto, más allá de la elección entre afeitarse o no. Su pelo requiere escaso mantenimiento; sus ropas son duraderas y adecuadas para que otros se encarguen de limpiarlas y lavarlas; sus ocupaciones domésticas están simplificadas al máximo.

Las mujeres son abejas obreras; los hombres son zánganos. Las leonas cazan para alimentar a sus cachorros y al padre de la camada; las monas se encargan de educar a las crías. Aunque los animales machos están visiblemente menos atareados que las hembras, los machos humanos han logrado convencer de algún modo a las hembras humanas de que quienes trabajan son ellos y no ellas. El trabajo que él hace es verdadero trabajo; el de ella se considera ocio indirecto. Cuánto trabajan realmente los hombres cuando están "en el trabajo" es una pregunta interesante y un enigma indescifrable. ¿Cuántas horas de sus largas jornadas de trabajo pasan los hombres en el *pub*, en el bar del tren, jugando al *squash* o al golf, o comiendo? A pesar de la imagen desenfadada que difunden los medios de comunicación sobre las mujeres que trabajan, los comensales que permanecen hasta entrada la tarde saboreando la última copa en los restaurantes de Londres siguen siendo hombres. Los hombres todavía no se han dado cuenta de que si las mujeres tienen que hacerse cargo de una parte tan importante del trabajo a cambio de tan poco, tener a un hombre en casa, lejos de ser una necesidad, se convierte en un

lujo. Muchas de las mujeres que este año se desembarazarán de un hombre que cree haber sido tan buen marido como era razonable esperar darán ese paso porque les daba demasiado trabajo. El coste en términos humanos de alimentarle, cuidarle, llevarle la corriente y financiar sus pasatiempos es absolutamente desproporcionado en relación con lo que ofrece a cambio, aunque sea un amante atento y sensible. Tal como están las cosas, en este fin de siglo, las mujeres tienen claro que ellas hacen todo el trabajo sin una participación equitativa en sus beneficios. Trabajar menos para obtener lo mismo tiene que llegar a aparecer por fuerza como una alternativa irresistible. Si los hombres desean tener el placer de convivir con mujeres y criaturas tendrán que enmendarse. Es posible que hacer todo el trabajo y no jugar nunca haya convertido a Juana en una persona incapaz de entender un partido de fútbol, pero jugar siempre y no hacer ningún trabajo convertirá a Juan en la más vulnerable de las criaturas: un hombre superfluo.

## EL TRABAJO DOMÉSTICO

En el nuevo milenio, el trabajo doméstico debería haberse abolido. En un mundo cuerdo, la repetición sin sentido de una actividad no productiva se interpretaría como una manifestación de un trastorno obsesivo-compulsivo. Se consideraría adictas a las personas que declarasen que les gustaba hacer el trabajo doméstico o que sentían la necesidad de hacerlo o que se sentían bien haciéndolo. En cuanto corriera la voz de que una persona limpiaba a diario el cuarto de baño, un equipo de terapeutas acudiría a su casa y se encargaría de hacerla volver a la realidad y a conectar de nuevo con el principio del placer. Se establecerían controles en las cajas de los supermercados y cualquier persona que comprase una cantidad excesiva de productos de limpieza sería considerada sospechosa de abuso de sustancias adictivas. Se procesaría a las empresas publicitarias que intentasen fomentar en las personas una dependencia creciente de los productos de limpieza y se embargarían sus cuentas bancarias. Sin embargo, en la realidad nos encontramos, en cambio, con que el profesor Jean-Claude Kaufman de la Sorbona nos dice que el trabajo doméstico constituye una experiencia profundamente sensual [...] para las mujeres, no para él. Las mujeres hacen ese trabajo pesado porque disfrutan haciéndolo; los hombres no gozan con ello y, por lo tanto, no hay que esperar que lo hagan. Resulta curioso, no

creen, cuánto saben los hombres sobre unas sensaciones que jamás han experimentado. Kaufman conoce a una mujer para quien fregar los platos es un estímulo que genera explosiones de goce. Según él, la ejecución rítmica, repetitiva, mecánica de una tarea funciona como un anticipo del sexo y produce una acumulación de tensión placentera que luego se libera en las relaciones conyugales. Como puede verse, no basta con fingir en la cama; ahora se espera que las mujeres finjan excitación sexual hasta cuando friegan el váter.

En el mundo dominado por Lever Brothers y Procter & Gamble, el trabajo doméstico se ha vuelto cada vez más complejo hasta convertirse en un tirano voraz, cuyas exigencias han abocado a muchas familias al endeudamiento y la desesperación. Actualmente, el trabajo doméstico no sólo requiere personas, sino también todo un despliegue de aparatos: aspiradoras, lavadoras, lavavajillas, secadoras, robots de cocina, hornos de microondas, neveras y congeladores, enormes cantidades de agua, energía y detergentes para alimentarlos, y una escuadrilla de técnicos encargados de atender sus problemas de funcionamiento, que cobran tarifas superiores a las de una visita médica a domicilio. Los “electrodomésticos” son caros, ruidosos, voluminosos y poco fiables, comparados con los aparatos industriales que realizan las mismas funciones. Cuando se desgastan, como es lógico que suceda, no hay manera de deshacerse de ellos. Los efectos del trabajo doméstico descontrolado se pueden ver en todos los ríos de aguas jabonosas y en cualquier vertedero de basuras, pero las probabilidades de que sea declarado ilegal son nulas. Al contrario, se persigue como delincuentes y se expulsa de un lugar a otro del país a las personas que viven en caravanas, chozas y tiendas donde no se ve ni rastro de metal cromado ni de fórmica, castigándolas por su resistencia a plegarse a las exigencias despiadadas del trabajo doméstico.

---

Los hombres dedican 21 horas semanales al deporte: 9 como practicantes, 8 como espectadores, y otras 4 “tomando copas con sus compañeros de afición”.

*Total Sport*, abril 1998

---

Aunque ya no tenga que fregar y encerar los suelos, ni resregar la ropa sobre la tabla de lavar, ni reservarse toda una tarde para planchar, la trabajadora doméstica sigue estando igualmente ocupada pasando la aspiradora, pulverizando y pasando la bayeta, y metiendo la ropa en la lavadora. La creciente presencia de cada vez más electrodomésticos en un número cada vez mayor de hogares ha supuesto muchos cambios, pero no ha aumentado el tiempo libre de la trabajadora doméstica (que, además, probablemente también tendrá que trabajar para ganar dinero para pagarlos). La evolución de las normas y criterios de limpieza ha determinado que tener la casa limpia ocupe ahora más tiempo que nunca. Es preciso pasar continuamente la bayeta por las encimeras de la cocina; el suelo se tiene que fregar cada vez que aparece el rastro de un zapato o de una pata; hay que limpiar la bañera después de cada baño y a menudo no se considera suficiente fregar el váter una vez al día. Cada pocos minutos, un anuncio de televisión ilustra cuál es la norma y muestra qué hay que hacer para cumplirla, ajustándole las clavijas al “ama de casa”, una expresión que se debería considerar tan chocante como la de “negro de plantación”. Un anuncio reciente de detergente Bold para la ropa muestra un plano de medio cuerpo de una mujer delgada y bien parecida, aunque no exageradamente atractiva. A sus espaldas se abre una puerta y entra corriendo un colegial. «Hola, Darren», le saluda ella. El chico no contesta. Entonces ella misma se responde: «Hola, mamá». Darren entra en el dormitorio y pone cara de asombro. «Gracias por arreglar mi cuarto, mamá», dice ella. El crío se quita a toda prisa la camisa del uniforme, coge una camisa limpia de una pila de ropa



cuidadosamente doblada (queda claro que se dispone a salir de nuevo enseguida). Cuando se pone la camisa perfectamente planchada, un efecto especial muestra los efectos de Bold. Mamá dice: «Gracias por lavarme la camisa, mamá». No obtiene respuesta. Luego añade: «Ya sé que en realidad me aprecias». Darren se contempla en el espejo con una sonrisa suficiente, como cabe esperar de cualquier mocoso descarado con una madre felpudo. Cabe suponer que el anuncio se presentó previamente a un grupo seleccionado de “amas de casa” en el momento de concretar el guión y luego de nuevo antes de emitirlo. Su reacción ante esta versión de la maternidad abnegada como método de formación de un tirano debió ser positiva o de lo contrario jamás se habría emitido. El financiero George Soros opina que las actitudes de las personas que ven anuncios como éstos ya han sido modeladas previamente por el marketing:

A medida que los mecanismos del mercado van ampliando su influencia, cada vez resulta más difícil sostener la ficción de que las personas actúan guiadas por valores de otro orden. La publicidad, el marketing, hasta el empaquetado, están pensados para modelar las preferencias de la gente y no sólo para responder a ellas como afirma la teoría del *laissez-faire*.<sup>1</sup>

Al mismo tiempo que el feminismo se esfuerza por transformar las actitudes, el marketing se encarga de borrar sus huellas. En un anuncio tras otro, la persona que ejecuta esas tareas mecánicas y rutinarias es una mujer con una sonrisa bobalicona, salvo cuando aparece un hombre con una sonrisa igualmente bobalicona para demostrar un nuevo procedimiento más adecuado que requiere una dosis todavía mayor del producto, mediante el recurso de dejarla totalmente en ridículo.

Las primeras aspiradoras fueron seguramente una bendición para quienes tenían alfombras que limpiar. Su aparición en el mercado coincidió con un creciente auge de las moquetas, como las que se veían en las películas, con lo cual pasar la aspiradora se convirtió en una necesidad cotidiana. El interés por las alfombras fue en aumento hasta que aparecieron tiendas dedicadas exclusivamente a su venta y que cada día venden más. Actualmente una puede enmoquetar toda la casa y no empezar a pagar hasta al cabo de seis meses. En seis meses, la moqueta ya estará gastada de tanto limpiarla. Las moquetas, que se limpiaban a diario con la aspiradora, ahora también se limpian regularmente con un producto especial. Hasta hace poco, una moqueta color pastel se consideraba absolutamente poco práctica y se fabricaban muy pocas; ahora se pueden adquirir moquetas de los colores más pálidos que quepa imaginar, incluso blancas, a escoger entre una docena de pesos y calidades. Toda clase de anuncios, desde los de alimentos para gatos hasta los de papel higiénico transmiten subliminalmente el mensaje que equipara una alfombra de color claro a limpieza, comodidad y lujo.

La trabajadora doméstica tiene que librar una batalla mítica contra las bacterias, representadas como seres inteligentes de apariencia perversa que asoman la cabeza por debajo del reborde del váter, dispuestas a infectar a los pequeños inocentes si la trabajadora doméstica tiene el descuido de permitir que sobreviva sólo una. Hay más bacterias en su boca y debajo de sus uñas y en su pelo que bajo el reborde del váter, pero nadie se lo dice. La vocación de la trabajadora doméstica es liberar al mundo de bacterias con la ayuda de un caballero de brillante armadura, un genio escondido en una botella, un tornado blanco. Es la faceta heroica del trabajo doméstico. La trabajadora doméstica sólo puede estar segura de haber cumplido su tarea después de rociar con productos a base de lejía cada intersticio y cada rincón de su casa, incluidos los desa-

gües. Las casas ya no huelen a comida; huelen a productos de limpieza. Como resultado, el ama de casa debe ocupar el baño de los acusados como la principal enemiga del medio ambiente. En la distorsión habitual del ideal feminista, nos dicen que el pulverizador y la bayeta liberan a la mujer de la parte más pesada del trabajo permitiéndole ahorrar el tiempo y el esfuerzo dedicados a restregar. A veces, vemos a un hombre que coge con suavidad el estropajo de las manos del ama de casa y le demuestra con fálico estilo magistral el poder penetrante del pulverizador. Las cocinas no son quirófanos y la asepsia es tan indeseable como imposible en una cocina, ya que sólo se puede conseguir mediante el uso exagerado de potentes productos químicos. El creciente recurso a las comidas preparadas significa que, por muy diligente y frecuentemente que usemos el pulverizador y la bayeta, en nuestras cocinas y en nuestros estómagos hay cada vez más bacterias y de variedades más poco comunes.

La cocina también se ha transformado. La lucha contra las bacterias no deja tiempo para arrancar hortalizas, lavarlas, pelarlas y cocinar luego a partir de cero, suponiendo que se permitiese entrar en las cocinas de hoy los restos de barro adherido. Las cocineras domésticas ya no le piden recortes y huesos al carnicero para hacer caldo; y no baten el azúcar y la mantequilla hasta que queden cremosos y luego les añaden huevos y harina para preparar un bizcocho. No hacen la compra cada día para adquirir verduras y carne frescas; van una vez por semana al supermercado, donde pueden escoger entre una amplia selección de comidas preparadas que podrán conservar en el congelador hasta que llegue el momento de descongelarlas, calentarlas y servir las. No pelan patatas y las cortan en tiras para freírlas luego con aceite abundante; ahora compran patatas congeladas pre-fritas. La mayoría no han desplumado y aderezado un pollo o limpiado y fileteado un pescado en su vida. Muchas no han pelado jamás un guisante. Las lechugas y

otras verduras para ensalada se venden limpias, cortadas y empaquetadas en bolsas; se pueden comprar ensaladas ya aliñadas en recipientes de plástico. No hace falta elaborar una salsa con ingredientes frescos cuando existen salsas preparadas para toda clase de guisos. Las habilidades reales que intervienen en la preparación de los alimentos se han profesionalizado. En 1975, cuando se publicó *Superwoman* de Shirley Conran, su lema era: «La vida es demasiado corta para dedicarse a preparar champiñones rellenos». Ahora se pueden encontrar champiñones rellenos ya preparados en el mostrador del supermercado. La vida siempre ha sido demasiado corta para preparar un consomé; los caldos y sopas fueron uno de los primeros alimentos que se produjeron industrialmente.

La preparación de los alimentos del final del milenio requiere menos tiempo que los antiguos métodos; el tiempo dedicado a servir la comida en la mesa y retirarla se ha reducido en un tercio, pero no por ello el ama de casa dispone ahora de más tiempo libre, ¡ni soñarlo! El trabajo doméstico se dilata hasta ocupar todo el tiempo disponible. El tiempo que no se dedica a una tarea lo ocupará otra. Antes se hacía la colada un día a la semana, generalmente el lunes. Cuando el precio de las lavadoras se abarató lo suficiente para que la mayoría pudiera tener una, poco a poco se empezó a lavar la ropa cualquier día de la semana y, finalmente, a diario. Ahora se lava varias veces al día. Los anuncios de la televisión muestran a mujeres sonrientes que despojan de una sola prenda manchada a su marido o a un hijo o una hija y vuelven a exhibirla deslumbrantemente limpia al cabo de unos instantes, después de someterla a todo el proceso de lavado y secado con la ayuda de una infinidad de complejos biodisolventes, enzimas y blanqueadores, además de ingentes cantidades de energía y de agua, despilfarradas en una sola prenda. Los críos usan sus tejanos y camisetas apenas unas pocas horas antes de que vuelvan a ir a parar a la lavadora.

---

El esfuerzo que supone intentar persuadir en la práctica a un hombre “chapado a la antigua” para que asuma su parte puede llegar a ser más exasperante y consumir más tiempo que hacerlo simplemente una misma.

SHARON MAXWELL MAGNUS<sup>2</sup>

---

La persona que hace todo este trabajo suele ser de sexo femenino. Los y las especialistas en publicidad y estudios de mercado que intentaron romper con el estereotipo y mostrar a hombres rociando con Harpic el reborde del váter no tardaron en comprender su error. Actualmente siempre es una mujer quien introduce la comida en el microondas, se quita el delantal, descorcha la botella de vino, enciende las velas y espera. No existe ninguna revista llamada *Man and Home* (*Hombre y hogar*).<sup>\*</sup> El 23% de los hombres que aceptan cocinar teniendo a una mujer en casa lo hacen en las ocasiones especiales con grandes alardes y aspavientos, y dejan que ella se haga cargo de los cacharros sucios. Cuando un hombre limpia y lava se da por sentado que debe tener a su mujer ingresada en el hospital. Los pocos hombres que echan una mano en casa esperan reconocimiento y gratitud, tal es su certeza de que la porquería, aunque sea propia, no es asunto suyo. A pesar de que el número de mujeres que trabajan fuera de casa se ha multiplicado en los últimos treinta años, éstas siguen ocupándose del cuidado de la casa. Se supone que los hombres deben encargarse de los trabajos de reparación y mejora, y el bricolaje sigue siendo en gran parte un reducto masculino. Las tareas que se hacen en casa siguen estando tan marcadas por el género como siempre. En marzo de 1991, la compañía de seguros Legal and General Insurance Company calculó en 24.000 libras esterlinas anuales el valor para un marido del trabajo no remunerado que realizaba su esposa.

\* Una de las revistas femeninas que se publican en el Reino Unido se llama, precisamente, *Woman and Home* (*Mujer y hogar*). (*N. de la T.*)

Los hombres no se han avenido a hacer una parte, por no hablar ya de una parte alícuota, del trabajo doméstico porque nunca han reconocido la cantidad de trabajo que hay que hacer. Resulta difícil imaginar cómo podrían reconocerlo, visto que la mayor parte del trabajo que se hace en una casa no es necesario. El mejor motivo para emplear a otra persona para que se haga cargo de las tareas domésticas es que ésta se organizará de manera racional y procurará hacer el máximo que le permita el tiempo disponible, sin duplicar esfuerzos en la repetición absurda de tareas inútiles. Nada puede llegar a estar jamás perfectamente limpio o libre de gérmenes; basta con que esté aceptablemente limpio.

Los hombres pueden decirles a las mujeres con quienes conviven, y se lo dicen, que no ven la necesidad de lavar los platos después de cada comida o de fregar el váter a diario. La mujer con las ideas lo bastante claras como para soportar un relativo desaliño puede llegar a conseguir no tener que hacerse cargo de la mayor parte de la limpieza y la cocina, pero si el hombre o los hombres de la casa están decididos a no hacer nada, como suele suceder, la vida no tardará en resultarle insostenible, a menos que ceda y se ponga a limpiar. Los hombres que dejan pilas de platos sucios reposando en la fregadera están practicando, de hecho, un pulso, que además no tienen la menor intención de perder. Sólo tienen que dejar que la inercia juegue a su favor y esperar el desenlace final. La mujer acabará cediendo más pronto o más tarde porque el desaliño no se les reprocha a los hombres sino que se vuelve contra ella. Se considera normal que un hombre sea dejado y desaliñado; a la mujer que sea lo uno o lo otro se la tacha de guarra y haragana. Una mujer que va sucia es despreciable. El atributo externo se convierte en una cualidad moral, cosa que no ocurre en el caso de un hombre. La asociación opera en ambos sentidos: la mujer que se enorgullece de su casa equipara su hogar inmaculado con su personalidad virtuosa y basa su sen-

timiento de valía personal en el orden de sus armarios más que en sus cualidades intelectuales o anímicas.

El menosprecio por el orden y la higiene que caracteriza a los hombres jóvenes raras veces se mantiene después del matrimonio. Cuando un hombre se casa espera que su casa esté limpia, lo diga o no lo diga. Muchas mujeres viven angustiadas por las expectativas de orden de sus maridos. La esposa de un buceador profesional explicaba en *Woman and Home*: «Cuando Ron telefona, mi primera reacción es preguntarme: “Oh, Dios mío, ¿cómo tengo la casa?” Yo no soy demasiado ordenada, pero a él le gusta que todo esté en un orden perfecto cuando vuelve a casa».<sup>3</sup>

Cuando Margaret Thatcher empezó a poner en venta las viviendas de protección municipal en la década de los setenta, se incrementó enormemente la cantidad de trabajo doméstico en relación con el tiempo disponible. El mantenimiento de las viviendas de alquiler era responsabilidad del propietario y los inquilinos no tenían que hacerse cargo de él. Las agencias inmobiliarias calculaban los costes de mantenimiento como parte de la inversión que debían amortizar y esto mantenía en un nivel racional el coste de las mejoras. Los nuevos propietarios residentes iniciaron una carrera afanosa para transformar sus viviendas en las casas de sus sueños y apareció una nueva forma insidiosa de trabajo doméstico. La compra inicial de la casa obligó a la mayoría a endeudarse, a menudo por un importe superior al que podían pagar. Luego se endeudaron todavía más para reformar sus casas hasta unos extremos que el antiguo propietario habría sabido que eran antieconómicos. Lo primero que hizo la mayoría fue construir un “anexo”; en los *pubs* de todo el país, los hombres comparaban el tamaño de sus anexos. Una vez convertidos en propietarios-residentes, a los hombres que hasta entonces se habían resistido con éxito a hacer el trabajo *de* la casa no les quedó más remedio que trabajar *en* la casa. Mientras que an-

tes la casa trabajaba para el propietario, ahora era el propietario quien trabajaba para la casa, remozándola continuamente, a pesar de que su valor inmobiliario decrecía sin parar. Sería difícil exagerar la contribución de este mecanismo a un enorme incremento de la vulnerabilidad de la fuerza de trabajo asalariada. La fuerza de los sindicatos se quebró porque los trabajadores y trabajadoras endeudados no podían permitirse hacer huelga, se procedió a la reestructuración del mercado de trabajo y muchos miembros de la recién estrenada democracia de los propietarios quedaron en el paro, con sus casas convertidas en voraces elefantes blancos. Las deudas y las chapuzas se convirtieron en un estilo de vida.

La casa del fin del milenio sigue siendo un templo del ocio encubierto, o sea, de una actividad inútil sin ninguna finalidad excepto demostrar el estatus social de las personas que la realizan. La cantidad de trabajo y atención humanos que puede absorber una casa es ilimitada y siempre lo será. La única manera de escapar de esta tiranía es abandonar la casa. Algunas mujeres lo hacen y se recluyen en una sola habitación, que también se niegan a limpiar, donde viven como hámsters en una jaula llena de basura. El castigo por este incumplimiento del deber es la reclusión durante el resto de su vida por ser personas incapaces de cuidar de sí mismas, en lugar de pensar que sólo son personas que no están dispuesta a malgastar las energías que les restan en prodigar cuidados a una casa. La otra solución es meter en unas cuantas bolsas de plástico las pocas cosas que una realmente necesita de verdad e irse a vivir a un banco de un parque. Muchas viejas de mejillas enrojecidas que viven en la calle han cumplido con su cuota de servidumbre en casas de cuatro o cinco habitaciones y piensan que un día frío en el parque es algo soportable comparado con eso. Existen otras maneras, menos arriesgadas y difíciles, de desprenderse del caparazón de la casa. Es posible irse a vivir con un grupo de nómadas o de cazadores-recolectores, o

hacerse monja y recluirse en una celda sin ningún objeto que nos distraiga del goce de la oración durante toda la jornada. O quizá también podamos hacer la promesa de no dedicar jamás más de una hora diaria al trabajo doméstico... y cumplirla. Esto significaría efectivamente el fin de la civilización tal como la conocemos.

## LAS COMPRAS

Cuando una mujer no está trabajando en su empleo o en su casa o con sus hijas y/o hijos, está dedicada al trabajo de comprar. Una mujer siempre va equipada para hacer compras, por si encuentra un resquicio para ello en medio de su atareada jornada. El 47% de mujeres clasificadas como “económicamente inactivas” en 1994, en realidad, distaban mucho de serlo, ya que ninguna mujer puede eludir sus obligaciones como consumidora. Se calcula que las mujeres compran el 80% de todo lo que se vende. Las economías modernas dependen al menos en la misma medida del consumo de bienes y servicios que realizan las mujeres como de la producción bajo todas sus formas. Cuando el crecimiento económico depende más del gasto que del ahorro, es inevitable deducir que ir de compras debe ser la función primaria de la mujer en la economía de consumo. Cada vez que una mujer, empleada o no empleada, sale de su casa, compra alguna cosa, en general para otra persona o “para la casa” y la transporta gratis. Dondequiera que vaya o cualquiera que sea el objetivo con el que ha salido, siempre lleva consigo un bolso como símbolo de su función primaria en la economía. Cuanto menos dinero tiene, más tiempo y energía debe dedicar a esta función; no tiene absolutamente ninguna posibilidad de escapatoria. Tanto si el dinero procede de las prestaciones de la Seguridad Social, de un sa-

lario, de una paga de ejecutivo o del crédito, su tarea es salir a gastarlo. Incluso cuando permanece tumbada en una cama del hospital se espera que compre. Inmovilizada por la agorafobia, la invalidez o la pereza, navegará por los canales de venta directa de la televisión. Si bien la aportación económica de las mujeres puede adoptar otras formas, ninguna es comparable a la que realiza en su calidad de compradora.

Los hombres no van de compras, ni siquiera para adquirir sus propios calzoncillos. Compran cosas, en el mínimo de tiempo posible, pero no van de compras. Compran periódicos y gasolina para sus coches, pero no van de compras para adquirirlos. Ir de compras, examinar la selección de mercancías, buscar la mejor relación calidad/precio, encontrar saldos, auténticos o falsos, hurgar en los percheros de las rebajas, es tarea de mujeres. Los hombres son fieles a una marca; las mujeres, mucho menos. Los hombres compran coches, ordenadores, discos, equipos fotográficos y de sonido y material deportivo. Prácticamente, el resto se vende a las mujeres. Nadie sabe por qué las mujeres no compran tecnología informática o grabaciones musicales. Todas las explicaciones son meras conjeturas. Quizá simplemente se deba a que no les queda dinero después de comprar todas las demás cosas que consumen los hombres. Las estudiantes universitarias acaban comprando café instantáneo, cereales para el desayuno, jabón, papel higiénico, pan y mantequilla para los apartamentos compartidos, mientras los hombres se encargan de comprar los CD. Los artículos que compran las mujeres son variopintos, baratos y voluminosos, y ellas se encargan de acarrearlos hasta sus alojamientos. Los hombres pueden meterse los CD en el bolsillo. Aunque la mayoría de los hombres tiene más fuerza que la mayoría de ellas, se suele dar por sentado que las mujeres transportan cargas pesadas. Los coches que se anuncian para las mujeres no son vehículos de alto rendimiento en carretera, sino automóviles pequeños y baratos con asientos abatibles. A pesar de que se los venden como un pasaporte para acceder a la libertad

y la independencia, para abandonar los barrios de la ciudad y partir rumbo a las montañas, el desierto y la aventura, la verdad es que son coches para ir de compras. Se invocan los ideales feministas al promocionar vehículos diseñados para llevarnos sólo hasta el aparcamiento del centro comercial. En un anuncio de un coche pensado para las mujeres, la presentadora Ruby Wax lo describe, con su estilo desenfadado, como una versión de lujo del carrito de la compra.

---

Pues cuando le pregunto si le gusta un collar, me responde: «Sí, si decir que no significa que vas a probarte tres más».

WENDY COPE, «MY LOVER»<sup>1</sup>

---

El Informe Demos, *Tomorrow's Women*, opina que «las mujeres pueden tener más poder del que creen en su calidad de consumidoras».<sup>2</sup> Esto parece querer decir que podrían tener más poder del que ejercen, y seguramente debe ser cierto, pues parece difícil que puedan tener todavía menos. Para probarlo, Demos presenta un gráfico que indica como un 60% de las mujeres se muestran de acuerdo con la siguiente declaración: «las empresas que hacen afirmaciones que no es seguro que sean ciertas [les] provocan una gran indignación». Por muy indignadas que se puedan sentir, cuando un documental de televisión mostró a las trabajadoras de unos talleres de confección asiáticos cosiendo etiquetas con la inscripción “*Made in England*” (Fabricado en Inglaterra) en prendas destinadas a una cadena británica de grandes almacenes, nadie rompió ni un solo escaparate de sus tiendas y las cifras de ventas no registraron ninguna variación. El único poder que tiene la consumidora es el de no comprar, una versión de la negativa a trabajar. La consumidora puede declarar: «No estoy dispuesta a ir a su tienda, escoger sus productos, entregarles mi dinero y transportar las mercancías hasta mi casa», y actuar en consecuencia. Si el producto son lechugas “iceberg”

de California, puede decidir prescindir por completo de ellas, dado que sus condiciones de producción son incompatibles con el respeto más elemental hacia otros seres humanos. En otros casos, comprará en otro sitio productos menos manchados de sangre, tomándose más molestias y dedicando más tiempo y más dinero, a fin de ejercer una influencia mínima casi imperceptible sobre el vendedor. El boicot es la forma más laboriosa y menos eficaz de acción política. Las presiones de una minoría de compradoras airadas no pueden conseguir que la institución vendedora actúe en el sentido que ellas desearían. Si la empresa vendedora decide que sólo una minoría compra una gama particular de productos y éstos no están saliendo con suficiente rapidez, dejará de ofrecerlos. Si decide que el margen de beneficios que le proporciona una marca es menos favorable que el que obtiene de otra, es posible que también la retire. La compradora individual no puede hacer nada para evitarlo.

---

Acabo de hacer la compra semanal para seis personas hambrientas y como siempre me he quedado agotada. De nuevo habían vuelto a cambiar las mercancías de sitio y he tenido que recorrer varias veces la tienda para encontrarlo todo. Una vez más, me he agotado intentando vaciar el carrito a toda prisa y, una vez más, no he podido seguir el ritmo de la cajera que los iba pasando a velocidad de vértigo por el escáner. De nuevo, mientras todavía estaba luchando por intentar abrir las bolsas que se quedan pegadas y meter dentro los envases de tamaño familiar demasiado grandes, la cajera me ha dicho sin alterarse: «109 libras con cincuenta, por favor». [...] ¿Cuánto tiempo más voy a seguir aguantando que me traten como si fuesen ellos quienes me están haciendo un gran favor a MÍ?<sup>3</sup>

---

La impotencia de las compradoras queda de manifiesto de manera particularmente llamativa en el supermercado. A las clientas y los clientes de los supermercados se les exige un

gran esfuerzo: tienen que conducir hasta el supermercado, aparcar en la zona reservada para este fin, buscar un carrito, intentar localizar los artículos que desean, cargarlos en el carrito, descargarlos en la caja, pagar, volver a cargarlos y llevarlos hasta el coche, descargarlos, meterlos en el coche, llevarlos hasta su casa, descargarlos de nuevo y colocarlos en la nevera, el congelador, la despensa o el armario. La expedición al supermercado añade una tarde entera a la semana, pongamos que unas tres o cuatro horas, a la carga de trabajo de la compradora. El Informe Demos nos dice que las mujeres encabezarán el cambio hacia la era de las compras electrónicas realizadas desde casa por teléfono o a través de la televisión digital; si de ellas dependiese ya estaríamos comprando desde casa, pero las empresas de venta no están por la labor. Al contrario, cada semana se presentan nuevas solicitudes de apertura de supermercados en nuevos emplazamientos rurales. Y, en todo el país, los ciudadanos y ciudadanas mayores, en su mayoría mujeres, están perdiendo sus tiendas de barrio. Seguro que les encantaría poder hacer la compra semanal de los artículos de primera necesidad desde su casa. Lo más probable es que, aun cuando esto llegue a ser posible, no puedan permitirse pagar el coste del servicio o no se les permita comprar en las cantidades reducidas que precisan para cubrir sus modestas necesidades.

La única decisión que está en manos de la compradora es la elección del supermercado; una vez elegido, queda a merced de la empresa. Si se deja convencer por las incesantes promesas de todo tipo de ventajas para ella y los suyos y participa en un programa de fidelidad a la empresa, pasará a ser casi propiedad de la misma y llevará consigo una tarjeta que lo demuestra. El ordenador del supermercado puede llegar a enviarle incluso un mensaje por correo electrónico para recordarle lo que debe comprar esa semana, teniendo en cuenta la información que tienen almacenada de todas sus compras

en las semanas anteriores. Un 60% de las mujeres con niños y niñas en casa participan en uno de esos programas de fidelidad. La centralización de las compras en un solo punto ofrece al supermercado la posibilidad de imponer a la clienta lo que puede comprar. Si desea algo que la empresa ha decidido no ofrecer, la intimidarán para que se lleve otro de sus productos. Las técnicas empleadas distan mucho de ser sutiles. Supongamos que está buscando un bote de pimientos. Busca en la sección de conservas de verduras y no lo encuentra. Busca en la sección de comida mexicana y tampoco tiene suerte. Busca entre los encurtidos. Ante el nuevo fracaso, se dirige a un hombre que viste un traje con una insignia de la empresa en la solapa. «Jamás los he oído nombrar.» La implicación es evidente: ese producto no existe y la clienta está loca. Le invita a describir lo que busca: ella le muestra los pimientos rojos frescos y le explica que quiere un bote de pimientos pelados y sin semillas, conservados en salmuera. «Ese producto no existe.» Aunque de hecho existe (obviamente). El hombre declara que la tienda ofrece 13.000 variedades de artículos y que jamás ha vendido ese producto. Al decir esto, en realidad, está enfrentando a la autoridad de la empresa, que tal vez incluso tenga contratado a un cocinero famoso que prepara sus productos en un programa de televisión en horario de máxima audiencia, con la de la clienta individual, que es una criatura insignificante. Si la tienda consiguiese un cargamento de pimientos en conserva a un precio que le permitiese obtener un buen margen de beneficio, el cocinero famoso comenzaría a incorporar pimientos en conserva en la mitad de sus recetas. Veán si no la moda del zumo de lima y las raspaduras de corteza de lima. Si hubiese pedido hace diez años unos tomates secados al sol, me hubiesen dicho que no existían. Ahora puedo comprar concentrado de tomates secados al sol en pasta. Los optimistas empedernidos dirán que esto es una respuesta a la demanda de los consumidores. El motivo es más bien que

los vendedores han visto la posibilidad de obtener enormes beneficios con un producto tan barato, elaborado en el extranjero por una mano de obra baratísima, con la sola condición de lograr asociarlo a una idea de elegancia y opulencia en este país.

El informe *Tomorrow's Women* también señalaba que las mujeres tienen en cuenta consideraciones medioambientales; y con respecto a la ética de las empresas en sus decisiones como consumidoras, citaba la importancia del patrocinio de la campaña a favor del comercio justo como un factor significativo en el ascenso de la cadena Tesco hasta la posición de cabeza entre los supermercados británicos. Nos encontramos, de hecho, ante un ejemplo gráfico de la impotencia de la consumidora, que ha de aceptar la adopción de la retórica del comercio justo como sucedáneo de la adopción de prácticas comerciales equitativas. Es imposible que Tesco, ni ninguna otra cadena de supermercados, invierta la norma que dice que un comerciante debe comprar barato y vender caro o esa otra que señala que el vendedor dedica un mayor esfuerzo a vender el producto con el margen de beneficio más alto. Tesco no retiró el café instantáneo de sus estantes, sin embargo, cualquier necio sabe que la producción de café es intensiva en trabajo y que si el mejor café del mundo no se vendiese a cambio de divisas a unos precios muy inferiores a los que se pagan en el país de origen, no sería viable su transformación en café instantáneo barato. Son legión los productos manchados con la sangre de los trabajadores y trabajadoras pobres que se venden en los supermercados; entre ellos figuran todas las frutas tropicales y semitropicales y los productos elaborados con ellas, todas las variedades de café, cacao y chocolate, todas las hortalizas importadas. La consumidora puede sentir un interés apasionado por el medio ambiente y la justicia social, pero en las condiciones que prevalecen en el mercado, sólo se apela a estas preocupaciones para manipularla en be-



neficio de otros. En todos los demás casos, éstas son irrelevantes.

Las preocupaciones medioambientales de las mujeres han tenido escasa repercusión sobre la fabricación de detergentes y productos domésticos de limpieza más allá de la aparición de varias marcas “verdes”, mucho más costosas y asombrosamente menos eficaces que las marcas convencionales. A las multinacionales químicas les hubiese convenido fabricar ellas mismas esos productos “verdes” bajo un pseudónimo, visto lo eficaces que han resultado para convencer a las mujeres de las cualidades de los productos convencionales. Mientras tanto, estos últimos también reivindican su carácter ecológico, generalmente a través de una jerga pseudoquímica sin sentido. Dicen que las ventas de productos “verdes” han aumentado un 40% desde 1990, lo cual parece un incremento impresionante hasta que se considera cuán bajo era el nivel alcanzado hasta entonces. Según parece, también se han multiplicado las ventas de productos suministrados directamente por los productores y productoras del Tercer Mundo, pero su incremento ha sido sincopado. El objetivo es siempre y en todas partes el mismo: vender cada vez mayor cantidad de todo, incluidos los detergentes. Esto explica el crecimiento imparable del pulverizador polivalente, que consume litros de detergente cuando antes se empleaban mililitros disueltos en agua caliente para los mismos fines.

El marcado contraste entre los géneros a la hora de ir de compras se puede apreciar en la comercialización de la ropa. Las ropas masculinas en general están hechas para durar; las ropas femeninas, aunque no son nada baratas, enseguida quedan pasadas de moda. La ropa masculina ofrece una relación calidad/precio mucho mayor que la ropa femenina. Además, en el caso de los hombres se espera que las ropas se adapten a sus medidas o se alteran con este objeto; las mujeres, en cambio, tienen que intentar adaptarse de algún modo a las medi-

das de las prendas. La moda tiene pocas víctimas masculinas, mientras que todas las mujeres son víctimas de la moda. Los hombres no compran cosméticos, entretanto en los Estados Unidos las mujeres gastan más de 10.000 millones de dólares al año en maquillaje y productos de belleza.

Las mujeres no aspiran a recibir ninguna recompensa por todo el esfuerzo invertido en las caminatas de ida y vuelta a las tiendas y a lo largo de los pasillos del supermercado. Mientras los grandes cocineros esperan que quienes les han contratado les paguen por su trabajo de promoción, los agentes de bolsa que negocian acciones de compañías explotadoras cobran comisiones y los responsables de compras de los detallistas figuran entre el personal mejor pagado, las amas de casa pagan para hacer la compra. Las han programado para que consideren el ir de compras como un pasatiempo, y una jornada entera de compras es la mayor diversión femenina. En las ciudades de provincias organizan viajes en autobús para llevar a las mujeres a visitar los “centros comerciales” más famosos durante un día; es la excursión de las trabajadoras domésticas. Se supone que las mujeres están poseídas por unas ansias que sólo pueden satisfacer comprando; si las dejasen, comprarían sin parar hasta caer reventadas. En realidad, ir de compras es un trabajo agotador para el que se adiestra a las mujeres desde la infancia. Las niñas empiezan a comprar mucho antes de tener dinero para gastar. Las revistas para niñas son catálogos de venta revestidos de oropel pensados para que los estudien en la intimidad de sus dormitorios, al mismo tiempo que absorben directamente los mensajes de la publicidad a través del televisor. A la salida del colegio, las niñas se dirigen al centro comercial para mirar escaparates, examinar y comparar las mercancías que no tienen dinero para comprar. Observan a las demás compradoras y aprenden el arte de comprar. Incitadas más allá de su capacidad de resistencia, es posible que incluso empiecen a robar en las tiendas.

La publicidad se justifica habitualmente como el único medio para informar a las consumidoras y consumidores de sus posibilidades de elección; la competencia, nos dicen, obliga a mejorar la calidad a la vez que hace bajar los precios. Cuando la compradora acude al supermercado, alguien ya ha elegido por ella: los productos que conoce y quiere comprar se retiran de la venta sin tener en cuenta sus deseos y preferencias, mientras le imponen otros que no conoce y que, por lo tanto, es imposible que desee adquirir. En esta época en la que las compras se concentran en un solo punto de venta, la compradora está a merced del poder de un comerciante concreto, que puede dictarle qué clase de pasta, de pan, de conservas y de congelados puede comprar. La cadena de supermercados tiene tan estrechamente controlados a sus compradoras y compradores que ofrece los mismos artículos a precios distintos en sus diferentes tiendas, con la certeza de que sus clientas y clientes cautelosos no están en condiciones de descubrirlo. La compradora es una persona a la que hay que educar como consumidora e indicarle qué es lo que está buscando. Sus necesidades carecen de importancia porque todo lo que en verdad necesita, como pan o papel higiénico, ya lo adquirirá sin necesidad de que se lo vendan, excepto si lo que se pretende es convencerla para que pague más por una variedad superior o más refinada. Siempre habrá una variedad de pan o de papel higiénico “mejor” que la que ella considera que entra dentro de su presupuesto. Siempre habrá tiendas “mejores” que aquellas que entran dentro de sus posibilidades. Su misión es conseguir el mayor valor por su dinero, la mejor relación calidad/precio, cuando ésta es, en realidad, una tarea imposible. Ella no puede regatear con el vendedor para que le rebaje el precio como hace cualquier campesina en Colombia o Marruecos. Sólo puede arrastrarse de una tienda a otra en busca de un precio más favorable, sin contabilizar el valor de su tiempo y sus energías. Incluso en su supermercado habitual, no podrá aho-

rrar tiempo yendo directamente al lugar donde se encuentran los productos que desea, porque la localización de los artículos que compra regularmente se modifica cada cierto tiempo a fin de obligarla a pasar por delante de un tentador despliegue de productos que no figuran en su habitual lista de la compra. La manipulación de la compradora incauta es continua. Las baldosas más alargadas que recubren el suelo frente a los estantes de los artículos caros la ayudarán a sentirse más relajada y distendida. La localización de ciertos artículos en los estantes más bajos inducirá a su hijo o su hija a pedir a gritos productos que no tenía intención de comprar. Cada expedición de compras se convierte en una pérdida de tiempo.

La pedagogía del marketing se ha vuelto ahora más refinada y ya no identifica a la compradora por su género. “El consumidor” es un ser en apariencia asexuado, a pesar de que la orientación de la publicidad jamás había sido tan claramente sexuada. La corrección política obliga a un manual actual de teoría de marketing a preguntarse: «¿Por qué compra la gente?», y la respuesta, en lenguaje cuidadosamente desprovisto de marca de género, es la siguiente:

- *Cumplimiento de un rol*: Hacer la compra a veces es importante para el rol de una persona (por ejemplo, la “persona encargada del aprovisionamiento” considera que comprar alimentos para la familia es una de sus tareas asignadas y una actividad importante y gratificante).
- *Diversión*: Ir de compras puede ofrecer una pausa en la rutina habitual y es una forma de entretenimiento.
- *Gratificación personal*: Ir de compras puede ofrecer la sensación de participar en una actividad compartida o puede ofrecer a una persona la oportunidad de obsequiarse con algo bonito cuando se siente deprimida.
- *Información*: Ir de tiendas nos permite ponernos al corriente sobre los nuevos productos y tendencias.

- *Ejercicio*: Para algunas personas, mirar escaparates es una forma de hacer ejercicio de manera regular.
- *Estimulación sensorial*: Ir de compras nos pone en contacto con una diversidad de iluminaciones, colores, movimientos, perfumes, sonidos, etcétera, que a menudo constituyen una experiencia placentera.
- *Comunicación*: Ir de compras ofrece oportunidades de comunicarse...

---

Y la lista continúa. ¿Quién puede ser ese lastimoso individuo que necesita ir de compras para vivir la fantasía de ser la persona encargada del aprovisionamiento (ofreciendo comidas que, en realidad, nadie desea comer), para divertirse, para consolarse con la adquisición de “algo bonito”, como un medio para obtener información y hacer ejercicio en un entorno estimulante y encontrar a alguien con quien poder hablar? Un hombre en busca de la mayoría de estos elementos acudiría a un bar; las mujeres los buscan en las tiendas porque lo que se espera de ellas es que vayan de compras y no que se pasen las horas muertas en un bar. Ir de compras se presenta a las mujeres como un pasatiempo, y ellas se dejan engañar. Como comenta *Tomorrow's Women* a propósito de las mujeres con empleos mal pagados y sin posibilidades de promoción, que no pueden encontrar guarderías asequibles y cuyos maridos no colaboran en casa: «Más allá del trabajo, les gusta gastar y consumir en artículos para ellas [...]. El consumo es una manera de afirmar su individualidad. Es una fuente de poder, además de un pasatiempo divertido. El trabajo con demasiada frecuencia refuerza el sentimiento de impotencia». Las compras recreativas requieren que el dinero se gaste en frivolidades. Comprar artículos necesarios es inevitable y aporta poco en materia de novedad y diversión. Consumir como pasatiempo forma parte de la cultura femenina. Desde que tienen edad suficiente para identificar una imagen en movimiento, se enseña a las niñas que hay cosas

bonitas que han de tener para sentirse bien. Se empieza con las muñecas, como accesorios necesarios para las niñas, y los accesorios de las muñecas, para pasar luego a las ropas y la moda. La prensa para niñas las instruye, por una parte, sobre lo que significa ser niña y lo que deben desear las niñas y qué aspecto deben tener, pero sobre todo, como elemento más fundamental e insidioso, les enseña que no existen si no adquieren posesiones: lo suyo no es hacer sino comprar.

El comportamiento de los hombres y las mujeres en los supermercados es distinto. Los hombres que van solos, particularmente los jóvenes, suelen comprar cerveza y tentempiés. Sólo les interesa entrar, coger lo que buscan y salir cuanto antes. Los hombres que acompañan a una mujer tienen la misma actitud, pero ellas insisten en implicarlos en interminables disquisiciones sobre las mejores ofertas, las fechas de caducidad, las listas de ingredientes, etcétera. ¿Deben comprar papel higiénico reciclado? Si ella lo prefiere. La mayor parte de los diálogos entre los hombres y las mujeres que van de compras juntos son más o menos malhumorados. La norma parece ser: si le quieres, no le laves de compras. Por otro lado, si es él quien controla el dinero, llevarle de compras puede ser la manera de que se acabe cansando y traspasando el control. El Birmingham City Plaza acaba de inaugurar una nueva moda con la apertura de una “guardería” donde los hombres pueden beber algo, comer un bocadillo y ver la televisión mientras sus mujeres hacen la compra.<sup>4</sup>

---

Todo el mundo sabe que llevo ropa de Gucci y de Chanel, y tener esa ropa me hace sentir que soy una persona más valiosa.

Atsuko, estudiante japonesa que trabaja como prostituta<sup>5</sup>

---

La ciencia para conseguir el nivel adecuado de consumo con los fondos disponibles recibía antes el nombre de econo-

mía doméstica. Sería mejor llamarla extravagancia doméstica. El mantenimiento del hogar se expande hasta absorber todos los fondos disponibles, del mismo modo que el trabajo doméstico se dilata hasta ocupar todo el tiempo disponible. Si hay dinero para comprar zumo de naranja recién exprimido en vez del producto más barato preparado con extracto concentrado, se comprará. Si alguien de verdad piensa que ir de compras es divertido, basta con que observe el lenguaje corporal y la expresión facial de las mujeres en el supermercado, en un gran almacén o en un centro comercial. Lo que verá reflejado allí no será satisfacción por el cumplimiento de un anhelo, sino estrés. Se lo aseguro.

## EL ESTRÓGENO

El estrógeno ayuda a las mujeres a sentirse bien y no debería costarles ni un penique. Las mujeres adultas lo fabrican ellas mismas a partir del colesterol, que las gónadas y la corteza adrenal se encargan de transformar en progesterona primero, luego en testosterona y, finalmente, en estrógeno. Los ovarios continúan produciendo estrógeno mucho después de que cese la ovulación, durante más de doce años, de hecho. Las glándulas suprarrenales, situadas encima de los riñones, producen estrona como refuerzo; todas las hormonas esteroideas son lipófilas, o sea, solubles en grasa y atraviesan fácilmente las membranas. Se vinculan a las proteínas receptoras intercelulares y el complejo resultante se asocia a su vez al ADN. Apenas se ha empezado a vislumbrar el alcance de los efectos de este proceso. Lo único que sabemos y que podemos afirmar es que «el estrógeno nos levanta el ánimo y nos proporciona una sensación de bienestar».<sup>1</sup> Probablemente, produce este efecto a través de la influencia sobre algunos de los neuropéptidos transmisores del cerebro que regulan nuestras sensaciones y pensamientos, probablemente la oxitocina y la vasopresina, junto con las encefalinas y dinorfinas, que son opioides producidos en el cerebro. La oxitocina ofrece un interés particular, no sólo porque se ha podido demostrar que cumple algunas funciones específicas relacionadas con la ex-

citación sexual y el orgasmo, tanto en los hombres como en las mujeres, sino también porque se han encontrado neuronas con receptores de la oxitocina en regiones del cerebro que sugieren la posibilidad de que intervenga en la conducta de la vinculación afectiva. Estos datos pueden crear la impresión de que la personalidad no es más que un cóctel bioquímico y que se puede modificar incrementando sencillamente la proporción de alguno de los componentes. En realidad, el cóctel contiene alrededor de 4.000 elementos, que se están agitando y removiendo continuamente; es imposible saber cuáles pueden ser los efectos finales globales de la adición de una dosis de un nuevo componente. Ya es demasiado tarde para estudiar la química natural, pues a estas alturas la administración de medicamentos esteroides de uno u otro tipo ha alterado dichos procesos en poblaciones enteras de mujeres.

Las hormonas sexuales estrógena y progesterona están estrechamente relacionadas con los esteroides anabólicos y, al igual que éstos, influyen sobre el estado de ánimo y la conducta. Las personas que sufren alteraciones del equilibrio bioquímico normal se quejan de cambios en su personalidad. Resulta difícil cuantificar los efectos del estrógeno suplementario sobre la conducta; por ejemplo, el estrógeno no mejora la libido, puesto que tiene escasa influencia sobre el clítoris, pero en cambio aumenta la receptividad, dado que controla el medio vaginal. Tenemos información suficiente para saber que los esteroides sexuales son elementos potentes y que establecen interacciones complejas con otras sustancias, lo cual parece una buena razón para no añadirles otras sustancias análogas capaces de reproducir, exagerar o anular cualquier parte de esa secuencia magníficamente intrincada. En el caso de las drogas recreativas, la gente está bien dispuesta a aceptar, razonablemente, que la interferencia de sustancias exógenas es una imprudencia; en el caso del estrógeno exógeno, que es una sustancia como cualquier otra, de repente deja de preocu-

arnos la posibilidad de una dependencia de por vida. Ahora se está experimentado y se ha comprobado la eficacia del estrógeno pues es una sustancia que altera el estado de ánimo;<sup>2</sup> se ha utilizado con éxito como tratamiento sintomático de la depresión postnatal grave. El estrógeno parece ser tan beneficioso para las mujeres como es perjudicial la testosterona para los hombres.

En cuanto sospechó que el estrógeno, como la serotonina, era un filtro mágico capaz de restablecer y mantener el equilibrio, la salud y el bienestar, nuestra cultura, que concibe la felicidad como algo que se ingiere por la boca o se inyecta en el cuerpo, empezó a pedirlo a gritos en dosis cada vez mayores. Rápidamente se empezaron a patentar, fabricar y vender versiones sintéticas. Sin embargo, el estrógeno exógeno no es nada nuevo; las mujeres venían tomándolo desde hacía años en forma de anticonceptivos sin notar ningún efecto euforizante. Los farmacólogos que desarrollaron la “terapia de reposición hormonal” enseguida advirtieron que los estrógenos sintéticos no producían los efectos deseados y volvieron a emplear el estrógeno natural, un producto incómodo y caro, obtenido de la orina de yeguas encintas. Para recogerlo, se les coloca a las yeguas un recipiente unido a una manguera y se las mantiene recluidas en un estrecho cubículo durante los once meses de la gestación. Una vez nacidos los potrillos, que se sacrifican de manera sistemática, se vuelve a inseminar a las yeguas tan pronto como es posible y se reanuda el proceso de recogida de la orina. Empresas farmacéuticas como Wyeth-Ayers, que actualmente vende su combinado de estrógenos equinos bajo el nombre de Premarin a 8 millones de mujeres estadounidenses con un beneficio de mil millones de dólares anuales, difícilmente permitirán que las usuarias finales tengan conocimiento de la crueldad con que se obtiene su elixir.<sup>3</sup> La localización de las granjas equinas dedicadas a la producción de hormonas y el número de animales afectados

son secretos extraordinariamente bien guardados. Según la asociación People for the Ethical Treatment of Animals (personas a favor de un trato ético para los animales), hay 80.000 yeguas recludas en las granjas de producción de orina de Estados Unidos.<sup>4</sup>

Si las empresas farmacéuticas desean fomentar la adicción de las mujeres, el momento más propicio es el de la menopausia, cuando están sufriendo los efectos de la reducción de los estrógenos y ansiosas de una dosis. Por lo menos, así interpretaron los investigadores los síntomas de sofocos, dolores en las articulaciones, insomnio, etcétera. Los nuevos combinados venían a ser una metadona más que una heroína y, en cierto sentido, su efecto fue parecido al de la metadona. Por algún motivo, las mujeres no se volvieron adictas. Se revisó repetidamente el diseño de las campañas de venta y la presentación del producto. Los implantes subcutáneos parecían perder su eficacia; las mujeres necesitaban dosis cada vez mayores, sus efectos disminuían con creciente rapidez, los síntomas menopáusicos reaparecían tras un intervalo cada vez más breve.<sup>5</sup> Los fabricantes de preparados esteroides, como los fabricantes de cigarrillos, habían conseguido lo que buscaban, o sea, crear una adicción, y se mostraban igualmente renuentes a hablar de ello. Se creó una red clandestina de venta; mujeres usuarias empezaron a organizar encuentros en su domicilio en los que se vendía el producto y se mantenían charlas, a la hora del café, destinadas a suscitar un interés, a fin de que las mujeres les pidieran luego a sus médicos y médicas que se lo recetasen. Todo ello con una retórica feminista; a los médicos que se negaban a recetar estrógeno a las mujeres se les tachó de machistas, de ignorar sus necesidades y de negarles sus derechos. Las mujeres, eufóricas por los efectos del estrógeno, estaban convencidas de que hacían todo eso por su propio bien. En realidad, estaban trabajando para Ciba-Geigy, Wyeth-Ayerst, Upjohn, Squibb-Novo y Novo-Nordisk

Pharmaceuticals, Star Pharmaceuticals, ICN Pharmaceuticals, Roche, Solvay y Abbott, sin cobrar ni siquiera el coste de los sellos y el teléfono.

El tipo de publicaciones elogiosas a las que incluso algunas médicas y médicos prestan su nombre parecen indicar una falta de discernimiento. La doctora Lila Nachtigall les aseguraba a las lectoras de *Oestrogen: the new woman's dynamic* (El estrógeno: la dinámica de la nueva mujer) y *Oestrogen: how it can change your life* (El estrógeno: cómo puede cambiar tu vida) que:

---

Las mujeres que toman estrógenos se ven sin lugar a dudas más jóvenes y no aparentan su edad. Su piel se conserva más suave, hidratada, engrasada y flexible; en otras palabras, más joven.

Todo esto no significa que deban tomarse estrógenos únicamente con fines cosméticos.<sup>6</sup>

---

Una piel “de apariencia más joven” es una de las varias consecuencias mágicas de la terapia de reposición hormonal (TRH) que no han conseguido probar los investigadores; los estudios de laboratorio no han permitido detectar ninguna influencia de los estrógenos exógenos sobre la epidermis o las estructuras que la sustentan. Si juntásemos en una habitación a 50 usuarias de la TRH y a 50 mujeres no medicadas de la misma edad e intentásemos diferenciarlas, los resultados no serían mejores que los de una selección al azar. La diferencia entre unas y otras es más de percepción subjetiva que real, aunque las usuarias de la TRH suelen teñirse el pelo, vestir ropa de colores vivos y usar maquillaje con mayor frecuencia que las que la rechazan. La publicidad de la TRH sólo está autorizada en la prensa médica, pero otros productos de las mismas empresas farmacéuticas son la principal fuente de ingresos de las revistas femeninas. Ergo, todas las revistas femeninas publican regularmente artículos que pregonan a las

mujeres los méritos de la reposición de estrógenos; las mujeres que leen estas publicaciones no sospechan que las afirmaciones de que el estrógeno previene el Alzheimer y la formación de arrugas carecen de fundamento. Tampoco estarían mucho mejor informadas si leyesen la literatura científica; las declaraciones de que la reposición de estrógenos mejora la voz, mantiene húmedos los ojos y previene el glaucoma están basadas en estudios financiados por las empresas farmacéuticas. Existen estudios que han llegado a la conclusión de que la TRH puede curar el entumecimiento y los hormigueos en las manos causados por el síndrome del túnel carpiano, y, a la vez también, hay estudios que indican que la TRH y la píldora son causas coadyuvantes de dicho síndrome. Existen algunos trabajos que parecen indicar que las mujeres que emplean la TRH durante más de diez años pueden contraer asma, lo cual debería ser motivo de preocupación en el grupo de personas mayores.<sup>7</sup>

La doctora Nachtigall afirma que «la terapia de reposición hormonal puede allanar el camino para una vida sexual superlativa».<sup>8</sup> No aclara en compañía de quién. Menciona el caso de una paciente que abandonó la TRH al fallecer su marido y luego tuvo que reanudarla. «Ahora tiene 68 años ¡y cuatro amantes!» ¿Qué más se le puede pedir a la vida? Una de las cosas que tienen muy claras los investigadores es que, si bien la TRH mantiene la vagina en un estado penetrable, en cambio no mejora la libido. Pero cuando una está “colocada” con estrógenos es difícil que se deje arredrar por una nimiedad como ésa.

En un artículo publicado en *Brainwork*, J. Kinoshita planteaba un razonamiento del tipo que induce a las empresas de medicamentos a financiar la realización de ensayos clínicos en gran escala, en este caso sobre la posible influencia de la administración de estrógeno a mujeres postmenopáusicas con incidencia de la enfermedad de Alzheimer:

---

Las mujeres mayores son más propensas al Alzheimer que los hombres, pero algunos médicos cuentan como anécdota que las que reciben estrógenos no desarrollan la enfermedad. Según parece, el estrógeno mejora la función cognitiva.<sup>9</sup>

---

En realidad, lo que esto quiere decir es que ciertos médicos piensan que algunas de sus pacientes mayores tal vez no desarrollaron un Alzheimer porque estaban recibiendo un tratamiento de reposición de estrógenos. No tienen ni idea de qué pacientes concretas experimentaron ese efecto, ni si éstas habrían desarrollado un Alzheimer en otras circunstancias o si puede haber intervenido algún otro factor como, por ejemplo, el no haber estado expuestas al contacto con contaminantes medioambientales. Una vez que se ha organizado un experimento en gran escala, éste adquiere su propia dinámica. Hace poco se observó una correlación positiva entre el hábito de fumar y la incidencia del Alzheimer. En cuanto al efecto que “según parece” tiene el estrógeno sobre la “función cognitiva” humana, las únicas pruebas disponibles proceden de la administración de estrógeno durante períodos cortos a pequeños mamíferos de laboratorio; unos animales que no suelen caracterizarse por la complejidad de su funcionamiento cerebral.

Difícilmente cabría esperar que los esteroides sexuales tengan un efecto neutral sobre la conducta, el estado de ánimo, la función cognitiva, etcétera, sobre todo si consideramos que las modalidades farmacológicas se administran en cantidades muy superiores a las que se producen de un modo natural. También comienza a estar claro que existen interacciones recíprocas entre los esteroides y la conducta. Dicho de otro modo, de la misma manera que las hormonas influyen sobre la conducta, ésta influye sobre las hormonas. Cuanto más experto sea un endocrinólogo o endocrinóloga, más respetuosa será su actitud con respecto a las interacciones sinérgicas entre los componentes químicos corporales; lamentablemente,

la mayor parte de los y las profesionales de la salud sólo poseen nociones elementales de endocrinología y son demasiado propensos a creer en los remedios rápidos para las deficiencias funcionales observadas. La doctora Ellen Grant, autora de *The Bitter Pill*, compara el efecto de la TRH a «conducir un coche sin cambiar nunca de marcha».<sup>10</sup> La doctora Grant es miembro fundadora del grupo de presión DASH, Doctors against Abuse from Steroid Sex Hormones (médicos contra el abuso de hormonas sexuales esteroides).<sup>11</sup>

Lo mismo que se afirma con respecto al Alzheimer también se alega en el caso del cáncer, salvo el de endometrio y de mama, que se consideran estrógenodependientes. Resulta difícil interpretar los datos. Las mujeres que reciben la TRH tienen una probabilidad tres veces mayor de desarrollar un cáncer de endometrio que las que no la usan, pero se considera que contrarrestar el estrógeno con progesterona permite controlar el factor de riesgo. Algunos médicos y médicas británicos opinan que las mujeres deberían continuar tomando progesterona durante dos años después de interrumpir la TRH, pero sus colegas estadounidenses todavía no están convencidos ni siquiera de que sea necesario contrarrestar el estrógeno. La incidencia del cáncer de mama en un grupo de mujeres que habían recibido TRH resultó ser dos veces más alta al cabo de nueve años que entre las que no la habían usado, y las mujeres que siguen un tratamiento combinado tienen cuatro veces más probabilidades de sufrir un cáncer de mama al cabo de seis años. Antes se negaba el acceso a la TRH a las mujeres que habían tenido cualquier roce con dicha enfermedad, pero ahora las usuarias de la TRH, a veces, toman tamoxifén si el riesgo de cáncer se considera significativo. Como resultado del continuo ensalzamiento de la TRH, las mujeres a quienes se les niega acceso a la misma se sienten en desventaja, cuando la verdad es que la mayoría de mujeres que podrían recurrir a ella no lo hacen. El último estudio transna-

cional sobre las usuarias de la TRH en Europa calculó que sólo la usaban un tercio de las mujeres que estaban pasando la menopausia y no más de un 13% de las mujeres postmenopáusicas. Alrededor de una cuarta parte de las mujeres postmenopáusicas declararon haberla usado en algún momento. Las cifras de uso perimenopáusico fluctuaban enormemente según los países, desde un 18% en España hasta un 55% en Francia. En Francia, el método de administración más extendido es en forma de una crema de progesterona natural que se aplica en los muslos, un procedimiento que parece mucho menos agresivo que el régimen combinado de estrógeno y progesterona preferido en Gran Bretaña.<sup>12</sup>

Todavía pueden ganarse fortunas y acumular prestigio profesional realizando ensayos en gran escala sobre grupos de mujeres para hacer un seguimiento de la incidencia de las enfermedades de la vejez en la población postmenopáusica que se sigue drogando fielmente con estrógeno. Lo difícil va a ser encontrar esas poblaciones pues, si se mantiene la tendencia actual, en el futuro las mujeres usarán la TRH como un tratamiento sintomático durante el periodo de molestias menopáusicas, para abandonarla luego. Las empresas farmacéuticas, que preveían obtener unos beneficios fáciles de las mujeres que, según esperaban, seguirían tomando el producto durante el resto de su plazo (anti)natural de vida, están perplejas. Desean encontrar una explicación para esta pobre aceptación. Acusan a las voces que claman en el desierto, como la mía, y que a su parecer consiguen imponerse sin esfuerzo por encima del estruendo de la incesante promoción de su producto en la prensa médica, y la distribución igualmente enérgica de muestras gratuitas entre los médicos y médicas de cabecera. La verdad es que vender el estrógeno como panacea fue un error de cálculo. Nadie sabe mejor que las mujeres que la biología no ofrece prebendas gratuitas. En las mujeres con útero y ovarios, el estrógeno debe estar contrarrestado por la pro-



gesteronas para evitar que genere una hiperplasia uterina. Esto se traduce en regímenes de administración onerosos, sobre todo si se consideran asimismo los efectos adversos de los progestágenos exógenos, como retención de líquidos, dolores de cabeza, cambios de humor bruscos, etcétera. Además, también está la cuestión de la pérdida mensual de sangre. Las empresas farmacéuticas presentan cada año nuevos métodos de administración, un reconocimiento tácito de que no han conseguido dar con la combinación adecuada. No se podrá realizar ningún estudio definitivo en gran escala sobre conjuntos de mujeres de los efectos profilácticos de la administración postmenopáusica de estrógeno porque no existen suficientes casos de uso prolongado de un solo método concreto. En un artículo publicado en 1993 en la revista *Science*, un grupo investigador recomendaba precaución «con las continuas modificaciones en la práctica de la administración de la TRH». <sup>13</sup> En Gran Bretaña, la asociación DASH ha iniciado una campaña para extender el escepticismo en relación con los efectos mágicos del estrógeno exógeno, sobre todo, teniendo en cuenta que éste incrementa la susceptibilidad a los trastornos tromboembólicos <sup>14</sup> y a que su eficacia en la prevención de la osteoporosis es decreciente. Incluso los argumentos a favor de la TRH como salvaguarda contra las dolencias cardíacas se han empezado a poner en duda.

Las mujeres le han dado una oportunidad a la TRH, la han probado y la han rechazado. Ningún comerciante puede pedir más, pero mientras que los fabricantes de detergentes presentarían sencillamente otro producto, las multinacionales farmacéuticas atribuyen las reticencias a algún defecto de su población de clientas. Las autoridades sanitarias piensan que lo menos que pueden hacer las mujeres es tomarse sus píldoras y mantenerse sanas. No seguir la TRH está casi tan mal visto como fumar. Si siguen así, empezarán a sufrir enfermedades cardíacas con tanta frecuencia como los hombres (aunque

probablemente sufrirán menos trastornos tromboembólicos). Sin TRH morirán más jóvenes, reza el argumento, que por el momento se abstiene de señalar que con ello les harían un valioso favor a las autoridades sanitarias. Resulta impensable que las mujeres no estén encantadas de depender durante el resto de su vida de la quimioterapia suministrada a un alto coste por las superpotencias bioquímicas farmacéuticas.

Las hembras humanas modernas están muchísimo más estrogenizadas que sus antepasadas recientes. Una zoóloga de Oxford calculó que en un plazo de apenas 200 años el número medio de ciclos menstruales vividos por una mujer europea a lo largo de su vida se ha incrementado de 30 a 450. Su cálculo se basa en que la primera menstruación se ha adelantado y en la menor frecuencia de los embarazos que cabe esperar que complete una mujer, seguidos de unos períodos de lactancia más breves. Si a ello se suma la estrogenización artificial de las mujeres postmenopáusicas modernas obtendremos el asombroso resultado de 600 ciclos o más. No existen precedentes en la historia de la hembra humana de los elevados y fuertemente fluctuantes niveles de hormonas esteroides circulantes que ahora soportamos, pero como no sabemos qué ayudaba a la mujer del siglo XIX a sentirse bien o ni siquiera si se sentía bien, difícilmente podemos saber si la mujer moderna está mejor o peor con su endocrinología enormemente alterada. Sólo la creciente incidencia del cáncer nos indica que está peor. Nuestra respuesta a la pregunta de si se debe persuadir a unas personas para que vivan toda su vida en estado de dependencia química, de los esteroides anticonceptivos primero y de la terapia de reposición hormonal después, dependerá del valor que otorguemos a la autonomía de la persona en cuestión. Si los hombres no aceptarían vivir así, ¿por qué han de querer hacerlo las mujeres? Si bien a estas alturas todas las adolescentes deberían tener claro que el anticonceptivo más adecuado para ellas es el condón, algunos médicos y médicas

británicos han empezado a hacer campaña a favor del derecho a recetar esteroides sexuales sintéticos a mujeres menores de dieciséis años. La mujer capada se ha convertido en la norma.

## LA TESTOSTERONA

Hace treinta años, cuando el mundo vivía atenazado por la guerra fría, una feminista emergente no podía vislumbrar ninguna esperanza de futuro a menos que intentase eliminar la sombra de la amenaza nuclear. No cabía la menor duda de que el complejo militar-industrial en cuyas manos estaba el destino del mundo, en la Unión Soviética o en Estados Unidos, lo habían construido hombres y lo dirigían unos hombres al servicio de otros hombres. También parecía igualmente evidente que feminismo y pacifismo al menos tenían que solaparse, si no fundirse. La mayoría de las miembros de la Liga de Mujeres por la Paz y la Libertad eran feministas. Si bien Margaret Thatcher fue al menos tan belicosa como cualquier otro jefe de gobierno de una democracia occidental y miles de mujeres han combatido bajo la égida del complejo militar-industrial, la lucha feminista contra la violencia sigue en pie. En *La mujer eunuco* argumenté que el feminismo tendría que ocuparse del problema de la violencia masculina, espontánea e institucionalizada, pero el único medio que en aquel momento se me ocurrió fue que nos negásemos a cumplir el papel de recompensa del guerrero. Ya entonces, algunas mujeres radicales reivindicaban el derecho a la agresión como un derecho humano básico, y había grupos de mujeres que se adiestraban en la autodefensa y las artes marciales. El supuesto de partida pa-

recía ser que todos los seres humanos eran violentos salvo en aquellos casos en los que un opresor les había privado del derecho a la agresión. La libertad tenía que incluir el derecho a aplastar al enemigo. Por mí parte, me parecía evidente cuál sería el resultado de decretar barra libre para todos y todas: si la violencia es un derecho, las personas más fuertes y crueles siempre acabarán tiranizando a las de naturaleza amable y bondadosa. Sólo las mujeres que fuesen lo bastante fuertes y crueles podrían participar en la carnicería. El resto serían masacradas.

---

Yo creo que las mujeres son tan agresivas como los hombres, pero en nosotras la agresividad está reprimida. En los hombres, está desbocada hasta extremos totalmente desmesurados.

LESLEY, SILVERFISH<sup>1</sup>

---

Ése era un desenlace que me parecía intolerable y, por lo tanto, argumenté tímidamente que las mujeres deberían devaluar la violencia negándose a dejarse atraer por los vencedores o a recompensarlos. En aquel tiempo, el local de lucha libre del Deeside Leisure Centre solía llenarse los sábados por la tarde de señoras de mediana edad que chillaban como posesas mientras un par de corpulentos hombrones maltrechos fingían hacerse cosas horribles. Cuanto más ruidosamente gruñían los luchadores en su histriónica agonía, más frenéticos se volvían los escalofriantes chillidos de sus hinchas. Las que no podían ir a verlo en directo, seguían los combates por televisión. Un buen día, la dirección de programas dijo basta y se acabaron las transmisiones de lucha libre. Durante los años siguientes, se analizó detenidamente el tema de la agresión y empezamos a conocerlo mejor. Ahora creo que la contribución de las mujeres a la agresión masculina es sólo marginal o incluso irrelevante. La agresión forma parte de la moneda de cambio en todas las interacciones masculinas. La

bioquímica y la culturización de los varones se combinan para generar un clima amenazador en el que los hombres, sobre todos los hombres jóvenes, optan por vivir peligrosamente. La adrenalina es una de las droga que el hombre violento se autosumministra. La inundación del flujo sanguíneo con sustancias de “lucha o huida” genera un placer en estado bruto; muchos de nuestros pasatiempos están basados casi exclusivamente en la estimulación deliberada del terror. Se considera patéticas a las personas que no son amantes de la excitación, a quienes les atrae tan poco la idea de montarse en el “gran dragón” del parque de atracciones como el plan de entregarse a una orgía de destrucción y ensañamiento con cualquiera que se cruce en su camino como entretenimiento, o que son incapaces de ver películas que consisten en poco más que una representación realista de torturas, bombardeos, masacres, mutilaciones o el simple amedrentamiento de otras personas. Nuestra cultura presenta ahora muchos más actos de violencia rebuscada con una diversidad mucho mayor de medios y con mucha mayor frecuencia que hace treinta años. Por consiguiente, digan lo que digan las ideologías oficiales, nuestra cultura es, a mi modo de ver, menos feminista que treinta años atrás. La brutalidad, como todas las demás formas de pornografía, daña a todas las personas que se ven expuestas a ella. La violencia priva de sus derechos y autonomía a cuantos son más débiles, incluidas las niñas y niños, las personas mayores y las mujeres.

Las niñas y los niños, las personas mayores y las mujeres tienen todos poca testosterona. Hace diez años, todavía se hablaba muy poco de la testosterona; actualmente, se señala a menudo su influencia. Se habla del “torrente de testosterona” que inunda las gradas atestadas de hinchas vociferantes en los estadios de fútbol. Cuando un conductor mata a otro por haberle cortado el paso al doblar una esquina se dice que obró “cegado por la testosterona”. El regidor de televisión Paul

Kozminsky comentó que algunas personas consideran los abusos contra menores como «algo bestial, producto de un exceso de testosterona».<sup>2</sup> Invocar la influencia de la testosterona es un recurso mediante el cual los hombres evitan asumir la responsabilidad por su propia conducta.

---

La primera vez que tomé testosterona me sentí verdaderamente liberada. Me encanta tener la voz más gruesa y la diferencia sutil en la definición de mis músculos. Ha aumentado mi apetito sexual...

JANET "TEXAS" SCANLON<sup>3</sup>

---

La testosterona parece ser efectivamente potente. Las mujeres medicadas con testosterona farmacéutica como parte de la terapia de reposición hormonal se quejan de cambios visibles e inquietantes en su personalidad, concretamente, como cabe esperar, una mayor tensión e irritabilidad, y una exacerbación de la sensibilidad clitoridiana que llegaba a causarles malestar. Dichos preparados de TRH con testosterona se retiraron del mercado cuando las mujeres empezaron a quejarse de estos cambios en su personalidad y de modificaciones irreversibles del timbre de voz y la distribución del vello corporal. La testosterona parece ser también la hormona de la dominación; un estudio realizado por la Escuela de Medicina de Mount Sinai en Nueva York constató que cuanto más altos eran los puestos alcanzados por una mujer en su carrera profesional, mayores eran también sus niveles de testosterona.

Las investigaciones encaminadas a determinar la influencia de las hormonas sobre la conducta encuentran grandes dificultades para establecer una asociación entre la testosterona y conductas humanas concretas. Se ha inyectado testosterona sintética a todo tipo de animales en todas las fases de su desarrollo para observar cómo afectaba a su conducta. Se han manipulado los estrógenos y andrógenos, que se encuentran presentes de manera natural en el cuerpo, para averiguar si los

receptores y sensibilizadores tenían un papel más importante que la acción de las hormonas en sí. Sin embargo, todavía no se ha conseguido definir ninguna influencia específica de la testosterona sobre la conducta del macho humano. Los zoólogos y zoólogas tienen menos dificultades. La colonia de hienas manchadas kenianas que ha tenido la desgracia de ser objeto de un estudio intensivo en el campus de Berkeley de la Universidad de California aportó algunos datos interesantísimos sobre las funciones de la testosterona. Las hienas hembra adultas no encintas presentaban concentraciones plasmáticas de androstendiona –un precursor tanto de la testosterona como de los estrógenos– superiores a las observadas en los machos adultos; los niveles de testosterona en las hembras encintas aumentaban progresivamente hasta superar los de los machos. Las crías de hiena, machos y hembras, nacen con una agresividad tan grande que la madre tiene que atacarlas con fiereza para impedir que se destrocen entre ellas.<sup>4</sup> No obstante, a pesar de que los zoólogos y zoólogas seguramente consideren que tener el cuerpo inundado de testosterona es una explicación suficiente de la asombrosa ferocidad de las hienas, quienes se dedican a observar la conducta humana hacen grandes esfuerzos para no inculpar a esta hormona.

Hace tiempo que las investigaciones indican que los andrógenos, en particular la testosterona, no sólo están asociados a la libido sino también a la agresividad, sobre todo en los machos. Las investigaciones con animales han obtenido resultados mucho más consistentes a favor de esta hipótesis que las investigaciones con seres humanos. Sin embargo, el hecho de que el despertar sexual adolescente esté asociado a un incremento del nivel de testosterona indica, en efecto, su vinculación con los impulsos libidinales y posiblemente también con la agresión.

¿El despertar adolescente de quién?, podríamos preguntarnos. El autor, Ronald Langevin, del Instituto de Psiquiatría Clarke de la Universidad de Toronto, prefiere no concretar más, pero ya sabemos que no se refiere a las chicas. Se han medido repetida y frecuentemente los niveles de testosterona en hombres violentos y, a menudo, aunque no siempre, se ha comprobado que eran más altos que entre la población de control. Los mayores niveles se han observado, aunque no de manera invariable, en los responsables de agresiones sexuales violentas. El efecto de la interacción con el alcohol y las drogas varía; su consumo habitual inhibe la testosterona, pero el consumo ocasional puede estimular la secreción, posiblemente como un efecto retroactivo de la desinhibición. Esto sugiere, además, la posibilidad de que los hombres violentos no lo sean debido a que tienen que desenvolverse con unos niveles más altos de testosterona, sino que tienen más testosterona porque son más violentos. Los patrones tradicionales de actividad masculina podrían haberse desarrollado debido a que estimulan la secreción de testosterona. Si una mujer puede llegar a estar “colocada” por efecto de los estrógenos, parece probable que a un hombre pueda ocurrirle lo mismo en el caso de la testosterona. Afirmar sin rodeos que la secreción de esteroides sexuales responde a influencias culturales asociadas a la conducta, puede incomodar a bastante gente. Sin embargo, es posible apelar a la autoridad de John Money, a quien debemos los conceptos de roles de género e identidad de género, en apoyo de dicha afirmación. El razonamiento de Money es complejo, pero de una importancia fundamental.

El principio del determinismo secuencial multivariante es el fundamento último y absolutamente imperativo de cualquier teoría del desarrollo de la sexualidad humana digna de crédito. Entre los teóricos contemporáneos es más frecuente que este principio se incumpla que no que se acate.

Con demasiada frecuencia se sigue con obcecación ontogénica un dogma reduccionista. Se reducen teóricamente los orígenes y el desarrollo de la sexualidad humana a un único determinante, por lo general definido de un modo abstruso y situado característicamente a uno u otro lado de la obsoleta línea divisoria entre naturaleza y crianza. Yuxtaponen de manera necia la biología a lo socioculturalmente adquirido o aprendido, sin tomar en consideración el hecho de que existe una biología del aprendizaje y la memoria, todavía en gran parte por descubrir. Como los protagonistas del debate herencia-medio, equiparan erróneamente lo biológico con lo fijo y predeterminado, y lo sociocultural con lo mutable y opcional.<sup>5</sup>

Money argumenta a favor de la presencia de una interacción continua entre naturaleza y crianza. Los condicionamientos que recibimos influyen sobre nuestra configuración biológica. Susie Orbach planteó en julio de 1997 que en algunos aspectos «configuramos nuestra biología individual, de manera que el estrés psicológico va marcando unos cursos neurales que, si se repiten con suficiente frecuencia, llegan a configurar una plantilla personal, que inclina a nuestras emociones a seguir un camino de preferencia a otro».<sup>6</sup>

---

Los alardes propios de los machos consistentes en darse golpes en el pecho se traducen en el hábito de hablar sin moderación durante las reuniones y luego quejarse cuando éstas se alargan más de lo previsto. La exhibición de las nalgas ha quedado reducida a expresiones viriles como “poner los cojones sobre la mesa”.

GUY BROWNING, «Office Politics»<sup>7</sup>

---

Alentados por la idea de que la biología es alterable, podemos contemplar la posibilidad de que la nuestra sea una cultura que intenta conseguir unos altos niveles de testosterona,

los valora y los recompensa, sin preocuparse de cuán destructivas puedan llegar a ser las consecuencias. Pensemos, por ejemplo, en la moda de la violencia al volante. Se espera que los hombres jóvenes conduzcan de manera agresiva; a través de la conducción agresiva y arriesgada, que obliga a los demás conductores y conductoras a pisar el freno para evitar una colisión, se someten a una tensión perfectamente evitable que luego explota en forma de violencia verbal y gestual con el más mínimo pretexto. Los medios de comunicación deploran piadosamente la violencia al volante, pero ello no es óbice para que muchos hombres jóvenes con los símbolos externos propios de un “hombre duro”, o sea, cabeza rapada, pendiente en la oreja y voz atronadora, conviertan en una cuestión de pundonor expresar violentamente su irritación en todas las ocasiones imaginables, no en último término cuando les adelanta una mujer de mediana edad en un coche más potente que el suyo. La testosterona transforma el miedo en hostilidad; el miedo estimula la secreción de testosterona, junto con otras sustancias químicas corporales asociadas a la agresión, y las feromonas comienzan a impregnar el ambiente. ¿Podría ser que el miedo y el enfado nos resulten más placenteros que la serenidad de ánimo?

Comoquiera que sea, los hombres jóvenes, sean colegiales, miembros de bandas urbanas o hinchas futbolísticas, crean de manera deliberada situaciones de enfrentamiento en las que tienen la ferviente esperanza de perder el control y realizar hazañas históricas. Cada semana, once hombres sufren heridas graves en Gran Bretaña como consecuencia de haber sido golpeados en la cabeza o en la cara con un vaso o una botella de cristal rotos. La provocación que desencadena estos ataques puede ser simplemente un codazo accidental a otra persona o hacerle derramar involuntariamente una parte del contenido de su vaso. La persona que no se excusa de inmediato y se ofrece a pagarle otra copa al ofendido corre peligro. El indivi-

duo ofendido puede exigir una muestra de contrición con una “mirada penetrante”, que a su vez puede dar pie a un ataque por parte del ofensor. Los resultados, inmediatos y a largo plazo, pueden ser espectaculares, pues el cristal astillado secciona los capilares y vasos sanguíneos y los nervios faciales y destruye las delicadas y vulnerables estructuras oculares. Estos incidentes son tan frecuentes que una medida prudente sería servir las bebidas en vasos de plástico o de cristal irrompible en los *pubs* y los bares, pero la amenaza de estos ataques parece ser un elemento esencial de la cultura heterosexual masculina propia de esos locales. La conexión con la embriaguez es evidente e induce a plantearse si los hombres no valorarán en parte el consumo de alcohol porque éste debilita las inhibiciones que mantienen “embotellada” la agresividad temeraria. El término “embotellada” sugiere, de hecho, que la agresión con la botella rota permite liberar de un modo placentero una tensión también placentera. En efecto, no cabe la menor duda de que algunos hombres disfrutaban con la violencia; hay algunos que gozan mucho más con una pelea que con el sexo. Las mujeres que no comprenden que los hombres de su propio entorno pertenecen a esta especie se encuentran en una situación de desventaja permanente a la hora de negociar con ellos y, por lo tanto, en constante peligro. La respuesta más aterradora a la pregunta “¿por qué me pegas?” es sin duda “porque me da gusto”, suponiendo que algún hombre tuviera la sinceridad de expresarlo. La violencia gratuita contra las mujeres, las niñas y los niños se suele disfrazar bajo la excusa de un castigo merecido.

---

El *Frogger* (juego de la rana), por ejemplo, era enormemente popular entre las chicas. Cuando en un salón de videojuegos se veía a un apretado grupo de quinceañeras, lo más probable era que estuviesen reunidas frente a una máquina de *Frogger*. Tengan en cuenta que este juego no admite la agresividad. La finalidad es sortear el

tráfico y evitar caerse de los troncos hasta alcanzar el nido de las ranas. Es un juego curiosamente exento de enfrentamientos.

J.C. HERZ, *Joystick Nation*<sup>8</sup>

Dado que los estudios sobre las actitudes de las mujeres hacia la violencia masculina no han sido nunca abundantes resulta imposible determinar si se han modificado en los últimos treinta años. Existen algunos indicios, bastante deprimentes, de que la dureza masculina sigue atrayéndolas tanto como antes. Marc Dutroux, encarcelado a la espera de juicio por su participación en asesinatos pedófilos en Bélgica, recibe cartas y regalos de docenas de mujeres de mediana edad. Peter Sutcliffe, el destripador de Yorkshire, y Jeremy Bamber, condenado en 1985 por el asesinato de cinco personas de su familia, reciben periódicamente propuestas de matrimonio.

Harry Roberts, condenado a cadena perpetua en 1966 por el asesinato de tres policías desarmados, también recibe muchas cartas de mujeres que le cuentan las acrobacias eróticas que desearían realizar para él.

El asesino en serie alemán Thomas Holst logró escapar con la ayuda de su psicoterapeuta, Tamar Segal, que era lesbiana antes de enamorarse de él.

Las explicaciones de este fenómeno son extraordinariamente inadecuadas. El doctor Glenn Wilson, profesor del Instituto de Psiquiatría de Londres, opina que:

Las mujeres ven a un hombre completamente antisocial, que vive al margen de la sociedad, con unos altos niveles de testosterona. Es el tipo de hombre con el que no conviene andarse con bromas. Las mujeres lo ven como un seguro para la supervivencia de su prole.<sup>9</sup>

En realidad, nadie sabe si los asesinos tienen un alto nivel de testosterona, ni si la testosterona es significativa para la protección de la prole. La etología humana ha señalado que los bebés se parecen a sus madres porque si se parecieran a sus padres correrían el riesgo de ser atacados por otros hombres. Un hombre violento la mayoría de las veces se muestra violento con las personas de su familia. Una mujer que le hace proposiciones a un asesino encarcelado no está buscando un compañero doméstico; el hecho de que el hombre esté encerrado forma parte de su atractivo. Los matrimonios entre delincuentes encarcelados y sus novias por correspondencia raras veces sobreviven a la puesta en libertad del marido. Una minoría de mujeres pueden llegar a sentirse atraídas por asesinos convictos debido a su propia historia de abusos sexuales. Estos casos extremos resultan menos preocupantes que los indicios de que muchas, tal vez la mayoría, de las mujeres heterosexuales tienen fantasías de relaciones con hombres perversos y peligrosos. Como le contó "Sandra" a una periodista de *Cosmopolitan*: «él me trataba como a una muñeca de porcelana pero a mí me gusta el sexo un poco más violento. Intentaba ponerse duro y me decía cosas como: "De rodillas, mujer", pero en él sonaba postizo y yo me burlaba». <sup>10</sup> Si el tipo de "Sandra" hubiese pertenecido a la variedad alta en testosterona quizá hubiese tenido que lamentar haberse burlado.

Tanto la testosterona como la hiperfecundidad masculina no son buenas para el sexo; los hombres parecen sentir apego por ambas debido a razones que nada tienen que ver con las mujeres ni la reproducción. Históricamente, se ha adiestrado, formal o informalmente, a los hombres jóvenes como fuerza de combate y se ha estimulado deliberadamente su fiereza. Dado que se espera que un soldado sea irreflexivamente agresivo y que su recompensa tradicional es la oportunidad de violar, no debería sorprendernos que se llegase a constatar que gran parte de esta inducción ha resultado eficaz porque

tenía el efecto oculto de incrementar sus niveles de testosterona. Si esto fuera cierto, cabría esperar que el nivel de testosterona de un monje budista medio fuese significativamente más bajo que el de un soldado raso británico medio.

---

Los hombres establecen vínculos entre ellos sobre la base de un objeto de agresión preexistente o de uno inventado.

ELAINE MORGAN

---

Las explicaciones sociobiológicas de la competitividad del macho humano se atribuyen a su inmensa fecundidad, que lo hace enormemente prescindible a la vez que también incrementa enormemente sus oportunidades reproductivas. Si esto fuese cierto, tal vez deberíamos congratularnos de que el recuento espermático humano esté descendiendo en picado.<sup>11</sup> Cuando constatemos que todos los hombres disponibles empiezan a ser necesarios para nuestra supervivencia como especie, quizá sea posible renunciar a la competitividad masculina como una conducta absolutamente mal ajustada. Esta argumentación sólo es válida si aceptamos la biología como un dato; la hipótesis sociobiológica queda desvirtuada hasta cierto punto una vez que se aduce que la actividad de las gónadas es sensible a las influencias culturales y conductuales. Es posible que, gracias a su capacidad de aprender y enseñar, el macho humano, de hecho, haya ido creando gradualmente, en el curso de nuestra larga historia, su hiperfecundidad a la par con su capacidad de eyacular independientemente de cualquier estímulo asociado a la reproducción.

Los hombres agresivos no toleran el menor asomo de agresividad en las mujeres. Los hombres agresivos interpretan como una provocación el hecho de que una mujer hable con voz audible, vista pantalones y se pague sus consumiciones. Esta clase de astigmatismo ha llevado a afirmar que las mujeres se han vuelto tan agresivas y tan violentas como los hom-

bres en los últimos diez años. David Thomas, autor de *Not Guilty: In Defense of the Modern Man* (Inocentes. En defensa del hombre moderno), argumenta que existe una epidemia de violencia femenina contra los hombres y que éstos se están llevando la peor parte.<sup>12</sup> Warren Farrell lleva treinta años defendiendo al sexo subyugado de los abusos de poder de las mujeres.<sup>13</sup> En 1993, se creó en los Estados Unidos el primer grupo de apoyo para hombres maltratados. Las mujeres cometen más de la mitad de los asesinatos de menores en todo el mundo, sobre todo de recién nacidos, son responsables de la mayor parte de los malos tratos físicos contra los niños y niñas, de la mitad de las agresiones contra hermanos o hermanas, de la mitad de las agresiones contra personas ancianas y contra el cónyuge. En noviembre de 1997, se publicaron los resultados de un experimento británico en el que se vigiló mediante cámaras ocultas, a través de un circuito cerrado de televisión, a las criaturas atendidas por lesiones en un hospital; a través de las cámaras se pudo ver a 39 progenitores atacando a sus hijos o hijas, algunos de apenas dos meses de edad. En todos los casos, excepto dos, las agresoras fueron las madres. Sin embargo, equiparar la violencia femenina y la masculina resulta engañoso. La violencia materna suele ser habitualmente una prolongación de una conducta autodestructiva. Los ataques perpetrados por las mujeres raras veces incluyen un uso mortífero de la fuerza.

A pesar de que la mujer violenta se ha convertido ahora en un modelo a imitar y hace más de un siglo —mucho antes de que el feminismo instase a las mujeres a expresar su rabia por cualquier medio a su alcance— que existen bandas de chicas que compiten con los chicos en rudeza y brutalidad ciega, las estadísticas siempre han indicado que el lugar de la mujer es el de receptora de las agresiones. En 1994, en Londres, 9.800 mujeres fueron agredidas por su pareja masculina, frente a 887 hombres agredidos por sus mujeres. Además, la mayoría



de las agresiones contra los hombres consistieron en empujones, tirones y gritos, mientras que ellas sufrieron puñetazos, patadas y puñaladas. En la Encuesta sobre la Delincuencia británica (British Crime Survey), que recoge los delitos sufridos por una muestra representativa de toda la población, un 1,3% de las mujeres reconocieron haber sufrido violencia doméstica, frente a un 0,7% entre los hombres; el 81% de las mujeres víctimas de violencia doméstica habían sido golpeadas por sus cónyuges actuales o pasados; sólo un 42% de los hombres víctimas de violencia doméstica habían sido atacados por sus parejas y un 2% por sus ex parejas.<sup>14</sup> Como señaló Oliver James, la variable explicativa más significativa de una conducta violenta es sencillamente el hecho de ser hombre.

---

La existencia del automóvil es un argumento muy importante a favor de quienes opinan que se debería mantener recluidos a todos los hombres de entre 15 y 35 años de edad.

MARTIN AMIS, 1998

---

Los hombres al volante de un coche son peligrosos; en 1995, un 98% de las personas condenadas por conducción peligrosa fueron hombres, al igual que un 89% de las personas multadas por exceso de velocidad. Los hombres tienen más accidentes, respetan menos los semáforos, frenan más tarde y de manera más brusca. Según datos oficiales, más de 20 millones de hombres y 16 millones de mujeres tienen carnet de conducir en Gran Bretaña. El número de marzo de 1997 de la revista *Walk*, publicada por la Asociación de Peatones, reveló que las mujeres habían sido responsables de menos de un tercio de los 4.229 accidentes mortales ocurridos en 1992. Las estadísticas del Ministerio del Interior indican que un 98% de las condenas por conducción temeraria, un 94% de las condenas por conducción bajo la influencia del alcohol y otras sustancias prohibidas, y un 87% de las condenas por conducción

imprudente, se dictaron contra hombres. Un 87% de los conductores muertos en accidentes en los que intervino un solo vehículo también fueron de sexo masculino. Los fines de semana, hasta un millar de jovencitos británicos se reúnen en un lugar preacordado, que se anuncia por Internet, para un "asalto a la carretera" en el que hasta cien vehículos compiten en una carrera por las carreteras públicas. Todos los distritos rurales son testigo del fenómeno de las carreras entre chiquillos que se organizan en apartados senderos rurales. En abril de 1998, la prensa británica informó sobre el caso de Jason Humble que, enfurecido por la manera de conducir de un hombre que circulaba delante de él en un coche pequeño, se abalanzó contra él a toda velocidad hasta que consiguió empujarle fuera del carril y lanzarlo a través de la barrera protectora contra el tráfico que circulaba en sentido contrario. Los dos ocupantes del vehículo pequeño resultaron muertos. Humble les dijo a los policías que lo detuvieron: «Creo que soy el mejor conductor de todos los tiempos».<sup>15</sup>

El profesor John Groeger, que trabaja sobre el tema del género y la violencia al volante, explica estas cifras por el hecho de que los hombres aprenden a conducir más pronto, están sometidos a una mayor presión del grupo de semejantes y pasan más tiempo al volante de un coche; afirma que las mujeres se equiparán a ellos en cuanto a agresividad cuando estén sometidas a una presión y una responsabilidad comparables.<sup>16</sup> En la Conferencia Internacional de Astronáutica celebrada en Oslo alguien declaró que los hombres, debido a su agresividad, su conducta manipulativa en las relaciones y su tendencia a no pensar antes de actuar, eran peores astronautas que las mujeres, las cuales toleran mejor el estrés, se llevan bien con los demás ocupantes del estrecho recinto de la cápsula espacial y piensan antes de actuar en las situaciones difíciles. Los y las propagandistas del lema «el futuro tiene nombre de mujer» son aficionados a resaltar que las habilidades directivas

de las mujeres son distintas de las de los hombres porque las mujeres no buscan la confrontación, y están más interesadas en alcanzar un compromiso y una solución que en imponer su propia voluntad. Si la agresión es un placer y la demanda cultural puede estimular la bioquímica que hay detrás, no podemos descartar la posibilidad de que las mujeres lleguen a volverse gradualmente tan peligrosas como los hombres, para ellas mismas y para las y los demás. Si es cierto que la mujer no violenta es sólo una criatura servil, demasiado reprimida para reconocer sus propias inclinaciones asesinas, entonces la condición humana continuará siendo la guerra. Sólo si el feminismo y el pacifismo se ponen de acuerdo para seguir manteniendo su cohabitación histórica y construir una cultura de la no violencia será posible relegarla al pasado.

## MUJERES SOLDADO

Hay medio millón de mujeres soldado en el mundo, todas ellas voluntarias. Debido a las responsabilidades de las mujeres en el ámbito de la reproducción y el cuidado de las criaturas, jamás se las recluta de manera forzosa. Todas las mujeres soldado han escogido la vida militar.

Las fuerzas armadas ofrecen igualdad de oportunidades en el empleo en materia de salarios. Los salarios que perciben las mujeres por empleos comparables en el mercado de trabajo civil son más bajos y el paro femenino es superior al masculino en la mayoría de países. Un puesto de trabajo en las fuerzas armadas representa, por lo tanto, una oportunidad más favorable para una mujer que para un hombre.

Según se desprende de estos datos, la libre elección de una carrera militar parece ser hasta cierto punto una decisión forzada para las mujeres, igual que ocurre en el caso de los negros. También existen otras ventajas, en forma de formación gratuita y planes de crédito, e iniciativas que sólo se han puesto en marcha debido a la presencia de mujeres en las fuerzas armadas. El Mando de Investigación y Material Médico del Ejército de los Estados Unidos inició, en 1991, un programa de investigación sobre el cáncer de mama financiado directa-

mente por el Congreso a razón de 135 millones de dólares anuales.<sup>1</sup> Éste ha seguido desde el principio un enfoque innovador; desde 1995, los comités que examinan las solicitudes de subvenciones incluyen entre sus miembros a mujeres tratadas con éxito por un cáncer de mama o que se encuentran bajo tratamiento y cinco de ellas forman parte, junto con los científicos y científicas, de la Comisión de Integración, compuesta por 22 miembros, que decide las prioridades globales. Cuando en el Congreso se ataca el programa como un ejemplo de «la hemorragia de dólares del presupuesto de defensa para fines no defensivos y sumamente discutibles», hasta las feministas más pacifistas se alinean con las feministas del ejército y la Coalición Nacional para la Lucha contra el Cáncer de Mama, que impulsó esta iniciativa concreta. Si se creasen ejércitos para exterminar el hambre y las enfermedades, las mujeres no tendrían ningún reparo en incorporarse a sus filas, pero la guerra moderna, como ha hecho la guerra a lo largo de todas las épocas, provoca, favorece e instiga la proliferación de ambos males. Los ejércitos son muy eficaces a la hora de destruir la vida de las poblaciones civiles y, en cambio, no han avanzado nada en la eliminación del hambre y las enfermedades. El programa de investigación sobre el cáncer de mama del Ministerio de Defensa de los Estados Unidos todavía no ha conseguido introducir la más mínima inflexión en la curva ascendente de la mortalidad por cáncer.

---

¡Chúpame la polla!

Soldado Jane

---

Incluso a la feminista más decididamente feminista no se le ocurriría abolir el derecho de las mujeres a optar por una carrera bélica. Si tenemos ejércitos, las mujeres deben tener el derecho a formar parte de ellos. La mitad de las mujeres que sirven en las fuerzas armadas estadounidenses están integradas

en el cuerpo de enfermería, lo cual no resulta sorprendente ni constituye ninguna novedad; si las mujeres pueden trabajar en un sector de las fuerzas armadas, lo lógico es que también puedan trabajar en otros. En este momento, en el ejército británico un 70% de los puestos están abiertos a las mujeres que consigan superar las pruebas de aptitud física.

Si no se permite el acceso de las mujeres al adiestramiento en el manejo de las armas y se las excluye de las acciones de combate, pierden la posibilidad de acceder a las gratificaciones y promociones especiales que se ofrecen a los miembros activos de las unidades de combate. Dado que la guerra moderna, más que proezas físicas, requiere sobre todo destreza y capacidad de reacción, las restricciones impuestas al acceso de las mujeres a unidades de combate son injustificables. Cuando éstas se mantienen, las mujeres avanzan muy lentamente en el escalafón de graduaciones inferiores, cuando lo consiguen, porque tienen cerradas las vías más directas de acceso a la promoción. Mientras se siga invirtiendo en gastos de defensa una enorme parte de los impuestos recaudados entre ambos sexos, uno y otro deben tener las mismas oportunidades de acceso a ese sector e iguales oportunidades de acceder a la promoción, la riqueza y el poder dentro del mismo. Por consiguiente, las mujeres que deciden buscar un empleo en las instituciones militares deben tener el derecho a portar armas y a combatir. El argumento feminista a favor de la participación de las mujeres en las acciones de combate se apoya en tres ideas básicas: en primer lugar, que los hombres no deben aparecer como los únicos protectores de las mujeres, niñas y niños; en segundo lugar, que las mujeres deben tener control sobre el ejercicio de la fuerza en su propio interés; y tercero, que estar preparado para defender a la patria ha sido desde la antigüedad un requisito para el acceso a la ciudadanía de primera clase. Si el Estado ostenta el monopolio del uso legítimo de la fuerza, las mujeres deben tener acceso al

mismo y a la definición de las políticas, en interés de sus compatriotas, de las demás mujeres y de sus hijas e hijos.

Otras feministas han tenido problemas con esta cuestión porque, a pesar de que la retórica militar siempre criminaliza al enemigo (por ejemplo, como alguien dispuesto a violar a nuestras hermanas o a nosotras), no es posible equiparar la guerra a la defensa o a la protección de las y los débiles frente a los ataques de un elemento criminal. Además, actualmente la guerra la hacen profesionales prácticamente invulnerables contra poblaciones civiles sumamente vulnerables. En la guerra moderna, las mujeres, niñas y niños que se encuentran sobre el terreno corren mayor peligro que los profesionales que les hieren y matan a distancia, sin ningún riesgo personal, y que tendrán acceso al mejor tratamiento médico si por algún infortunado azar –fruto de la lamentable tendencia de los ejércitos tecnocráticos a lanzar su tecnología asesina contra sus propias fuerzas y las de sus aliados– llegan a resultar heridos. En la guerra del Golfo de 1990-1991, el contingente de las fuerzas armadas estadounidenses incluía a 40.000 mujeres, que constituían el 7% de los efectivos totales; once murieron en la guerra, cinco de ellas en combate; dos fueron hechas prisioneras. Jamás nos han dicho el número de mujeres, niñas y niños civiles muertos en dicha guerra.

Por muy repugnante que resulte la idea de unas mujeres ricas matando a mujeres pobres a cambio de un salario, en una sociedad militarista la igualdad exige que las mujeres estén representadas en el estamento militar. Kamlesh Bahl, presidenta de la Comisión de Igualdad de Oportunidades británica, se mostró encantada cuando se confió a dos mujeres el mando de dos navíos de la Armada destinados en el Golfo durante el conflicto de 1997 contra Iraq. «Esos nombramientos transmiten un importante mensaje a todos los jóvenes que aspiran a alistarse en las fuerzas armadas y es de esperar que marque el inicio de una nueva era moderna en cuanto a las oportunidades al

alcance de ambos sexos», declaró Bahl.<sup>2</sup> Otras mujeres cargaron y dispararon los grandes cañones de los destructores de la Armada británica enviados a luchar en la guerra de Madeleine Albright contra la población civil iraquí.

Las mujeres siempre han combatido en las luchas de liberación, en las que la población toma las armas para defenderse de la opresión.

---

Es un alivio enfrentarse al ejército empuñando tu propia arma en vez de morir gritando, violada por un ejército agresor.

Tigresa tamil<sup>3</sup>

---

Un número no especificado de mujeres combaten con los Tigres tameses en Sri Lanka. Antes de ser autorizadas a portar armas, deben pasar un año aprendiendo la justificación ideológica de la lucha armada y formando equipos, que luego realizarán tareas de enlace con la población civil, de asistencia médica o de suministro y logística, o bien participarán en acciones de combate. Dado que el ejército de Sri Lanka no tiene escrúpulos en torturar y ejecutar a las personas civiles sospechosas de complicidad con la insurrección tamil, cualquiera que sea su edad o su sexo, las mujeres cingalesas ya se encuentran en cualquier caso en la primera línea de combate. Otro tanto se puede decir de las mujeres drusas en el Líbano.

La experiencia de las mujeres enroladas en las fuerzas armadas debería servir para convencernos de que la igualdad no puede ser un sucedáneo de la liberación. Los ejércitos son lugares manicomiales, donde la masculinidad se distorsiona hasta transformarse en inhumanidad deliberada, tanto si existe un enfrentamiento real en perspectiva como si no. En las fuerzas armadas, el culto al estoicismo llega hasta el extremo de demostrar el merecimiento de un ascenso clavando la condecoración en el esternón del soldado. Los ejércitos, en su calidad de redes masculinistas, desarrollan los patrones habitua-

les de conducta transgresora consensuada. Los oficiales de mayor graduación gozan extraoficialmente del derecho a someter a sus inferiores masculinos a rituales de abusos y humillaciones sexuales. Los reclutas tenían la alternativa de soportar en silencio los tradicionales tormentos extraoficiales o abandonar la carrera. Los ejércitos necesitan ser brutales y empiezan por demostrar su salvajismo brutalizando o expurgando a los vulnerables entre sus propias filas. Se supone que los soldados no deben tener un trato atávico o cruel entre ellos, igual que se supone que no deben violar a las mujeres de la población enemiga, pero lo hacen.

---

Tener relaciones sexuales con una mujer y matarla luego era una doble prueba de veteranía.

Veterano de la guerra de Vietnam

---

Las mujeres que optan por la carrera militar son intrusas en un reducto masculino. Bruce Fleming, que enseña inglés en la Academia Naval de los Estados Unidos, describe gráficamente cuán profundamente incorporada está la masculinidad.

Las virtudes militares se expresan invariablemente en lenguaje “masculino”; el estamento militar valora cualidades como la dureza, la firmeza y la fuerza, todas ellas metáforas de la musculatura o la tumescencia masculinas, o de ambas a la vez. La postura misma que se exige a los militares es una exageración del lenguaje corporal masculino, en contraste con el lenguaje corporal femenino; su finalidad es asustar y disuadir a los agresores: pecho hinchado, hombros levantados, el cuerpo tieso y erguido para exhibir toda su estatura. (Compárenlo con las posturas de los gorilas en el zoológico.)

Hasta los uniformes militares están diseñados para resaltar la figura masculina, no la femenina, con sus charreteras que ensanchan los hombros y la sombra anónima que pro-

yecta sobre los ojos la gorra del uniforme masculino, resaltando el cuerpo amenazador que hay debajo [...] Las guardiamarinas se refieren, en cambio, a su calzado “anticonceptivo” y se las ve incómodas en las ajustadas chaquetas del uniforme masculino, que se ajustan al cuerpo de los hombres como el peto de una armadura.

La afiliación masculina está basada en la exclusión, si no de las mujeres concretas, al menos de la mujer en abstracto. En la Academia Naval ya no se excluye a las mujeres, pero (lo reconozcamos o no) seguimos excluyendo a la mujer.<sup>4</sup>

Los hombres, que solían tener reservado en exclusiva el ámbito militar, no votaron a favor de la inclusión de las mujeres y, en general, no aceptan su presencia, que todavía no es suficientemente numerosa para permitirles crear sus propios valores y estilo. La Ley contra la discriminación sexual se aplicó a las fuerzas armadas británicas en 1995; una de las primeras denuncias presentadas fue la de Lynn Goodall, una sargento de los Royal Signals, por haber tenido que escuchar en un curso de promoción: «No queremos mujeres aquí, joder». Goodall se quejó a un superior y su respuesta fue que el problema era que cuando corría «se le movía todo». Cuando en abril de 1998 se inició una campaña institucional concertada para inducir a un mayor número de mujeres a enrolarse en las fuerzas armadas, de un total de 103.000 efectivos menos de 7.000 eran mujeres; entre los hombres había 13.000 oficiales y entre las mujeres menos de 1.100. Las mujeres representaban menos del 10% de los efectivos de la RAF; entre los oficiales había más de 11.000 hombres, mientras que las mujeres oficiales no llegaban al millar. La situación en los servicios navales es bastante parecida: 45.000 hombres y menos de 8.000 mujeres; 8.000 oficiales masculinos y 457 femeninos. A pesar de que la ley prohíbe que los hombres expresen su profundo resentimiento contra la invasión femenina de su reducto masculino, ninguna ley puede

impedir que lo sientan. El resentimiento no expresado se troca en amargura y rencor, y se acaba manifestando por otras vías más enrevesadas. La sargento Lynn Goodall recibió una indemnización de 47.500 libras esterlinas; Alisa Cook, obligada a abandonar el 39.º Regimiento de Campaña de la Artillería Real después de ser ascendida a teniente, como resultado de una campaña de intimidación, aceptó un arreglo extrajudicial con un pacto de confidencialidad que le impide comentar los detalles del calvario al que la sometieron los demás oficiales.

Un 11% del personal de las fuerzas armadas estadounidenses es femenino; en la mayoría de los otros ejércitos, el porcentaje es muy inferior y ronda el 3%. Las mujeres soldado, relativamente aisladas entre los hombres y sin grupos de semejantes con los que poder reunirse en los momentos de descanso, se encuentran con que no pueden alternar con los hombres, que se sienten cohibidos en su presencia. El fenómeno de un ruidoso grupo de hombres que se quedan mudos de repente cuando aparece una mujer, puede ser más instintivo que malicioso, pero equivale a un ostracismo funcional que mina inevitablemente la confianza de la mujer soldado y finalmente también su competencia. La soldado que capitula y adopta modos de comportamiento y de diversión masculinos, en un esfuerzo por ser aceptada como uno de los “chicos”, se sentirá doblemente humillada y desconcertada ante el inevitable rechazo. Las diversiones tradicionales de los militares, su recurso a la pornografía y la prostitución, el consumo de bebidas alcohólicas, casan mal con un ejército unisex, obligado a tratar con respeto a las mujeres. Nadie se paró a pensar en la presencia de mujeres entre las tropas estadounidenses destacadas en Bahrein cuando la embajada de Estados Unidos contrató a tres bailarinas de *striptease* para que actuasen en las celebraciones navideñas. Aunque los saudíes consiguieron imponer a los mandos la prohibición de todo tipo de drogas y bebidas alcohólicas y del recurso a la prostitución, los mecáni-

cos de la Fuerza Aérea británica continuaron pintando figuras femeninas pornográficas en sus bombarderos de combate, a pesar de que 1.000 mujeres británicas estaban destacadas con ellos en el Golfo.

---

Mi amiga estaba en mi grupo, estábamos en combate y el ejército nos estaba lanzando granadas. Ella se adelantó para atrapar una granada y evitar que murieran más tigres. La explosión le destrozó las manos y el pecho. Murió y otros salvaron la vida.

Tigresa tamil<sup>5</sup>

---

Una persona civil no puede evitar preguntarse qué días ocurrió a bordo de la fragata *HMS Coventry* de la Marina británica en las navidades de 1997. Una *wren*\* muy animada se montó sobre una pieza tubular de un sonar y empezó a emitir gemidos; otra se bajó los pantalones de cuero para exhibir un tatuaje. Según cuentan, el primer oficial de campaña David Bellingham se dedicó a perseguir a las marineras por toda la nave con un gorro de Papá Noel y unos calzoncillos de fantasía que tocaban *Jingle Bells*. Claire Alcock, una *wren* de 22 años empezó a usar un lenguaje tan descarado como cualquiera de los “tíos”; las relaciones sexuales con un oficial de la marina eran, según sus palabras, como arrancarse una muela del juicio: «hace daño, todo queda hecho una porquería y acabas teniendo una infección». Las bromas subidas de tono acabaron en llanto. Bellingham fue juzgado en enero de 1998 de cuatro acusaciones de acoso sexual y de abusos sexuales contra cuatro de las tripulantes de su buque. Fue declarado inocente de siete de los cargos, pero el octavo era innegable ya que Bellingham había tenido la ocurrencia de mantener una conversación sexualmente explícita con la marino Alcock a través del sistema de comunicación interna de la nave du-

\* Nombre que reciben las mujeres miembros de la Marina británica. (*N. de la T.*)

rante un ejercicio de defensa antisubmarinos. Fue declarado culpable de comportamiento lesivo para el buen orden y la disciplina naval y condenado a pagar una multa de 2.000 libras esterlinas y a la pérdida de su recién adquirida graduación de capitán de corbeta.

Cuando las mujeres se incorporaron por primera vez al grupo de elite de aviadores de la Marina estadounidense, intentaron superar los modales rudos de sus colegas masculinos. «Usaban palabras fuertes, no eran remilgadas en cuestiones de sexo y alguna demostraba de vez en cuando su sentido del humor agarrando a un colega por la entrepierna al grito de “¡Inspección de paquetes!”» En una fiesta que se celebró en Las Vegas después de la guerra del Golfo, un grupo de aviadores borrachos de la base de Tailhook obligaron a 26 colegas femeninas, entre ellas 14 oficiales, a aguantar el acoso y los abusos de una pandilla de hombres. Roxane Baxter, que accedió al puesto de piloto de la Marina hace veinte años, recordaba: «Una de las cosas que aprendí cuando ingresé en la Marina fue que no está bien visto que una oficial naval lllore. El oficial ideal era un hombre y tenías que portarte como un hombre. Y ése fue el mensaje que recibieron muchísimas mujeres». Las mujeres tenían que participar en rituales que las humillaban, iguales que habían hecho antes a los hombres novatos, pero con el agravante de que su dimensión misógina los hacía especialmente ofensivos. La investigación ordenada por la Inspección General de la Marina reveló detalles tan desagradables como el «servicio de afeitado (en el que un teniente afeitaba la entrepierna de las mujeres y les “hacía ver a dios”) y el ritual del ombligo (en el que se lamía un licor del ombligo de las mujeres)». Como parte del espectáculo de un “remojón”, como se designa el ritual de graduación en la jerga de la Marina de los Estados Unidos, un par de bailarinas exóticas hicieron un número desnudas y luego una de las mujeres le hizo una felación a uno de los hombres.<sup>7</sup>

Pat Schroeder de la Comisión de las Fuerzas Armadas del Congreso alegó que, desde el punto de vista de la jerarquía masculina, no se trataría con respeto a las mujeres mientras no se les permitiese participar en acciones de combate. En la guerra del Golfo, el buque de asistencia *Acadia*, encargado del suministro y reparación de los destructores, sin ser técnicamente una nave de combate, fue uno de los primeros de la Marina que incluyeron mujeres en su tripulación en una situación de combate. Cuando la nave zarpó de San Diego rumbo a Oriente Próximo, a bordo viajaban 360 mujeres que constituyeran una cuarta parte de la tripulación; cuando regresó 36 de ellas habían tenido que ser evacuadas por embarazo. Entre la población militar de la misma franja de edad y entre las mujeres militares en tiempo de paz, la proporción de embarazos en cualquier momento dado es de 1 sobre 11; sin embargo, el “barco del amor”, como fue bautizado, fue citado con frecuencia por los detractores de Schroeder como un argumento en contra de la integración de género en la flota.

Schroeder introdujo disimuladamente una disposición por la que se derogaba la prohibición de participar en acciones de combate, en un decreto de autorización del gasto militar, y consiguió que se aprobase sin mayor dificultad. Según un artículo de Peter Boyer publicado en el *New Yorker*, en aquel momento se estaba desarrollando una campaña de formación de aviadoras para incorporarlas a los portaaviones *Eisenhower* y *Abraham Lincoln* en sus próximos despliegues. Eso suponía avanzar a las mujeres a los primeros puestos en la lista de acceso a la formación, lo cual provocó un fuerte resentimiento entre los hombres desplazados. Cuando Kara Hultgreen murió en un intento de aterrizar sobre la cubierta del *Lincoln* con su Tomcat F-14, en la Marina fueron muchos los que se preguntaron si contaba con la formación y la experiencia adecuadas. Se atribuyó el accidente a un fallo del motor, cuando su verdadera causa había sido un error de pilotaje, y

Hultgreen fue enterrada con todos los honores en el Cementerio Militar de Arlington como una aviadora pionera.

---

Las mujeres americanas que sirvieron en el Golfo estaban más expuestas al riesgo de sufrir un ataque sexual a manos de nuestros propios soldados que del enemigo.

SENADOR DENNIS DECONCINI

---

Mientras la Marina estadounidense procuraba rehabilitar su reputación tras el escándalo de Tailhook, el Ejército pasó a convertirse en blanco de atención. En noviembre de 1996, la investigación de unos presuntos abusos sexuales en el centro de avituallamiento del campo de instrucción de Aberdeen descubrió que más de treinta mujeres reclutas alegaban haber sido víctimas de violaciones, sodomización coactiva y acoso sexual permanente. Un oficial fue acusado de violación, conducta inapropiada en un mando, obstrucción de la justicia, adulterio y relaciones impropias con una recluta. Un sargento primero fue acusado de violaciones múltiples, sodomización coactiva y adulterio, y otro por mantener relaciones impropias con varias reclutas.

El 7 de noviembre de 1996, el Ejército de los Estados Unidos estableció un teléfono de urgencia confidencial gratuito para denunciar los casos de acoso sexual; a finales de ese año, se habían recibido 977 quejas que se consideró que merecían ser investigadas; 145 han dado paso a investigaciones penales en toda regla. En el fuerte Leonard Wood de Missouri, un sargento de instrucción fue condenado por conducta sexual contraria a la ética profesional. En abril de 1997 se celebró el juicio sobre los casos de Aberdeen, con resultados sorprendentes. Se retiraron cuatro de las acusaciones de violación y 54 acusaciones por faltas menores contra uno de los sargentos primeros y, como contrapartida, éste se declaró culpable de 16 acusaciones de mantener relaciones sexuales consentidas con mujeres

reclutas. Cinco de las 22 mujeres afectadas declararon que las habían obligado bajo amenaza a acusar únicamente a los oficiales negros. Puesto que el racismo está tan arraigado como el sexismo en el Ejército estadounidense, las mujeres estaban acostumbradas, como lo han estado históricamente, a acusar y hacer el vacío a los hombres negros.

En Gran Bretaña, la situación es al menos igualmente confusa. El regimiento de instrucción del Ejército estacionado en Pirbright, en Surrey, se ha visto conmocionado por una serie de escándalos. Una soldado rusa de 17 años declaró en una investigación interna que cinco cabos habían mantenido relaciones sexuales con ella por turnos después de emborracharla y anular totalmente su capacidad de reacción en una fiesta organizada para celebrar el desfile de graduación. Semanas más tarde, se impuso una multa de 1.600 libras esterlinas a un teniente por burlarse de las reclutas usando expresiones de contenido sexual. La semana siguiente, un sargento fue procesado penalmente por violar a una recluta durante su estancia con un contingente en un campamento de tránsito mientras estaban realizando unas maniobras de instrucción en Exmoor.

En marzo de 1997, el Ejército de los Estados Unidos ascendió a Claudia Kennedy al grado de general de tres estrellas, la primera mujer que alcanzaba esa graduación. En la conferencia de prensa, reconoció haber sufrido acoso en repetidas ocasiones desde el momento de su alistamiento, cuando no era posible obtener una reparación. Luego añadió, protegiendo a su nuevo grupo de semejantes, que en el valeroso nuevo ejército unisex se actuaba con celeridad ante cualquier queja. Aun así, el 16 de diciembre de 1997, un comité de expertos del Pentágono recomendó que hombres y mujeres se adiestren por separado, vivan en lugares separados y sirvan en unidades separadas. No aclararon cuándo, dónde y con qué frecuencia podrían participar en el servicio activo las unidades exclusivamente femeninas.



## EL PESAR

María, la madre de Jesús, aparece representada a veces como Nuestra Señora de los Dolores, la Dolorosa, con el corazón atravesado por siete espadas y una lágrima permanentemente en suspenso. Su dolor es su gloria. Veinte siglos después de que ella asistiera a la larga agonía de su hijo en la cruz, el dolor de las mujeres ha perdido toda dignidad. La palabra "triste" se emplea actualmente con desdén. Decir que el caso de una persona es "triste" supone rechazarla como una perdedora de escasas luces. Tanto las mujeres como los hombres interpretan el hecho de sentirse tristes como un síntoma de una enfermedad que requiere tratamiento. Sin embargo, la tristeza es, de hecho, la matriz de la que nacen el ingenio y la ironía; la tristeza es incómoda y creativa, y por esto no la tolera la sociedad. La cultura de consumo vende antídotos contra la tristeza, felicidad en píldoras, consuelo que amodorra el espíritu. En la década de los setenta, el Valium fue el medicamento más recetado de la farmacia estadounidense. Actualmente, se receta Prozac a punta pala, a pesar de que sus cursos de acción bioquímica siguen siendo un misterio.

---

El silencio que rodea los temas relacionados con el enfado, el dolor, la culpa, la vergüenza y hasta el amor y la alegría, puede llegar a convertirse en un "silencio cotidiano" que conduce inevitable-

mente a una pérdida de la capacidad de actuar, a la desilusión y a la angustia.

SALLY BERRY, Directora Clínica, Women's Therapy Centre

---

No existe ninguna dolencia médica llamada tristeza. Los médicos y médicas que la tratan tienen que designarla de otro modo, habitualmente como depresión. Las afecciones depresivas se han multiplicado por cinco en los Estados Unidos desde 1955, y cabe esperar que un 6% de la población sufra un episodio de depresión clínica antes de los 24 años. Por razones que no están nada claras, las mujeres tienen muchas más probabilidades de sufrir una depresión que los hombres. Un 17% de las mujeres británicas, algo más de una de cada seis, intentarán suicidarse este año antes de haber cumplido los 25 años. Existe un tipo de depresión, designada a veces como depresión reactiva, que aparece a modo de respuesta ante ciertos acontecimientos de la vida, como puede ser la pérdida de un ser querido, la pérdida del empleo, el divorcio o el rechazo. Otra modalidad es consecuencia de una baja autoestima. Otras formas de depresión se describen como endógenas o biológicas y son de origen genético o están causadas por la fluctuación en el nivel de determinadas sustancias químicas corporales, como la serotonina o el estrógeno. Si el número de las que buscan ayuda se puede considerar indicativo, las mujeres tienen el doble de probabilidades que los hombres de sufrir cualquiera de estas formas de depresión. El doctor Hugh Koch, psicólogo clínico colegiado, cita los resultados de un estudio realizado en Camberwell, en los cuales un 25% de las amas de casa sufrían depresión clínica. Según señalan otros profesionales, un 70% de los casos no se llegan a diagnosticar. Un estudio de los episodios de enfermedad declarados por los médicos y médicas de cabecera británicos en 1980-1981 constató que por cada ocho hombres tratados por "depresión neurótica" había 25 mujeres tratadas

por la misma causa. Una proporción ligeramente más alta que la observada en otros estudios, pero que sigue estando por debajo de la relación de 2 sobre 1 entre el número de mujeres y de hombres que dicen tener una depresión. Dos terceras partes de todas las recetas de medicamentos psicotrópicos se prescriben a mujeres.

La tendencia de las mujeres a la depresión se consideraba producto de la alteración de su equilibrio hormonal por acontecimientos como el parto y la menopausia. Sin embargo, siempre que se ha investigado científicamente el tema no ha sido posible demostrar ninguna vinculación entre la depresión y los niveles hormonales. Las evaluaciones de los índices de depresión entre las mujeres en edad reproductora no revelan diferencias significativas entre las que acaban de dar a luz y las que no. Se ha apuntado la asombrosa posibilidad de que la depresión postparto probablemente se deba en mucho mayor medida al agotamiento y la falta de sueño que a los cambios hormonales. En cuanto a la depresión de la menopausia o melancolía involutiva, las mujeres postmenopáusicas son las que tienen menores probabilidades de sufrir una depresión. La tendencia de las mujeres a la depresión tampoco se puede achacar ni siquiera al momento del ciclo menstrual. En un estudio sobre 1.300 adultas residentes en la zona de San Francisco, Susan Nolen-Hocksma de la Universidad de Michigan no observó ninguna diferencia en la frecuencia de los episodios de depresión entre las mujeres que se encontraban en la fase premenstrual del ciclo y las que no.

---

Ahora puede sobrellevar las dificultades [...] gracias a Butisol (butabarbital sódico), “sedante para las horas del día” recomendado para el estrés cotidiano.

---

Los nuevos enfoques sobre la tristeza sugieren que es consecuencia de un descenso de los niveles de serotonina. Una

vez más, tenemos que tener en cuenta la noción del “determinismo secuencial multivariante” de Money, y preguntarnos si un descenso del nivel de serotonina es la causa última de la depresión o si la respuesta a situaciones que generan depresión se expresa bioquímicamente a través de un bajo nivel de serotonina. Los estudios de animales que viven en un orden jerárquico han revelado que la secreción de serotonina responde a las variaciones de estatus. Los monos vervet subordinados presentan niveles bajos de serotonina; cuando se apartó a los monos dominantes del grupo, el vencedor en la posterior batalla por la dominación presentaba niveles de serotonina mucho más altos que antes. Los y las estudiantes humanos brillantes presentan niveles elevados de serotonina; las personas de condición social baja tienden a presentar unos niveles bajos. Las bebidas alcohólicas incrementan transitoriamente los niveles de serotonina; el Éxtasis inunda el cuerpo de serotonina y con el tiempo acaba dañando a los receptores de ésta. El Prozac forma parte de un grupo de fármacos conocidos como inhibidores selectivos de la absorción de serotonina. Ningún médico o médica se plantearía si es ético manipular los niveles de serotonina de las personas racionales para alterar sus reacciones ante unas circunstancias que se mantienen inalteradas. Cualquiera que le sugiriese a una paciente que se desprendiese de sus preocupaciones llorando sería considerado un sádico o una sádica. Llorar es una manifestación equivalente a cualquier descarga purulenta.

---

Actualmente es una excepción que las mujeres lleven “una vida sin altibajos, felizmente casadas” [...]. Yo soy una abuela corriente de 55 años. Mi hermano murió al nacer, mi madre tuvo una depresión nerviosa, mi primer marido no pagaba nunca sus facturas, así que estuvimos huyendo continuamente de un lugar al otro del país. Murió a los 40 y me dejó sola con un hijo y una hija a mi cargo; mi hijo tuvo problemas con la justicia. Mi segundo marido es alcohóli-

co. Yo tuve una depresión y he tenido aventuras, sobre todo para conservar la cordura. Mi hijo no me llama nunca...

Carta a la revista *Woman*, marzo de 1998

Si la tristeza de las mujeres se puede considerar bioquímica y constitucional, esto significa que se puede tratar medicándolas. Se les puede recetar Prozac y creerán que son felices, aunque no lo sean. En los zoológicos, también se administra Prozac a los animales que se muestran alterados, lo cual parece indicar que la pesadumbre, más que un trastorno constitucional, es una respuesta ante unas circunstancias intolerables. No se trata al tigre enjaulado por tener la desgracia de ser un tigre, sino por la desgracia de encontrarse en un zoológico; la depresión femenina podría ser asimismo una consecuencia, no del hecho de ser mujer, sino de un entorno inhumano.

Las cosas han cambiado desde que Sylvia Plath se graduó en Smith College con los máximos honores y su madre esperaba que trabajase como mecanógrafa hasta su matrimonio; pero en los últimos veinte años, las mujeres se han visto sometidas a presiones muchísimo mayores en su carrera y su familia, y los hombres no han arrimado el hombro... La siguiente fase del feminismo consiste en buscar la manera de conseguir que las familias funcionen. Era preciso desechar la familia nuclear de los años cincuenta, pero todavía no la hemos reemplazado de forma adecuada. Hay demasiadas niñas y niños solitarios que necesitan una vida comunitaria o algún tipo de vida familiar. Éste debería ser un problema general y no sólo un tema feminista, pero lo es porque, como de costumbre, les toca resolverlo a las mujeres.<sup>1</sup>

Las vidas de las mujeres se han vuelto más, y no menos, difíciles. Viven mejor, pero su vida es más dura. Si se consi-

guiese demostrar que las mujeres tienen motivos para estar tristes, quizá podrían escapar al estigma de la locura. Una mujer que acepta que la etiqueten como una enferma mental renuncia a su derecho a la autonomía, pierde la confianza en su propio criterio y el prestigio entre sus semejantes. Sin embargo, parece evidente que quien se comporta de manera irracional es la persona que se siente alegre en unas circunstancias intolerables.

Las feministas han batallado acertadamente durante años contra la excesiva frecuencia con que se diagnostica como locas o neuróticas a las mujeres que sufren. Han señalado reiteradamente que las mujeres se encuentran en una situación de desventaja en la educación, en el empleo, en materia de oportunidades, en el acceso al poder y al prestigio, y que el trabajo de cocinar, limpiar y cuidar de las criaturas, las personas enfermas y los mayores es agotador, que la solución no es medicar a las mujeres o patologizar su malestar sino cambiar el sistema. Si las mujeres son quienes sostienen el sistema, lo más sencillo tendría que ser que ellas mismas lo cambien. Sabemos que las mujeres están cambiando rápidamente. Ahora ya no se sienten obligadas a seguir manteniendo unas relaciones que no les satisfacen ni a tener criaturas no deseadas. Con el progresivo aumento del número de mujeres que trabajan fuera de casa y de las que abandonan un matrimonio opresivo, cabría esperar que también estuviese disminuyendo la incidencia del malestar femenino. Los datos parecen sugerir que está aumentando. Hace treinta años, no se hablaba de ataques de pánico, de anorexia o de automutilaciones. Ahora pueden verse por doquier los iconos del sufrimiento femenino; la imagen de la mujer maltratada está de moda. Las modelos que desfilan por las pasarelas están delgadas como palillos, tienen el rostro cadavérico y amoratado, el pelo apelmazado. Lucen cicatrices y hematomas bien visibles. Las jóvenes modelos de ojos hundidos parecen estarnos diciendo: «Para existir, tengo

que sufrir». En ausencia de otras personas dispuestas a lastimirlas, semejan estar decididas a hacerlo ellas mismas.

Las feministas han repetido hasta la saciedad que la explicación de la pobre imagen de sí mismas que tienen las mujeres y de su falta de autoestima reside en la historia de la misoginia, en las construcciones masculinas de las mujeres como personas inestables, irracionales, maliciosas, subversivas, repugnantes, etcétera. Aunque no cabe duda de que los estudiosos y hombres instruidos han expresado sin tapujos a lo largo de los siglos el disgusto que sentían hacia las mujeres, muy pocas de ellas podían enterarse. Hasta el siglo xx, las mujeres permanecieron excluidas de los círculos donde se discutían esos temas. El discurso misógino, en general, aunque desde luego no siempre, era consciente de su carácter transgresor, puesto que en su origen estaba un ataque contra la figura reverenciada de la madre, la única mujer con quien habían tenido una relación de intimidad los estudiosos célibes. Si bien las mujeres fueron testigos en algún momento de orgías de misoginia, como la caza y procesamiento de brujas, por ejemplo, no estaban en condiciones de poder extrapolar unos principios generales a partir de esos hechos, ni tampoco parece posible que tuvieran manera de interiorizar las generalizaciones antifeministas, en detrimento de su concepto de sí mismas, mientras permanecieron excluidas de la cultura de la élite masculina. La mujer prealfabeta vivía inmersa en una cultura femenina autolegitimada que la autoridad del texto impreso acabaría anulando. Las mujeres sólo empiezan a interiorizar los esquemas masculinos cuando aprenden a leer. La alfabetización enfrenta bruscamente a las mujeres con la misoginia imperante. Y ellas sólo la aceptarán si se hallan inmersas en el proceso de absorber el paquete cultural masculinista del cual aquélla forma parte.

---

¿Qué debe hacer una mujer cuando se da cuenta de que su padre/marido/jefe es un causante primordial de su sufrimiento? ¿De-

jarle? ¿Cambiarle? En la realidad, la mayoría de las mujeres tienen escaso poder sobre su vida y no pueden abandonar tan fácilmente el lujo de la consulta médica para dedicarse a cambiar su mundo.

JANE USSHER, 1991<sup>2</sup>

Cuando las mujeres empezaron a acceder poco a poco a las instituciones del alto saber, con ayuda de uno u otro ardid, hubo quien dijo que ello sólo las perjudicaría. Ellas, ignorantes tal vez de la verdadera dimensión del odio que infestaba los resquicios de la academia, afirmaron con decisión que sus cerebros eran capaces de resistir las tensiones y el esfuerzo del estudio. En su mismo afán por demostrar que estaban a la altura de la tarea que se habían impuesto, absorbieron el pernicioso conocimiento del temor y el desprecio que hacia ellas sentían los hombres. Las damas, que hasta entonces siempre habían estado tratadas con una parodia de cortesía, se toparon por primera vez con el maltrato que constituía el reverso de la medalla. La única manera de progresar en su vocación elegida era aprender con ejemplar minuciosidad lo que los varones de más edad se mostraban reacios a enseñarles. Parte de lo que aprendieron fue la noción de su condición de "otro". El proceso dista mucho de haberse acabado.

Toda mujer que penetra en un reducto antaño masculino tiene que aprender una vez más de cabo a rabo la amarga lección. Descubrir que los hombres la odian le importaría menos si no les amase y no necesitase ser amada por ellos. Cuando al cabo de muchos meses acaba descubriendo que *jamás* le permitirán acceder a una auténtica camaradería y que la despreciarán tanto si les permite confianzas sexuales como si no, se queda desolada. Los hombres practican la crueldad y la discriminación en sus relaciones con otros hombres, en su lucha por escalar posiciones dentro de la jerarquía y en su búsqueda de chivos expiatorios contra los cuales formar piña, pero no los pueden destruir con tanta facilidad como pueden hacerlo

con las mujeres. Los trastornos psiquiátricos que afectan a las mujeres que se ven obligadas a abandonar enclaves masculinos como la policía, el ejército, la marina o el cuerpo de bomberos, nos muestran qué es lo que las hace enloquecer de dolor. Lo que nos afecta no es tanto que los hombres no nos dejen participar en la carrera masculina, sino nuestro desmesurado afán de unirnos a ella y el daño que permitimos que sufra nuestra autoestima antes de caer en la cuenta de que la batalla está perdida de antemano.

Cuando buscamos ayuda y consuelo, nos encontramos con que personas que no nos conocen saben más que nosotras mismas sobre nuestras vidas.

Una mujer desdichada, enfadada y encerrada en sí misma puede encontrarse con que un psiquiatra le dice que tiene las hormonas alteradas, un psicólogo le indica que sus procesos cognoscitivos son inadecuados, un sociólogo le señala que el responsable es el medio, o un terapeuta psicoanalítico le hace ver que está reprimiendo sus deseos inconscientes.<sup>3</sup>

O un genetista le dice que todo está escrito en sus genes. O un freudiano le indica que lo que la está volviendo loca es la envidia del pene. Cualquier proyecto que pudiera tener para recuperar el control sobre su vida se desmorona en el acto.

Para socavar este proceso tenemos que argumentar que la tristeza no sólo es una reacción apropiada ante unas circunstancias aflictivas, sino que también forma parte de la manera de ser y de reaccionar de las mujeres. Toleramos mejor el dolor que los hombres; nuestra capacidad para vivir con dolor sin abandonarnos a una orgía de autocompasión y resentimiento es uno de nuestros puntos fuertes. En un mundo envenenado, cada días más injusto y más cruel, el pesar puede ser una respuesta digna y racional. Si las mujeres de las naciones tiranas no lloran por los crímenes de esas naciones, ¿quién lo hará?

No podemos disfrutar del derecho a la felicidad sin dejar fluir antes el pesar; no podemos amar al mundo hasta y a menos que seamos conscientes de que lo estamos perdiendo.

---

“Yo te hago feliz”, me dices. Tú sabes que me haces sentir triste. Tú sabes que aunque sonría de oreja a oreja, me haces sentir triste. Tú sabes que aunque me hagas reír hasta desternillarme, me haces sentir triste. Lo sabes porque cualquiera que sea el gesto de mi cara, emita los sonidos que emita y diga lo que diga, mis ojos están tristes. Mis ojos están llenos de lágrimas. Sabes que puedo sonreír o reír o charlar, pero que a la vez estoy llorando, y sabes que el motivo eres tú.

VIQUE MARTIN, *Simba 8*

---

La intensidad de nuestros sentimientos es una de las características de las mujeres que más irrita a los hombres. Usan términos despectivos para referirse a nuestro apasionamiento: histeria, inestabilidad, sentimentalismo, *sensiblería*. Ahora se espera que pidamos perdón por llorar incluso cuando recordamos la muerte de una criatura. Cuando empiezan a correr las lágrimas, dicen que nos hemos “venido abajo”, como si nuestra personalidad se estuviese fundiendo. Hace menos de un siglo, cuando una mujer lloraba, las demás la acompañaban en su llanto. Actualmente, es más vergonzoso que a una la vean llorando que desnuda. Hay que hacerlo en un lugar donde no te vean: en el lavabo, en el coche, en la oscuridad, en el cine. Sin embargo, aun siendo privado, este vicio del pesar tiene una tradición. Quentin Crisp ha declarado, curiosamente, que las películas de mayor éxito de la época grandiosa del cine estaban dirigidas a una mujer de mediana edad con el corazón roto. Millones de mujeres de mediana edad iban a verlas, una y otra vez, y muy posiblemente todas tenían el corazón roto. ¿Cómo se explica que a las mujeres les gusten los “dramones”, que se sientan mejor después de hartarse de llorar, si no es porque su

corazón está sobrecargado? Las mujeres buscan alivio en las lágrimas mientras que los hombres lo buscan en la masturbación, una distinción que quizá habría que valorar.

Las mujeres llegan a ser atletas emocionales sometidas a una dieta de rechazo. Si se lo toman en serio y expresan su desolación, ese rechazo no las rebajará. Negarse a superarlo es la venganza de las mujeres. Cuando Elizabeth Smart escribió su novela "supersentimental" *By Grand Central Station I Sat Down and Wept*, logró con su obra transformarse en una persona mucho más significativa que el hombre que la había traicionado. La doliente heroína comienza diciendo: «No me quieres tanto como yo a ti», luego dice: «No me has querido tanto como yo a ti», y acaba diciendo: «Jamás fuiste capaz de quererme como te quiero yo a ti». La supremacía masculina impone que la respuesta adopte la forma de una afirmación: «Tienes toda la razón. Estaría loco si te quisiese como me quieres tú a mi. No dejes de tomar tus pastillas».

---

La desdicha de muchas mujeres se podría suprimir si sus hombres las cuidasen con el mismo mimo con que ellas les cuidan a ellos...

MARILYN FRENCH, 1978

---

No se deben menospreciar los motivos que tienen las mujeres para sentirse tristes, ni se les debe quitar importancia con razonamientos, ni tampoco se podrán alterar en la práctica con modificaciones parciales de sus circunstancias económicas y sociales. La tristeza de una mujer nace de su impotencia. Ésta la deja vulnerable frente a toda una serie de desgracias que la acosan sin cesar. Su deber, como le indican a diario un millar de fuentes, es atraer, o sea, resultar atractiva para otras personas cuyas respuestas no puede controlar. Confía que le bastará con ser una buena persona, una buena chica, pero descubre que con eso no basta. Se esfuerza, sale adelante en los estudios, ad-

quiere fama de inteligente y sólo la aprecian sus profesoras. Está convencida de que no es bonita, según las normas y los estereotipos que se pregonan por doquier. Aunque lo sea, su belleza no durará mucho. Si consigue un cierto éxito en el ámbito de la atracción, está condenada a perder lo alcanzado y a sufrir el duelo cuando la edad empieza a dejar sus huellas. Actualmente, las mujeres adolescentes ya sienten que su cuerpo que empieza a madurar es demasiado matronal y anticipan un rechazo. El fracaso del vínculo de pareja se equipara a un fracaso total. La mujer que jamás ha estado emparejada debe lamentar su destino. Si se empareja y luego la dejan, se queda desolada. El mantenimiento del vínculo de pareja requiere con demasiada frecuencia la progresiva anulación de su Yo individual. «Quiero hacerle feliz», declara ella, sin darse cuenta de que la infelicidad de él depende menos de ella que de cualquier otro de los factores que intervienen en su vida. Si se propone tratar a los hombres como éstos tratan a las mujeres, se enduce y mancilla su autoimagen. No tener criaturas es una decepción; si las tiene, queda condenada a pasar largos períodos de reclusión en el hogar con su criatura, y sobre ella recae la responsabilidad exclusiva de cualquier problema que ésta pueda tener. Cuando la niña o el niño crecen, no tiene derecho a mantener el contacto con ellos y debe llorar su pérdida. Si interrumpe un embarazo, también tiene que cargar con ese duelo y seguir adelante. Puede encontrar satisfacción en su trabajo, si tiene la suerte de hacer un trabajo que merezca la pena, pero es probable que acabe sin tener otra cosa que su trabajo. La pobreza, el trabajo pesado y monótono y la soledad son razones válidas para sentirse triste; más allá y por debajo de todas ellas, superándolas con creces, está el amor no correspondido. El amor al padre, a su pareja, a su hijo o su hija, son para la inmensa mayoría de mujeres amores no correspondidos. Sus seres amados ocupan el centro de la vida de una mujer; ella, en cambio, tiene que aceptar que la mantengan alejada del centro

de la suya. A veces se siente tan desolada, que sus propias atenciones desinteresadas a una persona desconocida pueden llegar a conmovirla hasta las lágrimas.

---

*I want to be the girl with the most cake  
I love him so much it just turns to hate  
I fake it so real I am beyond fake  
Some day you will ache like I ache\**

COURTNEY LOVE

---

Si aceptamos que la tristeza es racional y que unos sentimientos intensos constituyen en sí mismos una cierta forma de poder, deberíamos considerar la posibilidad de que la expresión del pesar tenga un poder subversivo. Cuando una mujer irrumpe en un restaurante y se planta frente a la mesa donde su ex amante está cenando con su nuevo amor, y chilla y llora, apreciamos que su acción es agresiva y profundamente desconcertante. La mujer deshecha en lágrimas es una figura fuera de lugar, embarazosa, irrazonable. Recordemos los negros presagios que desencadenó la princesa Diana en la Corte cuando declaró que no se iba a quedar callada. Cuando las feministas protestaban contra la guerra de Vietnam, unían sus voces a los gritos de los hombres: «*Hey! Hey! LBJ! How many kids did ya kill today?*».\*\* Las palabras eran inflamatorias; el estilo, contestatario. Los y las manifestantes intentaban provocar una respuesta y la recibieron, con palos y porras y detenciones. Si las mujeres se hubiesen lamentado en voz alta, si hubiesen llorado a gritos golpeándose el pecho hasta ahogar con su llanto el gemido del viento, a la policía le habría resultado prácticamente imposible aporrearlas. ¿Cambiarían algo las cosas si la próxima vez que

\* Quiero ser la chica con más gancho / le amo tanto que llevo a odiarlo / finjo que es tan real que ya no puedo más / un día sufrirás como yo sufro. (N. de la T.)

\*\* ¡Ale! ¡Ale! ¡Lindon Johnson! ¿Cuántos críos has matado hoy? (N. de la T.)

nuestro gobierno se propusiese librar una guerra contra una población civil inerme, decidiésemos expresar nuestro dolor y nuestros sentimientos de culpa en vez de nuestra indignación? Si millones de personas son capaces de llorar sin control durante días seguidos por la muerte de un dictador asiático fallecido en la cama, también deberíamos ser capaces de llorar en voz alta durante un par de días por la muerte violenta de millares de mujeres, niñas y niños. Cuatro de cada cinco de las personas asistentes al duelo por la princesa Diana, que conmovió al mundo, eran mujeres. Incluso la más endurecida de las feministas de escaparate comprendió que esa atronadora explosión de dolor era un fenómeno femenino y estuvieron debatiendo durante semanas en los medios de comunicación si la Princesa lo tenía merecido (como si alguien pudiese merecer realmente ese destino). Las y los dolientes no se cansaban de repetir: «Ella era una de nosotras. Se identificaba con nosotras»; no es necesario tener un título de postgrado en psicología para comprender que lo que estaban diciendo era que se sentían identificadas con ella. Su sufrimiento de esposa desdeñada y burlada, de amante traicionada y humillada, era también el suyo. Su muerte autorizó a las mujeres mudas a lamentarse y sollozar por su propio dolor. Las autoridades británicas todavía comentan con asombro la convulsión que sacudió a todo el país en agosto de 1997 y cuyo impacto todavía no se ha desvanecido. El Gobierno laborista ha empezado a dar pasos para disimular sus prioridades masculinistas, que se mantienen invariables, bajo la cobertura de un estilo más amable, más atento y cuidadoso. Durante treinta años hemos intentado impulsar un movimiento feminista basado en la rabia de las mujeres, pero ésta jamás llegó a estar presente en dosis suficientes para hacernos avanzar. Si logramos encontrar la manera de recuperar la energía contenida en el dolor oceánico de las mujeres, conseguiremos mover montañas.

## EL SEXO

En este fin de siglo, el sexo ya no tiene nada que ver con las relaciones sexuales. El sexo del milenio está asociado a la pornografía. La pornografía es la sexualidad de la revolución de la información, elaborada hasta alcanzar las más altas cotas del asombroso impacto que son capaces de lograr los megamedios de comunicación, proyectando las imágenes de los objetos sexuales más famosos como si fuesen planetas distantes de galaxias desconocidas. Tommy Lee grabó en vídeo sus relaciones conyugales con Pamela Anderson porque estaba más profundamente enamorado de la pornografía que de ella. Era una manera de señalar su fraternidad con todos los demás hombres que derraman su semen sobre la imagen memorablemente, absurdamente erótica de su mujer maltratada. Las mujeres no son el tema de la pornografía. Ésta representa la huida de la mujer, la negación masculina del sexo como medio de comunicación, del sexo como cimiento de una relación, el rechazo masculino de la paternidad, la perpetua adolescencia incontinente de los hombres. Las víctimas de la pornografía son los hombres, no las mujeres. La pornografía convierte a los hombres en vasijas a punto de rebasar y socava la principal virtud masculina que es la continencia. A medida que decrece el poder real de los hombres, la pornografía se convierte en su refugio. El miedo al compromiso va inseparablemente unido a la rendición a la por-

nografía. Masturbarse es fácil; mantener una relación es difícil. Las relaciones son una interferencia para la práctica de la masturbación.

---

Nochevieja de 1999. Todas las cadenas de televisión han aceptado mi propuesta de producción de “orgasmos a través de América”. Todas y cada una de las pantallas de televisión exhibirán la refinada pornografía artística de alta tecnología creada por los mejores talentos que puede ofrecer este país. Cuando suene la última campanada de la medianoche toda la población se estará masturbando hasta el orgasmo en honor de la paz mundial.

BETTY DODSON, *Sex for One: the joys of self-loving*<sup>1</sup>

---

Cecil Lewis, que «luchó contra el Barón Rojo, escribió un *bestseller*, ganó un Oscar, conoció al último emperador manchú y todavía le quedó tiempo para seducir a 500 mujeres»,<sup>2</sup> falleció en 1997, con la misma edad que el siglo. Tal vez debería alegrarnos saber que ya tiene sus émulos, pero la sustitución de la seducción por la masturbación significa que la soledad de las mujeres heterosexuales será aún mayor; una soledad que resulta particularmente intensa entre los brazos de un amante.

---

Las técnicas de masturbación incluyen “la caricia lenta con una mano, la caricia rápida con una mano, la caricia lenta a dos manos, la caricia rápida a dos manos, la mano cerrada, la estimulación con el dedo, el bombeo con giro de muñeca, el palmeteo, el golpeteo, el restregón, la caricia con presión, la caricia con la mano abierta y la simulación vaginal”.

SUSAN BAKOS, *Sexational Secrets*<sup>3</sup>

---

La masturbación, que el hombre empieza a practicar a partir del momento en que se intensifica la actividad de las gónadas en la adolescencia —período en el que puede llegar a repe-



tirla varias veces al día—, se prolonga con una periodicidad decreciente a lo largo de su vida. A principios del siglo XX, se creía que la masturbación debilitaba al individuo y su práctica frecuente se consideraba patológica. A finales de siglo, aunque la palabra “pajillero” sigue siendo despectiva e indica que el aludido es una persona débil y un inútil, la práctica de la masturbación no supone ningún estigma. Cuando falleció el poeta Philip Larkin, entre sus efectos personales se encontró una apreciable colección de revistas pornográficas que, en su calidad de cantor del sexo solitario, no se sintió obligado a destruir.<sup>4</sup> En este fin de siglo, la masturbación se considera beneficiosa tanto para los hombres como para las mujeres, aunque los niveles de interés de unas y otros por la misma no admiten comparación. Según Anne Hooper: «La mayoría de las mujeres tienen que aprender a masturbarse». Ningún hombre tiene necesidad de aprenderlo. Se ha construido toda una industria editorial sobre la base del apetito insaciable de los hombres por disponer de materiales de apoyo para la masturbación. Las diez revistas pornográficas británicas de más circulación venden unos dos millones de ejemplares al mes, lo cual les reporta unos beneficios totales de unos 45 millones de libras esterlinas anuales. Las revistas estadounidenses *Playboy* y *Penthouse* venden cada mes unos diez millones de ejemplares en todo el mundo.

La revista masculina *loaded* de enero de 1997 examinó una muestra de 39 revistas, con un coste total de 120,59 libras esterlinas, a fin de realizar una evaluación «página a página de sus méritos pornográficos». Las mejores páginas resultaron ser las «vulgares, perversas y francamente obscenas, ¡una maravilla!»; las peor clasificadas fueron las que presentaban a mujeres mayores, mujeres en el váter, mujeres con bigotes, «tías que se parecen a la amiga de la chica de tu mejor amigo» o «un hatajo de pedorras». La aparición de otro hombre en la imagen era suficiente para dejarlos fríos: «no hubo manera de

correrme con ésta», rezaba el veredicto en esos casos. La comercialización de estímulos sexuales impersonales es un gran negocio. Los diarios deportivos *Sport*, *Sunday Sport* y demás publicaciones asociadas valen cerca de 500 millones de libras esterlinas. La fortuna de Paul Raymond, de la distribuidora de revistas de contenido sexual Soho, propietario de las revistas pornográficas mensuales *Escort*, *Mayfair*, *Men Only*, *Club*, *Razzle* y *Mensworld*, se cifra en unos 350 millones de libras esterlinas. A las revistas de porno blando *Penthouse*, *Kanave*, *Fiesta*, *Club* y *Hustler*, con una venta de alrededor de medio millón de ejemplares mensuales, hay que sumar las revistas dirigidas a un nicho concreto del mercado como *Big and Fat* (Talludas y gordas) y *Forty Plus* (Mayores de Cuarenta), con una venta de unos 10.000 ejemplares al mes. Las modelos que posan para estas revistas cobran unas 300 libras esterlinas por sesión y los fotógrafos, entre 1.000 y 2.000.

---

La idea misma de unas sensuales chinitas vestidas con trajes de superhéroes, que practican el sexo después de la lucha, es la propuesta más genial que podía esperar un aficionado al cine.

JONATHAN ROSS, 1997

---

Como parte de su interminable cruzada para conseguir que los hombres y las mujeres alcancen el orgasmo simultáneo, la revista *Cosmopolitan* invitó a varios hombres a explicar su sexualidad en su número de enero de 1997. Sean Thomas alardeaba de que «el deseo masculino es como un gran río torrencioso que corre desbocado hacia el mar; si se pone un obstáculo en su camino, buscará sencillamente otra salida». Uno de los lugares comunes de la pornografía es la crasa exageración del volumen de la eyaculación. La sexualidad masculina, en realidad, es más bien como un lento arroyuelo que serpentea por los meandros de un delta, disipando su potencia en billones de canales; los hombres del siglo XX se parecen a

los aristócratas ajados de De Sade, tan saturados de imaginación sexual que necesitan un despliegue de hazañas cada vez más extravagantes y estafalarias para activar su potencia. Mark explicaba en *Cosmopolitan*: «Cuando veo a un bombón perfecto en la calle, me quedo abrumado. Sé que jamás podré conquistarla y eso me deprime; lo que suelo hacer entonces es masturbarme para librarme de ese pesar. No sé si las mujeres entienden que ésta es la razón por la que los hombres se masturban tan a menudo». Un pajarito me dice que Mark tampoco sabe por qué se masturba tan a menudo; si la masturbación contribuyese a disipar la tristeza, en lugar de acentuar la soledad, los funerales serían orgías de “pajas”.

---

El chico que asegura que no se masturba, miente. Todos los chicos lo hacen y no existe ningún motivo para que no deban hacerlo. La mayoría de los adolescentes se masturban entre una y cinco veces diarias. ¡Es un dato comprobado!

*Bliss*, febrero de 1997

---

La aceptación y promoción de la actividad autoerótica masculina significa que los hombres tenderán a prescindir cada vez con mayor frecuencia de los servicios de las mujeres reales, que son más exigentes que sus parejas imaginarias e interfieren en la consecución de su goce. Los hombres que tienen fantasías repletas de imágenes exageradas de mujeres sintéticas tienden a responder mal ante la realidad de los cuerpos femeninos de carne y hueso. Toda mujer heterosexual comparte a su pareja con las mujeres de fantasía de la pornografía comercial a partir de las cuales se ha construido su imaginación sexual. Ante la imposibilidad de desplazar a esos ligues imaginarios, puede optar por personificarlos. El éxito de la línea Party Plan de Anne Summers, que vende a domicilio bragas con una abertura en la entrepierna, corpiños sin copas, tangas de PVC, sostenes con agujeros, látigos, esposas, mordazas,

correas y collares de esclava, uniformes de doncella, colegiala y enfermera a castas amas de casa suburbanas, representa la capitulación final de las mujeres ante la dependencia de sus parejas de la pornografía comercial. La ideó Jacqueline Gold cuando Gold International adquirió la cadena de *sex shops* Anne Summers, subastada por sus propietarios originarios. Gold International se constituyó a partir de los beneficios obtenidos con la edición de revistas pornográficas y la explotación de líneas de teléfono eróticas; la empresa es propietaria de un 50% de las acciones de los diarios *Sport* y *Sunday Sport*.<sup>5</sup>

Las personas que se han iniciado en el placer a través de la masturbación reproducen las combinaciones más eficaces de fantasías mentales y acciones físicas justo en el momento de máxima supuesta intimidad con otra persona. El gran atractivo de las felaciones es que la posibilidad de que la personalidad de la mujer real y presente se interponga en la interacción es mucho menor cuando tiene un pene incrustado en mitad de la cara. En algunos círculos británicos, se espera que las mujeres realicen felaciones a la carta. No se espera que los hombres británicos devuelvan el favor y raras veces lo hacen. En el terreno del sexo, tanto la igualdad como la liberación están más lejos que nunca de alcanzarse. A las mujeres les resulta tan fácil masturbarse como a los hombres, pero sencillamente les interesa menos: la mayoría todavía necesitan o creen que necesitan el contacto real con hombres reales para experimentar una dosis significativa de tensión placentera y la posterior descarga. Las mujeres estarán en una posición de desventaja en las negociaciones sexuales mientras su necesidad de mantener relaciones reales con hombres reales sea superior a la que ellos sientan de relacionarse con mujeres reales.

Al cabo de treinta años de lucha feminista hay muchísima más pornografía, con una difusión mucha más amplia que nunca. A las montañas de papel impreso se han sumado columnas

de cintas de vídeo; en Estados Unidos, el alquiler de películas de vídeo pornográficas sumó una cifra de negocios de 4.200 millones de dólares en 1997. Imágenes pornográficas reproducidas exponencialmente pueblan el ciberespacio. A finales de 1997, la cadena de puntos de venta de prensa W.H. Smith anunció que iba a retirar algunas de las revistas de pornografía blanda con mayor antigüedad en el mercado debido al descenso de las ventas. Buena parte de lo que antes sólo se podía encontrar en revistas especializadas se puede ver ahora en las revistas de circulación general, mientras que el hombre con necesidades más específicas puede recurrir a los canales de televisión como Playboy Channel, The Adult Channel y Television X, que ofrecen pornografía las 24 horas del día; además, podrá encontrar una oferta mucho más amplia en los canales de televisión por cable. Según el informe *US News and World Report*:

En 1996, los estadounidenses se gastaron 8.000 millones de dólares en vídeos de porno duro, cabinas eróticas, representaciones de actos sexuales en vivo, programas por cable para adultos, vicios sexuales, pornografía informática y revistas de temática sexual; una cantidad muy superior a los ingresos de taquilla de la industria cinematográfica de Hollywood en el mercado nacional y que supera la suma total de los ingresos generados por las grabaciones de música rock y country. Los estadounidenses gastan actualmente más dinero en los clubes de *striptease* que en los teatros de Broadway, off-Broadway, regionales y no comerciales, la ópera, el ballet y los conciertos de jazz y música clásica... sumados.<sup>6</sup>

Donde dice “estadounidenses” se debe leer “hombres estadounidenses de entre 17 y 45 años”. A principios de los años setenta, el volumen de negocio del mercado se elevaba como máximo a unos ocho millones de dólares. En 1997, se pusieron

a la venta 8.000 cintas de vídeo de “porno” duro en los Estados Unidos; 25.000 tiendas alquilan y venden este tipo de vídeos. Sin embargo, la actividad se concentra sobre todo en Internet, donde las palabras clave que se usan con mayor frecuencia son “sexo” y “pornografía”. Un número creciente de páginas web atienden todos los gustos, incluida la afición a las relaciones sexuales con niñas y niños y con animales. El columnista del *Guardian* Mark Lawson informó que, cuando él la descargó el 14 de febrero de 1997, una determinada página web de contenido sexual ya había recibido 608.059 visitas. La publicación bimensual Xnet —«Todo lo que los hombres desean directamente en la Red»— ofrece un listado de direcciones de más de 500 sitios pornográficos, además de CD-ROM con centenares de enlaces con más páginas de la Red.

---

Puede que el tango sea mejor que el sexo.

SALLY POTTER<sup>7</sup>

---

En cuanto apareció en el mercado la videocámara digital, los hombres empezaron a usarla para lanzar al ciberespacio grabaciones en las que aparecían masturbándose para impresionar a las y los menores a quienes ya venían importunando por correo electrónico. Entre los primeros mensajes electrónicos que se enviaron figuraban muchos como el que solía enviar Alan Paul Barlow a niñas adolescentes: «Estoy cachondo de verdad y creo que Óscar quiere decirte algo: los dos te queremos mucho. Yo sólo pienso en ti y él piensa en el conejito del amor y está brincando como loco».<sup>8</sup> Un sacerdote inglés llegó a coleccionar tantas fantasías eróticas que ensambló una cadena de ordenadores para almacenarlas; cuando lo detuvieron ya había acumulado una base de datos de un volumen quince veces superior a la *Enciclopedia Británica*.<sup>9</sup>

Habitualmente, se suele pensar que los hombres, debido a la producción continua de esperma, experimentan una constan-

te acumulación de la tensión sexual, lo cual les genera una sucesión infinita de fantasías eróticas que interfieren en sus pensamientos y se vuelven más y más insistentes hasta que se decide a hacer algo para disiparlas. Esta explicación pseudopsicológica de la obsesión genital masculina no es más que una excusa para la producción deliberada de fantasías cada vez más rebuscadas, en busca de estímulos más eficaces. Los hombres trabajan en la elaboración de sus fantasías y las alimentan con una suntuosa dieta de pornografía en todas las presentaciones disponibles. Construyen intencionadamente el rebuscado edificio de fantasías que señorea sobre su mente y se deleitan explorándolo. Los extremos a los que son capaces de llegar en busca de estímulos genitales varían desde lo patético hasta lo delictivo. El nadir de las sandeces sexuales de los años setenta fue una avalancha de casos de hombres que empezaron a llegar a los servicios de urgencia con el pene seriamente lacerado; curiosamente todos esos hombres habían estado pasando el aspirador desnudos y el tubo les había succionado accidentalmente el pene. Los casos más extravagantes son las muertes por autoestrangulamiento de hombres que sólo pretendían estrangularse a medias en busca de orgasmos que les sorbieran el cerebro y acababan ahorcándose de verdad. Su familia todavía debe ruborizarse al recordar el fallecimiento del diputado británico Stephen Milligan, que fue hallado muerto sobre la mesa de su cocina, vestido únicamente con unas medias y un liguero, con una naranja en la boca y la cabeza cubierta con una bolsa de polietileno. De las 30 parafilias conocidas, o “perversiones” como solían llamarse antes, ninguna es una especialidad femenina, si bien las mujeres están aprendiendo a fingirlas, presionadas por la competencia.

El hombre que utiliza Internet para acosar a niños y niñas piensa que éstos participan voluntariamente en su fantasía a sabiendas de lo que hacen, igual que piensa el hombre que espera que su compañera adulta represente los papeles que él le

atribuye en sus fantasías: de colegiala, de monja, de prostituta, o de lo que sea. Un hombre tiene perfecto derecho a pedirle a su pareja que se disfrace. La mujer que se considere sexualmente avanzada tiene que estar dispuesta a representar cualquier papel para complacer a un hombre. En ningún momento se insinúa que el hombre simplemente se está masturbando, utilizando a la mujer del mismo modo que Colin Laskey, Roland Jaggard y Anthony Brown usaban «cera caliente, papel de lija, anzuelos de pesca y agujas [...] cinturones con pinchos, ortigas y un látigo de tiras con nueve nudos».<sup>10</sup> Tampoco nadie dice que las mujeres no deberían dejarse utilizar como material sexual de apoyo. Es sabido que algunos consejeros y consejeras matrimoniales animan a las parejas con dificultades sexuales a que miren juntos revistas y películas pornográficas, a pesar de que esos estímulos visuales no excitarán a la mujer.

---

Una mujer es como una esponja. Si derramas placer sobre ella, lo absorberá hasta que la gotee por abajo, pero aun así seguirá chupando más. Jamás se sienten saciadas. Yo les envidio esta capacidad.

JOEL RYAN, del servicio de acompañantes Heaven on Earth

---

«La sexualidad es lo más subversivo», según dice Courtney Love. Ella lo demostró sacándose un pecho del traje durante una actuación mientras anunciaba a voz en grito: «¡Y ahora os muestro la teta!», en una época en que se podían ver tetas al aire a todas horas y durante horas seguidas hasta en los canales de “porno” más suave. Una observadora un poco cínica podría sospechar que a Love le interesa, o le interesaba, más causar sensación por cualquier medio posible que no subvertir el sistema que la ha enriquecido. J.P. Harvey también piensa que mostrar los pechos al aire, en su primer álbum o en la cubierta de *New Musical Express*, es un acto radical. Las

exhibiciones sexuales de Harvey y Love se considera que se diferencian de las fotos de la página tres de la prensa amarilla en que no suponen una capitulación forzosa a la mirada masculina sino una manifestación autónoma de exhibicionismo provocativo, incluida en el mismo paquete que su lenguaje descarado y vulgar, cuya finalidad es intimidar a los hombres más que excitarlos.<sup>11</sup> Esto resultaría más creíble si las clónicas de Love no produjesen en la abrumadora mayoría de los casos una impresión de disponibilidad sin exigencias: cuerpos apenas cubiertos por un par de bragas agujereadas, pelo oxigenado y revuelto con las raíces oscuras, cicatrices, cortes, tatuajes y una mezcolanza de churros de productos cosméticos, como si los hombres a quienes fingen querer intimidar acabasen de violarlas en grupo. Una tendría menos dudas sobre sus credenciales feministas si las mujeres comprasen sus discos. En la práctica, entre los compradores de *indie rock*, *grunge rock*, *rock/blues*, etcétera, incluidos los conjuntos de chicas, hay muchísimos más chicos que chicas.

---

Cuando yo tenía catorce años, ser capaz de hacer una “mamada” perfecta se consideraba la marca distintiva del éxito y la popularidad femeninos.

NAOMI WOLF, 1997

---

Es posible que lo más subversivo sea la sexualidad, pero la exhibición sexual de las mujeres, incluso en las formas más grotescas, es puro conformismo. Love y Harvey tal vez se quedarían sorprendidas si supiesen que hace un cuarto de siglo, cuando la exhibición de los genitales no era un fenómeno cotidiano, una de esas viejas feministas que ellas menosprecian intentó usar la misma táctica. Convencida, como Courtney Love, de que no hay nada tan subversivo como la sexualidad, decidió desafiar la mirada masculina, no descubriéndose los pechos, que es la exhibición del cuerpo femenino

que menos intimidante resulta para los hombres, sino mostrando su vagina y su ano. Había precedentes históricos de este tipo de protesta femenina. En la novela *Germinal* de Zola, Maheude, para expresar su absoluto menosprecio por los opresores de los pobres, les vuelve la espalda, se abre de piernas, se agacha y se levanta la falda por encima de la cabeza, exhibiendo sus nalgas abiertas, como diciéndoles: «¡Ahora, besad mi gordo culo hediondo!». Por desenfrenadas que sean, las escenas transgresoras ideadas por los conjuntos de rock femeninos de finales del siglo XX resultan insignificantes al lado de las provocadoras exhibiciones de los traseros desnudos de las *midinettes* de París que bailaban el can-can en su versión original.

Lo que pretendía la feminista del siglo XX era desmitificar de un solo golpe la totalidad del cuerpo de la mujer, que en aquella época se revelaba de manera fragmentaria en las fotografías que se difundían públicamente. Era una exhibición menos hostil de lo que pretenden serlo las provocativas chicas de hoy. Su capacidad de escandalizar era probablemente equivalente a la del gesto de Donita Spark cuando extrajo un tampón de su vagina y lo lanzó al público en medio de una actuación del grupo L7 en el Festival de Reading de 1992.

Esa inútil renuncia a su propia intimidad le enseñó a la “feminista de los primeros tiempos” que la exhibición de los genitales femeninos es un arma que sólo puede causar daño a la persona que los exhibe. Mientras que la exhibición de los genitales masculinos asusta a las mujeres, la exhibición de los genitales femeninos, tanto si pretende ser hostil como seductora, refuerza el sentimiento de superioridad de los hombres. Mientras éstos sigan considerando los cuerpos de las mujeres como mercancías destinadas a su consumo, no habrá liberación posible, tanto si nos quitamos la ropa como si mantenemos el cuerpo cubierto. Se ha intentado fomentar la misma actitud en las mujeres mediante la publicación de imágenes de

estrellas del pop y futbolistas semidesnudos en las revistas femeninas y para chicas, pero no existe comparación posible entre estas fotografías y la plétora de imágenes de mujeres, en su mayor parte anónimas, que juegan con un par de senos inmensos y hacen húmedos mohines a la cámara en las revistas masturbatorias para hombres.

En la década de los setenta, se llegó a crear una auténtica mitología del orgasmo femenino, desde los mágicos puntos G, que bastaba tocar para desencadenar un profundo y estremecedor orgasmo, hasta la idea de que el verdadero orgasmo femenino, profundo y auténtico, era la experiencia más sensacional y arrebatadora al alcance de un ser humano, lo cual bastaría para explicar por qué tan pocas mujeres se molestan en escalar el Everest. Si una puede conseguir la experiencia más emocionante de todas con ayuda de un vibrador, sin necesidad de abandonar el calor de la cama, ¿para qué va a hacer el esfuerzo de trepar trabajosamente por la ladera de una montaña helada durante varias semanas seguidas? La mitología del orgasmo femenino se puede considerar como la última embestida ideológica del *establishment* heterosexual. Si las mujeres estuviesen dotadas de una respuesta sexual que fuese un reflejo exacto de la experiencia masculina de la eyaculación y el orgasmo, la cohabitación continuada entre los sexos quizá hubiese podido mantenerse como el estilo de vida dominante. Sin embargo, nada podía disimular el hecho de que, mientras la respuesta masculina tendía a ser mecánica, la respuesta femenina continuaba resultando impredecible. Sólo las lesbianas radicales fueron capaces de formular que la sexualidad femenina tal vez no sea simétrica a la masculina y que reconstruirla para adecuarla a esta idea genera una pérdida neta de placer.

---

La mujer tiene órganos sexuales prácticamente en todo el cuerpo. Experimenta placer en casi todas sus partes.

LUCE IRIGARAY, 1986<sup>12</sup>

Algunos lacónicos comentarios de la heterosexual Lucretia Steewart, en *Punch* nada menos, parecen indicar que esa visión quizá esté a punto de madurar:

Personalmente, yo siempre he pensado que existía la posibilidad de exagerar la importancia del orgasmo, convencida como estoy de que en muchos casos es mejor viajar con expectativas que llegar. Como cualquier necio ya sabe, la mejor etapa de una relación amorosa son las fases iniciales, cuando una se encuentra en un estado de constante, febril deseo insatisfecho. Una vez que un hombre ya sabe cómo complacerte desaparece el misterio y ha quedado plantado el germen del aburrimiento.<sup>13</sup>

Un hombre que sabe qué botones debe tocar para que su compañera se “corra” y los presiona diligentemente en cada encuentro sexual está intentando generar orgasmos estereotipados semejantes a los suyos. Es evidente que no es eso lo que desean las mujeres o la moda del vibrador habría arraigado muchísimo más.

Actualmente, nadie se atrevería a discutir la idea de que el sexo es beneficioso. No sólo eso, sino que es absolutamente esencial para un buen estado de salud. Escuchemos los consejos de una “especialista” dirigidos a las mujeres menopáusicas: «Es imperativo mantenerse sexualmente activa. Tener relaciones sexuales o masturbarse con regularidad estimula la irrigación sanguínea de la zona vaginal y reduce la sequedad. Las contracciones musculares del orgasmo contribuyen a mantener sana la vagina». Ergo, si una no tiene pareja o la pareja no manifiesta interés, tendrá que mantener relaciones consigo misma. La abstinencia puede hacer enfermar a la vagina. Muchísimas mujeres menopáusicas no tienen ninguna pareja a mano; algunas no la han tenido jamás. Si no se han masturbado regularmente, sus vaginas deben encontrarse en

un estado deplorable. La falta de interés por la masturbación se considera en sí misma una enfermedad, para cuyo tratamiento es preciso invertir en pornografía comercial. Si una se duerme mientras se está masturbando, esto es señal de que se encuentra en un estado francamente lamentable. Quienes hemos vivido el desvanecimiento del deseo como una liberación ya no tenemos salvación posible. La “falta de libido” se ha convertido en un síntoma tan revelador como el insomnio. Incluso una persona anciana será considerada poco sana si carece de libido o si, aun teniéndola, no es capaz de trasladarla a la práctica. En las residencias de ancianos y ancianas ahora se anima a los residentes a “ligar”.

---

Éste es mi vibrador favorito, el Pocket Rocket (cohetete de bolsillo). Úsenlo cuando se encuentren retenidas en un embotellamiento.  
AVA CADELL, sexóloga<sup>14</sup>

---

La revista *American Demographics* publicó, en 1997, los resultados de un análisis de la conducta sexual basado en la Encuesta general sobre las familias (*General Household Survey*) que cubre una muestra de 10.000 personas adultas. Alrededor de una de cada cinco personas encuestadas no habían mantenido relaciones sexuales en ninguna ocasión durante el año anterior y sólo una de cada 20 había tenido relaciones sexuales un mínimo de tres veces por semana. El 50% de la actividad sexual total correspondía a aproximadamente un 15% de la muestra. Uno de los autores del informe, Geoffrey Godber de la Penn State University, comentó pensativo: «Todo el mundo tiene la impresión de que vivimos en una sociedad hipersexual. En realidad, la gente pasa mucho tiempo a solas en su casa». Si él mismo fuese un producto característico del medio universitario, seguramente no mantendría relaciones sexuales más de una vez por semana, a juzgar por su propio estudio.

---

He llegado a creer que la biología femenina –la sensualidad intensa y difusa que irradia del clítoris, de los senos, del útero, de la vagina; los ciclos lunares de la menstruación; la gestación y la fructificación de la vida que pueden darse en el cuerpo de una mujer– tiene implicaciones mucho más radicales de lo que hasta ahora hemos podido apreciar.

ADRIENNE RICH, 1977

---

Si estamos dispuestas a aceptar que la relación de las mujeres con un bebé puede ser erótica sin ser genital, también tendremos que suscribir la idea de que los hombres y las mujeres son, en realidad, sexualmente incompatibles. Es posible que no siempre haya sido así; los hombres, como las mujeres, vienen al mundo siendo bebés con una respuesta generalizada de todo el cuerpo a las caricias. Los bebés de ambos sexos hacen el amor con sus madres, a través del contacto visual, del contacto labial y de la respuesta de todo el cuerpo, y los bebés de sexo masculino no tienen erecciones cuando lo hacen. Los argumentos de Marcuse sobre la construcción del hombre unidimensional ya no están de moda, pero no cabe casi la menor duda de que los cuerpos de los hombres se deserotizan de algún modo durante el proceso de masculinización, como resultado del cual el pene acaba siendo la única zona erógena autorizada. Es evidente que este proceso falla con bastante frecuencia; muchos hombres conservan un interés erótico por ser penetrados en lugar o además de penetrar, y responden de manera inesperada a la estimulación de otras partes del cuerpo muy alejadas del pene. La ausencia de erección no significa necesariamente ausencia de excitación, si bien en nuestra sociedad siempre se interpreta así, porque en el sexo, como en todos los demás aspectos, se ha impuesto una ética del rendimiento. Nuestras criaturas, que han desarrollado su propia cultura sexual, podrían salvarnos quizá también en este aspecto. Entre el alumnado de los centros de enseñanza secundaria de

*La mente*

Los Ángeles, un 10% de quienes declaran ser “todavía vírgenes” han practicado el sexo oral, con un reparto equitativo entre chicos y chicas del papel de receptor o receptora del placer. Lo que hoy sucede en Los Ángeles, ¿ocurrirá mañana en todo el mundo? ¿Las escenas sexuales de los éxitos de taquilla empezarán a mostrar la práctica del *cunnilingus* en lugar de la posición del misionero? Ése sí que sería un cambio radical.

EL AMOR



## LAS MADRES

El hostigamiento hacia las madres posiblemente sea un rasgo permanente de todas las sociedades patriarcales; sin embargo, a finales del presente milenio, el desprecio hacia la madre parece haber cobrado una nueva dimensión. En 1993, con ocasión del espectáculo *gay* Wigstock que cada año se celebra en el Tompkins Square Park de Nueva York, un australiano enorme tomó el escenario.

Al sonido ensordecedor de *All you need is love*, de los Beatles, avanzó a grandes zancadas ataviado con una falda hasta las rodillas, una hinchida chaqueta con estampado de flores, así como una amenazadora máscara de nailon con cremallera en la parte trasera y orificios para los ojos y la boca. Sobre la máscara se había aplicado un maquillaje en el que resaltaban unos labios inmensos, como los de un payaso. Unas medias blancas de algodón, y unos cómodos zapatos oscuros con medio tacón completaban la imagen.

Pasados un par de minutos y mientras medio cantaba, medio gritaba por el micrófono, se encaramó a una mesa ubicada delante del gigantesco telón de Wigstock lleno de imágenes de chicas –o, más bien, de chicos que hacían de chicas– de colores chillones. Se reclinó sobre la mesa de cara al público mientras emitía alaridos y gemidos, como si fuera a

parir. Después se abrió de piernas y de entre ellas empezó a salir una figura humana: una mujer desnuda cubierta de “sangre”, sartas de salchichas y babas; fue sobrecogedor verla emerger gateando torpemente de entre las piernas de Bowerly.<sup>1</sup>

Las madres paren sus criaturas con dolor, las alimentan a partir de sus cuerpos, las cuidan, las nutren y se preparan para perderlas. Antiguamente se privaba a la madre de sus hijos varones para incorporarlos al estamento masculino, la casa de los hombres, el internado, la mina, el banco, la fábrica; y de sus hijas, que se entregaban a las familias de los hombres con los que se casaban. Encontramos variaciones de este modelo prácticamente en todas las sociedades humanas donde el derecho materno se enfrenta con el derecho paterno por el poder sobre las criaturas. Cuando los hijos varones otorgan poder a la madre llevando nueras a su hogar, ella puede esperar una recompensa por su largo servicio y ejercer cierta influencia. Cuando el único modelo de familia es la familia nuclear, las madres tienen pocas posibilidades. Sus hogares disminuirán en vez de crecer; si su prole prospera, las madres no tendrán ningún derecho sobre esa prosperidad. Ser “madre” no es una carrera; la mujer que lo dio todo ejerciendo su labor de madre tiene que ponerse en forma, encontrar un trabajo y mantenerse joven y bella si quiere ser amada. “Maternal” es una palabra que define a personas poco atractivas y asfixiantes, personas que visten medias de algodón y zapatos de medio tacón.

---

*¿Qué o quién es lo que más ama en la vida?*

A mi hijo Gabe.

Entrevista con JOAN BAEZ, 1998

---

Entre los *Seis personajes en busca de autor* de Pirandello –escrito en 1921– se encuentra una madre que lleva una más-

cara fija de *dolore*, es decir, de dolor y pena, con lágrimas de cera adheridas a las cuencas de los ojos y sobre las mejillas. Los demás personajes viven su intensidad emocional como una tiranía de la que deben escapar si quieren sobrevivir. Las madres son un blanco fácil; Pirandello recibió grandes elogios por su sagaz representación de la dinámica opresiva de la familia tradicional. Al mismo tiempo, el ideal establecido de belleza femenina dio un giro hacia una delgadez de muchacho, sin caderas, y las caderas anchas y los amplios senos símbolos de la maternidad se volvieron tan monstruosos como la propia condición de madre. Desde entonces, el ideal de la femineidad se ha mantenido delgado y virginal. Se deja que las mujeres sigan pariendo criaturas, sin embargo, no deben mostrar ningún indicio de su función maternal. Después del parto deben “recuperar la línea” cuanto antes y a cualquier precio. Las madres que anuncian pañales desechables en televisión son todas delgadas como galgos y sostienen orondos varoncitos que pesan la mitad que ellas.

La literatura inglesa nunca ha mostrado interés por las madres o la maternidad; en cambio, la injuria contra las madres constituye un tema recurrente en escritores como Jane Austen, George Eliot o Charles Dickens. La única madre buena era aquella que moría joven, dejando como recuerdo una luminosa imagen imborrable con la que todas las otras figuras maternas debían compararse y salir perdiendo. Aunque los escritores varones no rehuían la descripción de la agonía del parto, e incluso D.H. Lawrence –quien nunca tuvo hijos– se consideró cualificado para describir los sentimientos maternales con todo lujo de detalles, hasta fechas recientes las mujeres han escrito poco o nada acerca del cataclismo emocional que supone convertirse en madre. La experiencia de enamorarse desesperadamente de la criatura propia no es en absoluto universal, pero forma parte de los riesgos del oficio para toda mujer que da a luz. Una gran parte de las mujeres que se

encuentran sumidas en el tumulto emocional de la maternidad se sorprenden ante la intensa dicha que las invade de repente y la penetrante angustia que experimentan cuando su criatura sufre dolor o conflictos. El parto es el trabajo más duro que pueda exigirse a un ser humano; sin embargo, llega a su fin y más pronto o más tarde será olvidado. La condición de madre, en cambio, no termina jamás, nunca se olvida. Cuando una mujer tiene una criatura, su capacidad de sufrimiento se ensancha y se profundiza más allá de lo que jamás hubiese podido imaginar. No importa si la relación con sus criaturas es buena o mala, no importa si éstas salen bien o mal; siempre le causarán dolor, porque una madre es mucho menos importante para ellas de lo que lo son las criaturas para la madre. Algunas sociedades reconocen esta situación y las mujeres reciben un trato de respeto en atención a ello, pero ninguna de estas sociedades es anglosajona. Los ingleses desprecian a los italianos por dejarse gobernar por sus madres; consideran lastimosamente retrógrada la obligación de ir a casa de *la mamma* a comer los domingos alternos, así como la capitulación que supone plegarse ante su necesidad de ver a sus hijas e hijos, de ser consultada, respetada y amada.<sup>2</sup>

---

Pero mi mujer perdida clama eternamente desde otro lugar: «Tú no me amaste. tal vez sacrifiqué demasiado, te mostré la manera de elevarte por encima de mí y tú la aprovechaste. Tú eres el fantasma con voz de murciélago, querida. Yo no estoy perdida».

PATRICIA BEER, *La mujer perdida*<sup>3</sup>

---

Cada noche los informativos de la televisión nos presentan imágenes del sufrimiento de las madres, que apenas registramos en su justo valor. Ya sea la refugiada africana con su criatura exánime en los brazos, o la mujer chechena de

pelo blanco que recorre las calles en busca de un cadáver, o la palestina cuyo hijo ha tenido un enfrentamiento con el ejército israelí, o la iraquí que está sentada junto a la cama del hospital de su criatura agonizante: ella es una madre y su sufrimiento tiene la dimensión adicional del dolor de una madre. Muchas de las mujeres que mueren de hipotermia cuando el invierno es duro en Gran Bretaña son madres, pero ello no les da ningún derecho.

Actualmente, la maternidad se considera como una especie de lujo personal. Algunos psicólogos de tres al cuarto nos aclaran que las madres se convierten en madres por despreocupación o egoísmo o narcisismo o porque quieren tener algo que amar. A lo largo de la historia ciertas sociedades han alimentado y fomentado el vínculo entre madre y criatura. En las zonas rurales de la India y de Paquistán se continúa aislando a la nueva madre de los extraños en un lugar tranquilo y reposado, en contacto íntimo con el cuerpo de su bebé, protegida por la certeza de que la llegada de la nueva criatura ha hecho felices a todas las personas de su entorno. A fin de remarcar su nuevo estatus y prestigio, se la viste con prendas nuevas, recibe joyas nuevas y un nuevo nombre, se la agasaja y celebra. En esas sociedades, las chicas aprenden desde temprana edad la función maternal, habitualmente a través del cuidado de sus hermanos y hermanas. Cuando escribí *La mujer eunuco*, en la sociedad occidental ya no pervivía la inducción generalizada de las mujeres a la maternidad. En los años siguientes, el pánico demográfico redujo más aún la demanda de hijos e hijas por parte de la sociedad, que dejó de considerarlos como bienes y fuente de placer en sí mismos, para verlos como una merma de los recursos y una traba para gozar de los placeres de la vida. Las madres y las criaturas no son bien recibidas en la sociedad adulta, en los cines, los teatros, los restaurantes, las tiendas o los autobuses. La calidad de vida de una mujer trabajadora experimenta un súbito bajón tras tener una criatura;

en todas partes los ejemplos explican, mejor que mil palabras, que el futuro que le aguarda se compone, a partes iguales, de preocupaciones, culpa y agotamiento. Sin embargo, estos elementos disuasorios se eclipsan ante el deseo implacable de algunas mujeres de entrar en el apasionante mundo de la maternidad.

---

Igual que una relación apasionada que termina se reescribe como una casualidad, también una madre aprende a olvidar el vínculo erótico que tuvo con su criatura, una intimidad perfecta que tal vez nunca más vuelva a recobrar.

MARNI JACKSON, *The Mother Zone*<sup>4</sup>

---

Todo el mundo sabe que el parto es un momento peligroso para una mujer y, sin embargo, gran parte de la atención profesional que la rodea se centra en la criatura que está naciendo. Se hará todo lo necesario por ella, por prematura, pequeña o enferma que sea, no obstante, si la madre se cuenta entre las tres mil mujeres que cada año padecen una grave enfermedad postparto, con toda probabilidad no dispondrá de un tratamiento especializado. Tracy Forshaw padeció una grave depresión tras el nacimiento de cada una de sus criaturas. Siete días después de traer al mundo a la tercera, abrió la vitrina de las armas de su marido, cogió la escopeta y se disparó un tiro mortal. Pese a que organismos tan eminentes como el Real Colegio de Médicos Psiquiatras se lamentan con regularidad del deficiente trato que reciben los desórdenes psiquiátricos postparto, apenas hay disponibles quinientas camas con tratamiento especializado para estos casos. En una sociedad con sentido común no se permitiría que ninguna mujer estuviera sola en su lucha contra la enorme transformación que representa la maternidad, en la que un individuo se encuentra unido por un cordón umbilical invisible a otra persona, de la que nada la separará jamás, ni siquiera la muerte. Si da su

criatura en adopción, sentirá un dolor inaguantable en el lugar donde ésta estaba unida a ella y llorará a esa criatura durante toda su vida, buscando por siempre jamás sus ojos en los rostros de personas extrañas.

La última función inherente a la maternidad consiste en cargar con la culpa. Todo aquello que más tarde en la vida le suceda a su criatura será culpa de la madre, aunque sólo sea porque no hay nadie más a quien culpar, ahora que todas las demás relaciones se han desvanecido. Uno de los grandes objetivos del psicoanálisis es poner al o la paciente “en contacto con su hostilidad hacia su madre”. Ciertos desórdenes alimentarios se interpretan a menudo como el resultado de conflictos no resueltos con la madre. Actualmente se la culpa, asimismo, del fracaso matrimonial. En febrero de 1997, Doreen Goodman escribió al *Guardian*, en representación de un grupo de presión llamado “¿Qué hay de los hijos?”:

El fracaso matrimonial es otro indicio de patología en el apego que la Organización Mundial para la Salud ha incluido recientemente en la Lista Internacional de Enfermedades Reconocidas (100.<sup>a</sup> edición). Las personas afectadas nunca tuvieron el modelo de la entrega desinteresada de una madre cuando eran pequeñas, nunca vivieron su derecho inalienable a un vínculo afectivo dual intacto que les proporcionara seguridad en sí mismas, confianza en los demás y la capacidad de comunicación en que se fundamenta un auténtico matrimonio.

Las madres que manifiestan un “vínculo afectivo dual intacto” han sido acusadas de dominar a sus criaturas. El tamaño reducido de la familia nuclear podría ser una causa tan probable como cualquier otra de la patología en el apego, si es que existe tal cosa. El padre –tanto si está ausente como si es abusador– sale impune. No son “tu mamá y tu papá” quienes te “joden”, sino sólo tu mamá.

---

Mis hijos me producen el sufrimiento más intenso de mi experiencia. Se trata del sufrimiento de la ambivalencia, la insoportable alternancia entre tener los nervios de punta y un amargo resentimiento, y sentir un inmenso cariño y gratificación por la felicidad que me causan.

ADRIENNE RICH, *Nacemos de mujer*<sup>5</sup>

---

La culpabilización de la madre comienza antes de que nazca la criatura. Un estudio finlandés de 1998 constató que el hecho de ser una criatura no deseada por la madre constituye el factor crucial para el posterior desarrollo de la esquizofrenia. Cada año se publican varios trabajos académicos que demuestran que la desnutrición del feto, durante la fase media o tardía del embarazo, conduce a la interrupción del desarrollo del bebé, pues algunos órganos tienen un número excesivamente reducido de células. Las madres con pelvis plana dan a luz criaturas con cabezas pequeñas y con una alta probabilidad de sufrir un derrame cerebral. Las madres muy delgadas paren criaturas con mayor riesgo de padecer una enfermedad coronaria. El bajo peso al nacer se ha relacionado con tensión alta y diabetes. Cada día surge nueva información que incrimina al medio uterino; las madres que no tomaron ácido fólico al inicio de su embarazo, que tomaron una copa de vino mientras las células del blastocito se dividían, que fumaron, que tomaron café, té o bebidas de cola con regularidad durante el embarazo, son responsables de la mala salud de sus criaturas. En Greenville (Carolina del Sur), Cornelia Whitner está cumpliendo ocho años de cárcel por haber dado a luz a una criatura adicta a la cocaína; otras mujeres de otros lugares están incriminadas penalmente por el mismo motivo. En Racine (Wisconsin), Deborah Zimmerman ha sido acusada de beber hasta matar a su bebé.<sup>6</sup>

---

Ciertas experiencias traumáticas en el útero constituyen el origen de toda clase de desórdenes psicológicos.

JOHN TURNER, psicoterapeuta

---

Se alude a la madre ya no como a una persona, sino como a un lugar, el “medio uterino”. En la actualidad, se nos dice que el medio uterino óptimo es la clave que determina la inteligencia de la criatura. Bajo esta tensión, si una empieza a preocuparse por hacer lo mejor para su bebé, puede que acabe haciendo lo peor: sufrir estrés y fastidiar el riego sanguíneo del feto. Solamente es cuestión de tiempo hasta que se diseñe y construya un entorno materno de calidad superior. Si la oveja Dolly puede desarrollarse en un útero artificial, la persona Dolly también puede hacerlo.

Tal vez la convicción de que una madre o un padre responsables son las personas menos cualificadas para educar a una criatura, es sencillamente un aspecto del modo de pensar de una sociedad envejecida. Una nación de abuelos y abuelas es más proclive a rechazar a los padres y a las madres y a criticar su comportamiento. Sea como sea, está claro que las madres no reciben ayuda, sino hostigamiento. Cerca de la mitad de las madres de las criaturas británicas menores de cinco años trabajan fuera de su casa, en su mayoría para cubrir el pago de los créditos familiares. Un polémico estudio británico llegó a la conclusión de que las hijas e hijos de las madres que trabajan a jornada completa tenían la mitad de probabilidades de aprobar el bachillerato elemental que los hijos e hijas de las mujeres empleadas a tiempo parcial. Las madres que se quedan en casa tampoco tienen motivos de alegría: sus hijas e hijos tenían los peores resultados de todos. Incluso quienes tienen un buen trabajo y dinero suficiente para pagar a una niñera se encuentran con que las exigencias de los empresarios no son compatibles con las necesidades de las criaturas. La directora de empresa y madre Sally Bevan se encontró encajando en ocho horas una jornada de dieciocho.

Lo peor era la imposibilidad de relajarme en casa. Iba así: tráfico en hora punta, trabajar como una loca, tráfico en hora punta, entrar en casa, la niñera que se marchaba acto seguido, y luego: «Mamá, mamá, mamá». No podía soportar las manitas que me agarraban, y eso era tan injusto para con las niñas, en una época tan importante para ellas. Nunca tenía tiempo para mí. Algunas veces durante el trayecto de vuelta a casa simplemente conducía en círculos y escuchaba la radio, con el único fin de estar sola sin que nadie me pidiera nada. Estaba francamente furiosa por verme en esa situación. Me dejó agotada y deprimida, aunque no me di cuenta hasta más tarde. Al cabo de dieciocho meses dejé el trabajo, después pasé dos años en casa tomando Prozac, y ahora trabajo por mi cuenta.<sup>7</sup>

Lo que más llama la atención en este relato es la invisibilidad del padre de las niñas, el marido de Sally, teniendo en cuenta que Sally trabajaba, sobre todo, para contribuir al pago de la hipoteca que habían pedido juntos. El papel de madre tiene necesariamente una profunda vinculación con la criatura, ella facilita la alimentación y el bienestar, la socialización y la enseñanza en todos los aspectos, desde el habla y los modales en la mesa, hasta la educación vial y las relaciones humanas.

---

Mira a tu alrededor hoy en día y verás a muchísimas mujeres sin criaturas que ni soñarían en tenerlas: se lo están pasando demasiado bien. Ellas miran a quienes tienen hijos e hijas, ven que lo pasan fatal y no tienen dinero suficiente, y les compadecen.

FAY WELDON, 1997<sup>8</sup>

---

Si consideramos que los aspectos más importantes de la socialización y el desarrollo de la criatura se delegan en la madre, resulta sorprendente que, cuando se recurre a la cola-

boración de profesionales, su opinión sea tan pocas veces respetada. Jane Gregory sabía que su hija tenía graves problemas; sin embargo, un inspector sanitario tuvo que verificar que la niña tenía un deficiente control mental para que se le pudiera realizar el encefalograma que la madre había pedido con insistencia.<sup>9</sup>

«Nos dijeron que era normal, y que Chrissy padecía cierto retraso evolutivo. Traté de hacer preguntas, pero me despa-charon tildándome de neurótica.» Cuando miró con disimulo las notas del pediatra, leyó lo siguiente: «La señora Gregory vino a verme, preocupada como siempre. Volvió a preguntar si su hija era discapacitada». La señora Gregory tenía razón; su hija padece una grave minusvalía. Y aun suponiendo que no hubiese tenido razón, aunque hubiese mostrado una preocupación excesiva, más allá de lo racional, debería haber recibido ayuda. Sus preguntas debían ser escuchadas y respondidas, y no simplemente descartadas. Este desprecio y despreocupación no impiden, sin embargo, que en los casos difíciles los y las profesionales de la salud deleguen todo el trabajo duro de cada día en la madre, la única persona entre las que realizan tareas de cuidados que no recibe paga alguna. Una madre que está desesperada por aliviar el dolor y la frustración de su criatura adquirirá todas las habilidades necesarias que requiere una investigación médica de alto nivel. Como corresponde a una consumidora eficaz peinará el mundo entero en busca de especialistas y tratamientos especializados, con el fin de dar a su criatura la máxima oportunidad de llevar una vida normal. Recaudará fondos para viajar con su familia a Florida o a Hungría o a Nueva Zelanda, en pos del mejor tratamiento. A la inversa, una madre puede decidir que su criatura ya ha sufrido bastantes torturas y que habría que permitirle morir con dignidad. Y de nuevo su opinión probablemente será puesta en tela de juicio, será vilipendiada y, en última instancia, rechazada.

---

Porque ha parido cinco criaturas  
y tiene el vientre entrecruzado  
por lengüetas de fuego...

Rendidle honores.  
Rendidle honores, necios.  
Rendidle honores.

GRACE NICHOLS, *Because she has come*<sup>10</sup>

---

¿Quién debería ser madre? Ahora que ya no exigimos a todas las mujeres que produzcan cuantos más bebés mejor y que, de hecho, parece ser que consideramos que las mujeres deberían producir cuantos menos bebés mejor, las mujeres no pueden evitar tener que decidir si van a usar o no su potencial reproductor. Al parecer, cada vez son menos las que optan por la maternidad y se nos dice constantemente que las que sí lo hacen se equivocan. Se dice que las adolescentes de origen pobre están demasiado dispuestas a tener criaturas, mientras que las mujeres de éxito se muestran reacias. En 1971, una de cada doce familias era monomarental o monoparental, en 1986 fue una de cada siete, y en 1992, una de cada cinco. Las madres representan el 91% de quienes crían a sus hijos e hijas en solitario, en su mayoría se trata de mujeres separadas, divorciadas o viudas; el 35% de ellas nunca se casaron, y el 10% tiene menos de veinte años. En la actualidad, una de cada tres criaturas que nacen en Inglaterra y en Gales lo hace fuera del matrimonio.<sup>11</sup> A principios de los años noventa se temía que multitudes de mujeres muy jóvenes “se dejaran preñar” (realmente se utilizó este término), con el único fin de poder recibir una vivienda social y poder vivir del Estado. Algunos periódicos de la derecha sensacionalista compitieron en la publicación de las historias más pavorosas acerca de barrios enteros de viviendas sociales habitadas exclusivamente por chicas irresponsables y sus bastardos, a expensas de las personas

debidamente casadas y su legítima descendencia, a quienes se había pasado por alto en la cola de espera de las viviendas. En septiembre de 1993, el distrito de Wandsworth fue el primero que suprimió la prioridad de las madres solteras en la lista de espera para obtener una vivienda. Pocos días después de su elección, la tendencia renovadora del Partido Laborista anunció sus planes de reincorporar a las madres solteras al trabajo, como si no tuvieran ya un trabajo a jornada completa.

Según Evelyn Shaw y Joan Darling, en realidad, las mujeres han despojado a los hombres de la experiencia del cuidado de las criaturas.

Las mujeres mismas han excluido a los hombres, a través del control cultural de su acceso a los partos, a los bebés y a las criaturas pequeñas, del tipo de contacto que al parecer fomenta los sentimientos “maternales”, tal como se observan en otros mamíferos. De este modo, han confirmado el mito de la biología como destino, así como el de que el cuidado de las criaturas debe estar exclusivamente a cargo de la hembra de nuestra especie.<sup>12</sup>

Shaw y Darling son capaces de imaginar una época en la que los hombres pugnaban por ser admitidos en el paritorio, mientras las mujeres les cerraban la puerta en las narices, ignorando sus súplicas para que les permitieran pasar más tiempo con los bebés.

---

Ahora me siento más relajada. Cuando trabajaba a jornada completa, era una lucha. Nunca tenía suficiente tiempo ni dinero. En cambio, lo único que echo en falta es la compañía de personas adultas. El trabajo me brindaba una especie de vida social, mientras que ahora puedo pasarme días y días sin tener una conversación decente.

DEBORAH BENADY, escritora *freelance* y madre sola<sup>13</sup>

---

Por fin sabemos por qué los hombres encontraron tantas cosas que hacer fuera de casa, por qué inventaron el fútbol, la cultura de los bares y todas las demás diversiones tan caras que les ocupan tanto tiempo. Fue porque las mujeres los expulsaron cruelmente de la habitación de las criaturas e hirieron y pisotearon sus sentimientos maternos. No es que quiera negar en absoluto que sea posible activar los sentimientos maternos de los hombres; pero ellos tuvieron la vista de no permitir que eso ocurriese, dada la fuerte incompatibilidad de los sentimientos maternos con la libertad y la búsqueda del interés personal. Si el 70% de las sociedades humanas continúa denegándoles a los varones el acceso al paritorio, parece de sentido común llegar a la conclusión de que la clase dominante, a saber, los varones –quienes, por lo general, suelen conseguir aquello que se proponen– nunca han hecho un esfuerzo coordinado para invadirlo.

El hecho de ser mujer ayuda en la tarea del cuidado de las criaturas, pero no es suficiente. La familia biológica compuesta de madre y criatura es vulnerable; necesita protección y apoyo. Las madres precisan sustento físico, mental y espiritual. En la sociedad occidental, la persona encargada de proporcionar este sustento es el marido o compañero de la madre, pero solamente si así lo decide. Una mujer con criaturas y sin compañero es, generalmente, una mujer en apuros. El hecho mismo de tener criaturas incidirá de forma negativa en su capacidad para poder mantenerlas; los empresarios sostienen que pese a su necesidad de poner comida en la mesa cada día, la madre será informal porque faltará al lugar de trabajo cuando sus criaturas estén enfermas.

A pesar de que la prosperidad nacional va en aumento, uno de cada cuatro niños británicos se cría en la pobreza.<sup>14</sup> Tanto si una madre cría a sus hijos e hijas con el subsidio de la Seguridad Social como si lo hace con el fruto de su trabajo remunerado, está sometida a una observación tan minuciosa como

si trabajara para el Estado. Cualquier funcionario tiene el derecho de registrar su casa, a ella misma y a sus criaturas, y de evaluar su actuación; en cambio, ninguno de ellos parece tener la obligación de ayudarla. Se insta a sus vecinos a que la vigilen, pero no a que la ayuden. Puesto que las criaturas de una madre incapaz de defenderse serán entregadas al cuidado de las autoridades locales, las madres tienen terror a admitir que están en un aprieto. En verano de 1996, Julie Lane abandonó a su niño de cuatro años que fue encontrado en un parque al lado del mar; varios días después la encontraron a cien millas de allí, junto a una vía de tren, en estado de perturbación mental y la ingresaron en un hospital psiquiátrico. Samantha Perkins se marchó dejando a sus dos hijos de ocho y nueve años solos en casa. Llegó hasta una pensión junto al mar desde donde llamó a la policía y confesó lo que acababa de hacer. No se presentaron cargos de negligencia o abandono, dado que los pequeños habían sido claramente bien cuidados hasta el día en que su madre trató de escapar de su propio dolor por la muerte de su padre y de su madre, y por el fracaso de su matrimonio; lo intentó, pero no pudo.

---

Todo, desde el sueldo vergonzoso de las personas que trabajan en las guarderías infantiles, hasta el aislamiento de la madre que se queda en casa, demuestra hasta qué punto nuestra cultura sigue siendo hostil a las criaturas y a las personas que las crían, a pesar de todas las bonitas palabras y las teorías pedagógicas.

MARNI JACKSON, *The Mother Zone*<sup>15</sup>

---

Todas y todos necesitamos a todas las madres que podamos conseguir. Para recaudar los fondos que hacen funcionar nuestras sociedades, los gobiernos dependen de los impuestos sobre los ingresos actuales; quienes ahora están empleados pagan por el cuidado y el sustento de quienes no lo están. En la medida en que disminuye la fuerza de trabajo y aumenta la



esperanza de vida, el pago de los gastos de la Seguridad Social se vuelve cada vez más difícil. Todas y todos necesitamos a las criaturas que nacen ahora y necesitamos que se críen como personas cultas y útiles y no rondando sin rumbo alrededor de la trampa de la pobreza. En *La mujer eunuco* sostiene que la maternidad no debía considerarse como una carrera alternativa; hoy en día, defendería que la maternidad debería considerarse como una auténtica carrera, es decir, como un trabajo remunerado y, como tal, una alternativa a cualquier otro trabajo remunerado. Ello significaría que toda mujer que decidiese tener una criatura recibiría el dinero suficiente para criar a esa criatura en condiciones dignas. La elección entre continuar con su empleo fuera de casa y utilizar el dinero para pagar una ayuda profesional a fin de criar a su hijo o hija, o quedarse en casa dedicando todo su tiempo a hacerlo ella misma, debería ser suya. Si apostásemos por la maternidad destinaríamos más dinero al cuidado de las criaturas, que es la única manera de mejorar un sistema que, en la actualidad, depende del esfuerzo de unas mujeres faltas de derechos, mal pagadas, sin recursos ni cualificación. Cuanto antes decidamos que las madres tienen derecho a una ayuda estatal que podrán utilizar a su libre albedrío, menos nos costará a largo plazo. Desde todos los sectores dirán que no podemos permitirnoslo. Si no financiásemos el envío de portaaviones al Golfo o a cualquier otro lugar donde, en opinión de Bill Clinton, hay que hacer sonar los sables, podríamos permitirnoslo. Es una cuestión de prioridades. Una maternidad dignificada es una prioridad feminista. Un escaño permanente en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas no lo es.

## LOS PADRES

¿Qué clase de progenitor es un padre? Un padre es el proveedor del espermatozoide que fertiliza un óvulo y produce un embarazo que –si todo va bien– culminará con el nacimiento de un ser vivo. Tal vez ni tan siquiera sepa que lo hizo. Tal vez no le importe si lo hizo o no. La anticoncepción continúa siendo un asunto de mujeres. Los sociobiólogos están convencidos de que los hombres aprovechan cualquier oportunidad para transmitir sus genes; los sociólogos han llegado a la conclusión de que los sistemas patriarcales de control sobre las mujeres se establecieron a fin de que los hombres pudieran estar seguros de su legítima paternidad. Sin embargo, una espectadora ingenua debe concluir que los hombres sienten mayor preocupación por evadir la paternidad que por reivindicarla. Si realmente les importara si su hijo o hija lleva sus genes o no, habrían utilizado la prueba del ADN para comprobar si alguno de sus retoños había encontrado cobijo en el hogar de otro hombre. Pero, de hecho, la han utilizado con el propósito inverso, a saber: eludir su responsabilidad con respecto a las criaturas de mujeres con las que saben que han tenido una relación sexual. En 1998, salió al mercado británico un *kit* diseñado para comprobar la paternidad mediante el examen del ADN, al precio de 300 libras esterlinas; el cliente debía tomar una muestra de su propio tejido corporal,

así como otra del tejido de la criatura y enviarlas a la Oficina de Análisis del ADN en Keston, en Kent, para su examen, y al cabo de cinco semanas recibiría los resultados. La publicidad de dicho centro en el *Sunday Sport* decía así: «¿De quién es esa criatura? ¿Es usted su verdadero padre? Si siente curiosidad, desconfianza o sospecha y quiere estar tranquilo ahora puede efectuar los análisis de paternidad en el cómodo entorno de su propia casa». Muy pocos días antes, el gobierno laborista había anunciado que a partir de esa fecha los padres no casados que *firmaran la partida de nacimiento* tendrían los mismos derechos legales sobre su prole que los padres casados con las madres de las criaturas. Una vez más los hombres dominan la situación; pueden ejercer los derechos paternos o rehuir sus responsabilidades, según prefieran. No se puede exigir al padre genético que firme la partida de nacimiento; en cambio, la madre genética puede verse obligada a permitirselo, independientemente de sus deseos. No es muy probable que muchos hombres tomen por asalto las oficinas del registro civil clamando por el derecho a incluir su nombre en la inscripción de la criatura; no obstante, es muy posible que a los pocos que lo hacen les mueva, sobre todo, un sentimiento de hostilidad hacia la madre que les niega el acceso a sus criaturas. En 1998, el número de mujeres que indicaron el nombre del padre al registrar el nacimiento de sus hijas o hijos fue el más bajo de la historia y la tendencia parece estarse acentuando.

---

Andy Burn, sin ocupación conocida, tiene NUEVE hijos de NUEVE mujeres diferentes; sin embargo, sólo paga cinco libras a la semana por su manutención.

*Sun*, 27 de marzo de 1998

---

Los hombres muestran, asimismo, una falta absoluta de interés y ganas de asumir cualquier responsabilidad sobre sus espermatozoides. Un padre, al donar su espermatozoides.

de semen, puede optar por permanecer en un perfecto anonimato ante la madre y ante la criatura. Es de suponer que le traen totalmente sin cuidado las ulteriores concepciones y le es indiferente la venida al mundo de unas criaturas que son portadoras al 50% de sus genes. A finales del siglo veinte están naciendo miles de criaturas que nunca sabrán quién es su padre genético. Es evidente que una sociedad que permite que esto ocurra no considera que el engendrar a una criatura presuponga ningún tipo de relación, sentencias piadosas sobre los derechos del padre no casado aparte. La Agencia Británica de Fecundación Humana y Embriología (Human Fertilization and Embriology Agency, HFEA) facilita una hoja de “información sobre el donante”, con el objetivo declarado de suministrar una escueta reseña bajo los epígrafes de “intereses” y “ocupación”, pero en la que la descripción física es optativa y no se menciona el currículum académico. En 1998, la presidenta de la HFEA, Ruth Deech, utilizó la página web de dicho organismo para advertir a las mujeres que no solicitaran el espermatozoides de donantes por correo, puesto que: «no se pide ningún dato y se anima a curiosear y elegir entre un surtido de padres biológicos potenciales», lo cual resume en pocas palabras las razones que puede tener una mujer para preferir utilizar un proveedor a través de Internet. Ni la HFEA ni los proveedores de Internet consideran oportuno facilitar el nombre del donante. Si lo hicieran, se quedarían sin producto.

A pesar de todo el parloteo sobre los hombres que asumen plenamente su papel de padres, éstos ansían, buscan, logran y protegen su anonimato. Cuando en 1989 Aurore Drossart alegó que Yves Montand era su padre, y un juez francés dictaminó que éste debía suministrar una muestra de tejido para la prueba del ADN, Montand contestó con evasivas. La muerte se lo llevó antes de que pudiera hacerse efectiva la orden. En 1994, otro tribunal decidió, basándose en diversos testimonios así como al fuerte parecido físico, que Aurore Drossart

era efectivamente hija de Montand. Puesto que las hijas adoptivas de Montand se negaron a aceptar el veredicto, se emitió una orden de exhumación del cuerpo de Montand. Inmediatamente surgió una oleada de protestas. Una condición indispensable para realizar la prueba genética es el consentimiento previo del donante. Incluso en el caso de un padre muerto había que respetar su derecho al anonimato. Para gran sorpresa de todo el mundo, la exhumación, efectuada finalmente el 11 de marzo de 1998, desmintió la demanda de Drossart. Quedan pendientes las exhumaciones de otros hombres ilustres; entre estos padres escurridizos figuran Giacomo Puccini, Sir Harold Acton y Juan Perón. Incluso cuando las hijas y los hijos se hacen famosos, los padres continúan permaneciendo en el anonimato, tal y como han optado por hacer los padres de Paula Yates y de Eric Clapton.

---

Cada año aproximadamente 50.000 hombres mayores de 40 años se convierten en padres en Gran Bretaña [...]. La mayoría de estos padres mayores ya han tenido una familia cuando eran jóvenes. ¿Cuántas criaturas conviene que tenga la gente en esta isla superpoblada?

Minerva, *BMJ*, 18 de enero de 1997

---

La ley se preocupa menos de verificar la paternidad de los hombres que de permitirles eludirla. En los Estados Unidos, un hombre que dona su esperma para la inseminación de una mujer conocida, a petición de esta última, tiene la obligación legal de contribuir económicamente a la manutención de la criatura durante al menos 21 años; no obstante, un hombre que dona su esperma de forma anónima a una entidad médica que lo utilizará a su antojo, sin consultarlo, no tiene responsabilidad alguna para con ninguno de los niños o niñas que nacerán con la mitad de sus genes. Un hombre que mantiene una relación sexual con una mujer sin protección alguna puede alegar

que no tenía intención de convertirse en padre, que creía que la mujer usaba anticonceptivos, de modo que la criatura le fue arrancada —como si dijéramos— mediante engaño; si, a pesar de todo, se le considerara responsable y se le obligara a contribuir a la manutención de su criatura, tal vez otros hombres empezarían a comprender la urgente necesidad de controlar su fecundidad. En la situación actual, en cambio, los hombres se reservan la libertad de reconocer a sus hijos e hijas o de negarlos, según prefieran, y parece que van a poder conservar esta libertad. Un hombre que es objeto de una demanda por parte de una mujer que asegura que él es el padre de su criatura puede invocar un derecho humano fundamental y negarse a suministrar una muestra de sus tejidos corporales para la prueba del ADN, y quedar así impune. En el caso de una mujer casada que se deja inseminar por el esperma de un donante que no es su marido, este último —y no el inseminador— es considerado como el padre legal de la criatura. Continúa vigente la vieja ley que presupone que las criaturas que nacen dentro del matrimonio son descendencia del hombre con quien está casada la madre. Curiosamente, esta misma sociedad continúa pregonando el papel del padre en la vida familiar, principalmente como un medio para discriminar a las mujeres que se ven obligadas a criar a sus hijas y/o hijos sin la colaboración de un padre.

---

21 de abril, de 1998, St. Charles, Missouri

Detención del enfermero Brian Stewart por inyectar a su hijo de once meses sangre infectada con VIH, en un intento de sustraerse al pago de alimentos para la manutención del niño.

---

El gobierno británico creó, en 1993, la Agencia de Apoyo para la Manutención de Menores (Child Support Agency), como parte de una campaña de revitalización de los valores familiares, y se le encomendó la tarea de localizar a los pro-

genitores en paradero desconocido de los niños y niñas abandonados y obligarles a contribuir a su manutención. En 1994, sólo 4.900 de estos progenitores en paradero desconocido eran madres. En 1998, se contabilizaron 37.300 madres sobre un total de 742.000 casos. Los progenitores eran evaluados en función de sus recursos económicos y la Agencia retenía el importe correspondiente directamente de su sueldo. Parecía una idea bien sencilla. El gobierno quería recuperar el dinero desembolsado para contribuir a la manutención de las madres y los padres, solos, en paro y de sus hijas e hijos, recurriendo a los progenitores en paradero desconocido. El resultado fue una ola de protestas. Los primeros en protestar fueron los padres que ya estaban pagando una pensión alimenticia directamente a las madres y se veían obligados a pagar por partida doble. También surgieron quejas de los hombres que en el momento del divorcio habían acordado una indemnización global en bloque o que habían cedido la casa familiar a sus esposas a cambio de la pensión y que ahora se veían obligados a pagar de todos modos. Hubo asimismo protestas de las segundas esposas, que se quejaban de que la Agencia discriminaba a las segundas familias. Y también de hombres identificados erróneamente como padres de sus criaturas por mujeres que no eran sus esposas. O de hombres que amenazaban con suicidarse por muy distintas razones. De madres solas que recibían una ayuda estatal y que protestaban porque se les privaba de este derecho y se les obligaba a depender de unos hombres con los que no querían tener ya ninguna relación. Se formó un grupo de padres en contra de la Agencia que organizaron una campaña bajo el lema «Conspiremos para defraudar al Estado», y convencieron a sus ex esposas para que declarasen que tenían motivos fundados para temer actos de violencia por parte de sus ex maridos, con objeto de lograr la suspensión de las demandas. En 1997, el porcentaje de mujeres que declararon temer las represalias de los maridos de

quienes vivían separadas aumentó del 15% a más del 70%. En marzo de 1998 había más de 572.000 demandas pendientes de tramitación, la mayoría con más de un año de retraso. El Nuevo Laborismo propuso como solución obligar a los progenitores en paradero desconocido a pagar nueve peniques por cada libra de su sueldo en el caso de que tuviesen un solo hijo o hija, y 12 peniques por libra si éstos eran dos; estos importes se deducirían de la liquidación del impuesto sobre la renta y se abonarían en una nueva oficina, que haría llegar el dinero directamente a la persona encargada del cuidado del o la menor. Este plan se desestimó al cabo de pocas semanas. En julio de 1998, el número de menores que no recibían ninguna ayuda de sus progenitores en paradero desconocido en Gran Bretaña se estimaba en alrededor de 1.700.000, o sea, uno de cada seis.

---

No pueden pagar, y no pagarán, maldita sea; los padres son un hervidero de pasiones en las que es arriesgado que se entrometa el Estado.

POLLY TOYNBEE, abril de 1998

---

En los Estados Unidos, los padres se muestran igualmente hábiles para eludir sus responsabilidades: sólo el 20% de las demandas por impago de la pensión alimenticia se cumplen; en los estados federados de Columbia, Illinois y Tennessee, este porcentaje se reduce a la mitad. El servicio de la competencia de cada estado federado, es tan poco eficaz que se ha considerado la posibilidad de transferirlo a la Oficina Federal de Hacienda. El gobierno federal de los Estados Unidos introdujo un sistema informático con un coste de 2.000 millones de dólares, destinado a ayudar a los diferentes estados a localizar a los padres en paradero desconocido; no obstante, en la mayoría de los casos no han podido utilizarlo, por falta de personal, de dinero y de la voluntad política necesarios para

actuar sobre la base de la información obtenida y cobrar las cantidades adeudadas.

En su función de padres, los hombres presentan la misma variabilidad que en otros campos de la actividad humana. Los peores progenitores son hombres; los mejores (según se dice) también son hombres. A los 1.800.000 padres estadounidenses que detentan la custodia de sus hijos e hijas hay que añadir los aproximadamente dos millones de padres que se quedan en casa para cuidar de sus criaturas. El Congreso decidió adjudicar 2.000 millones de dólares a los estados federados para la financiación de “actividades de fomento de los cuidados paternos” durante los próximos seis años. Cuando los hombres empiecen a descubrir la baja valoración que reciben las personas que se encargan del cuidado de las criaturas, tal vez comiencen a luchar por su reconocimiento y por una remuneración adecuada de su trabajo. Los padres combaten el aislamiento de las personas que se ocupan de las tareas domésticas recurriendo a Internet y pasan tanto tiempo en los *chats* como –según cuenta la leyenda popular– solían pasar las madres hablando por teléfono. La Iniciativa Nacional de la Paternidad (National Fatherhood Initiative) ya ha recibido donaciones de tiempo de emisión gratuito por valor de 100 millones de dólares para emitir sus anuncios por radio y televisión. De las madres que se quedaban en casa se decía que buscaban una vida fácil y que hacían lo que les dictaba su naturaleza; a los padres que se quedan en casa se les considera unos héroes.

---

Las mujeres han difundido con gran éxito la idea de que la crianza de los hijos es un trabajo endemoniado que destruye tanto la confianza en una misma como cualquier futuro profesional. Por consiguiente, ¿qué hombre en sus cabales se ofrecería a asumirlo voluntariamente?

ADRIENNE BURGESS<sup>1</sup>

---

Un padre puede definir su propio papel en relación con la criatura. Puede actuar como el amante de la madre, o como el enemigo de ésta, o se puede situar en cualquier posición intermedia. Puede mostrarse autoritario, permisivo o veleidoso. Un padre puede elegir asimismo el estilo que desea imprimir a sus cuidados entre un espectro que abarca desde el padre adorable y extremadamente accesible hasta el padre controlador, crítico y distante. Los resultados de una encuesta realizada por MORI, encargada por la organización benéfica británica Care for the Family, y publicada en junio de 1995, demuestran que un 15% de los padres no pasaban ningún momento con sus hijas y/o hijos entre semana, y que la mayoría les dedicaba menos de cinco minutos al día; las hijas recibían aun menos atención que los hijos. Una encuesta de la Asociación de Protección a la Infancia (NSPCC), realizada sobre una muestra de 1.000 menores de edades comprendidas entre los ocho y los 15 años, constató que el 20% no recordaban haber realizado ninguna actividad con su padre durante la semana anterior. Solamente el 37% habían hecho algo en su compañía en la casa o en el jardín. Un estudio más antiguo de la Fundación Joseph Rowntree llegó a la conclusión de que los hombres de clase media aseguraban que realizaban más trabajo que antes en el hogar familiar, pero, de hecho, hacían menos.<sup>2</sup>

Para muchas chicas su padre es un objeto de amor no correspondido, en el sentido de que muestra menos interés por ellas y les presta menos atención de lo que ellas desearían. Su indiferencia les enseña que son poco atractivas y que las personas a quienes más quieren tarde o temprano las rechazarán. A medida que fracasan una y otra vez en el intento de captar y mantener la atención completa de su padre, va decayendo su confianza en sí mismas. Esta temprana frustración puede acarrear consecuencias que durarán toda la vida. En 1998, Judi James, la autora de *Bodytalk* (Lenguaje corporal), declaró en una entrevista en el *Guardian*: «Estoy convencida de que las muje-

res continúan infravalorándose en su lugar de trabajo. Hacen gestos de defensa o incluso de sumisión cuando deberían hacer gestos de confianza y de control. Un sueldo elevado y un título no significan gran cosa si tus gestos dicen: “¡Quiéreme! ¡Quiéreme! Soy sólo una niña pequeña y no te estorbaré, en serio”». Tal vez ni la propia James se dio cuenta de que estaba interpretando la relación empleada-empendedor como una prolongación de la negociación hija-padre. A la vista de los innumerables ejemplos de acoso de las mujeres por parte de sus empleadores y superiores, debemos preguntarnos si estas negociaciones no conducirán igualmente o bien al fracaso, o sea, al rechazo por parte de un padre que no te quiere, o bien al abuso, cuando éste pasa a considerarte como un objeto de su interés sexual. Al parecer, la aceptación de las mujeres como ciudadanas y compañeras de trabajo exige una recuperación de la relación padre-hija; no obstante, habrá que preguntarse si un padre ausente no es preferible a la presencia de un mal padre. Hoy en día, es mucho más fácil y frecuente encontrar un padre ausente que un buen padre. Según Joan Minninger, un buen padre es aquel que “otorga reconocimiento” a su hija.

Las mujeres que inician la terapia cuestionándose su valor y mostrándose insensibles a sus propios deseos son mujeres que no han recibido el reconocimiento de su valor y de sus deseos. Un padre otorga reconocimiento a los deseos de su hija al aplaudirla cuando aprende a sentarse, a gatear, a incorporarse, a caminar, a hablar, a nadar, a montar en bicicleta y a redactar su primera carta a los Reyes Magos. Luego continúa el proceso cuando le ayuda a hacer los deberes y asiste a sus recitales, sus pruebas deportivas y a las funciones teatrales del colegio. Más adelante, con su voluntad de participar en sus proyectos de estudio y de animarle a seguir la carrera que desee. Pero todo empieza con su presencia, así ella consigue sus primeros grandes y fundamentales logros como criatura humana.<sup>3</sup>

Parece sencillo, ¿verdad? Lo único que tiene que hacer un padre es convertirse en una madre.

---

Hace poco vi un anuncio en una revista estadounidense. Mostraba unos senos de plástico que dispensaban leche auténtica. Fueron diseñados para hombres, de modo que también los padres puedan participar de la satisfacción y el placer de la lactancia.

Creí que era una broma. Pero no era así.

ROSS BENSON, *Express*, 1997

---

El 7 de enero de 1998, la primera página del *Daily Mail* londinense mostraba la foto de una mujer con un ojo morado. La había golpeado su marido, un actor de una serie televisiva, que tenía un asunto con otra mujer. Según el rotativo, ella hizo las siguientes declaraciones: «Creo sinceramente que la culpa es mía. Debí entender mal lo que significa el matrimonio [...]. Cuando me miro y veo el punto dónde me pegó, siento que me lo merezco». Dios mío –protestaban los periódicos– ¿qué ha conseguido el feminismo si un marido infiel puede darle un puñetazo a su esposa inocente y ella carga con la culpa? Las palabras de las feministas, que pueden repetirse a una mujer mil y una veces que la crueldad de los hombres en su contra no es culpa suya, le harán muy poca mella si ella se siente indigna de ser amada y sólo espera que cualquier relación siga el mismo camino que la relación con su padre. Conocemos el origen, pero esto no significa que podamos conseguir que supere los patrones que se establecieron cuando era muy pequeña con el fracaso de su primera historia de amor: la historia de amor con su padre. Entonces aprendió que era indigna, que no tenía lo que hace falta para conseguir a un hombre y conservarlo. Se supone que las niñas son rechazadas por sus madres; en una sociedad de divorcios, son rechazadas de manera absoluta. Puesto que en el modelo de la pareja ideal hay poca cabida para la ternura no genital y el contacto físico inocente, es raro

el padre (no abusador) que pueda permitirse cierto grado de intimidad física con su hija. O bien la considera “pura dinamita” y se mantiene a distancia de ella, por si de repente estalla, o bien no cree que tenga ningún interés. Ella busca la manera de acercarse y esto sólo aumenta la tensión de la situación. Cuanto más servil se muestre ella, más le repugnerà a él.

---

En mi calidad de psicoterapeuta trabajé con cientos de pacientes de ambos sexos. Observé que en las mujeres el sentimiento de su propia valía como mujeres y de su valía como personas tenían su raíz en la relación con su padre. Observé que en su relación con otros hombres volvían a representar una y otra vez la lucha con su padre. Constaté que incluso los padres ausentes mantienen una cierta influencia, que su misma ausencia forma parte de su influencia.

JOAN MINNINGER, *The Father-Daughter Dance*<sup>4</sup>

---

Los estudios realizados sobre niños y niñas superdotados demuestran de un modo concluyente que su motivación depende de la actitud que les demuestre la persona progenitora del sexo opuesto. Las madres brindan a los niños un estímulo y un aliento incondicionales; no existe ningún chico que no esté sinceramente convencido de que es único, maravilloso y tiene derecho a las mejores cosas, incluidas las distinciones académicas, si aspira a ellas. Las niñas, que dependen de la aprobación crítica y condicional de un padre que no se interesa demasiado por sus logros, se muestran, en cambio, mucho menos seguras. En vez de considerar las pruebas y los exámenes como una oportunidad para lucirse, tienen pavor a ser descubiertas en falta. Mientras que los niños se toman su tiempo para relajarse, desahogarse y descargar la tensión, las niñas se ponen más y más tensas, hasta que acaban trabajando cada vez más a cambio de unos resultados cada vez más escasos y demostrando así lo que siempre han sabido: que en el fondo son estúpidas y tontas. Los niños llegan a los exámenes car-

gados de estrategias para demostrar lo que les va a servir; las niñas están a la vez excesiva e insuficientemente preparadas. Suelen saber demasiado sobre la materia y demasiado poco sobre los exámenes. Tienen que esforzarse por comprimir sus ingentes conocimientos organizándolos de una forma coherente y no han previsto hacerlo en el tiempo disponible. Una chica de alto rendimiento académico mantendrá el típico currículum por encima del de los chicos hasta pasados los 16 años; luego empieza a decaer y éstos le adelantan. Esto ocurre exactamente cuando se le anima a dejarse guiar más por sus propios deseos, a definir sus propias metas y procurar alcanzarlas, en lugar de cumplir tareas bajo la dirección de otras personas en busca del elogio de una figura con autoridad. Es probable que trabaje más duramente que nunca, pero con un rendimiento decreciente, no debido a los efectos insondables de la pubertad o de la tensión premenstrual, sino porque carece de algo que los chicos dotados poseen en abundancia, a saber confianza en sus propias capacidades.

---

Siempre les digo a mis hijos: «Deberíais haber sufrido un poco más porque eso sienta bien». [...] Tal vez suene horrible, pero me alegré cuando la primera película de mi hijo Elan no tuvo éxito. Temía que triunfase y ya no aprendiese nunca.

VIDAL SASSOON<sup>5</sup>

---

Esta diferencia queda de manifiesto con particular claridad en el concurso televisivo *University Challenge* (Reto universitario). Abundan los equipos compuestos sólo por hombres y, en los niveles altos, éstos son mayoría; en muchos equipos figura una única mujer, que aporta muy pocas respuestas a las preguntas, no necesariamente porque no las sepa, sino porque es menos agresiva y más tímida a la hora de gritar una respuesta que podría ser equivocada. La puntuación más baja jamás obtenida en el concurso la obtuvo un equipo de New

Hall, en Cambridge, compuesto íntegramente por mujeres. Los mismos factores de inhibición que actúan en contra de las mujeres en los concursos televisivos, también les hacen fracasar en los exámenes. Cuando se establece el patrón del trabajo excesivo motivado por la ansiedad, la joven ya se ha instalado su propio techo de cristal. Nunca será capaz de dar lo mejor de sí o ni siquiera de reconocer qué es lo mejor que puede ofrecer. Verá cómo la adelantan en el camino del éxito gente que se esfuerza la mitad que ella y se dirá, igual que la mujer apaleada: «Esto me pasa porque no soy lo suficientemente buena». Tal vez, ni siquiera sea capaz de apreciar con cuánta eficacia utilizan otras personas —en su mayoría hombres—, en beneficio propio, en lugar de que le favorezca a ella, el duro trabajo que ha realizado.

No es imprescindible que el papel de madre lo haga una mujer, pero eso ayuda. En este final de milenio, la palabra madre está desapareciendo detrás del término desexuado de “progenitor”. Las vicisitudes de la Agencia de Apoyo para la Manutención de Menores y los sufrimientos de las madres que no reciben apoyo evidencian que estas madres no necesitan el respaldo de su antiguo compañero sexual, sino de las comunidades donde viven. Sus criaturas son las criaturas de todos y todas. Todas las personas deberían cumplir el papel de padre contribuyendo a la manutención de nuestros niños y niñas a través de los impuestos. Y la cantidad de dinero público destinado a las actividades relacionadas con la atención infantil debería ser suficiente para poder profesionalizar el sector preescolar, dotándolo de un sistema apropiado de licencias, evaluaciones y revisiones. Todas las personas adultas necesitan el contacto con la infancia para mantenerse en su sano juicio; ha llegado el momento de que todas y todos desempeñemos el papel del padre que otorga reconocimiento. A los hombres les tocará decidir si optan a favor o en contra de cumplir su papel en el cuidado de los niños y niñas, como siempre han hecho.

## LAS HIJAS

A medida que el tejido de la sociedad patriarcal ha empezado a resquebrajarse bajo el empuje de la insurrección de las mujeres, todo tipo de materia putrefacta ha salido a la luz; lo que ha suscitado mayor desconcierto y espanto son los hechos que se refieren al abuso sexual de las niñas y niños. En 1971, Louise Armstrong y otras feministas estadounidenses señalaron que el papel del incesto entre padre e hija era crucial para confinar a las mujeres de por vida en un rol de sumisión a la sexualidad masculina y a la definición que hacen los hombres de la sexualidad femenina. Según su análisis, el incesto no constituye una rareza exótica, sino un comportamiento consentido que va ligado al territorio, un feudo del amante de la madre. A muchas personas, esta postura les pareció extrema, tan extrema como el razonamiento complementario: «Todo hombre es un violador». Esto fue antes de que comenzaran a aflorar los testimonios, que continúan saliendo a la luz, como si no fueran a acabarse nunca. Una famosa tras otra iban contando cómo los hombres *in loco parentis*, los padres genéticos y los padrastros, habían impuesto su voluntad a unas niñas que eran demasiado pequeñas y estaban demasiado perplejas y asustadas para buscar ayuda o protección.<sup>1</sup>

La versión feminista del incesto solía provocar audaces réplicas que afirmaban que, puesto que también las madres



abusaban sexualmente de sus hijos,<sup>2</sup> y tanto los padres como las madres abusaban tanto de sus hijos como de sus hijas, el incesto entre padre e hija no podía desempeñar las funciones específicas que se le atribuían en cuanto a la reducción de la mujer al silencio y el aniquilamiento. Según afirma Liz Kelly, que trabaja en la Unidad de Estudios sobre el Abuso contra Menores y contra las Mujeres de la Universidad de North London, fueron las feministas quienes nos recordaron que –aunque algunas mujeres abusan sexualmente de las criaturas– «en la inmensa mayoría de los casos son los hombres quienes abusan sexualmente de ellas. El crimen de las mujeres es la negligencia. El abuso físico parece estar igualado, pero no lo está si tenemos en cuenta que las mujeres pasan muchísimo más tiempo con sus hijas e hijos». El abuso sexual constituye un secreto en la experiencia del niño o de la niña, aunque las imágenes del abuso infantil están presentes en cualquier valla publicitaria o en cualquier pantalla de televisor. El abuso es ese secreto que comparten la niña y su papá, su juego íntimo, de modo que resulta difícil adivinar con qué frecuencia real ocurre un contacto genital entre padres e hijas. Tanto la criatura como la persona que abusa reprimen la experiencia; cuando vuelve a aflorar, no existe ningún indicio objetivo que la ratifique. Acusar a las mujeres adultas que alegan abusos a manos de sus padres de que son imaginaciones suyas es la cosa más sencilla del mundo; una persona de formación freudiana diría que las chicas preadolescentes tienen fantasías en las que ocupan el lugar de la madre (a la manera del hombre lobo que imaginaba la escena primigenia), y que en la edad adulta las fantasías no se distinguen de un recuerdo verdadero. Incluso cuando los padres admiten que se han producido algunos tocamientos, niegan que la experiencia haya sido traumática. Puesto que a los hombres los penes les proporcionan placer, creen que quienes los acogen deben sentir placer también.

---

Las bebés y los bebés son como gatitas y perritos. Los niños son ruidosos y sucios y se mojan y agitan ante ti su pelambre. Y es cierto que un padre puede mostrarse más afectivo con una hija; con un hijo –incluso si sólo tiene seis meses–, uno está siempre a punto de tener esa conversación que empieza con las palabras: «Todo esto está muy bien, pero tienes que empezar a valerte por ti mismo».

MARTIN AMIS, 1997<sup>3</sup>

---

En una familia donde el desnudo es algo habitual, la niña puede ver los genitales de su padre como algo enorme, amenazador, literalmente presente delante de sus narices. Tal vez sienta un intenso interés por el pene de su padre; cuando se mete en la cama con su papá por la mañana, quizá le apetezca jugar con su pene erecto. ¿Qué debe hacer él? Si vive separado de su mujer y su hija está en régimen de visita, debe preocuparse seriamente. Una sola palabra de la hija a su madre y se encontrará en un apuro mayúsculo. Solamente a la criatura se le supone inocencia; la persona adulta no puede permitir que el contacto siga adelante. Incluso si la niña parece inconsolable, no debe volver a meterse en la cama con papá. El alcance real del abuso sexual entre padre e hija es tan inescrutable como el de la violación. Al igual que sólo las mujeres saben realmente si un contacto sexual fue consentido, sólo las criaturas saben si han vivido el contacto con un adulto como un abuso sexual. El contacto abusivo no necesariamente incluye la penetración.

Probablemente sea inútil intentar poner una fecha concreta a una escalada gradual e imperceptible que va desde una serie de saludables y cómodas muestras de afecto hasta los besos en los labios; desde juegos con la “niñita de los ojos” de papá, hasta ciertos abrazos de buenas noches en la cama que duraron demasiado y eran demasiado íntimos; desde abrazos no deseados por la mañana temprano, mientras

las demás personas de la casa dormían, hasta caricias; y que culminan en las fotografías de una niña miserable y pasiva con las piernas abiertas y el camisoncito subido hasta la cadera. ¿En qué momento de la secuencia se deslizó el comportamiento de lo normal a lo anormal, dejó de ser cariñoso para volverse abusivo? Según él lo recuerda, es evidente que eso nunca ocurrió.<sup>4</sup>

Una tercera parte de las 3.964 llamadas que se recibieron en el Centro de Atención a Mujeres Violadas de Londres, en 1995, correspondía a mujeres que habían sido víctimas de abusos sexuales en la infancia. El Proyecto de Apoyo a las Mujeres de Strathclyde recibe 250 llamadas mensuales de mujeres que buscan terapia porque ellas o sus hijas o hijos han sufrido abusos. Normalmente, el abuso comienza con el juego de “la niña de papá”, en el que el papá tiene el papel del pretendiente admirador que recibe demasiados besos, demasiadas veces, cuando no hay ninguna otra persona cerca. El margen entre la galantería aceptable con las niñas coquetas y la acción inoportuna es minúsculo, tal vez inexistente. Una de las primeras conductas que aprende la niña es cómo conquistar a su papá; quizá empiece haciéndole ojitos y mohines; tal vez se monte encima de él, orgullosa de su debilidad por ella. Quizá el papá reaccione haciéndole el caballito. No hace falta recurrir a Freud para señalar el parecido entre esta actividad y el acto sexual. Los padres pueden sucumbir o sustraerse, censurar todo tipo de contacto físico, rechazar cualquier beso, aterrados ante el predominio de su propia sexualidad y la tiranía de sus incesantes fantasías sexuales.

---

Las niñas experimentan con sus papás. ¿Qué hemos de hacer con las niñas? ¿Darles un cachete cuando nos miran de ese modo?

JEREMY IRONS<sup>5</sup>

---

Las feministas exigieron el fin de los abusos consentidos que perpetran los padres y los padrastros contra las hijas; sin embargo, si el padre es un amante de la madre resulta difícil imaginar cómo podría evitar el comportamiento de rechazo que supone el abuso emocional; si el padre siente interés sexual por las menores no rechazará sus inocentes insinuaciones, sino que se aprovechará de ellas. De una manera u otra lo pagará la criatura. No obstante, la suposición de que el padre distante y el padre sexualizador son tipos opuestos parece equivocada. En sus muy alabadas memorias *As If* (Como si), el poeta y crítico Blake Morrison opta por presentarse como el padre de tres criaturas, dos hijos y una hija que es la mediana. Alude a ella –contra poniéndola a su hermano mayor más vivaz– como «recién nacida, respirando apenas bajo su gorrito, como si fuese de arcilla, del color de la tierra, a la espera de ser modelada». El libro da cuenta de diversas conversaciones tanto con el chico mayor como con el menor; sin embargo, no reproduce ni una sola palabra de la hija. Aunque el narrador recuerda que la llevaba al colegio en coche por la mañana junto con sus amigas, no menciona qué edad tenía entonces. El capítulo décimo, «Marcas sexuales», comienza así:

Por la tarde, en el dormitorio, una dulce brisa entra por la ventana, es un cálido mes de julio con olor a madreelva. Sin falda, sin jersey, está tumbada en el suelo (la tumbo en el suelo), el pelo extendido a su alrededor como un paracaídas de seda. Se da la vuelta riendo y estira el brazo izquierdo para mirar hacia atrás. [...] Le desabrocho los zapatos y se los quito, tirando primero de un talón, luego del otro; al parecer le hago cosquillas, porque aparta la cabeza del libro y se ríe. Ahora los leotardos. [...] Como una experta, siguiendo su instinto, sin apartarse de la página, levanta el culito y deja pasar los fondillos de los leotardos, y después los deslizo por sus muslos rollizos y por sus pantorrillas relucientes.<sup>6</sup>

¿Quién será esa mujer? ¿Qué edad tendrá? Gracias al uso del presente que dota a la escena de una sensualidad inmediata, quien lee tarda en darse cuenta de que esta sirena abandonada es, en realidad, la hija del narrador, que describe de forma minuciosa su (supuesto) cuerpo de bebé en términos apetitosos. El narrador relata cómo pasa los dedos por la parte inferior del pie de la niña, percibiendo en su arco las gotas de sudor y la suavidad de oruga bajo los dedos de los pies. Le desabrocha la blusa

hasta el último botón. Al soltarlo, se abre la parte derecha de la blusa y queda expuesto su pezón derecho, el ombligo hundido y la mariposa rosada que acecha en la cinturilla de sus bragas blancas.

El *striptease* continúa.

Agarro entre el índice y el pulgar la cinturilla por el punto donde asoma la pequeña protuberancia de sus caderas sobresalientes y le quito las bragas. [...] Desnuda por fin, pedalea en el aire y rompe a reír, aunque resulta difícil saber si se ríe del libro que está leyendo o de su desnudez. Heme aquí, arrodillado a sus pies. Y ella, tumbada, como un chorro de nata en el suelo.

La niña se niega a levantarse del suelo

y me deja impaciente y maravillado ante su cuerpo: la nariz inclinada, la avalancha de pelo, los pálidos pezones, el suave estómago y la rajita cándida; y reflexiono sobre la parte que me corresponde en todo ello.

Desde el inicio del capítulo, el “chorro de nata”, descrito también como el “garabato de leche”, en el suelo no se iden-

tifica en ningún momento como la hija del narrador, a menos que contemos la desafortunada referencia a “la parte que me corresponde en todo ello”, en términos metonímicos (posiblemente) su herencia genética, donde “ello”—si aplicamos las reglas de la sintaxis— puede referirse tanto al cuerpo de la niña como a su “rajita cándida”. Antes de que se permita que la lectora se enfrente a la relación que une a esta mujer con el narrador, se ve obligada a percibir a la niña en el suelo como un objeto sexual, siguiendo una complicidad forzosa con la mirada masculina despersonalizadora. No tiene otra opción que seguir el inventario de las partes del cuerpo de la niña, como si se tratara de un apetitoso menú. En todo este fragmento se demuestra de un modo experto e intencionado cómo pueden considerar los padres—incluidos los más responsables y virtuosos— a sus hijas, cuando parten de un recuerdo excitante de ellas como criaturas sabrosas, sensuales e insensatas e ignoran su presencia real. Las lectoras notarán asimismo que se presenta a la niña como apetecible, deleitosa incluso, pero no como amable. Estoy en deuda con el buen hacer literario de Morrison por el descubrimiento de que el padre distante y el padre sexualizante pueden ser una misma persona.

La asociación de ideas inoportunas conduce al narrador aún más lejos.

Una niña en mi regazo, mientras le leo un libro, y, de repente, me descubro erecto.

No hace mucho tiempo, decir que uno se descubría erecto habría significado que se acababa de poner en pie instintivamente. El narrador identifica su pene consigo mismo, cosa harto común en nuestra época. El corolario de esta identificación resulta repulsivo. Ámame, ama mi pene (como hago yo). A renglón seguido, el narrador expresa su horror ante la mera idea de que la niña pudiera darse cuenta de su erección o to-

carla; porque se sobrentiende que, en realidad, él es un chico bueno, decente y, sin embargo, el daño ya está hecho. El texto violador en el que tumba a su hija en el suelo desnuda y despatarrada para que todo el mundo pueda saborearla a través de la imaginación, le sobrevivirá. Si no la detiene en su inspección de la erección (suponiendo que a la niña se le ocurriera *motu proprio* hacer algo semejante), no cometería una violación, puesto que las erecciones como tales son inocentes, de ninguna manera horripilantes y, a menudo, ni siquiera son una manifestación de deseo.

Antiguamente la opinión popular consideraba a los hombres que dirigían sus sentimientos sexuales hacia los menores como un grupo específico de individuos inadaptados; en la actualidad, esta inadaptación parece ser mucho más común de lo que quisiéramos creer, tan común incluso que apenas se la distingue de la normalidad. Se supone que a los hombres heterosexuales les gustan las jovencitas, que la propia juventud es un excitante, aunque nadie sabe con certeza a qué edad las jóvenes son demasiado jóvenes. ¿Por qué, a fin de cuentas, se llama “nena” a las mujeres jóvenes? La palabra “nena” (*babe*) pertenece a la jerga habitual de la cultura *rave*; una mujer joven super-abrazable es una “nena estupenda”. ¿Por qué las prostitutas japonesas en edad escolar llaman “papa-san” a sus clientes? La mayoría de los hombres, ¿desean realmente follarse a sus hijas pequeñas, en un sentido real y, a la vez, metafórico?

---

Básicamente esperamos que sus padres las miren y piensen: «Dios mío, qué bomboncito».

Declaraciones de la portavoz de Vivienne Westwood, explicando por qué decidió utilizar modelos de trece años en el pase de su colección de “etiqueta roja” febrero de 1997

---

El hecho de que los gobiernos se vean obligados a imponer leyes que establecen la edad de consentimiento indica que es-

tas leyes son necesarias. Dos de las tres protagonistas de la taquillera película *El club de las primeras esposas* comentan con desdén que las mujeres que las han sustituido tienen doce años y son flacas, aunque se olvidan de decir que estas preferencias de sus maridos rayan lo delictivo. Si analizáramos esta tendencia hasta poder verla en toda su fealdad, quizá tendríamos que admitir que los hombres se sienten atraídos por las mujeres infantiles en la misma medida en que les causa repulsión y asco la mujer adulta procreadora. Mientras la mujer infantil solamente pretenda ser una niña, podrá sobrevivir relativamente ilesa a la relación con su amante paternal; cuando deja de comer para evitar que afloren las evidencias anatómicas de su condición de mujer adulta, se encuentra ya en un grave apuro. Si para retener el amor de un hombre tiene que dejar de crecer, está condenada a perder ese amor más pronto o más tarde.

La gran cantidad de hombres y las pocas mujeres que obtienen su gratificación sexual de los menores que dependen de ellos aseguran que su comportamiento es normal. Las niñas y niños tienen su propia sexualidad; la interacción sexual es normal siempre que nadie sufra ningún daño. Las feministas están indignadas; no hay comparación entre la sexualidad de una niña o un niño y la de una persona adulta. Lo que empieza como un juego de mutua gratificación, pronto se convierte en patológico. Las niñas y los niños, que mantienen una relación sexual con personas adultas, desarrollan comportamientos patológicos, utilizan el sexo como moneda de cambio en los encuentros no sexuales, y cortejan a criaturas más pequeñas a fin de mantener relaciones sexuales con ellas. También suelen padecer insomnio y mostrar mayor ansiedad, recelo, timidez o agresividad de lo habitual. Los argumentos feministas dicen que el incesto es tan común que casi se considera normal y *a la vez* también es devastador. Los abusos sufridos en la infancia preparan a la mujer joven para toda una vida de

abusos. De niña aprende a sucumbir ante la sexualidad masculina sin atender a sus propias apetencias o a su placer, al tiempo que aprende que su cuerpo tiene un significado especial que ella no puede comprender ni controlar. Su propio deseo o la ausencia del mismo parecen irrelevantes; el guión sexual se ha escrito en otro tiempo, en otro lugar. ¿Es posible que las niñas no tengan más opción que amar a su papá, y éste no pueda responder de un modo que no sea culpable?

Ahí entran en escena los estudiosos que se encargan de suavizar la situación y convertir la cuestión en un problema académico. Puesto que el comportamiento incestuoso es tan frecuente –dicen–, es imposible prohibirlo, de modo que lo que intentamos es explicarlo y comprenderlo. Con su terminología espuria hablan de los derechos de las niñas y los niños, que tienen el derecho a expresarse sexualmente; y, ¿con quién lo harían mejor que con los miembros de su propia familia? Las feministas se encuentran en un aprieto: ¿deben negar la sexualidad infantil y neutralizar a las mujeres jóvenes de un plumazo, o deben mantenerse firmes en su condena del incesto como opresión? Los expertos deseaban afirmar que el comportamiento incestuoso tenía como móvil el amor: las feministas sabían que no era así. Los expertos echaron piedras sobre su propio tejado al crear el nuevo estereotipo de la “madre incestuosa”, quien de un modo tácito brindaba sus criaturas a su amante para suplir lo que ella no podía ofrecerle: juventud, frescura e inocencia. Actualmente, hablan de los hombres divorciados que tratan de vengarse de la madre a través de los abusos sexuales que infligen a las criaturas a las que tienen acceso, una estrategia que difícilmente puede denominarse amorosa.

Desde que Otelo mató a su mujer porqba “demaue la amasiado”, las mujeres han sido asesinadas por amor, con amor y a través del amor. Antaño, el amor era un término de significados múltiples que iba desde el amor a Dios y el amor al prójimo,

hasta el amor a los hermanos y hermanas, al padre, la madre y demás familiares, y finalmente se manifestaba en la pareja sexual; hoy, la palabra sólo rezuma sexo. Las familias se han deteriorado y desintegrado, las madres han perdido el derecho vitalicio al amor de sus criaturas –lo que debería constituir el paradigma del amor no invasivo– y domina la pareja. Los orgasmos son la prueba del amor de la pareja. Los orgasmos tienen poco que ver con el amor; los esfínteres no tienen alma. El hombre que atemoriza a una mujer, que la llama a todas horas de la noche, que aparca el coche frente a su casa durante semanas seguidas, que le envía paquetes aterradores y la sigue dondequiera que vaya, está convencido de que el “amor” le da derecho a actuar de ese modo. De la misma manera podríamos decir que los zorros “aman” a las conejas, cosa que sin duda es cierta. Juan ama a Juana, no como Juana ama a Juan, sino como Juana ama el chocolate. “Amor” es la palabra que designa el apetito sexual, y el objeto de ese amor lo vive del mismo modo que vive la coneja la presencia del zorro.

Phoebe (no es su verdadero nombre) sólo tenía ocho años cuando se enamoró de su tío de 35. Así lo cuenta ella, los expertos dicen otra cosa. Ella dice que lo sedujo. Durante cuatro años mantuvieron una relación sexual, luego ella se marchó para ir al instituto. Le echaba tanto de menos que se sinceró con una amiga de clase, quien comprendió cuál era su deber y le comunicó a la tutora que Phoebe había sido víctima de abusos. Se llamó a un grupo de expertas y se tomaron medidas. Al principio Phoebe negó toda la historia, pero no la creyeron. La sometieron a un examen médico y la engañaron para que confesara. Luchó en vano por convencerles de que amaba a su tío y que nunca había sentido miedo en su compañía, que nada había ocurrido que a ella le desagradara. Le explicaron que seguía estando bajo el dominio de su abusador y que no podían hacer nada por ella hasta que tomara contacto con su terror y su ira. Finalmente, manifestó suficiente terror e ira para satis-

facernos y su tío fue perseguido y encarcelado. Phoebe nunca se ha perdonado por haber traicionado al amor de su vida, que desde entonces ha sido un desastre.

La mayoría de las personas –incluidas las feministas– pensarán que el tío de Phoebe recibió su merecido. Tanto si Phoebe lo sedujo como si no, él debería haber evitado sucumbir, puesto que era el adulto. Él tenía un control sobre sus inclinaciones y sus actos que ella no poseía, y podría haberla esquivado. Como feminista tengo que preocuparme, ante todo, por Phoebe y considerar las repercusiones devastadoras que todo este asunto ha tenido para ella. Si se hubiese reconocido la existencia de la sexualidad juvenil de Phoebe, si se hubiese prestado suficiente atención a la interacción con su tío, si hubiese tenido una relación más estrecha con su madre y su padre, la historia habría transcurrido de otra manera. Las niñas se enamoran continuamente de ciertos sujetos poco apropiados; con suerte nunca se acercarán a ellos lo suficiente como para dejarse absorber, como le sucedió a Phoebe. Quizá alguna persona pueda pensar que Phoebe era una niña solitaria por la que nadie mostraba especial interés hasta que se pegó a su tío, quien no se hizo de rogar. Es probable que le interesara más él que su pene; en cambio, es muy poco probable que a él le interesara más su mente incipiente que su cuerpo precoz. Esto es exactamente lo que las feministas han intentado plantear. Desde la infancia, las mujeres aprenden a través de duras lecciones como ésta que su única vía de acceso al poder y la valoración pasa por la manipulación de la sexualidad masculina.

Los expertos tienen razón; este tipo de comportamiento no es anómalo, sino que más bien constituye la norma. Por extravagante y extremo que parezca, es una manifestación del principio dominante que rige la vida cotidiana. Las mujeres deben relacionarse con hombres mayores que ellas; los maridos deben asumir el papel de padre y atribuirse la autoridad

sobre sus esposas; la condición de menor en la esposa es una continuación de su papel de hija. Este patrón se ve con mayor claridad en Gran Bretaña que en los Estados Unidos, donde los hombres se casan antes y la diferencia de edad entre esposo y esposa es menor. A medida que las mujeres se convierten en adultas, la ansiedad de los hombres aumenta. Los hombres abandonan a quienes representan una amenaza potencial y dirigen su atención hacia las chicas jóvenes, más vulnerables. Sabemos que las niñas coquetean con sus padres y que las niñas pueden ser exhibicionistas. También sabemos que la moda actual acentúa los rasgos infantiles del cuerpo femenino joven. Las mujeres jóvenes que visten a la moda exhiben su ombligo plano y su cintura estrecha bajo apretados *tops* y por encima de breves faldas y pantalones de tiro corto, en una versión no del todo adulta de los excitantes atuendos diseñados para chiquillas más jóvenes:

En el escaparate hay maniqués de niñas pequeñas con vestidos cortos y calcetines blancos, todas ellas ingeniándose para subirse la falda y exhibir las braguitas infantiles que llevan debajo. En la tienda se alinean perchero tras perchero de ropa interior, bañadores y prendas de dormir para niñas, llenas de encajes, femeninas, que realzan la promesa de unos senos inmaduros o inexistentes bajo los volantes y la tela de satén. ¿Cómo han de responder los padres y los hombres, en general?<sup>7</sup>

Una respuesta evasiva consistiría en decir que los hombres no han de responder de ninguna manera: no son ellos quienes van de compras. ¿Cómo han de responder las mujeres, pues, si no es apreciando y realzando el poder de seducción de las niñas? ¿Acaso no es la “madre incestuosa” quien emperifolla a su hijita de una manera graciosa y la envía para que persuada a papá de que deje por un momento la retransmisión del

partido y suba a acostarla? Es indiscutible que la niña pequeña tiene su propia sexualidad; ¿cómo podemos asegurar que no se le enseña a diario y de todas las maneras posibles a utilizar esa sexualidad de niña en su relación con las personas adultas? ¿Por qué los hombres regalan peluches a sus novias? ¿Por qué los amantes hablan en el lenguaje de los bebés? Cada día de San Valentín, los periódicos británicos rebosan de parloteo infantil: el papi y la niña de sus ojos cabalغان de nuevo.

## LAS HERMANAS

Hubo un tiempo en el que las feministas firmaban sus cartas con las palabras “un abrazo de hermana”. En aquel entonces los ideales de la fraternidad tenían un gran valor para nosotras, tal vez porque la experiencia de tener hermanas de sangre –a diferencia de hermanas políticas– era cada vez menos frecuente. Con el término fraternidad pretendíamos señalar algo ligeramente distinto de la hermandad masculina y completamente diferente de las absurdas y elitistas hermandades femeninas (*sororities*) de las universidades estadounidenses. Queríamos designar una relación que unía a una serie de iguales en una red de relaciones libres pero sólidas y que no reconocía líderes, ni imponía sanciones, ni practicaba rituales específicos o secretos. La fraternidad debía ser completamente distinta de los grupos formados por los hombres y debía carecer de jerarquías, de palabras clave y de códigos secretos. La hermandad era una relación clara y directa.

En el mundo animal, la hermandad femenina es más evidente que la masculina. No existen especies sólo de machos; sin embargo, con cierta frecuencia encontramos especies sólo de hembras. Hay una especie de avispas, una variedad de himenópteros de la familia *Tenthredinidae*, así como al menos 19 especies diferentes de lagartos integradas sólo por hembras. Existe una variedad de peces en el golfo de México que

consta sólo de hembras. Los peces del género *Mollienisia* del Amazonas sustraen el esperma de otras especies con el fin de fertilizar sus huevos, pero sólo engendran hembras. Las colmenas y los hormigueros están llenos de hermanas que trabajan codo con codo. En muchas especies de mamíferos, las hermanas viven juntas, ovulan de forma simultánea, paren sus criaturas al mismo tiempo y las amamantan juntas. Las ballenas, las delfines y las elefantas –todas ellas destacan por su organización social inteligente– comparten las tareas de la maternidad. Las hembras de diversas especies de mapaches, cerdos, ovejas, mangostas y roedores colaboran como hermanas amamantando las criaturas de las otras. Las leonas cazan en grupo, atienden al único macho adulto de la manada y crían juntas a sus cachorros. Si dos gatas domésticas tienen crías al mismo tiempo, a menudo se turnan, y una de ellas se hace cargo de todos los gatitos, mientras la otra descansa, para disfrutar luego de un descanso cuando vuelva la madre co-cuidadora.

Las hembras de algunas especies de primates forman redes de ex alumnas y cumplen tranquilamente con sus quehaceres cotidianos mediante una relación de dominación y dependencia, que haría temblar a la hembra humana.<sup>1</sup>

En muchos grupos de primates –entre ellos los babuinos, los macacos, los chimpancés y los lémures–, las hermanas mayores amamantan a las hermanas pequeñas. La tendencia que presentan las mujeres que viven juntas a ovular de manera simultánea probablemente sea una reminiscencia de los mamíferos. Kathleen Stern y Martha McLintock –dos psicólogas afincadas en Chicago– diseñaron un experimento para demostrar este fenómeno. Un grupo de voluntarias facilitaba muestras de sobaquina depositada sobre gasas de algodón que, a su vez, se aplicaban en el labio superior de otras mujeres; más de dos tercios de las receptoras de las muestras cam-

biaron su ciclo menstrual, que se ajustó al de las donantes. Los ciclos se acortaron en unos casos y se alargaron en otros, lo cual indicó a las investigadoras que en el fenómeno intervenían dos feromonas distintas.<sup>2</sup>

En *Sex, Gender and Society* (Sexo, género y sociedad), Ann Oakley resaltó que existen algunas sociedades humanas –como la samoana, la alor, la bororó y la arrenta– en las que las hermanas trabajan juntas en la crianza y la lactancia de las hijas y los hijos. Matt Ridley apuntó en *The Origins of Virtue* (Los orígenes de la virtud) que «las elefantas se unen en grupos, pero éstos no son hostiles, no compiten por el control del territorio y no se componen de un número fijo de miembros. Imaginar que pudiésemos actuar del mismo modo es una fantasía sugerente. De hecho, las hembras de la especie humana ya lo hacen».<sup>3</sup> Pero, ¿esto en realidad es cierto? Las hembras humanas no suelen vivir juntas, ni eligen criar a sus criaturas de forma cooperante. Algunos trabajos sociobiológicos como el de Ridley indican que tal vez podrían hacerlo. Si podemos, quizá deberíamos hacerlo, aunque la sociedad ejerza fuertes presiones que separan a las mujeres.

---

Pues no hay mejor amiga que una hermana  
 en la calma o en la tormenta,  
 que me alegra el camino tedioso,  
 que me encuentra si me extravió,  
 que me levanta cuando me tambaleo,  
 que me da fuerzas para tenerme en pie.

CRISTINA ROSSETTI, *Goblin Market*<sup>4</sup>

---

En la sociedad blanca, protestante y anglosajona no existe ninguna tradición de hermandad. A lo largo de toda la historia, las mujeres nacidas en una misma familia la han abandonado al casarse y su relación primaria ha sido a partir de ese momento la de esposa, primero, y a continuación, la de madre. Si



tenemos hermanas, éstas tienen que contentarse con el papel secundario de tías de nuestras criaturas, manteniendo con nosotras el mismo grado de parentesco que las hermanas de nuestros maridos. La relación entre hermanas se mantiene básicamente por teléfono, si se mantiene. Con demasiada frecuencia degenera para convertirse en una rivalidad entre hermanas. Si rastreamos la historia de las mujeres buscando ejemplos de grandes hermanas, encontraremos muy pocas, y aun menos que nos puedan servir de modelo. Faltan estudios más exhaustivos, incluso sobre la dinámica de la relación entre las hermanas más conocidas como Cassandra y Jane Austen, las hermanas Brontë, Christina y Maria Rossetti, Virginia Woolf y Vanessa Bell y las hermanas Mitford.

---

La idea de que todas las mujeres eran “hermanas”, unidas por sus experiencias como grupo oprimido más allá de cualquier frontera de etnia, clase, generación y región, fue el concepto más poderoso, más utópico y, por lo tanto, más amenazador de todos los que propusieron las feministas en los años setenta.<sup>5</sup>

---

Esta afirmación de Susan J. Douglas en *Where the Girls Are* (Dónde están las chicas) requiere cierta puntualización. En los sistemas patrilocales, donde las mujeres viven en las casas de sus maridos, las hermanas biológicas difícilmente continuarán unidas, a menos que se mantengan vírgenes. La vinculación entre hermanas no biológicas se consideraba asimismo apropiada sólo para las mujeres vírgenes. En ningún momento de la historia, ni tampoco en ninguna sociedad humana de cierta relevancia, ha existido un vínculo entre hermanas no biológicas, salvo en los conventos y en los hospitales que se crearon vinculados a las antiguas instituciones religiosas. Se llama hermanas a las enfermeras, por analogía con las monjas que atendían a las personas enfermas antes de que entrara en escena Florence Nightingale. La palabra soro-

ridad todavía sugiere una especie de culto conventual, caracterizado por la autoflagelación y el ayuno en un ambiente de obsesiones religiosas. Los medios de comunicación rápidamente sacaron partido de esta caracterización de las feministas como una orden de fanáticas encabezada por alguna falsa profeta. Las feministas trataron de adelantarse a las injurias eligiendo nombres como WITCH\* (Women’s International Terrorist Conspiracy from Hell (Conspiración terrorista internacional de las mujeres del infierno); sus propias bromas se volvieron, sin embargo, por regla general en su contra. Se empezaron a citar con asiduidad algunos disparates feministas intencionadamente desquiciados, como si sus inventoras no hubiesen sido conscientes de su absurdo.

La hermandad política siempre fue difícil. En 1971, Florynce Kennedy ya me advirtió: «Ten cuidado con esas hermanas, cariño. Te chuparán hasta la médula de los huesos». La fraternidad despertaba asimismo vibraciones desagradables en los hombres con hermanas mayores que de pequeños les habían pegado y tirado de los pelos. Por el motivo que fuese, la sororidad resultó ser un término espinoso y una idea difícil.

---

La fraternidad desde luego no existe. Tal vez exista en un sentido amplio, pero la encabezan unas mujeres muy fuertes.

PHYLLIS NAGY

---

Cuando la idea de la hermandad como la relación primaria entre las mujeres comenzó a ganar terreno, enseguida fue vilipendiada por la fraternidad masculina y otros grupos oprimidos comenzaron a quejarse a voz en grito de que el feminismo estaba socavando su lucha. La Internacional Socialista, el Partido Revolucionario de los Trabajadores, y todos y cada uno de los grupos del movimiento del “poder negro” (*black*

\* Bruja en inglés (*N. de la T.*)

power) lanzaron amargas acusaciones hacia las feministas de clase media que anteponían sus nimios problemas burgueses a la lucha a vida o muerte de los auténticos oprimidos. Puntualizamos: a medida que las mujeres de los colectivos de Estudiantes por una Sociedad Democrática, de Red Mole (El Topo Rojo), de Black Dwarf (El Enano Negro) o de cualquier otro grupo empezaron a tomar conciencia de su opresión y a unirse a las manifestaciones y a los grupos de autoconciencia feministas, esos colectivos se quedaron sin nadie que se encargara de pasar los textos a máquina o de preparar el café.

Salir de la cama de los estudiantes revolucionarios no significaba ingresar de inmediato en una sororidad perfectamente constituida. La sororidad necesitaba encontrar una ubicación y un nombre; tenía que hacerse visible de algún modo y para eso necesitaba una organización. Cuando ésta se hubo constituido, comenzaron las peleas por su liderazgo. Una vez creada la primera organización, enseguida nacieron otras que empezaron a competir con ella por reclutar mujeres entre el mismo grupo de población. Antes de que el feminismo hubiera tenido tiempo de desarrollar siquiera un análisis incipiente sobre la opresión de las mujeres y sus causas, ciertas ideologas, supuestamente feministas, con muy diversos grados de sinceridad y de perspicacia, comenzaron a atacar a otras feministas. Los grupos radicales arremetían contra los grupos revisionistas, las miembras de la Organización Nacional de Mujeres (NOW) desdeñaban a las Red Stockings (Medias rojas). Los medios de comunicación empezaron a identificar a posibles candidatas al liderazgo feminista “con interés mediático”, a las que halagaban por un breve tiempo, para luego organizar auténticas peleas de gallos entre ellas. A mí me apodaron la *Suma sacerdotisa de la liberación de la mujer*, aunque lo único que había hecho era escribir un libro; Gloria Steinem era la *Nueva mujer*; Betty Friedan, la *Madre superiora*. Nunca faltaron feministas dispuestas a machacarse mu-

tuamente; las críticas más ofensivas que podía esperar una autora feminista salían de la pluma de sus propias hermanas, las únicas –claro está– cuya opinión le importaba. Un periódico tras otro envió a mujeres a entrevistar a otras mujeres, con el encargo explícito de conseguir una retahíla de difamaciones que fueron entregadas debidamente; casi siempre redactadas por mujeres neófitas que no sabían que eran infinitamente reemplazables y que efectivamente eran reemplazadas, tanto si iban a contracorriente y eran fieles a sí mismas, como si no. El trato que recibió Catherine McKinnon en su visita a Gran Bretaña, en 1995, fue un ejemplo típico. Casi invariablemente la entrevistaron mujeres muy jóvenes que sólo tenían una ligerísima idea de quién era, que reaccionaban muy mal y entregaban páginas y páginas llenas de sarcasmos cuando McKinnon mostraba el más leve indicio de malestar al ver que le estaban haciendo perder su tiempo. Ningún periódico del mundo se preocupará por mostrar la fraternidad cuando puede conseguir un combate de lucha libre en el barro entre mujeres siempre que le interese.

Hace treinta años, los textos feministas fueron blanco de ataques de gente de todos los sectores y esto obligó a las feministas a dedicar muchas energías a la defensa del feminismo contra las fuerzas oscurantistas. Ahora que éstas han sido abatidas en su mayor parte, las críticas de los textos feministas las escriben otras feministas, que luego se ven empujadas a situarse en posturas enfrentadas. Podrían negarse a criticar los libros de las demás, conservando así su amistad; sin embargo, estos enfoques son los que les interesan, el tema es su tema y, además, como necesitan el dinero se vuelcan en el asunto. El presente libro fue reseñado por Maureen Freely para la prensa sensacionalista un año antes de su publicación; la autora de la crítica lo tachó de “trivial”, a pesar de no haber leído ni una sola palabra de su contenido; lo cual ilustra perfectamente cómo ciertas escritorzuelas explotadas despluman

con sus propias manos al *establishment* intelectual feminista. Las librerías universitarias rebosan de cientos y cientos de títulos dedicados a los estudios de las mujeres que se publican cada año, y cientos de miles de estudiantes investigan y exponen sin cesar temas relacionados con el feminismo; no obstante, las feministas mediáticas permanecen impertérritas en su ignorancia. Ros Coward se atrevió a declarar al *Guardian* que: «Los medios de comunicación son actualmente el único lugar donde se desarrolla un debate».

Por agitada y desleal que sea la relación con tu hermana, no tienes relaciones sexuales con ella. De todas las modalidades de incesto intrafamiliar, la relación sexual entre hermanas es la menos frecuente. Nuestra relación con el opresor se ha pactado a través del sexo; así, pues, quedaba claro que la sororidad tenía que ser algo diferente, con un nivel confortable de contacto físico –incluidos arrumacos y abrazos–, pero sin contacto genital. Entonces entraron en escena las lesbianas que pretendían convertir la relación genital con las mujeres en una condición inherente a la fraternidad. Muchas feministas no pudieron sobrellevar esta contradicción, sobre todo cuando se presentaba en forma de un acoso con modalidades harto familiares. Durante años habíamos tenido que escuchar que nuestro carnet de radicales podía quedar en tela de juicio si no nos acostábamos con tal o cual activista; ahora nos decían que no éramos feministas si no permitíamos que otra mujer se metiera en nuestra cama. En cuanto a mí, cuando Jill Johnson se me insinuó, no fue distinto de cuando lo hizo Abbie Hoffmann, salvo que –puesto que soy incurablemente heterosexual– encontré ligeramente menos desagradable a Hoffmann. A lo largo de los años setenta recorrí los Estados Unidos dando conferencias sobre «Feminismo y fecundidad», y en casi todas las salas un grupito de lesbianas se sentaba en la primera fila, esperaba un cuarto de hora y luego empezaba a gritar que yo era antifeminista, puesto que sólo me dirigía a mujeres

heterosexuales. Resultaba fácil desarmar la protesta; sin embargo, la hostilidad que acompañaba a su queja irritaba a gran parte del público, que había estado a gusto hasta que estallaba esa guerra ficticia. Florynce Kennedy me había advertido de que las personas oprimidas son especialistas en “hostilidad horizontal”; puesto que no pueden enfrentarse al “Hombre” ni a ningún otro ser poderoso, sólo atacan a personas tan vulnerables como ellas. A veces, el periódico de la universidad presentaba el incidente como una pelea, aunque el alboroto no hubiese durado más que un par de minutos, de igual modo que los medios de comunicación de masas montan una interminable serie de enfrentamientos demoledores entre las mujeres con el fin de distraer a las lectoras de la noticia principal.

---

cuando nos conocimos, sabes,  
fue como una fiesta de cumpleaños, un funeral,  
fue una comunión  
entre mujeres, una Visitación

fuimos dos cabras viejas que se embistieron  
y se olfatearon en el apestoso redil.

MICHELE ROBERTS, *Magnificat*<sup>6</sup>

---

La organización de ciertas actividades espectaculares estilo guerrilla era consustancial a la lucha de las lesbianas que llegaron a ser mucho más visibles en términos mediáticos que las mujeres que luchaban por un mejor trato de los hombres, a quienes amaban demasiado para ponerse realmente duras con ellos. La sororidad exigía que una feminista se identificara con todas las manifestaciones feministas, que defendiera el derecho a concebir y a parir niñas y niños de las mujeres que no soportan la idea de tener un pene cerca, que supiera explicar la crítica que hace Gloria Steinem del matrimonio como una forma de prostitución, que defendiera el derecho de las

mujeres a ser curas, rabinas o marines, o a formar parte del Consejo de Dirección de las empresas que fabrican armamento, si ese es su deseo, intentando crear un consenso que no existía.

Más cuestionable aún que la idea de que la hermandad une a las mujeres por encima de todas las fronteras étnicas y de clase es la afirmación de que vincula a las mujeres de distintas generaciones.<sup>7</sup> Las hermanas, por definición, pertenecen al mismo grupo de edad. Las hermanas están unidas porque aprendieron a hablar al mismo tiempo, se criaron con la misma cultura juvenil o, en ausencia de ésta, atravesaron de manera más o menos simultánea los momentos de transición de su vida, parieron a sus criaturas en la misma época y enterraron juntas a sus padres. Esta comunidad de experiencias es la condición *sine qua non* de la verdadera hermandad; esperar que la fraternidad política pueda incluir a mujeres tanto de la generación de nuestras abuelas como de la de nuestras nietas, es pedir peras al olmo. Cada vez son más numerosas las mujeres que se dan cuenta de que nuestra sociedad está aun más corrompida por la discriminación en razón de la edad que por el sexismo, pero la sororidad no puede ayudarles. El feminismo idolatra la juventud igual que cualquier otro movimiento radical. Las “viejas feministas” se ven menospreciadas por las feministas jóvenes y cuando éstas –que normalmente no son tan jóvenes como creen– hostigan a las primeras, suelen recibir su merecido. Es sabido que las hermanas mayores de vez en cuando les pegan una tunda a sus incordiosas hermanas pequeñas. Entonces las hermanas pequeñas montan un cirio impresionante, gritan y chillan durante meses, pero normalmente se recuperan bastante bien y vuelven al ataque.

Una parte de la connotación peyorativa de la palabra “hermandad” reside en que se le atribuye un consenso espontáneo, cuando sería igualmente lógico imaginar que podría permitir a las mujeres estar en desacuerdo sin rencor. En ninguna épo-

ca, todas las feministas han comulgado con las mismas ideas, ni falta que hacía, pues era necesario desvelar y discutir la naturaleza y la dinámica de la opresión sexual. Desde el principio fue evidente que esta paradoja es un rasgo inherente al dilema de las mujeres; las expectativas contradictorias que llevaban a la doncella superfemenina hasta el botiquín, traspasaban las circunstancias reales para afectar a la definición misma de la condición de ser mujer. Cada día y en todos los aspectos, se espera que las mujeres afirmen y nieguen al mismo tiempo su condición de mujer; y esta contradicción –y no los sentimientos asociados a circunstancias reproductivas, sexuales o sociales de cada una– es la que las hermanas deberían estar dispuestas a intentar comprender y cuestionar a la vez. En las primeras reuniones feministas se debatía con gran fervor –llamado “ferocidad” por la prensa– si se debía permitir la presencia de hombres. A las feministas no separatistas se las apodó “humanistas”, con una total indiferencia por la etimología; se tachó de “odiahombres” a las feministas separatistas, que sostenían que las mujeres no podían conocer su propio pensamiento en el foro de grupos dominados por hombres. Las que se pronunciaban a favor de combinar ambas maneras eran sencillamente incoherentes. La lógica convencional no tolera la paradoja; a las teóricas feministas se les pedía que decidieran si la “mujer” era una construcción social o era una esencia. Si se les hubiese permitido tomarse en serio un libro tan deliberadamente no académico como es *La mujer eunuco*, tal vez hubiesen podido nadar y guardar la ropa, pues el argumento central del libro es que la condición de ser mujer, de ser humano sexuado en femenino, es la esencia y la femineidad es una construcción social. Resulta difícil decidir qué comportamientos son propios de la mujer y cuáles son propios de la forma castrada de lo femenino, hasta que la menopausia elimina todas las impurezas. Lo que queda en el crisol tras esta prueba es la mujer completa.

El problema no es que la fraternidad sea poderosa, como reza el título del libro de Robin Morgan *Sisterhood is Powerful*, sino que no lo es. La hermandad no manda, ni lo hará jamás, ¿está claro? Su principio es el poder compartido, que es otra palabra para designar la falta de poder. En una sociedad de elites que se autoperpetúan, un movimiento de base sirve para ser pisoteado. Las elites se desmoronan, pero las bases sobreviven firmes a ras de suelo. Todos los estudios sobre las diferencias de género coinciden en que entre las hembras existen menos variaciones que entre los machos. Si las mujeres y los hombres fueran amapolas, tanto las amapolas más altas como las más bajas serían hombres. Las mujeres se apiñarían en torno a la media, a la norma. Si nos fijamos en la inteligencia o en la capacidad matemática, observamos el mismo fenómeno. Los hombres están hechos para la competencia, por así decirlo, divididos previamente entre ganadores y perdedores, mientras que las mujeres están hechas para entenderse, para colaborar, para trabajar codo a codo. En realidad, podríamos considerar el patrón histórico, que vincula una mujer a un hombre y la separa por la fuerza de su grupo femenino de semejantes, como una salvaguardia contra una tendencia femenina a la agrupación. Los hombres temen a las mujeres cuando están en grupo.

Entre los adelantos que se han producido en los últimos treinta años, figura el hecho de que la amistad entre mujeres se considera ahora como un tema serio y un valor afianzado que forma parte de la vida de las mujeres. Las revistas para chicas tratan con mayor seriedad las vicisitudes de la amistad que las interminables paparruchas sobre los chicos. Mujeres que se apoyan mutuamente protagonizan las telenovelas. Las alumnas universitarias entienden que deben aceptar la palabra de la otra sin cuestionarla, desmintiendo el prejuicio según el cual las mujeres son incapaces de mostrar lealtad o confianza. Solamente si la hermandad es auténtica, podrá llegar a ser poderosa. Estamos en ello.

## EL AMOR DE LAS MUJERES

Las mujeres aman toda clase de objetos, lugares, animales y personas. Son capaces de amar un lugar con una pasión tan visceral que sueñan con él cada noche. Son capaces de amar a ciertos animales con una ternura tan grande que morirían por ellos, ya sea en una casa en llamas estrechando un viejo gato entre los brazos, o bajo las ruedas de un camión cargado de becerros para la exportación. Son capaces de amar a una criatura o a una persona adulta con una devoción que no flaquea durante largos años de esfuerzo y lucha. Aman impertérritas pese a los malos tratos, al abandono o a la muerte y devuelven bien por mal. No matan las cosas que aman, sino que las aprecian, las nutren, las alimentan, y su interés por estas cosas es siempre mayor que su interés por ellas mismas. No llegan a amar a los objetos de su amor jodiéndolos. Con muchos de los seres a quienes aman por más tiempo y con mayor intensidad no mantienen ningún contacto genital. El hombre mata aquello que ama, o eso escribió un hombre en cierta ocasión. Dios me libre a mí, una mujer, de querer insinuar que el amor de los hombres es en esencia posesivo o rapaz, cruel o voraz, destructivo o humillante y, sin embargo, resulta curioso que cuando en la cultura machista todo amor encuentra su expresión a través del acto de “follar” o “joder”, ninguna palabra contenga tanta carga destructiva como éstas. En el lenguaje de las mujeres,

las palabras “joder” y “destruir” no son términos análogos; las mujeres no enseñan a las criaturas a utilizar las agresiones verbales basadas en el verbo “joder”. A lo largo de los últimos treinta años, las mujeres han conquistado el derecho al uso de la palabra “joder” en el mismo sentido y en los mismos contextos en los que la utilizan los varones, y la han utilizado con la misma irreflexión con que han hecho suya la idea de que no existe persona más despreciable que un hijo o una hija de puta. En el enfrentamiento verbal las mujeres quieren devolver los golpes que reciben; sin embargo, no sería la primera vez que al querer enfrentarse a los hombres con sus mismas armas, acaban lastimándose.

---

La heterosexualización del deseo requiere e institucionaliza la creación de una serie de oposiciones bien diferenciadas y asimétricas entre lo *femenino* y lo *masculino*, concebidos como atributos significativos del ser *hombre* y *mujer*.

JUDITH BUTLER, *Gender Trouble*<sup>1</sup>

---

Dar expresión al amor no sexual de las mujeres se vuelve cada vez más difícil. El amor que las mujeres sexualmente activas manifiestan hacia sus parejas sexuales se ve proyectado en todas las pantallas de nuestro entorno; sin embargo, el amplio caudal del amor no sexual permanece oculto. Más del 80% del voluntariado de la Asociación Protectora de Animales lo componen mujeres. Millones de mujeres confeccionan prendas de punto, que en realidad nadie quiere, porque esas horas de trabajo trivial les permiten liberar poco a poco la intolerable presión de su amor sin palabras. Millones de mujeres se pasan horas comprando regalos porque esos momentos representan un tiempo sagrado en el que pueden pensar continuamente en las personas que recibirán los regalos. Y que les dirán: «Oh mami/abuela/tía/hermana, pero si no hacía falta». Para la amante secreta, el tiempo y el dinero han sido bien

empleados si de ese modo ha satisfecho su obsesión y ha aliviado su corazón abarrotado. Incluso si su extravagancia le obliga a apretarse el cinturón, sabe que lo suyo no es generosidad, puesto que cada vez que pasa estrecheces, su amor atormentado se siente satisfecho.

El objeto del amor de una mujer depende del punto en el que se encuentre en la serie de transformaciones a través de las que se desarrolla la vida de una mujer. Cuando es muy pequeña, ama a un ser compuesto, ella-y-su-madre; después, ama a su papá; al acercarse a la menarquía, pasa por una fase tumultuosa de exaltación frenética hacia los chicos, que puede coincidir con una relación íntima con otra chica pubescente. Los varones, que son objeto de las obsesiones de las preadolescentes, son imberbes, guapos, “divinos”, “monísimos”, son “dioses del amor”. Son más añiados que masculinos y en ocasiones transmiten un mensaje transexual explícito, como en el caso de Boy George, que con su escandalosa imagen *camp* adornaba las paredes de los dormitorios de todas las chicas de los años ochenta. Gracias a la continua reelaboración de su imagen de andrógino, Michael Jackson ha conseguido conservar e incrementar un amplio público de preadolescentes. Para las *fans* pubescentes es más importante que los grupos de chicos y los jóvenes famosos parezcan no tener pareja sexual alguna que no que sean heterosexuales. La agente de Leonardo di Caprio –que es su madre– sabe perfectamente que las *fans* que abarrotaron las aceras con ocasión del estreno londinense de *El hombre con la máscara de hierro* en marzo de 1998 habrían estado tan disgustadas de verlo cogido del brazo de una mujer como, en cambio, les encantó saber que había acudido acompañado de su abuela para que ésta pudiera conocer a la reina. La insinuación de cualquier actividad heterosexual adulta sería tan nociva para su imagen como la insinuación de cualquier actividad homosexual adulta. Las chicas querían que fuera un niño, literalmente un bebé que pu-

dieran arrullar en su imaginación. Él las complació y se mostró tímido y ligeramente avergonzado ante sus estrambóticos gritos de «¡Le-o! ¡Le-o!». A pesar de que la persistente preferencia de las quinceañeras por los efebos en detrimento de los hombres parece indicar que sus preferencias sexuales aún no son del todo heterosexuales, las revistas para chicas continúan suponiendo que sus lectoras sólo sueñan con agrandar a los chicos y no albergan sentimientos lujuriosos hacia las de su sexo. Nunca se menciona el lesbianismo; aunque las revistas celebran la complicidad entre chicas («Los novios vienen y se van, pero las amigas son para siempre»), no nombran la posibilidad de llegar a una relación de intimidad sexual con las compañeras.

En una fase posterior de la vida, el interés erótico de una mujer se vuelve a apartar de los tipos masculinos convencionales para dirigirse de nuevo hacia los hombres afeminados. El amantísimo público de Liberace —al igual que el de Barry Manilow— lo componían mujeres de mediana edad. Liberace se podía permitir exagerar impunemente su estilo afeminado —ellas lo adoraban más aún por ello—, si bien tenía que esconder el alcance de su actividad sexual si quería mantener su devoción. De modo que mientras pudo simuló ser una reina virgen, hasta que un compañero despechado le acusó de ser un amante exigente y agresivo. Los petimetres maquillados y los caballeros de la corte del siglo XVII eran afeminados y tenían un gran éxito con las mujeres; también se insinuó que los galanes de salón del siglo XX mantenían una alianza con las mujeres lujuriosas, en contra del amor leal de los fieles hombres trabajadores. Si un donjuán es afeminado por definición, ¿qué nos indica esto sobre las preferencias sexuales de las mujeres? Son los hombres, y no las mujeres, quienes suelen perseguir a los machotes rudos. La secuela lógica de esta pregunta sería preguntarnos si la heterosexualidad tiene algo de natural e incluso nos llevaría a sospechar que, sin el apoyo de la ley, la

religión y la presión familiar, la heterosexualidad podría verse abajado en el futuro.

Las chicas que escriben a las revistas juveniles aluden a menudo a su “desbarajuste hormonal” como causa de su comportamiento imprudente. Les han enseñado que no deben atender a sus sentimientos juveniles y se han acostumbrado a negarse a dar satisfacción a sus deseos. La preferencia heterosexual aparece relativamente tarde en el desarrollo de la chica pubescente y la preferencia homosexual parece surgir aún más tarde. Una gran parte de las lesbianas —el 58% según un estudio y el 84% según otro— han tenido experiencias heterosexuales. Entre una cuarta y una tercera parte de las lesbianas han estado casadas en algún momento de su vida. La propia Safo era esposa y madre. Lo cual indica que las mujeres homosexuales no son la contrapartida de los hombres homosexuales; a la edad de 20 años, el 27% de los hombres muestran patrones de conducta homosexual o bisexual, en comparación con un 11% en las mujeres; sin embargo, a la edad de 35, la cifra es del 13% para ambos sexos. En 1953, Kinsey señaló que el 28% de las mujeres habían tenido una experiencia sexual con otra mujer. Una mujer heterosexual que disfruta del sexo con otra mujer solamente tiene un 50% de probabilidades de desarrollar una identidad como lesbiana. Existen escasos trabajos de investigación sobre la forma en que las mujeres pasan de la heterosexualidad a la homosexualidad; poco se ha indagado en la posibilidad de que estas mujeres rechacen la heterosexualidad como poco satisfactoria y de un modo consciente o inconsciente se hayan puesto a buscar otro tipo de amor; en cambio, se multiplican los intentos de encontrar un componente biológico que explique la preferencia sexual.

Mientras que una gran parte de los homosexuales hombres verifica su orientación en el transcurso de múltiples contactos sexuales promiscuos, muchas mujeres tienen que enamorarse de otra mujer para reconocerse como lesbianas.

Es famoso el caso de Adrienne Rich, que a los 47 años se enamoró de otra mujer, tras una larga vida como esposa y madre de tres criaturas.

Conservo un recuerdo imperecedero del recorrido a lo largo de una manzana concreta de Nueva York: acababa de admitir ante mí misma que amaba a una mujer y me sentía invencible. Por primera vez en la vida vivía la sexualidad como algo que me despejaba la mente, en lugar de obnubilarme; sentí que esa pasión, una vez nombrada, proyectaba un largo e imperativo foco de luz sobre mi futuro. Supe que mi vida ya era decisiva y definitivamente distinta.<sup>2</sup>

A sus 47 años, Rich se hallaba en la cúspide de la perimenopausia; la química de su cuerpo estaba cambiando y aun así no se sintió inclinada a pensar que pudiera estar cambiando, sino que pensó que su verdadero yo había permanecido silenciado y negado hasta ese momento. Si hubiera que considerar como un fraude su matrimonio y como un error su maternidad, la conclusión sería que había dilapidado o errado más de la mitad de su vida, aunque Rich jamás ha restado valor a su experiencia de la maternidad. Parece más acertado considerar la posibilidad de un cambio, de que nuevos sentimientos y actitudes habrían nacido de unas condiciones y de una consciencia en vías de cambio. Las lesbianas recientes explican a menudo que antes de enamorarse de una mujer no tenían ninguna orientación sexual lesbiana, que vivían la típica vida de mujer y les gustaban las típicas cosas femeninas, lo cual parece indicar que su conversión en lesbianas fue una fase evolutiva y no la revelación de una patología o herencia genética subyacente, o de cualquier otro tipo de esencia inmutable. Las esencialistas argumentarían que la lesbiana era su verdadero yo que por fin había a florado, quitando de esa manera valor a todas sus otras relaciones. Pero igual de probable sería que la

mujer hubiera cambiado, que hubiera dejado de ser la pareja sumisa en una relación heterosexual basada en el modelo de la relación con su padre para iniciar un nuevo tipo de relación entre iguales. Dice Julie Burchill<sup>3</sup>, quien después de tener dos maridos y una criatura optó por una relación homosexual con Charlotte Raven:

La revolución sexual fracasó porque –con Freud o sin él– nunca se planteó qué querían las mujeres. Los evangelistas del sexo de los años sesenta, convencidos de que el típico tío con su lema de “aquí te pillo, aquí te mato” nos parecería tremendamente atractivo, acabaron por mostrarse como los amantes repugnantemente ineptos que sin duda debían ser. No es de extrañar que todas las modernas que practicaban el amor libre en los años sesenta se convirtieran en lesbianas en los setenta.

Burchill, entre otras, no parece creer en la existencia de una identidad sexual o, mejor dicho, considera que la conducta sexual es tanto una respuesta a la realidad dominante como una expresión de un yo inmutable. Si los hombres se parecieran más a las mujeres, tal vez éstas conseguirían mantener su interés sexual por ellos. En ese mismo artículo, Burchill destacaba que los hombres “despegan como un cohete” y que, tanto los homosexuales como los heterosexuales, buscan ávidos e insaciables sus oportunidades sexuales, mientras que las mujeres necesitan una mayor entrega y comunicación, más tiempo y más caricias.

---

En los años setenta, el pujante movimiento de los derechos de la mujer consideró el lesbianismo como una demostración feminista y política, y el acto sexual sáfico implicaba muchas reglas. Con el fin de evitar la estructura del poder patriarcal, las lesbianas no debían mantener contacto visual, no debían fetichizar los pechos o ni si-



quiera permitir que una de las dos se pusiera encima de la otra. Hay que admirar a esas mujeres por sus principios y su entrega política, aunque eso significase que nadie tuviera un solo orgasmo en toda una década.

ALICE FISHER, *Esquire*<sup>4</sup>

Cuando el sexo se convirtió en un tema médico a finales del siglo XIX, la orientación sexual no ortodoxa pasó a ser una patología, una forma de discapacidad congénita que a las personas heterosexuales y saludables debía causarles lástima. Las lesbianas como Radclyffe Hall se describieron a sí mismas como intersexuales, destinadas por Dios a amar a las mujeres o a vivir en triste celibato. Todavía se siguen realizando experimentos sorprendentemente ingeniosos con la finalidad de demostrar que la homosexualidad es congénita; hace muy poco, Dennis McFadden y Edward G. Pasanen de la Universidad de Texas midieron el eco que producen ciertos sonidos en el oído interno sobre una muestra de 237 hombres y mujeres, y comprobaron que los ecos obtenidos en el oído interno de 57 mujeres heterosexuales eran más altos que los de 61 mujeres homosexuales y bisexuales; el registro de estas últimas se aproximaba más al de los hombres, lo cual condujo a los investigadores a la conclusión de que las mujeres homosexuales y bisexuales podrían haber estado expuestas a niveles más altos de andrógenos en el útero de la madre y a consecuencia de esto podrían haberse masculinizado hasta cierto punto.<sup>5</sup>

Cada año se publican los resultados de investigaciones sobre rasgos que se suponen innatos en los individuos homosexuales. Nos han dicho que los hombres gay tienen mayores probabilidades de tener hermanos gay que los hombres heterosexuales y que las lesbianas tienen mayores probabilidades de tener hermanas lesbianas. Se ha sugerido que el nivel de andrógenos en el medio uterino podría ser el factor decisivo.

Sin embargo, dado que los varones con síndrome de insensibilidad a los andrógenos (SIA) y que, por lo tanto, no han desarrollado atributos masculinos, no sienten necesariamente atracción sexual por los hombres en lugar de por las mujeres, esta explicación de la orientación sexual homoerótica parece poco probable. Aunque las mujeres con hiperplasia suprarrenal congénita se ven inundadas por sus propios andrógenos *in utero* y, a veces, nacen con lo que parecen ser genitales externos, luego no suelen albergar sentimientos homosexuales. En 1991, Simon Le Vay comparó los cerebros de 19 hombres gay, 16 hombres heterosexuales y seis mujeres, con el fin de comprobar si existían diferencias significativas en una región del hipotálamo que en los animales es crucial para la regulación del comportamiento diferencial según el sexo. Se observó una mayor variación dentro de cada uno de los tres grupos que diferencias entre éstos; sin embargo, Le Vay interpretó sus datos en el sentido de que los hombres gay y las mujeres heterosexuales comparten un rasgo de su anatomía cerebral que los distingue de los hombres heterosexuales.<sup>6</sup> Laura Allen y Roger Gorski encontraron otro rasgo de la anatomía cerebral —la comisura anterior del cuerpo calloso— que tendía a ser mayor en las mujeres y los hombres homosexuales que en los hombres heterosexuales.<sup>7</sup> Estas investigaciones, basadas en muestras diminutas, parecen baladíes en el mejor de los casos; no obstante, podrían ser utilizadas por quienes deseen imponer la heterosexualidad como la única expresión erótica aceptable del ser humano, para justificar el tratamiento de la desviación como un defecto que es preciso corregir. A la inversa, los experimentos podrían utilizarse para mostrar que, puesto que Dios creó todo tipo de orientaciones sexuales, señal que debe aprobarlas todas. Ninguna de estas dos posturas resultará cómoda para la mujer que se propone salvaguardar su derecho a cambiar.

Las personas heterosexuales suelen pensar que las lesbia-

nas son mujeres masculinizadas y los homosexuales, hombres feminizados. La suposición de que las personas que se sienten atraídas por su mismo sexo comparten necesariamente ciertas características del otro sexo, forma parte de una idea más amplia, a saber: que la heterosexualidad es la única sexualidad y que toda actividad sexual es una versión más o menos distorsionada de aquella.<sup>8</sup> Desde el pensamiento de las personas heterosexuales, la única posibilidad consiste en invertir los papeles; una de las dos mujeres de una pareja de lesbianas debe desempeñar el papel de hombre; uno de los dos hombres de una pareja de homosexuales, debe desempeñar el papel de mujer. Si esto fuera cierto, las personas homosexuales no podrían ni abolir ni transformar la dinámica fundamental de las relaciones sexuales humanas, sino únicamente imitarla.<sup>9</sup> Sin embargo, al negar la validez del mandato que define un único tipo de relación como ortodoxa, saludable y normal, las personas homosexuales pueden reivindicar el espectro completo de la desviación. Las formas homosexuales de expresión sexual son extraordinariamente variadas. Algunos amantes homosexuales están tan obsesionados con la idea de la penetración que utilizan armas, puños y otros instrumentos con el fin de penetrar con mayor eficacia; otras, en cambio, no experimentan ningún impulso de violar los límites del cuerpo. Los hombres gay están más interesados en los consoladores que las mujeres heterosexuales o las lesbianas, etcétera, con todas las variantes que pueda concebir la imaginación.

---

El placer pasa de un individuo a otro; no es algo que segregue la identidad. El placer no tiene pasaporte, ni identidad.

MICHEL FOUCAULT

---

Las relaciones homosexuales varían en lo que respecta a los niveles de actividad sexual, las modalidades de la actividad sexual y el grado de monogamia. Los patrones masculinos y

femeninos de conducta homosexual son asimismo distintos. Si un homosexual se baja del metro en Lancaster Gate esperando encontrar a otro varón ocioso de ideas afines que quiera realizar o recibir una mamada en los cinco minutos entre un tren y el otro, nos hallamos ante dos varones que persiguen el sexo promiscuo y se comportan como hombres, y tanto da quién mama qué. Las lesbianas seguramente no comparten el apetito de los hombres por el sexo en los lavabos, pero tampoco optan por imitar la conducta heterosexual de la penetración. Todo apunta hacia la subversiva afirmación de que el amor homosexual no es un sucedáneo ni una imitación del amor heterosexual, sino su negación más absoluta.

Aunque algunas personas homosexuales se manifiestan a favor del derecho a casarse, en una imitación de la conducta heterosexual establecida, muchas más muestran unas aspiraciones sexuales menos metódicas e incluso anárquicas. Las autoridades ya están empezando a aprovechar la oportunidad para domesticar las relaciones homosexuales incluyéndolas en el perímetro de la ley. El 1 de enero de 1998 se aprobó en Holanda una ley que permite el matrimonio entre homosexuales. La primera boda entre lesbianas se celebró en Holanda la medianoche del 14 al 15 de enero de 1998, cuando Irma van Praag se casó con Anna Kreuger. Una actriz cómica señaló con amargura que —si la ley se salía con la suya— tras cinco años de vida de casadas, las personas homosexuales, al igual que las heterosexuales, serían célibes.

---

Yo tampoco pensé nunca que me ocurriría a mí...  
 hasta que un buen día  
 por alguna razón  
 esas cosas que había ocultado en mi subconsciente  
 comenzaron a salir a flote cuando la besé  
 y eso inició una serie de cambios largo tiempo pendientes  
 eché mi matrimonio por la borda

empecé a encontrar mi voz  
comencé a ser feliz  
me libré de las pastillas

y me enamoré por primera vez

CHERIE AITKEN<sup>10</sup>

En 1908, Gertrude Stein y Alice B. Toklas celebraron una ceremonia matrimonial secreta y, a partir de entonces, vivieron juntas hasta la muerte de Stein, en 1946. Ninguna de las dos mujeres volvió a coquetear con otra persona. Este tipo de dedicación absoluta es tan frecuente entre las parejas de lesbianas, como rara entre las parejas homosexuales. Algunas lesbianas son exhibicionistas, aunque son una minoría. Los espectaculares festivales que organiza la comunidad homosexual —desde el concurso británico de Miss Mundo, pasando por Wigstock en Nueva York, hasta el Mardi Gras de Sydney— exhiben un gran número de hombres tremendamente extravagantes, pero pocas mujeres. Es demasiado pronto para saber si el concurso de Miss Belleza Lesbiana que se organizó por primera vez en el Café de París de Londres en 1997, se convertirá en una atracción turística anual. El lesbianismo sigue siendo en su mayor parte discreto y modesto. Cuando Angela Eagle, subsecretaria de Medio Ambiente del Gabinete laborista británico, se declaró lesbiana en septiembre de 1997, aseguró que no tenía intención de convertirse en portavoz de las lesbianas, ni asistir a actos públicos con su pareja cuyo nombre nunca se dio a conocer. Ninguno de los varones gay del grupo parlamentario laborista tiene una pareja estable con quien pudiera no querer ser visto, y los que han salido del armario lo hicieron con el fin de convertirse en portavoces a favor de los derechos de los gay. Las estrellas masculinas del pop que son abiertamente gay hacen ostentación de su sexualidad, mientras que una artista de rock lesbiana señaló arre-

pentida que ser el foco de atención pública le había cortado los vuelos: «Antes de tener éxito era una putilla; ahora me he convertido en una vieja solitaria».

Los sociobiólogos no se cansan de decirnos que los hombres son promiscuos por naturaleza porque buscan activamente oportunidades para reproducirse. En cambio, no acaban de explicar por qué los homosexuales, que depositan sus semillas en lugares donde no existen oportunidades reproductoras dignas de mención, son aún más promiscuos. Tal vez la promiscuidad sea un rasgo masculino que las lesbianas harán suyo en breve; tal vez algún día las lesbianas andarán por los lavabos, parques y clubes buscando un revolcón rápido, pero hasta la fecha no es así. Existe una prueba intrigante que hace pensar que la monogamia femenina no es innata. La cantante israelí Dana International, ganadora del concurso de Eurovisión en 1998, era hasta hace poco un varón llamado Yoran. Cuando era un hombre —declaró— «solía practicar el sexo hasta diez veces al día. Ahora que soy una mujer acato sus reglas. No está bien tener sexo con muchos hombres. Las mujeres normales no lo hacen, y yo tampoco».<sup>11</sup> (Cuando una feminista lee estas cosas, nunca sabe si partirse de risa o tirarse de los pelos.)

La orientación sexual de las mujeres podría ser tan volátil como otros aspectos de una sensibilidad que es capaz de responder al estímulo erótico de un chico o una chica pubescente en la tumultuosa pubertad y al de la criatura en el momento de la maternidad. El esencialismo de una gran parte de nuestro propio pensamiento acerca de la orientación sexual actúa en sí mismo como una opresión. Desde todos los frentes se reclama a las mujeres que se decidan, que se comporten de un modo predecible, acepten una etiqueta y se controlen para que otros puedan controlarlas. Esta presión procede de todas partes; para la mujer que entabla una relación sexual con otra mujer, dicha presión procederá con toda probabilidad de la

comunidad lesbiana. Muchas lesbianas –no todas ellas feministas– ponen en tela de juicio la realidad de la “bisexualidad” entendida como la capacidad de sentir un intenso interés erótico por personas de ambos sexos. La mujer bisexual es una protagonista recurrente de las fantasías del varón heterosexual; en una época en la que una gran cantidad de imágenes pornográficas exhiben a mujeres que se dan mutuamente placer con el único fin de excitar a un espectador masculino, tal vez sea comprensible que una lesbiana rechace el estereotipo. Como también resulta comprensible que se oponga a la idea de que ella o su amante se estén apañando con el sexo lesbiana, a la espera de que venga James Bond y les haga entrar en vereda. De todos modos, quizá las mujeres quieran reivindicar su derecho a manifestar un interés erótico por personas de ambos sexos, o a no mostrar ningún interés en tener contacto genital con ninguno. Hoy en día, ambas opciones se tienden a interpretar como una forma de negación de una realidad subyacente.

El lesbianismo era un fenómeno conocido antes de la segunda ola feminista, famoso y alabado, incluso; sin embargo, constituía una interesante extravagancia más que un fenómeno habitual. Las Amazonas de París hacían hincapié en su singularidad; eran mujeres dotadas, artistas y, por lo tanto, bichos raros. El lesbianismo de los últimos treinta años es bastante diferente: casero, democrático y nada sofisticado. Actualmente, las lesbianas hacen hincapié en el elemento sexual del amor entre mujeres. En otras épocas, una mujer casada que mantenía una relación normal con su marido podía dar preferencia a sus amigas, tanto en sus afectos como en cuanto al tiempo que pasaba con ellas, sin por ello levantar sospechas de que mantenían algún tipo de contacto genital. Las mujeres podían optar por vivir juntas durante toda su vida y compartirlo todo, sin que se sospechara que existía una relación sexual entre ellas. Estas situaciones amigables son imposibles

en la actualidad. A finales de este milenio, el único amor es el amor sexual, y las amigas íntimas se ven forzadas a aparentar un contacto genital habitual, tanto si existe como si no. Algunas celebrarán el hecho de que se reconozca el derecho de las mujeres a la intimidad sexual con otras mujeres; otras, en cambio, pueden sentirse presionadas por la obligación de demostrar unos sentimientos que no tienen, sobre todo si les dicen continuamente que o bien están negando lo que en verdad sienten, o bien son frías. Cuando en los años ochenta diversos estudios señalaron la escasa frecuencia de la interacción genital en las relaciones lesbianas –sobre todo en las de larga duración–, este dato se interpretó como una señal de su ignorancia e inhibición. Igual que se animaba a las personas mayores acogidas en residencias a mantener una actividad sexual, se presionaba también a las lesbianas para que dieran más sabor a sus vidas. El propio ideal de este final del siglo XX, que considera el sexo como un proceso que lleva al orgasmo y no a la intimidad, centrado en la excitación y no en la serenidad y la seguridad, es un ideal masculino. En California, donde más fuerte fue la presión a favor de la erotización de las relaciones entre lesbianas, algunas de las lesbianas más radicales tomaban testosterona a fin de poder sentir hacia las mujeres lo que sienten los violadores.

---

Las mujeres que se identifican como lesbianas no consideran el lesbianismo en primer lugar y por encima de todo como un fenómeno sexual.

LILLIAN FADERMAN<sup>12</sup>

---

Cuando se dice que cambiar de idea es un privilegio de la mujer, lo que se está diciendo es que no es su derecho. Sin embargo, el cambio es innato a la condición de mujer; en todas las fases de su vida, una mujer cambia. Incluso el aspecto más esencial, su cuerpo, cambiará, tanto en su forma externa

como en su química interna. Por lo tanto, sería extraño que no cambiara también su sexualidad. Cuando la gente se refiere a las mujeres que “salen” como lesbianas, insinúa que existe un yo verdadero, amante de su mismo sexo, que había estado escondido tras una fachada de heterosexualidad. Para los hombres, la salida del armario significa normalmente el fin de una mentira; han estado pasando por heterosexuales activos cuyo interés se dirigía hacia las mujeres, cuando, en realidad, practicaban el sexo –y además, en cantidad– con otros hombres. Las lesbianas son diferentes; entre tres y cuatro quintas partes de las mujeres gay han tenido experiencias heterosexuales y en apariencia han funcionado bien en su papel heterosexual. No eran homosexuales activas mientras simulaban ser “normales” –como suelen hacer los hombres–, sino que vivían una verdadera vida de consortes, esposas y madres heterosexuales. Si ni la homosexualidad ni la heterosexualidad son innatas, si ambas son construcciones sociales, ninguna de nosotras debe perder la esperanza de que aún puede llegar a encontrar a la mujer de sus sueños y a amar como nunca ha amado.

## MUJERES SOLAS

Según la experta en tendencias actuales Charlotte Raven, el feminismo “ha conseguido rehabilitar el estado de soltera”.<sup>1</sup> Mientras la soltería era sinónimo de una virginidad adusta, era altamente respetable. Las mujeres más famosas y prestigiosas de la época postsufragista eran profesionales solteras que consagraron sus vidas a la dirección de escuelas, hospitales y orfanatos, así como a la inspección de fábricas y cárceles. Habían antepuesto el servicio a la vida pública al matrimonio y eran unos personajes formidables. Los hombres podían disfrutar tanto del matrimonio como de una profesión, pero no así las mujeres; el papel de esposa –a diferencia del de marido– era un trabajo a tiempo completo. Las propias mujeres solas no se dieron cuenta de que, si querían tener una carrera profesional colmada de éxito y gratificaciones, les hacía falta una esposa. No se les ocurrió pensar que una mujer con una profesión pudiera necesitar una esposa tanto como un hombre con una profesión; en cambio, comprendieron muy claramente que no podían compaginar los deberes de esposa con las exigencias de una actividad profesional. La necesidad que sentían las mujeres profesionales de permanecer solteras casaba a la perfección con la realidad demográfica de la escasez de hombres, debido al despilfarro de vidas masculinas en las guerras exteriores. Permitir el acceso de las mujeres al mundo

profesional contribuyó bastante a resolver el problema de las tías solteras que así podían ganarse la vida y escapar a la humillante dependencia de sus familiares casados. Una gran parte de las mujeres trabajadoras reproducían fuera de casa las funciones que las mujeres desempeñaban habitualmente en el hogar. En la oficina, la secretaria cuidaba de su jefe, le servía el té o el café, le escribía las cartas, era discreta, se ganaba su confianza, lo protegía de los clientes molestos o de los alguaciles, y alegraba el lugar de trabajo con su pequeño toque femenino. A finales de este siglo, en Gran Bretaña, los jefes continúan esperando que sus secretarías desempeñen una serie de tareas propias de una esposa, que no figuran en la descripción oficial del puesto de trabajo. Durante siglos, las mujeres se encargaron del cuidado de las criaturas y de las personas enfermas y moribundas en el hogar; cuando este trabajo se trasladó a los hospitales, se reclutó a una cuadrilla de mujeres como acompañamiento. Ambas profesiones desembocaban en una vía muerta; era imposible llegar a ocupar el sillón del director y la brecha que separaba a los médicos y las enfermeras sólo se podía franquear por medio del matrimonio. Las monjas no pueden convertirse en sacerdotes, pero pueden ejercer de monaguillos.

---

MUJER ATRACTIVA Y ALEGRE

39, aficionada al cine, a cenar fuera y al deporte, busca hombre para relación estable. Zona de Londres

---

El cambio más radical que ha experimentado la situación de las mujeres solas es que la soltería ya no se asocia, en absoluto, a la virginidad. Muchas personas que no están casadas, tampoco están solas, puesto que disponen de lo que actualmente se denomina “compañero/compañera” y que designa a la persona con la que tienen relaciones sexuales. El protocolo actual exige que no se haga ninguna distinción entre las con-

cupinas y las esposas legalmente casadas, entre los compañeros o las compañeras del mismo sexo y los del sexo opuesto, o entre la persona con la que se comparte casa y aquella que tiene un hogar independiente. La contribución del feminismo a este cambio social radical es discutible. Podría aducirse que la progresiva independencia económica de las mujeres ha restado al matrimonio una parte de su lógica. Si un marido es el hombre que mantiene a una esposa y a unas criaturas, rápidamente se está convirtiendo en un personaje obsoleto, y no por culpa del feminismo, sino porque se necesitan dos sueldos para mantener una casa con “todas las comodidades modernas”. En la actualidad, la mujer que se queda en casa por voluntad propia es un privilegio exclusivo de las gentes ricas; cerca de la mitad de las madres de criaturas menores de cinco años trabaja fuera de casa y muchas más lo harían si existiesen servicios de guardería adecuados y asequibles. El renacimiento del feminismo a finales de los años sesenta coincidió con este cambio radical. La mujer ama de casa empezaba a darse cuenta de que no salir de casa suponía estar excluida de todas las cosas importantes, desde los estímulos intelectuales hasta la compañía de personas adultas.

Una de las consecuencias de la liberalización de las costumbres sexuales es que el estado de soltera nunca había sido tan poco respetable como ahora. Si las personas tienen la posibilidad de cohabitar de un modo informal y de mutuo acuerdo, vivir sola no significa ya que una no ha tenido la oportunidad de emparejarse, sino simplemente que no lo ha hecho. El estado de soltería ha estado rodeado siempre de una cierta desagradable connotación de rechazo, puesto que no se consideraba como una libre elección de la mujer, sino más bien como el resultado de no haber sido elegida. El estereotipo de la solterona era el de una figura acartonada y severa, que no resultaba atractiva para los hombres. Cuanta menos atención le prestaban los hombres, más angulosa y arisca se volvía. Al

inicio de su vida adulta era la chica a la que nadie sacaba a bailar y al final se quedaba para vestir santos. Aunque en la actualidad, despacharse libremente sobre las “solteras” es un anatema, el desprecio de fondo hacia la mujer sin ataduras continúa en pie. Ahora, su situación desdichada ya no se explica apelando a su falta de atractivo, sino a su incapacidad de comprometerse por culpa de su narcisismo, su frigidez, o de la insuficiente vinculación afectiva durante su infancia. Cualquier intento de explicar su estado de soltera como la consecuencia deliberada de su resistencia a ultranza a todas las ofertas que ha recibido, simplemente no es de recibo.

---

14 de febrero de 1998

Marisa Tomei, Glenn Close, Gloria Steinem, Winona Ryder y Whoopi Goldberg –todas ellas vestidas de rojo satén– interpretarán *Vaginal Monologues*, de Eve Ensler.

---

Cualquiera que haya reflexionado sobre la cuestión durante más de cinco segundos se habrá dado cuenta de lo absurda que resulta la idea de que para todo el mundo existe alguien “que le está esperando”. La vida de las mujeres sería mucho más fácil si partieran del presupuesto contrario, es decir, que no hay nadie “esperándolas” y que, por la cuenta que les trae, pueden continuar con su vida y con su trabajo. Muchas mujeres están haciendo exactamente eso: trabajan pensando en las vacaciones, o en su carrera, o en triunfar en un deporte, y no les preocupa si tienen novio o no. Cuántas otras están obsesionadas con “conseguir y conservar a un hombre” puede deducirse del éxito continuado de la revista *Cosmopolitan*; pero lo que no sabemos es a cuántas mujeres este asunto les es perfectamente indiferente. Incluso Sharon Stone, que cuenta con una belleza de rara perfección, además de su inteligencia, su encanto y su gran talento, ha llegado a preguntar medio en serio, medio en broma: «¿Cómo es que no consigo encontrar

novio?». Los hombres cuyos nombres se han relacionado con el suyo (incluido el hombre con quien se casó) carecen notoriamente de todas las cualidades que la distinguen a ella. A los hombres no les gusta saber que su pareja vale mucho más que ellos en cualquier terreno, y mucho menos en todos los terrenos. Dicen que les gusta sentir que les necesitamos. Y ahí sí que interviene el feminismo. Hay una cosa que el feminismo ha conseguido sin duda alguna, y es cubrir las paredes del mundo entero con el reconfortante mensaje de que «una mujer sin un hombre es como un pez sin bicicleta». Por desgracia, las pintadas feministas no han sido lo suficientemente espectaculares como para borrar la necesidad que tienen las mujeres de sentir que alguien las necesita. Igual que el personaje de Nancy en *Oliver!* que da vueltas por el escenario aullando “Con tal de que me necesite” (como si Bill Sykes la necesitara más a ella que a cualquier otra mujer sensiblera y tonta dispuesta a dejarse prostituir y maltratar), las mujeres continúan tejiendo en torno a los hombres la fantasía de que no pueden vivir sin ellas. A Nancy, su ridículo autoengaño le cuesta la vida; sin embargo, las cantantes melódicas continúan repitiendo a voz en grito su canción mortal, como si tuviera algún significado heroico, como si se tratara de algo más que el preludio de un asesinato.

Hace falta algo más que las pintadas feministas para combatir el mensaje que los medios de comunicación difunden a todo volumen: que las mujeres auténticas desean el compromiso sentimental y que a los hombres auténticos les aterra. Cualquier día Bridget Jones será la mujer de treinta y tantos y sin novio más famosa del mundo. *El diario de Bridget Jones*, que empezó como una columna que Helen Fielding escribía en un periódico, enumera de manera incansable y machacona los problemas de la protagonista con la bebida, la comida y el sexo y, al parecer, ha conectado con la sensibilidad de tal número de personas que el libro –una versión moderna del viejo

guión de Mills & Boon donde la chica llora por el hombre equivocado (no demasiado rico), hasta que el príncipe azul (extremadamente rico) la conquista en la penúltima página— se convirtió en un auténtico bestseller. Bridget, con su cabeza llena de tratamientos de belleza, fantasías sexuales, envidias y pavor narcisista a no dar la talla en lo que respecta a su físico, está lo bastante delgada como para conseguir a su hombre. Pronto desnudará su pequeña alma hueca en las pantallas de cine y de vídeo. *El diario de Bridget Jones* ha generado ya una multitud de copias —tanto en forma de libros como de películas—, todas ellas protagonizadas por mujeres espectaculares con carrera que se sienten inseguras, desvalidas y angustiadas por culpa de su imagen física y desencantadas en el amor.

A pesar de que el incesante clamor que antaño dictaba que había que casarse-y-tener-criaturas se ha amortiguado y se ha convertido en el mero tic-tac del reloj biológico, las mujeres comienzan a inquietarse por su incapacidad de encontrar una pareja sexual a una edad sorprendentemente temprana. Empezan a salir con chicos antes de los 13 años y, en Gran Bretaña, lo suelen hacer de dos en dos. En su número del 15 de enero de 1998, la revista *Just Seventeen* (17 recién cumplidos) —que leen chicas varios años más jóvenes— dedica ocho páginas al tema de «cómo pescar al chico ideal», al tremendamente embarazoso «consultorio del corazón» de las lectoras, así como a la «ropa más *sexy* para una primera cita». El *guaperas* Robbie, nacido en 1980, describe su idea del ligue en unos términos idénticos a los que podría haber utilizado su abuelo:

Adoro la emoción de la caza y toda la excitación que le acompaña, pero cuando el asunto se convierte en algo fijo, siempre pierde la chispa.

A corto plazo soy bastante romántico. Invito a la chica a

cenar y a pasarlo bien. Pero cuando las chicas empiezan a cogerte confianza, a menudo cambian. Necesitan que te comprometas y quieren hablar por teléfono cada noche.

También Jakov, que tiene 16 años, piensa que «las relaciones siempre acaban siendo una pesadez» para todos, como si las mujeres siguieran siendo tan monógamas y los hombres tan polígamos como siempre, a pesar de todos los esfuerzos del feminismo, el protofeminismo, el pseudofeminismo y las Guerrilla Girls. En marzo de 1998, «Atormentada por la culpa, 15 años», de Hampshire, le escribió a Alex de la revista *Bliss*: «Llevo cinco meses con mi novio, pero últimamente nos hemos distanciado bastante. Ahora la he fastidiado porque lo he engañado con otro chico. Sé que debería romper con él, pero simplemente no me decido». La respuesta de Alex: «Algunas personas alargan las relaciones porque tienen miedo a estar solas», ¡a los 15 años! «Harto, 12 años», le escribió a la terapeuta Andrea a causa de una chica que no paraba de llamarle y que quería salir con él. «No me importaría salir con ella de vez en cuando, pero no quiero ser su mejor amigo» explicaba, lleno ya de miedo al compromiso, a sus 12 años. Las madres de los chicos adolescentes pueden corroborar que las chicas siguen llamando y queriendo estar con ellos, mientras que los chicos continúan yéndose a pescar y olvidándose de devolverles la llamada.

Inexplicablemente, la repelente costumbre de quedar con el novio o la novia, o de “salir con gente”, como dice Bridget Jones, parece haber sobrevivido. A sus 17 años, Robbie tenía claro que era responsabilidad de él invitar a la chica a cenar y a pagar por el entretenimiento. *Marie Claire*, la revista «para la mujer de mundo» —en medio de interminables anuncios de moda, alimentos de régimen y cremas antiarrugas—, publica artículos sobre hombres que hacen magníficos regalos a las mujeres. Si bien, las mujeres sostenían que ellas también ha-



cían regalos, lo que se exhibía era la espectacular generosidad de los hombres en forma de joyas, vestidos y viajes, provistos de sus correspondientes etiquetas con el precio. Si *Marie Claire* hubiera publicado un artículo sobre las mujeres que hacen espléndidos regalos a los hombres, éstos se habrían sentido menospreciados y las mujeres habrían parecido desesperadas por retenerles. Los regalos serios, al igual que la cuenta del restaurante, parecen ser un asunto de género, lo cual resulta extraño si tenemos en cuenta que la publicidad de los artículos de perfumería para hombres va dirigida a las mujeres. Ellas son quienes hacen la compra diaria para los hombres, pero estos regalos son como la cocina de las mujeres: una actividad menor, sin los recursos y la creatividad que caracterizan a los regalos de los hombres. Y pensar que hace más de 60 años que Carole Lombard le regaló a Clark Gable una habitación llena de palomas...

---

Los hombres siguen pensando que tienen que pagarnos la cena (estúpidos). Así podemos gastar más dinero en Joseph.

«100 razones por las que merece la pena ser una chica», *Minx*,  
abril de 1998

---

En fecha tan reciente como agosto de 1995, Imogen Edwards-Jones se quejaba en *The Times* de que una mujer todavía no puede pedirle a un hombre que salga con ella.

Nuestra generación decidió ponerles aros a los sujetadores, en vez de quemarlos. Somos las descaradas chicas sexy que cercenan la masculinidad de los juegos de los ejecutivos. Somos las chicas que tiraron los vaqueros y se pintaron los labios. Somos postfeministas y todavía no nos atrevemos a invitar a los chicos a tomar una copa.<sup>2</sup>

Lo que no se puede hacer personalmente, se hace a través

de los anuncios por palabra. Actualmente todos los periódicos, incluso el periodicucho local más modesto, tienen un servicio de contactos llamado «Punto de encuentro» o «Amigos del alma» o «Presentaciones». Estos anuncios a menudo van precedidos de una advertencia escalofriante:

Para su seguridad:

Disfrute de nuestro servicio, pero asegúrese de seguir estas sencillas reglas cuando concierte la primera cita.

1. Cítese siempre en un lugar concurrido.
2. Quede siempre a la luz del día.
3. Indique siempre a un amigo, una amiga o una persona de su familia adónde va y a qué hora piensa volver.
4. Procure siempre no revelar ciertos detalles personales, como su dirección o su número de teléfono, cuando concierte la primera cita.
5. Mantenga la situación bajo control desde el principio.
6. Manténgase firme y no pierda en ningún momento la calma si el encuentro no sale como esperaba.

En el «Punto de encuentro» del *Cambridge Evening News* del viernes 27 de diciembre de 1996, se publicaron 49 anuncios, 20 de ellos de mujeres. Éstas —cuatro de las cuales eran madres solas— buscaban «diversión y amistad»; dos eran lesbianas, de las cuales una deseaba «amiga del alma para discusiones intelectuales» y la otra, «chica femenina para amistad y posible historia de amor». La mayoría de los hombres precisaban una determinada franja de edad o pedían una mujer más joven; seis de ellos exigían, además, que fuera «delgada»; uno iba contracorriente pidiéndola «con mucho pecho»; muchos querían una mujer con «gran sentido del humor», es decir, dispuesta a reírse de sus bromas, y además, «auténtica, cálida, amorosa, atractiva, sincera, fiel, en forma, alta, activa». Aproximadamente el mismo número de hombres que de

mujeres utilizan los servicios de contacto de los periódicos y cerca de la mitad, de ambos sexos, están en la treintena.

La primera agencia de contactos británica, Dateline, se fundó en 1966 y, en la actualidad, dice contar con 35.000 personas inscritas, que pagan 150 libras esterlinas anuales por el privilegio de figurar en sus archivos. Las agencias de presentación afirman que hoy en día cuentan con más de 120.000 clientes, un 15% de los cuales lleva más de dos años en sus archivos. Algunas agencias de alto nivel cobran cuotas de hasta 700 libras esterlinas al año. En el otro extremo del espectro, encontramos las agencias que ofrecen citas “calientes”, encuentros fortuitos y «contactos inmediatos con mujeres calientes de todo el mundo». Las personas que no consiguen encontrar a otras personas en este mundo atiborrado pueden cortejarse por teléfono a través de las líneas de contactos, que no son más que un recurso para la masturbación, aunque vayan disfrazadas de remedio para la soledad. Los bares “de ligue” continúan funcionando muy bien. Las personas sin compromiso invierten a veces su dinero en unas vacaciones donde se encontrarán en compañía de otras personas sin compromiso, ligeras de ropa y rodeadas de grandes cantidades de alcohol barato y buen tiempo, todo ello propicio para lo que, en términos eufemísticos, suele denominarse amor. Los supermercados organizan noches dedicadas especialmente a la gente sola, con horarios especiales donde las personas solas pueden entablar conversación mientras una banda de música ofrece alimento para el amor. Estas señales de desesperación por parte de las mujeres invitan sin duda a los cínicos abusos, que indican entre líneas las instrucciones de seguridad que los servicios de contacto de los periódicos ofrecen a sus usuarias, pero mientras este tipo de proxenetismo permita ganar dinero, el mercado seguirá creciendo.

---

Nexus le abre una puerta a una vida segura y realizada como persona sola en lo que puede parecer un mundo de parejas.

No somos una agencia matrimonial ni un servicio de contactos y, sin embargo, cada semana se produce una media de dos bodas o de acuerdos para compartir piso entre nuestros miembros, de forma natural y sin ninguna intervención por nuestra parte.

---

El culto a la pareja resultaría menos destructivo para el equilibrio de las mujeres si no hubiera tantas mujeres que ni son la mitad de una pareja ni tienen ninguna perspectiva realista de convertirse en tal. Actualmente la abrumadora mayoría de las familias monoparentales están encabezadas por mujeres y éstas tienden a casarse con mucha menor frecuencia que los hombres de los que se divorciaron. En el 2020, una tercera parte de los hogares británicos estarán ocupados por una sola persona, y la mayoría de estas personas serán mujeres. De los 3.800.000 de mujeres británicas en la treintena, casi un millón están solteras o divorciadas. La Oficina Nacional de Estadísticas prevé que en el 2020 una cuarta parte de todas las mujeres estarán solteras.<sup>3</sup> Incluso en Kuwait, donde hace una generación el matrimonio era una costumbre generalizada, las casamenteras calculan que existen unas 40.000 solteras. Una licenciada de 26 años que trabaja en un ministerio kuwaití le dijo a Kathy Evans del *Guardian*: «Quiero un matrimonio al estilo occidental, como los que se ven en la televisión, con responsabilidades compartidas».<sup>4</sup> Cuanto más altas son las expectativas de un matrimonio igualitario, más corta será la duración del matrimonio real.

---

En cualquiera de los casos, para la mujer es un infierno. Es muy duro salir de una relación, pero la alternativa es vivir en ella el resto de tu vida.

Agente de policía DEBBIE ROBERTS,  
Unidad de Violencia Doméstica, Policía de Norwich

---

En el presente, muchas mujeres no sólo no son la mitad de una pareja ni tienen probabilidad alguna de llegar a serlo, sino que además están sexualmente inactivas, lo que supone una negligencia en su deber hacia sí mismas y hacia la política del cuerpo. Poco pueden hacer para remediarlo, excepto gastarse una fortuna en su cuerpo, su ropa, su cara y su peinado, ya que –aunque indiquen su disponibilidad de mil maneras– realmente no pueden “volverse atractivas”. El poder de convertir un objeto en atractivo no reside en el propio objeto, sino en quien lo contempla. A medida que una mujer va haciéndose mayor, disminuyen sus posibilidades de emparejarse en unos términos que no sean humillantes. En la actualidad, la continua presión a favor de que las personas se mantengan sexualmente activas –que ha reemplazado a la antigua presión a favor de que se reprodujeran– constituye una amenaza para las mujeres que no tienen pareja y las llena de ansiedad y de sentimientos de fracaso. Es una verdadera pena que tantas feministas acepten y perpetúen la idea de que las personas que no son sexualmente activas no cuentan. Permitan, por lo tanto, que esta feminista repita una vez más: «La ausencia de relaciones sexuales es preferible a unas malas relaciones sexuales». La búsqueda de sexo puede ser humillante, frustrante y peligrosa. Ponerse a disposición puede significar ponerse en peligro. La ausencia de sexo no hace ningún daño. Muchas mujeres solas saben que ser soltera y libre es la gloria, comparado con la miseria que puede infligir una pareja injusta, aunque el sexo haya sido bueno. Además, las cosas que una desea no suelen aparecer hasta que ha dejado de buscarlas.

## LAS ESPOSAS

Ahora que el prestigio de la madre ha quedado reducido a cero, la esposa ocupa el lugar supremo entre las mujeres. La supremacía de la consorte por encima de madres, hijas, hermanas y compañeras se demuestra a diario a través de la importancia que otorgamos a las llamadas primeras damas. La primera primera dama que instituyó la prensa –le gustara o no– fue Martha Washington; dondequiera que se ha extendido la influencia estadounidense, le ha acompañado el culto a la primera dama. Los ejemplos de Indira Gandhi y de Benazir Bhutto, que se convirtieron en personajes de relevancia mundial porque eran hijas, se ven oscurecidos por las mujeres que aparecen en todos los periódicos del mundo entero por ser esposas. Hillary Rodham Clinton fue invitada a pronunciar un discurso ante la Conferencia Mundial de las Naciones Unidas sobre las Mujeres en Beijing, no por ser una mujer de carrera, sino porque comparte la cama con un Jefe de Estado. Veinte años antes se había establecido un precedente nada ejemplar cuando Imelda Marcos pronunció un discurso ante la Conferencia de las Naciones Unidas de Ciudad de México con la que se inauguró el primer Decenio de la Mujer de la ONU. Los asesores de imagen de la señora Clinton le recomendaron que para la ocasión vistiera un traje color rosa pálido, a fin de acallar cualquier sospecha de feminismo.

Una primera dama no solamente debe acompañar a su marido en todos los actos oficiales, sino que, además, debe adorarlo ostensiblemente y debe parecer que se queda poco menos que deslumbrada por cualquier cosa que él pueda decir o hacer. Debe mantener los ojos fijos en él; en cambio, él debe procurar por todos los medios evitar mirarla. La relación debe ser claramente desigual. Un jefe de Estado con una esposa que lo adora puede permitirse el lujo de pronunciar las más sonoras declaraciones en favor del feminismo; su impacto se verá fácilmente neutralizado por la espectacular sumisión que demuestra su esposa. El hecho de que esta super-sirvienta con su sonrisa silenciosa tenga su propia carrera sólo añade mayor afrenta al agravio. El poder de la bien preparada mente de Hillary Clinton se hace patente ante los estadounidenses sobre todo en sus enérgicas defensas públicas de su marido contra las acusaciones de que éste la ha humillado y le ha puesto los cuernos.

Cualquier político ambicioso debe aparentar estar felizmente casado, tanto si le gustan las mujeres como si no. Aunque la opinión general sobre la homosexualidad se ha liberalizado, ningún partido propondría para el máximo cargo a un hombre sin una consorte presentable. En los años sesenta, Edward Heath podía encabezar las listas del partido conservador británico aunque fuese soltero; en los noventa, William Hague no pudo hacer lo mismo. De la esposa de un político se espera que posea todas las virtudes de una buena esposa, o sea: debe ser guapa, pero no demasiado; debe vestir bien, pero no de una forma excesivamente cara; debe hablar cuando se le pregunta, acudir cuando la llaman y reírse de las bromas de su marido. Nunca la deben sorprender con una mirada desdeñosa, o con el ceño fruncido, o bostezando, o repantingada o con un peinado menos que impecable. No importa cuán interesante pueda ser por sus propios méritos, ni la eficacia que demuestre en su propio campo de actividad: los medios de comunicación se ocuparán de ella sólo en tanto es la pareja sexual de un hombre importante o

potencialmente importante. Los periodistas británicos que apoyaron el imparable ascenso de Tony Blair prestaron menos interés a la carrera jurídica de su mujer que a las bragas que llevaba. Aunque Cherie Booth es una destacada abogada, se espera que lo deje todo para acompañar a su marido en todos los viajes al extranjero. Cuando Booth asistió junto a su marido a la Cumbre Mundial de Denver, en junio de 1997, la siguió un peluquero para retocarle el peinado dos veces al día. Cuando acompañó a su marido a Oriente Medio, en abril de 1998, la peinaban al menos tres veces al día.

---

Los recién casados representan el 2% de la población de los Estados Unidos, pero suponen el 13% de todas las ventas al por menor y de servicios. En los seis meses anteriores a una boda, los cónyuges realizan el 58% de todas las compras de cubertería, el 41% de todas las compras de equipos estereofónicos y el 25% de todas las compras de muebles de dormitorio.

---

A la vista del manifiesto éxito de las esposas más famosas, no debe sorprendernos que las mujeres continúen teniendo muchas ganas de casarse. En Inglaterra, unas 300.000 mujeres se casaron y 160.000 mujeres se divorciaron en 1997. A pesar de todos los cambios supuestamente ocurridos en los últimos treinta años, el temible espectro de la Novia continúa cabalgando. Ha invadido todos los rincones de la tierra; las mujeres, cuyas madres se casaban vestidas con un kimono o sarong, se cubren ahora con docenas de metros de satén blanco, de tul y de encaje. En la Gran Bretaña de este fin de siglo, los periódicos continúan publicando páginas y más páginas de retratos de «las novias del sábado»; las revistas del corazón publican páginas enteras repletas de fotos de las bodas más suntuosas. La revista *Hello!* vive de las bodas reales, la revista *Bride*, de las bodas hipotéticas. Todos los espectáculos infantiles terminan con la boda de la chica protagonista con el

chico protagonista; los más deslumbrantes vestidos de lentejuelas de plata y oro, de estrass, lurex y lamé desfilan por el escenario; la escena nupcial se alumbra con el resplandor de los fuegos artificiales, y a los pocos segundos cae el telón. El cuento se ha acabado. Los desfiles de modelos terminan asimismo con el pase de un vestido de novia, como apoteosis de la visión del diseñador. En la Gran Bretaña de este fin de siglo, el coste medio de la efímera orgía de consumo espectacular que es una boda de blanco se eleva a 10.151 libras esterlinas: el traje de novia cuesta alrededor de 750 libras; el 98% de las parejas ofrecen una recepción para una media de 111 personas; el 81% se ofrecen el capricho de un viaje de ensueño de dos semanas de duración, con un coste medio de 2.275 libras esterlinas.

---

No pongáis tanto poder en manos de los maridos. Recordad que todos los hombres serían tiranos si pudieran.

ABIGAIL ADAMS

---

Un culebrón renqueante se reanima con una boda. La boda de blanco, con velo de tul, azahar, damas de honor, chicas que tiran flores, pajes, despedida de soltera, viaje de novios, ajuar y una lista de bodas en la tienda más elegante de la ciudad, constituye un ritual en el que las mujeres –la novia y la madre de la novia– continúan insistiendo. Antaño la sufragaba el padre de la novia, pero en la actualidad cada vez más novias se pagan su propio capricho. El novio sigue celebrando el fin de la soltería emborrachándose junto con sus amigos varones la víspera del día de la boda y tal vez tenga semejante resaca que apenas se dé cuenta de lo que está ocurriendo en la iglesia. Quizá sus colegas han resuelto alentar su resistencia al proceso de domesticación y han contratado a un par de prostitutas para que bailen desnudas o aparezcan repentinamente del interior de una tarta. Se da por supuesto que el novio participa

en su propia boda en contra de su voluntad; ésta representa la última victoria de la mujer cortejada antes de resignarse a la monotonía de la vida de casada.

En la actualidad, la novia y el novio normalmente han vivido juntos antes de la boda, y la boda de blanco debe interpretarse no tanto como símbolo de virginidad, sino sobre todo de castidad, o sea, que a partir de ese momento la novia tendrá relaciones sexuales solamente con su marido y renunciará a todo lo demás. Incluso puede haber hijas o hijos de la pareja en la boda; también es posible que asistan a la ceremonia las hijas y/o hijos de la novia o el novio habidos con otra pareja. La boda como espectáculo ha reemplazado en gran medida a la boda como sacramento. Dos personas que han convivido y les ha gustado la experiencia simplemente deciden celebrar una fiesta. Desgraciadamente, entre los matrimonios más efímeros se cuentan aquellos que se celebran tras una larga época de convivencia informal. Nadie sabe muy bien por qué es así. Una teoría sostiene que la cohabitación voluntaria es menos opresiva que la cohabitación sancionada. Algo cambia tras una boda; aunque el ritual ya no incluya la promesa de la novia de «amar, honrar y obedecer» a su futuro esposo, la boda sirve a los intereses del marido y no a los de la esposa. Incluso en las bodas más seculares y someras, en las oficinas del registro civil más sombrías, en Gran Bretaña, el funcionario, al suscribir el certificado, pide a la novia que firme por última vez con su “nombre de soltera”, como si se despidiera de sí misma. Aunque ni la propia novia tenga la sensación de haber dejado la familia de su padre para ser acogida en la de su marido, la vieja dinámica persiste. Las amistades de él serán ahora las de ella, pero las amistades de ella no suelen convertirse también en las de él; incluso aunque los progenitores de ella no se vean completamente desplazados por los de él, estos últimos tendrán preferencia. La dinámica del mutuo acuerdo que animaba la convivencia informal resulta innece-

saría ahora que el matrimonio ha definido los respectivos papeles. Celebrado el enlace, el poder se concentrará en la persona que está más preparada para sacar provecho de la situación, y esa persona es el hombre. Una vez que ha tenido la suerte de encontrar esposa, comienza a tomarse las libertades que los maridos se han tomado tradicionalmente; entra y sale a su antojo, pasa más tiempo fuera del hogar conyugal, gasta más dinero en sus asuntos y deja de realizar la parte de las tareas domésticas que haya podido realizar con anterioridad. El trabajo de ella consiste en hacerle feliz; en opinión de él, casándose con ella ya ha hecho todo lo necesario para hacerla feliz. Cuanto menos lo esperaba ella, más generoso se siente él por haber dado el paso.

---

Buscamos la comunión  
y topamos con el rechazo, amado,  
cada uno

DENISE LEVERTOV, «The Ache of Marriage»<sup>1</sup>

---

A su pregunta ansiosa «¿Me quieres?», él tiene una respuesta fácil: «Claro que sí. Me casé contigo, ¿no?».

Lo interesante de este particular fraude es que los hombres tienen mayor necesidad del matrimonio que las mujeres. Un hombre sin esposa es un ser frágil; las cárceles están llenas de hombres que nunca se han casado. Los hombres solteros son más proclives a sufrir una muerte violenta. Los hombres casados tienen la puntuación más alta respecto a su bienestar psicológico, seguidos por las mujeres solteras, luego siguen las mujeres casadas y, finalmente, los hombres solteros. Esto ocurre en parte porque los solteros constituyen un grupo auto-seleccionado de hombres que no han conseguido esposa más o menos por los mismos motivos por los que se encuentran en apuros. El primer deber de una esposa consiste en apoyar a su hombre, en tranquilizarlo, reforzar su confianza en sí mismo

y en ocuparse de sus comodidades; una esposa es una gran ventaja para cualquier hombre, aunque cumplir este papel no conlleva necesariamente mayores ventajas para quien lo interpreta. Sin embargo, el matrimonio se presenta con tanta eficacia ante las mujeres –y no ante los hombres– como una señal de éxito, que un fracaso de la mujer en el empeño de establecer un vínculo de pareja anula sus éxitos en cualquier otro campo. Todo éxito que suponga alguna presión sobre su relación de pareja tiene un precio demasiado alto. Todas las revistas aleccionan a las mujeres jóvenes sobre cómo conseguir que su hombre se comprometa; no existe ningún equivalente en las publicaciones para hombres. Los hombres compran revistas que tratan sobre los juguetes y las diversiones para hombres; las mujeres compran revistas que hablan de los hombres y de las relaciones. Aunque más hombres que mujeres jóvenes se suicidan por no haber logrado perder su virginidad, y a pesar de que ellos albergan sus propios acuciantes temores respecto a las relaciones, éstas no se les presentan como el único elemento valioso de su vida. Esta asimetría básica distorsiona todas las interacciones entre los jóvenes y las jóvenes: las chicas se entregan demasiado en sus relaciones sexuales y les dan demasiado valor, de modo que exigen más de lo que los varones inmaduros pueden permitirse dar.

---

El 61% de los hombres piensa que los deportes son más interesantes que sus novias o sus mujeres.

*Total Sport*, abril de 1998

---

El sacramento del santo matrimonio debe convertir a una mujer y a su esposo en una misma carne, que ningún hombre podrá separar jamás. En la actualidad, pocas personas tienen una idea clara de la unión sacramental o del significado de un signo sacramental; las órdenes sagradas pueden disolverse, los sacerdotes pueden abandonar su santa vocación y tomar

una esposa, y los matrimonios pueden borrarse con facilidad. Concebir el matrimonio como un sacramento sólo sirve para ocultar la calidad completamente decepcionante del matrimonio como contrato. En ocasiones se oye hablar de cierto revuelo en torno a un “nuevo” contrato matrimonial, como si alguna vez hubiera existido otro “viejo”. Los contratos exigen términos y condiciones que deben ser negociados y acordados. Cuando una mujer acepta unirse a un hombre en sagrado matrimonio, ¿acepta con esto limpiarle la casa?, ¿acepta darle criaturas?, ¿acepta él mantener a sus criaturas y a la esposa? ¿Puede cualquiera de los dos ser sancionado por no prestar los servicios acordados? Es posible que un marido espere que su mujer le limpie la casa y le lave la ropa, pero ella no necesariamente es consciente de ello. No necesariamente han hablado de este tema. Puede ser que él espere que ella y sus criaturas vivan de lo que él gane, pero, en realidad, no se ha comprometido a proveerla de los fondos suficientes y no puede ser obligado a hacerlo, a menos que ella lo abandone y así lo decida la sentencia de divorcio. Resulta extraño que existan los acuerdos de divorcio, pero no los de matrimonio. Un hombre y una mujer que se han conocido sobre todo “quedando” o “saliendo juntos” pueden tener ideas bastante divergentes sobre temas cruciales tales como el gobierno de una casa, la alimentación, la religión, el dinero y las criaturas. En el mejor de los casos habrán hablado, pero en la atmósfera harto febril del cortejo amoroso, no resulta fácil conceder la debida importancia a ciertas expectativas desproporcionadas y asimétricas. Se supone que los cónyuges se irán acoplando el uno al otro mientras experimentan con distintos estilos de vida hasta encontrar el que les convenga a los dos.

---

Por tu cara he cambiado todas las caras,  
por tus escasas propiedades he cambiado el equipaje  
enérgico, los ropajes del hombre enmascarado y el mago.

Ahora te has convertido en mi aburrimiento y mi fracaso,  
otra manera de sufrir, un riesgo,  
una hipotaxis más pesada que el aire.

PHILIP LARKIN, «To My Wife»<sup>2</sup>

En las sociedades postindustriales se casan los individuos; se considera que el acuerdo nupcial implica solamente a dos personas. Ni siquiera las criaturas que puedan tener en común son parte en el contrato entre los esposos. Desde el principio, este acuerdo se ha apoyado en la intensidad y la duración de la atracción sexual entre ambos. Si la atracción sexual pierde su fuerza, si otra atracción la eclipsa, el matrimonio se considera muerto. Este sistema está destinado al fracaso; nadie puede garantizar que se sentirá sexualmente atraído por otra persona hasta que la muerte las separe. El sexo constituye una fuerza tan anárquica y tan presta a responder ante la imaginación que nunca podrá servir de argamasa para mantener unidos los componentes básicos de la sociedad. Desafiando lo obvio, la moral actual sostiene que casarse por cualquier motivo que no sea el amor sexual significa cometer un grave delito y tentar al desastre. Hemos pasado de suponer que la atracción sexual es la condición básica en la unión inicial y en la creación de la pareja a creer que es asimismo una condición esencial para su continuidad. El matrimonio actual es frágil porque las exigencias que se le imponen exceden la capacidad de resistencia del vínculo sexual inicial.

No existen demasiados trabajos sobre la frecuencia con que se consuma el acto sexual entre los cónyuges y los que hay no son demasiado fiables; sin embargo, todos revelan el mismo patrón. La frecuencia del acto sexual conyugal cae en picado tras el primer año, para luego estabilizarse en un leve descenso continuado. Las esposas no son *sexy*. La sexualidad masculina precisa del estímulo adicional de lo novedoso. Una esposa tiene el deber de mantener interesado a su compañero,

sin tener, en realidad, ninguna posibilidad de conseguirlo. Ni siquiera se le permite intentar someterlo a una severa dieta y desplegar así los encantos de la rareza, ya que no de la novedad. Al contrario, debe incorporarse a sus fantasías y aceptar encarnar los diversos personajes femeninos que a él le excitan. Ni siquiera puede objetar que a una esposa respetable no se le debería pedir que se comporte como una prostituta. Si durante el embarazo y la lactancia su marido siente aversión por ella, debe ofrecerle alguna compensación o aceptar el riesgo de perderlo. Ni siquiera en su calidad de madre de sus criaturas tiene autoridad para exigirle que entre en vereda, se apriete los machos y empiece a ejercer de esposo y padre, en vez de seguir haciendo de novio. Algunas terapias matrimoniales proponen algunas estrategias aptas para reavivar el interés vacilante de un marido: disfrazarse, utilizar un lenguaje lascivo, alquilar vídeos pornográficos y verlos juntos; todas las consejeras sentimentales advierten que permitir que el sexo desaparezca del matrimonio tiene resultados fatales. A las esposas en la cincuentena se les aconseja que se sometan a una terapia de reposición hormonal a fin de que sus maridos puedan seguir teniendo relaciones sexuales con ellas.

---

Unos cuantos hombres sueñan con hacer el amor lenta y suavemente con una mujer a la que aman. Sin embargo, en la mayoría de los casos, lo que los hombres realmente desean es el sexo que ven en las películas pornográficas y que no se atreven a pedir. Caliente, arriesgado y guarro a tope.

GRUB SMITH, *Minx*, abril de 1998

---

Una pareja de personas casadas tiene el deber mutuo de mantener su actividad sexual y el interés sexual por la otra parte, aunque ni siquiera esta obligación mutua consta en ningún lugar. La parte que pierde el interés sexual ya está, por lo tanto, en falta y puede verse obligada a soportar una gran can-

tividad de omisiones por parte de la otra, en un intento de hacerse perdonar. La esposa que no se siente atraída por su marido se verá obligada a disculpar las infidelidades y la negligencia, convencida de que ella se lo ha buscado por no haberle “servido”. A fin de cuentas, éste parece ser el férreo mecanismo que sustenta el misterio del matrimonio: que la esposa siempre se cree culpable y el marido, jamás. Incluso cuando compromete sus afectos, un hombre castigará a la mujer que no cumpla sus deseos privándola de las relaciones íntimas; la mayoría de las mujeres no pueden utilizar esta táctica, ya que a su pareja le resultaría fácil ignorarla, mientras que cuando su pareja la trata con frialdad y distanciamiento, a la mujer le entra el pánico y se rinde enseguida.

En un seminario titulado «El caos del amor», organizado por la fundación One plus One en diciembre de 1997, se expuso que solamente el 25% de las parejas decían estar satisfechas con su matrimonio al cabo de siete años. Sólo el 56% de las mujeres declaraban que elegirían al mismo hombre si pudieran volver a empezar; el 71% de los hombres afirmaban que estaban contentos con sus esposas. En 1970, sólo 66.700 mujeres británicas habían empezado a tramitar su divorcio por propia iniciativa; en 1989, esta cifra se había elevado a 134.400. Actualmente, en Gran Bretaña y Gales, las mujeres inician los trámites del divorcio en tres cuartas partes de todos los casos, a pesar de que su nivel de vida suele caer en picado tras el divorcio. Las razones que alegan con mayor frecuencia para solicitar el divorcio son el adulterio del marido y/o su conducta irrazonable; el marido que intenta defenderse constituye una excepción sumamente rara. Hoy en día uno de cada 2,3 matrimonios termina en divorcio en Gran Bretaña; más que en ningún otro país europeo. La razón hay que buscarla claramente en una menor tolerancia de las mujeres a las miserias del matrimonio. En algunos casos llama la atención los denodados esfuerzos de las mujeres por salvar su matrimonio,



que las llevan a volver a aceptar a sus maridos adúlteros, a disculpar a sus maridos violentos, a trabajar para mantener a sus maridos ociosos, drogadictos, alcohólicos y gandules. El 19 de noviembre de 1993, *The Independent* informó sobre cuatro casos: una mujer de 61 años que había aguantado 27 años de matrimonio con un hombre que la despreciaba, le pegaba y le ocultaba sus movimientos; una mujer de 49 años que había estado casada durante 23 años y cuyo marido la había abandonado por otra mujer, luego había vuelto y a continuación había iniciado otra relación; una mujer de 34 años cuyo marido se aprovechaba de su conocimiento de los abusos sexuales que ella había sufrido a manos de su padre para satisfacer sus bajos instintos y había dejado su trabajo y la obligaba a mantenerle junto con las cuatro criaturas que tenían en común; una mujer de 30 años cuyo marido la había agredido, había dilapidado su indemnización por despido, había canjeado su póliza de ahorro, había cancelado los pagos a sus fondos de pensiones y había ido acumulando deudas, sin decirle ni una sola palabra. Todas estas mujeres tenían hijos y/o hijas, y todas habían hecho grandes esfuerzos para seguir aguantando esos matrimonios insufribles por el bien de sus hijas e hijos.

En la actualidad, un número creciente de mujeres se niegan a soportar las mentiras, las palizas y los engaños de los padres de sus criaturas. La verdad que se esconde tras la llamada pérdida de los valores familiares es que la ilusión de una vida familiar estable se apoyaba en el silencio de mujeres sufridas que subsistían con lo que sus maridos consideraban justo, que hacían de sirvientas por un sueldo mísero para comprar los bienes de primera necesidad que sus maridos no cubrían, que toleraban el alcoholismo de sus maridos y sus pequeñas escapadas, que se consideraban culpables de la violencia que les infligían sus maridos y aguantaban en silencio todos los abusos, por el bien de sus hijas e hijos. El honor de la familia estaba a salvo mientras se mantuviese la apariencia

de unidad; todos los matrimonios eran matrimonios felices. Los insultos más contundentes contra las feministas de los años sesenta y setenta procedieron de mujeres que afirmaban estar felizmente casadas. A las feministas les preguntaban a menudo por qué una gran parte de las mujeres que llamaban a los programas de radio y de televisión se negaban a reconocer que la crítica del feminismo contra el matrimonio era justa. La respuesta era tan obvia como dolorosa: la esposa que admite ante extraños su desgracia está tirando la toalla; una mujer que se ha esforzado duramente durante años por ser una esposa ha hecho una inversión en su matrimonio que perdería irrevocablemente en cuanto admitiese su fracaso.

El divorcio conllevaba, y aún conlleva, una importante sanción para las mujeres. Muy pocos maridos aceptan mantener a sus esposas en términos generosos, en caso de poder permitírselo. Curiosamente los mismos hombres que se han divorciado acusados de adulterio y conducta irracional tienen menos dificultad en encontrar esposas nuevas que sus ex esposas inocentes. Al parecer, nunca escasean las mujeres dispuestas a cometer adulterio con hombres casados e incluso mujeres que se definen como feministas están perfectamente dispuestas a casarse con un hombre que ya ha amargado dolorosamente la vida a un par de mujeres. Una de las mujeres que contaba la historia de su divorcio en *The Independent* acababa con la siguiente reflexión: «Lo que más me irrita es cómo se confabularon nuestros amigos para mantener el secreto. Todos los hombres estaban al corriente de sus vicios y ninguno dijo ni palabra». Los hombres se defienden y se protegen mutuamente frente a las mujeres, tengan o no la razón; las mujeres siempre están dispuestas a creerse la versión del hombre sobre su relación con las mujeres y a comprender a los hombres cuyas esposas —con una experiencia más larga y más íntima— no los comprenden. Cuando las mujeres estén preparadas para creer que cuando un hombre dice: «Mi mujer no me comprende»,

*El amor*

esto significa: «Me comporto de un modo injusto con mi mujer», el feminismo habrá avanzado un gran trecho. Una única esposa es lo máximo que merece un hombre.

EL PODER

## LA CASTRACIÓN

Durante largo tiempo se ha creído que las mujeres, tanto da que sean madres amantes, consortes aquiescentes o zorras indóciles, despojan a los hombres de su virilidad si se les presenta la ocasión de hacerlo. Todas las personas que han tratado alguna vez el tema de la potencia masculina lo han hecho movidas por la inquietud de que los hombres ya no son lo que eran. Han transcurrido casi 400 años desde que Alexander Niccholes se lamentara de que las mujeres se viesan obligadas a vestir de manera sugerente, con los pechos «descubiertos», como si el mundo se hubiese vuelto «estéril debido al crecimiento de las generaciones» y los hombres hubiesen perdido su potencia.<sup>1</sup> A los moralistas al estilo de Niccholes nunca les ha faltado una muestra de peleles ridículos y sin agallas que poder presentar como prueba. Los moralistas del Renacimiento pensaban que enseñar a los hombres las artes de la galantería, para que luego las damas lograsen inducirles a desperdiciar su substancia viril en la búsqueda del placer, debilitaba sus músculos y también su determinación. Se acusó a todas las categorías de ramera, desde la más humilde criadita hasta las más esplendorosas concubinas, de la existencia de hombres bobalicones, vacilantes, pusilánimes, caballeros en pantuflas o “lagartos de salón”, como les llamaba la generación de mi padre. Los pueblos tribales de Nueva Guinea

todavía apartan a los niños de las casas comunales donde viven las mujeres para convertirlos en guerreros; se considera que pasar el rato con una mujer en su huerto debilitará incluso a un hombre adulto, que lo que debe hacer es abalanzarse sobre ella por sorpresa y violarla en la selva. Desde los inicios de la historia escrita, se ha considerado menos viril al hombre que gusta de la compañía de las mujeres que al que permanece con los hombres.

---

Ahora todos los hombres son feministas. Es la única manera de conseguir una chica.

RIK MAYALL

---

Con la irrupción de la segunda ola del feminismo de finales del siglo XX, vio la luz un nuevo tipo de acusación, a saber: que la estridencia y agresividad de las feministas ha intensificado hasta tales extremos la ansiedad fálica que los hombres se están volviendo incapaces de llevar a cabo el acto sexual. Terapeutas sexuales alemanes atribuyen ahora la flaccidez de los hombres al hecho de que las mujeres tienen mejores empleos que los hombres. Los sexólogos presentan un sinnúmero de ponencias en una conferencia tras otra, que documentan el incremento del número de hombres que solicitan tratamiento por problemas de impotencia. La mayoría de las pruebas aducidas son irrelevantes, ya que es imposible tomar en consideración el enorme número de variables que intervienen, sin contar que la terapia sexual es una variedad muy reciente de curandería y, por lo tanto, dispone de escasos datos históricos con los que poder comparar las observaciones recientes. El tabaco, el alcohol y los medicamentos tienen todos efectos demostrables sobre la función eréctil; el feminismo, no.

La irrupción de la segunda ola del feminismo coincidió con un enorme incremento del uso de métodos anticonceptivos eficaces. Por primera vez en la historia de la humanidad,

la vagina humana empezó a estar accesible siempre y en cualquier lugar. Esto sólo ocurrió en el mundo desarrollado o mundo rico; huelga decir que las noticias sobre la impotencia procedían de ese mismo mundo. Los hombres que habían estado sometidos a una dieta relativamente restringida de sexo y que, por consiguiente, habían vivido en un estado de constante tensión genital se dejaron llevar fácilmente por la creencia de que no dejarían de estar a la altura de las mayores oportunidades a su alcance. Cuando éstas empezaron a proliferar, las cartas quedaron boca arriba. Empezaron a tener mayores dificultades para alcanzar la tumescencia. Los hombres comenzaron a sentir la presión de tener que dar la talla, complicada por la vergüenza, que podía llegar hasta la angustia, ante cualquier fracaso. Las cosas han llegado hasta tal extremo que la empresa que comercializa la Viagra®, una píldora que facilita la erección y que debe tomarse una hora antes de practicar el acto sexual, declara que al cumplir los 40 años un 40% de los hombres ya han experimentado en algún momento dificultades para alcanzar o mantener una erección. Cuando se lanzó al mercado la Viagra, en abril de 1998, la primera semana se extendieron 36.000 recetas. Se estima en unos 30 millones el número de hombres estadounidenses que sufren problemas de "impotencia". Esta cifra tan enorme permite sospechar que lo que se considera como una disfunción es, en realidad, una mera variante natural del funcionamiento normal.

---

En 1996, la cirugía estética masculina era una industria con una cifra de negocios de 9.500 millones de dólares a escala nacional.

Academia Americana de Cirugía Estética

---

En el *New Yorker* del 30 de octubre de 1995, salió publicado un sorprendente artículo de Susan Faludi donde exponía las situaciones angustiosas que vivían los actores de películas por-

nográficas cada vez que tenían que esperar, junto con todo el equipo de filmación y el personal del estudio, a que “hubiese madera”, o sea, una erección de la calidad adecuada para poder rodar. Prácticamente todas las estrellas masculinas del “porno” habían abandonado, en palabras de Faludi, «ámbitos de empleo en declive que solían conceder a los trabajadores un cierto grado de dignidad y un manto de virilidad, pero que ahora sólo ofrecen incertidumbre».<sup>2</sup> Faludi atribuye la inseguridad masculina a la pérdida de prestigio y poder del trabajador, no como resultado de que las mujeres hayan tomado por asalto las oportunidades de empleo sino debido a los cambios estructurales en el mercado laboral. «De repente, en las décadas de los ochenta y los noventa, las ocupaciones ornamentales se convirtieron en el oasis del mercado de trabajo.» Un veterano actor “porno” le dijo a Faludi: «Somos el último bastión de la virilidad. Eyacular sobre la cara de su pareja es ya lo único que no puede hacer una mujer. Nos queda ese poder». El núcleo central del artículo lo constituía la descripción del suicidio de Cal Jammer. Como muchos actores “porno”, Jammer había empezado a tener serios y costosos problemas para “conseguir madera” y corría un creciente riesgo de quedar incapacitado para su trabajo. Él lo atribuía a que tenía problemas con su mujer. Cuando se disparó un tiro ante la puerta de la casa de ella, había acudido allí con la intención de matarla.

Si Cal Jammer hubiese leído el *New Yorker* de enero de 1997, sus problemas con la “madera” podrían haber quedado resueltos. Entre la publicidad habitual de libros y ofertas inmobiliarias, habría encontrado un anuncio a toda página de un estilo que no suele verse a menudo en las páginas de la prensa de calidad, concretamente, de una inyección destinada a endurecer el pene.

Reproduce el proceso natural de la erección al relajar los músculos lisos, permitiendo que la sangre se acumule en el

pene. La erección no suele tardar más de 5 ó 10 minutos. La respuesta se ajusta al ritmo de progresión que se produce naturalmente durante los prolegómenos, permitiendo así que usted y su pareja puedan gozar de una experiencia sexual completa. [...] Se han observado casos de priapismo, un estado en el que la erección se mantiene durante más de seis horas, en menos de un 0,5% de los pacientes. El efecto secundario más frecuente es una sensación de dolor entre suave y moderada después de la inyección. Alrededor de una tercera parte de los pacientes señalaron este efecto durante los estudios clínicos, si bien sólo un 3% abandonó su uso por este motivo.

Ahora ya saben por qué la empresa Pfizer espera ganar 1.000 millones de dólares con la Viagra de aquí al año 2000.

Los hospitales públicos están empezando a crear unidades de disfunción eréctil gratuitas. La enfermera Biggins de la Doncaster Royal Infirmary atiende a 2.000 hombres cada año y puede ayudar al 98% a resolver su problema con una bomba de vacío, una inyección o insertando una bolita en el pene y restregándolo durante diez minutos. La enfermera Biggins, que dispone de un amplio vocabulario de eufemismos para designar el miembro viril erecto, declaró a la revista *Woman's Own* que su trabajo «es el más agradecido del mundo».<sup>3</sup> Como ejemplo de la eficacia de sus cuidados citó el caso de «un anciano de 86 años que no había tenido una erección en muchos años. Le pusimos una inyección y se le puso firme mientras regresaba a casa montado en su bicicleta. Fue tal su alegría que se cayó de la bicicleta de pura excitación». Bravo, enfermera Biggins. Es posible que ir en bicicleta contribuyese de entrada a los problemas del anciano. Ninguna mujer debería menospreciar la importancia de la impotencia masculina —¡Dios me libre! —, pero lo cierto es que la disfunción sexual femenina, un problema muchísimo más extendido, jamás ha

contado con los servicios de ninguna enfermera Biggins. Tanto la disfunción masculina como la femenina podrían tener su origen en la misma insistencia errónea de considerar el sexo con penetración como el único real. No han sido las mujeres quienes han escrito el guión de la penetración. Son los hombres quienes evalúan el rendimiento sexual como si fuese una variedad de una competición de máquinas hidráulicas. Faludi asistió al rodaje de otra genial actuación de T.T. Boy, a quien se ha descrito como «el sistema de apoyo de un pene», para la productora de vídeos domésticos Caballero: «Empezó a darle a la actriz [...] con la regularidad de un martillo neumático [...] Al cabo de un rato el ritmo se volvió frenético, la cama y las paredes del dormitorio empezaron a temblar al unísono. Empecé a sentirme como si estuviera en un plató de *Terremoto*». Los médicos ya han manifestado su temor de que los hombres se excedan en el consumo de Viagra; si contemplan demasiada a menudo las hazañas de T.T. Boy es muy posible que lo hagan. La ansiedad fálica de los hombres la generan ellos mismos, y los demás hombres. Las mujeres no intervienen para nada.

En 1996, una organización que se presenta bajo el nombre de Agrupación en favor de la Familia y la Feminidad (Concern for Family and Womanhood) lanzó una «campana de promoción de la mujer femenina». Sus impulsores e impulsoras desean resaltar la importancia de los roles sexuales naturales: «la mujer femenina sumisa, el rol femenino natural de esposa y madre ama de casa y el del hombre responsable, protector, dominante». La desintegración de la familia, las desviaciones sexuales y el incremento de la delincuencia eran todos consecuencia, en su opinión, de «el auge de esos seres antinaturales, la mujer asertiva, agresiva, que imita al hombre, y el hombre débil adoctrinado en las teorías de la igualdad». El feminismo —decían— es «un cáncer peligroso y una perversión de la sociedad humana que es necesario erradicar». La

emasculación se solía atribuir a las mujeres que ablandaban a los hombres con su ternura y sus caricias; ahora se culpa de ella a las mujeres que plantan cara a los hombres. La Agrupación en favor de la Familia y la Feminidad parece pensar que si las mujeres dicen lo que piensan y afirman su voluntad, los hombres no les plantarán cara y se fortalecerán a través del conflicto, como ocurre cuando se enfrentan con otros hombres, sino que cederán misteriosamente y se vendrán abajo. El héroe escoge un caballo fuerte y brioso; ¿por qué no habría de escoger también a una mujer fuerte y briosa? No parece existir ningún motivo visible para que un hombre fuerte sólo pueda cultivar su fortaleza en compañía de una mujer débil; salvo, naturalmente, que la fortaleza masculina sea un espejismo que únicamente se puede mantener si no tiene que medirse con la fortaleza auténtica, aunque estoy segura de que no es esto lo que quería decir la Agrupación en favor de la Familia y la Feminidad.

Si la dominación masculina y la sumisión femenina fuesen naturales, lo lógico sería esperar que el modelo del martillo y el yunque lograra sobrevivir, sin verse alterado por las actividades de un reducido y muy vilipendiado grupo de personas llamadas feministas. Si la dominación masculina sólo logró mantenerse en el pasado gracias al monopolio de todo el poder económico y legal por parte de los hombres, ésta no puede tener nada de natural. Parece probable esperar que con el acceso a una mayor independencia económica, las mujeres se resistan a acatar la autoridad masculina o a aceptar las traiciones y dejarse doblegar por las amenazas de los hombres, que es lo que se supone que están haciendo. Nuestras madres solían aceptar las infidelidades de sus maridos con el mismo espíritu con que se las arreglaban para salir adelante con la parte de los ingresos del marido que éste quisiera entregarles. Actualmente, mujeres que jamás se dirían feministas se niegan a aceptar humillaciones en el matrimonio. Incluso los

consultorios del corazón de la prensa femenina convencional no vacilan en recomendar la separación de su pareja como el remedio evidente para la desdicha de una mujer. Un sistema social que depende del sufrimiento de la mitad de la población no merece ser mantenido. Sólo ahora estamos empezando a vislumbrar las duras realidades que se escondían debajo del dominio incuestionable del hombre “proveedor de ingresos”, que se creía vulnerable dentro de su casa aunque hubiese estado abusando descaradamente, física y sexualmente, de las personas a quienes se suponía que debía proteger. La mayor ironía de la figura del marido-protector es que con demasiada frecuencia éste era la persona más peligrosa que jamás se cruzaría en el camino de su esposa o de sus hijas o hijos.

---

#### CIRUGÍA PLÁSTICA PARA HOMBRES

Agrandamiento de pene

Reposición de testículos

Circuncisión [etcétera]

Anuncio publicado en la revista *loaded*

---

¿Existe algún motivo para pensar que los hombres se están volviendo más débiles? La posición de los trabajadores es, desde luego, más débil que en ningún otro momento desde mediados del siglo XIX. Ahora se puede prescindir de ellos en una medida jamás vista. Esta pérdida de poder no la han causado las mujeres sino otros hombres: los jefes que se han encargado de reemplazar a sus empleados por las máquinas que podrían haberles liberado de las tareas pesadas y repetitivas. Un hombre que no puede ganarse la vida está castrado mucho antes de que se encuentre con que una mujer ha ocupado un empleo que podría haber ocupado él. Cuando ve a las mujeres empleadas y a otros hombres como él en el paro, es prácticamente inevitable que decida que esa mujer le ha quitado su empleo y le ha reducido a su presente situación de humillante

dependencia. Los hombres desempleados son frágiles; los hombres frágiles son peligrosos, especialmente para las mujeres y las niñas y niños.

La Agrupación en favor de la Familia y la Feminidad vincula a la mujer asertiva, agresiva, que imita al hombre, con las desviaciones sexuales, como si el abandono de la posición sumisa por parte de la mujer hubiese provocado un aumento o una eclosión de las conductas sexuales desviadas. Los y las moralistas convencionales, irritados por el gran número de hombres que aparentemente se ven empujados a refugiarse entre los brazos y en las camas de personas de su mismo sexo, a menudo, intentan responsabilizar de este fenómeno a una categoría u otra de mujeres repelentes, habitualmente a una madre dominante que ha coartado la autonomía de su hijo, impidiéndole desarrollar preferencias heterosexuales adultas. Estos observadores dan por sentado que los hombres que prefieren tener relaciones sexuales con otros hombres más que con mujeres son menos masculinos que los demás. Con frecuencia se describe irreflexivamente a los homosexuales como hombres amanerados o afeminados, “mariposas” o “mariquitas”, como si costase menos esfuerzo penetrar un ano que una vagina, aunque, en realidad, ocurre exactamente al revés. Los heterosexuales imaginan que los homosexuales se presentan en dos variedades distintas: los que penetran y los que son penetrados, pero son escasos los gays que no han desempeñado ambos roles. El modelo masculino de la penetración tiene una vigencia reforzada en las relaciones homosexuales masculinas; el hombre que jamás actúa en el papel de penetrador será considerado un “felpudo” y quedará relegado al nivel más bajo de la jerarquía social. El hombre que se ve obligado a someterse con demasiada frecuencia se quejará de que vive “de rodillas”. En la misma línea, en las cárceles, los reclusos con mayor influencia son los que ejercen un control sobre el entorno y sobre sus compañeros de reclusión, mientras que los más despreciados y vulnerables

son los que son utilizados sexualmente por los anteriores o por otros presos.

La sodomización de personas de su mismo sexo es un subapartado de la cultura de la masculinidad. Si bien ésta no es una constante y varía al menos con la misma frecuencia y rapidez que cualquier otro fenómeno cultural, algunos motivos y características suelen estar presentes por regla general bajo una forma u otra. El proceso de masculinización se describe a menudo como un proceso de “endurecimiento”, una palabra con una connotación fálica muy concreta. Es preciso “destetar” al muchacho joven para que no se convierta en un calzonzos. Todo el proceso se puede describir, de hecho, como una huida de la mujer, una expulsión de la parte femenina. Un hombre es una persona contenida; se contiene y no habla ni se mueve sin necesidad (el tipo fuerte y callado). Las lágrimas son propias de la mujer, que es una vasija rezumante, y los hombres masculinos las desprecian. En las castas militares, la sodomización de los jóvenes recién llegados por sus superiores forma parte de las novatadas. Superado el sufrimiento, los jóvenes pueden acceder a la posición privilegiada que les permitirá infligirlo a su vez a sus subordinados a medida que vayan ascendiendo en el escalafón. Los hombres heterosexuales protestan indignados cuando se les dice que los hombres homosexuales son un subproducto del mismo proceso que los modeló a ellos. Señalan la colaboración habitual entre los gay y las mujeres mayores como prueba de que éstos se han quedado estancados en un modelo de relación mamá-nene.

Desde el punto de vista de la cultura sexual, los hombres no son ahora ni más ni menos masculinos que en cualquier tiempo pasado. Desde el punto de vista biológico, los hombres comienzan a ser, no necesariamente menos potentes, pero sí muchísimo menos fértiles. Un hombre joven sano debería producir alrededor de un millar de espermias por segundo, día y noche, mientras que una mujer tarda 28 días para que

un folículo alcance su maduración. Esta enorme desproporción es inmensamente importante para la organización de los asuntos humanos; los hombres no podrían ser promiscuos ni competitivos si su fecundidad fuese tan baja como la de las mujeres. Deberían vigilar el uso de su material seminal en vez de despilfarrarlo masturbándose y en encuentros sexuales esporádicos o en la sodomía. Un fuerte descenso de la fecundidad masculina modificaría totalmente las características de las relaciones entre los sexos, si la raza humana no se extingue antes de alcanzar ese punto. El macho humano siempre ha producido una elevada proporción de espermatozoos defectuosos, un 40% deformes y un 20% inmóviles; pero, ahora, parece estar disminuyendo en picado el número total de espermias presentes en el semen.<sup>4</sup> A pesar de que hay expertos en fecundidad que lo niegan y rechazan las pruebas que lo demuestran, se sigue investigando a un ritmo frenético el problema. En 1974 sonó la primera alarma; un equipo de investigación de la Universidad de Iowa evaluó el recuento espermático de los hombres a quienes se iba a practicar una vasectomía y comprobó que era dos veces más bajo que entre la generación anterior. Siguió otros informes procedentes de Filadelfia y de Houston; en 1979, un biólogo con larga experiencia publicó unos datos que parecían demostrar que las anteriores investigaciones, por algún motivo, eran erradas y que ningún otro sector de la comunidad científica había podido observar esa disminución del número de espermias. En 1992, un grupo de investigadores daneses compararon todos los datos sobre el recuento espermático a partir de 1938, y observaron un descenso innegable, desde 86 millones de espermias por mililitro, en 1944, a 59 millones en 1990. Dado que también se había reducido el volumen de espermias de una eyaculación media, el descenso de la fecundidad era superior a la reducción de la concentración de espermias. El estudio más metódico de todos los que se han realizado, procedente del Hospital Cochin de



París, reveló que la producción de esperma de 1.351 hombres había experimentado una reducción del 2% anual entre 1973 y 1992. Anonadado por estos resultados, el director del laboratorio realizó un estudio especial de una cohorte de edad que había observado abstinencia durante los tres o cuatro días previos a la obtención de su muestra; el descenso de la fecundidad resultó ser todavía más marcado, de un 3,7% anual, en este grupo. Un hombre nacido en París en 1945 tenía una concentración espermática de 102 millones por mililitro; un hombre nacido en 1962, la mitad.

---

¿Lo sabías?

Cuando se aplica un torniquete (una banda elástica, por ejemplo) en torno a la base del pene de un hombre para prolongar la erección e impedir la eyaculación, jamás se debe dejar durante más de media hora; la sangre podría coagularse y provocar una gangrena en el pene.

COSMOPOLITAN, febrero de 1997

---

Nadie sabe qué está pasando. Hay quien niega que ocurra nada. La primera reacción instintiva de los investigadores fue buscar algún factor que esté feminizando a los hombres y las sospechas recayeron de inmediato sobre el estrógeno sintético, procedente de residuos de las píldoras anticonceptivas que podrían haber quedado en el agua reciclada después de su tratamiento. Al final, se demostró que esta interpretación no era más que una versión biológica del afán por culpar a las mujeres, ya que no se detectaron residuos de anticonceptivos orales en el agua potable. Se consideraron otros factores, como el uso de antibióticos, las toxinas asociadas a un determinado estilo de vida como la nicotina y el tetrahidrocannabinol, las paperas, la varicela, infecciones venéreas de baja intensidad como las tricomonas y clamidias, los pesticidas, las radiaciones, el estrés, el uso de calzoncillos ajustados, los humos de es-

cape de los automóviles, las hormonas esterilizantes empleadas en la cría de pollos, y en todos los casos se constató que cada uno de ellos tenía algún efecto sobre la fecundidad masculina en algún momento. El tema de la culpabilización de las mujeres volvió a reaparecer con la creciente sospecha de que la exposición de los varones a los compuestos nocivos debía haber sido de carácter intrauterino, durante la gestación, habida cuenta que las fechas de nacimiento aparecían como el dato correlativo más significativo del brusco descenso.

Existe un medio seguro para reducir el recuento espermático de un hombre y es atiborrarle de testosterona. La fecundidad de las mujeres se alteró de manera deliberada mediante la administración de dosis suprafisiológicas de estrógeno y a nadie le preocupó lo más mínimo. Puesto que nadie sabe cuál era el nivel de testosterona presente en los hombres, nadie puede saber si los hombres no medicados se encuentran hipertestosteronizados en la actualidad. Si fuese cierto que los hombres están “enganchados” a la testosterona y que estimulan deliberadamente su secreción a través de sus propios patrones de comportamiento, ello provocaría una reducción de la producción de esperma. Se podría intentar realizar recuentos espermáticos a los *hooligans* y los conductores suicidas antes, durante y varias semanas después de sus experiencias más excitantes, pero aun así seguiríamos sin saber gran cosa sobre las complejas sinergias que intervienen en una espermatogénesis sana. Siempre se ha supuesto que masculinidad, virilidad y fecundidad eran maneras distintas de designar una misma cualidad de los hombres. Cuanto antes caigamos en la cuenta de que no sólo son cosas distintas sino posiblemente también antagonicas, más pronto quedarán libres los hombres de su subyugación autoimpuesta a unos roles de género tiránicos. En todo el mundo se consumen millones de píldoras de Viagra porque los hombres están “enganchados” a sus roles de género hipermasculinos, hasta el extremo de hacer esfuer-

zos desesperados para parecer más masculinos de lo que son. Están dispuestos a arriesgar su vida y su salud sin preocuparse un ápice de su presión sanguínea con tal de conseguir más erecciones. Quizá respondan que se gastan todo ese dinero (cinco libras, la píldora) y se exponen a ese riesgo por las mujeres y puede que se lo crean, pero se equivocan. Quien necesita que los hombres tengan erecciones no son las mujeres, sino ellos mismos. Cualquier hombre dispone de recursos más sencillos, más seguros y más inocuos para llevar a una mujer hasta el orgasmo, que penetrarla con un órgano propulsado por la Viagra; unos recursos que considera inaceptables porque una amante puede usarlos con tan buenos resultados como un hombre. Hacer el amor como lo hace es su manera de definirse como hombre. El éxito de la Viagra nos indica dos cosas: que el modelo de la penetración oprime tanto a los hombres como a las mujeres, y que ellos todavía no han dado ni siquiera el primer paso hacia su propia liberación.

## EL MIEDO

Las mujeres temen a los hombres. Pueden soportar insultos y humillaciones cotidianos durante años, sufrir violaciones y abusos sexuales reiterados y a pesar de todo guardar silencio, tolerar una vida de patadas y golpes propinados por un marido, porque tienen miedo. Soportan sufrimientos sin fin porque las han convencido de que si huyen, las seguirán y ellas y sus hijas e hijos sufrirán castigos aún peores. La mujer maltratada no acude a la policía porque sabe que más pronto o más tarde, cuando la policía suelte al hombre que la oprime, éste volverá y hará algo inimaginablemente peor que todas las abominaciones que ya ha cometido. La mujer paralizada por el terror es una figura destinada a ser maltratada, en su propio pensamiento y también en el de su agresor. No ve escapatoria ni salvación posible porque está cegada por el miedo.

---

Vivir inmersa en el terror es vivir sólo a medias.

*Strictly Ballroom*

---

Margaret Atwood preguntó una vez a un grupo de hombres por qué se sentían amenazados por las mujeres. «Tememos que se burlen de nosotros», fue su respuesta. También preguntó a un grupo de mujeres por qué se sentían amenazadas por los hombres. «Tememos que nos maten», le respondieron.<sup>1</sup>

Puede que las mujeres tengan ahora más miedo que nunca, porque no cuentan con una familia extensa que pueda defenderlas; no tienen hermanos dispuestos a administrar un duro correctivo a los hombres que las han amenazado o agredido; no tienen hermanas que puedan ofrecerles su solidaridad; la madre es una figura sin ningún peso. Puede que las calles se hayan vuelto más peligrosas porque tantísimas mujeres caminan solas. Podría ser, ¿quién sabe?

Todos los hechos parecen indicar que, si bien es indudable que las mujeres tienen miedo, su temor está mal enfocado. Ya están sufriendo lo peor que podría ocurrirles y no a manos de desconocidos en las calles peligrosas, sino en su propia casa por obra de sus seres más próximos y queridos. Los estudios sobre la criminalidad revelan que la mayor parte de los delitos cometidos contra las mujeres nunca se denuncian. En los Estados Unidos, un 38% padecen acoso sexual en su juventud, un 24% sufren violaciones en el matrimonio, y casi la mitad son víctimas de una violación o un intento de violación al menos una vez en su vida, algunas de ellas repetidamente, algunas a manos de grupos de hombres, casi todas por obra de hombres a quienes conocen. Las encuestas británicas sobre la criminalidad llegan prácticamente a las mismas conclusiones. Existen muchos motivos por los que las mujeres no denuncian las agresiones; el principal es el miedo. Existe algo peor que ser víctima de una agresión sexual y es que te maten. En el mundo desarrollado, un 4,4% de las mujeres mueren como resultado de lesiones de uno u otro tipo, frente a un 10,3% de los hombres. En América Latina y el Caribe, la vida es significativamente más peligrosa para los hombres, un 13,9% de los cuales mueren como resultado de lesiones, mientras que la proporción se eleva sólo al 4,8% en el caso de las mujeres. Se considera que el país más peligroso para las mujeres es China, donde un 10,7% de las mujeres mueren como resultado de lesiones, frente a un 12,2% de los hombres. El lugar más segu-

ro para los hombres parece ser la India, donde sólo un 7,3% de los hombres mueren como resultado de lesiones, mientras que un 5,7% de mujeres sufren ese destino.

Incluso estos datos tan nebulosamente generales revelan con claridad una cosa, a saber: que en todos los lugares y circunstancias, los hombres tienen mayores probabilidades que las mujeres de fallecer de muerte violenta. En la cultura de la violencia, la norma es «o matas o te matan»; en los 606 casos de homicidio culpable registrados en 1996 en Gran Bretaña, 375 de las víctimas fueron hombres y 231 mujeres.<sup>2</sup> Estos datos concuerdan con las estadísticas del FBI que indican que un 60% de los homicidios son cometidos por hombres contra otros hombres, frente a un 24% cometidos por hombres contra mujeres.<sup>3</sup> Alrededor de dos terceras partes del total de unas 70.000 personas lesionadas intencionadamente cada año en Gran Bretaña son hombres jóvenes. Los agresores más probables son también hombres jóvenes. Nuestros hijos corren siempre y en todo lugar un mayor peligro que nuestras hijas, tanto de cometer delitos violentos como de ser víctimas de los mismos, pero por quien tememos es por nuestras hijas y a ellas les enseñamos a temer por su seguridad.

Los hombres jóvenes son quienes declaran sentir menos miedo en las encuestas sobre el temor a ser víctima de un delito; los índices de temor son tres veces mayores entre las mujeres que entre los hombres.<sup>4</sup> Ese temor se lo han inculcado a las mujeres quienes desean protegerlas. Les decimos a nuestras hijas que no hablen con desconocidos, que no se entretengan cuando las mandamos a hacer algún recado, que vuelvan directamente a casa al salir del colegio. En 1990, durante la enésima alarma provocada por una serie de violaciones, la policía visitó un campus universitario para poner sobre aviso a las jóvenes y recomendarles que siguieran cursos de autodefensa. En mi calidad de profesora universitaria, no puedo dejar de advertir la permanente preocupación de las estudiantes

por su seguridad; cada año nos piden que se instalen más luces de seguridad, que se supriman las zonas de sombra, que se recorten los setos, que se organice un servicio de autobuses entre las diferentes zonas del campus, con objeto de que nuestras alumnas se sientan menos vulnerables. El resultado de todos nuestros esfuerzos es que todavía se sienten menos seguras. Se siguen produciendo agresiones ocasionales contra alguna estudiante, pero el riesgo real es menor que el percibido.

Las estadísticas sobre los homicidios cometidos en Inglaterra y Gales revelan que un 40% de las mujeres que sufrieron una muerte violenta a manos de un hombre fueron asesinadas por su cónyuge o su amante, un 22% por algún otro miembro de su familia y un 19% por un hombre conocido. Según los datos, sólo un 12% habían muerto a manos de un desconocido. Sin embargo, es a los desconocidos a quienes se enseña a temer a las mujeres. El diario *The Independent* publicó el 4 de enero de 1996 los resultados de una encuesta realizada por una empresa de *leasing* y venta de automóviles, según los cuales casi tres de cada cinco mujeres sufrían agresiones en sus coches. Una de cada cuatro declaró no estar dispuesta a conducir sola por la noche por una autopista o una carretera rural; un 60% declararon que se sentían aún más vulnerables cuando usaban los transportes públicos. Un estudio realizado en 1998 por la Universidad de Middlesex constató que dos terceras partes de las residentes en la zona de Finsbury Park no salían después de anochecer; una mujer de cada ocho evitaba usar los transportes públicos. Este miedo no es racional. Si alguien debe temer a los desconocidos tendrían que ser los hombres, ya que entre los hombres, la proporción más importante de muertes violentas, un 38%, son obra de desconocidos, sólo un 35% de personas conocidas, un 12% de miembros de su familia y un 6% de su cónyuge o amante. Sin embargo, no les decimos a los hombres que eviten los lugares promiscuos o notoriamente peligrosos. Los estudios de victi-

mología revelan que efectivamente existen lugares peligrosos, y que las personas que acuden a ellos se están exponiendo a un riesgo. Desde el punto de vista de los hombres jóvenes, los lugares peligrosos son justamente aquellos donde “hay ambiente”.

---

Un 80% de las mujeres son agorafóbicas.

---

Las feministas han argumentado que la insistente presentación de las mujeres como objetos de las agresiones actúa como un instrumento de control social. La finalidad no es protegerlas sino generar y mantener un sentimiento de temor. Nada más llegar a Gran Bretaña la noticia sobre el uso del Rohypnol para drogar a las mujeres añadiéndolo a su bebida, a fin de poder abusar sexualmente de ellas con impunidad y sin que pudiesen recordar nada después, Graham Rhodes se apresuró a crear una organización benéfica, a la que denominó Fundación Roofie, como se conoce en argot al producto. Ésta tenía como fines «la concienciación» y la financiación de un teléfono de ayuda. La publicidad decía así: «Si usted es una mujer y vive en cualquier lugar de Gran Bretaña debería tener miedo... mucho miedo». Esta retórica afecta a las mujeres del mismo modo que las llamadas telefónicas en las que el interlocutor no dice nada y sólo se escucha su jadeo, las llamadas obscenas, el hombre que las sigue por la calle o persigue su coche por la autopista, o el que exhibe su pene. Todos esos hombres están husmeando en busca del olor del miedo de las mujeres. Su recompensa es la respuesta sumisa de la mujer.

Algunas feministas han intentado contrarrestar esta forma de victimización enseñando técnicas de defensa personal a las mujeres como una cura contra el miedo.<sup>5</sup> La defensa personal está muy bien siempre que una no sea físicamente más débil o menos ágil que su atacante. La mayoría de los hombres que

mueren a manos de otros hombres son víctimas de enfrentamientos violentos en los que defensa y agresión se confunden. Estar preparada para defenderse es menos abyecto que someterse a cualquier ataque del tipo que sea, pero ¿deben llevar las mujeres una argolla para reforzar los nudillos colgada del llavero o un aerosol de defensa personal en la guantera? ¿Deben intentar imitar la cultura de la violencia que les es ajena? Los hombres que viven inmersos en la cultura de la violencia lo hacen porque eso les gusta; están “enganchados” a la subida de adrenalina que acompaña la experiencia de vivir peligrosamente. ¿Cabe esperar que la mujer que se entrena seriamente para sentirse menos vulnerable obtenga el mismo placer salvaje del ejercicio de su poder sobre otras personas más débiles o más cobardes? La mujer que se prepara para dar batalla está capitulando a una constante visión de sí misma como objeto de ataque. Lo único que podemos deducir con certeza cuando vemos a una mujer con una anilla para reforzar los nudillos colgada del llavero es que está asustada.

---

Un hombre me sigue...

Oigo que se acerca acelerando el paso

cruzamos al unísono de un lado al otro de la calle...

Toda mi vida me he movido seguida por su sombra

recorriendo la calle al compás de este lento baile desquiciado

JENNIFER RANKIN, *A man is following me*<sup>6</sup>

---

Quizá los hombres, como los perros, olfatean inconscientemente el miedo, les complace y les excita y acaban interpretándolo como una invitación al ataque. Los hombres que temen a otros hombres pueden restablecer su virilidad a expensas de las mujeres, que les temen a ellos. Un aspecto poco investigado de la victimización es en qué medida el hecho de verse como víctima fomenta un comportamiento de víctima y si éste estimula el ataque contra la persona. Una

persona que suplica: «Por favor, no me pegues» puede estar introduciendo la idea de la agresión en un intercambio hasta entonces no definido. Nos dicen que es recomendable gritar, pero ¿es cierto? A fin de cuentas, un pelele no es más que una persona asustada. En el reino animal, el miedo y la huida invitan a la persecución; el olor del miedo es un estimulante para todos los carnívoros, incluido el hombre. ¿Animar a las mujeres y a los niños y niñas a comportarse como presas no es acaso una manera de fomentar las fantasías del hombre, que se ve como predador? Inculcarles miedo y alentarles a sentir temor puede hacer más vulnerables a las mujeres, las niñas y los niños, pero no parece existir otra opción.

La alternativa, fomentar la temeridad, puede equivaler a sembrar la tempestad que arrastra a la mayoría de los hombres que mueren a manos de otros hombres. La experiencia de los hombres con la violencia parece demostrar que negarse a sentir miedo es más peligroso que mostrarse asustado o asustada. Las criaturas que mueren asesinadas cada año son incapaces de sentir miedo; no comprenden que seguir llorando las coloca en una situación sumamente arriesgada y acaban muertas. Repetidamente escuchamos contar la historia de niñas golpeadas hasta matarlas porque se negaron a derramar una lágrima o a pedir perdón, niñas “malas”, “testarudas”, “rebeldes”, es decir, niñas orgullosas y valientes.

El miedo de las mujeres podría ser una respuesta adaptativa, como la pusilanimidad de los conejos o los ciervos. Pensar así equivale a suponer que los hombres son efectivamente predadores y las mujeres, su presa, una situación que, de ser cierta, la civilización debería encargarse de neutralizar en lugar de consagrarla en las normas y las costumbres. Los hombres no cazan a las mujeres para comérselas. La realidad parece ser más bien que el miedo de las mujeres es una construcción cultural, instituida y mantenida por hombres y mujeres por igual en interés del grupo masculino dominante. Se resalta el mito

de la condición de víctimas de las mujeres a fin de mantenerlas bajo control, con objeto de que planifiquen sus actividades, permanezcan siempre al alcance de la vista, comuniquen adónde van, por qué medios, y a qué hora regresarán a casa.<sup>7</sup> El padre que cuando su hija adolescente sale por la noche insiste en ir a buscar para llevarla a casa en su coche le está instilando inconscientemente miedo, a la vez que ejerce un control consciente sobre ella. Su hijo adolescente corre mayor peligro pero, dada la adscripción de género del miedo, al padre jamás se le ocurriría ofrecerse a irlo a buscar para llevarle a casa cuando sale con sus amigos. El mito de la condición de víctimas de las mujeres las mantiene “alejadas de la calle” y recluidas en casa, el lugar donde corren mayor peligro.

El clima de amenaza en el que se sienten envueltas las mujeres es casi en su mayor parte fraudulento. Les asusta la visión de un hombre que exhibe sus genitales; el hombre que se exhibe casi siempre se siente gratificado por la respuesta sumisa de las mujeres que apartan la mirada y aceleran el paso al pasar por su lado. Es posible que esos hombres sean incapaces de obtener esa respuesta sumisa por ningún otro medio. En el caso de los exhibicionistas, la respuesta más adecuada debería ser la hilaridad y la mofa, negarles lo que están buscando. Una mujer de mediana edad solía divertirse paseándose desnuda por los pueblos de Cambridgeshire, cubierta sólo con un gran capote militar. «¿Qué me dices de esto?», les espetaba a las asombradas compradoras, abriéndose el capote. «Está muy bien, cariño», le respondían ellas. Un cuerpo de mujer no significa nada; un cuerpo de hombre o, más bien, los accesorios de un cuerpo de hombre simbolizan el poder sobre la vida y la muerte.

Denunciarlo a la policía refuerza la fe del exhibicionista en los poderes mágicos de su pene para crear desconcierto y escándalo. En realidad, ese hombre con los pantalones bajados es sumamente vulnerable, no en último término a través de la

fina piel de los genitales mismos. En una sociedad que no hubiese conseguido victimizar a las mujeres, un hombre que exhibiese sus genitales a las mujeres y las niñas que se cruzan en su camino sería motivo de escarnio más que de inquietud. Podría esperar que le arrebatasen los pantalones y le paseasen por toda la ciudad, que tal vez le exhibiesen desnudo de la cintura para abajo atado a la picota durante un par de días y le tirasen despojos de la cocina. Sandra McNeill, que ha estudiado la respuesta de las mujeres en el siglo xx, divide su reacción en tres fases: un primer momento de miedo, sorpresa y asco, seguidos de irritación o indignación y, finalmente, sentimientos de culpa, vergüenza o humillación. Cuando les preguntó a las mujeres qué era lo que temían, esperando que le respondieran “la violación”, su respuesta fue que temían la muerte.<sup>8</sup> ¿Qué puede inducir a una mujer a sentir un miedo mortal cuando ve a un hombre con la bragueta abierta y la picha colgando?

El exhibicionismo fue considerado por primera vez una falta castigada por la ley en 1824, cuando se incluyó dentro de un apartado de la Ley contra la Vagancia; incluía a cualquier hombre que fuese descubierto «exhibiendo deliberadamente sus partes de manera pública, licenciosa y obscena con el propósito de insultar a cualquier mujer». La formulación tenía que ser precisa porque en aquel entonces la visión del pene de los hombres cuando orinaban era relativamente frecuente; seguramente, en la década de 1820, las mujeres a quienes un hombre les mostraba el pene se sentían molestas más que asustadas y lo rechazaban como una impertinencia más que como una amenaza. Entonces asociaban el pene visible con la excreción más que con la violación y la muerte. En los 170 años transcurridos desde entonces, la importancia simbólica ha ido en aumento a la par con su cada vez menor visibilidad. A finales del siglo xx, el pene es la única parte del cuerpo humano que no se ha escudriñado en toda su diversidad y detalle; al contrario, los anuncios lo insinúan a través de las imá-

genes de barras de chocolate que se funden en la boca, las siluetas de las armas de destrucción masiva y la forma de los vehículos que hienden el universo. La desaparición habitual de la vista del pene y su sustitución por el falo imaginario ha ido acompañada con la aparición de la ansiedad absolutamente moderna por el tamaño del pene, tal como cabía esperar desde la perspectiva de la antropología cultural.

Una de las mujeres encuestadas por McNeill interpretaba así el acto de revelar el pene: «Con ello me estaba diciendo: “Puede que sea un viejo inútil, pero todavía tengo más poder que tú. Todavía tengo esto. Te puedo controlar”». De hecho, el viejo inútil no tenía ningún poder sobre la mujer a menos que ésta se lo otorgase; si le hubiese lanzado una piedra contra la entrepierna, no hubiera tardado en descubrir cuán vulnerables eran, en realidad, sus genitales. Denunciar a los exhibicionistas a la policía resulta inútil en la mayoría de los casos, pues el agente tiene que ser testigo del delito para proceder a la detención. Otra consideración más importante, dentro de mi planteamiento feminista, es que quejarse a la policía, en lugar de vaciarle una escupidera en la cabeza al réprobo, supone verse forzada a exagerar el poder de su pene flácido. La demandante se ve obligada a perder tiempo, a tomarse una serie de molestias y a reclamar el gasto de una buena cantidad de fondos públicos para intentar disciplinar a un inoportuno.

Jalna Hanmer y Sheila Saunders declararon, en 1993, a propósito de una serie de faltas cometidas contra las mujeres —un hombre de setenta años que le había metido mano a una mujer de dieciocho en el momento de subir al autobús, actos de exhibicionismo, un viejo que se masturbó delante de una visita—: «Puede que legalmente sean faltas menores, pero sus efectos sobre las mujeres pueden ser mayores». Mi opinión, meditada y reconsiderada a lo largo de cuarenta años, es que la única manera de avanzar es trabajar para reducir el impac-

to de estas faltas sobre las mujeres, en lugar de esperar que los tribunales persigan a todos los culpables y apliquen la ley con la máxima severidad. Está en manos de las mujeres convertir la exhibición del órgano masculino en algo tan trivial y sin sentido como ya lo es la exhibición intencionadamente grotesca del cuerpo femenino. El pene no es algo temible y no deberíamos tratarlo como si lo fuese. Protestar contra la exhibición de los genitales masculinos como un delito contra la política del cuerpo supone exagerar el poder perturbador del falo.

Donna B. Schramm describe el horror de la violación con estas palabras:

La violación puede ser el suceso más aterrador en la vida de una mujer. El acto o los actos sexuales perpetrados persiguen a menudo el objetivo de humillarla y degradarla: pueden introducirle botellas, cañones de pistola o palos en la vagina o en el ano; puede verse obligada a tragar orina o a ejecutar una felación con tal violencia que puede temer ahogarse; pueden morderle los pechos o quemárselos con cigarrillos.<sup>9</sup>

La mayor parte de estas acciones pueden ser realizadas por una persona sin pene. Con su descripción de los horrores de la violación como una agresión sexual generalizada, Schramm deja abiertas las puertas a la posibilidad de que el tipo menos aterrador de agresión sexual sea la violación propiamente dicha. Además, el hecho de que un acto sexual tenga por objeto degradar y humillar no significa que necesariamente lo consiga. No estamos obligadas a aceptar el guión del violador. Si las mujeres no queremos aceptar el papel de víctimas natas, tendremos que empezar por rechazar la ridícula elevación del humilde pene a la condición de un arma destructora. Hasta qué punto han interiorizado las mujeres el guión falocrático

quedó memorablemente patente cuando Lorena Bobbitt le cortó el pene a su marido en vez de cortarle la cabeza. Y vuelve a quedar de manifiesto cada vez que colectivos de mujeres contra la violación sugieren que la castración sería un castigo apropiado. Lo más urgente es desmitificar el pene; perpetuar la mística del pene como un objeto sagrado cuya mera visión equivale a la muerte es lo que más nos puede perjudicar. De todas las partes de un hombre que pueden hacernos daño, el pene es la menos importante.

## EL DESPRECIO

Ninguna afirmación de *La mujer eunuco* provocó tantas burlas y desconcierto como la siguiente frase, citada casi siempre de manera incorrecta: «Las mujeres no tienen idea de lo mucho que las odian los hombres». La frase quería decir exactamente lo que decía: que las mujeres no saben cuánto las odian los hombres, en qué momentos las detestan y por qué las detestan. Enid Golightly estaba durmiendo tranquilamente en su cama una noche del mes de agosto de 1996 cuando su marido le golpeó la cabeza con un martillo, con tanta fuerza que algunas esquirlas de hueso se incrustaron en su cerebro hasta más de dos centímetros y medio de profundidad. El marido era un vicario de 52 años con un historial ejemplar de servicio al prójimo y su obispo declaró que le tenía por un buen cristiano y un buen amigo; estas consideraciones fueron hechas después de que el tribunal de Newcastle le declarase culpable de atacar intencionadamente a Enid con alevosía y le condenase a cinco años de cárcel. Golightly aseguró que había encontrado a su esposa desnuda en medio de un charco de sangre al pie de la escalera. Según la policía el charco de sangre había empapado el lecho conyugal. Cuando oyó la condena de su marido, Enid exclamó angustiada: «¡Cinco años! ¿qué voy a hacer yo ahora?». Había declarado en el juicio como testigo de la defensa. «Sé que él jamás me haría una cosa así», dijo. La policía, el juez y



el jurado no estuvieron de acuerdo. Aun así, durante los dieciséis meses que tardó en celebrarse el juicio, Golightly estuvo en libertad bajo fianza conviviendo en su casa con su mujer, que ahora tiene afectadas algunas funciones cerebrales. Marido y mujer llegaron a diario a los juzgados cogidos de la mano mientras duró el juicio. El obispo declaró: «La Iglesia lamenta profundamente ver a un miembro de su clero en esta situación». No mencionó para nada a Enid.<sup>1</sup>

---

En mi país, cada diez días muere una mujer debido a una agresión grave de un hombre de su familia más próxima o de un conocido íntimo.

MARIANNE ERIKSSON, diputada sueca

---

Cuando Jacqueline Newton dejó a su marido no imaginaba en absoluto que él iba a mezclar ácido clorhídrico con un decapador de pinturas que sabía que contenía un producto carcinógeno, se pondría el casco, cogería la motocicleta y se dirigiría a la tienda de vinos y licores donde ella trabajaba para rociarle la cara y el cuerpo con la mezcla inflamable, luego la perseguiría mientras huía dando gritos para continuar derramándole el líquido encima mientras ella yacía en el suelo de un almacén hecha un ovillo, aullando de pánico y de dolor. Jamás se le ocurrió pensar que el hombre que la iba a visitar a diario al hospital era el mismo que había hecho todo lo posible para dejarla desfigurada y lisiada. Cuando acudió a la televisión para pedir a su atacante que revelara su identidad dejó que éste se sentara a su lado. La policía ya sabía lo que a ella le costó tanto comprender, que el hombre que la trataba con tanta solicitud era también el que más la odiaba en el mundo.<sup>2</sup>

---

El repertorio de los Wu Tang incluye una preciosa canción sobre el acto de defecar sobre las chicas después de tener relaciones sexuales.

JULIE BURCHILL

Algunos hombres odian permanentemente a todas las mujeres, otros odian permanentemente a algunas mujeres y todos los hombres odian a algunas mujeres en algún momento. No sabemos si un tipo de odiamujeres predomina sobre los demás o si los tres existen en proporciones más o menos equivalentes. Cuando Susan McDonald empezó una relación con Milton Brown en mayo de 1996, no podía sospechar los abismos de perverso desdén que albergaba bajo su apariencia reposada. Cuando empezó a golpearla se dijo que era porque creía que ella le había sido infiel, o sea, porque la amaba. A pesar de las palizas, siguió saliendo con él. Finalmente, después de una paliza particularmente salvaje, él se negó a dejarla salir de su piso, excepto por las noches, cuando la llevaba hasta un local donde servían comida a los indigentes para que pudiera comer algo. Le clavó un punzón oxidado en el brazo y no le permitió ir a un dispensario para que se lo curasen. La golpeó con tanta saña que le rompió el brazo herido y varias costillas. Esa noche, ella por fin huyó cuando la llevaba al comedor de beneficencia.

Milton Brown parece ser uno de los hombres que odian permanentemente a todas las mujeres. Cuando empezó a maltratar de manera sistemática a Susan McDonald ya había sido acusado cuatro veces por violación. Una de las víctimas fue una niña de doce años que no se atrevió a declarar contra él en el juicio, tan grande era su terror. Aunque al menos debía ser culpable del delito de violación, se le permitió negociar una declaración de culpabilidad; a cambio de declararse culpable de dos cargos por mantener relaciones sexuales ilícitas con la menor, obtuvo la libertad condicional, con un período de prueba de dos años. Susan McDonald sólo consiguió huir cuando la llevaba al comedor benéfico porque se cruzaron con una mujer con claros síntomas de ebriedad, que distrajo su atención. Brown la siguió, la agredió sexualmente y se la llevó a su piso donde la sometió a diez horas de tormentos.

Cuando se celebró el juicio por esta última agresión, el agresor, que se hizo cargo de su propia defensa, obligó a la mujer a repetir una y otra vez su declaración durante dos días seguidos. Otra mujer, que le conoció frente a un club de jazz del Soho, aceptó su oferta de alojamiento y le acompañó a su casa. Brown la violó en tres ocasiones en el curso de quince horas, amenazándola con una navaja. En el juicio, la obligó a declarar durante tres días. Milton Brown consiguió transformar su derecho legal a llevar su propia defensa en una licencia para torturar a dos mujeres durante días seguidos ante un público que nada podía hacer para evitarlo.<sup>3</sup>

---

Los hombres no maltratan a las mujeres porque tengan un problema de baja autoestima. No son un grupo marginal de la sociedad con problemas emocionales que merezca compasión. No existe ningún ciclo de la violencia. Un hombre pegará a una mujer por cualquier motivo. No porque se haya empezado a mostrar “más asertiva”, sino sencillamente porque está allí, como un blanco, y cualquier cosa puede servir de excusa.

VIQUE MARTIN, *Simba* 9

A otros odiamujeres también les ha resultado difícil resistirse a este placer. El primer precedente lo creó Raltson Edwards, que había fantaseado tanto sobre la oportunidad sin precedentes de torturar a su víctima que le ofrecería su juicio por la violación de Julia Mason, que guardó para esa ocasión, sin lavarlas, las ropas que vestía cuando la violó. Los precedentes obligaban a la juez a permitir que se tomase el tiempo que creyese necesario para plantear su defensa; si hubiese obrado de otro modo, eso podría haber sido motivo de apelación. También tuvo que procurar que no pareciera que le acosaba para evitar despertar simpatías en el jurado. En consecuencia, Edwards tuvo el placer de obligar a declarar a su víctima durante seis días. Robert Roscoe, presidente del

comité de derecho penal de la Asociación de Juristas declaró que se trataba de «un lamentable incidente, pero [...] es sólo un caso aislado que es poco probable que se vuelva a repetir».<sup>4</sup>

---

Por molesto que resulte, lo cierto es que se puede disfrutar enormemente del sexo con una persona que uno no ama ni aprecia; de hecho, dadas las circunstancias adecuadas, el odio es un afrodisíaco eficaz.

DENNIS ALTMAN<sup>5</sup>

Roscoe se equivocaba. Coincidiendo con su declaración, una estudiante japonesa violada por cinco jóvenes soportó un interrogatorio de 31 horas a manos de sus abogados, un tormento que alcanzó un récord de doce días. El juez les dijo a los acusados: «Esta chica ha tenido que revivir durante más de treinta horas el tormento en un tribunal público y delante de personas totalmente desconocidas. Ustedes incluyeron sugerencias insultantes en sus instrucciones. Ustedes, no sus abogados, han añadido el insulto a la injuria, sometiéndola a una nueva humillación». La fortaleza que demostró esa “chica” anónima, que acudió a declarar sin el apoyo de ninguna persona de su familia porque había querido evitarles el sufrimiento de conocer su humillación, no fue suficiente para convertirla en una mujer a los ojos del juez. En cuanto los odiamujeres descubrieron que podían usar la sala de juicio como cámara de torturas todos empezaron a hacerlo. Floyd Bailey siguió el precedente establecido por Raltson Edwards y obligó a la mujer que le había denunciado por violación a describirle gráficamente sus genitales.<sup>6</sup>

El Ministro del Interior laborista está buscando ahora un medio para proteger a las víctimas de violaciones de este tormento, pero si no puede hacerlo sin comprometer los derechos de los acusados, la cosa no tendrá solución. Las feministas han

alegado durante veinte años que el sistema judicial consagra el menosprecio contra las mujeres y actúa en su contra, y se las ha acusado de quisquillosas e irrazonables por señalarlo. En 1981, Lynne Griffiths entró en una papelería contigua al banco donde trabajaba y la atendió un hombre llamado David Daniels, que empezó a acosarla con cartas y llamadas telefónicas. En 1983, Daniels fue condenado a cadena perpetua, después de declararse culpable de una violación y tres intentos de violación. Había apuñalado a una de sus víctimas y a otra la había amenazado con cortarle un pecho. Continuó persiguiendo a Lynne Griffiths desde su celda; en 1992, ésta escribió una carta a la policía de Gales del Sur, en la que manifestaba que jamás había tenido ninguna relación con Daniels y que temía ser su siguiente víctima si quedaba en libertad bajo palabra. La palabra le fue denegada. Daniels presentó un escrito de queja por difamación, pero el caso fue desestimado por considerarlo frívolo y un abuso de las garantías procesales. Daniels apeló. La abogada Cherie Booth alegó ante la Corte de Apelaciones que la carta de Lynne Griffiths era en efecto difamatoria y que se debía conceder a Daniels el derecho a presentar demanda. Los tres jueces aceptaron sus argumentos. Como consecuencia inmediata, Lynne Griffiths tuvo que pagar las costas del juicio anterior, estimadas en 50.000 libras esterlinas y puede tener que pagar también las de una demanda por difamación ante el Alto Tribunal.<sup>7</sup>

Cuanto más densa se vuelve la ciénaga de la misoginia que todas y todos tenemos que vadear, más ruidosamente se condena a cualquiera que se atreva a señalarla. Es tan fácil vilipendiar a las mujeres acusándolas de odiar a los hombres, lo cual es rotundamente falso, como resulta difícil echarles en cara a los hombres su odio contra las mujeres, que es real, omnipresente y evidente. Cualquiera mujer que señale el hecho obvio de que los hombres odian a las mujeres será calificada como una “odiahombres” que se ha ganado a pulso su desdén.

---

Supongamos que hubiese cometido ese crimen [...] Aunque lo hubiera hecho, habría sido porque la quería muchísimo, ¿verdad?

O.J. SIMPSON<sup>8</sup>

---

No tiene sentido intentar determinar los motivos por los que los hombres odian a las mujeres ya que el odio es irracional. Una mujer que intente entender la crueldad de los hombres hacia las mujeres se encuentra de nuevo con la mera antipatía, que es lo que significa el sexismo. Éste es una antipatía hacia las personas del sexo opuesto, tanto en los hombres como en las mujeres, aunque quienes de hecho la sienten son los hombres. Aunque se acusa a toda clase de mujeres de odiar a los hombres, ninguna mujer ha torturado jamás a un hombre indefenso como torturan algunos hombres a mujeres indefensas. Las mujeres no disponen de un amplio vocabulario de insultos para designar a los hombres como los que todos los hombres aplican a diario a las mujeres. El peor insulto que puede dirigirse a una persona es llamarla “*cunt*” (coño). “*Prick*” (picha), aunque el término también es despectivo, designa a una persona encantadora en comparación. Los hombres, heterosexuales o gays, abominan del coño.

James Smith tiene ahora 50 años y está en la cárcel. Entre 1980 y 1982 tuvo una relación con Tina Martin, cuyo cuerpo usó como un saco de arena para entrenar sus puños cuando estaba embarazada de su criatura. En 1982, Smith inició una relación con una joven de 15 años a la que intentó ahogar. Luego conoció a Kelly Ann Bates. Ella tenía 14 años. Al cabo de tres años, la retuvo prisionera durante un mes y durante el cautiverio se divirtió arrancándole los ojos, apuñalándole luego las cuencas vacías y haciéndole cortes en las orejas, la nariz, las cejas, la boca, los labios, el cráneo y los genitales. Le escaldó las nalgas y el pie izquierdo con agua hirviendo y le quemó un muslo con una plancha. Le rompió un brazo y le aplastó las manos. Finalmente la ahogó en la bañera.<sup>9</sup> Dos

mujeres mueren cada semana en Inglaterra y Gales a manos del hombre con quien conviven. Cuando cualquier mujer muere asesinada, el sospechoso más probable es el hombre con quien convive. Su muerte suele ser habitualmente el desenlace final de una larga historia de odio, que la mujer maltratada interpretó como amor malogrado.

---

WHOA, Women Halting On-line Abuse (Mujeres contra los malos tratos *on-line*) ha inaugurado una página web: [whoa.femail.com](http://whoa.femail.com)

---

La crueldad de los hombres contra las mujeres no se puede explicar como una mera manifestación de agresividad ni tampoco como producto de un ataque de furia incontrolada. En julio de 1998, la Asociación Británica de Medicina hizo público un informe en el que estimaba que una de cada cuatro mujeres británicas son víctimas de la violencia doméstica, que abarca desde golpes, intentos de estrangulamiento o mordiscos, hasta relaciones sexuales forzadas; y recomendaban que se preguntase a todas las pacientes por posibles episodios de violencia doméstica, como ya se hace en los Estados Unidos. El mismo informe señalaba que las mujeres estaban más expuestas a sufrir agresiones cuando estaban embarazadas. La violencia doméstica no se reduce a una historia de huesos fracturados y ojos amoratados, de zarandeos y puñetazos. Los hombres violentos también acosan a sus parejas con amenazas e insultos, justifican sus bestialidades culpándolas de haberlas provocado y las mantienen en un estado de aterrado arrepentimiento. Es inútil preguntarse si los hombres les pegarían menos si las mujeres se mostrasen más sumisas o si plantarles cara podría ser una estrategia más adecuada. Los hombres maltratan a las mujeres porque disfrutan haciéndolo; las torturan como torturarían a un animal o le arrancarían las alas a una mosca o patearían al hinchado de un equipo contrario caído e indefenso, porque eso les excita. Los hombres más

instruidos obtienen la misma satisfacción torturando verbalmente a su pareja, minando su confianza, menospreciándola y zarandeándola emocionalmente. Cuando una mujer se encuentra atrapada en este ciclo sádico sólo puede hacer una cosa. No puede confiar en que conseguirá que su pareja renuncie a su bestial satisfacción o en que logrará apaciguar sus reproches o en que un día él acabará amándola como se merece. Lo único que puede hacer es dejarlo. Y él la perseguirá, la amenazará, iluminará su ventana con los faros de su coche en mitad de la noche, les pedirá a sus amigos que le ayuden a amedrentarla. Un compañero abusivo es el compañero más fiel; su adicción al placer de golpear y maltratar a su mujer hace que se resista a soltarla. Y esto es válido tanto en el caso del caballero con traje a rayas que entretiene sus horas de ocio humillando a su esposa como en el caso del que la apuñala y la extorsiona.

---

Algunos chicos dicen cosas francamente desagradables sobre el aspecto o la manera de hablar o de actuar de una chica. Pero, por increíble que parezca, ésa puede ser su manera de decirte que les gustas.

Publicado en la revista *Shout*<sup>10</sup>

---

Por fin, hemos comprendido que la violación no tiene nada que ver con el apetito sexual y sí mucho con el desprecio; el acoso sexual también tiene su origen en el odio y el resentimiento contra la mujer intrusa. Ahora nos falta comprender que el desprecio es fuente de placeres particulares y que éstos son adictivos. Un hombre brutal puede satisfacer su adicción durante muchos años sin que se sepa. Incluso ahora que ha aumentado mucho la sensibilidad con respecto a las violaciones, el acoso sexual y la violencia doméstica en comparación con lo que ocurría hace treinta años, un hombre tiene que tener muy mala suerte para que reciba algún castigo. De los 512 incidentes de violencia doméstica denunciados en Londres en

1997, sólo 107 se saldaron con la detención del agresor; sólo 31 hombres fueron acusados luego, y nueve mujeres retiraron posteriormente la acusación. Sólo 19 de los casos llegaron a los tribunales y sólo 13 hombres fueron condenados. De éstos, sólo dos fueron a la cárcel; el resto pagaron multas o realizaron trabajos comunitarios, y dos quedaron en libertad condicional.<sup>11</sup> Las agresiones domésticas se consideran como delitos menos graves que las cometidas fuera del domicilio; los agresores deben afrontar cargos menores y es más probable que se atenúe la condena. Bajo la legislación británica, un hombre que haya asesinado brutalmente a su mujer puede defenderse alegando que ella le provocó, que le atosigaba continuamente hasta que por fin “se rompió la cuerda”; si la defensa consigue que se acepte esta alegación, se reducirá la acusación de asesinato a homicidio, y el asesino incluso puede quedar libre con una sentencia de uno o dos años de libertad condicional. La provocación, tal como la define la ley, puede consistir en meras palabras, ese temible “rezongar”. Por ello se entiende sencillamente quejarse de que a una nadie la escucha, formular una retahíla de quejas que no conducen a nada. En ninguna circunstancia es apropiado responder a una palabra con un golpe; cualquier sistema jurídico que consagre el derecho de un hombre a hacer callar a quien le habla de manera ofensiva pegándola hasta matarla es un sistema bárbaro. Los éxitos que consigue cada año la defensa basada en la alegación de que medió provocación en los casos de mujeres asesinadas por sus maridos, es prueba suficiente de que las mujeres siguen siendo desiguales ante la ley.

La mujer maltratada pocas esperanzas puede tener en que algo cambie mientras se empeñe en seguir confiando contra toda esperanza en que podrá mantener unida a su familia si perdona a su maltratador y acepta que la culpa es suya. Su fe ciega en que su maltratador la quiere, cuando en realidad la detesta, puede llegar a costarle la vida. Los programas más

eficaces contra la violencia doméstica son los que insisten en que se debe poner fin a la relación abusiva. En Gran Bretaña, la policía de Norwich detiene a los maltratadores y los obliga a dejar el hogar; una vez que se ha expulsado al maltratador, su pareja tiene derecho a pedir que le instalen un botón de alarma en el teléfono, que avisa a la policía y graba todo lo que ocurre. La policía tiene claro que no existe remedio posible mientras se mantenga la relación; a las propias mujeres les resulta mucho más difícil llegar a la misma conclusión, sencillamente porque no pueden creer lo mucho que las odian sus hombres.

La impotencia de las mujeres para conseguir protección contra los abusos y reparación por los mismos es tan notoria en los casos de acoso sexual en el trabajo y de violación como en el caso de la violencia doméstica. La mayor parte de las violaciones y del acoso sexual se cometen fuera del alcance de la ley; una y otro están engastados en la textura de las relaciones cotidianas entre los hombres y las mujeres. Una cita amorosa se convierte en una violación cuando la ausencia de amor en el interés del hombre ya no se puede disimular. Las relaciones sexuales conyugales se convierten en violación exactamente del mismo modo. En ambos casos, la mujer tarda en captar la implacable hostilidad que refleja la mirada de su hombre. No son atacantes desconocidos quienes violan, maltratan y acosan a las mujeres sino hombres a quienes ven a diario, hombres que creían que conocían u hombres a los que creyeron que podían ignorar. Que quede claro. Todavía no ha nacido el hombre que no llegará a odiar en algún momento a alguna mujer. Lo más probable es que ésta sea la que más autorizada está a esperar que la quiera. Las leyes y la policía nada podrán hacer para protegerla mientras ella insista en acariciar la falsa ilusión de que lo que parece y da la sensación de ser odio, en realidad, es amor.

## LA MASCULINIDAD

La masculinidad es a la condición de hombre, al ser sexuado en masculino, lo que la feminidad a la condición de mujer. En otras palabras, por un lado está la condición natural, el sexo por así decirlo, y por el otro, la masculinidad, que es la construcción cultural, el género. Las feministas, que en otro tiempo hablaban de discriminación sexual, ahora suelen hablar de roles de género, ya que lo que es posible y necesario cambiar es la construcción cultural; el sexo, como dato biológico, es mucho menos susceptible de ser modificado. La distinción es análoga a la que se observa entre el genotipo, que está inscrito en el ADN, y el fenotipo, que es cómo ese inmenso texto se concreta en la práctica. El potencial del genotipo es enorme; el fenotipo es la criatura finita, que representa todo lo que es posible conseguir, a partir de esas posibilidades casi infinitas, en el lapso de una sola vida bajo un conjunto determinado de circunstancias.

---

Un hombre se siente más hombre cuando se impone sobre otras personas y las convierte en instrumentos de su voluntad.

BERTRAND DE JOUVENEL, *El poder*<sup>1</sup>

---

Un artículo publicado en la revista *Nature* en junio de 1997 argumentaba que la masculinidad (como cualidad diferenciada

de la condición de hombre) era genética; David Skuse, del Child Health Institute, y un equipo del Laboratorio Regional de Genética de Wessex habían estado estudiando el síndrome de Turner, causado por la presencia de sólo una X en el último par de cromosomas. A pesar de que carecen de útero y de ovarios, a estos individuos con una sola X se les clasifica como de sexo femenino. En general, presentan enanismo y son estériles. Los investigadores observaron que estas “niñas” con una sola X presentaban características “masculinas”, en el sentido de una falta de sensibilidad y un carácter exigente y cerril. El equipo investigador explicaba estos rasgos por la ausencia de las características femeninas de la intuición y la sociabilidad, en las que las niñas suelen destacar más que los niños, de lo cual inferían que éstas debían estar inscritas en la segunda X. Los individuos con una sola X que la habían heredado de su madre tenían mayores problemas de adaptación social que los que la habían heredado del padre. Peter McGuffin y Jane Scourfield de la Escuela de Medicina de la Universidad de Gales acogieron con agrado esta información.

Se ha tendido a subvalorar la posible intervención de la biología como explicación de las diferencias psicológicas entre hombres y mujeres. Por primera vez, tenemos datos sobre la localización de un gen que tiene una intervención en este aspecto, que pone en entredicho la convicción dominante según la cual las diferencias de género están determinadas culturalmente en su mayor parte.<sup>2</sup>

Esta interpretación parece demasiado tajante cuando se examina con mayor detenimiento el verdadero alcance de la nueva información. El equipo de Skuse había evaluado a 88 individuos con el síndrome de Turner sobre la base de un cuestionario de insociabilidad; aquellos cuyo cromosoma X procedía del padre alcanzaron una puntuación de cinco sobre

un total de 24, aquellos cuyo cromosoma X procedía de la madre alcanzaron una puntuación de nueve, frente a una puntuación de cuatro en los niños y dos en las niñas de una muestra de control. Los niños y niñas con el síndrome de Turner parecen tener problemas de socialización bastante más importantes que los niños normales con el par XY, que obtuvieron una puntuación más próxima a la de las niñas con el par XX. Cabe pensar que una prueba de “insociabilidad” que establezca una puntuación máxima de 24 cuando la norma es de entre 2 y 4 debe incluir un número apreciable de variables significativas; podemos preguntarnos si todo el grupo de “niñas” con una sola X presentaban el mismo tipo o tipos diferenciados de insociabilidad. ¿Qué parte de la hosquedad de los individuos con una sola X podría ser atribuible al trato diferenciado recibido de sus progenitores y de las personas encargadas de su cuidado? Etcétera.

---

Él [el presidente Clinton] encarna una virilidad masculina que hace tiempo que está siendo blanco de ataques en los Estados Unidos.

KATIE ROIPHE<sup>3</sup>

---

Pese a todo el revuelo que provocaron, Skuse y su equipo no habían demostrado que los hombres masculinos nacen así. Desde luego, estaban muy lejos de haber ofrecido datos suficientes para contrarrestar el enorme volumen de investigaciones sobre cómo éstos se “hacen”. El proceso comienza cuando la persona encargada del cuidado de la criatura, que ella cree que es un niño, se apresura a darle de comer cuando llora; esa misma persona dejará llorar más tiempo a la criatura cuando cree que es una niña e intentará apaciguarla con mimos en vez de alimentarla. Parece una idea absurda, pero así lo demostró una serie de experimentos que se ha hecho famosa, en los que se entregó a los sujetos criaturas envueltas en un chal y se les atribuyó un sexo al azar. Los sujetos a quienes les

habían indicado que un bebé niña era un niño, lo trataron como tal y respondieron rápidamente a su llanto, que interpretaron como una demanda de alimento. Aquellos a quienes se les indicó que un bebé niño era una niña, la dejaron llorar más rato y se mostraron relativamente reacios a ofrecerle alimento. Las observaciones del amamantamiento han permitido constatar asimismo que se da el pecho más a menudo a los niños que a las niñas y las tetadas son más largas en el caso de los primeros. Las madres ven a los niños como criaturas más hambrientas y más comilonas que las niñas; probablemente esto significa que les gusta más dar el pecho a los niños que a las niñas, por el motivo que sea. Sabemos menos de lo que deberíamos sobre estos mecanismos porque se han realizado muy pocos estudios sobre la psicología de la lactancia, igual que sucede con todos los demás aspectos del funcionamiento de la mujer sana. El bebé aprende que puede conseguir lo que desea y puede conseguirlo con rapidez; la bebé aprende que debe ser paciente. Se arrulla a los bebés varones en un tono distinto. Se les adiestra más tarde en el control de esfínteres. La sociabilidad e intuición que Skuse evaluó en las niñas con un par de cromosomas XX es simplemente otra manera de pedir lo que desean y es muy posible que tenga sus raíces en la inseguridad que siente la niña en su relación tanto con su madre como con su padre.

---

¿Os parece que los hombres sirven para algo? Yo diría que están destruyendo el mundo.

NINA SIMONE, 1997<sup>4</sup>

---

Luego está el controvertido tema del amor paterno y el amor materno. Las hijas desarrollarán una mayor confianza en sí mismas si sus padres estimulan y aprecian sus esfuerzos, pero es raro que éstos presten demasiada atención a estas cuestiones y cuando lo hacen, suelen exigir una verificación

objetiva de los méritos de la hija antes de alentarla. La seguridad de los chicos se ve reforzada, en cambio, por la atención de la madre, que es abundante y raras veces condicionada. Ya sea debido a que la primera relación amorosa de una chica (con su padre) es inevitablemente un fracaso, en contraste con la facilidad con que el chico conquista sin ningún esfuerzo a su madre, ya sea como resultado de la interacción de causas más complejas y misteriosas, los chicos crecen con el convencimiento de que son adorables cualquiera que sea su aspecto y su conducta. El más patético, desastrado y desgarrado individuo de sexo masculino, aun así, imagina que las mujeres le encontrarán atractivo y está dispuesto a actuar sobre esta base. Además, también se considera autorizado a criticar de manera tan despiadada como cualquier otro varón todos y cada uno de los detalles de la apariencia de una mujer.

Hasta hace relativamente poco, se vestía del mismo modo a los niños y a las niñas y unos y otras tenían un aspecto muy parecido, hasta que al niño le ponían pantalones y le hacían un corte de pelo masculino. Mientras seguía pegado a las faldas de su madre, se esperaba que el chico tuviese aires de niña y no debía avergonzarse de sus lágrimas. La edad a la que debía comenzar la inducción de la masculinidad no estaba claramente determinada y era variable, sobre todo porque las madres lloraban y se defendían como fieras ante la mera idea de entregar a sus bebotes a los maestros de escuela, de los cuales se esperaba que les enseñasen a soportar el dolor sin pestañear como condición previa para cualquier otro aprendizaje. Se considera que Elizabeth Barrett Browning exageró un poquitín al dejar que los rizos rubios de su hijo le cayeran sobre los hombros hasta casi pasados los diez años, momento en el cual ya era supuestamente demasiado tarde para convertirlo en un hombre. Si bien cabe confiar en que la brutalidad de los maestros ya es cosa del pasado, hombres relativamente jóvenes han sufrido actos de brutalidad extrema a manos de sus profesores.

Un artículo publicado en la revista *loaded* describía casos de profesores que daban puñetazos en el estómago a sus alumnos y les golpeaban con palos. Esta es la descripción de uno de ellos:

Era una mole de piedra picada con la cara roja y malhumorada y cejas extraordinariamente pobladas, un ex soldado con los principios morales de una mosca cojonera y un temperamento más cruel que un invierno en Moscú. Un hombre que parecía haber venido al mundo con la única finalidad de aterrorizar a todos y cada uno de los varones adolescentes a su cargo.<sup>5</sup>

El hecho de que se siga conservando la expresión “hacerse un hombre” es la mejor prueba posible de la deliberación con que se encauza a la persona de sexo masculino hacia la configuración del hombre masculino. Al niño se le repite una y otra vez que tiene que hacerse un hombre, especialmente cuando se incorpora a alguna organización paramilitar, como el movimiento boy scout, la escuela de cadetes o la academia de oficiales. En un plano sólo un poco menos beligerante, se le alienta a participar en deportes de equipo, a habituarse a los juegos rudos y a soportar “como un hombre” los golpes y los castigos. Por regla general, siempre que sea posible tomará como modelo a su padre, presente o ausente, vivo o muerto. Para el joven, la virtud primordial de la masculinidad es el valor, que se expresa en forma de estoicismo ante las vicisitudes de la vida cotidiana y como beligerancia ante una amenaza. Se supone que un hombre no se debe doblegar y debe ser duro en todos los sentidos. Por lo tanto, se le enseña a controlar sus gestos, a mantener los brazos y las manos quietos y el rostro impassible. Su postura debe ser contenida e impermeable. Los hombres de verdad no se aturullan ni corretean. Estas exigencias no se las han impuesto las mujeres sino los demás hombres.



que demuestran su propia dureza desafiando continuamente a otros hombres a medirse con ellos en reiteradas pruebas de potencia física y mental. Las mujeres a menudo son cómplices del proceso; algunas madres se burlan de sus hijos cuando les parece que son cobardes; algunas esposas y novias incitan a sus hombres a salir en su defensa atacando a otros hombres. Sin embargo, en general, si bien es cierto que las mujeres convierten a los bebés en muchachitos, son los hombres quienes convierten a los niños en hombres. Aun cuando en estos tiempos ilustrados, las maestras y maestros pueden alentar a los niños a que expresen sentimientos más tiernos, incluido el llanto, esta erosión de la masculinidad se compensa con creces en el patio del colegio, en el campo de deportes y en la calle. Los chicos y los hombres jóvenes forman grupos encabezados por individuos dominantes y se ponen a prueba enfrentándose con otros grupos, a la vez que compiten entre ellos por el poder y la antigüedad. El grupo puede tener tan pocas connotaciones machistas como un equipo de cricket, pero, aunque el juego se practique con correcta deportividad, los individuos se ven envueltos también en este caso en el drama de la adquisición y la pérdida de prestigio.

---

Mis tíos me llevaban con ellos con la sola finalidad de que aprendiera a luchar, y la lección era que no debía perder una pelea, pues de lo contrario me darían una tunda.

JONAH LOMU<sup>6</sup>

---

Los hombres no sólo dan órdenes, sino que también las reciben. Un hombre masculino está siempre pendiente del papel que desempeña en los diversos grupos de los que forma parte y a través de éste obtiene la confirmación de su valía. Cuando se relaciona con mujeres lo hace en parte o incluso fundamentalmente para demostrar sus proezas a sus compinches; no tiene ningún sentido de lealtad hacia las mujeres. Estará dispuesto a

ceder a otro hombre la mujer con quien ha mantenido una relación de intimidad, sin sentir la menor punzada de celos, si eso puede mejorar su estatus. Las mujeres jóvenes tardan en comprender hasta qué extremo son irrelevantes desde el punto de vista del núcleo emocional de la vida de un hombre masculino, sobre todo porque los hombres jóvenes constituyen el eje emocional de la vida de las mujeres jóvenes. Para triunfar, los hombres jóvenes tienen que conseguir que otros hombres les respeten; éste es el resorte que impulsa todo su comportamiento, en el trabajo y en el ocio. Tienen que adquirir una enorme cantidad de conocimientos específicos, principalmente sobre temas deportivos, pero también sobre coches y otros juguetes de hombres, materias sobre las que las chicas no están informadas y son ignorantes y tienen que mantenerse al día, lo cual requiere dedicación. A un hombre con un físico poco imponente le queda el recurso del humor; los hombres duros a los que no puede emular le mimarán si consigue ser divertido.

---

A pesar de los progresos hacia la igualdad sexual, muchos hombres todavía se sienten cohibidos cuando tienen que comprar pañales. Temen que la gente les tome por unos calzonazos, maridos dominados por esposas que les envían a comprar pañales. Exhibir con orgullo un paquete de media docena de cervezas al lado de los pañales transmite el mensaje de que él es un hombre-hombre.

NICK GREEN, gerente de Tesco Clubcard<sup>7</sup>

---

Siempre que se reúne un grupo de hombres, en la bolera o en un restaurante, es posible observar cómo los aspirantes están pendientes de los machos dominantes, atentos a sus reacciones, intentando juzgar cuándo les conviene ceder y cuándo deben desafiarlos. Siempre habrá un hombre que pueda hacer callar a los demás con una mirada; la mayoría cederán, puede que alguno le plante cara o finja hacerlo, ofreciéndole al líder la oportunidad de pavonearse, y luego están los machos jóve-

nes, que intentan congraciarse con el superior, cediéndole el paso, acercándole las cosas y dándole caba. La presencia de mujeres en estos grupos distrae a los hombres de su verdadera ocupación, suponiendo que reconozcan su presencia, cosa que generalmente no ocurre. La conversación tiene lugar entre los hombres; cuando las mujeres hacen algún comentario, lo ignoran y responden a la última frase pronunciada por un hombre. Con frecuencia, la única mujer presente es la esposa sonriente y callada del hombre dominante, que se muestra satisfecho cuando sus subordinados le prestan la dosis adecuada de atención. El tipo de consorte así exhibida suele ser particularmente decorativa; el macho dominante observa complacido la actitud recelosa de sus lacayos, que no se atreven a mirarla ni a hablarle, mientras ya están soñando con conseguir una muñeca de ejecutivo como ésa para su propio disfrute.

La masculinidad necesita que se generen situaciones peligrosas, reales o simbólicas. El mito que la alimenta dice que todo niño varón debe convertirse en un guerrero fuerte y decidido, capaz de defender a sus mujeres y sus criaturas de los ataques de otros hombres. Un hombre debería ser más alto que una mujer y más musculoso. Como escribió un oficial de la Marina estadounidense en *Navy Times*, en julio de 1989:

Los guerreros matan. Si alguien es incapaz de matar, por el motivo que sea, ese individuo no es un guerrero. Los hombres son mejores guerreros que las mujeres porque saben matar mejor que ellas en las guerras.

Las mujeres no pueden competir en el campo de batalla, del mismo modo que tampoco pueden competir contra los hombres en el deporte profesional. Las mujeres no poseen ningún récord olímpico de fuerza o de velocidad. También son más débiles y más lentas como media. Las batallas y las guerras se ganan sobre la base de la fuerza, no de la debilidad.<sup>8</sup>

Vale la pena analizar estas afirmaciones que revelan un planteamiento típicamente masculinista. “Matar en la guerra” se presenta como una actividad marcada por el género, con la inferencia tácita de que cualquier hombre que no sea apto para “matar en la guerra” no es todo un hombre. El papel de la tecnología moderna, que dado su carácter inanimado carece de género, se transfiere a un superhombre mítico que es bueno para matar, no porque esté equipado con un armamento de una eficacia devastadora, sino porque es, en cierto modo, un atleta. Sólo una ínfima proporción de hombres podrán aspirar a conseguir jamás un récord olímpico, pero los logros de los hombres que los tienen confieren poder a todos los hombres. La sugerencia de que el más débil de los hombres ha de ser más fuerte y más rápido que cualquier mujer es obviamente absurda. El efecto final del mito de la masculinidad es que genera ansiedad en la inmensa mayoría de los hombres, que no pueden estar a su altura. El culto a la masculinidad induce a muchos hombres, conscientes de su falta de agresividad y de arrojo, a renunciar por completo a los atributos convencionales de la virilidad. La masculinidad incontrolada genera justamente la situación que más le horroriza: el afeccionamiento sistemático de los hombres que no pueden adaptarse a sus reglas del juego.

La masculinidad es un sistema. Es el conjunto de conductas aprendidas y de interacciones sutilmente codificadas que constituyen el tejido conectivo de la sociedad corporativa. Las mujeres reclutadas en las filas de las jerarquías masculinistas son un tejido extraño, que continuamente corre el riesgo de provocar una respuesta inflamatoria o un rechazo sin paliativos. Los corredores de bolsa de Wall Street son una muestra característica de una elite masculinista constituida mediante un proceso de autoselección, cuya vinculación se basa en la participación compartida en experiencias intensamente transgresoras. Los más jóvenes hacen méritos frente a los machos alfa persiguiendo a los miembros subalternos y,

muy especialmente, a las mujeres. Los hombres de una correría de Wall Street solían celebrar reuniones de copas en la “sala de los truenos”, decorada con un urinario colgado del techo, de las que estaban excluidas las mujeres. Allí le ajustaban las cuentas a cualquier mujer que osase quejarse del incesante abuso verbal y acoso físico que todas tenían que soportar. Pamela Martens, una corredora de bolsa de 50 años, describió Wall Street como «una red de viejos camaradas donde es preciso reproducir esos comportamientos de una agresividad bárbara si una desea progresar».<sup>9</sup> La Bolsa británica no es más civilizada: a los corredores exitosos se les solía llamar “grandes badajos” y a las mujeres, “nenas” o “mamás” o “lesbianas”, si tenían la más mínima fama de feministas.

---

Ha llegado la hora de que todos los tíos salgan del armario. No tenéis que avergonzaros de vuestros calzoncillos fétidos y vuestros calcetines de deporte apestosos. ¡Dejad el asiento del váter levantado sin ningún pudor! Ha llegado la hora, no sólo de vivir con orgullo nuestra condición de tíos, sino de que asumamos en todos los aspectos el estilo de vida masculino.

«Guy Pride», manifiesto, *Maxim*, marzo 1997

---

Las intrusas son a menudo perfectamente conscientes de la intensidad de los procesos intermasculinos de negociación y consolidación que tienen lugar a su alrededor. Cuando las cosas se ponen difíciles, los tipos se reúnen entre ellos para urdir su estrategia. La mujer que crea ser juzgada por sus méritos y no como una pieza en una lucha a largo plazo por el poder, sólo conservará su posición destacada mientras les sea útil para sus fines. No es casual que las mujeres reclutadas en las filas de las jerarquías masculinas muy raras veces se identifiquen con las demás mujeres o defiendan los intereses de las mujeres. De haberlo hecho, no habrían llegado tan alto en la organización. El ejemplo más evidente de este mecanismo

es el de Margaret Thatcher, incorporada a la jerarquía del Partido conservador como un elemento irritante, cuyo curioso éxito le permitió ampliar la tolerancia masculina hasta un grado sin precedentes, para acabar finalmente desechada sin contemplaciones con modales sexistas y discriminatorios contra las personas mayores.

Según señalaba Ken Auletta en un artículo publicado en el *New Yorker*, las ejecutivas de la industria del espectáculo estadounidense consideran que las «mujeres son mejores directivas –más atentas a las necesidades de los demás, más inclinadas a actuar de manera colectiva, más comunicativas, más instintivas–, y que estas cualidades casan mejor con la cultura empresarial del trabajo en equipo y la cooperación que ha llegado a ser emblemática de la era de la información. La mayoría piensa que la calidad de nuestras películas, nuestra música, nuestra televisión, nuestro software y el resto de nuestros productos de comunicación mejorará a medida que las mujeres vayan adquiriendo cada vez mayor autoridad».<sup>10</sup> La fotografía que ilustraba el artículo mostraba a 24 mujeres, aparentemente premenopáusicas, de aspecto absolutamente conformista; ninguna llevaba gafas; casi todas sonreían, decorosamente más que con una abierta sonrisa; todas llevaban los labios pintados; todas vestían traje chaqueta con zapatos de tacón; todas lucían un peinado impecable; más de la mitad tenía el pelo rubio. Si tenemos que agradecerles a ellas el actual estado de la industria del espectáculo, infestada de la más burda misoginia, ebria de violencia rebuscada y trivializada, debe ser sin duda un grupo muy curioso de mujeres. La vieja norma probablemente sigue siendo válida: si las mujeres ocupan las oficinas de dirección, señal que el poder se ha refugiado en alguna otra parte. Insistir en destacar que el estilo directivo de las mujeres es básicamente más suave y acomodaticio es un excelente método para garantizar que el poder continúe donde está, en los lavabos y vestuarios masculinos.

## LA IGUALDAD

Las feministas impopulares “luchan” por la liberación; las feministas populares se esfuerzan por conseguir la igualdad. En *Who Stole Feminism?* (¿Quién se apropió del feminismo?), Christina Hoff Sommers argumenta que las malas feministas, o sea, las activistas del género, arrebataron el movimiento a las buenas feministas, o sea, las feministas convencionales que propugnan la igualdad desde una posición moderada, sin pretensiones. «No están adscritas a ninguna doctrina feminista en particular; sencillamente desean para las mujeres lo mismo que desean para todo el mundo: “unas reglas del juego imparciales y a favor de ninguno”.»<sup>1</sup> Éstas son las feministas que pueden gustarle a cualquiera. Hasta las personas más liberales estarán de acuerdo en que las mujeres deben cobrar el mismo salario por el mismo trabajo, siempre que hagan el mismo trabajo. Las mujeres deben tener igualdad de oportunidades, siempre que no pidan consideraciones especiales y estén dispuestas a hacer como los hombres y anteponer su trabajo a todo lo demás. La igualdad significa aceptar lo malo junto con lo bueno, compartir la opresión que sufren los hombres, además de sus privilegios. Los paladines de la igualdad sonrían siniestramente mientras contemplan cómo las mujeres se abren paso hasta la obra, acarrear los ladrillos codo con codo con los hombres, y hacen rondas policia-

les, apagan fuegos con los bomberos, entierran muertos en los cementerios al lado de los hombres, soportan las mismas vejaciones que los hombres. Si a los pilotos de la Marina estadounidense les clavan las alas en el pecho cuando consiguen su licencia para volar, también les clavarán las insignias en el pecho a las mujeres, ¡jo jo jo! Ahora veremos si las mujeres son capaces de soportar la igualdad. Se acabó la política del victimismo; las mujeres tienen que demostrar que son capaces de caminar solas por el mundo [de hombres]. Una mujer no es un pelele.

---

Que tengas dulces sueños, Nina; siempre fuiste uno de los chicos.  
Inscrito en la banda de la corona funeraria de la oficial  
de policía Nina MacKay, muerta en acto de servicio

---

No parecen faltar mujeres dispuestas a entrenarse con tesón y acceder a los deportes masculinos más duros. Los jockeys que corren carreras de obstáculos se cuentan entre los hombres físicamente más curtidos de la tierra; sufren frecuentes accidentes durante la carrera y son pisoteados por los cascos de los caballos, y en cuanto se recuperan de sus fracturas vuelven a montar y a exponerse a los mismos riesgos. Sorprendentemente, ha habido mujeres que han conseguido superar las pruebas de acceso a la categoría de jockey profesional; en 1977, Charlotte Brew montó a Barony Fort en la carrera de obstáculos del Grand National, una de las carreras hípicas más arriesgadas del mundo. Hubo protestas de quienes nunca han visto con agrado que las mujeres montasen al lado de los hombres. Las mujeres tienen el cráneo más frágil, dijeron; por su propio bien, se les debería impedir ser jockeys profesionales. El argumento parece convincente hasta que una se pregunta si montar como amateur es acaso más seguro. Quizá se debería impedir que las mujeres montasen en cualquier circunstancia, si sus cráneos son tan frágiles. Las ama-

zonas replicarían que ellas quieren que les permitan correr el riesgo. Si la posibilidad de un accidente mortal o de sufrir lesiones no las disuade tampoco debería ser motivo para que otras personas les nieguen el derecho a participar. Otras dudas se plantean cuando nos paramos a considerar quiénes trabajan como jockeys y qué control tienen sobre su vida. Muy pocos jockeys mueren ricos. Los que se enriquecen son los propietarios de los caballos, que no arriesgan su vida ni sus huesos.

---

25 de febrero de 1998

La mujer “más fuerte” de Gran Bretaña, la triatleta Jo Amies-Winter, falleció en su cama a los 23 años. Se encontraron restos de cocaína, alcohol y Prozac en su sangre. En una competición celebrada en 1997, lanzó una llanta de 25 kilos a mayor distancia que todos los hombres participantes.

---

En mayo de 1999, Jane Couch, la “Asesina de Fleetwood”, ganó en Copenhague el título mundial de boxeo en la categoría de pesos medianos ante 3.000 espectadores en directo y otros 3,5 millones que contemplaron la retransmisión del combate a través de la televisión danesa. En el décimo y último asalto, en palabras de Nick Varley, de la sección de deportes del *Guardian*:

Couch no tardaría en ser coronada campeona, pero su cabeza rapada, antes blanca, aparecía teñida del rosa intenso de la sangre, tenía un ojo amoratado e hinchado, y parecía tener la mandíbula fracturada, como en efecto era el caso. La sangre procedía, sin embargo, de Sandra Gieger, que había sufrido una fractura de nariz en el segundo asalto. Después de salir invicta de 25 peleas, Gieger acabó la vigesimoséptima con la mano y varias costillas fracturadas, además de perder el título.<sup>2</sup>

La Asociación de Boxeo Amateur de Inglaterra anunció en noviembre de 1996 que a partir de octubre de 1997 quedaría autorizada la participación de mujeres y niñas mayores de diez años en combates amateur y de competición. Los primeros encuentros entre colegialas se celebraron en marzo de 1998. Hasta los partidarios del boxeo como una ocupación apta para los hombres jóvenes quedaron horrorizados. La prensa citó las siguientes declaraciones del doctor Adrian Whiteson, asesor médico de la Comisión de Control del Boxeo británica:

Estoy sumamente preocupado. Yo creo que no se conocen suficientemente los riesgos potenciales que pueden correr las mujeres para que se pueda adoptar semejante decisión. Los golpes en los pechos o el torso pueden provocar hematomas y los nódulos resultantes son difíciles de diferenciar de un cáncer. No digo que se incrementen los riesgos de sufrir un cáncer, pero ningún cirujano les diría: «Pueden irse tranquilas», sino que les extirparía el nódulo. Aunque las mujeres usen protectores pectorales, éstos tendrían que ser de acero para impedir que se formen hematomas. También debemos tener más información sobre qué ocurre durante la menstruación, cuando la mujer pierde sangre y aumenta su tendencia a la anemia. Una mujer podría combatir sin saber que estaba encinta.<sup>3</sup>

En febrero de 1997, Jane Couch compareció ante un tribunal laboral para protestar porque la Comisión de Control del Boxeo se había negado a concederle una licencia; y el doctor Whiteson tuvo que repetir de nuevo sus poco convincentes argumentos. Al final, el motivo para no concederle a Couch la licencia no fue la posibilidad de que combatiese estando embarazada o de que sufriera hematomas en los pechos y desarrollara nódulos, sino sencillamente que las normas de la Co-

misión de Control no autoriza que los boxeadores profesionales lleven el torso cubierto por encima de la cintura.

---

Hace poco le dejé un ojo morado a mi mejor amiga, Iva, cuando mi intención era darle en el brazo. Pelear con los puños forma parte de nuestros pasatiempos habituales cuando nos reunimos para emborracharnos entre amigas.

EMILY SHEFFIELD<sup>4</sup>

---

El boxeo es peligroso independientemente del género de quien lo practique y el boxeo profesional no es más peligroso que el boxeo amateur, sino más bien menos. Sólo un día antes de hacerse pública la decisión de la Comisión de Control del Boxeo británica, los médicos desconectaron los aparatos que mantenían con vida a Fabrizio de Chiara, cerebralmente muerto como resultado de un puñetazo mortal. Una vez se hubo acallado el alboroto en torno a las boxeadoras, quedó en el aire la pregunta de qué puede inducir a una persona, del género que sea, a pelear como un medio de vida. Históricamente, el boxeo ha sido una salida para chicos pobres sin otras oportunidades, que intentaban dejar atrás la miseria y la desesperanza a base de puñetazos. Los que han fracasado siempre han sido mucho más numerosos que los que han triunfado; finalmente, los únicos que salen ganando son los promotores que compran y venden a los boxeadores como si fuesen animales de primera. Un chico que decide venderse como boxeador es comparable al campesino que vende un riñón para conseguir un dinero que no puede obtener de ninguna otra forma. Mujeres boxeadoras actúan ahora como teloneras en las peleas de Mike Tyson; la modelo fotográfica Christy Martin cobró 75.000 dólares por actuar como telonera de la pelea entre Holyson y Tyson.

El concepto de la igualdad considera el *statu quo* masculino como la condición a la que aspiran las mujeres. Los hom-

bres viven y trabajan en una sociedad tiránica y con una aterradora falta de libertad. Una sociedad construida sobre la base de la opresión de los varones más jóvenes por los de más edad, de la tutela de los varones favoritos elegidos como sucesores en detrimento de los demás, de alianzas y conspiraciones, de ritos de iniciación y hermanamiento de sangre, de conductas antisociales compartidas, de ostracismos y castigos, de bromas pesadas, del espíritu de clan y la discriminación. En cuanto una mujer entra en un reducto masculino, sea la policía, las fuerzas armadas, la obra, la carrera judicial o el clero, se encuentra inmersa en un mundo ajeno y hostil que la transforma de un modo fundamental, aunque se esfuerce por ejercer una mínima influencia sobre él. Estos reductos masculinos, construidos para resistir las injerencias externas, han consolidado y perfeccionado sus métodos para conseguirlo a lo largo de muchas generaciones y son prácticamente impermeables a cualquier transformación. Los que aspiran a ocupar un lugar en sus filas tienen que aprender los resortes secretos y esgrimirlos luego para deshacerse de sus rivales. La mujer que llega a ser dirigente de un partido político convencional habrá tenido que demostrar que puede ser más despiadada que los hombres que militan en él. Muchas veces se dijo que Margaret Thatcher, a pesar de sus volantes y sus tacones de diez centímetros, era el único hombre de su gabinete.

«Luchamos por nuestros derechos, no para obtener privilegios. Los negocios no tienen género», declaró Anna Diamantopoulou, secretaria de estado del Ministerio de Desarrollo griego, en la conferencia de la OCDE sobre las mujeres empresarias de PYME, que se celebró en París en abril de 1997. Betsy Myers, directora de la Oficina de Iniciativas a favor de las Mujeres de la Casa Blanca, declaró que «la igualdad de las mujeres se define por su “empoderamiento” (*empowerment*) y la actividad empresarial representa el empoderamiento máximo». El derecho a obtener créditos no

es un derecho humano, la igualdad no se “define” por el empoderamiento, y la actividad empresarial no es la única forma de poder, si bien está muy relacionada con la opresión y la explotación. El *establishment* empresarial es tan intensa e instintivamente jerárquico como lo son todas las estructuras masculinas, y su modalidad de funcionamiento es la competencia. Las mujeres, por lo general, crean sus propias empresas pidiendo créditos personales o avalados por sus familias, muchas recurriendo simplemente a su tarjeta de crédito, porque los bancos se muestran reacios a hacer tratos con ellas y no tienen acceso a la red de influencias masculina. Se les cobran por sistema intereses más altos y se les conceden plazos más cortos porque se considera que representan un riesgo más elevado, lo cual contradice por completo la realidad de los hechos. Más allá de lo que pueda opinar Dimantopoulou sobre el género de los negocios, el mundo de los negocios se auto-define como masculino y no sólo eso, sino también como un mundo duro, voraz, predador y hostil. Dimantopoulou estaba expresando más de lo que era consciente cuando dijo que «lo que es un éxito natural para los hombres, para las mujeres es una conquista». Los perros devoran naturalmente a los otros perros, según parece, pero las perras son un poco distintas. Es cierto que en las páginas de “estilo” de los diarios y revistas se señala de manera habitual que las jefas son más duras y crueles que los jefes, lo cual puede atribuirse en gran parte a la percepción de los subordinados y subordinadas, que interpretan la firmeza y la claridad como una nota discordante cuando las manifiesta una mujer. También nos dicen que las empresas dirigidas por mujeres crecen con mayor lentitud que las de los hombres, atribuyéndolo implícitamente al menor afán competitivo de las mujeres y no a su falta de acceso a los fondos de financiación. Las mujeres empresarias, igual que les ocurre a las mujeres en cualquier campo de actividad, están sometidas a presiones contradictorias, tal como queda de

manifiesto en su atuendo: trajes sastre pero mostrando una buena porción de pierna, enfundada en finas medias, con tacones altos, los labios y las uñas muy pintados y grandes cantidades de perfume. No deben recordarle a nadie la más odiada de las figuras femeninas de autoridad: la maestra de escuela. Los zapatos de tacón son un objeto magníficamente contradictorio; igualan la estatura de la mujer a la del hombre, pero a la vez garantizan que no pueda caminar a su paso. Los zapatos de tacón alto están siempre presentes en las imágenes pornográficas. Los manuales de sexología estadounidenses les recomiendan a las mujeres que no se los quiten ni en la cama.

El Gobierno Wilson, elegido en 1975, que promulgó la Ley contra la Discriminación Sexual y creó la Comisión de Igualdad de Oportunidades, estaba formado por empresarios y abogados. La Ley contra la Discriminación Sexual se redactó con objeto de que las personas más progresistas pudieran hacerse la ilusión de que se reconocía la opresión que sufrían las mujeres y se iba a hacer algo para remediarla; a la vez que se tranquilizaba a los conservadores de ambos lados de la Cámara de los Comunes, dándoles la seguridad de que no era probable que ocurriesen grandes cambios y todo seguiría exactamente igual que antes. Jamás existió el más remoto riesgo de que los empleadores tuviesen que hacer frente a costosos reajustes de su política salarial, si bien la ley generaría millares de horas de lucrativo trabajo para los abogados y abogadas. Los primeros casos que examinó la Comisión de Igualdad de Oportunidades, creada para imponer el cumplimiento de la Ley, parecían haber sido seleccionados por su ambigüedad. En un caso tras otro, se debatieron interminablemente infinitud de matices para acabar desembocando en una desestimación de la demanda. La confusión se mantuvo con éxito hasta que se plantearon los casos de las mujeres embarazadas despedidas de manera improcedente de las Fuerzas

Armadas por este motivo. Éstos se diferenciaban por el hecho de que los motivos del despido se habían expresado con tanta claridad que era imposible negarlos. Una buena muestra de la actitud del estamento jurídico en relación con la igualdad es la composición del colectivo de 116 abogados entre los que se seleccionan los representantes del Gobierno en las causas civiles; en los dos grupos principales, encargados de los casos contemplados por el derecho consuetudinario y de los casos especiales en los que se dirimen cuestiones no recogidas en la ley escrita y para las que tampoco existe jurisprudencia, al igual que en el comité permanente encargado de los casos especializados, no figura ninguna mujer; 13 de los 72 miembros del comité de apoyo, formado por abogados y abogadas pertenecientes al segundo escalafón de letrados habilitados para actuar ante los tribunales superiores, son mujeres. Dado que el nombramiento para los puestos de mayor relevancia dentro de la fiscalía no se realiza por concurso, sino mediante “consultas secretas” entre la red masculina de poder, se considera que éstos quedan fuera del campo de aplicación de la Ley contra la Discriminación Sexual.

Dicha ley ha resultado un instrumento muy eficaz para cortar de raíz cualquier intento de discriminación inversa o discriminación positiva porque en estos casos el objetivo se debe expresar explícitamente. Si se quiere reservar una plaza de un aparcamiento para las mujeres, es preciso señalarlo de manera clara y evidente, y en el acto entra en aplicación la Ley contra la Discriminación Sexual. Esta consecuencia no es un azar ni mucho menos. La cláusula que establece que todas las partes del texto legal que hagan referencia a la discriminación contra las mujeres «se deben considerar extensivas al trato dispensado a los hombres» deja bien claro que la Ley está pensada como un parapeto frente a cualquier presión a favor de la discriminación positiva. Las personas bienintencionadas se indignaron cuando la Comisión de Igualdad de Oportuni-

dades, apoyándose en la Ley contra la Discriminación Sexual, contribuyó a financiar la demanda planteada a fin de frustrar el plan del Partido Laborista para establecer listas separadas de mujeres en la fase de preselección de candidatos, pero el grupo parlamentario laborista exhaló un sincero y profundamente sentido suspiro de alivio. En efecto, sólo seis de las nueve regiones habían conseguido establecer listas previas integradas exclusivamente por mujeres y la región del noroeste había seleccionado a una sola mujer. Todos los sondeos revelaban que dicha medida era en exceso impopular y podía hacerles perder votos. La Ley de Discriminación Sexual ayudó al nuevo laborismo a salir del atolladero con sus falsas credenciales feministas intactas. También se ha esgrimido con éxito la Ley contra la Discriminación Sexual para impedir que el Real Automóvil Club diese prioridad a las peticiones de asistencia de las conductoras no acompañadas, para evitar la creación de una compañía de taxis conducidos exclusivamente por mujeres y para prohibir la organización de cursos de natación sólo para mujeres en los centros deportivos.

La Ley contra la Discriminación Sexual ofrece las mismas ventajas que el sistema jurídico inglés en general, que obliga a la persona que desea conseguir que se haga efectiva una ley a presentar una demanda individual e invertir enormes cantidades de tiempo, dinero y energía para poder aspirar a conseguir algún resultado. Las grandes empresas tienen convenios con equipos de abogados; las personas individuales que desean plantear un caso tienen que financiar la acción de su propio bolsillo o solicitar asistencia jurídica, que se financiará con cargo a la indemnización obtenida. Ambas partes pueden apelar, en cuyo caso la resolución queda pendiente de aplicación mientras los casos se arrastran de un tribunal a otro durante periodos de hasta siete u ocho años. Estos retrasos afectan muy poco a las empresas, pero sus efectos para las trabajadoras y trabajadores son devastadores.



Sue Edwards trabajó nueve años como una de las 21 maquinistas empleadas por London Underground, la compañía del metro de Londres, entre un contingente total de 2.033 personas empleadas en dicha categoría; en 1988, cuando nació su hijo, trabajaba cinco días a la semana y tenía la posibilidad de intercambiar los turnos con otros compañeros o compañeras para compaginarlos con el cuidado de la criatura. En noviembre de 1991, la empresa modificó el sistema de turnos e introdujo un llamado "plan de empresa", basado en un sistema de rotación flexible que cubría los siete días de la semana, con un "mecanismo de apoyo para padres solos" destinado a facilitar su adaptación a los nuevos horarios. En la práctica, este mecanismo jamás se llegó a concretar, y Edwards se vio obligada a rescindir voluntariamente su contrato. La empresa suspendió la aplicación del nuevo plan al cabo de tres meses, pero se negó a readmitir a Edwards. En julio de 1996, dos tribunales habían fallado a su favor y el dictamen había sido ratificado en dos vistas de apelación, pero la empresa volvió a apelar, mientras Edwards seguía sin cobrar ninguna indemnización. Aun así, no se dio por vencida y en junio de 1998 obtuvo una tercera sentencia favorable. La empresa solicitó a la Cámara de los Lores la venia para presentar una nueva apelación. En el momento de escribir estas líneas, Edwards todavía no ha cobrado ni un penique en concepto de indemnización y no se han cubierto las enormes costas legales. Sólo nos queda confiar en que la indemnización final sea adecuada y las costas no se lleven una parte demasiado grande, pues si su carrera profesional sigue el modelo de lo que les ha ocurrido a otras mujeres que ganaron demandas por discriminación, es muy posible que no vuelva a trabajar nunca.

Para las jóvenes licenciadas en derecho, que ahora superan en número a los licenciados, la vida en los bufetes de abogados puede convertirse en una pesadilla de discriminación que llega hasta la persecución y el acoso descarados. Un informe

de la consultora Reynell publicado en enero de 1997 reveló que una cuarta parte de las abogadas han sufrido acoso sexual y casi la mitad han visto afectada su carrera por la discriminación sexual. Sin embargo, muy pocas presentan demandas acogiéndose a la Ley contra la Discriminación Sexual. En su calidad de abogadas, saben que no les conviene seguir esa vía. Perderían toda posibilidad de progresar en su carrera aunque ganasen el caso. Una mujer que presenta una demanda por discriminación sexual quedará etiquetada en adelante, tanto si la gana como si la pierde, como una incordiante que le costó mucho dinero a la empresa, pese a lo que pueda decir la Ley en cuanto a la prohibición de cualquier represalia, que a su vez se contempla como un acto de discriminación. Uno de los efectos de la Ley contra la Discriminación Sexual ha sido que desde 1988, como resultado de la jurisprudencia establecida, cualquier demanda por acoso sexual se tiene que plantear sobre la base de la misma, y ésta resulta particularmente ineficaz para conseguir una reparación. En primer lugar, no parece ofrecer la posibilidad de plantear un caso a menos que éste haya sido motivo de despido o de abandono del empleo. La profesión jurídica, con sus largos horarios de trabajo y la necesidad de mantener una red de relaciones en los círculos profesionales, casa mal con las necesidades y prioridades de las mujeres. De hecho, la mayor parte de las profesiones altamente remuneradas no se pueden ejercer con éxito sin el apoyo de una esposa dedicada a atender las necesidades familiares.

Las mujeres han formado parte del cuerpo de policía británico desde 1915, cuando se las empezó a reclutar para el trabajo con las prostitutas. Posteriormente, se empleó a las agentes como una fuerza subalterna encargada de las mujeres y los y las menores, sin ninguna participación en las tareas policiales de carácter general. En 1975, se decidió que las mujeres debían participar en todos los aspectos y niveles del trabajo

policial, incluido el uso de armas de fuego. En septiembre de 1996, una publicación citó la siguiente declaración de la jefa de policía de Lancashire, Pauline Clare:

Jamás me he definido como feminista, aunque siempre he respetado al movimiento feminista y sus objetivos. En mi opinión, muchos de ellos ya se han alcanzado: basta considerar cuánto se ha avanzado en materia de igualdad de oportunidades en el empleo para comprender que el feminismo ha tenido una influencia muy significativa sobre nuestro estilo de vida.

Sólo unos meses antes, en mayo de 1996, un tribunal laboral había examinado la demanda presentada por la agente Karen Wade, del cuerpo de policía de West Yorkshire, que alegaba haber sufrido acoso sexual por parte de tres compañeros. Uno de los oficiales que declararon en el juicio fue la sargento Jane McGill, quien manifestó que en sus 26 años de servicio en el cuerpo había sufrido cuatro agresiones indecentes y había perdido la cuenta de las ocasiones en que se habían dirigido a ella en un lenguaje de contenido sexual inapropiado. Mientras hablaba se le llenaron los ojos de lágrimas. Cuando le preguntaron cuál era la última ocasión en que esto había ocurrido, respondió «la semana pasada», mientras intentaba recuperar la compostura. Tener que reconocer en público que una ha sido objeto de menosprecio y abusos durante tanto tiempo multiplica la injuria; las mujeres que se ven sujetas de manera habitual a esta clase de trato acaban perdiendo poco a poco la autoestima. La experiencia de la sargento McGill no es una excepción; los intentos de integración de las mujeres en la policía han topado con una resistencia a través de insultos, acoso y humillaciones más o menos encubiertos. Ahora, la policía cuenta con 18.000 mujeres en sus filas sobre un contingente total de 125.000 personas, un número que dista

mucho de ser suficiente para neutralizar la cultura machista que han heredado.

Una agente anónima explicó su caso a unas periodistas:

[...] el sexismo comenzó al día siguiente de mi incorporación. Cuando protesté se confabularon todos para hacerme la vida imposible. El acoso abarcaba desde topetones contra el trasero hasta notas con comentarios francamente obscenos sobre mí. Conseguí el permiso para portar armas, pero eso no cambió las cosas. Tampoco cambió nada el hecho de que fuese una alumna aventajada y, al final, estaba tan ocupada intentando protestar y defenderme que perdí la oportunidad de conseguir un traslado a otro departamento. O procuras convertirte en “uno de los chicos”, o te quedas aislada y te conviertes en un blanco fácil.<sup>5</sup>

En septiembre de 1996, con objeto de evitar la publicidad negativa que había suscitado el caso Wade, la policía del distrito vecino de North Yorkshire decidió resolver por la vía de la negociación las demandas planteadas por Libby Ashurst, ex detective de Harrogate, y Amanda Rose, una agente destinada como auxiliar en el departamento de investigación. La policía de North Yorkshire retiró 25 coches patrulla de la circulación para pagar las 110.000 libras esterlinas de la indemnización acordada. La opinión pública reaccionó con indignación, sobre todo porque la indemnización pagada a Ashurst era diez veces superior al máximo que podría haberle concedido una sentencia de un tribunal laboral. Debido a los acuerdos de confidencialidad suscritos, la prensa sólo pudo relatar una serie de anécdotas curiosas sobre la vida en la comisaría central de Harrogate: las mujeres tenían órdenes de vestir faldas cortas, medias y ligüero en el interior de las dependencias; un oficial había irrumpido desnudo en un despacho con un letrero de “objeto perdido” colgando del pene; un grupo de reclu-

tas fue obligado a correr por los pasillos con unas pinzas sujetas a los pezones; un oficial que se negó a ponerse una corbata con dibujos horteras fue encerrado en una perrera durante tres horas. El inspector jefe que al parecer imponía estos curiosos rituales fue juzgado luego y declarado culpable de cinco faltas graves sobre un total de ocho acusaciones de conducta impropia. Ante estas situaciones, es preciso preguntarse si la fuerza de policía es un medio adecuado, no sólo para las mujeres sino para cualquier ser humano.

---

Existe una tensión inherente entre esta concepción de la igualdad, que presupone la identidad, y esta concepción del sexo que presupone la diferencia. La igualdad sexual se convierte en una noción contradictoria en sí misma, en algo así como un oxímoron.

CATHERINE MCKINNON<sup>6</sup>

---

Muy pocas de las muchas mujeres que han sufrido discriminación dentro de la policía británica han tenido la suerte de Ashurst y Rose. En agosto de 1995, la inspectora Cydena Fleming del cuerpo de policía de Lincolnshire se quejó de que le estaban haciendo la vida francamente imposible por haber cometido la imprudencia de rechazar los avances de un oficial y redactar un informe desfavorable sobre otro. Su queja fue ignorada, pero sus superiores recibieron varias llamadas anónimas en las que se la acusaba de conducta sexual inapropiada y los servicios sociales recibieron un aviso de que tenía desatendidas a sus dos criaturas. Fleming ocultó una grabadora en su casillero y la dejó conectada. Cuando se descubrió este hecho, fue suspendida de empleo y sueldo por "conducta opresiva". Mientras aguardaba que un tribunal laboral examinase el caso, se enteró de que la policía estaba coaccionando a los testigos, advirtiéndoles a cualquiera dispuesto a apoyarla del riesgo al que se exponía y ascendiendo sólo a los que mantuviesen la boca cerrada. La vista del caso, que duró 61 días y

costó 600.000 libras, acabó dictaminando en febrero de 1998 que efectivamente había sido objeto de una conjura, pero desestimó una acusación de acoso sexual. Después de dos años de suspensión del empleo, por fin se levantó la medida disciplinaria, se declararon infundadas todas las acusaciones y Fleming aceptó el traslado a Humberside.<sup>7</sup>

Cada semana salen a la luz nuevas pruebas de las batallas que tienen que librar las mujeres en todas las profesiones dominadas por los hombres. En una profesión masculina, siempre se ve a la mujer como una intrusa; mientras su presencia en estas instituciones siga siendo muy minoritaria, las mujeres estarán expuestas a sufrir fuertes presiones de los hombres, que cierran filas para hacer frente común contra ellas. En estos casos, queda patente más allá de toda duda la hostilidad de los hombres, que hacen todo lo posible para que las mujeres se sientan amenazadas y rechazadas. No se trata de galantería mal interpretada o de inocentes escauceos sexuales, sino de una victimización deliberada que emplea como arma la agresión sexual. No es exagerado decir que las élites masculinas autodesignadas siempre cierran filas frente a cualquier extraño, sobre todo cuando sienten que se les intenta imponer su presencia. Los judíos, sijs, hindúes, oriundos de Indias occidentales, paquistanés y homosexuales han sufrido todas las victimizaciones en las fuerzas armadas y la policía, no por su género, sino por motivos raciales o debido a su orientación sexual. Las agresiones e insultos sexuales contra los hombres homosexuales son moneda corriente en algunos medios hipermasculinizados, como las plataformas petroleras, por ejemplo. Teniendo en cuenta que la violación sexual, real o mimada, es la forma más frecuente de conducta de dominación entre los vertebrados, no es sorprendente que ésta se dé en las instituciones exclusivamente masculinas, como las cárceles, donde la consagración de un orden jerárquico tiene una importancia crucial. La civilización es incompatible con estos

residuos de conducta animal. Si la participación de las mujeres en un cuerpo de elite masculino ha de suponer el fin del amedrentamiento y la victimización, cuanto antes se consiga, mejor; pero por el momento los costes para las propias mujeres parecen ser excesivamente altos.

Las defensoras y defensores de la igualdad dicen que la solución está en incrementar la presencia de mujeres hasta lograr la paridad, lo cual volvería irreconocibles a las instituciones en cuestión. El culto de la igualdad impide llevar adelante esta propuesta, pues jamás se reclutará a un número suficiente de mujeres a menos que se adopte algún tipo de medidas de discriminación positiva, y éstas son ilegales, tanto en Gran Bretaña como en Europa, en virtud de la legislación en materia de igualdad. En 1995, la Comisión de Igualdad de Oportunidades recibió más demandas por discriminación planteadas por hombres que por mujeres. Si la discriminación por razón de sexo es ilegal, lo es para todos los fines, incluso aunque su objetivo sea promover la igualdad.

La burda opresión de las trabajadoras no se limita a las profesiones tradicionalmente masculinas, y en los demás casos resulta igualmente difícil obtener una reparación. La única directora de la consultora informática Optika tuvo que soportar una dura prueba en febrero de 1995, cuando recibió un regalo de cumpleaños sorpresa en forma de un joven de 23 años que fingió acudir para una entrevista de empleo y una vez en su despacho la esposó, se desnudó hasta quedar cubierto sólo con un tanga decorado con una trompa de elefante de juguete, luego se despojó del tanga, cogió a la mujer y se la cargó a la espalda. En aquel momento, ella pareció tomarse deportivamente la grotesca bufonada, pero no le ocultó su indignación al director gerente y dos años después fue despedida por conducta indecorosa. Planteó una demanda por discriminación sexual y perdió. Los abogados deben estar frotándose las manos, pues ha decidido apelar. Una consultora de la compañía de seguros

General Accident Life Assurance alegó que había sufrido una depresión nerviosa como resultado del trato al que la tenía sometida su jefe, a quien acusó ante un tribunal laboral de mantener una actitud prepotente y «misógina a la vieja usanza hacia las mujeres empleadas en la oficina de Leicester». Finalmente acabó por dejar el trabajo, presentó una demanda por discriminación y perdió. También ella se propone apelar. Un 15% de las 3.850 secretarías, que respondieron a una encuesta realizada por el *Guardian* en 1998, declararon que sus jefes les habían propuesto relaciones sexuales o las habían invitado a realizar un acto de carácter sexual. También esperaban que realizasen servicios personales, como preparar el café, subirles algo de comer o comprar regalos para sus esposas, sus amantes o sus hijas e hijos; un 31% manifestó que una de sus tareas era recordarle a su jefe las fechas de los aniversarios y cumpleaños de su familia.<sup>8</sup> Un jefe le pidió a su secretaria que le informase sobre su momento del ciclo menstrual para estar preparado cuando sufriese el síndrome de tensión premenstrual. Según la definición recogida en la Ley contra la Discriminación Sexual, se considera que existe trato discriminatorio contra una mujer cuando se la trata de manera “menos favorable” que a un hombre o se le imponen unas condiciones o unos requisitos que también se exigirían a un hombre, pero que pueden ser más difíciles de cumplir para una mujer, o que no responden a una justificación objetiva y redundan «en su detrimento dada la imposibilidad de cumplirlos». Las palabras significativas del redactado son un campo minado.

---

En una sociedad civilizada, ninguna persona tendría que verse obligada a escoger entre un empleo y su vida.

MAUREEN FREELY

---

Si no se permitiese ninguna discriminación, las entrevistas de selección de personal no tendrían ningún sentido. La difi-

cultad para conseguir una aplicación favorable de la Ley contra la Discriminación Sexual estriba en que la persona discriminada tiene que demostrar que una persona o una empresa la está discriminando única o principalmente por razón de su sexo o su estado matrimonial. Para rechazar una acusación de infracción de la Ley, al discriminador le basta aducir que el motivo de la discriminación es otro: no se debe a que la mujer sea una mujer, sino a que es una persona “difícil”, “poco fiable”, “dejada”, “indiscreta”. La publicidad que reciben los casos de discriminación sexual significa que estos juicios desfavorables distan mucho de ser confidenciales. Las acciones legales son un instrumento caro y engorroso que los poderosos manipulan a favor de sus intereses. Los hombres que han presentado demandas ante la Comisión de Igualdad de Oportunidades tenían una situación laboral más favorable que la que habían tenido jamás las mujeres. La diferencia entre unos y otras es en parte una cuestión de solidaridad; las alegaciones de discriminación se tienen que apoyar presentando pruebas y las mujeres todavía tienden a ser más desleales que los hombres con sus colegas del mismo sexo. Las periodistas tienden a menospreciar con mayor facilidad que los hombres a las mujeres que denuncian una humillación sistemática, probablemente porque ellas mismas han tenido que soportar situaciones parecidas sin rechistar. Valga como muestra el comentario de la periodista Carol Sarler, que parodiaba así las denuncias de acoso sexual de las mujeres: «Ay, pobre de mí, el jefe me hizo una broma pesada, los demás marineros me tomaban el pelo, ayúdenme, ya no sé qué hacer».

---

En el *Observer* no podía permitirme quedar embarazada.

POLLY GHAZI

---

La cultura masculina es jerárquica; los machos dominantes humillan sistemáticamente a los más jóvenes, de manera

particularmente visible en los cuerpos militares, la policía, los bomberos y cualquier grupo que se precie de su fama de duro. Los miembros vulnerables de estos grupos tienen que endurecerse o son expulsados. Si las mujeres logran resistir las presiones en estos dos sentidos provocarán una transformación fundamental en estas instituciones, pero el proceso avanza con una lentitud vegetal. No tendremos derecho a considerarnos civilizados hasta que no haya concluido. Las acciones judiciales según el procedimiento inglés resultan irrelevantes; lo que se requiere es un sistema que permita evaluar la actuación de los empleadores, las empresas y las administraciones públicas y fomente la aplicación oficial de políticas de empleo equitativas a través de un sistema de incentivos y penalizaciones. Si contásemos con un sistema de este tipo, las dos cámaras del Parlamento se tendrían que imponer rápidamente una multa por mantener un funcionamiento propio de un club masculino, que redundaría claramente en detrimento de las mujeres y de la vida familiar.

Resulta prácticamente imposible separar la idea de la igualdad de la idea de la semejanza. Si aceptamos que los hombres no son libres y que la masculinidad es una versión tan parcial de la condición de hombre como lo es la feminidad de la condición de mujer, la igualdad aparece como un pobre sucedáneo de la liberación. Argumentar en términos de la igualdad o de la diferencia permite neutralizar las presiones profeministas de dos maneras distintas: la primera apela al concepto de la igualdad en detrimento de las mujeres, como en el planteamiento según el cual las mujeres deben recibir un mismo salario por un trabajo “de igual valor” —un concepto sin contenido que sirve para consagrar la permanente subordinación del trabajo de las mujeres—; la segunda, institucionaliza el contraste entre hombres y mujeres, estableciendo un trato distinto para las viudas y los viudos, las madres y los padres, las esposas y los maridos. El resultado es que cuando a

los hombres les conviene apelar a la igualdad, así lo hacen, y cuando les conviene apelar a la diferencia, también lo hacen. Un soldado que desea que se le permita llevar el pelo largo, invocará la igualdad; un tenista que desea seguir cobrando el doble que su pareja en los partidos de dobles mixtos, invocará la diferencia. Un hombre que desee pedir un permiso parental, invocará la igualdad; un miembro del Club de Criquet de Marylebone que desee excluir a las mujeres, invocará la diferencia. Seguramente la aplicación más cínica de la retórica de la igualdad fueron las declaraciones, en abril de 1997, de uno de los miembros del equipo médico de California que implantó un óvulo fecundado en el útero previamente medicado de una mujer, que como resultado dio a luz a una criatura a los 63 años. «Los hombres pueden ser padres a los cincuenta y los sesenta años, e incluso más —señaló—. ¿Por qué no han de poder hacer lo mismo las mujeres?» En realidad, no existe comparación posible entre la forma en que los hombres llegan a ser padres en cualquier momento de su vida y cómo llegan a ser madres las mujeres. Para los hombres, la transmisión de sus genes no supone ningún riesgo, cualquiera que sea su estado de salud; el embarazo de una mujer postmenopáusica requiere una compleja preparación del útero para que esté en condiciones de acoger a su inquilino; una mujer mayor está expuesta a un elevado riesgo de trastornos circulatorios, apoplejía, infarto y diabetes asociada al embarazo. Negar las diferencias reales puede ser tan cruel como intentar embutir pies de distinto tamaño en un calzado de un único número.

---

El sexismo la mató [a Janis Joplin]. Continuamente le repetían que era “uno de los chicos” [...] es una verdadera cochina trampa sexista. [...] Ella era una de las mujeres. Era una mujer fuerte y estu-  
penda. Muy inteligente, ¿sabe? Pero la hicieron polvo.

COUNTRY JOE McDONALD<sup>10</sup>

---

En septiembre de 1996, la prensa británica publicó diversos artículos sobre el incremento de las denuncias por negligencia profesional contra profesionales de enfermería. En 1985-1986 se presentaron 339 denuncias; en 1994-1995, esta cifra se había elevado a 883, 115 de las cuales fueron remitidas al Comité de Ética Profesional de la profesión. Como resultado, se suspendieron 45 licencias para el ejercicio de la profesión por una serie de faltas, incluido el robo de medicamentos, maltrato de pacientes de edad avanzada, sustracción de dinero, acoso sexual y relaciones sexuales con pacientes. Nadie prestó mayor atención al hecho de que un 50% de las acusaciones estuviesen dirigidas contra hombres, a pesar de que éstos constituyen sólo el 9% de la profesión. Sacar a relucir las diferencias entre los enfermeros y las enfermeras podría haber significado una discriminación sexual inaceptable. En el ámbito de la promoción y los puestos de responsabilidad, la sobrerrepresentación de los enfermeros es tan importante como en el de las acciones delictivas.<sup>11</sup>

El argumento de la igualdad ya ha dado probablemente todo lo que podía dar de sí; el *súmmum* lo ha alcanzado Patricia Pearson, que ha dedicado su vida a luchar por la igualdad de trato de las mujeres condenadas a muerte. Pearson alega que las mujeres han conseguido asesinar impunemente durante demasiado tiempo debido al sexismo de los investigadores, cuya resistencia a creer que una mujer pueda ser capaz de matar les hace ignorar pruebas evidentes y de este modo han permitido que asesinas de niños y envenenadoras de maridos continuasen asesinando a otras personas, cuando hubiesen podido impedirlo. Pearson señala que las mujeres que son descubiertas reciben un trato demasiado suave: a pesar de que una de cada ocho personas detenidas por asesinato en los Estados Unidos es una mujer, sólo representan una de cada 70 personas condenadas a muerte. Entre las 432 personas ejecutadas desde 1976, sólo dos fueron mujeres. Según Pearson,

esto no se debe a que se considere que constituyen una amenaza pública menos seria que los asesinos de sexo masculino, sino a que no se les permite asumir la responsabilidad de sus propios actos. En 1996, cuando la sentencia de muerte dictada contra Guinevere García fue conmutada, contra su voluntad, por una condena a cadena perpetua, Pearson argumentó en *The New York Times* que la decisión evidenciaba un sesgo de género. La igualdad exigía que García, que había sufrido abusos sistemáticos a manos de varios hombres durante toda su vida, fuese ejecutada sin más consideraciones.<sup>12</sup>

Al exhortar a los hombres que tienen el derecho a tratar con crueldad a otros hombres a que abandonen su caballeridad sexista y hagan extensiva su crueldad con la misma inclenmencia a las mujeres, Pearson está demostrando que la igualdad es un objetivo absolutamente conservador. La igualdad es cruel para las mujeres porque las obliga a imitar unos comportamientos que les resultan profundamente ajenos y angustiosos. A los hombres les gusta el mundo masculino que se han construido; si a un número suficientemente grande de hombres les hubiese disgustado ese mundo de “navajazos y codazos” –las brutalidades autorizadas del medio empresarial–, jamás se hubiesen llegado a institucionalizar esas conductas y las mujeres no tendrían que luchar ahora contra ellas. Como parte del proceso de construcción de su elite masculina, la sociedad masculina es cruel con la mayoría de los hombres, todas las mujeres y todas las niñas y niños. Si las mujeres no tienen otra perspectiva de futuro que no sea su integración en la elite dominante en las condiciones marcadas por ésta, nuestra civilización se volverá más destructiva que nunca. Tiene que haber otra alternativa mejor.

## EL “PODER DE LAS CHICAS”

La revolución más larga tiene muchas fases, salidas falsas y callejones sin salida, que es preciso explorar para poder encontrar una vía que permita avanzar. Uno de estos callejones sin salida es la breve y catastrófica carrera de las “chicas”, las “chicas malas” y las “chicas en la cresta de la ola”. A pesar de que la carrera individual de una “chica mala” seguramente se reducirá a una breve sucesión de borracheras caóticas, relaciones sexuales esporádicas, infecciones venéreas y embarazos no deseados, con consecuencias con las que tendrá que luchar luego durante toda su vida, el fenómeno cultural es deprimentemente duradero y la edad media de las niñas que miman el comportamiento de las mujeres de mala vida, cada vez más baja.

---

No temas ser una GRRRL; es muy distinto ser una chica [en inglés, *girl*] que ser una GRRRL. Una chica se traga todas las mentiras y toda la mierda que le sirven a través de la tele, las revistas, la religión y sus padres, financiadas por las grandes empresas o el gobierno.

LAS GRRRL NO SE DEJAN ENGAÑAR.

JASMINE en *Sawtooth*, nº 1 (1993)

---

Las propias “chicas” reivindican como su antecesora a Madonna, a quien se atribuye el lanzamiento del nuevo este-

reotipo en su espectáculo *The Girlie Show*. Probablemente sería más exacto considerarlas descendientes de *Buffalo Girl*, Vivienne Westwood, que en la década de los setenta solía agitar las nalgas frente a la cara de los mirones, junto con Christie Hyde, en *The Sex Shop* de King's Road. En la colección de primavera de Westwood de 1990, Sara Stockbridge lucía unos leotardos decorados con la reproducción más vulgar de un pene que pueda encontrarse en la pared de un urinario público, bajo el título "Caballero semivestido". La vulgaridad estudiada de Madonna resulta inocua en comparación. La siguiente heroína de la cultura de las "chicas" fue Courtney Love, con sus mechadas mal cortadas de pelo oxigenado sobre un rostro embadurnado de lápiz de labios, que consumía drogas, se emborrachaba, atacaba de vez en cuando a la gente y se dejaba fotografiar morreándose con otras chicas, con la mirada ida y el lápiz de labios corrido hasta rozar la raíz del pelo.<sup>1</sup> Su amigo del alma era Drew Barrymore, que añadió a su repertorio de conductas provocadoras el número de sacarle los pechos del vestido en los *shows* de entrevistas por televisión.<sup>2</sup> Luego le siguió Björk Gudmundsdottir que, a pesar de ser madre, demostró que todavía era una "chica mala" agarrando a una periodista por los pelos, zarandeándola violentamente, arrojándola al suelo y abalanzándose sobre ella para golpearle cinco veces la cabeza contra el suelo.<sup>3</sup>

El descaro de Madonna contribuyó al menos tanto como sus músculos a convertirla en el mascarón de proa de sucesivas generaciones de jóvenes agresivamente hambrientas de sexo y fuertes consumidoras de alcohol, cuya edad disminuye de año en año, hasta que ahora ya empiezan a ser preadolescentes. Una nueva categoría de revistas comerciales, cuyo contenido leen y releen incansablemente para llenar los tediosos intermedios entre los seriales televisivos y las llamadas telefónicas, se encargan de atender a sus necesidades, o sea, de adoctrinarlas. *Bliss*, *Minx*, *Mizz* y *More* —«las chicas avispadas compran

*More* cada quince días»— han sido creadas para vender cosméticos, ropa, ropa interior y espectáculos a las jóvenes; los catálogos de venta por correo de ropas zarrapastrosas, empalagosas barras de lápiz de labios, tintes de pelo de colores hortera, cremas para las espinillas y lociones contra el herpes, se presentan acompañados de tests de autoconocimiento, confesiones de historias reales, consejos para "ligar" y una interminable cháchara sobre sus "ídolos", sean conjuntos de chicos, jugadores de fútbol o sus profesores del colegio.

*Sugar* —1,50 libras— se presenta como la «revista para chicas n° 1 de Gran Bretaña». Una de sus secciones habituales, «¡Qué corte!», compuesta a partir de las cartas que envían las lectoras, relata situaciones como la de encontrarse bailando con el leotardo remetido en la "raja del culo", ofrecerle comida para gatos en lugar de galletitas saladas a un chico, o bien un tampax en vez de un cigarrillo, soltar una ventosidad, intentar hablar con un chico con una palomita de maíz metida en la nariz. Un relato contaba que Sue de Edimburgo, aterrada al ver que no conseguía que el desagüe se tragase un cagarro, lo envolvió en papel de váter y se lo metió en el bolso, donde lo encontró el chico con quien había quedado. Una descripción de David Duchovny incluía el fascinante detalle de que «se tira pedos como cualquier humano. ¡Sí! Durante una entrevista en el plató de su nueva película, *Playing God*, que se estrenará en el Reino Unido el verano próximo, Duchovny sorprendió —y asfixió— a sus compañeros de rodaje con una ruidosa y potente ventosidad. ¡Pfuuuu!». Las ventosidades son casi un *leitmotif* en *Sugar*. Jarvis Cocker es un héroe porque se subió el faldón de la chaqueta para aventar su pedorrera en dirección a Michael Jackson, y en la sección «¡Qué raras sois las chicas!» se citan comentarios de "chicos" como éste: «Vuestros pedos huelen raro. No lo entiendo, coméis lo mismo que nosotros, pero vuestros pedos huelen a rosas en vez de a huevos podridos. ¿Cómo lo conseguís?».



---

La generación de mi madre se pasaba el día chillando y quejándose de que las tenían encerradas en una jaula. Luego, por fin abrieron la jaula. Mi generación prefiere pasar de todo eso, dejar de lloriquear y ponerse manos a la obra.

BJÖRK<sup>4</sup>

---

El número de *Sugar* de febrero de 1997 prometía páginas repletas de «apetitosos bocados», en esa ocasión, «chicos de rechupete recién salidos del horno de *Sugar*». Si la igualdad significa la inversión de roles, la revista se mostraba ansiosa de reivindicarla, tratando a los hombres, o más bien a los “chicos”, como objetos sexuales. Esto no es ninguna novedad desde que Júpiter raptó a Ganimedes; la única diferencia es que *Sugar* se vende a subadolescentes que están “pirradas” por los chicos. La posibilidad de que ya sean sexualmente activas se contempla sin rodeos en artículos que se preguntan: «¿Estás preparada para tener relaciones sexuales?», y a continuación proceden a enumerar «la preocupante realidad» de la clamidiosis, las verrugas genitales, el cáncer cervical y el riesgo de embarazo. Resulta curioso encontrar anuncios de teléfonos de ayuda a menores víctimas de abusos sexuales y servicios de asesoramiento sobre el embarazo en la misma página y para las mismas lectoras. Se da por sentado que todas las jóvenes lectoras están al corriente de los temas ecológicos y son defensoras apasionadas de los derechos de los animales.

Entre los fabricantes que buscan afanosamente un espacio en este mercado encontramos a Nike, fabricantes de perfumes, empresas de televisión por cable, compañías discográficas, la cadena de farmacias Booth, fabricantes de compresas sanitarias, empresas de venta por correo de joyas y ropa, cremas contra el herpes, tintes Wella (con ocho páginas de publicidad), la gama de productos para el cuidado de la piel T-zone, World Vision, Clearasil y el teléfono nacional de ayuda contra las drogas. El editorial se movía sobre el filo de la navaja, en

el límite entre el apoyo a los aspectos antisociales de la cultura juvenil y el esfuerzo por proteger a sus lectoras, que son todas muchísimo más jóvenes que las finalistas quinceañeras de su concurso de modelos.

En Inglaterra, en 1999, la “chica” es la homóloga de la figura del “chico”, pero sus intereses son muy distintos. Experimenta con el maquillaje, se tiñe el pelo, se pasa largas horas en su habitación viendo seriales de televisión y escuchando grabaciones de los conjuntos de chicos y va de tiendas, tenga o no tenga dinero. En la revista *Sugar*, no encontramos nada que indique que una chica pueda tener una vida al margen de los chicos o algún interés personal más allá del maquillaje, la ropa y las relaciones; que pueda plantearse buscar un empleo o viajar algún día; que practique algún deporte o que alguna vez haya leído un libro. La revista *Minx* se anuncia como una publicación para «chicas atrevidas», pero esto sólo significa que alienta a sus lectoras a tomarse libertades en lugar de luchar para conquistarlas.

En las revistas para chicas también escriben hombres, sobre todo para aconsejarlas sobre cómo las ven los chicos. En la revista *Looks*, dirigida a las «chicas de verdad», Michael Hogan advertía a las lectoras contra el riesgo de ir demasiado lejos en el intento de emular a los chicos.

Ya sabéis a qué clase de chicas me refiero [...] esas que irrumpen en el bar de la esquina vestidas con una micromini-falda y una chupa de plástico y a los jubilados se les atragantan los cacahuetes. Que beben como cosacos, fuman como carreteros y se ríen como hienas de cualquier comentario mínimamente vulgar. Que tienen a la mitad de los tipos babeando por ellas y a la otra mitad refugiados en el lavabo.<sup>6</sup>

Las chicas “guerreras” son sexualmente agresivas, hasta tal extremo que Hogan se ve obligado a señalar: «meterle mano y

ponerle el Wonderbra debajo de los morros hará que te tome por Benny Hill encarnado bajo forma femenina». Los reparos de Hogan se ven confirmados con la información difundida por la organización de ayuda a la infancia Kidscape, que anunció un incremento del 55% en un periodo de 18 meses, hasta marzo de 1998, de las llamadas de chicas que se quejaban del acoso a que las sometían otras chicas; fenómeno que Kidscape atribuía a la influencia perniciosa de las Spice Girls. «Es preciso frenar la tendencia a imitar las actitudes de un grupo popular y transformarlas en agresividad del tipo que solía observarse comúnmente en los chicos»,<sup>7</sup> advirtió muy seriamente el director de la organización. El mensaje está claro: los chicos tienen derecho a ser agresivos, las chicas, no. Es preciso frenar la agresividad de las chicas, aunque es evidente que nadie ha frenado a los chicos. De hecho, los matones podrían haber perfeccionado el arte del acoso observando la guerra que han estado librando contra las Spice Girls las publicaciones dedicadas a la música rock, que anunciaban en cada número su inminente humillación y fracaso, y se regodeaban anticipándolos. Las reacciones feministas hacia el grupo han sido variables, según si consideraban que ellas mismas dirigían sus actividades o las veían como producto de una manipulación con finalidades de marketing. Lamentablemente, lo cierto es que en la sociedad del final del milenio lo uno es inseparable de lo otro.

El cinismo de los comercializadores de la cultura de las “chicas malas” queda claramente de manifiesto en la brutal presentación de las revistas para chicas, algunas de ellas tan caras como las revistas ilustradas en papel cuché destinadas a las mujeres mayores. En sus páginas, las jovencitas incipientes aprenden que la única vida que merece la pena vivir es una vida de total descontrol, desbaratada por las deudas, los trastornos alimentarios, las borracheras, el consumo de drogas y las relaciones sexuales promiscuas. Sus directores replicarían que se limitan a decir las cosas tal como son, lo cual signifi-

caría que nadie más lo hace. La niña que absorbe esta bazofia siniestra no tiene manera de saber si la vida que allí se describe es real o no. Todas las preadolescentes pasan por una fase de fijación con los chicos, a la que antes solían sobrevivir porque no practicaban el sexo, aunque los chicos de su propia edad todavía no estaban en modo alguno en condiciones de aprovecharse de la situación. En la cultura sexual adolescente *fin-de-siècle* se representa a los chicos como seres infinitamente deseables y a la vez inútiles, traidores y un desastre en la cama. Los instructores de las “chicas” dirían que lo que hacen es habilitar a las jóvenes heterosexuales para que sean capaces de expresar su propia sexualidad y revelarles la verdadera perfidia masculina, a fin de evitar que sufran la perniciosa erosión de la autoestima que solía ir unida al reconocimiento de haber sido objeto de una repetida sucesión de abandonos. De hecho, lo que les están diciendo es que cualquier tipo de interacción sexual es preferible a no tener ninguna; que una chica legal masturba a su chico y se la chupa, finge el orgasmo y está flaca como un pajarito. Las modelos que simbolizan la figura de la “chica” son “niñas víctima”, las más delgadas de la profesión.

---

Nuestra pregunta es si estas chicas se transforman en objetos sexuales temporales porque permiten que la mirada de los hombres enguya su identidad, o lo hacen en beneficio propio. No puedo evitar pensar que es un tema aún no resuelto porque los chicos, por su lado, ni se visten ni se comportan como objetos sexuales.

T. MARCUS (*Mixmag*)

---

Las feministas rechazaron originariamente la palabra “chica”, más o menos por los mismos motivos por los que los hombres negros se negaban a responder cuando les llamaban “chicos”. Llamar “chica” a una mujer adulta es una manera de señalar su inferioridad de estatus. En Inglaterra —donde toda-

vía es habitual designar como una “nena” al conductor que vacila ante un semáforo o enciende el intermitente equivocado, con la misma saña con que se dice que una mujer es una “vaca”, la palabra tiene una connotación aún más despectiva. Los hombres ingleses todavía no han abandonado del todo su repulsiva costumbre de llamar “chicas” a las mujeres que trabajan a sus órdenes, como para remarcar su condición subalterna, cualquiera que sea su edad. En Australia, los hombres solían referirse a sus secretarias como “sus chicas”: «Llama a mi chica y ella se encargará de todo».

Las feministas no tardaron en advertir el potencial de un uso agresivo de la palabra “chica”, como cuando las magníficas Guerrilla Girls (Las chicas guerrilleras) de Nueva York, «la conciencia del mundo del arte», la incorporaron a su nombre a mediados de los años ochenta. En la misma época, vieron la luz una serie de carteles y chapas que anunciaban el «poder de las chicas» (*girlpower*) y proclamaban que «una chica puede hacer lo que se proponga» y «es fantástico ser una chica», dirigidos específicamente a las mujeres en edad escolar, con la esperanza de influir en su elección de carrera y fomentar la confianza en sí mismas. En la misma línea, *Geek-girl* intentó despertar el interés de las jóvenes por las tecnologías de la información: «Las chicas necesitan módems». Las lesbianas crearon su propio canal de televisión por cable con el nombre de «Girlie Network» (El canal de las chicas). A principios de los noventa, la autoedición feminista guerrillera produjo la revista *Riot Grrrl*, que desarrolló una filosofía feminista a favor de las chicas basada en el punk y el indie rock. Luego le siguieron otras: *Girl Power!*, *Alternative Sex*, *Feminaxe*, *Shocking Pink*, *Bad Attitude*, *Subversive Sister*, *Raging Dyke Newsletter*, *Jabe*, *Gutter Girl*, *Garbles*, *Crumpet Frenzy*, *Scars and Bruises*, *Cooties*, *From Far Off*. Estas revistas de circulación restringida abarcaban todo el espectro de la protesta de las mujeres jóvenes, incluida la automutilación; mu-

chas proclamaban su preferencia sexual por las personas de su mismo sexo. Como explicó *Riot Grrrl*:

Bajo la apariencia de ayudarnos a difundir el mensaje, las grandes empresas de comunicación se han apropiado y han trivializado un movimiento de chicas airadas que podría haber resultado realmente revolucionario y peligroso, y por si fuera poco, además han distorsionado la imagen que tenemos unas de otras y han generado hostilidad, tensiones y celos en el seno de un movimiento cuyo objetivo pretendía ser el apoyo y el amor a las chicas.<sup>8</sup>

Entre los restos fosilizadas de las *fanzines* feministas que subsisten en las revistas comerciales para chicas figuran frecuentes artículos sobre las “mejores colegas” y cómo relacionarse con ellas. Los editores tardaron poco en convencerse del enorme potencial publicitario que ofrecían unas revistas femeninas que reconociesen el interés de mujeres mucho más jóvenes que las lectoras de *Cosmopolitan* por “pasar un buen rato”, o sea, por el sexo. La violación colectiva de la producción de revistas de guerrilla feministas y la edición a través de las grandes empresas periodísticas engendraron las publicaciones híbridas para chicas locas por los chicos.

Por aquel entonces, en Estados Unidos se publicaban varias revistas dirigidas al mercado adolescente.

La peor de todas era *Teen*. La revista daba a entender que las adolescentes eran estúpidas. Sólo les interesaba la ropa, el maquillaje y los chicos, pero no tenían relaciones sexuales, no bebían y no experimentaban con las drogas (o así suponían necia e imprudentemente sus directores).<sup>9</sup>

Christina Kelly decidió crear una revista «sincera y honesta» para jóvenes de dieciséis años, que tratase los temas de las

relaciones sexuales, el incesto y el lesbianismo, y la llamó *Sassy*. Llegó a alcanzar una circulación de 800.000 ejemplares, pero sólo rindió beneficio durante uno de los siete años que Kelly mantuvo su publicación, sobre todo porque los anunciantes se resistían a pagar páginas de publicidad en una revista que consideraban como «un contenedor de pornografía infantil». *Sassy* fue adquirida finalmente por el grupo editorial Peterson, que la fundió con *Teen*. Los anunciantes británicos, aunque su poder es equivalente, no son tan remilgados. Si hay niñas de doce años dispuestas a gastarse su dinero de bolsillo en la compra de *Bliss*, *Sugar*, *Minx* y *More* y a sonsacarles a sus progenitores el dinero para comprarse las barras de lápiz de labios, los tintes para el pelo y los sostenes con relleno que ven anunciados en cada página, los anunciantes estarán dispuestos a pagar precios exorbitantes por las páginas de publicidad. ¿Qué más da que nuestras hijas se nieguen a comer comida sana, embadurnen de maquillaje sus rostros luminosos y se aposten en las paradas de autobús con la esperanza de que las inviten a “empastillarse” y a ligar con un chico?

Los editores estadounidenses e ingleses de revistas comerciales para chicas coincidieron al menos en una cosa: que el lesbianismo no vendería. La prensa comercial para chicas fue abrumadoramente heterosexual desde el primer momento; lo único que ha cambiado en la inacabable obsesión por pegarse el lote con los chicos son los detalles del contacto. En este fin de siglo, lo único que puede esperar conseguir una chica de un chico es su pene, descrito también como una “magnífica experiencia sexual”. *Looks*, que supuestamente está dirigida a jóvenes mujeres adolescentes, pero que jamás se dirige a sus lectoras por otro apelativo que el de “chicas”, publicó un artículo titulado «The Ultimate Shag» (El polvo definitivo), en el que argumentaba que las dotes sexuales de un hombre se aprecian en su pelo: «¿Qué peinado te dice: “Aquí hay un buen paquete”? [...] ¿Y cuál te indica que “aquí

hay poco que rascar”?» Y citaba a una “chica” llamada Vivienne: «Mi lema es: “Si tiene el pelo lacio, lo mismo ocurrirá en la cama.”».<sup>10</sup>

Bajo el lenguaje de la independencia se oculta una total dependencia del interés masculino, que se presenta como algo difícil de conseguir para una chica, pero también prácticamente imposible de conservar. Cualquier chico que hojeara estas publicaciones se llevaría la inmediata y vívida impresión de que las chicas están abyectamente necesitadas de atención masculina, por casual y poco comprometida que sea, y que prácticamente no piensan en otra cosa. Sin embargo, es más probable que lea revistas de rock para chicos, donde descubrirá que las mujeres «se mueren por un revolcón» y lo que toca es mantener una actitud de desdenosa indiferencia. El cantante de Reef le confiará: «En fin, después de un concierto, si una chica se te acerca, puedes llevártela o los lavabos o afuera, y echarle un polvo, si te apetece». En el número del 18 de enero de 1997 de la revista *Kerrang!*, Paul Stanley de Kiss, el «Monstruo», alardeaba: «Cuando una mujer me pregunta si la respetaré al día siguiente, le respondo: “¡Ya no te respeto ahora!”».<sup>11</sup> ¿Qué hombre de sangre caliente se conformaría con ser un buen chico pudiendo ser tan fácilmente un “monstruo”?

---

Las chicas se están midiendo con los chicos en su propio terreno y están dispuestas a beber tanto como ellos hasta que caigan redondos, morrearlos hasta dejarles sin respiro y acabar vomitando entre sus brazos.

JO HAWKINS, *Bliss*

---

La vacuidad de las publicaciones para chicas resulta difícil de conciliar con la información que tenemos sobre las actividades escolares de las jóvenes preadolescentes y adolescentes. Practican deportes y tocan música, hacen teatro y bailan y consiguen los mejores resultados académicos. Las revistas

para chicas les dicen que todo eso no vale para nada porque no les servirá para llevarse a un semental a la cama.

Las mismas preocupaciones quedaban de manifiesto en *The Girlie Show*, “creado” por David Stevenson, productor de programas de variedades y juveniles de Channel 4, como «una celebración en honor de las mujeres de los noventa». *The Girlie Show* honraba a las mujeres eligiendo al “gilipollas” de la semana y sentándolo en un sillón en forma de un par de enormes labios rojos. En palabras de Angela Neustatter, el programa se apoyaba «en la amalgama moderna y absurda de sensiblería y picardía transformadas en acero galvanizado, una generación de chicas, una generación de chicas peligrosas y sexualmente seguras, capaces de competir de igual a igual con los hombres en arrojo y descaro». <sup>12</sup> ¿Celebraba a las mujeres o excitaba la concupiscencia de hombres solitarios de mediana edad? En el programa aparecían chicas que confesaban: «Sí, yo finjo el orgasmo». Y chicas que modelaban con plastilina el pene de su novio. Y había debates sobre calzoncillos bien rellenos. E intentos de llenar calzoncillos con materiales que provocaban chillidos de asco, como anguilas en gelatina. A pesar de todo, el espectáculo llegó a tener una audiencia de tres millones. El comité de control de la televisión tuvo que intervenir cuando en una entrevista con una chica condenada por hurto se ofrecieron sugerencias útiles para las novatas.

La supermodelo estadounidense Rachel Williams –famosa por haber dejado a su amante por una mujer– presentaba el espectáculo, primorosa con sus pelos de punta y un *piercing* en el labio. A Williams le gusta exhibir los senos en la calle, además de en la pasarela, como hizo en el desfile de otoño de Vivienne Westwood en 1996. Luego se sumó a ella Sara Cox, con su acento del norte de Inglaterra: «Yo admiro muchísimo a mi padre, Len. Estoy tan apegada a él. Está orgulloso de que salga en la tele, aunque no le gusta demasiado oírme decir cosas como “gilipollas” en la pantalla». Cox detesta los «zapa-

tos de mujer mayor» y siempre calza zapatillas deportivas. Clare Gorham, mitad suiza, mitad nigeriana y adoptada, fue co-presentadora de la primera serie. Gorham era lo bastante feminista como para esperar que el programa abordase de manera abierta y desenvuelta temas de interés para las mujeres jóvenes. En cambio, se vio obligada a embadurnar con cera el trasero de un hombre y a hacer de jueza en un concurso para elegir al bombero más *sexy*. «Teníamos que comportarnos como unas devoradoras de hombres y demostrar que podíamos emular a cualquier hombre en lo que respecta a actitudes lascivas y provocadoras [...] Yo creo que tenemos que rectificar el desequilibrio anterior, después de los muchísimos años que llevan burlándose de las mujeres y tratándolas como objetos los hombres, pero sin irse al otro extremo», <sup>13</sup> dijo en unas declaraciones y, como respuesta, la retiraron del programa.

En 1996, las Spice Girls triunfaron con «Wannabee», que alcanzó una cifra de ventas de dos millones de copias y ganó tres de los premios «Smash Hits», votados por el público. Charlotte Raven escribió con despecho sobre esas «chicas que han sabido reflejar tan bien el espíritu de los tiempos»: «Los chicos quieren acostarse con ellas, las chicas quieren ser como ellas y las feministas desean ensalzarlas como exponentes de las nuevas luchadoras en la era de la postopresión». <sup>14</sup> «Reírse de todo se ha convertido en un acto protopolítico», despotricaba Raven y acusaba a las jóvenes de «impostoras sin ninguna gracia que nunca han sido nada». Vivienne Westwood también arremetió innecesariamente contra ellas. Las cinco, conocidas entre la mayor parte de su público solamente como la Spice pija, la Spice bebé, la Spice pelirroja, la Spice deportista y la Spice terrorífica, y a quienes se brindaron escasas oportunidades de exhibir una personalidad individualizada a juego con su imagen de dispar combinación, eran personajes bastante anodinos. Bailaban con brío, si no con arte, y lucían una capa razonable de carne sobre los huesos y contaban con

un nivel de estudios que no aspiran a alcanzar las escuálidas modelos de mirada apagada que aparecen en las páginas de la revista *More*.

La única feminista que aclamó como revolucionarias las admoniciones de las Spice Girls, «sé lo que quieras ser» y «no dejes que nadie te mangonee», fue la estadounidense Kathy Acker. En su opinión, el feminismo había entrado en un periodo oscuro después de su visita a Inglaterra, en la década de los ochenta, hasta que apareció en el cielo la constelación de las Spice Girls para demostrar con su chispa que el feminismo puede ser divertido.<sup>15</sup> Las Spice Girls introdujeron efectivamente un cambio, ya que sus *fans* más entusiastas eran niñas de ocho años. En abril de 1998, en una conferencia sobre la cultura oral infantil se anunció que, mientras antes la mitad de la superficie de los patios de recreo la ocupaba un grupo autoseleccionado de chicos con sus partidos de fútbol, las niñas estaban empezando a ganar terreno con sus números de baile. El repertorio incluía una adaptación de la canción inicial de los Teletubbies, en la que a Dipsy le clavaban una puñalada en el corazón y le disparaban una balazo en la cabeza. ¡Vaya chicas!<sup>16</sup>

---

El feminismo no está acabado y no ha fracasado, pero es necesario que aparezca algo nuevo: la chica rompedora. El feminismo nos enseñó a ser más reflexivas y a descubrir la opresión, pero ahora se ve reducido constantemente a actuar a la defensiva y de manera reactiva. La chica rompedora es ofensiva y activa, jamás se siente culpable y nunca se justifica. No tolera las restricciones ni las actitudes sexistas. La próxima vez que un tipo te toque el culo, tenga una actitud prepotente, diga pestes de tu cuerpo y, en general, te trate como una basura, olvídate de todas las consideraciones morales, olvídate de que le han inculcado el patriarcado y él también es una víctima, olvídate de los razonamientos y el debate. Simplemente déjalo seco, al cabrón.

GIRL POWER<sup>17</sup>

La maquinaria propagandística que ahora tiene en su punto de mira a nuestras hijas es mucho más potente que cualquier otra forma anterior de adoctrinamiento. Después de la música pop toman el relevo las revistas y luego los vídeos y las películas, y todo lo que pueda hacer la generación de los progenitores sólo contribuirá a aumentar la deseabilidad del estilo de vida basado en el "poder de las chicas". Nadie puede permanecer indiferente viendo como se incita a las niñas a iniciar contactos sexuales con los chicos. Por mucha propaganda que se haga de los condones en las revistas para chicas, existen mayores probabilidades de que la exposición de sus tiernas vaginas y úteros al contacto con el pene tenga como resultado un embarazo o una infección que no un orgasmo. Sabemos que las jóvenes de hoy consideran el sexo oral como poco más que una cortesía que les ofrecen rutinariamente las chicas legales a los chicos exigentes, mientras que ellas mismas no esperan que ningún hombre les devuelva jamás el favor. Las publicaciones para chicas no cuestionan esta desigualdad; al contrario, más bien refuerzan la idea de que los chicos son pachás que pueden conseguir cualquier tipo de relaciones sexuales cuando quiera que lo deseen y que, en general, pasan bastante de todo eso. Negar la sexualidad de una mujer es, sin duda, una forma de oprimirla, pero presentarla únicamente como un ser sexual y nada más, es otra forma de opresión. Todo el mundo reconoce que los chicos adolescentes experimentan impulsos sexuales perentorios, pero jamás se les presenta como seres dispuestos a aceptar cualquier humillación, a soportar cualquier indignidad, simplemente para poder acercarse a alguna chica, a cualquier chica. Tampoco se les instiga a gastar dinero para cuidar su apariencia o a vestir ropas reveladoras o a beber en exceso para atraer la atención del sexo opuesto. En cada fotografía central a todo color, la prensa británica para chicas proclama el triunfo de la misoginia y declara perdida la causa del honor femenino.

## LA LIBERACIÓN

Ahora que las mujeres están adquiriendo una cierta dosis de confianza y comienzan a soltar amarras, los hombres se retraen cada vez más para refugiarse en las profundidades de su mundo virtual particular. Con la desintegración de la familia extensa bajo las presiones de la urbanización, la creciente escasez de tierras y las transformaciones económicas, los hombres, libres de la obligación de llevar una vida de esposos y padres por imposición de sus mayores, se han alejado de las mujeres y las criaturas. Una cuarta parte de las familias del mundo está encabezada por una mujer sola. En América del Norte, Europa y el norte de África, la proporción es de una de cada cinco y está aumentando rápidamente; en el Caribe, América Latina y el África subsahariana es de aproximadamente un tercio y también está creciendo. Como explica Debbie Taylor en *My Children My Gold* (Mis criaturas, mi tesoro), el fenómeno no se debe únicamente al «incremento del número de nacimientos de criaturas de madres solas, sino también al descenso de la paternidad responsable en todo el mundo».<sup>1</sup> En todas partes, las familias sin padre constituyen el segmento más pobre de la sociedad. En los Estados Unidos, la nación más rica del mundo, los ingresos de una familia monoparental equivalen a una tercera parte de los de una familia formada por una pareja. Las vidas de las madres solas están hechas

de amor y trabajo, que son su única recompensa. A cambio de este esfuerzo leal e infatigable no obtienen reconocimiento, promoción, seguridad, ni ayuda. Más allá de la opinión que personalmente nos merezcan las ideologías de los diferentes feminismos, es preciso reconocer que el feminismo que no aborde este tema es un feminismo de avestruz. La liberación de las mujeres ha de ser la liberación de las madres o se quedará en nada. Cualesquiera que sean los demás aspectos de la opresión de las mujeres que situemos en un primer plano de nuestras circunstancias individuales, debemos tener presente que un feminismo que considere como un triunfo el acceso al Club de Crique de Marylebone o al Garrick Club es un feminismo de escapatate que apoya tácitamente un sistema que está oprimiendo a las mujeres en todo el mundo. Un “nuevo feminismo” que ensalce el derecho (léase el deber) de lucir ropas vaporosas y coquetones trajes chaqueta confeccionados por jóvenes adolescentes a cambio de un salario de hambre en los hacinados talleres asiáticos, no tiene nada de feminista.

---

Soy una chica guerrillera y no estoy rabiosa.

La rabia no forma parte de nuestro vocabulario.

Guerrilla Girls<sup>2</sup>

---

Si bien es cierto que las mujeres necesitan poder disponer de medios fiables para regular su fecundidad, no debemos dar simplemente por sentado que lo que desean las madres que viven en condiciones de pobreza es que las liberen de la maternidad. El control de la población, aun en el caso de que no pusiese a las mujeres en manos de las multinacionales farmacéuticas, no es la respuesta adecuada a la necesidad de apoyo a la infancia en todo el mundo. Nos dirán que la tecnología ya no precisa una abundante mano de obra, que esas criaturas son un producto sin salida en el mercado, y que el dinero que se les dedica sólo perpetúa el problema de la necesidad de ali-

mentar a un número excesivo de bocas; en otras palabras, que los hijos y las hijas de las mujeres pobres no deberían haber nacido. «La vida es dura» es el lema. Las mujeres conocen demasiado bien la dureza de la vida para querer imponer una versión institucionalizada de este lema a otras mujeres. El feminismo tiene que considerar peor que inútil una tecnología incapaz de dar de comer a la gente. Nuestra existencia no debe estar al servicio de la tecnología, sino que es ésta la que debe estar a nuestro servicio. En cuanto lo formulamos en estos términos se hace visible el abismo que separa los objetivos de la sociedad tecnocrática de las necesidades humanas. La tecnología moderna permite que nadie tenga que morir de las enfermedades asociadas a la desnutrición; sin embargo, millones de personas, en un número jamás revelado, mueren cada año precisamente por esas causas. Podríamos distribuir racionalmente los alimentos, trasladándolos de los lugares donde abundan a aquellos donde escasean, pero no lo hacemos. Podríamos asegurar el suministro de agua potable para todos los habitantes de la tierra, pero no lo hacemos. Podríamos emplear nuestros ejércitos y sus miles de millones de libras esterlinas de “material” para proteger a la gente contra los desastres naturales, pero no lo hacemos. Existe una necesidad no cubierta de métodos de planificación familiar en todo el mundo, pero nos negamos a hacernos responsables de la alimentación y la educación de unas criaturas que nos es indiferente que sean deseadas o no. Esas criaturas morenas y esmirriadas supondrán una carga ínfima para la ecosfera y morirán pronto. Cuando una lee que en Nicaragua las mujeres caminan hasta 25 kilómetros para acudir a los campamentos donde las esterilizarán mediante cauterización de las trompas sin anestesia y les darán un par de dosis de Ibuprofen antes de que vuelvan a emprender el camino de regreso a pie hasta sus casas,<sup>3</sup> tiene la angustiosa certeza de que el feminismo entendido como un mero estilo de vida ha sido una acción secun-

daria, paralela a la trama principal. El núcleo central de la obra, la feminización de la pobreza a escala mundial, es una tragedia que sigue avanzando inexorable e invisiblemente hacia un terrible desenlace inimaginable.

---

Ser una mujer sólo me ha ayudado. Como digo yo misma, tengo aspecto de mujer pero pienso como un hombre, y esto me ha servido muy bien en los negocios. Sabía lo que tenía que vender, y sabía que si podía entusiasmar a otro podía hacernos ganar mucho dinero.

DOLLY PARTON

---

No es necesario viajar al sur o al Oriente para contemplar los avances de la feminización de la pobreza. Podemos verlos en nuestros propios países y conocemos bien su resultado: mujeres y criaturas exánimes y angustiadas, desesperadas y airadas, que expresan su rabia incontrolada de mil maneras, cada vez más ingeniosas y destructivas, unas criaturas que nos desprecian. En nuestras sociedades ricas, las criaturas pobres plantean graves problemas; el término de moda para designarlos es el de la “marginación social”. Las personas socialmente excluidas no pueden esperar nada de la sociedad. Tendría que ser evidente que una persona sólo invertirá en la sociedad, si ésta ha invertido en ella. En una sociedad rica, toda criatura que nace debe tener derecho a una vida digna. La persona que asume su cuidado y se encarga de socializarla y criarla es acreedora de nuestro apoyo, nuestra gratitud y nuestro respeto. Las y los enseñantes que continúan el proceso merecen reconocimiento y una remuneración significativa. Nos dirán que no tenemos dinero para pagar a las madres y a las y los enseñantes, pero es evidente que podemos asumir ese gasto. Sólo tenemos que modificar nuestras prioridades. A la vez que reivindicamos el derecho de las mujeres a renunciar a la maternidad sin que eso suponga una merma en su consideración como mujeres completas, tenemos que impulsar el reco-



nocimiento de la maternidad como institución. Si los padres se escaquean, tendremos que financiar la maternidad entre todas y todos, porque todas y todos somos sus beneficiarias y beneficiarios últimos. La dedicación al cuidado de las criaturas se debería considerar una carrera, tanto si se trata de madres que asumen el cuidado de sus propias hijas y/o hijos, como de profesionales que atienden a los hijos e hijas de otras personas. No podemos permitirnos el lujo de mantener la necia convicción de que la crianza de los niños y niñas se puede confiar al sector informal, la economía sumergida o el trabajo familiar no remunerado. Habrá quien alegue que tratar decentemente a las madres provocaría una explosión de la población, pero se equivocan. El factor de predicción más fiable del descenso de la natalidad es el nivel educativo de las mujeres. El número de mujeres que optan por la maternidad seguirá descendiendo aunque ésta se reivindicque, porque ser madre se considera una tarea poco gratificante, difícil, con mucho sufrimiento y ninguna recompensa, aunque no intervenga el factor de la pobreza. Sobre todo cuando no interviene el factor de la pobreza. La inmensa recompensa que ofrecen las hijas e hijos es el secreto mejor guardado del mundo occidental. A medida que las elites emergentes del mundo en desarrollo comienzan a adoptar nuestro modelo de vida, tener criaturas empieza a ser visto progresivamente como un pasaporte para la marginación. Lo cual debería ser un motivo adicional para tratar con respeto y aprecio a las mujeres que todavía optan por la maternidad.

Las organizaciones más poderosas de la tierra no son los gobiernos, sino las grandes sociedades multinacionales que consideran a las mujeres como su territorio y las adoctrinan inculcándoles sus nociones sobre la belleza, la salud y la higiene, las medican y cultivan su dependencia a fin de poder medicarlas todavía más. Dado que esas mismas multinacionales controlan la investigación y la difusión de la información,

las mujeres se encuentran inermes frente a su incursión en todos los ámbitos de la existencia humana. Los trabajos de artesanía propios de las mujeres se han degradado, comercializado y ahora se les vuelven a vender, producidos en serie, bajo formas estereotipadas. Las mujeres han perdido el control sobre los alimentos y se han extinguido los rituales asociados al acto de alimentar a las y los demás. El sector femenino está desapareciendo con la progresiva absorción de las mujeres por una fuerza de trabajo neutra. A pesar de que estos progresos ya estaban muy avanzados cuando escribí *La mujer eunuco*, yo empecé a argumentar un par de años más tarde a favor de la recuperación de la cultura de las mujeres, de las formas abiertas del arte no monumental que son una prolongación de la vida, de la creatividad que confiere su equilibrio y elegancia a la vida cotidiana.

---

La conciencia o la sensibilidad singular de las mujeres, los atributos particulares que distinguen al arte feminista y una convincente línea de investigación que han empezado a seguir las antropólogas apuntan todos a la idea de que la biología femenina es el fundamento de las capacidades de las mujeres. La biología es, por tanto, la fuente y no la enemiga de la revolución feminista.

ALICE ECHOLS a propósito del feminismo cultural<sup>4</sup>

---

Las feministas de la igualdad saben muy poco de las luchas heroicas de las artistas que se han empeñado en resaltar la diferencia, retomando una y otra vez el tema del cuerpo femenino, desde Nancy Spero, a sus 72 años, con sus vitales instalaciones de bacantes que se satisfacen unas a otras oral y vaginalmente con consoladores de elegante curvatura, o Mona Hatoum, con sus vídeos de palpitantes, refulgentes entrañas femeninas.<sup>5</sup> Estas escenificaciones densas y complejas de la diferencia pueden hacer escasa mella frente al estereotipo conquistador, de cuerpo prieto y pechos como misiles, de

la fantasía machista, a menos que las mujeres les presten atención y las hagan famosas acudiendo en tropel a contemplarlas, como acudían las niñas a ver a las Spice Girls. Algunas de las creaciones artísticas más potentes son obra de mujeres como Orlan, que esculpen los emblemas del estereotipo sobre su propia carne. Las poetisas también vuelven una y otra vez a la inmediatez del cuerpo y la experiencia de transformación de las mujeres.

Algunas afirman que las mujeres no serán libres hasta que se liberen de la “mujeridad” misma. Judith Lorber manifestó su esperanza de que llegue un tiempo en el que ya no se preguntará el sexo de una criatura cuando nazca porque ese dato será intrascendente.

Cuando ya no preguntemos «¿es niño o niña?», a fin de iniciar luego el proceso de adscripción de género de una criatura; cuando este dato sea tan irrelevante como lo es el color de sus ojos (pero todavía no su color de piel), entonces, y sólo entonces, serán socialmente indistintos y verdaderamente iguales las mujeres y los hombres. Y cuando eso suceda, el género se volverá del todo innecesario.<sup>6</sup>

Existe un corpus considerable de pruebas que demuestran que aunque se eduque a las criaturas con escasas connotaciones de género, ellas mismas se las inventan. Una de mis ahijadas me sorprendió un día con su resistencia a aceptar un dulce, alegando que comer dulces era cosa de “niños golosos”. Lo único que le habíamos dicho era que en nuestra familia, integrada exclusivamente por mujeres, nunca comíamos dulces. Ella había atribuido por iniciativa propia una adscripción de género a la actividad de comer dulces. A pesar de que siempre vestía pantalones y llevaba el pelo corto y no tenía muñecas y no lloraba cuando se lastimaba, porque era una criatura valiente, sabía que era una niña y lo más diferente de un niño

que concebirse pueda. El mundo animal seguirá estando sexuado, aunque los animales carezcan de género, y una criatura tendría que estar muerta del cuello para arriba para no preguntarse si pertenece o no a la clase de animales que pueden tener crías. Lorber acogió con entusiasmo la visión de Donna Haraway de las mujeres del futuro como *cyborgs*:

El [la] *cyborg* es una criatura en un mundo postgenérico. No tiene relaciones con la bisexualidad, ni con la simbiosis preedípica, ni con el trabajo no alienado u otras seducciones propias de la totalidad orgánica, mediante una apropiación final de todos los poderes de las partes en favor de una unidad mayor [...] El [la] *cyborg* se sitúa decididamente del lado de la parcialidad, de la ironía, de la intimidad y de la perversidad. Es opositivo(a), utópico(a) y en ninguna manera inocente [...] prefiero mil veces ser un(a) *cyborg* que una diosa.<sup>7</sup>

«Yo también», declara Lorber. Si la libertad es una experiencia nacida del cuerpo, esas feministas no quieren saber nada de ella. La mujer eunuco que esto escribe desea sentirse a sus anchas en su cuerpo, sin tener que avergonzarse de él, orgullosa y protectora de su cuerpo, el que ahora tiene. Desea no verse obligada a criticarlo, castigarlo y obligarlo a someterse. Ese cuerpo es una obra más magnífica en todos los aspectos que cualquier producto de nuestra tecnología: ningún ordenador puede realizar una millonésima parte de lo que puede hacer nuestro cerebro, ninguna herramienta fabricada posee ni una centésima parte de la eficacia y versatilidad de su mano. Es posible que las mujeres acaben asistiendo a la transformación de la lucha por su liberación en una lucha en defensa del cuerpo sexuado en femenino, el origen de todos los cuerpos, contra los cibercirujanos que heredarán la presunción prepotente de los cirujanos actuales que se creen capaces de construir pechos mejor que Dios. Los pechos que constru-

yen esos cirujanos no son aptos para la lactancia, por ellos no circula la sangre, son fríos al tacto; pueden parecer pechos, pero, en realidad, no son más que enormes cicatrices protuberantes. El cuerpo sexuado en femenino no es nuestro enemigo sino nuestra fuerza; lo que nos mantiene prisioneras no es nuestro sexo, sino el odio y el rechazo de los demás hacia nuestro sexo. Si empezamos a compartir su menosprecio, estamos perdidas.

Algunas feministas radicales han anticipado con esperanza un futuro en el que las criaturas ya no nazcan del cuerpo de las mujeres, ya que las funciones de la gestación y el parto les parecen una carga intolerable. Es posible que ese futuro esté a punto de llegar, pero no nos traerá la liberación, a menos que responda a las aspiraciones de las mujeres y lo hayan diseñado ellas mismas. Rechazar que nos definan, nos discriminen y nos releguen en función de nuestra biología femenina no se debe confundir con pedir que nos priven de ella. La liberación de las mujeres (igual que la de las aldeas vietnamitas) no es posible a través de su destrucción.

---

Hay algunos números prefabricados, aunque ninguno excesivamente elaborado, y el primero con un título que se queda grabado, «Labra mi vulva», no consigue un arranque demasiado prometedor.

ANDREW CLEMENTS, descripción de una ópera de vanguardia<sup>8</sup>

---

En *La mujer eunuco*, mucho antes de que se inventase el síndrome premenstrual, sugerí que, aunque la menstruación no era de ningún modo repugnante en sí misma, quizá sería preferible que las mujeres no menstruasen. Mis reflexiones no llegaban hasta el extremo de sugerir la completa supresión del patrón cíclico femenino, ni tampoco me había parado a considerar el carácter mudable de la experiencia vital de las mujeres. Los hombres adoptan muy pronto un patrón de hábitos en su calidad de hinchas inquebrantables del Arsenal, bebedores

de cerveza, ladrones de pisos, banqueros, o lo que sea y, en general, no se apartan del camino elegido hasta el fin de sus días. Las mujeres cambian, y lo hacen de manera radical, a medida que van pasando por sus sucesivos climaterios. Cada cambio parece aportar una expansión de la conciencia o la sensibilidad y, aunque sigo pensando que las mujeres de nuestro tiempo menstrúan casi con toda seguridad con excesiva frecuencia, ahora creo que su mutabilidad constituye un valor en sí misma, además de un necesario contrapeso frente a la rigidez masculina. La adaptabilidad es el lema de la hembra humana; su éxito es la supervivencia más que la victoria total. En un mundo propenso a los cataclismos, ésta es una característica demasiado valiosa como para echarla por la borda.

---

Yo creo que las mujeres son más fuertes que los hombres. En mis libros las presento así. Los hombres que me gustan son del tipo de los perdedores. Luchan con gallardía, pero en realidad merecerían que les dejasen en paz. La vida es casi más de lo que pueden soportar.

PENELOPE FITZGERALD, 1998<sup>9</sup>

---

En los primeros tiempos, las feministas aprendieron mucho del “poder negro” (*Black Power*); aprendieron qué significa ser un pueblo colonizado e interpretaron que también ellas estaban colonizadas. Asistieron a la celebración de la diferencia de la gente negra pero, en vez de bailar y cantar la belleza de la “mujeridad”, se dedicaron a estudiar. Estudiaron a las mujeres y estudiaron el género. Crearon millares de cursos de estudios de la mujer en las universidades, millones de estudiantes se matricularon en ellos, las universidades se embolsaron el dinero y lo invirtieron en aumentar su prestigio ampliando las disciplinas tradicionales y contratando a profesores de alcurnia (varones). A pesar de que los estudios de la mujer atraen a un numeroso alumnado y permiten ganar mu-

cho dinero, se consideraba infinitamente sustituibles a las mujeres que los dirigían y con frecuencia se les negaba una plaza fija. Las feministas académicas esperaban obtener reconocimiento de las instituciones que las habían formado; trabajaron y esperaron confiadas, y esa confianza se vio defraudada. Una y otra vez, se vieron relegadas, salvo una escasa minoría.

La gente negra sabía que de nada le serviría fingir ser blanca y que no valía la pena intentar imitar los logros del hombre blanco o adoptar su sistema de valores. Proclamaban su intención de hacer las cosas a su manera, aunque eran perfectamente conscientes de que su manera de hacer las cosas resultaría tan transgresora que sería etiquetada como delito. Las mujeres blancas no tenían claro cuál era su manera de hacer las cosas. ¿Qué porción de su cultura tradicional era cultura esclava y qué porción de su sensibilidad era lo que Florynce Kennedy habría llamado “nobleza de negro”? ¿Debían aprender a ser competitivas, agresivas, lascivas y crueles como los hombres? Probablemente aún sea demasiado pronto para afirmar que las mujeres *nunca podrán ser* competitivas, agresivas, lascivas y crueles como los hombres, aunque yo sospecho que es así. Sin embargo, lo que sí podemos afirmar es que ser tan competitivas, agresivas, lascivas y crueles como los hombres significa ser tan frágiles y desgraciadas como ellos. El profesor Keefe de la Universidad de Ohio descubrió lo que todas ya sabíamos, a saber: que las mujeres soportan mejor el dolor que los hombres, aunque fue incapaz de explicar por qué.<sup>10</sup> Gran parte de la intolerancia al dolor tiene su origen en la indignación ante el dolor. La capacidad de tolerancia es la fuerza de las mujeres; la indignación disiparía la energía cinética que encierra esta fuerza, que es la que sitúa a la mujer en una posición de ventaja. Porque nosotras nos doblamos, pero no nos quebramos.

Las mujeres son versátiles y su variabilidad abarca toda la gama de lo normal; los hombres son unos raros engendros de

la naturaleza, frágiles, extravagantes, rarísimos. Ser hombre es ser una curiosa modalidad de sabio idiota, con la cabeza atiborrada de extrañas obsesiones con actividades fetichistas y metas fantasiosas, que persigue con obcecada obstinación objetivos arbitrarios, condenado a la competencia y a cometer injusticias no sólo con las mujeres, sino también con las niñas y niños, los animales y los demás hombres. El cliché según el cual los hombres saben lo que quieren y las mujeres no, significa, en realidad, que éstas son conscientes de toda la gama de condicionantes que influyen sobre la deseabilidad de cualquier opción particular en un momento concreto y en unas circunstancias determinadas; mientras que los hombres formulan sus objetivos e intentan alcanzarlos con la mirada fija en un solo punto. Se supone que es mejor concentrarse en un solo objetivo que en varios a la vez porque es la receta para triunfar en un mundo altamente competitivo. Sin embargo, en un mundo competitivo que exige logros cada vez mayores, los fracasos son infinitamente más frecuentes que los éxitos, puesto que cada vez es preciso sacrificar más para conseguir cada vez menos. La concentración en un solo objetivo, que ciega al individuo impidiéndole apreciar los costes y los riesgos asociados a cualquier curso de acción, suele ser una conducta adaptativa. Genera conductas antisociales detestables, desde las redes de pedofilia hasta las guerras. Si su cromosoma Y condena al varón a la competitividad, su hiperfecundidad le hace superfluo; sus enemigos no son las mujeres, cuya cooperación necesita para abarcar sus objetivos, sino otros hombres, todos los demás hombres. Esto permite explicar el fenómeno de la agrupación de los hombres en jerarquías que reconocen y a la vez amenazan el dominio del “macho alfa”. Una interpretación adecuada podría ser que las mujeres están programadas para buscar la manera de convivir en lugar de luchar, no como resultado de su sometimiento, sino debido a la baja fecundidad que garantiza su supervivencia.

Siempre ha existido una alianza entre las mujeres y los que se han rebelado contra el condicionamiento machista, sean homosexuales, travestidos o transexuales y las feministas deben seguir impulsando estas relaciones, pero no a expensas de negar su propia percepción de la realidad femenina. Podemos aceptar al anti-hombre y al hombre femenino sin tener que aceptarles como mujeres. Hacerlo sería una manera de confirmar la visión negativa de las mujeres como simplemente no-hombres, personas sin pene. Los travestidos y transexuales personifican el estereotipo femenino mejor que nosotras, y quizá valga más permitirles que lo sigan haciendo. Las feministas deben concentrarse, como ya lo hacen tantas artistas, en dar una forma imaginativa a la potencia femenina, de manera que se haga visible su impresionante poder. Si esto significa que debemos mantener a raya a los hombres y advertirles que no se metan con nosotras, ¡mala suerte!

---

Con la cabeza y el cuerpo finalmente liberados y los ojos bien abiertos, las mujeres ya no serán como esos caballos con anteojeras que dan vueltas a la noria a la que están atados; ya no girarán ciega-mente, amorosamente, a su alrededor, señor [...] Ya no se dejarán absorber por usted.

FRANÇOISE PARTURIER, 1986<sup>11</sup>

---

No existe ninguna sociedad animal en la que las hembras no competitivas puedan llegar a arrebatarse jamás el control a los machos competitivos y someterlos en adelante a su voluntad. Un sistema de esas características sería inherentemente contradictorio. En general, las mujeres no competitivas prefieren vivir en una sociedad de mujeres y criaturas, con o sin un único varón dominante, segregadas de los hombres no apareados. Las sociedades humanas avanzadas consideran retrógrado este tipo de segregación, que interpretan como una imposición de la tiranía masculina, que a la vez también ha impuesto la re-

clusión de las mujeres. En cambio, somos menos conscientes de la segregación cultural en la que vivimos; no advertimos que los hombres huyen de la vida doméstica para perseguir una galaxia de objetivos que no ofrecen ningún interés para las mujeres y en los que éstas no participan salvo como un medio para estar cerca de los hombres. Las mujeres que penetran en los enclaves masculinos no suelen ser bien recibidas, se las mantiene marginadas en la periferia y los hombres las tratan como una mercancía sexual, suponiendo que les presten atención. Las mujeres no pueden imponer una modificación de esta conducta masculina pues, dado que a los hombres les es indiferente que se marchen, carecen de todo poder negociador. La alternativa digna es que las mujeres establezcan una segregación equivalente a la que mantienen los hombres. Las mujeres heterosexuales temen que esta separación resulte mucho menos molesta para los hombres que para ellas. Por esto, las adolescentes continúan rodeando a unos chicos que preferirían irse de pesca. Más de tres millones de varones británicos salen a pescar tan a menudo como pueden. La presencia de mujeres de cualquier edad no es bien recibida en las riberas de los ríos. La única vía para corregir esta asimetría es que las mujeres adopten conscientemente la decisión de no buscar la compañía de los hombres más de lo que ellos buscan la suya. Si esto conduce a la segregación, ¡mala suerte! Si la alternativa es la humillación, entonces no existe alternativa.

Si damos por supuesto que el aumento del número de familias encabezadas por una mujer refleja el deseo de los hombres, la conclusión casi inmediata es que ellos deberían contribuir a financiar esta opción con sus impuestos. Cada vez con mayor frecuencia observamos la constitución de familias matrilocales, que incluyen figuras que cumplen el papel de abuelas y de tías, a partir de la desintegración de la familia nuclear. Estas comunidades segregadas pueden ofrecer grandes ventajas para las mujeres, las niñas y los niños, sobre todo si consiguen incorpo-

rar a mujeres mayores, que ahora constituyen la mayoría de la población anciana que vive sola con pensiones asistenciales. Los gobiernos podrían fomentar un uso más racional del parque de viviendas y una mayor atención a las tareas del cuidado, ofreciendo beneficios fiscales a los hogares con más de un ocupante y aumentando la carga fiscal de aquéllos con un solo ocupante, con un enfoque diametralmente opuesto al del sistema de tributación municipal británico. A diferencia de los beneficios fiscales otorgados a las parejas heterosexuales, que favorecen claramente a un modo de vida determinado frente a los demás, un beneficio fiscal basado en el número de miembros del hogar favorecería a todos los sistemas de cohabitación, heterosexuales u homosexuales, incluidas las unidades formadas por varias mujeres con niños y niñas. Esto resultaría ventajoso desde el punto de vista del erario público, pues las personas que viven en grupos pueden cuidar unas de otras y cabe esperar que requerirán menos atención externa que las personas que viven solas, sin nadie que pueda ayudarlas en caso de enfermedad o accidente. También podría paliar las deprimentes consecuencias arquitectónicas del predominio de las viviendas ocupadas por una sola persona. La familia ha muerto, ¡viva la familia! La palabra “familia”, en realidad, no designa al grupo de parentesco sino a los ocupantes de un hogar. Quizá, en lugar de agencias matrimoniales, deberían crearse agencias destinadas a facilitar la formación de unidades domésticas que pusiesen en contacto a personas con ideas compatibles que quisieran vivir juntas.

---

La lista de precios de la exposición [de Angela Marshall] presentada en los Estudios Decima de Bermondsey, en el sureste de Londres, era de 25 libras y sexo oral por un cuadro pequeño, 50 libras y relaciones sexuales completas por un cuadro de tamaño mediano, mientras que la adquisición de un cuadro grande, al precio de 75 libras, daba derecho a “cualquier variante más viciosa”.

*Guardian*, 18 de abril de 1998

---

Lo personal sigue siendo político. La feminista del nuevo milenio no puede dejar de ser consciente de que la opresión se ejerce en y a través de sus relaciones más íntimas, empezando por la más íntima de todas: la relación con su propio cuerpo. Cada vez dedica una parte más importante de sus horas de vigilia a disciplinar al cuerpo recalcitrante, manteniendo a raya las enfermedades que constituyen su herencia, compensando sus deficiencias en cuanto a forma, tamaño, peso, color, distribución del vello corporal, tono muscular y eficacia orgásmica y su incorregible propensión a envejecer. Cada vez malgasta una parte más importante de su vida limpiando sobre limpio, intentando alimentar a personas que no tienen apetito y en el trabajo de trasladarse a los centros comerciales, hacer la compra, acarrearla hasta su casa y hacerles ganar dinero. Consume gran parte de su energía angustiándose por el temor a todo salvo por su verdadero enemigo, que es el temor mismo. Dedicar demasiado tiempo a esperar acontecimientos que no ocurrirán nunca, esperando recibir un apoyo y un reconocimiento que le escatiman deliberadamente, pidiendo perdón por cosas que están fuera de su control, anhelando un contacto más estrecho con las personas a quienes ama y conformándose con la distancia.

---

Ninguna persona puede ser perfectamente libre mientras no lo sean todas; ninguna persona puede ser perfectamente moral mientras no lo sean todas; ninguna persona puede ser perfectamente feliz mientras no lo sean todas.

HERBERT SPENCER

---

La segunda ola del feminismo, lejos de haber alcanzado la playa, todavía está muy lejos de la costa y sigue creciendo lenta e inexorablemente en alta mar. Las personas actualmente vivas como máximo alcanzaremos a ser testigos de las primeras sacudidas de la conmoción social que se avecina. Las

mujeres occidentales de clase media tienen el privilegio de poder contribuir a la revolución más larga, pero no de dirigirla. Las batallas ideológicas que están librando las teóricas feministas son necesarias, pero constituyen una fase previa a la emergencia del poder de las mujeres, que no emanará decorosamente de las universidades ni de la prensa femenina de masas. El poder de las mujeres se precipitará sobre nosotras encarnado en la persona de mujeres que no tendrán nada que perder porque ya lo han perdido todo. Podría aflorar en China, donde tantas mujeres divorciadas rechazadas por tener niñas han empezado a vivir y trabajar juntas, o en Tailandia donde la prostitución y el SIDA están destruyendo a una generación, en Irán o en cualquier otro lugar donde las mujeres están abocadas a un choque frontal con el fundamentalismo islámico, o en cualquier lugar donde una campesina hambrienta ve como se cultivan alimentos de lujo para el mercado occidental en la tierra que antes aseguraba su sustento y el de sus criaturas. Y a las mujeres del mundo occidental más les valdría cruzar los dedos y rogar que cuando explote la energía femenina no se encuentren en el bando equivocado.<sup>12</sup>

## NOTAS

### DEDICATORIA

1. Julie Burchill, *Guardian Weekend*, 1 de agosto 1998.

### CALENTAMIENTO

1. Julia Gaynor, «You sucker!», revista *Company*, marzo 1997, p. 61.
2. Angela Philips, *Guardian*, 29 de enero 1998.
3. La superpotencia que corroe la vida de las mujeres del mundo: véase, por ejemplo, Geoff Simeons, *The Scourging of Iraq: sanctions, law and natural justice*, 2ª ed., Nueva York: St. Martin's Press, 1998, y *Cuba - the Impact of the US embargo on health and nutrition in Cuba* Washington DC: US Committee of the World Health Organization and the Panamerican Health Organization, 1997.
4. Naomi Wolf, *Fire with Fire: the new female power and how it will change the twenty-first century*, Londres: Chatto & Windus, 1993, p. xiv.
5. *Feministas en la academia*: D.C. Santon y A.J. Steward, comps., *Feminisms in the academy*, Ann Arbor: University of Michigan Press, 1995.
6. Susan J. Douglas, *Where the Girls Are: growing up female with the mass media in America*, Londres: Penguin Books, 1995, p. 236.
7. Larry Elliott, *Guardian*, 18 de enero, 1997.
8. Iris Marion Young, *Throwing like a Girl and Other Essays in Feminist Philosophy and Social Theory*, Bloomington IN: Indiana University Press, 1990.
9. Alison Jaggar, Introducción, *Living with Contradictions: controversies in feminist social ethics*, Alison M. Jaggar, comp. Boulder CO: San Francisco y Londres, Westview Press, 1994, p. 11.

**EL CUERPO****LA BELLEZA**

1. Trastorno de Dismorfia Corporal, *Guardian*, 11 julio 1996. El TDC es un trastorno psiquiátrico reconocido; véase, por ejemplo, K.A. Phillips, M.M. Denight y S.L. McElroy, «Efficacy and safety of fluvoxamine in body dysmorphic disorder», *Journal of Clinical Psychiatry* 59:4 (abril 1998), y D.B. Sawyer, T.A. Wadden, M.T. Pertschuck y I.A. Whitaker, «Body image dissatisfaction and body dysmorphic disorder in 100 cosmetic surgery patients», *Plastic Reconstructive Surgery*, 101:6 (mayo 1998), pp. 164-9.
2. RuPaul de D.A. Keeps, «How RuPaul ups the ante for drag», *The New York Times*, 11 de julio, 1993, H23.
3. Diet Breakers, Church Cottage, Barford St. Michael, Oxfordshire, Inglaterra, OX15 OUA; puede encontrarse información actualizada sobre organizaciones que promueven una alimentación saludable en Internet.
4. La dieta de Demi Moore: *New Woman*, febrero 1997, p.31.
5. La abuela de hoy: Virginia Ironside, *Woman and Home*, febrero 1996.
6. Cher, *Newsweek*, noviembre 1987.
7. La toxina botulínica: J. Guerissi y P. Sarkissian, «Local injection into mimetic muscles of botulinum toxin. A for the treatment of facial lines», *Annals of Plastic Surgery*, 39:5 (noviembre 1997), pp. 447-53. Las inyecciones de Botox (*Botulinum clostridium*) para eliminar las arrugas de la frente, "patas de gallo" y otras "arrugas dinámicas" por el estilo, las anuncian en Internet el Centro de Cirugía Estética Facial de la Universidad de Michigan ([www.med.umich.edu/cfs/botox.html](http://www.med.umich.edu/cfs/botox.html)) y el Centro de Tratamiento por Láser de Seattle ([www.seattlaser.com/botox.html](http://www.seattlaser.com/botox.html)), entre otros.
8. Barbie, Ann Treneman, *Guardian*, 27 noviembre 1996; Richard Kelly Heft, *Guardian*, 24 diciembre 1997. Véase también M.G. Lord, *Forever Barbie: the unauthorized biography of a real doll* (Nueva York: Morrow, 1994); Sybil De Grein y Joan Ashabranner, *The Collectors' Encyclopedia of Barbie Dolls and the New Theatre of Fashion* (Paducah KY, Collector, 1992); Erica Rand, *Barbie's Queer Accessories* (Durham NC y Londres: Duke University Press, 1995) y las publicaciones periódicas *Barbie Bazaar* y *Barbie Fashion*.
9. Miss Mundo, *Guardian*, 23 de noviembre, 1996. Véase también la página Web de Miss Mundo.

**MUJERES ARTIFICIALES**

1. El doctor Takowsky, visto en la primera parte de la serie televisiva, en cuatro capítulos, *Hollywood Lovers* (September Films), emitida en los canales ITV del Reino Unido el 8 de enero de 1997 y comentada por Nancy Banks Smith en «Squishing the fat gives new definition to leotards and televised sleaze», *Guardian*, 9 de enero, 1997.
2. Christine Williamson, prensa, 25 octubre 1997.
3. Lowri Turner, *Guardian*, 27 de mayo, 1993, comentado por Judy Sadgrove en «Fashion Plates, Empty Plates».
4. Prohibición de las prótesis de Silastic: prensa, 18 de febrero, 1998.
5. Informe del comité de revisión independiente: prensa, 20 de febrero, 1998.
6. B.E. Cohen, T.M. Biggs, E.D. Cronin, D.R. Collins Jr, «Assessment and longevity of silicone gel breast implants», *Plastic Reconstructive Surgery* 99:6 (1997), pp. 1597-1601.
7. Lactancia materna e implantes: *Journal of Rheumatology*, mayo 1997, 24(5).
8. Apoyo para mujeres con implantes de silicona en el Reino Unido: puede encontrarse información actualizada sobre grupos de apoyo locales e internacionales en Internet, en la página Web de la Coalition of Silicone Survivors, .
9. Karen Watson, carta a la revista *Now*, 3 de julio, 1997.
10. «Tiene 75 años...»: doctor Novack, comentado en *Cosmopolitan*, agosto 1996.
11. Jan Breslauer, *Playboy*, julio 1997.
12. Laura Horbury, carta a la revista *Now*, 3 julio 1997, p.10.
13. La violinista en bikini es la finlandesa Linda Lampenius que posó para *Playboy*. Ahora se hace llamar Linda Brava; para una muestra de su actuación, véase [home.vpress.se/andreas/linda.html](http://home.vpress.se/andreas/linda.html). Su página Web oficial es [www.ul.com/ubl/cards/015/6/32.html](http://www.ul.com/ubl/cards/015/6/32.html).

**EL ÚTERO**

1. Courtney Love, Poppy Z. Brite, *Courtney Love: the real story*. Londres: Orion, 1997, p.101; Susan Wilson, *Hole: Look through this*. Londres: UFO Music, 1995.
2. Josepha Grieve, «Screen Bodies: the body and the computer technology in contemporary Australian art», *Women's Art Magazine* 63, marzo-abril 1995.
3. Linda Grant, *Guardian*, 19 de agosto, 1997.
4. Orlan, «I do not want to look like...», *Women's Art Magazine* 64,



- mayo-junio 1995. Véase también Orlan *et al.* *This is my body... This is my software* (libro y CD Rom, Londres: Black Dog Publishing, c. 1996).
5. Hipócrates, «De Mulieribus», *Hippocratic Writings*, comp. G.E.R. Lloyd, trad. J. Chadwick *et al.* Londres: Penguin, 1978. [Versión en castellano: *Tratados hipocráticos*. Vol. IV. Madrid: Gredos, 1988.]
  6. D.H. Lawrence, *Lady Chatterley's Lover*. Londres: etcétera, Penguin Books, 1994, p. 247. [Versión en castellano: *El amante de lady Chatterley*. Barcelona: Origen, 1992.]
  7. Fiona Shaw, *Out of Me: the story of a post-natal breakdown*. Londres: Viking, 1997, pp. 13, 13-14, 17, 22, 31-2, 97-8, 174.
  8. Actualmente los síntomas premenstruales se clasifican de diferente manera según sean físicos o mentales; la versión psiquiátrica del dolor extremo se denomina "trastorno de disforia premenstrual"; P.Y. Choi y S. McKeown, «Premenstrual dysphoric disorder. What are undergraduate women's qualitative experiences of the menstrual cycle?», *Journal of Psychosomatic Obstetrics and Gynecology*, 18:4 (diciembre 1997), pp. 259-65, sugieren que las influencias sobre la percepción de las mujeres podrían ser culturales. Para información actualizada sobre la actitud actual en relación con el síndrome premenstrual, puede visitarse la página Web Understanding PMS en Internet.
  9. Dinora Pines, *A Woman's Unconscious Use of her Body: a psycho-analytical perspective*. Londres: Virago, 1993, pp. 48, 85, 91.
  10. Declaraciones de la HFEA, Human Fertilization and Embriology Authority (Autoridad de Fecundación Humana y Embriología) sobre la maternidad sustitutiva: HFEA, *Egg Donation y Donors and the Law*.

#### LOS PECHOS

1. Laura Cardiff, carta a la revista *Now*, 3 de julio, 1997, p.10.
2. Dra. Cathy Read (autora de *Preventing Breast Cancer: the politics of an epidemie*, Londres: Pandora, 1995, en *Everywoman*, mayo 1995.
3. Lelan Bardwell, «Husbands», en Linda France, comp., *Women Poets*. Newcastle upon Tyne: Bloodaxe Books, 1993, p.41.
4. Elisabet Helsing y F. Savage King, en *Breast Feeding in Practice*. Oxford, Oxford University Press: 1982, p.31. [Versión en castellano: *Guía práctica para una buena lactancia*. México D. F.: Pax, 1990.]
5. Mujer que renunció a la lactancia materna: Pam Carter, *Feminism, Breasts and Breast Feeding*. Basingstoke: Macmillan, 1995, pp.141-2. Véase también Linda M. Blum, «Mothers, babies and breast-feeding in late capitalist America: the shifting contexts of feminist story», *Feminist Studies*, 19:2 (verano 1993), pp. 291-311.
6. Elizabeth Garrett, «Mother, Baby, Lover», France, *op. cit.*, pp. 141-2.
7. Tanya Hatherhall, *Sugar*, 28 febrero 1997.
8. Cuidado de los pechos: la «Semana del autexamen mamario» fue establecida en 1984 por el ICI (Imperial Chemical Industries) cuya filial Zeneca, de la que posee la totalidad de las acciones, fabrica tamoxifén.
9. Conexión entre el aborto y el cáncer de mama: *Guardian*, 12 octubre 1996.
10. El estudio danés se publicó en *New England Journal of Medicine* 336 (1997), pp. 81-5.
11. Dolor en los pechos: D.N. Ader, C.D. Shriver, «Cyclical mastalgia: prevalence and impact», *Journal of the American College of Surgeons*, 185:5 (noviembre 1997), pp. 446-70.
12. Quistes mamarios y dieta: *Surgery*, 1979, J.P. Minton *et al.* Véase también S. Franks y F. Neumann, comps., *Polycystic Ovarian Syndrome: a new approach to treatment*. Chester: Adis International, 1993.
13. Aceite de *Oenothera*: Judy Graham, *Evening Primrose Oil*, tercera edición. Londres: Thorson's, 1993. [Versión en castellano: *El aceite de prímula*. Madrid: Edaf, 1985.]
14. J.C. Elmore, M.B. Barton, V.M. Mocerri, S. Polk, P.J. Arena, S.W. Fletcher, «Ten year risk of false positive screening mammograms and clinical breast examinations», *New England Journal of Medicine*, 38:6 (16 de abril, 1998), pp. 1145-6, señala que, en un periodo de diez años, una tercera parte de las mujeres a quienes se realizaron exámenes mamográficos con la periodicidad recomendada obtuvieron un resultado falsamente positivo, con los consiguientes análisis posteriores que ello supuso.
15. El Profesor Michael Baum criticó inicialmente las mamografías masivas en una carta al *Lancet* que fue posteriormente recogida en el *Sunday Times* del 3 de septiembre de 1995, y que abrió una controversia en los medios de comunicación durante algún tiempo. La posición del Profesor Baum se describe en Michael Baum, Christine Saunders y Sheena Meredith, *Breast Cancer: a guide for every woman*. Oxford: Oxford University Press, 1994, cap. 13, «Screening and Breast Awareness», pp. 147-58.
16. Estudio sueco: N.B. Jurstam, L. Bjorneld, S.W. Duffy, T.C. Smith, E. Cahlin, O. Eriksson, L.O. Hafstrom, H. Lingaas, J. Mattsson, S.

- Persson, C.M. Rudenstam, J. Save-Soderbergh, «The Gothenburg breast screening trial: first results on mortality, incidence and mode of detection for women aged 39-49 years at randomization», *Cancer*, 80:11 (diciembre 1997).
17. Para un debate reciente sobre la situación, véase S. Moritz, T. Bates, S.M. Henderson, S. Humphreys y M.J. Michell, «Variation in management of small invasive breast cancers detected on screening in the former South-east Thames region: observational study», *British Medical Journal*, 315:7118 (15 de noviembre, 1997), pp. 1266-72.
  18. Alternativas a las mamografías radiológicas: S.H. Heywang-Kobrunner, P. Viehweg, A. Heinig, y C. Kuchler, «Contrast enhanced MRI of the breast: accuracy, value, controversies, solutions», *European Journal of Radiology* 24:2 (febrero 1997), pp. 94-108 y S.G. Orel, «High resolution MRI imaging of the breast», *Seminars in Ultrasound CT and MRI* 17:5 (octubre 1996), pp. 476-93 y M. Funke, V. Fischer, y E. Grabbe, «MR-mammography: current status and perspectives», *Aktuelle-Radiologie* 6:3 (mayo 1996), pp. 130-5.
  19. Johanna Johenson: prensa, 25-27 junio 1996.
  20. Demanda colectiva por sobreexposición a las radiaciones: prensa, 10 de enero de 1998.
  21. El cambio en las prioridades y el enfoque se anuncia en artículos como el de P. Hopwood, «Psychological issues in cancer genetics: current research and future priorities», *Patient Education and Counselling*, 32: 1-2 (septiembre-octubre 1997), pp.19-31.
  22. Epidemia de cánceres de mama: véase P.M. Lanmatz y K.M. Booth, «The social construction of the breast cancer epidemic», *Social Science and Medicine* 46:7 (abril 1998), pp. 98 y ss.
  23. Financiación de la investigación: el estado actual de la cuestión en Gran Bretaña, se puede seguir a través de Internet [www.easynet.co.uk/aware/contacts](http://www.easynet.co.uk/aware/contacts). La Coalición Nacional contra el Cáncer de Mama de los Estados Unidos cuenta también con un sitio en Internet [www.natbcc.org/](http://www.natbcc.org/). Véase también Sharon Batt, *Patient no more: the politics of breast cancer* (Charlotte Town, Gynergy Books, 1995).

#### LA COMIDA

1. Connie Bensley, «Cookery» en Linda France, comp., *Women Poets*. Newcastle upon Tyne: Bloodaxe Books, 1993, p. 56.
2. Jean Earle, «Jugged Hare», France, p.123.
3. Marya Hornbacher, *Wasted: a memoir of anorexia and bulimia*. Londres: Flamingo, 1998, p. 286. [Versión en castellano: *Días perdidos*. Barcelona: Mondadori, 1999.]

4. Cultura juvenil: véase, por ejemplo, «Group Anorexia: the deadly way women bond», *Cosmopolitan*, febrero 1997, pp. 33-5.
5. Autoprivación de alimentos: véase Suzie Orbach, *Hunger Strike*. Londres: Penguin Books, 1997.
6. Debra Gimlim, «The Anorexic as over-conformist: towards a re-interpretation of eating disorders», en Karen A. Callaghan, comp., *Ideals of Feminine Beauty: philosophical, social and cultural dimensions*. Westport CT y Londres: Greenwood Press, 1994.
7. Elaine Feinstein, «Rose», *France*, p. 137.

#### DAMAS DE PANTOMIMA

1. Disforia de género: D. Denny, *Gender Dysphoria: a guide to research*. Nueva York: Garland Publishing Inc., 1994.
2. Dwight D. Billings y Robert Urban, «The sociomedical construction of transexualism: an interpretation and critique», *Social Problems*, 29 (1982), pp. 266-82.
3. Tendencias actuales en neovulvovaginoplastia: R.B. Karim, J.J. Hage, J.W. Mulder, «Neo-vaginoplasty in male-to-female transsexuals: review of surgical techniques and recommendations regarding eligibility», *Annals of Plastic Surgery*, 7:6 (3 diciembre 1996), pp. 669-75.
4. Importancia de la rinoplastia: J.J. Hage, M. Vossen, A.G. Becking, «Rhinoplasty as part of gender-confirming surgery in male transsexuals: basic considerations and clinical experience», *Annals of Plastic Surgery*, 39:3 (septiembre 1997), pp. 266-71.
5. Modificación del timbre de voz: H.F. Mahieu, T. Norbart y F. Snel, «Laryngeal framework surgery for voice improvement», *Review of Laryngology, Otolaryngology and Rhinology*, 117:3 (1996), pp. 189-97.
6. Estudios de seguimiento, véanse, por ejemplo, P.J. van Kesteren, H. Asscheman, J.A. Megens, L.J. Gooren, «Mortality and morbidity in transsexual subjects with cross-sex hormones», *Clinical Endocrinology*, 47:3 (septiembre 1997), pp. 337-42, y K. Midence y I. Hargreaves, «Psychosocial adjustment in male-to-female transsexuals: an overview of the evidence», *Journal of Psychology*, 131:6 (noviembre 1997), pp. 602-14.
7. Judith Lorber, *Paradoxes of Gender*. New Haven y Londres: Yale University Press, 1994, pp. 20-1.
8. Lawrence Cohen, «The pleasures of castration: the post-operative status of hijras, jankhas and academics», en *Sexual Nature, Sexual Culture*, comps. Paul R. Abrahamson y Stephen D. Pinkerton. Chicago: University of Chicago Press, 1995; véase también Serena

- Nanda, «The hijras of India», *Journal of Homosexuality*, 11:3-4 (1986), p. 38.
9. Janice Raymond, en *The Transsexual Empire: the making of the she-male*. Boston: Beacon Press, 1979, p.114.
  10. Hombres con síndrome de insensibilidad a los andrógenos: *Guardian*, 25 de febrero, 1997.
  11. Atribución de sexo a los recién nacidos: Mahin Hassibi, «Designing sex, playing God: have doctors gone too far?», *On the Issues: The Progressive Woman's Quarterly*, verano 1998, p. 15. Véase también R.M. Viner, Y. Teoh, D.M. Williams, M.N. Paterson, I.A. Hughes, «Androgen insensitivity syndrome: a survey of diagnostic procedures and management in the UK», *Archives of the Disabilities of Childhood*, 77:4 (octubre 1997), pp. 305-9.
  12. Tracie O'Keefe: *Guardian*, 25 febrero 1997.
  13. Simon Reynolds y Joy Press, *The Sex Revolts: gender, rebellion and rock'n'roll*. Londres: Serpent's Tail, 1995, p. 64.
  14. El caso de "W": *Guardian*, 2 agosto 1996.
  15. Transexuales adolescentes: véase P.T. Cohen Kettenis, S.H. van Goozen, «Sex reassignment of adolescent transsexuals: a follow-up study», *Journal of the American Academy of Child and Adolescent Psychiatry*, 36:2 (febrero 1997), pp. 263-71.
  16. Transexuales de sexo femenino a masculino (FAM): H.A. Bosinski, M. Peter, G. Bonatz, M. Heidenreich, W.G. Sippell y R. Wille, «A higher rate of hyperandrogenic disorders in female to male transsexuals», *Psychoneuroendocrinology*, 5 (22 de julio, 1997), pp. 361-80.
  17. Transexuales en la industria del sexo: S. Greenberg, «The new wave», *Advocate*, 633 (13 julio 1993).
  18. Louisa Young: *Guardian*, 19 julio 1996 (cuadro, pp. 6-7).
  19. Mark Rees, «Becoming a man: the personal account of a female to male transsexual», *Blending genders: social aspects of cross-dressing and sex-changing*, R. Ekins y D. King, comps. Londres: Routledge, 1996.

#### MADRES ARTIFICIALES

1. Robert, Lord Winston, *Infertility: A Sympathetic approach to understanding the causes and options for treatment*. Londres: Vermilion, 1996, p. 3. Véase también su entrevista en el *Sunday Times*, 27 de abril, 1998, y *Making Babies: a personal view of IVF*. Londres: BBC Books, 1996.
2. Nacido/a de un cerdo o de una incubadora: véase, por ejemplo, G. Corea, *The Mother Machine: reproductive technologies from artifi-*

- cial insemination to artificial wombs*. Nueva York: Harper and Row, 1986, y Sarah Franklin, *Embodied Progress: a cultural account of assisted conception*. Londres: Routledge, 1998.
3. Hiperestimulación de ovarios: Carl Wood y Alan Trounson, *Clinical in Vitro Fertilization*. Berlín: Springer-Verlag, 1989, p. 15.
  4. Donación de óvulos: *Guardian*, 12 agosto 1997. Véase también A. Simon, A. Revel, A. Hurwitz y N. Langer, «The pathogenesis of OHSS [Ovarian Hyperstimulation Syndrome]: a continuing enigma», *Journal of Assisted Reproduction and Genetics*, 15:4 (abril 1998), pp. 202-9.
  5. Para un debate sobre el papel desempeñado por la prensa en la modificación de las actitudes con respecto a la FIV, véase Jose Van Dyck, *Manufacturing Babies and Public Consent: debating the new reproductive technologies*. Londres: Macmillan, 1995.
  6. Mara Lane, donante de óvulos: *Woman's Own*, 13 de mayo. 1998.
  7. Resultados adversos: véase G. Corea, R.D. Klein *et al.*, *Man-made Women: how new reproductive technologies affect women*. Londres: Hutchinson, 1985, y los números recientes de *Issues in reproduction and genetic engineering: a journal of international feminist analysis* (Nueva York, Pergamon Press).
  8. Profesor Craft, *Guardian*, 23 de julio, 1996.
  9. Shulamith Firestone, *The Dialectic of Sex: the case for feminist revolution*. Londres: Jonathan Cape, 1971, pp. 233-4. [Versión en castellano: *La dialéctica del sexo: en defensa de la revolución feminista*. Barcelona: Kairós, 1976.]

#### EL ABORTO

1. Historia de la reforma de la ley del aborto: Cynthia Gorney, *Articles of Faith: the abortion wars, a frontline history*. Nueva York NY: Simon & Schuster, 1998. Véase también Norma McCorvey, con Andy Meisler, *I am Roe: my life, Roe vs Wade and Freedom of Choice*. Nueva York: HarperCollins, 1994, pp. 89-90, 95, 99, 126-8, 133.
2. Conflictos morales profundos: Janet Hadley, *Abortion: between freedom and necessity*. Londres: Virago, 1996, y Rosalind P. Petchesky, *Abortion, a Woman's Choice: the state, sexuality and reproductive freedom*, edición revisada. Boston: Northeastern University Press, 1990.
3. Aborto y crimen organizado: en 1978, el *Sun-Times* de Chicago llevó a cabo una investigación cuyos resultados se recogieron en una serie de artículos publicados a lo largo de una semana, editados luego en forma de libro, bajo el título *The Abortion Profiteers*.

4. El Cardenal Winning: *The Times*, 10 de marzo, 1997.
5. Pamela Pickton, «Letter to two babies who never were», *Everywoman*, septiembre 1995.
6. Legislación sobre el aborto en Alemania: *Guardian*, 1 de agosto, 1996.
7. Carta a *The Lancet*: Jayshree Pillaye, *Lancet* 348 (17 agosto 1996), p. 9025.
8. Parlamentarios sobre el aborto: *Guardian*, 4 de diciembre, 1996.
9. Encuesta MORI: prensa, febrero 1997.
10. Joan Earle, «Menopause» en Linda France, comp., *Women Poets*. Newcastle upon Tyne: Bloodaxe Books, 1993, p. 125.
11. Aborto no quirúrgico: véase *Medical Methods of Termination of Pregnancy: report of a WHO scientific group* (WHO Technical Report Series, 1997), D.J. Majahan y S.N. London, «Mifepristone (RU486): a review», *Fertility-Sterility*, 68:6 (diciembre 1997), pp. 967-76, y J.R. Goldberg, M.G. Plescia y G.D. Anastasio, «Mifepristone (RU486): current knowledge and future prospects», *Archives of Family Medicine*, 7:3 (mayo-junio 1998), pp. 219-22.

#### LAS MUTILACIONES

1. Etnia Bondo, prensa, enero 1997.
2. Clitoridectomía en Estados Unidos: Martha Coventry, «The tyranny of the esthetic: surgery's most intimate violation», *On the Issues: The Progressive Woman's Quarterly*, verano 1998, pp. 16 y ss.
3. Criaturas intersexuales al nacer: véase, p. 68 y notas en el presente libro.
4. Consultorio médico de la revista *Woman*, 13 de abril de 1998, cf. *Cosmopolitan*, diciembre 1996, «Plastic surgery for sexual pleasure».
5. Criminalización de la mutilación genital femenina: E.T. Ortiz, «Female genital mutilation and public health: lessons from the British experience», *Health Care for Women International*, 19:2 (marzo-abril 1998), pp. 119-29 y F.L. Key, «Female circumcision/female genital mutilation in the United States; legislation and its implications for health providers», *Journal of the American Medical Women's Association*, 52:4 (otoño 1997), pp. 179-80, 187. *Proceedings of the Oxford Symposium on Sexual Mutilations*, agosto 1998.
6. Atentado contra la identidad cultural: véase Adela Apena, «Female circumcision in Africa and the problem of cross-cultural perspectives», *Africa Update* 3:2 (1996)
7. Movimiento contra la circuncisión-masculina: NoCIRC y NORM UK (National Organisation for Restoring Men). Véase también R.S. Immerman y W.C. Mackey, «A bio-cultural analysis of circumcision», *Sociobiology*, 44:3-4 (otoño-invierno 1997) pp. 265-

- 75, y R.S. van Howe, «Variability in penile appearance and penile findings: a prospective study», *British Journal of Urology*, 80:5 (noviembre 1997), pp. 776-82.
8. Stephanie Welsh, «Like Mother, Like Daughter», *On the Issues: The Progressive Woman's Quarterly* 5:4 (otoño 1996), pp. 28-31.
9. *The State of World Population 1997*. Nueva York: FNUAP, 1997, p. 25.
10. Claire Keighley-Bray: «My sister's death almost killed me», revista *Bliss*, abril 1998, p. 40. Véase también K.C. Perkins, «Adolescent trends in the late twentieth century: fad or societal alienation?», *West Virginia Medical Journal*, 93:6 (noviembre-diciembre 1997), pp. 313-6.
11. Jane Shag Stamp, *Shag Stamp* n.º 6, 1996.
12. A.R. Favazza, «The Coming Age of Self-Mutilation», *Journal of Nervous and Mental Disorders*, 186:5 (mayo 1998), pp. 259-68.
13. Episiotomía: Gemma Mitchell, «Stitched up», *Everywoman*, julio 1996.
14. John A. Walsh, en Elizabeth Davis *Heart & Hands: a midwife's guide to pregnancy and birth*, 3.ª edición. Berkeley CA: Celestial Arts, 1997, p. 149.
15. Marina Abramovic: entrevista con Guy Hilton, «Fifty is just the beginning», *Make*, 73 (diciembre 1996-enero 1997), pp. 3-5. Una película y un programa de video Umbrella de las piezas seleccionadas del vídeo y de la actuación de Abramovic pueden encontrarse en Internet [www.beyons2000.co.uk/umbrella/html/abramovic/html](http://www.beyons2000.co.uk/umbrella/html/abramovic/html).
16. Wendy Cox, *Guardian*, 15 octubre 1996.
17. Tratamiento no quirúrgico para hemorragias menstruales intensas: I.S. Fraser, C. Pearse, R.C. Shearman, P.M. Elliot, J. McIlveen y R. Markham, «Efficacy of mefenamic acid in patients with a complaint of menorrhagia», *Obstetrics and Gynaecology* 58 (1981), pp. 543-51.
18. Epidemiología sobre la práctica de la histerectomía: K.M. Brett, J.V. Marsh, J.H. Madans, «Epidemiology of Hysterectomy in the United States: demographic and reproductive factors in a nationally representative sample», *Journal of Women's Health* 6:3 (junio 1997), pp. 309-16.

#### NUESTROS CUERPOS, NUESTRAS VIDAS

1. Hélène Cixous: «The Laugh of the Medusa» en *New French Feminisms: an anthology*, Elaine Marks e Isabelle de Courtviron, comps. Brighton: Harvester Press, 1991, p. 251.
2. Para un debate detallado sobre el control del embarazo, véase Barbara Kratz Rothman, *The Tentative Pregnancy*. Nueva York: Norton, 1993.

3. Virus del papiloma humano: M.J. Arends, C.H. Buckley, M. Wells, «Aetiology, pathogenesis and pathology of cervical neoplasia», *Journal of Clinical Pathology*, 51:2 (febrero 1998), pp. 96-103, y J. Hall y L. Walton, «Dysplasia of the Cervix», *American Journal of Obstetrics and Gynaecology*, 100 (1968), pp. 662-7.
4. Baja fiabilidad de las pruebas de Papanicolau: W.C. Fetherston, «False-negative cytology in invasive cancer of the cervix», *Clinics in Obstetrics and Gynaecology*, 26 (1983), p. 929; N.D. Morrell, J.R. Taylor, R.N. Snyder, *et al.*, «False-negative cytology rates in patients in whom invasive cervical cancer subsequently developed», *Obstetrics and Gynaecology*, 60 (1982), p. 41.
5. Evaluación de las revisiones cervicales: A.M. Foltz, J.L. Kelsey, «Annual Pap Test: A dubious policy success», *Millbank Memorial Fund Quarterly*, 56 (1979), 426, *cf.* L.W. Coppelson y B. Brown, «Estimation of the screening error rate from observed detection rates in repeated cervical cytology», *American Journal of Obstetrics and Gynaecology*, 119 (1974), p. 953. Véase también el editorial del *British Medical Journal* 314:533 (22 febrero 1997), «Screening could seriously damage your health».
6. B. Sevin, J.H. Ford, R.D. Girtanner, W.J. Hoskins, A. B.P. Ng, S.R.B. Nordqvist y H.E. Averette, «Invasive cancer of the cervix after cryosurgery: Pitfalls of conservative management», *Obstetrics and Gynaecology*, 53 (1979), p. 465.
7. Estudio de Dundee: C.A. Mackenzie e I.D. Duncan, «The value of cervical screening in women over 50 years of age: time for a multicentre audit», *Scottish Medical Journal*, 43:1 (febrero 1998), pp. 19-20.
8. Exámenes cervicales realizados en Strathclyde: *Guardian*, 29 de abril, 1993.
9. Dra. Angela Raffle, *Guardian*, 3 febrero 1998.

## LA MENTE

### EL TRABAJO

1. Joseph Pleck: en Helen Z. Lopata y Joseph H. Pleck, *Research into the interweave of jobs and families*, 3. Greenwich CT: JAI Press, 1983, p. 39.
2. *All Work and No Play: the sociology of women and leisure* (Milton Keynes, Open University Press, 1986); E. Green, S. Hebron y D. Woodward, *Women's Leisure, What Leisure?* Londres: Macmillan, 1990.

3. Gorilas perezosos: Kelly Stewart, «The birth of a wild mountain gorilla», citada en Irene Eila, *The Female Animal*. Oxford, Oxford University Press, 1985, p. 210.
4. «A las mujeres les vaya mejor en el mundo del trabajo»: Charlotte Raven, «Me, myself, I», *Guardian*, 9 de septiembre, 1996.
5. Estudio de la Universidad de Cambridge: prensa, 6 de diciembre, 1998.

### EL TRABAJO DOMÉSTICO

1. George Soros, *Guardian*, 18 de enero, 1998.
2. Sharon Maxwell Magnus, *Guardian*, 23 de julio, 1997.
3. «The loneliness of a long-distance wife», *Woman and Home*, febrero 1997, p. 61.

### LAS COMPRAS

1. Wendy Cope, «My Lover», en Linda France, comp., *Women Poets*. Newcastle upon Tyne: Bloodaxe Books, 1993, p. 89.
2. Helen Wilkinson y Melanie Howard, con Sarah Gregory, Helen Hayes y Rowena Young, *Tomorrow's Women*. Londres: Demos, 1997, pp. 22, 61, 62.
3. Loreto Keech, carta a la revista *Woman*, 13 de mayo, 1998.
4. Guarderías para hombres: prensa, 29 de marzo, 1997.
5. Estudiante japonesa que trabaja como prostituta: «Bliss Global Report: Japanese schoolgirls live for designer clothes and some are going to any lengths to buy them», revista *Bliss*, marzo 1997, p. 24.

### EL ESTRÓGENO

1. J.B. Becker, S.M. Breedlove y D. Crews, *Behavioural Endocrinology*. Cambridge MA y Londres: MIT Press, 1992, pp. 32-3, 380-81.
2. El estrógeno como sustancia psicótropa: B. Sherwin, «Hormones, mood and cognitive functioning in post-menopausal women», *Obstetrics and Gynaecology* 87:20 (1996); A.J.P. Gregoire, R. Kumar, B. Everitt, A.F. Henderson, J.W.W. Studd, «Transdermal oestrogen for treatment of severe post-natal depression», *Lancet*, 347 (1996), pp. 930-3.
3. Granjas de producción de orina: Leora Tannenbaum, «The bitter pill: bombarded by propaganda on Premarin, we can't trust our doctors and we can't trust ourselves», *On the Issues: The Progressive Woman's Quarterly*, invierno 1998.
4. People for the Ethical Treatment of Animals es una organización de ámbito mundial. [www.peta-online.org](http://www.peta-online.org).

5. Disminución de la eficacia de la TRH: B. Ellinger, O. Grady, «The waning effect of post-menopausal oestrogen therapy on osteoporosis», *New England Journal of Medicine*, 329 (1993), pp. 1192-3.
6. Lila Nachtigall y Joan Rattner Heilman, *Oestrogen: the new woman's dynamic / how it can change your life*. Londres: Arlington, 1987, p. 20.
7. TRH y síndrome del túnel carpiano: M.S. Sabour, H.E. Fadel, «Carpal Tunnel Syndrome - a new complication ascribed to the pill», *American Journal of Obstetrics and Gynaecology* 107 (1972), 1265-7; G.S. Dieck, L.J. Kelsey, «An epidemiologic study of carpal tunnel syndrome in an adult female population», *Preventive Medicine* 124:9 (1985), pp. 63-9; L.J. Cannon, J. Bernacki, S.D. Walter, «Personal and occupational factors associated with Carpal Tunnel Syndrome», *Journal of Occupational Medicine* 231 (1981), pp. 255-8; R. Confino-Cohen, M. Listner, H. Savin, R. Lang, M. Ravid, «Response of Carpal Tunnel Syndrome to hormone replacement therapy», *British Medical Journal* 303 (1991), p. 1514.
8. Una vida sexual extraordinaria: Nachtigall y Heilman, pp. 77, 82.
9. J. Kinoshita, *Brainwork* (2, 1992).
10. Dra. Ellen Grant: carta a *The Times*, 20 de diciembre, 1997.
11. La dirección de DASH (Doctors against Abuse from Steroid Sex Hormones) es: Coombe Heights, 20 Coombe Ridings, Kingston-upon-Thames, Surrey, Reino Unido.
12. H.P. Schneider, «Cross national study of women's use of hormonal replacement therapy in Europe», *International Journal of Fertility and Women's Medicine* 42, Suplemento 2 (1997), pp. 365-75.
13. *Science* 259 (1993), también en el número siguiente. También E. Marshall; O.P. Judson, *Nature* 365 (1993).
14. TRH y trastornos tromboembólicos: J.P. Vanderbrouke y F.M. Helmerhorst, «Risk of venous thrombosis with hormone replacement therapy», *Lancet*, 348 (1996), p. 972.

#### LA TESTOSTERONA

1. Lesley, Silverfish: Lucy O'Brien, *She Bop*. Londres: Penguin Books, 1995, p. 170.
2. Paul Kozminsky: *Guardian*, 24 de febrero, 1997.
3. Janet «Texas» Scanlon: revista *Now*, 3 de julio, 1997, p. 27.
4. Hienas: Natalie Angier, «Hyenas hormone flow puts females in charge», *New York Times*, 1 de septiembre, 1992.
5. John Money: «Commentary: current status of sex research» *Journal of Psychology and Human Sexuality* 1 (1988) 1, cf. 5-15.

6. Susie Orbach, «Shrink Wrap», *Guardian Weekend*, 19 de julio, 1997.
7. Guy Browning, «Office Politics», *Guardian Weekend*, 4 de abril, 1998.
8. J.C. Herz, *Joystick Nation: how video games gobbled our money, won our hearts and rewired our minds*. Londres: Abacus, 1997, p. 172.
9. «Lovers in for the kill or in for the thrill», *Guardian*, 21 de diciembre, 1996.
10. Sandra: *Cosmopolitan*, enero 1997.
11. Descenso del recuento espermático: véase p. 245 del capítulo: La castración, nota n.º4 de este libro.
12. David Thomas, *Not Guilty: in defence of modern man*. Londres: Weidenfeld and Nicholson, 1993.
13. Warren Farrell, *The Myth of Male Power: why men are the disposable sex*. Londres: Fourth Estate, 1994.
14. Encuesta sobre la delincuencia (*British Crime Survey*): la última encuesta, de 1996, está basada en una muestra de 16.500 personas mayores de 16 años.
15. Jason Humble, *Guardian*, 31 de marzo y 3 de abril, 1998.
16. Profesor John Groeger, *Guardian*, 4 de abril, 1998.

#### MUJERES SOLDADO

1. Programa de Investigación sobre el Cáncer de Mama del Departamento de Defensa de los Estados Unidos: *Chronicle of Higher Education*, 19 de diciembre, 1997.
2. Kamlesh Bahl, *Guardian*, 7 de febrero, 1998.
3. Tigresa Tamil: «Arms to fight; arms to protect. Women speak out about conflict», *Everywoman*, septiembre 1995.
4. Bruce Fleming, «Gay Poets, Women and Other Threats to Group Loyalty at the Naval Academy», *Chronicle of Higher Education*, 30 de enero, 1998.
5. Tigresa Tamil, «Tiger, Tiger, burning bright», *Everywoman*, julio 1996.
6. Claire Alcock: prensa, 28 enero 1998.
7. Marina estadounidense: Peter J. Boyer, «Admiral Boorda's War», *New Yorker*, 1996.  
Véase también Sarah Ruddick, *Maternal Thinking: toward a politics of peace*. Boston: Bacon Press, 1989.

#### EL PESAR

1. «Las cosas han cambiado»: *Everywoman*, mayo 1995.
2. Jane Ussher, *Women's madness: mysogyny or mental illness*. Hemel Hempstead: Harvester Wheatsheaf, 1991, p. 234.
3. «Una mujer desdichada...», Ussher, pp. 103-4.

**EL SEXO**

1. Betty Dodson, *Sex for One: the joys of self-loving*. [Versión en castellano: *Sexo para uno*. Madrid: Temas de Hoy, 1989.]
2. Cecil Lewis, necrológica, *Guardian*, 1997.
3. Susan Bakos, *Sexational Secrets*, citado por Jonathan Franzen en «Anti-climax. No sex please, we're readers», *New Yorker*, 21 de abril, 1997, p. 92.
4. Philip Larkin. Andrew Motion, *Philip Larkin: a writer's life*. Londres: Faber & Faber, 1993, pp. 222, 234, 266-7, 307.
5. la línea Party Plan de Anne Summers: *Everywoman*, septiembre 1995, pp. 28-9.
6. Industria pornográfica en los Estados Unidos: Aliz Sharkey, «The land of the free», *Guardian Weekend*, 22 de noviembre, 1977.
7. Sally Potter entrevistada por Beverley D'Silva, *Guardian*, 27 octubre 1997.
8. Alan Paul Barlow: véanse artículos de prensa sobre la Operación Starbust, 26 de julio, 1995.
9. Un vicario inglés: prensa, 13 de noviembre, 1996.
10. Colin Laskey, Roland Jaggard y Anthony Brown: información judicial en *The Times*, 20 de febrero, 1997, Laskey, Jaggard y Brown contra el Reino Unido.
11. Orlan: véase, véase p. 62 del capítulo: El útero, nota n.º4 de este libro.
12. Luce Irigaray: «This sex which is not one», publicado originalmente como «Ce sexe qui n'en est pas un» en *Cahiers du Grif* n.º 5, [Versión en castellano: *Ese sexo que no es uno*. Madrid: Saltes, 1982] en Elaine Marks e Isabelle de Courtviron, comps., *New French Feminisms*, y también en Sneja Gunew, comp., *A Reader in Feminist Knowledge*. Londres y Nueva York: 1991, p. 208.
13. Lucretia Stewart, *Punch*, 6 de septiembre, 1996.
14. Ava Cadell, «Hollywood Sex», Sky TV, abril 1998.

**EL AMOR****LAS MADRES**

1. Leigh Bowery, Hilton Als, «Life as a Look», *New Yorker*, 30 de marzo, 1998.
2. Melissa Benn, *Madonna and Child: towards a new politics of motherhood* (Londres, Jonathan Cape, 1998); Kate Figs, *Life after Birth: what even your friends won't tell you about motherhood*. Londres: Viking, 1998; y Rozsika Parker, *Torn in Two: the experience of maternal ambivalence*. Londres: Virago, 1995.

Véase también Sharon Hays, *The Cultural Contradictions of Motherhood*. New Haven y Londres: Yale University Press, 1997, [Versión en castellano: *Las contradicciones culturales de la maternidad*. Barcelona: Paidós, 1998] y D. Richardson, *Women, Motherhood and Caring*. Londres, Macmillan, 1993.

3. Patricia Beer, «The Lost Woman», en Linda France, comp., *Women Poets*. Newcastle upon Tyne: Bloodaxe Books, 1993, p. 52.
4. Marni Jackson, *The Mother Zone: love, sex and laundry in the modern family*. Toronto: McFarlane, Walter and Ross, 1992, p. 4.
5. Adrienne Rich, *Of Woman Born: motherhood as experience and institution*. Londres: Virago, 1977, p. 21. [Versión en castellano: *Nacemos de mujer. La maternidad como experiencia e institución*. Madrid: Cátedra, 1996.]
6. Véase Laura M. Purdy, *Reproducing Persons: issues in feminist bio-ethics*. Nueva York: Cornell University Press, 1997.
7. Sally Bevan, *Guardian*, 4 de septiembre, 1996.
8. Fay Weldon, citada por Larry Elliott, en «Women's Sterile Choice at Work», *Guardian*, 17 de noviembre, 1997.
9. Jane Gregory, citada en *Woman's Weekly*, 21 de enero, 1997.
10. Grace Nichols, «Because she has come», *France, op. cit.*, p. 211.
11. The General Household Survey. Londres: Office of Population, Censuses and Surveys, 1997.
12. Evelyn Shaw y Joan Darling, *Female Strategies*. Nueva York: Walker and Co., 1985, p. 146.
13. Deborah Benady, *Guardian*, 18 de febrero, 1998.
14. menores en la pobreza: Barnardo, *The Facts of Life 1997*.
15. Marni Jackson, *op. cit.*

**LOS PADRES**

1. Adrienne Burgess: *Guardian*, 9 de abril, 1998. Véase también *Fatherhood Reclaimed: the making of the modern father*. Londres: Vermilion, 1997, *passim*.
2. *Fathers and Fatherhood in Britain*. Londres: Family Policy Studies Centre, 1997.
3. El padre que otorga reconocimiento: Barbara Goulter y Joan Minninger, Tesis Doctoral, *The Father-Daughter Dance*. Nueva York: Putnam's, 1993, p. 214.
4. *Ibidem*. Véase también Lynda E. Brose y Betty S. Flowers, comps., *Daughters and Fathers*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1989, y Thomas Laqueur, «The Facts of Fatherhood», en M. Hirsch y E. Fox Keller, comps., *Conflicts in Feminism*. Nueva York y Londres: Routledge, 1990, pp. 205-221.

5. Vidal Sassoon, «I wish my children had suffered more», revista *Now*, 23 de abril, 1998.

#### LAS HIJAS

1. Sobre el incesto según las feministas, véase, por ejemplo, Louise Armstrong, *Kiss Daddy Goodnight. Ten years later*. Nueva York: Pocket Books, 1987, y *Rocking the Cradle of Sexual Politics: what happened when women said incest*. Londres: Women's Press, 1996.
2. Abusos cometidos por mujeres: Linda Grant, «Beyond Belief», *Guardian Weekend*, 14 de septiembre, 1996.
3. Martin Amis, *Guardian*, 16 de abril, 1997.
4. «Probablemente sea inútil ...»: Beryl Anderson-White, «Thanks for the memories», *Everywoman*, febrero 1996, p. 15.
5. Jeremy Irons en defensa de *Lolita*, prensa, mayo 1998.
6. Blake Morrison, *As If*. Londres: Granta Books, 1997, pp. 180-3.
7. «In the shop window», Anderson-White, *op. cit.*

#### LAS HERMANAS

1. Redes de amigas: Evelyn Shaw y Joan Darling, *Female Strategies*. Nueva York: Walker and Co., 1985, p. 145.
2. McLintock y Stern: *Nature*, 12 de marzo, 1998.
3. Matt Ridley, *The Origins of Virtue*. Londres: Viking, 1996.
4. Christina Rossetti, *Goblin Market*, publicado por primera vez en 1862, II. pp. 562-7.
5. Susan J. Douglas, *Where the Girls Are, growing up female with the mass media in America*. Londres: Penguin Books, 1995, p. 224.
6. Michele Roberts, «Magnificat», en Linda France, *Women Poets*. Newcastle upon Tyne: Bloodaxe Books, 1993, p. 232.
7. Brigid McConville, *Sisters: love and conflict within the life-long bond*. Londres: Pan Books, 1985.

#### EL AMOR DE LAS MUJERES

1. Judith Butler, *Gender Trouble: feminism and the subversion of identity*. Nueva York y Londres: Routledge, 1990, p. 17.
2. Adrienne Rich, *On Lies, Secrets and Silence*. Londres: Virago, 1979 p. 12, [Versión en castellano: *Sobre mentiras, secretos y silencios*. Barcelona: Icaria, 1983], citado por Celia Kitzinger y Sue Wilkinson en «Transitions from heterosexuality to lesbianism: the discursive production of lesbian identities», en M Roth Walsh, comp., *Women, Men and Gender: ongoing debates*. New Haven y Londres: Yale University Press, 1997, p. 197.

3. Julie Burchill, *Guardian*, 5 de marzo, 1998.
4. Alice Fisher, *Esquire*, abril 1998, p. 80.
5. D. McFadden y E.G. Pasanen, *Proceedings of the National Academy of the Sciences*, 3 de marzo, 1998.
6. S. Le Vay, «A difference in hypothalamic structure between heterosexual and homosexual men», *Science*, 253, pp. 1034-1037.
7. L.S. Allen y R.A. Gorski, «Sexual orientation and the size of the anterior commissure of the human brain», *Proceedings of the National Academy of the Sciences*, 89, pp.7 199-7202. Un buen comentario sobre este tipo de planteamiento se encuentra en Chandler Burr, *A Separate Creation: the search for the biological origins of sexual orientation*. Nueva York: Hyperion, 1996.
8. Celia Kitzinger, *The Social Construction of Lesbianism*. Londres: Sage, 1993.
9. Celia Kitzinger y R. Perkins, *Changing Our Minds: lesbian feminism and psychology*. Nueva York: New York University Press, 1993.
10. Cherie Aitken, poesía impresa en una revista de jóvenes mujeres con fecha "oct. 1993".
11. Dana International: artículo en *Minx*, abril 1998.
12. Lilian Faderman, *Surpassing the Love of Men: romantic friendship and love between women from the Renaissance to the present*. Londres: Women's Press, 1985.

#### MUJERES SOLAS

1. Charlotte Raven, *Guardian*, 21 de enero, 1997.
2. Imogen Edwards Jones: *The Times*, agosto 1995.
3. Estadísticas sobre hogares individuales: *Social Trends*. Londres: Office for National Statistics, 1997; *The General Household Survey*. Londres: Office for National Statistics, 1997.
4. Kuwait, *Guardian*, 17 de diciembre, 1997.

#### LAS ESPOSAS

1. Denise Levertov, «The Ache of Marriage» en Jeni Couzyn, comp., *The Bloodaxe Book of Contemporary Women Poets: Eleven British Writers*. New Castle upon Tyne: Bloodaxe Books, 1985, p. 84.
2. Philip Larkin, «To My Wife», *Collected Poems*. Londres y Boston: The Marvell Press y Faber & Faber, 1988, p. 54.



**EL PODER****LA CASTRACIÓN**

1. Alexander Niccholes, *A Discourse of Marriage and Wiving* (1615), p. 152.
2. Susan Faludi, «The Money Shot», *The New Yorker*, 30 de octubre, 1995, pp. 64 y ss.
3. La enfermera Biggins, *Woman's Own*, 27 abril 1998.
4. Descenso del recuento espermático: existe una amplia bibliografía. Puede encontrarse un útil resumen sobre esta controversia en el editorial de *Journal of Urology*, noviembre 1997. Una búsqueda de las palabras "sperm" y "count" en la base de datos de Medline permite acceder al amplio abanico de investigaciones que se han llevado a cabo en todos los países desarrollados. Véase también Laurence Wright, «Silent Sperm», *New Yorker*, 15 de enero, 1996, pp. 42 y ss, y Deborah Cadbury, *The Feminization of Nature: our future at risk*. Londres: Hamish Hamilton, 1997, *passim*.

**EL MIEDO**

1. Dee Dee Glass, *All My Fault: why women don't leave abusive men*. Londres, Virago, 1997.
2. Estadísticas de homicidios en Gran Bretaña: *Criminal Statistics for England and Wales 1993*. Londres: Her Majesty's Stationery Office Statistical Service.
3. Estadísticas del FBI: Nancy Koser Wilson, «Gendered Interaction in Criminal Homicide», *Homicide: The Victim/Offender Connection*, A. Victoria Wilson, comp. Cincinnati OH: Anderson Publishing Co., 1993.
4. Niveles de miedo entre las mujeres: Elizabeth Anne Stanko, «Ordinary Fear: Women, Violence and Personal Safety», en *Violence against Women: the bloody footprints*, Pauline B. Bart y Eileen Geil Moran, comps. Newbury Park CA: Sage Publications, 1993, p. 154.
5. Clases de autodefensa: Stanko, p. 156.
6. Jennifer Rankin, «A man is following me», en *Collected Poems*, comp. Judith Rodriguez. University of Queensland Press: St. Lucia, 1990.
7. El miedo como instrumento de control social: S. Riger y M.T. Gordon, «The Fear of Rape: A Study in Social Control», *Journal of Social Issues*, 37:4 (1981) pp. 71-92; M. Warr, «The Fear of Rape among Urban Women», *Social Problems*, 32 (1985), pp. 238-250; M.T. Gordon y S. Riger, *The Female Fear*. Nueva York: Free Press, 1989.

La violación como pasatiempo: P. Reeves Sanday, *Fraternity Gang Rape: sex, brotherhood and privilege on campus*. Nueva York: New York University Press, 1990.

8. Sandra McNeill, «Flashing: Its Effect on Women», en *Women, Violence and Social Control*, Jalna Hanmer y Mary Maynard, comps.. Basingstoke: Macmillan, 1987, pp. 100, 102, 104. Véase también Sheila Jeffreys, «Indecent Exposure», en *Women against Violence against Women*, D. Rhodes y Sandra McNeill, comps. Londres: Only Women Press, 1985, y Jalna Hanmer y Sheila Saunders, *Women, Violence and Crime Prevention: a West Yorkshire study*. Aldershot: Avebury, 1993, pp. 344-5.
9. Donna B. Schramm, «Rape», en *The Victimization of Women*, Jane Roberts Chapman y Margaret Gates, comps. Beverly Hills CA: Sage Publications, 1978, p. 5.

**EL DESPRECIO**

1. Caso Golightly: de artículos de prensa sobre el juicio celebrado en el Tribunal de Newcastle que condenó a Golightly el 16 de enero de 1998.
2. Jacqueline Newton, artículos de prensa sobre el juicio a su marido en el Tribunal de Nottingham Crown; por ejemplo, *Daily Telegraph*, 29 de enero, 1998.
3. Milton Brown: *The Times*, 6 de noviembre y 6 de diciembre, 1997.
4. Ralston Edwards, prensa, 24 de agosto, 1996.
5. Dennis Altman en *Defying Gravity: a political life*. Sydney: Allen and Unwin, 1997.
6. Estudiante japonés, prensa, 7 de septiembre, 1996.
7. David Daniels, prensa, 28 de noviembre, 1997. Véase también *Sunday Times*, 30 de noviembre 1997.
8. O.J. Simpson, entrevista con Celia Farber, *Esquire*, abril 1998.
9. James Smith, prensa, 20 de noviembre, 1997.
10. «Algunos chicos dicen cosas ...», revista *Shout*, 13-26 de marzo, 1998.
11. *Domestic violence: a health issue*. Londres: British Medical Association, 1998; Kamran Abbasi, «Obstetricians must ask about domestic violence», *British Medical Journal*, 316:7.

**LA MASCULINIDAD**

1. Bertrand de Jouvenel, *Power: the natural history of its growth*. Londres: Batchworth Press, 1952, p. 122. [Versión en castellano: *El poder*. Madrid: Editora Nacional, 1974.]

2. J. Scourfield, P. McGuffin y A. Thapar, «Genes and social skills», *Bioessays*, 19:12 (diciembre 1997), pp. 1125-7.
3. Katie Roiphe sobre Clinton: *Sunday Times*, 9 de febrero, 1997.
4. Nina Simone, *Guardian Weekend*, 6 de diciembre, 1997.
5. «Strange Teachers: Cane and Unable», revista *loaded*, marzo 1997, p. 74.
6. Jonah Lomu: Bill Borrows, «You think I'm big? You should see my tackle», revista *loaded*, marzo 1997, p. 95.
7. Nick Green: *Guardian*, 13 de abril, 1998.
8. Oficial de la Marina estadounidense: *The Times*, julio 1989.
9. Wall Street: *FIASCO: blood in the water on Wall Street*. Londres: Profile Books, 1997.
10. «In the Company of Women», Ken Auletta, *New Yorker*, 20 de abril, 1998.  
Véase también Rowena Chapman y Jonathan Rutherford, *Male Order; unwrapping masculinity*. Londres: Laurence and Wishart, 1988.

#### LA IGUALDAD

1. Christine Hoff Sommers, *Who Stole Feminism?: how women have betrayed women*. Nueva York y Londres: Simon and Schuster, 1994.
2. Nick Varley sobre Jane Couch: *Guardian*, mayo 1995.
3. Dr. Whiteson: prensa, noviembre 1996.
4. Emily Sheffield, *Guardian*, 31 de junio, 1997.
5. Mujer policía anónima: citada por Rebecca Fowler y Patricia Wynn-Davies, *Independent*, 22 de mayo, 1996.
6. Catherine McKinnon, «Legal perspectives on sexual difference», en Deborah L. Rhode, comp., *Theoretical Perspectives on Sexual Difference*. New Haven: Yale University Press, 1990, p. 215.
7. Cydena Fleming: prensa, octubre 1996, marzo 1997.
8. Encuesta entre las secretarías: *Guardian*, 16 de marzo, 1998.
9. Salarios femeninos: A. Zabalza y Z. Tzannatus, *Women and Equal Pay: the effects of legislation on female employment and wages*. Cambridge: Cambridge University Press, 1985; véase también *Labour Market Trends*, 104 (marzo 1996), p. 91, y Catherine Hakim, *Key Issues in Women's Employment*. Athlone: 1996, p. 166.
10. Country Joe McDonald: Robyn Archer y Diana Simmonds, *A Star is Torn*. Londres: Virago, 1986, p. 190.
11. Profesionales de enfermería: véanse los informes del estudio encargado a Stephen Pudney y Michael Shields de la Universidad de Leicester por el Instituto de Estudios Políticos para el Ministerio de Salud, prensa, 13 de abril, 1998.

12. Patricia Pearson: *When She Was Bad: violent women and the myth of innocence*. Nueva York: Viking, 1997.

#### EL PODER DE LAS CHICAS

1. Courtney Love: véase capítulo: El útero, nota n.º 1, p.57 en este mismo libro.
2. Drew Barrymore mostró sus pechos a los millones de espectadores estadounidenses que estaban viendo el programa de David Letterman.
3. El ataque de Björk a la reportera de televisión Julie Kaufman se pudo ver en los telediarios de todo el mundo, 20-21 de febrero, 1996.
4. Björk, citado en *Everywoman*, agosto 1995, p. 10.
5. *Sugar*, febrero 1997, pp. 28, 33, 75.
6. Michael Hogan: «Grrrl power - one lad's had enough!», revista *Lo-oks*, febrero 1997, p. 99.
7. Kidscape, prensa, 29 de marzo, 1998.
8. *Riot Grrrl*: Simon Reynolds y Joy Press, *The Sex Revolts: gender, rebellion and rock 'n' roll*. Londres: Serpent's Tail, 1995, pp. 323-1.
9. Christina Kelly, revista *Ms*, enero/febrero 1997.
10. «The Ultimate Shag», revista *Looks*, febrero 1997.
11. Paul Stanley, *Kerrang!*, 18 enero 1997, p. 62.
12. Angela Neustatter en *The Girlie Show: Guardian*, 9 de diciembre, 1996.
13. Clare Gorham, *Guardian*, 9 de diciembre 1996.
14. Charlotte Raven, *Guardian*, 3 de diciembre 1996.
15. Kathy Acker, *Guardian Weekend*, 3 de mayo, 1997.
16. Conferencia internacional sobre la cultura oral infantil, Universidad de Sheffield, abril 1998.
17. Serena Rees, *Guardian*, 7 de diciembre, 1996.  
Véase también Lyn Mikel Brown, *Raising their Voices: the politics of girl's anger*. Harvard University Press, 1998 y *Feminism and Youth Cultures*, número especial de *Signs: a journal of women in culture and society*, 23:1 (primavera 1998).

#### LA LIBERACIÓN

1. Debbie Taylor, *My Children My Gold: Meetings with women of the fourth world*. Londres: Virago, 1994, p. 4 y passim. [Versión en castellano: *Mis hijos, mi oro: encuentro con las mujeres del cuarto mundo*. Madrid: Horas y Horas, 1996.]
2. Guerrilla Girls, entrevista con Suzi Gablik, *Women's Art 60* (septiembre-octubre 1994), pp. 6-11, publicada también en Gablik, *Conversations Before the End of Times*. Londres: Thames and Hud-

- son, 1995 y *Confessions of the Guerrilla Girls*. Londres, Harper Collins, 1997; véase asimismo el boletín de noticias de las Guerrilla Girls *Hotflashes* y su sitio de Internet [www.guerillagirls&voyagerco.com](http://www.guerillagirls&voyagerco.com).
3. Mujeres nicaragüenses: J.A. Reichert, L.W. Nagel, N.S. Solberg, «Sterilization for family planning in a third-world country», *Minneapolis Medicine* 80:17 (julio 1997), pp. 27-30.
  4. Alice Echols recoge aquí los argumentos del feminismo cultural que anunciaba Jane Alpert en «Mother Right», publicado por primera vez en 1973 en la revista *Ms*; citado por Ann Snitow, «A Gender Diary», en *Conflicts in Feminism*, Marianne Hirsch y Evelyn Fox Keller, comps. Nueva York y Londres: Routledge, 1990, p. 15.
  5. Mona Hatoum: «Corps étranger», en Guy Brett, *Mona Hatoum: the monologue*. Londres: Phaidon Press, sin fecha.
  6. Judith Lorber, *Paradoxes of Gender*. New Haven y Londres: Yale University Press, 1994, pp. 20-1.
  7. Donna Haraway, *Simians, Cyborgs and Women: the reinvention of nature*. Londres: Free Association Books, 1991, p. 181. [Versión en castellano: *Ciencia, cyborgs y mujeres*. Madrid: Cátedra, 1995.] citado en Lorber, *op. cit.*, p. 302.
  8. Andrew Clements, *Guardian*, 16 de abril, 1998.
  9. Penelope Fitzgerald, *Guardian*, 13 de abril, 1998.
  10. Profesor Keefe, conferencia en Maryland sobre tolerancia al dolor y género, publicada en *Guardian*, 10 abril 1998.
  11. Françoise Parturier es una conocida feminista francesa cuyos trabajos no se han traducido al inglés.
  12. El bando equivocado: David Conway, *Free-market Feminism*. Londres: Institute of Economic Affairs, 1997.

## BIBLIOGRAFÍA DE GERMAINE GREER

- *The female eunuch*. Londres: MacGibbon & Kee, 1970.
- *The obstacle race. The fortunes of women pain*. Nueva York: Farrar Straus & Giroux, 1979.
- *Sex and destiny: The politics of human fertility*. Nueva York: Harper & Row, 1984. [Versión en castellano: *Sexo y destino*. Barcelona: Plaza & Janés, 1985.]
- *The madwoman's underclothes: essays and occasional writings. 1968-1985*. Londres: Picador, 1986.
- *Shakespeare*. Nueva York: Oxford University Press, 1986.
- *Kissing the rod: an anthology of seventeenth-century women verse*. (Editora) Londres: Virago, 1988.
- *The uncollected verse of Aphra Behn*. (Editora, introducción y notas) Essex: Stump Cross Books, 1989.
- *Daddy we hardly knew you*. Nueva York: Knopf, 1990.

*Bibliografía de Germaine Greer*

- *The change: women, aging and the menopause*. Londres: Hamish Hamilton, 1991. [Versión en castellano: *El cambio: mujeres, vejez y menopausia*. Barcelona: Anagrama, 1993.]
- *Slip-shop sibyls: recognition, rejection and the woman poet*. Londres: Viking, 1995.
- *The whole woman*. Londres: Doubleday, 1999. [Versión en castellano: *La mujer completa*. Barcelona: Kairós, 2000.]
- *John Wilmot, earl of Rochester*. Devon: Northcote House, 2000.

## AGRADECIMIENTOS

La autora agradece la autorización para la reproducción de materiales de las siguientes fuentes protegidas por derechos de autor: Hilton Als, «Life as a Look», *New Yorker*, 30 de marzo 1998, con permiso del autor; Martin Amis, «Road Rage and Me», publicado por primera vez en *Guardian*, 7 de marzo 1998, © Martin Amis 1998, con permiso de Wylie Agency (UK) Ltd; Dennis Altman, *Defying Gravity: A Political Life* (Allen & Unwin Pty Ltd, Sydney, 1997), con permiso de los editores y de Curtis Brown, Australia, en nombre del autor; Leland Bardwell, «Husbands» en *Dostoyevskys Grave* (Dedalus Press, 1991), con permiso del editor; Patricia Beer, «The Lost Woman» de *Collected Poems* (Carcanet Press, 1988) con permiso del editor; revista *Bliss* (publicada por Emap Elan), con permiso del director; artículo del *British Medical Journal*, 18 de enero 1997, con permiso del *BMJ*; Helene Cixous, «The Laugh of Medusa» en Elaine Marks e Isabelle de Courtviron (comps.): *New French Feminisms* (Harvester, 1991), con permiso de Prentice Hall Europe; Lawrence Cohen, «The pleasures of castration: the post-operative status of hijras, jankhas and academics», Pinkerton & Abramson (comps.), *Sexual Nature, Sexual Culture* (University of Chicago Press, 1956), con permiso del editor; revista *Company*, marzo 1997, con permiso de National Magazine

Company; Wendy Cope, «My Lover» en *Making Cocoa for Kingsley Amis* (1986), con permiso de los editores, Faber & Faber Ltd; *Cosmopolitan*, febrero 1997, con permiso de National Magazine Company; D. Denny, *Gender Dysphoria* (Garland Publishing Inc, 1994), con permiso de los editores; artículo de Maureen Dowd, *New York Times*, 7 de julio 1997, © 1997 de The New York Times, con permiso; Jean Earle, «Jugged Hare» y «Menopause» de *Selected Poems* (Seren, 1990), con permiso de los editores; revista *Esquire*, abril 1998, con permiso de National Magazine Company; Lillian Faderman, *Surpassing the Love of Men: Romantic Friendship and Love between Women from the Renaissance to the Present* (publicado en el Reino Unido por The Womens Press Ltd), con permiso de Wm Morrow & Co, Inc; Elaine Feinstein, «Rose» de *Selected Poems* (Carcanet Press, 1994), con permiso del editor; Elizabeth Garrett: «Mother, Baby, Lover», *The Rule of Three* (Bloodaxe, 1991), con permiso del editor; *Guardian*, protegido por derechos de autor © The Guardian, con permiso de Guardian Newspapers Ltd; J.C. Herz, *Joystick Nation: how video games gobbled our money, won our hearts and rewired our minds* (Abacus, 1997), protegido por derechos de autor © 1997 por J.C. Herz, con permiso de los editores, Little Brown & Company, Londres y Nueva York; Marya Hornbacher, *Wasted: a memoir of anorexia and bulimia* (Flamingo, 1998), con permiso de HarperCollins Ltd y HarperCollins, Inc; Luce Irigaray, «This sex which is not one», Elaine Marks e Isabelle Courtviron (comps.): *New French Feminisms* (Harvester, 1991), con permiso de Prentice Hall Europe; Philip Larkin, «To My Wife», *Collected Poems* (1988), con permiso de los editores, Faber & Faber Ltd y Farrar Straus & Giroux, Inc; D.H. Lawrence, *Lady Chatterleys Lover* con permiso de Laurence Pollinger Ltd y Estate of Frieda Lawrence Ravagli; Denis Levertov: versos de «The Ache of Marriage», de *Selected Poems* (Bloodaxe, 1986), *Poems*

1960-1967 (New Directions), © protegido por derechos de autor, Denise Levertov 1996, con permiso de Laurence Pollinger Ltd y New Directions Publishing Group; Judith Lorber, *Paradoxes of Gender* (Yale, New Haven y Londres, 1994), con permiso del editor; Country Joe McDonald, Deborah Landau, *Janis Joplin: Her Life and Times* (Warner Paperbacks), con permiso del editor; Catherine McKinnon, «Legal perspectives on sexual difference», Deborah L. Rhode (comp.), *Theoretical Perspectives on Sexual Difference* (Yale, New Have, 1990), con permiso de los editores; revista *Minx*, abril 1998, con permiso del Director; publicidad Nexus, con permiso de Barbara H. Bright, Nexus; Grace Nichols, «Because she has come», *Lazy Thoughts of a Lazy Woman* (Virago, 1989), con permiso del editor; Lucy OBrien, *She Bop* (Penguin, 1995), con permiso de la autora; Angela Phillips, *Guardian*, 29 de enero 1998, con permiso de la autora; Jennifer Rankin, «A man is following me», de *Collected Poems*, comp. Judith Rodriguez (University of Queensland Press, St. Lucia, 1990), con permiso del editor; Janice Raymond, de *The Transsexual Empire: the making of the she-male* (Beacon Press, 1979), con permiso del editor; Simon Reynolds y Joy Press, *The Sex Revolts: gender, rebellion and rock' n' roll* (Serpents Tail, 1995), con permiso del editor; Adrienne Rich, *Of Woman Born: motherhood as experience and institution* (Virago, 1977), con permiso de los editores; Michèle Roberts, párrafos de «Magnificat» de *The Mirror of the Mother* (Methuen, 1986), © 2986 Michèle Roberts, con permiso de Gillon Aitken Associates Ltd; revista *Shout*, con permiso de los editores, D.C. Thomson & Co Ltd, Dundee; Polly Toynbee, «Comment», *Guardian*, 22 abril 1998, con permiso del autor; Jane Ussher, *Womens Madness: misogyny or mental illness* (Harvester, 1991), con permiso de Prentice Hall Europe; John Walsh, Elizabeth Davis: *Heart and Hands*, © 1997 por Elizabeth Davis, con permiso de Celestial Arts, California; Naomi

Wolf, *Fire with Fire: the new female power and how it will change the twenty-first century* (Chatto & Windus, 1993), con permiso de Random House UK Ltd y Random House, Inc; Carl Wood and Alan Trounson, *Clinical in Vitro Fertilization* (Berlín, Springer Verlag, 1989), con permiso del editor; *Woman*, y *Womans Own*, con permiso de Rex Features; *Womens Art Magazine*, ahora llamada *make - the magazine of womens art*: «Guerrilla Girls in conversation with Suzi Gablik» en *Womens Arts Magazine* 60, septiembre-octubre 1994; «In my Gash» por Josepha Grieve, en *Screen Bodies: the body and computer technology in contemporary Australian Art*, *Womens Art Magazine* 63, marzo-abril 1995; Orlan, «I do not want to look like...» en *Womens Art Magazine* 64, mayo-junio 1995; Martina Abramovic entrevista a Guy Hilton, *make* 73, diciembre 1996-enero 1997, todos con permiso de los editores, Womens Art Library, Londres; Iris Marion Young, «Throwing Like a Girl», *Womens Studies International Forum* 8:3, © 1985, con permiso de Elsevier Science.

Hemos intentado identificar y contactar correctamente cada uno de los propietarios y propietarias de derechos de autor. Lamentamos cualquier posible omisión o error, y nos comprometemos a rectificar los que nos señalen tan pronto como sea posible.

Quiero manifestar mi especial gratitud a Vique Martin, jen angel, Jane Shag y muchos y muchas colaboradoras anónimas, *Simba*, *Scars and Bruises*, *Girlfenzy*, entre muchas otras, por la inspiración y los ánimos así como por las notas, a Pamela Pickton y B. Anderson White, colaboradoras de la ya desaparecida publicación feminista *Everywoman*, con quienes no he podido contactar y a Carol Horne por su inagotable afabilidad a pesar de la presión, a Emma Parry de Gillon Aitken Associates por la sensibilidad y firmeza con que me ayudó a

afrontar mis múltiples vicisitudes, y, sobre todo, a todas mis alumnas y todos mis alumnos, de quienes he aprendido mucho más de lo que presumo enseñar.

## SUMARIO

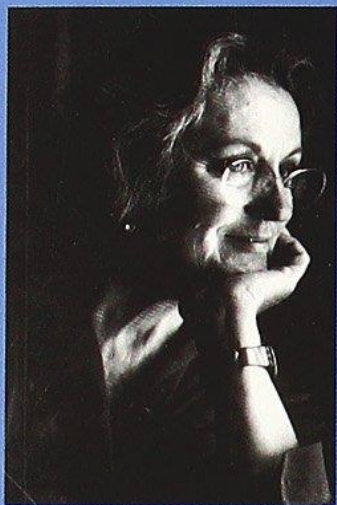
<b>Dedicatoria</b> .....	9
<b>Calentamiento</b> .....	13
<b>El cuerpo</b> .....	31
La belleza .....	33
Mujeres artificiales .....	45
El útero .....	57
Los pechos .....	71
La comida .....	90
Damas de pantomima .....	102
Madres artificiales .....	119
El aborto .....	135
Las mutilaciones .....	149
Nuestros cuerpos, nuestras vidas .....	168
<b>La mente</b> .....	185
El trabajo .....	187
El trabajo doméstico .....	203
Las compras .....	215
El estrógeno .....	229
La testosterona .....	241
Mujeres soldado .....	257

*Sumario*

El pesar .....	270
El sexo .....	284
<b>El amor</b> .....	<b>301</b>
Las madres .....	303
Los padres .....	319
Las hijas .....	333
Las hermanas .....	347
El amor de las mujeres .....	359
Mujeres solas .....	375
Las esposas .....	387
<b>El poder</b> .....	<b>401</b>
La castración .....	403
El miedo .....	417
El desprecio .....	429
La masculinidad .....	440
La igualdad .....	452
El “poder de las chicas” .....	475
La liberación .....	490
<b>Notas</b> .....	<b>507</b>
<b>Bibliografía de Germaine Greer</b> .....	<b>531</b>
<b>Agradecimientos</b> .....	<b>533</b>







*La mujer completa* es el libro que Germaine Greer había jurado que nunca escribiría. Pero, treinta años después de la publicación de su histórico *La mujer eunuco*, la conocida feminista australiana estima que ha llegado el momento de recuperar la indignación.

A pesar de un sentimiento de satisfacción generalizado, que hace creer que la "cuestión de la mujer" ya está resuelta, lo cierto es que se están perdiendo de vista los objetivos de lo que en sus inicios fue un movimiento de liberación. Así, se ha logrado embaucar a las mujeres para que se conformen con una falsa igualdad.

Los treinta y cinco capítulos que componen *La mujer completa* están ligados entre sí por una apasionada retórica, un análisis agudo y penetrante y un desbordante sentido del humor. Germaine Greer repasa tópicos como el sexo, la mutilación, la pena, los pechos o el poder de las chicas. Con argumentos sólidos, la autora demuestra que, si bien las mujeres han recorrido un largo camino en los últimos treinta años, la idea de que ya se ha alcanzado la meta sirve para encubrir la discriminación y explotación que continúan afectando a las mujeres de todo el mundo, en ámbitos tan fundamentales como la salud, la sexualidad, el trabajo, la política, la publicidad o la economía.

*La mujer completa* posee la misma dosis de polémica que hizo vender más de un millón de ejemplares de *La mujer eunuco*, y que ha mantenido a Germaine Greer desde entonces en el centro de la controversia. Se trata, en suma, de un texto apasionante y de lectura obligada para las personas inteligentes de todo el mundo.

Germaine Greer es autora, entre otras obras, de *La Mujer eunuco*; *Sexo y destino*; *El cambio*; *The Obstacle Race*; *The Madwoman's Underclothes*; *Daddy* o *Slip-shod Sibyls*. En la actualidad es catedrática de inglés y estudios literarios comparados en la Universidad de Warwick (Reino Unido).

Portada: *La Robe de Soir*  
de René Magritte.

**Ensayo**

ISBN 84-7245-465-7



9 788472 454651